ROBERT BAUVAL & GRAHAM HANCOCK

TALISMÁN

ARQUITECTURA Y MASONERÍA

Descubre los símbolos ocultos

mr

DESCUBRE LAS CLAVES QUE GUARDAN LAS CIUDADES

¿POR QUÉ LOS FRANCMASONES FRANCESES ENTREGARON A ESTADOS UNIDOS LA FAMOSA ESTATUA DE LA LIBERTAD PARA QUE LA COLOCARAN EN EL PUERTO DE NUEVA YORK? ¿POR QUÉ MITTERRAND ENCARGÓ UNA PIRÁMIDE DE CRISTAL CON LA FORMA DE LA GRAN PIRÁMIDE DE GIZEH PARA CONMEMORAR EL BICENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA? ¿POR QUÉ HARRY TRUMAN, FRANCMASÓN DEL GRADO 33, CONTRIBUYÓ CON TANTO AHÍNCO A LA CREACIÓN DEL NUEVO ESTADO DE ISRAEL? ¿POR QUÉ GEORGE W. BUSH HIZO EL JURAMENTO PRESIDENCIAL SOBRE LA BIBLIA MASÓNICA DE LA GRAN LOGIA DE NUEVA YORK? ¿POR QUÉ LAS TORRES GEMELAS FUERON OBJETIVO DE BIN LADEN?

No siempre resulta sencillo desvelar los significados ocultos que se esconden en los actos del ser humano. En estas páginas, los autores sacan a la luz una gran conspiración mundial cuyas raíces se encuentran en el antiguo Egipto y se extienden hasta París, Washington, Nueva York o Israel. Robert Bauval y Graham Hancock ponen de manifiesto la existencia de una religión secreta cuyas creencias han dado forma al mundo y a la arquitectura de muchas ciudades, convirtiéndolas en auténticos talismanes.

022732
9 788427 035959

ROBERT BAUVAL
Y
GRAHAM HANCOCK

TALISMÁN

Ciudades sagradas, una fe secreta

mr · ediciones

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño
de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida
en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico,
químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,
sin permiso previo del editor. Todos los derechos reservados.

Título original: *Talisman*

© 2004, Graham Hancock
© 2004, Robert Bauval
© 2008, Alejandra Devoto, por la traducción
© 2008, Ediciones Martínez Roca, S.A.
Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid
www.mrediciones.com
Primera edición: mayo de 2008
ISBN: 978-84-270-3446-4
Depósito legal: M. 18.078-2008
Preimpresión: J.A. Diseño Editorial, S.L.
Impresión: Brosmac, S.L.

Impreso en España-Printed in Spain

Índice

Lista de ilustraciones 11
Agradecimientos 15

1. Detrás de los velos 17
2. La organización mortífera 42
3. La otra religión secreta 78
4. Los dos fénix 111
5. La ciudad del rey dios 131
6. El profeta de Hermes 171
7. La visión de la ciudad hermética 193
8. La hermandad invisible 211
9. Los invisibles salen a la luz 234
10. La cábala 278
11. De sociedad secreta a sociedad con secretos 318
12. La nueva ciudad de Isis 343
13. El descubrimiento de París 385
14. La piedra angular 432

Apéndice. El día que sacudió al mundo 489
Notas 497
Índice onomástico 565

Dedico este libro a mi madre, Yvonne Bauval (de soltera Gatt), cuyo infinito buen carácter latino y cuyo amor a toda prueba por su familia han sido la llama viva que nos ha guiado a todos en nuestra minidiáspora fuera de Egipto, y a mi inimitable hermano, Jean-Paul, y a mi hermana gemela, Thérèse, que siempre me han apoyado a lo largo de tantos años de éxitos, conflictos y tribulaciones.

ROBERT BAUVAL

A mi padre, cuyo cariño y sabios consejos echo mucho de menos.

GRAHAM HANCOCK

Lista de ilustraciones

01. La piedra *benben* de la pirámide de Amenemhat III que se exhibe en el Museo de Antigüedades Egipcias de El Cairo.
02. Pintura de François-Edouard Picot de 1827: *L'Étude et le Génie dévoilent à Athènes l'antique Egypte.*
03. Estatua de Giordano Bruno en Campo dei Fiori, en Roma.
04. Vista de la elipse octogonal de la plaza de San Pedro desde el techo de la basílica.
05. Estatua de Amón y retrato de Ana de Austria en la sala 26 del Pabellón Sully del Louvre.
06. Caballero templario con la cruz patada que caracterizaba la orden.
07. «He aquí la antiquísima diosa y reina de los egipcios», grabado del siglo XV.
08. Escudo de armas de París, siglo XV.
09. El escudo de armas de París encargado por Napoleón en 1811 muestra a Isis en la proa de la barca y a su estrella, Sirio, indicando el camino.
10. Mapa que reconstruye la región de París antes de la construcción de la ciudad, que muestra el lugar donde se levantaba el templo de Isis.
11. Vista aérea del Louvre mirando hacia el Este.
12. Vista aérea del eje histórico de París mirando al Oeste desde el Louvre en dirección a La Défense.
13. Atardecer del 6 de agosto a lo largo del eje histórico (los Campos Elíseos).
14. Amanecer en el solsticio de invierno en Karnak-Tebas a lo largo del eje principal.

15. Puesta del sol del 6 de agosto a lo largo del eje histórico (Avenue de la Grande Armée).
16. Vista del Gran Arco mirando hacia el Este.
17. La estatua ecuestre de Luis XIV como Alejandro Magno, en el Louvre.
18. Grabado revolucionario que muestra a Voltaire y a Rousseau presentando el Ser supremo al pueblo francés.
19. El ojo en la pirámide en el frontispicio de la *Declaración de los Derechos del Hombre*, redactada en agosto de 1789.
20. El motivo del reverso del Gran Sello de Estados Unidos.
21. Agosto de 1793. La llamada *Fuente de la regeneración*, también conocida como *Isis de la Bastilla*.
22. Agosto de 1793: una pirámide delante del Ayuntamiento de París, en honor al Ser supremo.
23. Grabado en el periódico *Le Franc-Maçon* que muestra a la emperatriz Josefina con su atuendo masónico en la ceremonia de «Adoption des Francs-Chevaliers» en la logia de Estrasburgo en 1803.
24. Cabeza de Cibeles/Isis hallada en París en 1675, en los jardines de San Eustaquio.
25. Una diosa corona a Napoleón con los laureles imperiales; a los pies del emperador, otra diosa con la *tourelle* de Cibeles/Isis.
26. La diosa Isis en la fachada del Louvre, mirando al Este, al sol naciente en la Cour Napoléon.
27. La «Loge Bonaparte» (1853), una de las numerosas logias masónicas que llevaban el nombre de Napoleón, muestra a Napoleón y a Joachim Murat con atuendo masónico.
28. Grabado revolucionario que muestra a Napoleón presentando el Ser supremo a todos los grupos religiosos.
29. Falta un obelisco en el templo de Luxor.
30. El obelisco de la Concordia que antes estaba delante del templo de Luxor.
31. El *Genio de París* (o la Libertad) en lo alto del pilar de la Bastilla.
32. Proyecto de pirámide propuesto por el arquitecto revolucionario Étienne-Louis Boullée en 1785: *Cénotaphe dans le genre Egyptien*.
33. La pirámide barroca propuesta para el Louvre para los festejos del centenario de la Revolución francesa de 1789.
34. La pirámide de cristal del Louvre.
35. Vista aérea de París y el eje histórico desde el Louvre hasta el Gran Arco.

36. Vista aérea de la ciudad de Luxor, en el Alto Egipto.
37. Vista aérea del Louvre y el Sena.
38. Vista aérea del templo de Luxor en Tebas.
39. Obelisco de Tutmosis III en el Victoria Embankment de Londres, más conocido como *La aguja de Cleopatra.*
40. Gorringe pronuncia una conferencia en una ceremonia masónica durante la inauguración del obelisco de Nueva York en 1881.
41. La ceremonia masónica de colocación de la piedra angular para el obelisco de Nueva York, en 1880, durante la cual el Gran Maestro vinculó la francmasonería con el antiguo Egipto.
42. Monumento Masónico a George Washington en Alejandría, Virginia.
43. El *Pharos* (Faro) de Alejandría.
44. Entrada al ascensor del Monumento a Washington.
45. Estatua de George Washington con atuendo masónico en el Monumento Masónico a Washington.
46. Puesta de sol a lo largo del eje de la avenida Pensilvania el 12 de agosto.
47. Interior de la sala egipcia del Freemasons' Hall, en Filadelfia.

Agradecimientos

Hacer este libro ha llevado mucho tiempo y muchos altibajos. La historia comenzó en 1992 y concluyó finalmente en el 2004. Este período más largo que de costumbre refleja no sólo la complejidad del tema, sino también la relación laboral y amistosa fuerte y resistente que tengo con mi coautor, Graham Hancock, un maestro consumado, y pone de relieve una vez más el poder del trabajo en equipo y el antiguo pero evidente axioma de que dos cabezas piensan mejor que una.

Como siempre, tengo una deuda profunda con mi encantadora esposa, Michele, por su tolerancia, su perseverancia y, por encima de todo, por quedarse de guardia con eficiencia mientras yo me perdía en el laberinto de mi manuscrito. También estoy agradecido a mis dos hijos, Candice y Jonathan, por no dar demasiada importancia a mis habituales faltas de consideración, que son, me temo, un aprieto muy frecuente en los autores de acertijos históricos como este. También quiero agradecer a otros conocidos y amigos, pero son tantos que no puedo hacerles justicia en tan poco espacio. Sin embargo, quiero agradecer especialmente a Yuri Stoyanov, John Gordon, William Horsman, Jean-Paul Bauval, Diana Lucas, Roel Oostra, Ahmed Osman, Dennis Seisun, John Orphanidis, Fedora Campos, Hoda Hahim, Sandro Mainardi, Andrea Vitussi, Giulio Magli, Richard Fusniak, Adriano Forgione y todo su equipo de la revista *Hera* de Roma, Mohamad Nazmy y su equipo de Travel Quest en El Cairo y a todas las personas encantadoras de Stars & Signs, Hera y Power Places Tours.

Tengo una deuda inmensa de gratitud con mi agente literario y amigo Bill Hamilton y con Sara Fisher y todo el personal de A. M. Heath

Ltd., cuyo apoyo y estímulo siempre se aprecian. También quisiera dar las gracias a Tom Weldon, Genevieve Pegg, James Kellow, Elisabeth Merriman, Stef Hinrich y Jane Opoku y a todo el personal de Penguin Books, Reino Unido. Un inmenso *grazie* a la encantadora Cecilia Perucci, a Luisa Azzolini y a todo el personal de Corbaccio en Milán, Italia. También tengo que dar las gracias a nuestro nuevo editor en Estados Unidos, Thorsons (HarperCollins) Publishers. Un agradecimiento especial a nuestro diligente corrector, David Watson, por su excelente trabajo profesional en las etapas finales de este libro. En último lugar, aunque no por eso el menos importante, muchísimas gracias a todos nuestros lectores, porque sin ellos nada de esto habría sido posible ni habría valido la pena.

ROBERT G. BAUVAL
Buckinghamshire, febrero del 2004

Gracias a mi esposa, Santha, y a nuestros seis hijos, Sean, Shanti, Ravi, Leila, Luke y Gabrielle, que me han brindado muchísima solidaridad, cariño y apoyo durante los doce años en los que estuvimos haciendo *Talismán*. También estoy muy agradecido a mi padre, que leyó todo el manuscrito durante el que resultó el último verano de su vida y se tomó el trabajo de hacerme numerosos comentarios y sugerencias útiles. Manifestó su apasionado desacuerdo con muchas de mis opiniones sobre la Iglesia cristiana, pero estuvimos de acuerdo, con la misma pasión, en que la vida tiene un sentido espiritual y que no acaba en la tumba.

GRAHAM HANCOCK
Londres, febrero del 2004

Las fuentes de las ilustraciones que aparecen en este libro son las siguientes: ilustraciones 1, 2, 3, 13, 14, 15, 17, 20, 25, 26, 29, 30, 32, 34, 39, 44 y 45, Robert G. Bauval; ilustración 3, Diana Lucas; ilustración 6, Mary Evans Picture Library; ilustraciones 7, 9, 24 y 28, Bibliotèque Nationale de France; ilustración 46, Jim Alison; ilustraciones 35 y 37, Museo y Exposición del Gran Arco de La Défense, París; ilustraciones 36 y 38, fotografías aéreas de 1930 publicadas en *Dossiers: Histoire et Archéologie*, número 101, enero de 1986; el mapa de la página 49, John Grigsby; ilustración de la página 469 (abajo), Adrian Gilbert.

1

Detrás de los velos

«La barca de Isis, una fiesta que se celebraba en Roma con gran pompa, se conocía como *Navigium Isidis*; después de botarla, se volvía a llevar al templo de Isis y se rezaban oraciones por la prosperidad del emperador, por el imperio y por el pueblo romano [...]»

F. NOËL, *Dictionnaire de la Fable*, París, 1823

«Nadie ignora que, al principio, París estaba encerrada dentro de la isla (de la Cité), de modo que, desde sus orígenes, fue una ciudad relacionada con la navegación. [...] Como se hallaba en un río por el que se navegaba mucho, adoptó como símbolo una barca y como diosa tutelar, a Isis, la diosa de la navegación; y esta barca era la verdadera barca de Isis, el símbolo de esta diosa.»

COURT DE GEBELIN, *Monde primitif analysé et comparé avec le monde moderne*, París, 1773

El 14 de julio de 1789, una multitud furiosa provocó disturbios en las calles de París y tomó por asalto la gran prisión conocida como la Bastilla. Menos de una hora después, el destino de Francia pendía de un hilo y parecía que la historia europea emprendía un camino diferente y peligrosamente impredecible.

En los grabados de la época, la Bastilla aparece como una estructura rectangular imponente, flanqueada por ocho torres altas, y no da la impresión de ser fácil de tomar por asalto. Había sido construida a finales del siglo XIV como una fortaleza para proteger el este de París y en el siglo XVII se convirtió en una prisión sórdida y espantosa para ence-

rrar a los disidentes. En la época de la Revolución, todo el mundo la consideraba un instrumento de la tiranía y un símbolo poderoso del despotismo de la corona francesa.

Un día después de la toma de la Bastilla, un contratista local emprendedor, *monsieur* Pierre-François Palloy,[1] se encargó de movilizar una masa de ochocientos ciudadanos para desmantelar piedra a piedra la odiada prisión.[2] Tan bien se ejecutó el trabajo que, al cabo de un mes, la mayor parte de la estructura había quedado reducida a escombros y sólo quedaban intactos una pequeña parte de la muralla que rodeaba la torre y los cimientos.

Entonces ocurrió algo curioso. Se hizo la sugerencia (que durante un tiempo se tomó en serio) de que había que rescatar las piedras de la Bastilla para construir allí una réplica de una antigua pirámide egipcia.[3] Si bien el proyecto se estancó posteriormente por falta de fondos, la idea básica de establecer una conexión simbólica con el antiguo Egipto persistió entre bastidores. Si no se podía conseguir una pirámide, habría que arreglárselas con algo menos, de modo que el 10 de agosto de 1793 un grupo de revolucionarios instaló ceremoniosamente una gran estatua de la diosa Isis del antiguo Egipto en el lugar donde antes se alzaba la Bastilla. La estatua, que representaba a la diosa sentada en un trono, flanqueada por dos leones, había sido concebida por Jacques-Louis David, el famoso artista y propagandista de la Revolución, y llegó a ser parte de la utilería de una macabra fiesta republicana que se organizó a toda prisa para festejar la decapitación de Luis XVI, seis meses antes, y el inminente guillotinamiento de la reina María Antonieta, para el cual faltaban todavía dos meses.

Los escultores Suzanne y Cartelier no dispusieron de tiempo suficiente para fundir la estatua en bronce, el medio preferido, de modo que se limitaron a modelarla en yeso y la pintaron de color bronce.[4] De los pezones desnudos de la «diosa Isis» brotaba agua, que caía en una pila situada debajo de la estatua. Se conocía como la *Fuente de la regeneración* y la idea general era que la multitud pasara en procesión delante de «Isis» y bebiera «de sus fértiles pechos el líquido saludable de la regeneración».[5]

La descristianización

Todos saben que las ideas filosóficas, sobre todo las de Rousseau y Voltaire, fueron parte del fermento que desembocó en la Revolución fran-

cesa. De todos modos, cuesta explicar por qué un ritual claramente religioso (como la ceremonia de Isis que acabamos de describir) recibió el apoyo oficial del gobierno revolucionario ya en 1793. Que haya sucedido, y sobre todo en un lugar tan simbólico como la plaza de la Bastilla, plantea una cuestión interesante. ¿Es posible que las creencias espirituales e incluso las religiosas desempeñaran un papel más importante de lo que se ha reconocido hasta ahora para precipitar y mantener los cambios que se apoderaron de Francia después de 1789?

Por ejemplo, aunque apenas se ha estudiado la cuestión, resultó evidente en los primeros días de la Revolución que sus objetivos básicos no incluían sólo la erradicación de la monarquía y una readaptación radical del orden social y económico, como cabía esperar, sino también otra meta más trascendental todavía: la erradicación, nada menos —casi se podría decir la extirpación—, del cristianismo del suelo francés. Este objetivo se adoptó como política oficial en el invierno de 1793, pocos meses después de los rituales de Isis en la Bastilla, y puso en marcha una campaña nacional intensa y sistemática de «descristianización».[6] Como resume el historiador francés Michel Vovelle, esta faceta hoy casi olvidada de la Revolución no fue un intento pasivo y progresivo de conversión, sino una empresa metódica y contundente, impuesta mediante la violencia y la intimidación.[7]

¿A qué se debió este apuro repentino por acabar con el cristianismo?

¿Se trataría simplemente de que los revolucionarios consideraban el cristianismo un rival para la lealtad de las masas y detestaban y tomaban a mal los antiguos lazos entre la monarquía y la Iglesia o habría en juego algo más profundo?

La decapitación del «rey cristianísimo» por el culto al Ser supremo

A los reyes de Francia les gustaba remontar sus orígenes a los merovingios, una dinastía franca que se mantuvo del siglo V al VIII d. de C. No se sabe nada de Meroveo, el semilegendario fundador de la dinastía, pero su hijo, Childerico I, es una figura histórica que gobernaba una tribu de francos salios desde su capital, Tournai, alrededor del año 470. En el 481 o el 482, sucedió a Childerico su hijo, Clodoveo I, que unió casi toda la Galia y se convirtió al cristianismo alrededor del 496.

Clodoveo murió alrededor del 511, pero la dinastía merovingia siguió

gobernando en la actual Francia hasta el 750 d. de C. La sucedió la dinastía carolingia, que adquirió gran renombre alrededor del 800, con la impresionante coronación de Carlomagno como primer emperador del Sacro Imperio Romano Germánico por el papa León III. A partir de entonces, todos los reyes de Francia fueron considerados protectores de la Iglesia católica y, a tal efecto, llevaban el título de *Roi Très Chrétien* o «rey cristianísimo». De hecho, tan piadosos eran los reyes medievales de Francia que uno de ellos (Luis IX, un héroe de las Cruzadas) llegó incluso a ser canonizado.[8]

Mientras tanto y volviendo a aquel año terrible de 1793-1794 —en realidad fue el año del Terror revolucionario, con su orgía desenfrenada de decapitaciones—, de pronto se observó mucho en Francia un tipo diferente de fenómeno religioso: los sacerdotes católicos comenzaron a «renunciar» a sus cargos a montones[9] y la Convención (el gobierno revolucionario) lanzó un culto nuevo, con apoyo oficial en las iglesias y las catedrales recién «descristianizadas» de todo el país. Parece que esta nueva religión —a veces se la llamó el «culto a la Razón», aunque con más frecuencia se designaba con el nombre de «culto al Ser supremo»— fue creada por el líder revolucionario Maximilien de Robespierre y que su establecimiento fue planeado y organizado por el artista Jacques-Louis David, el mismo que había participado en la maniobra de Isis en la Bastilla.

La diosa tricolor con el gorro frigio

En las fiestas callejeras organizadas durante la Revolución francesa, era habitual que la «diosa Razón» estuviera personificada por una actriz vestida con un velo tricolor, rojo, blanco y azul, y con el llamado gorro frigio, el mismo gorrito que estuvo tan de moda entre el público en general durante la primera parte de la Revolución y que llevaban sobre todo los *sans-culottes*, la facción más entusiasta, que participó en los miles de guillotinamientos que tuvieron lugar en París y por todo el país.

El gorro frigio es el tocado típico de dos divinidades paganas muy conocidas: la diosa Cibeles y el dios Mitra.

Cibeles era una de las grandes diosas madres de la antigüedad y, sobre todo en una época, de Roma, cuya república intentaban emular los revolucionarios franceses. Como sugiere el nombre del gorro, los orígenes de su culto estaban en la antigua Frigia (la Turquía moderna). En las esta-

tuas, se la suele asociar con dos leones, que se representan o bien enganchados a su carro o bien flanqueando el trono ceremonial que utilizaban los sumos sacerdotes de su culto. Los eruditos medievales y renacentistas con frecuencia la identificaban con la diosa Isis del antiguo Egipto. Por consiguiente, parece poco probable que fuera casual que una diosa parecida a Cibeles ocupara un lugar tan destacado en la iconografía de la Revolución francesa, por ejemplo, en el llamado *Génie de la République*, una escultura en mármol del artista Joseph Chinard, realizada después de la caída de la Bastilla, que muestra a la *République* como una joven con atuendo grecorromano y llevando el gorro frigio.[10]

En aquel año extraño y terrible de 1793-1794, el llamado culto a la Razón se extendió como reguero de pólvora por las provincias francesas, junto con el proceso de descristianización. Se hizo habitual ver grandes procesiones o teatros callejeros en los que la diosa Razón, con el gorro frigio, era llevada en un carro hasta la iglesia o la catedral más cercana. Estos acontecimientos podían parecer meras excusas para que hombres y mujeres se emborracharan juntos, si bien en Francia siempre tuvieron un trasfondo más serio. Por ejemplo, el 7 de noviembre de 1793, la Convención obligó nada menos que al obispo de París a abjurar de su fe. Tres días después, el 10 de noviembre, se organizaron enormes celebraciones en su catedral en honor del culto alternativo a la Razón.

En lo más destacado de las celebraciones, una tal *mademoiselle* Aubry, una actriz hermosa y muy conocida, envuelta en un velo blanco, con una túnica azul y el gorro frigio rojo, salió de un templo dedicado a la filosofía y la sentaron en un trono, al que acudieron las multitudes a rendirle homenaje. A continuación, la procesión marchó hasta la Convención, donde el ciudadano Chabot, un revolucionario entusiasta y uno de los artífices del nuevo culto, decretó que, a partir de entonces, la catedral de Notre-Dame de París, el santuario cristiano más antiguo y más venerado de Francia, se convirtiera en el «templo de la Razón». Después se celebraron varias ceremonias, en las cuales representaron el papel de la diosa diversas bellezas parisienses, como *mademoiselle* Maillard, *mademoiselle* Lacombe y *madame* Momoro, entre otras.[11]

El obelisco y la pintura

En 1813, veintiséis años después de la toma de la Bastilla, aquel gran impulso innovador de la cultura que fue la Revolución francesa

pareció detenerse dando un chirrido con la derrota de Napoleón. Aprovechando la ocasión, el exiliado conde de Provenza, Louis-Stanislas-Xavier, hermano mayor de Luis XVI, prometió al pueblo francés que respetaría algunos de los principios de la Revolución en una nueva forma de monarquía; después, con el asesoramiento del brillante estadista Talleyrand, en mayo de 1814 entró en París, donde fue recibido con los brazos abiertos por los franceses, hartos de guerras, y, en medio de gran júbilo, ocupó el trono como Luis XVIII.[12]

Luis XVIII, que gobernó diez años, era francmasón. A su muerte, acaecida en 1824, le sucedió su hermano, el conde de Artois, también francmasón, que adoptó el nombre de Carlos X. Los dos monarcas mostraron una marcada preferencia por el simbolismo del antiguo Egipto en sus obras públicas y dos proyectos de Carlos X tienen un interés especial en tal sentido. El primero tenía que ver con el traslado intacto a París de un obelisco del antiguo Egipto y el segundo, con el encargo de una pintura gigantesca para el Louvre.

El obelisco

En 1827, Carlos X encargó a Jean-François Champollion (apodado «el padre de la egiptología moderna» por el gran avance que supuso su desciframiento de los jeroglíficos del antiguo Egipto) que organizara el traslado a París de uno de los dos obeliscos de tres mil quinientos años de antigüedad que había en Alejandría (Egipto).[13]

El obelisco estaba destinado a la plaza de la Concordia, un lugar prestigioso y de gran significación personal para Carlos X, ya que al principio había sido bautizada en honor de su padre, Luis XV, cuya estatua ecuestre la había adornado en otro tiempo. Sin embargo, la estatua había sido derribada y destruida durante la Revolución de 1789 y el lugar se rebautizó con el nombre de «plaza de la Concordia». También se había levantado allí la guillotina que había decapitado a Luis XVI, en enero de 1793, y a María Antonieta, en octubre del mismo año sangriento. ¿Podemos especular con que la instalación del obelisco sirviera para conmemorar la idea de una monarquía renacida y restaurada, con el antiguo símbolo solar de los reyes divinos de Egipto saliendo en el corazón de la línea del horizonte de París como si fuera un fénix?

El segundo proyecto digno de mención de Carlos X fue el encargo al artista François-Edouard Picot de la decoración del techo de su museo personal en el Louvre con un tema «egipcio» específico.

Como muchos de los artistas prometedores de la época, Picot había estudiado con el maestro Jacques-Louis David (el creador de la estatua de Isis en la plaza de la Bastilla), conque no debería sorprendernos encontrar a la misma Isis en la pintura realizada por Picot para Carlos X.

La gran obra, que todavía decora el techo del Louvre, se finalizó en 1827 y mide aproximadamente 5 x 4 metros. Se titula *L'Étude et le Génie dévoilent à Athènes l'Antique Egypte* [*«El Saber y el Genio revelan a Atenas el antiguo Egipto»*]. Domina la escena la figura de Isis, que aparece sentada en un trono flanqueado por dos leones, como también ocurría en la Isis anterior de David para la Bastilla. Sin embargo, de inmediato atrae al espectador el cielo que se ve por encima de la diosa, donde aparecen dos ángeles volando, mientras desvelan los secretos de Isis.

Llegamos a tener una visión tentadora de un paisaje inquietante en el que se ven a lo lejos un obelisco y un grupo de pirámides hacia los cuales lanza Isis una mirada lánguida. De las nubes contiguas a los ángeles sale la diosa griega Atenea con un búho a sus pies, como símbolo de la iniciación y la sabiduría. A la izquierda de Atenea hay una diosa alada que lleva una corona de laureles, como símbolo del Saber *(l'Étude)*. A la derecha de Atenea está el llamado *Genio de París*, un joven alado desnudo que blande una antorcha a fin de iluminar y revelar a Atenea el paisaje de estilo egipcio que hay abajo.

Después de la abdicación de Carlos X en 1830, Luis Felipe I fue nombrado nuevo rey de Francia. También conocido como el «rey ciudadano», encargó un monumento para conmemorar los *Trois Glorieuses*, los tres días (el 26, el 27 y el 28) de julio de 1830 que marcaron la segunda revolución de Francia. El monumento, que se acabó en 1836, es una columna alta, erigida en la plaza de la Bastilla, exactamente donde David había colocado su estatua de Isis en agosto de 1793. En lo alto de la columna hay una réplica muy parecida del joven alado con la antorcha que se aprecia en la pintura de Picot en el Louvre.

¿Acaso Picot nos está recordando que allí, debajo del alado *Genio de París*, hubo en otro tiempo una estatua de Isis, como la que también aparece en su pintura?

¿Casualidad o proyecto?

Imaginemos que estamos en el París actual, volando en helicóptero por encima de la columna de la Bastilla y mirando hacia el Oeste, siguiendo la línea de visión del *Genio de París*. Sobrevolamos los barrios más antiguos y más apreciados de la ciudad. A nuestros pies se extienden algunos de los edificios y monumentos más impresionantes de París. A nuestra izquierda corre el bulevar Henri IV, que conduce al Sena. El propio río fluye más o menos de Este a Oeste y, por ende, paralelo a nuestra línea de visión hacia el Oeste, mientras que al otro lado del bulevar Henri IV está el antiguo Pont de Sully, que pasa por encima del extremo oriental de la Île de Saint-Louis, con su famosa abadía homónima. El extremo occidental de la isla se comunica mediante un puente peatonal con la Île de la Cité, mucho más grande, donde están la célebre catedral de Notre-Dame y el impresionante Palacio de Justicia.

Al otro lado del Sena está el alto campanario de la abadía de Saint-Germain, que, como veremos más adelante, en otro tiempo fue, curiosamente, un santuario dedicado a la diosa Isis. Sin embargo, todas estas maravillas empalidecen cuando concentramos la vista a lo largo de la línea de visión hacia el oeste con el *Genio de París*, porque se extiende ante nosotros el paisaje urbano más encantador de toda Europa. Recta como una flecha, la Rue de Rivoli conduce hasta la iglesia de Saint-Germain l'Auxerrois, la más antigua de París, donde tradicionalmente recibían el bautismo los reyes de Francia. Justo después de la iglesia está el Gran Louvre, con forma de cangrejo, tal vez el museo más maravilloso de Europa y, hasta 1663, el palacio principal de los reyes de Francia.

Todavía hay más cosas para regalarnos la vista. En la actualidad, una imponente pirámide de cristal, encargada por el presidente Mitterrand para el festejo del bicentenario, en 1989, surge como un diamante inmenso en la Cour Napoléon del Louvre. Esta pirámide insólita parece definirnos un panorama abierto hacia el Oeste que atraviesa el Arco del Carrusel de Napoleón y pasa por los jardines de las Tullerías, impecablemente arreglados. Nuestra línea de visión abarca a continuación la ancha y perfectamente recta avenida de los Campos Elíseos, la columna vertebral de París, conocida en otro tiempo como el *Axe Historique*, el eje histórico. En este punto, es imposible no ver el alto obelisco egipcio que se yergue hacia el cielo en la plaza de la Concordia, donde comienzan los Campos Elíseos. Tampoco podemos pasar por alto que todo el trazado que observamos desde el mirador del *Genio de París*

guarda una asombrosa similitud con el trazado y el proyecto general que se insinúan en la pintura de Picot, porque, si examinamos la pintura con más atención y tratamos de imaginarnos a nosotros mismos junto al otro *Genio de París* alado, el que revolotea por encima del misterioso paisaje de estilo egipcio de la obra maestra de Picot, enseguida hay algo que resulta evidente: que el obelisco y las distintas pirámides que Picot ha incluido no sólo parecen definir el eje central de la pintura, sino que, además, si se transportan al trazado de París, coincidirán con el obelisco de la Concordia y la pirámide del Louvre, que definen el eje central o «histórico» de la ciudad.

Carlos X tomó la decisión de enviar a Champollion a Egipto para traer el obelisco durante el año 1826-1827, justo cuando Picot estaba pintando su obra maestra en el Louvre. Sabemos también que Picot participó intensamente en la renovación del Museo Egipcio de Carlos X en el palacio del Louvre y es casi seguro que tuvo conocimiento de las conversaciones relacionadas con la importación y la situación del obelisco. Por consiguiente, aunque no se colocó finalmente en la plaza de la Concordia hasta 1836, es fácil comprender por qué el artista se habrá sentido inspirado para poner un obelisco en su pintura de 1827 y, además, en el lugar correcto.

Cuesta mucho más explicar la relación entre la pirámide que muestra Picot en su pintura y la pirámide de cristal que se puede ver en nuestra vista aérea. Esto se debe a que esta última es una obra moderna, que tiene menos de veinte años en el momento en que se escribe este libro y que fue diseñada por el arquitecto I. M. Pei y finalizada en 1984.

Por consiguiente, la cuestión es cómo es posible que Picot se anticipase a la pirámide de I. M. Pei, o, para darle más aire de conspiración, ¿acaso la pintura de 1827 aludía a algún tipo de plan o proyecto oculto para París que se ha seguido ejecutando a lo largo de más de ciento cincuenta años? ¿O será tal vez una inmensa casualidad que el paisaje de estilo egipcio que se revela en la pintura se haya reproducido en la arquitectura parisiense?

¿Estuvo la francmasonería detrás de la Revolución francesa?

Ya hemos visto que, durante la Revolución de 1789, se propuso levantar una pirámide donde estaba la Bastilla, algo de lo que Picot sin duda

habría estado enterado. También es probable que Picot tuviera conocimiento de varios otros proyectos de pirámides grandiosas que se planearon antes y después de la Revolución, pero que se habían paralizado por falta de fondos.

Por ejemplo, se había planeado construir en París una tumba piramidal inmensa en honor del científico sir Isaac Newton, héroe de la Ilustración y, por consiguiente, de las ideas revolucionarias. La pirámide fue diseñada por el arquitecto francés Joseph-Jean-Pascal Gay en 1800 y se suponía que a su alrededor hubiese una gran muralla con cuatro puertas, siguiendo el modelo del templo de Karnak, en el Alto Egipto, y una avenida flanqueada por dieciocho esfinges que condujera hasta la pirámide.[14]

También estaban las diversas pirámides propuestas por el arquitecto Étienne-Louis Boullée. Uno de los bocetos que se conservan muestra un grupo de pirámides que se parecen mucho a las de la pintura de Picot, en la que aparecen envueltas en nubes y bruma y sin los piramidones.[15] En su estudio sobre los emblemas y los símbolos de la Revolución de 1789, el historiador Jean Starobinski explica que el «lenguaje de la Revolución» era intensamente «simbólico». Starobinski habla también de un estado de ánimo que parece haberse apoderado de los arquitectos en el período inmediatamente prerrevolucionario: una nueva necesidad de emplear formas geométricas básicas, como cubos, esferas y pirámides, a una escala monumental y de transformar París en una especie de «ciudad utópica»:

> [...] [había] necesidad de añadir imágenes a las ideas y de diseñar los planos de una ciudad ideal, que, como cualquier otra ciudad utópica, se rigiese por las leyes de una geometría sencilla y rigurosa. [...] Todos estos magníficos estilos arquitectónicos que se ajustaban a los principios sencillos de la geometría y se presentaron como proyectos no se llegaron a concretar. [Y si bien] una ciudad armoniosa, una ciudad para una nueva era [...] existía en las carteras de determinados arquitectos, mucho antes de la toma de la Bastilla [...], la Revolución no dispondría del tiempo ni de los recursos ni, tal vez, de la audacia de pedirles que acometieran aquellos grandes proyectos oficiales [...][16]

Pero ¿por qué una visión utópica y de estilo egipcio para París? ¿Por qué pirámides y paisajes seudoegipcios? ¿De dónde procedían aquellas ideas tan extrañas y quién las promocionaba?

Semejantes obsesiones por el simbolismo, la arquitectura y, sobre todo, la geometría sugieren, una vez más, la influencia de la francmaso-

nería, a pesar de que la opinión de los expertos está dividida al respecto. Muchos historiadores sostienen que no cabe duda de que la francmasonería desempeñó un papel importantísimo en la Revolución francesa, mientras que, por otra parte, muchos otros sostienen que no tuvo nada o casi nada que ver. El historiador francés J. Godechot, experto en el tema, manifiesta adecuadamente el estado de la cuestión:

> Hay todo un género dentro de la literatura (que no muestra la menor señal de aplacarse) que atribuye la responsabilidad de la Revolución y, concretamente, la de los días de 1789 al duque de Orleans [el primer Gran Maestro del Gran Oriente, el órgano supremo de la francmasonería en Francia]. Según estas fuentes, hay que atribuir al duque de Orleans los disturbios de la *Reveillon*, los del 14 de julio, los de la noche del 4 de agosto y los de los días de octubre. Sin duda, el duque intentó sacar provecho de estos acontecimientos, pero es muy dudoso que fuera su causante. En todo caso, si llegó a participar en el juego, sus esfuerzos tuvieron una influencia reducida en comparación con las fuerzas mucho más nutridas que impulsaron al pueblo, a Francia e incluso a todo el mundo occidental hacia la Revolución [...][17]

La verdad es que ningún historiador, por meticulosa que sea su investigación, puede saber realmente qué fuerzas, ya sea visibles u ocultas, impulsaron al pueblo francés a estallar en una revolución total contra la monarquía y la Iglesia en 1789. Por definición, resulta imposible medir tales fuerzas, que en ocasiones pueden no ser visibles ni estar documentadas en absoluto. Lo mismo ocurre al intentar catalogar las fuerzas que impulsaron las Cruzadas, en la Edad Media, o el Holocausto, en la Alemania nazi, o incluso las fuerzas que lanzaron a Estados Unidos en su guerra contra el terrorismo, a comienzos del siglo XXI. No hay una sola fuerza, oculta o no, que se pueda considerar única responsable de ninguno de estos acontecimientos, sino que, más bien, en todos los casos ha entrado en juego una combinación de fuerzas.

En el caso de la Revolución francesa, es evidente que una de las principales fuerzas se generó por la tremenda opresión del pueblo y por el abuso de poder de la monarquía. Sin embargo, ningún historiador negará que también había un intenso trasfondo filosófico e intelectual favorable a la Revolución, que ejerció una influencia poderosa en lo que hicieron figuras clave, como Robespierre, Danton y Marat, además de otras, como el pintor Jacques-Louis David y el escultor Jean-Antoine Houdon. A estas alturas de nuestra investigación, la francmasonería sigue

siendo un candidato tan bueno como cualquier otro para ser la fuente de este trasfondo.

Mientras tanto, al otro lado del Atlántico, en el continente americano, una década antes se había producido una revolución hermana. Allí también se puede detectar fácilmente un intenso trasfondo filosófico e intelectual que impulsó a las principales figuras, como Benjamin Franklin, Thomas Jefferson, Thomas Paine y George Washington, y también se estaba construyendo, bastante literalmente, una ciudad utópica según un plan esotérico mucho menos velado que el de París.

Franklin, la francmasonería y la Revolución

Que la revolución o la Guerra de la Independencia de Estados Unidos estuvo muy influida por los francmasones y por las ideologías y los principios masónicos es una tesis aceptada. Existen varias obras buenas sobre este tema,[18] que casi no permiten dudar de que la francmasonería fue una de las fuerzas que impulsaron los ideales, los principios y el apoyo al republicanismo de la revolución estadounidense. Lo que no se sabe tan bien es que en aquella época había una relación muy estrecha entre las logias masónicas francesas y las estadounidenses.

No está claro si la francmasonería llegó a América del Norte antes de que se estableciera la Gran Logia en 1717, pero la primera documentación que se conserva sobre logias masónicas formales en el continente americano procede de Boston y Filadelfia a principios de la década de 1730.[19] La difusión de la francmasonería en Estados Unidos se produjo a través de las llamadas «logias militares» y, en vísperas de la Guerra de la Independencia de 1775, se había vuelto sumamente popular entre los oficiales de grado superior y la alta burguesía.

Uno de los primeros francmasones estadounidenses fue Benjamin Franklin, que fue iniciado en febrero de 1731 y llegó a ser maestro de la Logia de San Juan en la ciudad de Filadelfia, donde «redactó la versión más antigua de las normas de la logia estadounidense que todavía se conservan».[20] Franklin, que había fundado la *Gaceta de Pensilvania* en 1729, también es famoso en círculos masónicos por imprimir (en diciembre de 1730) el primer artículo que se publicó en Estados Unidos que hacía referencia a la francmasonería.[21]

En aquella época, la francmasonería americana estaba regulada por la Gran Logia Unida de Inglaterra, que nombraba «Grandes Maestros

provinciales» en distintas regiones de América del Norte. En 1749, Franklin fue nombrado Gran Maestro Provincial de Pensilvania. Franklin era un intelectual, un político brillante y, sobre todo, un agitador astuto; llegaría a ser la figura clave de la revuelta americana contra los británicos y, desde luego, el más famoso de los «fundadores» de Estados Unidos.

Tanto de joven como posteriormente en su vida adulta, Franklin pasó tres temporadas en Inglaterra, con un total de quince años acumulados entre 1724 y 1726, 1757 y 1762 y 1765 y 1775. Durante estas estancias prolongadas, nadie cuestiona que, al elegir a sus amistades, se acercó a francmasones influyentes y a intelectuales radicales. Cuando regresaba a Estados Unidos, se destacaba por provocar la discordia contra el gobierno colonial británico; tanto es así que al consejo asesor del rey en Londres le pareció necesario convocarlo y advertirle con severidad que no despertara sentimientos antibritánicos en las colonias.

Fue Franklin el que, estando en Inglaterra, había alentado el rechazo del llamado «impuesto del timbre», establecido por los británicos a las colonias americanas, que obligaba a los colonos a pagar un arancel por certificar todos los documentos jurídicos y las transacciones. Franklin logró interceptar una serie de cartas escritas por Thomas Hutchinson, el gobernador británico de Massachusetts, en las que se refería en términos muy poco amistosos a varias figuras políticas importantes de Estados Unidos, y envió copias de aquellas cartas a sus amigos estadounidenses, que las publicaron; esto provocó tanta indignación que los británicos, para apaciguar los ánimos, tuvieron que suprimir el impuesto del timbre.

En la primavera de 1775 crecía la presión contra Franklin en Inglaterra, de modo que él decidió que había llegado el momento de regresar a Estados Unidos, adonde llegó el 5 de mayo. Mientras estaba en alta mar, había estallado la guerra entre Gran Bretaña y las fuerzas revolucionarias estadounidenses en Lexington y Concord, el 19 de abril de 1775.

A su llegada a Pensilvania, Franklin enseguida fue nombrado delegado para el Segundo Congreso Continental, el órgano que no tardaría en convertirse en el Congreso de Estados Unidos. También fueron designados Thomas Jefferson y George Washington. Una de las primeras decisiones que tomó el Congreso (el 15 de junio de 1775) fue nombrar a Washington comandante en jefe de las Fuerzas Armadas revolucionarias.

Washington tenía 43 años en 1775 y Franklin tenía 69. Al igual que Franklin, Washington era francmasón. Había sido iniciado en la herman-

dad en 1752 en Fredericksburg (Virginia) y había ascendido a maestro masón al año siguiente.[22] John Hancock, un rico caballero de Harvard, era el presidente del Congreso en aquella época y también era un francmasón destacado, que posteriormente se distinguió por ser el primer hombre que firmó la Declaración de Independencia, el 4 de julio de 1776.

En septiembre de 1776, el Congreso acordó enviar una comisión a Francia para solicitar apoyo militar y financiero para la guerra contra Gran Bretaña. Franklin fue uno de los tres miembros de aquella comisión. Llegó a París justo antes de la Navidad de aquel año. Aunque entonces Francia no estaba en guerra con Inglaterra, la consideraba su enemigo natural y, por consiguiente, simpatizó con la causa americana.

Franklin enseguida entabló amistad con figuras destacadas de la sociedad francesa y, sobre todo, con la élite y los francmasones. Para los franceses, él representaba la nobleza sencilla del Nuevo Mundo y no tardó en convertirse en el niño mimado de la sociedad francesa y en el héroe de los intelectuales y la alta burguesía militar. Surgió una especie de «culto a Franklin» y su retrato se veía por todas partes, desde cajas de rapé hasta orinales. Los artistas, los intelectuales y las damas de la alta sociedad solicitaban su compañía y su casa estaba infestada de espías e informadores.

Franklin entablaría negociaciones secretas con el conde de Vergennes, el ministro de Asuntos Exteriores de Luis XVI. Estas negociaciones duraron varios años y finalmente se firmaron tratados en 1778, en los que Francia se comprometía a prestar apoyo militar y económico a la causa revolucionaria estadounidense.

Mientras tanto, en París, Franklin se dedicó con entusiasmo a sus propios intereses sociales e intelectuales, incorporándose a la ilustre logia masónica de las Nueve Hermanas,[23] una famosa logia fundada en 1776 por Joseph de Lalande y L'Abbe Cordier de Saint-Fermin (este último era el padrino de Voltaire). Aquel mismo año se firmó en Estados Unidos la Declaración de Independencia y Franklin fue el firmante de mayor edad. Lalande era el astrónomo más respetado de Francia y ejercía mucha influencia entre los intelectuales parisienses.

La Logia de las Nueve Hermanas

La Logia de las Nueve Hermanas, que debe su nombre a las nueve musas de la mitología griega, era, en realidad, la sucesora de una logia ante-

rior, Les Sciences, que Lalande había fundado en 1766 con el filósofo y matemático Claude Helvetius. Helvetius era defensor incondicional del ateísmo absoluto y sus ideas políticas y filosóficas tendrían gran influencia en la Revolución de 1789. Tras la muerte de Helvetius, en 1771, su esposa, Anne Catherine Helvetius, hizo causa común con Lalande y Saint-Fermin para crear la Logia de las Nueve Hermanas. Su propio salón de élite en la Rue Sainte Anne de París era famoso en toda Europa como «el cuartel general de la filosofía europea».[24] Otro de sus salones, en Auteuil, cerca de París, mantenía vínculos muy estrechos con la Logia de las Nueve Hermanas.[25]

No es extraño que Franklin fuera un visitante asiduo del salón de *madame* Helvetius. Otro era el marqués de Lafayette, un joven oficial del Ejército francés que pertenecía a una logia masónica, El contrato social, relacionada con otras logias importantes en toda Francia, entre las que destacaban La Société Olympique, a la que pertenecían jóvenes oficiales como el conde de Chambrun, el almirante conde de Grasse, el almirante conde d'Estaing y el bucanero John Paul Jones; pocos años después, todos ellos lucharían por la causa estadounidense.[26]

En 1777, Franklin llegó a ser Venerable Maestro de la Logia de las Nueve Hermanas y en 1778 le fue concedido el honor supremo de colaborar en la iniciación de Voltaire, que tenía ochenta y cuatro años. Dicen que el anciano Voltaire se apoyaba en los brazos de Franklin y en los de Court de Gebelin, el inventor francosuizo del moderno tarot esotérico.[27]

En abril de 1777, el representante de Franklin en París, el diplomático Silas Deane, consiguió reclutar al joven marqués de Lafayette, que entonces sólo tenía diecinueve años, y lo envió a Estados Unidos, a servir a las órdenes de Washington.[28]

En general, por consiguiente, hay pruebas más que suficientes de que en Francia había actividad masónica, concentrada en el cuidado y la alimentación de la Revolución estadounidense y centrada en la figura de Franklin y en la Logia de las Nueve Hermanas. Por más sugestivas que resulten estas pruebas, no nos permiten deducir que se puedan atribuir a esta logia ni a la francmasonería en general los violentos estallidos que se produjeron en París el 14 de julio de 1789 con la toma de la Bastilla y la revolución total que se produjo a continuación.

De todos modos, persiste la sospecha. Así lo explica el historiador francés Bernard Fay:

> Durante los dos primeros años de la Revolución, el impulso revolucionario, los fondos revolucionarios y los dirigentes revolucionarios procedieron de las clases privilegiadas. Si el duque de Orleans, Mirabeau y Lafayette; si la familia Noailles, los La Rochefoucauld, los Bouillon, los Lameth y otros nobles liberales no hubiesen desertado de la nobleza para sumarse a la causa del pueblo y de la Revolución, los revolucionarios habrían carecido de esa ventaja que les permitió triunfar desde el principio. Además, todos estos nobles que se unieron apresuradamente para apoyar la causa de las nuevas ideas, aunque acabaron perdiendo su fortuna, su posición, su graduación y su vida, eran francmasones y esto no podemos atribuirlo al azar, a menos que pasemos por alto las pruebas.[29]

No es extraño que Bernard Fay también opine que la Logia de las Nueve Hermanas era el centro de las actividades que marcaron los primeros años de la Revolución francesa. Como ya sabemos, esta logia no sólo albergaba a los personajes clave tanto de la Revolución francesa como de su revolución «hermana» estadounidense, sino también a escritores, intelectuales, políticos y artistas que utilizaban su talento para ensalzar las virtudes de la República en sus publicaciones y sus ilustraciones. El historiador masónico Jean-André Faucher escribe lo siguiente:

> Es cierto que fueron numerosos los francmasones [de la Logia de las Nueve Hermanas y otras logias] que contribuyeron a la caída de la monarquía y al éxito de la Revolución.[30]

Otro presunto miembro de la Logia de las Nueve Hermanas fue George-Jacques Danton, orador brillante, abogado y político autodidacta, al que muchos estudiosos atribuyen el papel fundamental en el derrocamiento de la monarquía francesa y en la creación de la Primera República, en septiembre de 1792. También fue el fundador del infame Club de los Cordeliers, una sociedad revolucionaria ultrarradical, conocida oficialmente como la Sociedad de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Robespierre y el culto al Ser supremo

Danton fue uno de los llamados triunviros y se enfrentó por el control de la República con otros dos líderes revolucionarios: Robespierre y Marat (este último era francmasón). Nunca se ha podido determinar de

forma concluyente si Robespierre también era francmasón, pero sus ideas intelectuales y su obsesión por las «virtudes», así como también su promoción del culto al Ser supremo, huelen a influencia masónica.

En la francmasonería, a menudo se describe a Dios como «el Gran Arquitecto del Universo». Su símbolo puede ser una estrella de cinco puntas (la estrella flamígera, en la que aparece la letra G) o una pirámide o un triángulo resplandeciente, con el ojo que todo lo ve (el ojo vigilante) en su interior. Este símbolo se puede ver todavía en la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* de 1789 y parece bastante evidente que sigue el modelo del Ser supremo de los francmasones, que también se representa mediante el ojo que todo lo ve dentro de la pirámide resplandeciente.

La francmasonería inglesa en particular ha hecho todo lo posible para dejar sentado que la creencia en un Ser supremo es una condición previa para ser miembro.[31] Por consiguiente, en una declaración oficial de la Junta de Objetivos Generales, ratificada por la Gran Logia Unida de Londres, se confirmaba lo siguiente:

> La Junta ha prestado la máxima consideración a esta cuestión y está convencida de que reviste fundamental importancia para la reputación y el bienestar de la francmasonería inglesa que no haya malentendidos para ninguno de los dos lados. Jamás se podrá afirmar con demasiada firmeza que la masonería no es una religión ni un sustituto de la religión. [...] Por otra parte, el requisito fundamental de que todos los miembros de la orden crean en un Ser supremo y la importancia que se atribuye a sus obligaciones para con Él deberían ser suficiente evidencia para todos, salvo los prejuiciosos obstinados, de que la masonería defiende la religión, puesto que es imprescindible tener algún tipo de religión para poder entrar en la masonería [...][32]

En realidad, esta declaración es una interpretación de la Constitución de la Francmasonería redactada en 1723, donde, en el llamado Primer Cargo, titulado «Sobre Dios y la religión», aparece la declaración siguiente:

> Sea cual fuere la religión o el tipo de culto que profese, nadie quedará excluido de la orden, siempre que crea en el glorioso Arquitecto del cielo y de la tierra [...][33]

La expresión «Ser supremo» se utiliza mucho en la literatura informativa de la Gran Logia Unida, en la cual, por ejemplo, un folleto oficial

declara que «los miembros deben creer en un Ser supremo, aunque los masones no tienen un dios aparte».[34] En otros panfletos masónicos también se usa en abundancia la expresión «Gran Arquitecto del Universo». Sin duda, no se hace ninguna distinción entre expresiones como «Glorioso Arquitecto del Cielo y la Tierra», «Gran Arquitecto del Universo» y «Ser supremo» y todos se consideran, evidentemente, epítetos adecuados e intercambiables para hacer referencia a la idea masónica de Dios.

Teniendo en cuenta que la mayoría de las figuras principales de la Revolución francesa eran francmasones (incluidos los otros triunviros, como Danton y Marat) y pensando en la terminología empleada por Robespierre para su culto republicano, es difícil no llegar a la conclusión de que su Ser supremo era el mismo «Gran Arquitecto del Universo» de los masones. En realidad, el historiador Michel Vovelle, experto en los cultos de la Revolución francesa, enseguida equipara el «Ser supremo» de Robespierre con el «Gran Arquitecto» de los francmasones.[35]

Rousseau y *El contrato social*

Es sabido que influyó mucho en Robespierre la obra de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), escritor y filósofo, cuya obra *El contrato social*, un tratado político que ensalza las virtudes de la igualdad social y la dignidad del hombre, sentó las bases para la *Declaración de los derechos del hombre*, sucesora natural de la Declaración de Independencia estadounidense.

Si bien Rousseau no era francmasón, los masones franceses adoptaron como doctrina muchas de sus ideas filosóficas y políticas, tanto es así que una de las logias masónicas prerrevolucionarias más importantes e influyentes, La Loge du Contrat Social, fue bautizada en su honor. Debemos recordar que tanto Voltaire como Rousseau fueron (y todavía son) considerados las dínamos intelectuales en las que se basó la Revolución. Sería llegar demasiado lejos afirmar que en realidad la provocaron, pero es justo decir que aportaron el marco moral que la sustentó.

Por consiguiente, no es ninguna sorpresa comprobar que las dos logias masónicas más importantes de Francia en los años previos a la Revolución de 1789 fueron la de las Nueve Hermanas y Le Contrat Social, aquella relacionada con Voltaire y su padrino y esta, con la obra

maestra política homónima de Rousseau. Precisamente en estas logias solían reunirse muchos de los protagonistas tanto de la Revolución francesa como de la estadounidense.

La Loge du Contrat Social se fundó en París en 1776, al mismo tiempo que la Logia de las Nueve Hermanas. Al principio llevaba el nombre de Loge Saint-Lazare y había asumido la función de una logia más antigua, La Loge Saint-Jean d'Ecosse de la Vertu Persécutée, con base en Aviñón, que actuaba como «logia madre» de una de las órdenes de élite de la francmasonería, el llamado Rito Escocés, también llamado «Consejo Supremo del Grado 33».[36]

Casi tan popular como la Logia de las Nueve Hermanas, Le Contrat Social reclutaba a sus miembros entre lo mejorcito de la nobleza liberal, los intelectuales y los militares. Con su autorización se establecieron otras logias en toda Francia, entre las que destacan la Saint-Alexandre d'Ecosse y L'Olympique de la Parfaite Estime.[37] El nombre de la Logia El contrato social en realidad había sido elegido por uno de los amigos íntimos de Jean-Jacques Rousseau, el barón de Astier,[38] que, al igual que Robespierre y muchos otros intelectuales de la Revolución, prácticamente deificaba a Rousseau. En abril de 1794, Robespierre incluso mandó exhumar el cadáver de Rousseau y volvió a enterrarlo en el Panteón de París, cerca de otros héroes nacionales.[39]

Un culto de diseño

El culto de Robespierre al Ser supremo se instauró oficialmente en Francia el 7 de mayo de 1794, poco más de un año después de la decapitación de Luis XVI. Para entonces, el proceso de descristianización ya se había hecho sentir, con la abdicación masiva del clero y la conversión de muchos lugares de culto cristianos en «templos» para el nuevo culto revolucionario.

A pesar de ser totalmente anticlerical, Robespierre no era ateo y llegó a presentar a la Convención un informe sobre los «principios de moralidad política que deben guiar a la Convención en la administración de los asuntos internos de la República», en el que afirmaba lo siguiente:

> [...] la idea del Ser supremo y la inmortalidad del alma nos recuerda constantemente a la Justicia y, por consiguiente, es social y republicana.[40]

La Convención estuvo de acuerdo y poco después decretó lo siguiente:

> El pueblo de Francia reconoce la existencia del Ser supremo y la inmortalidad del alma.[41]

«Deísta al estilo de Rousseau»,[42] Robespierre creía firmemente que en la auténtica base del nuevo Estado democrático tenía que haber una religión natural, que fuera propia de la condición humana y capaz de arraigar las virtudes de la nación sobre «bases eternas y sagradas».[43] Se propuso que el culto consistiera en celebraciones y encuentros a lo largo del año —Robespierre quería un total de 36 fiestas—,[44] dedicados sobre todo a los acontecimientos importantes de la Revolución (como el 14 de julio), a distintas entidades y conceptos (como el Ser supremo, la Naturaleza, la Libertad y la Igualdad) y, por último, a las «virtudes más útiles para el hombre» (como la Verdad, el Patriotismo, etcétera).

Como parte del culto de Robespierre, se dejó de lado el antiguo calendario gregoriano y se adoptó un calendario «republicano», en el que los meses recibían nombres naturales. El nuevo calendario estaba dividido en treinta y seis décadas de diez días cada una, con lo que se obtenía un año de 360 días, a los que se añadían cinco días complementarios para conmemorar «la virtud, el genio, el trabajo, la opinión y la recompensa».[45]

Resulta extraño, sin duda, descubrir que este calendario republicano parece seguir el modelo del antiguo calendario solar egipcio, que estaba dividido en treinta y seis decanatos, de diez días cada uno, con lo que se obtenía un año de 360 días, al que se añadían cinco días más para conmemorar las virtudes de Osiris, Isis y otras divinidades.

Lalande y Sirio

La misión de desarrollar el calendario republicano se encomendó a Charles-Gilbert Romme, matemático de prestigio y presidente del Comité de Instrucción Pública. Según el historiador masónico Charles Sumner Lobingier, Romme era un francmasón destacado de la Logia de las Nueve Hermanas,[46] que en cuestiones técnicas contó con la colaboración del matemático Gaspard Monge y el astrónomo Joseph-Louis de Lagrange. Monge también era un francmasón incondicional y un miembro destacado de la Logia de las Nueve Hermanas, que a su vez había sido fun-

dada por el astrónomo Joseph de Lalande, director del Observatorio de París desde 1768.

Lalande y el astrónomo e historiador Charles Dupuis formaban parte del comité establecido por Romme para crear el nuevo calendario republicano. Dupuis estaba convencido de que todas las ideas religiosas provenían del antiguo Egipto y, sobre todo, de que la ciudad de París estaba relacionada de algún modo con la diosa egipcia Isis. Volveremos sobre este punto más adelante. Mientras tanto, David Ovason, en su enigmático libro *La arquitectura sagrada de Washington*, realiza este comentario sumamente revelador acerca de Lalande durante las exequias de Voltaire en la Logia de las Nueve Hermanas, en noviembre de 1778:

> El astrónomo francés Joseph Lalande, tan habituado a permanecer en la oscuridad mirando las estrellas, probablemente sólo habría pensado en una estrella cuando estaba en aquella sombría habitación de París el 28 de noviembre de 1778. En su calidad de Maestro de la logia de las Nueve Musas, Lalande estaba llorando con sus hermanos (uno de los cuales era el norteamericano Benjamin Franklin) la muerte del escritor Voltaire. [...]
>
> Entre los símbolos guardados por aquellos 27 hermanos había una pirámide. [...]
>
> Mirando la pirámide, es casi seguro que Lalande acabara pensando en la estrella Sirio. Como astrónomo que había mostrado gran interés por las orientaciones antiguas, era imposible que no conociera la importancia que los antiguos le atribuían a esta estrella. Aunque las pirámides egipcias no estaban alineadas respecto a ella, Lalande sabía perfectamente que muchos templos sí lo habían estado, y que todo un calendario egipcio estaba regulado por ella. En su voluminoso estudio de ciencia estelar en cuatro tomos, Lalande había citado seis nombres alternativos de Sirio, y daba su posición en 1750 con notable precisión. Su interés por Sirio era casi personal: es seguro que sabía que en el horóscopo de su nacimiento el Sol y Mercurio estaban flanqueando a esta poderosa estrella. [...]

Ovason destaca también que, debido a la relación de Lalande con Voltaire y a la profunda admiración que sentía por él, era muy probable que conociera un libro de Voltaire titulado *Micromegas*, publicado en 1752. En esta curiosa obra de ficción, Voltaire situaba el hogar del héroe en la estrella Sirio y proféticamente señalaba que esta estrella también tenía un satélite, cuya existencia no fue demostrada hasta 1844 por el astrónomo prusiano Frederick Bessel.[48] Además, Sirio era la estrella que los antiguos egipcios identificaban con la diosa Isis y seguro que

Lalande también lo sabía.[49] De hecho, tanto interés tenían Lalande y Dupuis por la diosa Isis que uno de sus colegas de la Academia de Ciencias comentaba:

> *MM. Dupuis et de Lalande voient Isis partout!* (¡Los señores Dupuis y Lalande ven a Isis por todas partes!)[50]

Monge, Isis y Osiris

Existe otra relación con Egipto y el calendario republicano que hay que mencionar. El matemático Gaspard Monge, que calculó la mecánica del calendario, era un estudioso muy interesado en la egiptología. Gracias a su estrecha amistad con Napoleón Bonaparte, a quien acompañó a Egipto en 1798, acabaría fundando el Instituto de Egipto en El Cairo.

Como muchos francmasones de la época, Monge creía que los rituales masónicos se habían originado en el antiguo Egipto y que los francmasones modernos habían heredado de Egipto un sistema secreto de iniciación y un lenguaje simbólico. Todavía hoy lo confirma un historiador masónico:

> Numerosos francmasones consideran que la orden masónica toma muchos de sus misterios del Egipto faraónico y por eso hacen referencias a Osiris y a Isis, símbolos del Ser supremo y la naturaleza universal. [...][51]

Fiestas e iconografía

Las primeras fiestas oficiales que se celebraron en honor del Ser supremo bajo el nuevo calendario republicano de Francia tuvieron lugar el 8 de junio de 1794.

El acto, organizado por el íntimo amigo de Robespierre, el artista Jacques-Louis David, se celebró fundamentalmente en un anfiteatro enorme en los jardines de las Tullerías, delante del palacio del Louvre, donde se reunió el grupo oficial para escuchar un sermón de Robespierre en honor del Ser supremo. Al finalizar el sermón, David había dispuesto que se quemara una estatua de arpillera que representaba el Ateísmo, de la cual surgiría, como un fénix de las llamas, una estatua de piedra que representaba la Sabiduría.

A continuación, el coro de la Ópera de París cantó:

Padre del universo, inteligencia suprema, benefactor desconocido para los mortales, revelarás tu existencia a aquellos que erigen altares en tu nombre.[52]

«Aquellos que erigen altares» eran, evidentemente, los republicanos y el «altar», en este caso en concreto, resultó una inmensa montaña artificial —el historiador Jean Kerisel la llama «pirámide»— en pleno Campo de Marte, donde actualmente se alza la Torre Eiffel.[53] Los representantes de los cuarenta y ocho distritos de París y también los de la Convención, con Robespierre al mando, se dirigieron a la pirámide-montaña y escalaron sus flancos. A continuación, subieron a Robespierre hasta la cima, junto a un simbólico «árbol de la libertad», mientras el coro de la Ópera de París entonaba himnos patrióticos.

Observemos que, en la iconografía de la Revolución, el ojo que todo lo ve (o el ojo vigilante) aparecía a menudo por encima del «árbol de la libertad», mientras que, en otras ocasiones, también se veía dentro de un triángulo o una pirámide resplandecientes, revoloteando sobre la escena, de forma muy similar al símbolo que se ve actualmente en los billetes estadounidenses de un dólar. En realidad, este símbolo fue diseñado en un principio para el llamado Gran Sello de Estados Unidos en 1776 por un comité que incluía a Benjamin Franklin y a Thomas Jefferson.[54] El mismo símbolo aparecería también en 1789 en el frontispicio de la *Declaración de los Derechos del Hombre* elaborada por el marqués de Lafayette, gran amigo tanto de Franklin como de Jefferson. Es evidente que el símbolo representa el Ser supremo de los republicanos y, por añadidura, al «Gran Arquitecto del Universo» de los masones, que también se representa con el ojo que todo lo ve o el «ojo de la providencia». En un cartel de propaganda que se conserva de la Revolución de 1789 aparece el ojo que todo lo ve por encima de las palabras *Être suprême*, es decir, «Ser supremo», lo que confirma la conexión entre las dos ideas.[55] En este cartel, el «ojo» no está dentro de la pirámide, sino dentro de un disco solar, del cual salen hacia abajo rayos dorados de luz sobre el «pueblo» y la «república». Aparecen dos figuras en la parte inferior del cartel: la de la izquierda es el anciano Voltaire y la de la derecha, Jean-Jacques Rousseau, los dos héroes intelectuales de la Revolución.[56]

Este tipo de iconografía y retórica sugiere mucho un intento de impulsar algún tipo de religión deísta y masónica como alternativa al cristianismo y, como señala el historiador británico Nigel Aston en su libro *Religion and Revolution in France*, la «creencia en el Ser supremo permitía suficientes variaciones para dar cabida a muchos gustos».[57] Aston

cita al patriota Lazare Carnot, francmasón y también miembro de la Convención, que, en un discurso pronunciado en 1794, ensalzaba las numerosas virtudes de la humanidad y explicaba lo siguiente:

> Estas son cosas que se encuentran en el Ser supremo, que es el sello de todos los pensamientos que constituyen la felicidad del ser humano.[58]

Mientras tanto, al otro lado del Atlántico...

Esta asociación, tal vez no premeditada, entre el Ser supremo y la idea de un sello nos hace pensar en el Gran Sello de Estados Unidos, que no sólo muestra al Ser supremo con el símbolo de la pirámide resplandeciente y el ojo que todo lo ve, sino que también es un icono del derecho constitucional del individuo a buscar la felicidad.

El 18 de septiembre de 1793, pocas semanas después de las fiestas que organizó David en la plaza de la Bastilla, se celebró al otro lado del Atlántico otro tipo de ceremonia, en aquella ocasión claramente masónica, en el lugar donde se levantaría el futuro Capitolio, en Washington D. C. Con un mandil masónico que le había regalado el marqués de Lafayette, George Washington colocó la piedra angular del Capitolio en la colina de Jenkins durante una ceremonia a la que asistieron centenares de francmasones. El mandil masónico que llevaba Washington, que había sido bordado por *madame* de Lafayette, contenía varios símbolos masónicos muy conocidos, aunque sin duda lo más importante era el ojo que todo lo ve, rodeado por un disco solar radiante. Curiosamente, el escritor David Ovason, un francmasón que ha llevado a cabo una amplia investigación sobre el significado de aquella ceremonia masónica, llegó a la conclusión de que, entre otras cosas, había sido hecho fundamentalmente para consagrar tanto aquel edificio como la capital federal a la constelación zodiacal de Virgo:

> La idea de Virgo desempeña un papel importante en el simbolismo astrológico que domina la ciudad. También he examinado dos ceremonias fundacionales en las que el elemento Virgo tenía una importancia considerable. Con tal enfoque, tal vez yo haya dado la impresión de que lo único que importaba a los masones en aquellos primeros años en que se construyó la capital federal fuera Virgo. [...] La importancia de Virgo y su relación con la diosa Isis ha sido reconocida en círculos masónicos desde los primeros tiempos de la masonería estadounidense. El astrónomo francés Joseph de Lalande había sido un

masón destacado y los estadounidenses de finales del siglo XVIII habían leído muchas de sus obras. Ya en 1731, Lalande había reconocido que «la Virgen está consagrada a Isis, del mismo modo que Leo está consagrado a su esposo, Osiris. [...] La esfinge, compuesta por un león y una virgen, se usaba como símbolo para designar el desbordamiento del Nilo [...] ponían una espiga de trigo en la mano de la virgen para expresar la idea de los meses».[59]

En su libro *Inside the Brotherhood*, el escritor e investigador masónico Martin Short nos cuenta lo siguiente acerca de la afiliación de George Washington a la francmasonería:

> El funeral [de Washington] en 1799 se había llevado a cabo de acuerdo con los ritos masónicos. Habían envuelto el féretro con un mandil masónico que le había regalado un hermano revolucionario y masón, el marqués de Lafayette, y cada uno de los numerosos masones que asistieron arrojó un ramito de acacia para simbolizar tanto la resurrección de Osiris como la resurrección inminente del propio Washington en el reino que preside Osiris.[60]

Tal vez sea significativo que el monumento nacional que se construyó posteriormente en Washington D. C. en honor de George Washington tuviera la forma de un inmenso obelisco al estilo egipcio y que en su entrada oriental apareciera un símbolo del antiguo Egipto: el disco solar. Dicen que durante la ceremonia de inauguración un masón destacado leyó un discurso y que, después de ensalzar las virtudes de los francmasones, añadió estas palabras extrañas:

> Sus mentes estaban iluminadas por el amor divino; sus corazones, radiantes por haber descubierto el amor puro, y sus almas acariciaban (como los antiguos egipcios que adoraban a Osiris) la esperanza de la inmortalidad.[61]

Veremos más adelante que muchos de los símbolos que se utilizaron en la ceremonia de colocación de la piedra angular del Capitolio y en la del monumento a Washington disimulaban un simbolismo relacionado con la «estrella de Isis», es decir, Sirio. Mientras tanto, esperamos que haya quedado bien claro que, por motivos que todavía no son demasiado evidentes, las ceremonias, las fiestas y los monumentos municipales relacionados con dos revoluciones «hermanas», como la estadounidense y la francesa, muestran ideas y símbolos masónicos y, lo que tal vez resulte más curioso, están muy cargados de connotaciones y símbolos egipcios.

2

La organización mortífera

> «Hasta que se constituyó el Santo Oficio [de la Inquisición], el mundo no conoció el espectáculo de una organización dispuesta a matar y a privar de comida y de sus posesiones a todos aquellos que se hubiesen desviado un ápice de sus preocupaciones teológicas. Ninguna otra religión importante ha producido jamás una organización semejante. Existen organizaciones seculares que han actuado con la misma ferocidad y eficacia, pero, a diferencia de la Inquisición, no duraron siete siglos.»
>
> ARTHUR GUIRDHAM, *La gran herejía*[1]

¿«BUENOS CRISTIANOS» O HEREJES?

En el capítulo 1 hemos tratado de demostrar que, mezcladas con las numerosas corrientes y fuerzas que se sabe que han impulsado la Revolución francesa, también han participado energías religiosas y espirituales poderosas, unas energías que afloraron y se manifestaron en una campaña agresiva de descristianización en la que grandes catedrales, como la famosa Notre-Dame de París, fueron reconsagradas como templos del Ser supremo. En todo el país se sustituyeron los símbolos cristianos, sobre todo la cruz, por imágenes del antiguo Egipto y otras imágenes «paganas» y hasta se exhibieron y se veneraron efigies de divinidades del antiguo Egipto, como la diosa Isis. Por más extraños y sorprendentes que fueran estos acontecimientos, el final del siglo XVIII no fue la primera vez que una religión totalmente opuesta al cristianismo, que mostraba signos de la influencia del antiguo Egipto y con un interés profundo por el destino del alma echaba raíces en el territorio que

actualmente conocemos como Francia. En el siglo XII, más de seiscientos años antes de la Revolución, una religión alternativa similar y surgida en apariencia de la nada se había materializado en Provenza y Languedoc y se había arraigado profundamente en el corazón y la cabeza de grandes sectores de la población. El nombre de aquella religión que con tanta rapidez y eficacia había conseguido desplazar a la Iglesia católica en zonas tan próximas a la sede de su propio poder era... el cristianismo.

En todo caso, sus practicantes se llamaban a sí mismos «buenos cristianos», aunque la Iglesia los calificó de herejes a partir del momento mismo en que reparó en ellos. Se los conocía como «albigenses» por Albi, una ciudad destacada de Languedoc y, más frecuentemente, como «cátaros», palabra derivada del griego *katharós*, que significa «puros».[2] Aquellos cátaros veneraban a Jesucristo igual que los católicos y por eso se llamaban a sí mismos «buenos cristianos», aunque el lugar que ocupaba en su religión era totalmente diferente. Según la Iglesia católica, la Palabra «se hizo carne y puso su morada entre nosotros».[3] Los cátaros estaban totalmente en contra de este punto de vista y adoraban a Cristo como si fuera puro espíritu, una emanación del «buen Dios», una proyección o una aparición, y negaban de forma categórica su encarnación material como «hijo» de Dios, nacido en un cuerpo humano para «habitar entre nosotros». También rechazaban con energía la enseñanza de la Iglesia católica de un Cristo crucificado para redimir nuestros pecados. Cómo podía haber sido crucificado, se preguntaban, si jamás había existido físicamente. Por consiguiente, en lugar de venerar el símbolo espiritual central de la cristiandad romana, los cátaros negaban la importancia de la cruz; para ellos, era un instrumento obsceno de tortura y la Iglesia de Roma había engañado a millones de personas para que la adoraran como si fuera un ídolo. Dar la vuelta de este modo a los símbolos, las doctrinas y los dogmas más preciados de la cristiandad romana fue una especialidad de los cátaros que enfureció y puso a prueba muchas veces a los obispos católicos medievales.

La verdadera causa del problema era que, a diferencia del Dios único, bondadoso y todopoderoso de los cristianos, los cátaros eran dualistas que creían en la existencia de dos divinidades paralelas: un Dios del bien y un Dios del mal, cada uno de los cuales sólo era poderoso en su propio ámbito y era casi impotente en el reino del otro. El ámbito del Dios del bien era totalmente espiritual, intangible e inmaterial y estaba lleno de luz. Allí se habían originado las almas humanas como creacio-

nes del Dios del bien. El ámbito del Dios del mal era la propia Tierra, el mundo material y toda la vida física que había sobre él, un lugar infernal de dolor y castigo, lleno de oscuridad e iniquidad. Según el esquema de los cátaros, el Dios del mal, que había hecho el mundo material y lo gobernaba, había creado los cuerpos (pero no las almas) de la humanidad de «barro y agua». Según sostenían los predicadores cátaros, precisamente a aquel Dios del mal se dirigía el culto de la Iglesia católica. En otras palabras, el papa no era el siervo del Dios del bien, sino el representante del Diablo sobre la Tierra, y la finalidad de la Iglesia católica no era trasladar nuestras almas al reino espiritual y lleno de luz del cielo después de la muerte, sino engañarnos para que volviéramos una y otra vez, en una encarnación humana tras otra, al reino infernal del mundo material. Sólo una vida de sacrificio que culminara en la gnosis especial o el conocimiento inspirado que se alcanzaba con la iniciación en el grado máximo de la fe cátara, conocido como *perfecti*, podía salvarnos. Era una enseñanza revolucionaria y, en la Europa del siglo XII, sumamente peligrosa.

Sin embargo, lo que convirtió al catarismo en una amenaza y un escándalo para la Iglesia católica fue que habían conseguido atraer el apoyo de algunas de las familias nobles más poderosas del sudoeste de Europa, entre las que destacaban los condes de Toulouse y Foix y los vizcondes de Trencavel, que gobernaban las ciudades amuralladas de Albi, Béziers y Carcasona. Con sus caballeros montados bien entrenados, sus castillos bien construidos y la fuerza de sus armas concentrada en Languedoc y las zonas circundantes, aquellos hombres habían transformado el catarismo en algo que la Iglesia de Roma no había enfrentado nunca hasta aquel momento: una herejía que era capaz de defenderse y que, si la dejaban crecer más, podía llegar a expulsar a la Iglesia católica de Europa por completo.

Occitania

Junto con las regiones de Lemosín y la vieja Aquitania y la parte meridional de los Alpes franceses, Languedoc y Provenza se conocían en la época medieval con el nombre colectivo de Occitania. Los occitanos compartían una lengua común, la *langue d'oc*, en la cual para decir «sí» usaban *oc*, en oposición a la *langue d'oil*, la lengua del siglo XII que evolucionaría para convertirse en el francés moderno, en la cual para decir

«sí» usaban *oil*, que después evolucionaría hasta el *oui* que conocemos en la actualidad. En Occitania, el poder estaba en manos de una aristocracia feudal dominada por las tres grandes familias nobles de Toulouse, Foix y Trencavel.

Descritos en aquella época como «pares de reyes, superiores a los duques y los condes»,[4] los príncipes de la casa de Toulouse gobernaban una zona que se extendía desde la propia Toulouse hasta Nimes, en el Este, y desde Cahors, en el Norte, hasta Narbona, en la costa mediterránea.[5] Los condes de Foix, que eran señores de los altos Pirineos, a lo largo de la frontera con España, eran famosos por sus proezas militares, su persistente crueldad y sus fuertes conexiones con los cátaros. La dinastía de Trencavel, que controlaba tierras que se extendían desde el Tarn hasta los Pirineos, añadían su propia combinación de riqueza, influencia hereditaria, poderío militar y simpatía por los cátaros a la ecuación del poder en Languedoc. El apoyo a los cátaros no se limitaba exclusivamente a los niveles superiores de la aristocracia. En el Lauragais, la zona populosa comprendida entre Toulouse y Carcasona, se decía que la pequeña nobleza era casi toda cátara y lo mismo ocurría también con sus homólogos de Corbières, entre Carcasona y Narbona.[6]

Los «perfectos» y los «creyentes»

Los misioneros cátaros eran todos «perfectos» (el nivel máximo de iniciación del catarismo) y tenían por costumbre, al igual que muchos mormones o testigos de Jehová modernos, viajar y evangelizar por parejas.[7] Los «perfectos» llevaban túnicas negras, como los monjes católicos, pero, salvo por su aspecto externo, en realidad no había ninguna similitud entre ellos. Los «perfectos» se distinguían por llevar una vida ejemplar de castidad, humildad, extrema pobreza y sencillez,[8] mientras que la Iglesia católica de los siglos XI y XII se había vuelto decadente y tenía mala fama, además de ser ampliamente despreciada por el desenfrenado libertinaje sexual de tantos ministros suyos, su inmensa riqueza, su corrupción, su glotonería y su ostentación innecesaria. En su doble condición de señores feudales, la mayoría de los obispos católicos llevaban una vida de lujuria disoluta y escandalosa.

En la búsqueda de su noble objetivo, los «perfectos» renunciaban a todos los bienes materiales y personales, salvo la ropa que llevaban puesta,[9] y estaban dispuestos a aceptar muchas austeridades más que se les

exigían. No obstante, no faltaban candidatos al grado de «perfecto» de los cátaros, que, en realidad, era muy difícil de alcanzar. Los que aspiraban a ser «perfectos» pasaban por un período de entrenamiento y de exposición directa a todos los rigores de la vida que tendrían que llevar después de su iniciación. Aunque muchas veces eran llamados «sacerdotes», en realidad los «perfectos» estaban mucho más cerca, por su austeridad, su comportamiento personal y su función dentro de la fe, de los «maestros ascetas orientales, los bonzos y los faquires de China o de India, los adeptos a los misterios órficos o los maestros del gnosticismo» (estos últimos eran una forma primitiva de cristianismo que se practicaba sobre todo en Egipto).[10] Parece que los informes de la época describían a los «perfectos» en estado de trance o de meditación y un testigo presencial habla de la «visión extraordinaria» de un «perfecto» cátaro sentado en una silla «inmóvil como el tronco de un árbol, insensible a lo que lo rodeaba».[11] Sin embargo, las autoridades cátaras sabían muy bien que una vida de meditación, absoluta castidad, austeridad y retiro del mundo material no estaba al alcance del mortal medio. Además, su sociedad no estaba formada —de hecho, habría sido imposible— exclusivamente por «perfectos» y candidatos a serlo, cuyo celibato les habría privado de sucesores. Había que recurrir a un grupo mucho más amplio, constituido por un segundo grado o rango mucho más numeroso que los «perfectos»: los llamados «creyentes» (*credentes*). Estos «creyentes», de los que había decenas de miles, constituían la inmensa mayoría de la población cátara y en gran medida aportaban la energía social y económica, además del músculo militar, que convirtió esta religión en una amenaza tan grande para la Iglesia de Roma.

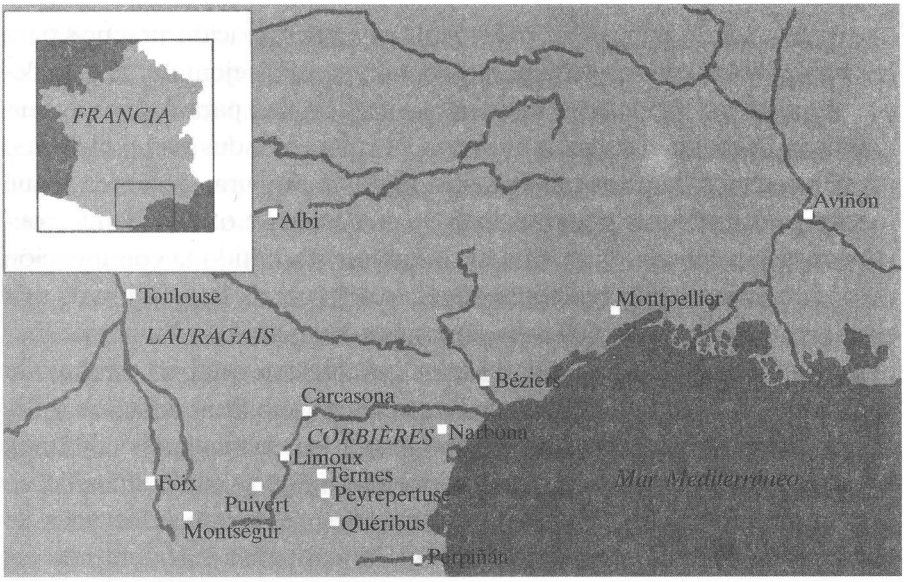
Los «creyentes» creían lo siguiente: en los principios fundamentales de la fe dualista con respecto a la existencia de los dos dioses, la naturaleza malvada de la materia y el aprisionamiento del alma en la carne. Hasta podían aspirar a convertirse en «perfectos», aunque en la práctica la mayoría de los «creyentes» no aceptaba nunca el desafío. Por el contrario, en todos los lugares en los que estaba establecido el catarismo, los «creyentes» llevaban una vida corriente, sin hacer demasiados sacrificios. Se casaban, producían hijos, tenían propiedades, comían bien y en general disfrutaban de los placeres del mundo. Sin embargo, la mayoría de los «creyentes», tanto los nobles como los campesinos, solía postergar hasta su lecho de muerte el momento de llamar a un «perfecto» para que les administrara el bautismo dualista o *consolamentum*, un acto de una importancia trascendental, que llenaba de Espíritu Santo a

quien lo recibía y, para algunos, podía abrir la puerta al reino de los cielos. Aunque aparentemente no era más que un breve ritual, acompañado de unas plegarias y una imposición de manos al moribundo, el *consolamentum* se consideraba tan poderoso que bastaba, por sí mismo (incluso sin pasar años de austeridad itinerante), para elevar al «creyente» moribundo al rango de «perfecto» y, a partir de aquel momento, sólo podía consumir pan y agua y debía evitar cualquier otra contaminación del mundo malvado de la materia. La esperanza para aquellos que eran consolados de tal manera y que se encontraban en un estado de pureza ritual no habría sido que la muerte los liberase entonces por fin de su ciclo de renacimiento en forma humana, sino que, como mínimo, los hiciera «progresar en la cadena del ser hacia él».[12]

Un Renacimiento antes de tiempo

El repentino florecimiento del catarismo tuvo lugar en un momento en que Europa, estimulada por el contacto con Oriente que habían producido las Cruzadas, salía del sueño de la Edad Media y redescubría la sabiduría antigua en los textos clásicos. Este período de «cambio, experimentación y horizontes más amplios»,[13] que los historiadores suelen describir como «el Renacimiento del siglo XII», marcó el final de cientos de años de estancamiento intelectual y supuso el nacimiento de muchas ideas filosóficas y científicas nuevas, fue testigo del levantamiento de las primeras catedrales góticas imponentes y experimentó cambios sociales y económicos de gran alcance. Junto con las regiones vecinas del este de España y el norte de Italia, donde también era fuerte la influencia cátara, la civilización occitana del siglo XII, urbanizada, sofisticada y cosmopolita, estaba, «sin duda, adelantada con respecto al resto de Europa».[14] Se encontraba en el epicentro de lo que prometía llegar a ser una gran alteración de los valores occidentales, caracterizada por un espíritu de búsqueda y por el surgimiento de una visión del mundo más moderada, más cosmopolita y más tolerante. Además, si el catarismo hubiese logrado todos sus objetivos, podemos estar seguros de que la Iglesia católica no habría tenido cabida en esta nueva era. Sin embargo, en lugar de tener éxito, la herejía cátara fue aplastada mediante una serie de Cruzadas violentas y genocidas, desatadas por la Iglesia católica en la primera mitad del siglo XIII. A continuación, lo poco que quedaba de la resistencia fue liquidado por la

Inquisición papal, que se estableció oficialmente en 1233, concretamente para reprimir y extirpar el catarismo.[15] De no haber sido por la destrucción y la dislocación provocadas por la llamada «cruzada albigense», algunos creen que la cultura de Languedoc (la antigua Occitania) se habría anticipado al Renacimiento italiano en más de dos siglos,[16] porque la sociedad occitana, bajo la influencia de los cátaros, estaba mucho más adelantada que el resto de Europa en el proceso de urbanización y en las infraestructuras necesarias para el desarrollo intelectual y artístico. Sus ciudades en rápida expansión, como Narbona, Aviñón, Toulouse, Montpellier, Béziers y Carcasona, garantizaban con orgullo la libertad de pensamiento y la independencia económica y política de sus ciudadanos. En Narbona, Aviñón, Montpellier y Béziers bullía la actividad intelectual y eran, en todos los sentidos, «ciudades universitarias», incluso antes de que se fundasen oficialmente sus universidades. El curso más avanzado sobre Aristóteles en Europa, que tenía en cuenta los últimos trabajos de los estudiosos árabes, se dictaba en Toulouse.[17] Hacía tiempo que los comerciantes y los doctores árabes habían llegado a Occitania a través de los Pirineos, desde las zonas de España que estaban entonces bajo el dominio musulmán, o por mar, desde el Este. Los cátaros les habían dado la bienvenida, porque estaban más predispuestos a considerar su enemigo natural a la Iglesia católica que a los «infieles». Además, para los cátaros, todos los cuerpos humanos, ya fueran musulmanes, cristianos o judíos, eran las prisiones en las que quedaban atrapadas las almas y, puesto que todos sufrían por igual los padecimientos y los rigores del mundo material y puesto que sólo el catarismo ofrecía una manera de salir de él, la opresión de un hombre por otro por motivos de raza o credo resultaba absurda. También estaba el extraordinario fenómeno intelectual de la poesía lírica de los trovadores, una forma que se inventó en Occitania y estaba compuesta en occitano. Esta poesía trovadoresca tuvo un impacto social sin precedentes, porque provocó lo que se ha descrito como una «revolución en el pensamiento y el sentimiento, cuyas consecuencias se observan todavía en la cultura occidental».[18] Aquella «revolución» tenía que ver con las actitudes hacia las mujeres en la sociedad. Los trovadores eran tratados con favoritismo en las numerosas cortes nobles de Occitania y, desde su posición de prestigio, su poesía posaba una mirada respetuosa en las mujeres en general y en las damas de la corte en particular y otorgaba una condición exaltada, casi angelical, al género femenino.



Occitania en el siglo XIII.

Juntamente con la poesía de los trovadores, la organización básica y las creencias de la religión cátara también trajeron como consecuencia la elevación de la situación de la mujer en la sociedad occitana. El catolicismo no había hecho nada para impedir las grandes diferencias entre los sexos que existieron en Europa durante la Edad Media y el sacerdocio estaba prohibido explícitamente a las mujeres. En cambio, para el catarismo, el alma de los hombres era exactamente igual a la de las mujeres y, por consiguiente, no encontraba ningún motivo por el cual el envoltorio material en el que estaban prisioneras (es decir, el cuerpo, que, por azar, podía ser masculino o femenino) no tuviera que ser tratado con la misma igualdad. Por tal motivo, pertenecer a la clase cátara de los «perfectos» no estaba limitado en función del sexo y tanto hombres como mujeres podían ser «perfectos» y de hecho lo eran. En resumen, por contraste con lo que ofrecía la Iglesia católica, la situación de las mujeres dentro de la fe cátara era mucho más elevada y su papel, más importante y también más reconocido. Esta liberación también debió de haber jugado un papel en el gran despertar de las ideas y el potencial humano que tuvo lugar en Occitania en el siglo XII.

En la Occitania del siglo XII ya hay evidencia de que los cátaros habían comenzado a intervenir en el orden económico feudal a través

de programas de educación para adultos y de formación práctica para los pobres y los que no tenían derecho al voto. Por ejemplo, se establecieron talleres dirigidos por «perfectos» capacitados para formar aprendices para trabajar el cuero, fabricar papel y para la industria textil.[19] Uno de los objetivos de estos talleres era, sin duda, preparar misioneros que fueran autosuficientes mientras iban de una ciudad a otra haciendo conversiones. No cabe duda de que, si se hubiese permitido la continuación de un programa educativo como aquel, que favorecía la creación de una clase artesana instruida, sus consecuencias a largo plazo habrían sido literalmente revolucionarias. Además, los «perfectos» estaban totalmente en contra de la pena de muerte, ni siquiera para delitos capitales, y llegaban incluso a pedir que no se castigase a los delincuentes comunes, sino que se los educara para que llegaran a ser mejores ciudadanos.[20] Evidentemente, la Iglesia calificó de escandalosas semejantes doctrinas de vanguardia.[21] Igual de controvertida fue la insistencia estridente de los cátaros (totalmente contraria al espíritu de la época y a las enseñanzas del catolicismo) de que los que predicaban a favor de las Cruzadas eran «asesinos».[22] No llama la atención, por consiguiente, que el catarismo se considerase una amenaza muy grave para la Iglesia católica y que, según la lógica del papa y de los obispos de Roma, fuese un movimiento «herético» que había que detener a toda costa.

«Una raza monstruosa. [...] Tienen que eliminar tanta inmundicia!» fueron, por extrañas que nos parezcan ahora, las palabras venenosas del papa católico Inocencio III (1198-1216) para referirse a los cátaros cristianos.[23] Y la «costa» que el papa estaba dispuesto a pagar para «eliminar tanta inmundicia» fue una cruzada tremenda contra los cátaros, conocida en la historia como la «cruzada albigense». El 10 de marzo de 1208, Inocencio III declaró oficialmente esta cruzada; era la primera vez en la historia que se utilizaba el término «cruzada» para designar una guerra suprema contra otros cristianos. Como habían hecho mucho antes los emperadores cristianos de Roma, era evidente que Inocencio III daba la máxima prioridad a extirpar la herejía, más incluso que a las guerras para recuperar Tierra Santa. Con rencor, Inocencio III escribió lo siguiente:

> Atacad a los seguidores de la herejía con menos temor incluso que a los sarracenos (puesto que son más malvados), con la mano dura y el brazo extendido. ¡Adelante, soldados de Cristo! ¡Adelante, bravos reclutas del ejército cristiano! Que el fervor piadoso os inspire para vengar este monstruoso crimen contra vuestro Dios.[24]

Mientras tanto, un católico, el abad de Citeaux, Arnaud Amaury, que había sido enviado al norte de Francia para conseguir el apoyo de los nobles de la zona, lanzó la siguiente amenaza de mal agüero: «Que aquel que se abstenga de esta cruzada no vuelva a beber vino nunca más; que jamás coma, ni por la mañana ni por la noche, con un buen mantel de lino, ni vuelva a vestir buenos paños hasta el final de sus días y que a su muerte sea enterrado como un perro».[25] Durante treinta y cinco años terribles y sangrientos, entre 1209 y 1244, los cruzados católicos diezmaron ferozmente a los cátaros, sin ninguna discriminación. Hombres, mujeres y niños fueron masacrados a miles o quemados en la hoguera y sus tierras y sus ciudades fueron saqueadas en una guerra brutal de asedio y destrucción. No cabe duda de que todas las guerras son terribles, sin importar la época en que se libren, ni con qué armas, ni de que las guerras medievales fueron particularmente espantosas, pero las guerras de la Iglesia católica contra la herejía de los cátaros, en el siglo XIII, deben ocupar uno de los primeros puestos en la lista de los conflictos más repugnantes, brutales y despiadados en los que los seres humanos han tenido la desgracia de participar. También es cierto que el mundo medieval, que estaba lleno de supersticiones y de temor a la condenación (un temor que la Iglesia católica fomentaba y utilizaba como arma para controlar las mentes), no se regía por los mismos códigos de consideración entre las personas por los que nos regimos en la actualidad. Sin embargo, la persecución increíblemente violenta de los cátaros, llevada a cabo en nombre de la Iglesia y con frecuencia obedeciendo órdenes directas de sus obispos, llegó tanto más allá de lo normal (incluso para un período tan sangriento como aquel) que ha de plantear preguntas inquietantes acerca de las creencias de quienes la perpetraron. No obstante, puesto que el objetivo fundamental de *Talismán* consiste en centrarse en la supervivencia a largo plazo de una religión secreta (de la cual el catarismo no es más que un eslabón de la cadena), no insistiremos más en estas cuestiones. Lo único que podemos decir es que parece evidente que el espíritu del Jesús amable y afectuoso que llena el Nuevo Testamento no acompañaba a los sacerdotes ni a los caballeros católicos que asolaron el territorio hasta entonces libre de Occitania en la primera mitad del siglo XIII. Citemos un solo ejemplo de aquel sangriento genocidio que tuvo lugar en nombre de Cristo. Ocurrió en la ciudad fortificada de Béziers, el primer baluarte de los cátaros que atacaron los cruzados. Después de andar sin rumbo fijo por Occitania, deteniéndose tan sólo para aceptar la rendición de los asentamientos que no eran capaces de defenderse por sí mismos y para que-

mar a grupos reducidos de cátaros por el camino, Arnaud Amaury, el nuncio papal, y sus veinte mil vándalos fueron a parar frente a la próspera ciudad de Béziers el 21 de julio de 1209. Antes de contar lo que ocurrió al día siguiente, debemos señalar que, según nuestra hipótesis, los cátaros eran descendientes, a través de una corriente clandestina de religiones secretas, de los gnósticos cristianos de los primeros siglos de nuestra era. Los estudiosos están de acuerdo en que los gnósticos cristianos de aquella época tenían una reverencia especial por María Magdalena, que desempeña un papel pequeño pero muy importante en el Nuevo Testamento. En comparación, en los manuscritos de Nag Hammadi, unos textos gnósticos descubiertos en Egipto en 1946, su situación se eleva a la de primer apóstol de Cristo, su principal confidente y tal vez incluso su amante.[26] Por consiguiente, naturalmente nos interesó saber que la zona en torno a Béziers había sido famosa durante siglos, antes de aquella cruzada, por su especial y ferviente dedicación a María Magdalena.[27] Según una tradición local, ella había llegado allí en barco desde Palestina, a mediados del siglo I, había desembarcado en Marsella y había sido la primera misionera cristiana en la por entonces provincia Narbonensis del imperio romano.[28] Más extraño todavía es que el 21 de julio, la fecha en que el ejército papal acampó delante de Béziers, era la víspera de la fiesta anual de María Magdalena, que se celebra el 22 de julio.[29] Pero lo más extraño de todo, sin embargo, fue lo que ocurrió el día de la fiesta en sí.

En realidad, Béziers no era una ciudad totalmente cátara. Es posible que vivieran allí varios miles de «creyentes», pero es probable que la mayoría de sus habitantes fueran católicos. Sabemos que había 222 «perfectos» cátaros presentes el día que comenzó el asedio, porque se conserva una lista de sus nombres, preparada por Renaud de Montpeyroux, el obispo católico de Béziers.[30] El obispo se escabulló por las puertas con la lista poco después de que comenzaran a llegar los cruzados y regresó de su campamento pocas horas después con una oferta: si los vecinos entregaban a los 222 cátaros importantes que aparecían en la lista, para ser quemados de inmediato, la ciudad y el resto de sus habitantes serían perdonados.[31] En realidad, era una oferta bastante buena, pero, para su mérito moral eterno, los burgueses católicos de Béziers la rechazaron, diciendo que «preferían ahogarse en el agua salada del mar» antes que traicionar a sus conciudadanos.[32] Lo que ocurrió a continuación fue mucho peor que morir ahogados. Comenzó a primeras horas de la mañana del 22 de julio con una escaramuza totalmente innecesaria. A cierta distancia de la fuerza principal del ejército de los cruzados, los *ribauds* (las

prostitutas y otros civiles que seguían al ejército para atenderlo y aprovecharse de él) se habían reunido a orillas del río Orb, que corría un poco más al sur de las murallas de la ciudad. Un puente que conducía a una de las puertas de la ciudad atravesaba el Orb en aquel lugar y uno de los *ribauds* se paseó por él, gritando insultos y desafiando a los defensores. Enfurecidos por aquella temeridad, algunos de los que estaban dentro salieron espontáneamente por la puerta y bajaron hasta el puente, donde lo prendieron, lo mataron y arrojaron su cadáver al agua. Es probable que esperaran regresar enseguida a la seguridad de la ciudad, pero, antes de que pudieran hacerlo, una pandilla de seguidores del ejército irrumpió en el puente y se enzarzó con ellos en una pelea. Al mismo tiempo, evidentemente con un ojo experto para detectar las oportunidades, el elegido «rey» de los *ribauds* «reunió a todos sus muchachos y les gritó: "Venga, vamos a atacar"».[33] Al cabo de pocos minutos e impulsada por un alarmante cóctel de psicología de masas, deseo de matar y codicia, una muchedumbre clamorosa cayó sobre la marabunta que ocupaba el puente. Según el cronista de la *Chanson de la Croisade*:

> Eran más de quince mil, todos descalzos y vestidos sólo con camisas y pantalones bombachos, y desarmados, salvo por una variedad de armas manuales.[34]

¿Hachas? ¿Cuchillos de carnicero? ¿Garrotes? Uno se queda helado al pensar en las porras primitivas y las hojas oxidadas que habrá empuñado aquella escoria de las cruzadas mientras atravesaba el puente a la fuerza y perseguía a los insensatos que habían iniciado la refriega cuando subían hacia las murallas de la ciudad. Nadie está seguro de lo que ocurrió exactamente después, pero entonces todo el campamento de los cruzados estaba enardecido y los grupos de mercenarios y de soldados profesionales se sumaron a la refriega. Lo más probable es que los *ribauds* consiguieran tomar el control de la puerta mientras los de la escaramuza trataban de volver a pasar y que pudieran mantenerla abierta para dejar entrar a gran cantidad de refuerzos de los cruzados. De todos modos, sea cual fuere el mecanismo, el resultado fue el mismo: una vez abierta una brecha en sus defensas, los orgullosos ciudadanos de Béziers estaban condenados sin remedio:

> No hubo cruz ni altar ni crucifijo que pudiera salvarlos. Y aquellos mendigos ávidos mataron también al clero y a las mujeres y los niños. No creo que haya sobrevivido ni uno.[35]

Los dirigentes de la cruzada ni siquiera intentaron detener o limitar las masacres, sino que, por el contrario, los caballeros corrieron a sus armas y sus monturas, ansiosos por no perderse la acción; dicen que un grupo de ellos preguntó a Arnaud Amaury cómo iban a distinguir a los numerosos católicos que había en la ciudad de los herejes que habían ido a matar. La famosa respuesta del abad en latín fue: *«Caedite eos. Novit enim Dominus qui sunt eius»*, que significa: «Mátenlos a todos, que Dios ya reconocerá a los suyos».[36]

Aunque la mayoría de las muertes se debieron a las clases más bajas, los mismos caballeros provocaron un baño de sangre particularmente espantoso dentro de la iglesia de María Magdalena, donde una multitud de cátaros y católicos (ancianos y jóvenes, hombres, mujeres y niños) estaban encogidos de miedo. Según los cronistas de la época, se calcula que eran entre mil y siete mil. Del mismo modo que los gnósticos y los paganos habían buscado refugio en el Serapeum de Alejandría nueve siglos antes, cuando fue atacado por las fuerzas cristianas, probablemente pensaron que el terreno sagrado los salvaría, pero, como ocurrió en Alejandría, no fue así. Los caballeros irrumpieron y los masacraron a todos.[37] A mediodía, pocas horas después de que hubiese comenzado la lucha en el puente, toda la población de la ciudad había sido asesinada. Teniendo en cuenta todos los cálculos de la época y la posible exageración en algunos casos, los estudiosos modernos en general coinciden en una cifra en torno a entre quince y veinte mil para la cantidad total de muertos en Béziers.[38]

La verdad es que, contra los ciudadanos de Béziers, que no habían amenazado a nadie, no habían agredido a nadie, no habían ido a declarar la guerra a nadie y se limitaban a seguir sus propias creencias inofensivas, el lado católico desató un ejército infernal para infligirles una atrocidad horrorosa de una maldad extraña y terrible. La estudiosa Zoé Oldenbourg sugiere que deberíamos reflexionar sobre lo que esto nos dice en realidad acerca de aquellos que perpetuaron esta locura «en nombre de Dios»:

> Las masacres como la de Béziers son sumamente raras; nos vemos obligados a aceptar la idea de que hasta la crueldad humana tiene límites. Incluso entre las peores atrocidades que la historia tiene para mostrar a lo largo de los siglos, las masacres de este tipo destacan como algo excepcional y, sin embargo, es la cabeza de una de las principales órdenes monásticas de la cristiandad católica la que tiene el honor de ser responsable (y encima cuando estaba llevando a cabo una «guerra santa») de tan monstruosa excepción a las normas de la guerra. Deberíamos estar alerta para no subestimar la importancia de este hecho.[39]

Sin embargo, ahora tenemos que abandonar este período terrible y sangriento de la historia del cristianismo, porque debemos regresar al curso principal de nuestra tesis: los orígenes de la tradición de una fe secreta que surgió del Egipto místico y que finalmente llegaría a Europa occidental y, lo más curioso, la manera en que generó el concepto de «ciudades sagradas» que actuaban como inmensos talismanes, no sólo en las principales capitales europeas, sino también, tal vez más todavía, en el Nuevo Mundo al otro lado del Atlántico.

Una excursión por mundos paralelos

Durante varios años, hemos centrado nuestra investigación en sistemas religiosos que hacen especial hincapié en el dualismo «cielo-tierra» o «las alturas-el suelo» o «arriba-abajo». En libros anteriores hemos argumentado que este tipo de sistemas habían ocupado un lugar prominente en el mundo antiguo y, sobre todo, entre los egipcios.[40] Por ejemplo, existen textos funerarios de tres mil quinientos años de antigüedad —se podrían citar ejemplos más antiguos del mismo tipo de material— que dan instrucciones al faraón para que haga una copia en la tierra y adquiera el conocimiento (la gnosis) de una región del cielo llamada «el círculo oculto de la Duat».[41] Tiene que hacerlo para poder convertirse en «un espíritu» después de la muerte y para estar:

> [...] bien equipado, tanto en el cielo como en la tierra, sin falta, con regularidad y para siempre.[42]

Este pasaje está tomado de la División 11.ª del *Libro de lo que hay en la Duat* (escrito en las paredes de la tumba de Tutmosis III, 1479-1425 a. de C.). Poco después, en el mismo texto, en la División 12.ª, se dan instrucciones al faraón por segunda vez para que haga una copia en la tierra del círculo oculto de la Duat, para que pueda:

> [...] servirle como protector mágico, tanto en el cielo como en la tierra.[43]

Ya hemos afirmado que tal concepción dualista cielo-tierra fue un elemento decisivo de la religión del antiguo Egipto como mínimo durante tres mil años, desde el comienzo del Imperio Antiguo hasta la época de Jesucristo. También hemos intentado demostrar que aquella religión

inspiró a los faraones para emprender grandes proyectos de construcción (como las pirámides de Gizeh, por ejemplo, o los templos de Karnak y Luxor), que, de distintas maneras, pretendían «copiar» o «reconstruir» la perfección de los cielos en la tierra de Egipto.[44]

Por consiguiente, nos llamó la atención descubrir que se conservan textos, tradiciones y documentos de la Inquisición procedentes de Occitania, Italia y Constantinopla que no sólo contienen abundantes ejemplos del dualismo bien entendido «espíritu-materia», «bien-mal» que practicaban los cátaros y sus correligionarios orientales, los bogomilos, sino también ejemplos menos comunes de un dualismo cielo-tierra que correspondía, sin duda, al antiguo Egipto.

Por ejemplo, cuando Euthymius Zigabenus interrogó al evangelista bogomilo Basilio en Constantinopla alrededor del año 1100, este le contó una de las versiones de los mitos del ángel caído que a menudo se utiliza para explicar por qué las almas creadas por el Dios del bien habían llegado a los cuerpos creados por el Dios del mal. En aquella variante, tanto Satanás como Jesús son «hijos» (emanaciones) del Dios bueno. Satanás, el hijo mayor, codicia el reino de su padre y se rebela contra él. La rebelión fracasa y Satanás es expulsado del Cielo. Sin embargo, por orgullo y envidia todavía anhela poseer un reino en el que pueda ser dios, de modo que crea en la tierra «un segundo cielo», moldea a sus zombis humanos con barro y agua y convence al Dios del bien para que les infunda un alma.[45] Otra pista del mismo tipo de pensamiento se encuentra en informes recogidos por la Inquisición sobre las enseñanzas de los cátaros con respecto a «la verdad del Mundo Superior y el Inferior»,[46] donde leemos que el Dios del bien «predicaba en el cielo a su gente» y que envió a Satanás a «este mundo» y que después Satanás deseaba:

> [...] tener una parte de las posesiones superiores e inferiores y el Señor no lo deseaba y por tal motivo se libró una guerra durante mucho tiempo.[47]

También se hacía una referencia sorprendente y vistosa a un cátaro que enseñaba que

> Los bueyes [...] pacían y araban el suelo y trabajaban en el cielo, igual que en la tierra.[48]

Más que dar una idea general de las creencias reales, parece que las enseñanzas se entienden mejor como ejemplos simplificados o como imá-

genes mentales para ayudar a los neófitos a analizar conceptos difíciles. En todos ellos se inserta la idea dualista fundamental de dos mundos paralelos: uno que es totalmente espiritual y el otro que es todo materia, pero que aquí se visualiza en términos de metáforas gráficas del cielo y la tierra. Asimismo, los cátaros solían hablar de la «tierra terrenal» y de la «tierra celestial»:[49] la primera es nuestro planeta, este mundo inferior o infierno en el cual se cumplen las encarnaciones humanas, y la segunda se concibe como un reino paralelo celeste o celestial.[50]

Había un texto que los herejes tenían en gran estima, conocido como la *Visión de Isaías*, que llegó a los cátaros a finales del siglo XII, traducido del griego o del eslavo antiguo al latín, aunque los estudiosos creen que tenía «raíces profundas en el pasado y que es probable que surgiera de los gnósticos griegos hacia el final del siglo I de la era cristiana».[51] En él se lee que el Dios del bien concede a Isaías (un profeta al que los dualistas suelen eximir, por motivos que no nos detendremos a analizar aquí, de su desprecio general por el Antiguo Testamento) un gran privilegio: envía a un ángel del cielo para tomarlo de la mano y conducirlo en un viaje a través del reino terrenal y del celestial, atravesando la barrera entre ellos, algo que no se había permitido hacer hasta entonces a «nadie que deseara regresar a la carne». Cuando ascienden al cielo, ven que se libran batallas tremendas por todas partes entre las emanaciones del Dios del mal y las emanaciones del Dios del bien:

> Porque lo mismo que ocurre en la tierra, ocurre también en el firmamento, porque las réplicas de lo que hay en el firmamento están en la tierra.[52]

Rainier Sacconi, un antiguo «perfecto» cátaro que se convirtió en inquisidor a mediados del siglo XII, informaba acerca del análisis significativo de aquellas ideas entre sus antiguos correligionarios. Decía que ellos creían que algunos de sus libros sagrados habían sido escritos en el cielo y llevados a la tierra por Cristo, que los encomendó a la Iglesia primitiva, cuando él acabó su misión.[53]

¿Un legado antiguo?

El estudioso Steven Runciman señala que detrás de la filosofía y las enseñanzas de los cátaros «había una enseñanza espiritual firme, una reli-

gión definida que se desarrolló y decayó, como ocurre con la mayoría de las religiones, pero que representaba una tradición constante».[54] Opina que esta tradición es, en un sentido, tan antigua como la especulación humana sobre la naturaleza del mal en el mundo, que se remonta a mucho antes del cristianismo, a sea cual fuere la época prehistórica en la que el hombre se preguntó por primera vez: «¿Por qué Dios (suponiendo que haya un Dios) puede permitir esto?».[55] A partir de allí, Runciman está dispuesto a seguir tímidamente el rastro de aquella religión primigenia hasta el período histórico, reuniendo elementos de las «ideas egipcias, zoroástricas y hasta budistas».[56] Tres siglos después de Cristo, es igualmente notable que los «estoicos y los neoplatónicos, cada uno a su manera, condenaran el mundo de la materia y que los pensadores judíos de Alejandría comenzaran a plantearse el problema [del mal] influidos por el énfasis en lo espiritual que encontraron en la tradición hermética de Egipto».[57] Runciman llega a la conclusión de que fueron los gnósticos de Alejandría (y también los de Siria) los que, más o menos entre el siglo I y el IV de la era cristiana, reunieron finalmente todas aquellas líneas de pensamiento y las aplicaron al cristianismo.[58] A partir de entonces se pueden distinguir a grandes rasgos en el registro histórico una serie de herejías superpuestas, que, en su conjunto, según Runciman, habían preservado la «tradición constante» de las escuelas gnósticas primitivas que finalmente se transmitieron a Europa occidental en la forma del catarismo en el siglo XII. Hans Soderberg es la segunda autoridad sobre este tema que está convencida de que las creencias y las prácticas religiosas de los dualistas medievales estaban relacionadas mediante «una cadena tradicional ininterrumpida» con las religiones gnósticas que habían florecido mil años antes»[59] y cree, además, que los cátaros se limitaron a dar «una cobertura cristiana» al mito todavía más antiguo y de hecho prácticamente universal «del combate entre los dos poderes».[60]

Igual de poderosa fue la insistencia de los cátaros en que la suya era la iglesia original de Cristo, la propia Iglesia primitiva, renacida después de haberse visto obligada a pasar inadvertida «en Grecia y en otras tierras [...] desde la época de los mártires [...]».[61] Aunque los poderes del mal habían hecho todo lo posible por destruir la Iglesia del Dios del bien:

> Nosotros y nuestros padres de descendencia apostólica hemos continuado en la gracia de Jesucristo y seguiremos así hasta el final de los tiempos.[62]

El comentario de Martin Lambert es que uno de los motivos por los que los «perfectos» cátaros eran tan convincentes era que

> [...] pensaban sinceramente que eran los únicos cristianos auténticos, que el clero eran los siervos de la Iglesia de Satanás y que las enseñanzas cátaras presentaban una corriente subterránea de cristianismo puro, a menudo perseguida, pero siempre superviviente, que se remontaba hasta la época de los apóstoles.[63]

Que tuvieran razón o no es otra cuestión, pero sabemos lo que creían los herejes. Creían que su fe tenía que guiar al mundo y que a eso estaba destinada; aquel había sido el plan del Dios del bien para ir a buscar a las almas perdidas para llevarlas otra vez al cielo y había enviado a Cristo a la tierra para ponerlo en marcha.

Todo había salido como tenía que ser hasta el reinado del emperador Constantino en el siglo IV. En el momento preciso en que el cristianismo triunfaba sobre sus múltiples competidores para convertirse en la religión oficial del imperio romano, el diablo llevó a cabo su truco más malicioso. Asumió el control dentro de la Iglesia una camarilla que insistía en una interpretación literal de las Escrituras (en lugar del método más alegórico que defendían los cristianos gnósticos) y rápidamente comenzó a perseguir como herejes a todos los que no estaban de acuerdo con ellos. Según los cátaros, fueron aquellas purgas, que se produjeron entre el siglo IV y el VI, las que condenaron a la clandestinidad a su propia Iglesia legítima. Sólo entonces, después de dormir durante años, empezaba a salir una vez más de las sombras. A mediados del siglo XII estaba bien establecida en Occitania y también podía decir que contaba con numerosos seguidores en todas partes, «dispersos por todo el mundo».[64] Aunque los estudiosos no les han prestado demasiada atención, nos parece que lo que los herejes pedían era explosivo: no sólo que sus antepasados de la Iglesia dualista eran los verdaderos descendientes de los apóstoles, sino también que una conspiración antigua les había negado el papel que les correspondía en la determinación del destino de Occidente, aunque puede que más explosivo fuera que se veían a sí mismos, sin duda, como parte de una «contraconspiración», retrasada durante mucho tiempo, que había comenzado en los últimos cincuenta años del primer milenio y que había ido creciendo sin parar, casi se podría decir que de forma implacable, en los dos siglos posteriores. No es nuestra intención ni entra dentro del alcan-

ce de este libro analizar ni debatir todas las cuestiones relacionadas con los orígenes, la influencia y finalmente la desaparición de los cátaros de Occitania. Nuestra intención en este capítulo es demostrar que el catarismo cristiano, con su peculiar visión y sus ideas dualistas sobre el destino del alma —la Iglesia católica las consideraba «heréticas» y, por consiguiente, que era necesario acabar con ellas—, guardaba muchas similitudes y, probablemente, vínculos históricos directos con el movimiento gnóstico cristiano que surgió en Egipto en el siglo I y que, por sus puntos de vista heréticos, también tuvo que hacer frente a la brutalidad de la Iglesia católica.

Pero ¿en qué consiste exactamente el gnosticismo?

Los gnósticos de Egipto

El profesor emérito Roelof van den Bruck, de la Universidad de Utrecht, destacado experto sobre el gnosticismo, escribió lo siguiente:

> Utilizaré la palabra «gnosticismo» para indicar las ideas o los sistemas coherentes que se caracterizan por un punto de vista totalmente negativo del mundo visible y de su creador y la suposición de una chispa divina en el hombre, su ser interior, que ha quedado envuelta en el cuerpo material como consecuencia de un acontecimiento trágico en el mundo precósmico, del cual sólo puede regresar a su origen divino mediante la gnosis salvadora. Estas ideas se encuentran en la mayoría de los escritos gnósticos originales que se conservan, en su mayor parte, en la Biblioteca de Nag Hammadi (descubierta en Egipto) [...] (El texto entre paréntesis es de los autores.)

La verdad, sin embargo, es que no existe una descripción fácil y breve de lo que fue o es el gnosticismo. La cuestión se complica todavía más como consecuencia de las decididas persecuciones que la Iglesia cristiana infligió a los gnósticos entre el siglo IV y el VI después de Cristo.[65] Además del holocausto de innumerables individuos que estaban dispuestos a padecer una muerte espantosa antes que renunciar a su fe, aquellas persecuciones trajeron como consecuencia que se recogieran y se quemaran gran cantidad de textos gnósticos. De este modo, uno de los preciosos «discos duros» que almacenaban una parte magnífica de la herencia intelectual y espiritual de la humanidad se esfumó literalmente, sin dejar apenas nada para que las generaciones futuras refle-

xionaran. Los pensamientos sobre la condición humana de los místicos inspirados y los grandes filósofos, sus viajes al enigma de la muerte, la gnosis liberadora que ellos creían que habían descubierto sobre la naturaleza y la finalidad verdaderas de nuestra existencia, todo esto parecía haberse perdido. Durante quince siglos, los pocos estudiosos que todavía tenían interés en saber algo sobre aquella religión destruida y aparentemente olvidada se vieron obligados a depender casi exclusivamente de la obra de los que la destruyeron. Los buscadores de herejías a menudo citaban textos de obras gnósticas suprimidas o mencionaban el contenido de aquellas obras con cierto detalle para poder predicar contra ellas y tratar de refutarlas. Sin embargo, depender de un material tan tendencioso, incluso (o tal vez especialmente) en la elección de los textos originales citados, casi seguro que producía un conocimiento muy parcial del gnosticismo. Un ejercicio comparable consistiría en tratar de hacernos una imagen exacta del judaísmo a partir de los libros escritos por los propagandistas nazis. Sin embargo, quiso el destino que, hacia finales del siglo IV, un grupo desconocido de herejes del Alto Egipto tomara la precaución de armar una «cápsula del tiempo» que contenía una colección importante de textos gnósticos prohibidos. La posesión de dichos textos, si era detectada, resultaba sumamente peligrosa, de modo que la «cápsula» —en realidad, se trataba de una gran vasija de barro— fue enterrada junto a una roca de gran tamaño, al pie de unos acantilados que daban al Nilo, que fluye incesante. Puede que sus propietarios esperaran que las cosas mejoraran y que con el tiempo pudieran recuperar su biblioteca, pero no fue así. Es muy probable que su herejía fuese detectada y que los mataran.

Durante las dos últimas décadas del siglo IV, la facción dogmática del cristianismo que había convertido al emperador Constantino unos años atrás flexionaba los músculos bajo la total protección del Estado romano. Con el apoyo tácito de las autoridades locales y, en ocasiones, con asistencia militar directa,[66] muchedumbres histéricas de fanáticos religiosos y monjes descuidados se desplazaron por Egipto sembrando el temor a su paso.[67] Destrozaron templos que durante miles de años habían rendido homenaje a los dioses; desfiguraron inscripciones antiguas; asesinaron a sacerdotes y filósofos. Presionada por ellos, la religión sublime del antiguo Egipto exhaló el último suspiro. Sin embargo, los terroristas cristianos no reservaron los peores excesos para los «paganos», sino que mucha mayor prioridad y la máxima violencia se concentraron en otros cristianos, los herejes de las numerosas sectas gnós-

ticas cristianas que se habían desarrollado y multiplicado en Egipto desde el siglo I.[68] Habrán sido los miembros de alguna de aquellas sectas los que enterraron la «cápsula del tiempo» junto a la roca de gran tamaño, al pie de los acantilados, donde permanecería intacta y tranquila durante casi mil seiscientos años, mientras la vida de Egipto, cambiando lentamente, se desarrollaba a su alrededor.

En diciembre de 1945, cerca de la ciudad moderna de Nag Hammadi, en el Alto Egipto, un granjero local llamado Muhammad Alí estaba limpiando la tierra al borde de un campo que pertenecía a su familia cuando por casualidad dejó al descubierto una gran vasija de barro intacta que evidentemente había sido enterrada a propósito en posición vertical al costado de una roca de gran tamaño. Cuando rompió la vasija, salieron trece libros de papiro encuadernados en cuero y gran cantidad de papiros sueltos. Llevó a su casa todo aquel botín de saber invaluable acerca de una religión desaparecida hacía mucho tiempo y su madre utilizó buena parte de las hojas sueltas para encender el fuego; sin embargo, los libros —la palabra correcta sería «códice»— sobrevivieron y con el tiempo llegaron hasta el mercado negro de Egipto. Después de muchas pesquisas, el servicio de antigüedades del gobierno logró adquirir uno y confiscar diez y medio de los trece códices. Buena parte de otro salió de Egipto de forma clandestina y se puso a la venta en Estados Unidos. El profesor Gilles Quispel, de la Universidad de Utrecht, en los Países Bajos, experto en gnosticismo, certificó enseguida su importancia y el códice fue rescatado. Cuando Quispel hizo una traducción provisional del texto, descubrió con asombro que parecía un evangelio cristiano, aunque él desconocía su existencia y no aparecía en ninguna parte del Nuevo Testamento. Llevaba por título *El Evangelio según Tomás* y decía que contenía las palabras secretas dichas por Jesús a su «gemelo», un tal Judas Tomás. En el Nuevo Testamento no se dice nada de que Jesús tuviera un hermano gemelo.[69]

A pesar de las páginas que quemó la madre de Muhammad, se conservan un total de cincuenta y dos textos distintos en los alrededor de doce códices y medio que se rescataron. De los análisis científicos directos de los papiros utilizados en las cubiertas, así como también del análisis lingüístico de la caligrafía copta en la que están escritos, se deduce que los códices se hicieron entre el 350 y el 400 d. de C.[70] La antigüedad de su contenido es una cuestión aparte, puesto que los propios textos son traducciones al copto, la lengua vernácula de Egipto en la primera época cristiana, de textos más antiguos, escritos originalmente en

griego. En general, los estudiosos coinciden en que la mayoría de estos textos se redactaron o se compilaron entre el 120 y el 150 d. de C.,[71] aunque se ha alegado de forma convincente que por lo menos *El Evangelio según Tomás* es una excepción a esta regla. El profesor Helmut Koestler, de la Universidad de Harvard, ha propuesto que parte del contenido de este evangelio herético puede ser

> de la segunda mitad del siglo I (50-100), tan antiguo o más que los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan.[72]

La fecha que habitualmente se atribuye a los cuatro evangelios canónicos del Nuevo Testamento figura entre el 60 y el 110 de nuestra era;[73] sin embargo, en el caso del de Tomás, estamos hablando de un texto prohibido que se supone que es un evangelio cristiano auténtico, que además puede ser más antiguo (es decir, más próximo en el tiempo a Jesucristo) que el resto de los evangelios canónicos y esto tiene que plantear cuestiones inquietantes acerca de los propios evangelios canónicos. ¿Serán tan canónicos, después de todo? ¿Cómo podemos estar seguros de que contienen la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad acerca de Jesucristo y el fenómeno crístico? La existencia de este evangelio «más antiguo» en la colección de Nag Hammadi sugiere que Mateo, Marcos, Lucas y Juan tal vez formaran parte de una literatura mucho más amplia que en algún momento se «suprimió» del Nuevo Testamento. Aumenta aquella impresión la inclusión de varios evangelios heréticos más entre los cincuenta y dos textos de Nag Hammadi: el Evangelio según Felipe, el Evangelio de la Verdad y el Evangelio a los egipcios. ¿Acaso hubo otros más que la madre de Muhammad Alí hubiese quemado o que no hubiesen llegado hasta la preciosa cápsula del tiempo de Nag Hammadi y, por consiguiente, que hubiesen sido borrados de la historia por los buscadores de herejías?

La «Organización»

Hay muchas más cosas inquietantes con respecto a los textos de la Biblioteca de Nag Hammadi. Recordemos que fueron redactados fundamentalmente entre el siglo I y el III, en un principio en griego, traducidos al copto un poco después y, al final, ocultos durante el siglo IV. Hemos observado que durante aquel período el estado de Roma, recién cris-

tianizado, comenzaba a dirigir todos sus recursos contra los herejes cristianos, en particular y de la forma más violenta contra los gnósticos. Es curioso, por consiguiente, que varios de los documentos de Nag Hammadi aludan a la existencia de algo muy similar a una sociedad secreta, que suelen denominar «la Organización».[74] Parte de su misión consistía en erigir monumentos «como representación de los lugares espirituales» (es decir, en el cielo).[75] La religión gnóstica revelada por los textos de Nag Hammadi es dualista sin ninguna ambigüedad. Concibe sin ambages dos fuerzas espirituales poderosas que actúan en la plenitud de toda la existencia: el Dios de la luz, el amor y la bondad y el Dios de la oscuridad, el odio y el mal. Como ocurrió con los cátaros un milenio después, los gnósticos creían que era este último, el Dios del mal, el que había construido el universo material y había creado el cuerpo humano. En cambio, nuestras almas procedían del reino espiritual del Dios del bien y anhelaban regresar a él. El Dios del mal tenía un objetivo fundamental: frustrar este deseo y mantener a aquellas almas perdidas aprisionadas para siempre en la tierra, para «hacerles beber el agua del olvido [...], para que no sepan de dónde proceden».[76] Los poderes del mal actuaban para anestesiar la inteligencia y para difundir el cáncer de la «ceguera mental»,[77] porque la «ignorancia es la madre de todos los males. [...] La ignorancia es una esclava. El saber es libertad».[78] En cambio, los textos de Nag Hammadi dejan claro que «la Organización» está al servicio de las fuerzas espirituales de la luz. Su propósito sagrado es liberar a los seres humanos de su estado de esclavización, iniciándolos en el culto del conocimiento, es decir, de la gnosis.

En Alejandría, uno de los primeros centros de los gnósticos, estos vivían en estrecho contacto con los últimos vestigios de la religión del antiguo Egipto y también coexistían con el judaísmo y con el cristianismo primitivo; honraban a Cristo y, exactamente lo mismo que los cátaros mucho después, no creían que se hubiera encarnado, sino que eran partidarios de la teoría de la aparición o del «fantasma». Los testimonios procedentes de Alejandría sugieren que las comunidades gnósticas que hubo allí durante los tres primeros siglos después de Cristo también honraban a Osiris, el antiguo dios egipcio del renacimiento,[79] «que se alza ante la oscuridad como guardián de la luz».[80] Este no era un culto compartido con ninguno de los demás grupos dualistas poscristianos. Por otra parte, también al igual que los cátaros, los gnósticos consideraban a Jehová, el Dios del Antiguo Testamento de los judíos y los cristianos, una fuerza oscura y, de hecho, uno de los «señores mundanos de

la oscuridad»; era para ellos el «demiurgo» malvado (una palabra griega, algo despectiva, que literalmente significa «creador»).[81] En otras palabras, era una divinidad inferior, de clase baja, que había creado la tierra como su feudo personal, había colocado sobre ella a la raza humana para adorarlo y había engañado a las pobres criaturas haciéndoles creer que él era el único Dios que existía. Por consiguiente, su única finalidad era mantener a los seres humanos encadenados en la ignorancia espiritual y la oscuridad por toda la eternidad y enredarlos en actos malos que los hicieran suyos para siempre. Por tal motivo, la versión que aparece en los textos de Nag Hammadi sobre la «tentación» de Adán y Eva en el Jardín del Edén no representa a la serpiente como la villana de la obra, como hace el Libro del Génesis del Antiguo Testamento, sino como el héroe y el auténtico benefactor de la humanidad:

> —¿Qué te ha dicho Dios? —preguntó la serpiente a Eva—. ¿Fue «No comas del árbol de la sabiduría [gnosis]»?
>
> Ella respondió:
>
> —Dijo: «No sólo no comas de él, sino que ni siquiera lo toques, si no quieres morir».
>
> La serpiente la tranquilizó, diciéndole:
>
> —No temas. Con la muerte no moriréis, porque él os lo dijo por celos. En realidad, se os abrirán los ojos y seréis como dioses y distinguiréis el bien del mal.[82]

Después de que Adán y Eva comieran del árbol de la sabiduría, enseñan los gnósticos que experimentaron una iluminación, despertaron a su propia naturaleza luminosa y pudieron distinguir el bien del mal, como la serpiente les había prometido. Al ver su transformación intelectual y espiritual, el demiurgo se puso celoso y provocó a sus compañeros demoníacos:

> ¡Mirad a Adán! Se ha convertido en uno de nosotros, de modo que conoce la diferencia entre la luz y la oscuridad. Ahora tal vez venga al árbol de la vida y coma de él para volverse inmortal. Expulsémoslo del Paraíso y que vuelva a descender a la tierra de la que ha salido, para que en adelante no pueda reconocer nada mejor. De modo que expulsaron a Adán del Paraíso, junto con su mujer.[83]

Lo que destaca en esta historia del Génesis gnóstico es la forma en que Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso para que volvieran a des-

cender a la tierra, donde a partir de entonces van a vivir sin conocer su verdadero potencial. El concepto subyacente del descenso de un paraíso espiritual a un mundo material y carnal es sumamente similar a la noción cátara de los ángeles que caen del cielo a la tierra para habitar en cuerpos humanos. En los dos casos, el alma se encuentra en el mismo aprieto: está atrapada en la materia, olvida su verdadera naturaleza, hace caso omiso de su potencial divino, es engañada por las artimañas de un Dios malvado y se mueve dentro de un armazón (el cuerpo) que está sujeto a todos los caprichos de aquel monstruo sobrenatural.

«La Organización»: ¿un renacimiento en el siglo x?

No podemos evitar preguntarnos cómo habría reaccionado la misteriosa «Organización» a la que aluden los textos de Nag Hammadi ante las persecuciones que se desataron contra el gnosticismo cuando los textos quedaron sellados y ocultos casi al final del siglo IV de la era cristiana. Los textos de Nag Hammadi nos invitan a plantearnos la posibilidad de que una sociedad secreta, establecida deliberadamente para asegurar y preservar las enseñanzas gnósticas durante las épocas difíciles, hubiera existido como mínimo entre el siglo I y el siglo III (cuando se redactaron los textos). Si tal «Organización» siguió activa hasta el momento en que se enterraron los textos, es muy posible que hubiese sobrevivido a los holocaustos de los siglos IV al VI. A una secta reducida y aplicada de herejes no le habría costado demasiado mantener una existencia clandestina y haber seguido reclutando adeptos durante la Edad Media, entre el siglo VI y el X. Si era discreta, no hay ningún motivo por el cual hubiese atraído excesiva atención ni hubiese sido reconocida por lo que realmente era. Había muchas comunidades religiosas remotas de ermitaños o monjes que le habrían proporcionado el camuflaje adecuado hasta que decidiera que había llegado el momento de volver a salir de la penumbra.

Somos conscientes, desde luego, de que muchos estudiosos opinan que el gnosticismo fue una religión filosófica precristiana tardía, que se insinuó como un virus al principio del cristianismo e intentó convertirlo en un medio para difundir sus propias ideas; de ahí lo de «gnosticismo cristiano». Sin embargo, partiendo de las mismas pruebas que ofrecen, también es posible sostener que el culto cristiano era de origen gnóstico, pero que posteriormente se apropió de él un grupo de literalistas

de las Escrituras muy testarudos que lo utilizaron para sus propios fines.[84] Sea como fuere, la mayoría de las autoridades señalan a Palestina, en el siglo I a. de C., como lugar de nacimiento del gnosticismo; desde allí, dicen, se difundió rápidamente a Alejandría, que se convertiría en el centro principal de su expansión posterior.[85] A pesar de que sus antecedentes eran muy diferentes, en aquella época Palestina y Alejandría tenían en común la cultura helenista que había prevalecido en todo el Mediterráneo, Mesopotamia e Irán desde las conquistas de Alejandro Magno, en el siglo IV a. de C. Aquel había sido (y de hecho siguió siéndolo durante un tiempo) un período extraordinario en cuanto a entusiasmo, esfuerzo intelectual, creatividad, racionalidad e intensa espiritualidad, que reunió en un inmenso crisol helenístico a los sacerdotes del antiguo Egipto, los «magos» dualistas de Irán, los iniciados en los misterios de Mitra, los filósofos platónicos de Grecia, los místicos judíos, los misioneros budistas y gran cantidad de otras influencias cercanas y lejanas. En algún lugar de aquel «encuentro confuso pero emocionante —sugiere el historiador Joscelyn Godwin—, nació el gnosticismo, la religión de la gnosis: el conocimiento de la verdadera naturaleza de las cosas».[86]

El gnosticismo presenta ciertos elementos fundamentales, el más importante de los cuales es el concepto de la existencia de un reino totalmente bueno, espiritual y lleno de luz, regido por un Dios benevolente y cariñoso, mientras que el reino material en el que vivimos es obra de un Dios malvado. Como hemos visto, las hazañas de Jehová en el Antiguo Testamento resultaron muy útiles para los gnósticos como ejemplos de esta idea durante los siglos I y II d. de C. No puede ser casual que encontremos el mismo uso de Jehová por parte de los cátaros un milenio después. Cuando recordamos que todos aquellos grupos de finalidades opuestas del primer milenio creían que nuestras almas habían sido creadas por el Dios del bien y que pertenecían al reino de lo bueno, mientras que nuestros cuerpos formaban parte de la creación material malvada, se nos ocurre que debieron de estar muy relacionados entre sí. Los gnósticos, al igual que los cátaros, consideraban que el alma estaba «prisionera» en el mundo material demoníaco, donde corría el peligro permanente de ser arrastrada cada vez a mayor profundidad y de quedar atrapada con más firmeza. Los dos ofrecían una manera de huir mediante la iniciación en su sistema y la adquisición de la gnosis que tenían que enseñar. Otra cuestión que no cambió en absoluto entre el siglo IV y el XIII fue la manera particularmente sistemática y cruel

en la que fueron castigados por la Iglesia todos los que defendían la perspectiva gnóstica y dualista. Cuando se tiene en cuenta lo que supone para la víctima ser quemado en la hoguera, es evidente que ninguna persona racional elegiría una muerte así a la ligera. Por consiguiente, el hecho mismo de que tantos iniciados gnósticos decidieran morir de aquella forma espantosa antes que abjurar de sus creencias y de que tantos «perfectos» cátaros hicieran lo mismo un milenio después nos dice, al menos, lo profundamente que debieron de estar convencidos aquellos hombres y mujeres de tener razón. Si se estaban engañando a sí mismos o no es otra cuestión, que resulta imposible establecer con certeza en esta vida, pero no podemos dudar de que ellos estaban totalmente seguros de lo que ocurriría con su alma después de pasar por la ordalía de las llamas.

Curiosamente, el gnosticismo y, posteriormente, la religión de los cátaros comparten una característica notable con el cristianismo establecido: que todas son fes «salvacionistas», es decir, que todas proporcionan un sistema y prometen que, si se sigue, «salvará» las almas de sus partidarios. Sin embargo, si nos fijamos mejor, veremos que los cátaros y los gnósticos están juntos a un lado de una línea, mientras que los guardianes del cristianismo establecido están del otro. Esto se debe a que la doctrina del catolicismo y la de la Iglesia ortodoxa oriental se podrían sintetizar como «la salvación sólo a través de la fe», que lo único que requiere es una fe ciega. Por el contrario, lo que ofrecían todos los herejes era la salvación a través del conocimiento —el conocimiento revelado, el conocimiento inspirado, el conocimiento salvador—, experimentado directamente por el iniciado. Puede que fuera una falsa ilusión o puede que no, pero a causa de este conocimiento personal de lo que les esperaba después de la muerte (y nada más) los herejes gnósticos y los cátaros soportaron las llamas con una certeza tan tranquila.

Pontifex Maximus

En realidad, no fue la Iglesia católica la que inventó la muerte en la hoguera como castigo a la herejía, sino que tomó intacta la idea de muchos siglos de tradición romana. Desde el reinado de César Augusto (23 a. de C.-14 d. de C.), todos los emperadores, además de sus demás funciones, habían ocupado el cargo de *Pontifex Maximus*, el título del

antiguo Sumo Sacerdote de la religión oficial de Roma.[87] La religión podía variar (y de hecho variaba) de un emperador a otro, pero el emperador de la época siempre seguía siendo su *Pontifex Maximus* y, para mantener el mandato del cielo, estaba obligado a proteger la religión oficial y a castigar cualquier intento de desautorizarla. Aunque esto no afectaba a la mayoría de los credos, que se ocupaban de sus cosas tranquilamente y eran tolerados, sí que afectó a movimientos religiosos evangelistas militantes, como los cristianos y los maniqueos, que planteaban una amenaza palpable a la preponderancia del culto oficial y, por consiguiente, al propio Estado. Con mucha frecuencia, los infractores eran acusados de herejía y quemados en la hoguera. Por ejemplo, en el 186 a. de C., se prohibió en Roma un culto mistérico dedicado al dios Dioniso y miles de sus iniciados fueron ejecutados.[88] El historiador romano Tácito deja constancia de que, durante el reinado del emperador Nerón (54-68 d. de C.), tuvo lugar una masacre terrible de cristianos, que, aparte de que ya se los despreciaba por «sus abominaciones», fueron acusados injustamente de comenzar el gran incendio que devastó Roma en el año 64. Tácito afirma lo siguiente:

> Primero fueron arrestados todos los que confesaron y, tras escuchar su confesión, una multitud inmensa fue declarada culpable, pero no tanto de incendio premeditado, como de odio a la raza humana. A su muerte se añadieron todo tipo de burlas. Cubiertos con pieles de animales, fueron despedazados por perros, clavados a cruces o condenados a las llamas. Los que fueron quemados se utilizaron para iluminar los cielos nocturnos cuando cesaba la luz del sol.[89]

Esto ocurrió doscientos años antes de que los emperadores romanos, en su papel de *Pontifex Maximus*, volvieran a ordenar persecuciones sistemáticas de cristianos. El primero fue Decio, que, en el año 250 d. de C., ordenó que se castigara a los cristianos que no ofrecieran sacrificios animales a los dioses paganos. Hubo más martirios durante el gobierno de Valeriano, entre el 257 y el 259,[90] y en el 303-305 Diocleciano ordenó varios pogromos contra los cristianos.[91] Su *Rescripto sobre los maniqueos* (un culto «herético», supuestamente el precursor primitivo del catarismo) ordenaba que fueran quemados en la hoguera los dirigentes de aquella secta, junto con sus seguidores más fervientes. Los acusaba de cometer numerosos delitos, de inquietar a poblaciones pacíficas y hasta de causar «el mayor daño a ciudades enteras». En palabras del propio Diocleciano:

> No cabe duda de que constituye un grave delito debatir las doctrinas que nuestros antepasados han establecido de una vez y para siempre y que tienen un lugar y una trayectoria reconocidos en nuestro sistema. Por consiguiente, hemos resuelto castigar la pertinaz depravación de estas personas despreciables.[92]

El tono del *Rescripto sobre los maniqueos* de Diocleciano es, como mínimo, extrañamente similar a la llamada de Inocencio III a la cruzada albigense contra los cátaros de Languedoc, en el siglo XIII. Con respecto a la persecución de los cristianos que se llevó a cabo en Roma, los escritores Timothy Freke y Peter Gandy han observado con razón que «en toda su historia [...], el cristianismo fue perseguido oficialmente durante un total de cinco años».[93] Esto no coincide con la impresión que reciben los niños criados en la tradición cristiana occidental, a los que se induce a imaginar siglos de persecuciones constantes. La verdad es que hubo unos cuantos incidentes aislados entre el año 50 y el 250 d. de C., seguidos por algunos años de —reconozcámoslo— torturas espantosas que, asimismo, a menudo consistían en quemar en la hoguera, pero también chamuscar en sillas de hierro al rojo vivo, azotar, torturar hasta la muerte con algo llamado «la sartén» y ser devorado vivo por bestias salvajes.[94] Aquellos tormentos para los cristianos acabaron cuando su paladín, Constantino el Grande, derrotó a sus rivales en la batalla del Puente Milvio, en el 312, y se convirtió en el principal dirigente del cruel y violento imperio romano.[95] De inmediato extendió la tolerancia oficial al cristianismo, aunque aquello no quiso decir que se suprimieran los poderes del *Pontifex Maximus*, que conservó en sus manos como emperador, sino simplemente que en el futuro (con la notable excepción del reinado del emperador Juliano el Apóstata, del 332 al 363) aquellos poderes ya no fueran usados contra los cristianos. Sólo en el año 380, durante el gobierno del emperador Teodosio,[96] el cristianismo católico romano fue adoptado como religión oficial y todas las demás formas de cristianismo fueron calificadas de «locuras»,[97] con lo cual, técnicamente, en aquel momento el catolicismo adquirió formalmente el derecho a ser protegido por el emperador en su carácter de *Pontifex Maximus*, aunque ya hacía mucho que el propio Constantino le había dado carta blanca para perseguir a sus enemigos internos: los herejes.

Sin embargo, Constantino no era un hombre agradable, ni siquiera según los criterios romanos. Se sabe que hizo ejecutar a su hijo mayor, Crispo, y que hizo encerrar a su esposa, Fausta, en una sala con vapor

a alta temperatura, donde se fue cociendo lentamente hasta su muerte.[98] En realidad, no se bautizó como cristiano hasta algunas horas antes de su muerte, lo cual le dio bastante libertad, mientras tanto, para cometer crueldades, excesos y maldades. En realidad, dicen que una de las principales razones por las que adoptó el cristianismo (aparte de su «milagroso» éxito en el Puente Milvio, donde, según la leyenda, se le apareció la señal de Cristo) había sido que era la única de las religiones de Roma que le prometía la expiación de sus numerosos pecados. Aparentemente, los sacerdotes de los templos paganos, horrorizados de que semejante bruto les pidiera la absolución, se la habían negado.[99] De modo que parece que Constantino, que tenía motivos para preocuparse por el destino de su alma después de la muerte, tenía una gran deuda con los obispos cristianos, que había cancelado en parte al concederles la tolerancia oficial en el 312-313, pero, como era un político y no perdía de vista a sus electores potenciales, a pesar de los apremios se negó a abolir o a interferir de alguna manera con la libertad de culto de las demás fes del imperio que contaban con fuerte apoyo. Defendiendo la misma política de tolerancia de la que acababa de beneficiarse el cristianismo, recordó a los obispos:

> No es lo mismo emprender la lucha por la inmortalidad de forma voluntaria que imponerla mediante castigos.[100]

Sobre aquella cuestión, Constantino fue consecuente toda su vida, con una notable excepción, que se anunció en un edicto (alrededor del 324-326) en el que atacaba los «errores venenosos» de los herejes cristianos, confiscaba sus bienes y comenzaba más persecuciones. Los términos del edicto han sido conservados para nosotros por el biógrafo adulador de Constantino, el eminente obispo Eusebio de Cesarea. En el siguiente pasaje, muestra el tipo de impresión que Constantino tenía de los «herejes»:

> Sabed por el presente decreto que vosotros [...] que constituís las herejías en vuestras reuniones privadas, cuánta falsedad encierra vuestro vano capricho y cuán ponzoñoso es el veneno que hay en vuestras enseñanzas, que hace que los sanos enfermen y conduce a los vivos a la muerte eterna. ¡Os oponéis a la verdad, sois enemigos de la vida y consejeros de la ruina! Todo lo que hacéis es contrario a la verdad y está en armonía con los actos horribles de la maldad; sirve a farsas grotescas en las que sostenéis falsedades, mortifica a los ino-

centes y niega la luz a los creyentes. [...] Los delitos que cometéis son tan grandes e inmensos, tan despreciables y crueles, que un día entero no bastaría para expresarlos con palabras y, en todo caso, es preferible cerrar los oídos y apartar la mirada, para no empañar el compromiso puro y sin mancha de nuestra propia fe contando los detalles. ¿Por qué, entonces, debemos seguir soportando tales males? Gracias a la negligencia prolongada, los sanos se contagian, como si se tratase de una epidemia. ¿Por qué no aplicamos de inmediato medidas públicas severas para arrancar un mal tan grande podríamos decir que de raíz? Por consiguiente, puesto que ya no es posible tolerar el efecto pernicioso de vuestra destructividad, mediante este decreto ordenamos públicamente que ninguno de vosotros se atreva a congregarse, de aquí en adelante. Por consiguiente, ordenamos también que todos los edificios en los que celebráis estas reuniones [...] no sólo los públicos, sino también las casas particulares o cualquier lugar privado [...] sean confiscados [...] y entregados sin discusión ni demora a la Iglesia católica [...] de modo que, a partir de ahora, no tengáis la menor oportunidad de reuniros, para que, de ahora en adelante, vuestros grupos ilícitos no se atrevan a reunirse en ningún lugar, ni público ni privado.[101]

Aquel fue el primer paso en la pendiente resbaladiza de la persecución. En menos de un siglo, la Iglesia Católica había comenzado la quema masiva de herejes en la hoguera. Antes de Constantino existía un campo ecléctico de cristianos, en el que ninguna secta prevalecía sobre las demás, porque todas eran perseguidas. Después de Constantino, el campo se transformó y se polarizó rápidamente. Por un lado, agrupados en torno a una interpretación literal de las Escrituras, estaban los obispos de la Iglesia Católica, la «iglesia militante» que el emperador quería apaciguar. Por el otro, todos los demás y toda clase de opiniones. En consecuencia, después del 324-326, lo único que hacía falta para convertirse en «hereje» y arriesgarse a perder la libertad de reunión, la vivienda, los bienes y la vida era manifestarse públicamente en contra de las declaraciones infalibles de los obispos y, sobre todo, de las del obispo supremo de la Iglesia en Roma. No es casual que, en la década del 380, los emperadores hubiesen renunciado a su antigua condición de *Pontifex Maximus* (el sumo sacerdote de la religión oficial de Roma) a favor de los papas,[102] que todavía la conservan como título oficial.[103]

No queremos sugerir que el literalismo militante dentro de la Iglesia cristiana surgiese como consecuencia del deseo de Constantino de castigar a los herejes. Por el contrario, desde mucho antes del siglo IV (puede que desde que surgieron las sectas gnósticas), ya existía en el cris-

tianismo una fuerte tendencia literalista, que simplemente aprovechó aquella disposición. El cambio verdaderamente radical del reinado de Constantino fue que, por primera vez, brindó a los literalistas el poder de imponer su punto de vista a los demás.

Resulta evidente a posteriori que anhelaban algo así hacía siglos. También resulta evidente que, durante los años de espera, aprovecharon sistemáticamente arengas emocionales y acusaciones despreciables tan sólo para provocar problemas para sus opositores, unas técnicas sofisticadas que los especialistas modernos de la desinformación llamarían «propaganda negra». Todo su comportamiento y su retórica indican que aquellas personas estaban convencidas de que algún día obtendrían el poder de imponerse a los demás —esto ocurrió finalmente en tiempos de Constantino— y que, cuando lo obtuvieran, no dudarían en ejercerlo. Pensemos, por ejemplo, en las palabras de Ireneo, uno de los grandes azotes de la Iglesia católica contra los gnósticos cristianos en el siglo II:

> Que todos aquellos que adoran a Dios reconozcan a aquellos que blasfeman contra el Creador [...] como [hacen] [...] los falsamente llamados «gnósticos», como agentes de Satanás. A través de ellos, incluso ahora Satanás [...] habla contra Dios, el Dios que ha preparado el fuego eterno para cualquier tipo de apostasía.[104]

Desde el siglo I hasta el IV, existen ejemplos reiterados de este tipo de retórica, que a menudo suben de tono y llegan a incluir acusaciones de canibalismo, promiscuidad sexual, asesinato de niños, etcétera. Otro detalle revelador es que, incluso antes de que se prohibiera el gnosticismo, ya se utilizaban técnicas para «hacer salir» a sus iniciados y ponerlos en evidencia para su posible persecución en el futuro. Como los «perfectos» gnósticos solían ser vegetarianos, un método muy probado para reconocer su presencia entre el clero y los monjes ortodoxos de Egipto era obligar a todo el mundo a comer carne una vez por semana.[105] Durante la última década del gobierno de Constantino, la evidencia demuestra, como cabía esperar, que los militantes comenzaron a utilizar los nuevos poderes que él les había otorgado,[106] aunque al principio lo hicieron con mucha vacilación, como tanteando a la oposición. Durante el reinado de sus hijos, cada vez hubo más persecuciones.[107] En los quince años que ocupó el trono el emperador Teodosio (entre el 379 y el 395), superó a todos sus predecesores, sancionando más de un cente-

nar de leyes nuevas contra los gnósticos, unas leyes que los privaban de sus bienes, de su libertad y con frecuencia de su vida, que confiscaban sus lugares de reunión y ordenaban la destrucción de sus libros.[108] Es poco probable que fuese casual que, precisamente durante aquel período, se ocultasen en el Alto Egipto los códices de la biblioteca de Nag Hammadi para evitar que fueran descubiertos y destruidos. Además, aunque los registros son incompletos, sabemos que en el Bajo Egipto también existió el apoyo del Estado contra el terrorismo antiherético durante el mismo período. Por ejemplo, Materno Cinegio, el gobernador puesto por Teodosio en Alejandría desde el 384 hasta el 388, era famoso por su hostigamiento y su persecución implacables de los herejes y los paganos.[109] En aquella gran ciudad cosmopolita que fue uno de los primeros bastiones del gnosticismo, hacía tiempo que un culto local sincrético y generalizador dedicado a la divinidad compuesta Serapis (una fusión de dos dioses egipcios antiguos: Osiris y Apis) contaba con los auspicios de personas pertenecientes a muchos grupos sociales y religiosos diferentes. Según los estudiosos, cabe la posibilidad de que los gnósticos cristianos hubiesen participado en los misterios de Serapis «mientras expresaban que daban una interpretación cristiana a lo que allí veían».[110] También es de notar que varias de las sectas gnósticas alejandrinas utilizaban de forma directa figuras de Serapis (que por lo general se representaba con las ropas y las barbas al estilo griego, más que al egipcio) como símbolo del Dios de la bondad.[111] Semejante flexibilidad e imparcialidad en la búsqueda de las verdades espirituales habían sido características de Alejandría desde su fundación, varios siglos antes. Sin embargo, precisamente a causa de esta tradición venerable de tolerancia y fusión, muchos de sus ciudadanos se escandalizaron y después se indignaron cuando Cinegio comenzó a poner las fuerzas militares que tenía a sus órdenes como gobernador (supuestamente para proteger a todos los sectores de la comunidad) a disposición de la campaña católica para abolir las demás religiones.[112] En el año 391, tres años después de la muerte de Cinegio, la persecución patrocinada por el Estado seguía en aumento. Al mismo tiempo, Teófilo, el arzobispo católico de Alejandría, había estado provocando a las masas cristianas contra los gnósticos y los paganos. Se urdieron disturbios y muchos miembros de las sectas oprimidas huyeron a refugiarse en el Serapeum, el gran templo dedicado a Serapis, que había sido construido por Ptolomeo I Sóter (del 323 al 284 a. de C.), ex general de Alejandro Magno y fundador de la dinastía que gobernó Egipto hasta la época de Cleopatra (del 51 al 30 a. de

C.). Los refugiados pensaron que estarían a salvo allí, en un lugar que durante tanto tiempo había sido considerado sagrado, pero se equivocaron. Nuevamente por instigación de Teófilo, una gran muchedumbre cristiana, que incluía a gran cantidad de monjes, rodeó y a continuación atacó el Serapeum.[113] La insustituible biblioteca del templo, compuesta por libros y pergaminos antiguos y distribuida por el claustro que rodeaba el edificio central,[114] fue saqueada e incendiada. A continuación, con el apoyo patente de las tropas imperiales al ataque cristiano, los defensores fueron masacrados y el propio templo fue arrasado por completo.[115] Poco después, el emperador repasó lo ocurrido, atribuyó a las víctimas la responsabilidad de su propia destrucción y no castigó a los atacantes.[116] Tampoco lamentó la pérdida de la biblioteca del templo. Ya se sabía que, según Teodosio, todos los libros que contradijesen el mensaje cristiano debían ser quemados «para no despertar la ira de Dios ni escandalizar a los piadosos».[117]

A principios del siglo V, aunque sus cifras habían disminuido considerablemente después de las persecuciones de Teófilo, la Iglesia y el Estado seguían presionando a los gnósticos que quedaban en Egipto. Sabemos, por ejemplo, que Cirilo, el sucesor de Teófilo como arzobispo de Alejandría, dispuso la persecución de un grupo que creía que el mundo material había sido creado por el demiurgo[118] (un punto de vista gnóstico clásico) y se negaba a aceptar a Cirilo como su «iluminador» (un concepto gnóstico clásico).[119] Su emisario, el abad Shenoute, confiscó sus «libros llenos de abominaciones» y «de todo tipo de magia» y advirtió:

> Os haré reconocer al arzobispo Cirilo o de lo contrario haré desaparecer con la espada a la mayoría de vosotros y, además, aquellos de vosotros que se salven irán al exilio.[120]

A Cirilo había que tomarlo en serio. En el 415 provocó la horrorosa muerte de una alejandrina extraordinaria, Hipatia, una filósofa pagana que decían que pertenecía a «la escuela de Platón y Plotino»,[121] famosa y muy apreciada en la ciudad por sus «logros literarios y científicos, que hacían que superara con creces a todos los filósofos de su época».[122] Según algunos informes, el arzobispo la hizo matar, celoso de su evidente popularidad. Sea cual fuere el motivo, una muchedumbre de cristianos la sacó a rastras de su casa por orden de Cirilo, la llevó a una iglesia y la descuartizó miembro a miembro con tejas rotas (*ostrakois*,

que literalmente significa «conchas de ostras», aunque la misma palabra se usaba también para referirse a las tejas de ladrillo con que se techaban las casas).[123] Finalmente, según cuenta un comentarista procristiano de la época:

> [...] la llevaron a un lugar llamado Cinaron y echaron su cadáver a las llamas y toda la gente rodeó al arzobispo Cirilo y lo llamó «el nuevo Teófilo», porque había destruido los últimos restos de idolatría que había en la ciudad.[124]

Con semejante atmósfera de fanatismo cristiano en todo el mundo romano, no es extraño que las numerosas sectas gnósticas cristianas de los siglos II y III no tardaran en desaparecer. Sin embargo, en el 447, al papa León el Magno todavía le pareció necesario condenar los escritos gnósticos como «caldo de cultivo de múltiples obstinaciones malsanas», que «no sólo deberían prohibirse, sino también ser destruidos totalmente y consumidos por el fuego».[125] Sin embargo, a finales del siglo V parecía que el gnosticismo organizado pertenecía al pasado, aunque milagrosamente, como ya hemos visto, despertó otra vez en Occitania transformado en catarismo, aunque volvió a ser aplastado por la cruzada del papa Inocencio III.

Al explorar el gnosticismo cristiano y su derivado medieval, el catarismo, no pudimos evitar la sensación de que algo muy antiguo y velado, con un propósito profundo para la humanidad, había vuelto a mostrar brevemente la cara en Occitania, había vuelto a tratar de cambiar el mundo, aunque al final había fracasado. Había existido la oportunidad y se había aprovechado, pero después había sido arrebatada. Era como si una antigua religión gnóstica que ofreciera una visión alternativa austera al cristianismo hubiese reaparecido misteriosamente en Occitania después de siglos de oscuridad, hubiese prosperado muchísimo al principio y hubiese hecho una llamada a la universalidad, para fracasar por completo al final...

¿O no?

Ni en sus sueños más descabellados (o tal vez pesadillas, en este caso), los obispos católicos italianos habrían imaginado que la antigua herejía gnóstica que ellos pensaban que finalmente habían aplastado en Occitania volviera a perseguirlos algunos siglos después en su forma egipcia más original y, para peor, en la propia Italia. Sin embargo, aque-

llo fue precisamente lo que ocurrió, porque, en el verano de 1460, un monje toscano de mediana edad llamado Leonardo da Pistoia entró discretamente en Florencia a lomos de un asno. Llevaba consigo un lío de tela en el que envolvía una pequeña colección de libros. Después de tan largo viaje, Leonardo llevó su preciosa carga directamente al dux de Florencia, Cosme de Medici. En el corazón mismo de la cultura europea occidental estaba a punto de estallar una bomba nuclear intelectual y espiritual que sacudiría su propia esencia durante varios siglos. Sin embargo, aquella herejía estaba tan bien disimulada que al principio pasó inadvertida como un barco en la noche y, para colmo de ironías, durante un tiempo hasta el propio Vaticano la recibió con los brazos abiertos...

3

La otra religión secreta

«[Como] encarnación del Renacimiento italiano, los Medici eran inmensamente ricos y, por su riqueza y su carácter, gobernaron Florencia, controlaron el papado e influyeron en las políticas de todo un continente.»

CHRISTOPHER HIBBERT, *The House of Medici: Its Rise and Fall*, Nueva York, 1980

«A falta de una expresión mejor, lo llamaré "magia astral".»
FRANCES YATES, *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1991, p. 60

En el verano de 1460, un monje toscano llamado Leonardo da Pistoia entró en Florencia a lomos de un asno. Llevaba varios meses fuera, cumpliendo una misión peligrosa en Macedonia para su docto e inmensamente rico señor, Cosme de Medici, el dux de Florencia, que lo contrató para que le procurara escritos raros y antiguos. Aunque Cosme ya disponía de una extensa biblioteca de papiros, códices y libros extraordinarios, Leonardo sabía que no quedaría satisfecho mientras no tuviera en sus manos ciertos libros muy concretos y en una época muy difundidos que la Iglesia había prohibido y que habían desaparecido para el mundo hacía casi mil años. Cosme estaba convencido de que aquellos libros tenían que existir todavía en alguna parte y había ordenado a Leonardo que los buscara y los comprara, al precio que fuera.

Entonces, finalmente, tras regresar a Florencia muchas veces con presas menores, Leonardo estaba muy orgulloso de haber encontrado los

libros antiguos que su amo buscaba. Eran libros sobre el saber y se suponía que procedían de Thot, el dios egipcio de la sabiduría, que los griegos conocían con el nombre de Hermes Trismegisto, y, aunque ni Leonardo ni Cosme lo supieran, aquellos textos «herméticos» tan misteriosos habían sido compilados en Alejandría durante los tres primeros siglos de la era cristiana, es decir, en la misma época y el mismo lugar que los textos gnósticos de Nag Hammadi. La conexión entre las dos colecciones se fortalece aún más cuando observamos que un fragmento de uno de los textos «herméticos» que Leonardo había comprado (un documento conocido como el *Asclepio*) se reproducía también entre los códices gnósticos enterrados en Nag Hammadi a finales del siglo IV y que no se recuperaron hasta 1945.[1]

El cuerpo es una tumba

No se puede negar que la Iglesia católica tiene una larga trayectoria de oposición enérgica a toda forma de conocimiento, escritura, investigación, sabiduría y manifestación religiosa personal que no coincida con sus propios puntos de vista. El lector recordará que fueron muchedumbres de cristianos, azuzadas por Teófilo, el arzobispo católico de Alejandría, las que saquearon el Serapeum de aquella ciudad en el 391 d. de C., mataron a todos los «paganos» y los gnósticos que se habían refugiado en su interior y arrasaron la espléndida biblioteca que estaba dispuesta en torno a sus claustros, junto con su insustituible colección de libros y pergaminos antiguos.[2] Hemos visto en el capítulo 2 que aquella atrocidad no fue más que una entre muchas en la despiadada supresión del gnosticismo y el paganismo por parte de la Iglesia católica y su por lo general muy eficaz destrucción de sus textos y tradiciones.

Una manifestación distinta de aquel mismo antagonismo hacia todo conocimiento que escapara de la estrecha franja aceptada por la ortodoxia fue la clausura, en el año 529 de la era cristiana, por parte del emperador cristiano Justiniano, de la venerada Academia de Platón en Atenas. Fundada originalmente por el propio Platón en la década del 380 a. de C., en un lugar situado a un kilómetro y medio a las afueras de Atenas que ya se consideraba sagrado, la Academia llevaba más de novecientos años de existencia ininterrumpida, hasta que Justiniano y la intolerancia cristiana la clausuraron por difundir ideas «paganas».

En la actualidad, no sabemos exactamente lo que se enseñaba en la

Academia. Sin embargo, gracias a los abundantes escritos que se conservan del propio Platón, la mayoría de los estudiosos han podido inferir que el plan de estudios original estaba diseñado para producir unos pocos filósofos sabios selectos, con profundos conocimientos de matemática (incluidas la teoría de la armonía y la astronomía), dialéctica, ciencias naturales y teoría política[3] que fueran capaces de

> [...] salir de la Academia para dedicarse a la política, pero no para buscar el poder para sí mismos, sino para legislar o para asesorar a los que ocuparan el poder.[4]

Se sabe que el gran maestro gnóstico cristiano Valentino, que era egipcio, había estudiado la filosofía platónica en Alejandría a principios del siglo II d. de C.,[5] de modo que no es extraño que el apólogo católico Hipólito (170-236 d. de C.) acusara a los gnósticos de ser «discípulos de Platón» y de seguir el sistema platónico al convertir «la ciencia aritmética en principio fundamental de su doctrina».[6] Para nuestros fines, también resulta interesante que Platón parece haber sido el primero en utilizar la palabra «demiurgo» (en griego, «creador público») para describir al Creador del mundo material. Exactamente de la forma que después copiaron los gnósticos, quería decir que el Creador era un poder subordinado, pero no el verdadero Dios,[7] y que el mundo material era una copia corrupta e imperfecta del mundo ideal.[8] Tim Freke y Peter Gandy señalan que a Platón también le gustaba citar una frase común de las religiones mistéricas paganas de su época: *Soma Sema*, es decir, «el cuerpo es una tumba»:

> Los iniciados gnósticos también comprendían que los que se identificaban con el yo físico encarnado estaban muertos espiritualmente y tenían que renacer a la vida eterna [...][9]

Queda fuera del alcance de este libro hacer una presentación completa de las similitudes y las diferencias entre el platonismo y el gnosticismo. Lo único que queremos señalar es que la supresión de la Academia platónica en el 529 d. de C. formó parte de un ataque mucho más amplio contra la búsqueda del conocimiento que también incluía la destrucción virtual del gnosticismo cristiano, hasta que, según nuestra teoría, volvió a surgir en Europa en la Edad Media. Durante los siglos intermedios, para la Iglesia la quema de libros fue un acto piadoso y la

persecución de los estudiosos que se atrevían a salir de los límites eclesiásticos estrictos se consideraba lo correcto y un servicio a Dios.

La imposición airada de un monopolio espiritual inmerecido

Los historiadores tienen motivos suficientes para llamar «Edad de las Tinieblas» al período comprendido entre el siglo V y el X, aunque la situación se oscurecería aún más antes de que la cultura europea llegara a ver algún atisbo de luz duradero. Hemos documentado aspectos del asombroso «mini-Renacimiento» que acompañó el repentino brote de catarismo en Occitania en el siglo XII y también hemos documentado la reacción de la Iglesia: la cruzada albigense que arrasó el desarrollo cultural de la región, un siglo de terrorismo y caos, el holocausto de cinco mil «perfectos» cátaros y, por último aunque no menos importante, la Inquisición. A estas alturas, ya debería resultar evidente para el lector que los cátaros y los católicos tenían actitudes muy distintas con respecto al uso y el control del conocimiento y que aquello se debía a que partían de filosofías muy diferentes.

Para los cátaros, herederos de la tradición gnóstica, lo que ponía en apuros a la humanidad era la ignorancia y, por consiguiente, el conocimiento proporcionaba la única vía de escape segura. Como creían que la mayor reserva de conocimientos importantes estaba en el Nuevo Testamento, el documento fundamental del cristianismo, estaban convencidos de que todos los cátaros tenían que poder leerlo en su propia lengua.

Por lo tanto, los cátaros occitanos hicieron traducir el Nuevo Testamento del latín —hasta entonces se había conservado en esa lengua para mantenerlo fuera del alcance de las masas— a la vernácula *langue d'oc* y se pusieron en circulación gran cantidad de ejemplares, preparados laboriosamente a mano. La demanda de un material práctico y barato en el que se pudiesen hacer las copias los impulsó a convertirse en pioneros de la fabricación de papel en Europa, a establecer numerosos lugares donde aprender el nuevo oficio[10] y a hacer una importante contribución a la posterior difusión de aquella tecnología liberadora.

Al mismo tiempo, a los niños cátaros se les enseñaba a leer y a estudiar el Nuevo Testamento desde pequeños, con lo cual se libraban del analfabetismo tan habitual en Europa en aquella época. También era insólito que los dos sexos recibieran instrucción por igual y no sólo los

varones, como era habitual en otras partes.[11] En consecuencia, las mujeres cultas, alfabetizadas y librepensadoras fueron una de las características de las comunidades cátaras durante el breve período en que prosperó la herejía. Tanto en este como en muchos otros aspectos, la única manera de describir el comportamiento de los cátaros es con el calificativo de «progresista» —ninguna otra palabra lo describe mejor—, mientras su campaña para proporcionar ediciones vernáculas accesibles del Nuevo Testamento fue, sin duda, una iniciativa muy adelantada a su época. Por el contrario, la Iglesia católica y la Inquisición prohibían rigurosamente a los laicos poseer el Nuevo Testamento, «a excepción del Libro de los Salmos, el Breviario y el Libro de Horas de la Virgen». Además, incluso esta reducida selección sólo estaba permitida en latín y las traducciones a las «lenguas vernáculas» estaban «rigurosamente prohibidas».[12] Parece irónico que los llamados «herejes» fueran los que hacían todo lo posible para difundir el conocimiento del Nuevo Testamento, mientras que la «Iglesia verdadera» hacía todo lo posible para limitar y controlar tal conocimiento. Sin embargo, para comprender esta conducta basta con recordar la filosofía básica del catolicismo, que se opone totalmente a cualquier búsqueda personal del conocimiento y, por el contrario, enseña la fe ciega y la confianza absoluta y mecánica en la infalibilidad del dogma papal. Aquella doctrina fue la que apagó la luz brillante de la investigación científica y espiritual que había prosperado en torno a las grandes bibliotecas de Alejandría durante los tres siglos anteriores a Cristo y los tres siglos posteriores a él. Aquella doctrina fue la que sumió al mundo en la edad de las tinieblas, al suprimir no sólo la investigación gnóstica, sino también la mayor parte del conocimiento clásico «pagano». Y precisamente aquella doctrina de la fe ciega y la obediencia incondicional (que seguía siendo prioritaria para los católicos mil años después) condujo directamente a los graves errores morales de la cruzada albigense y la Inquisición en los siglos XIII y XIV y a seguir suprimiendo libros y conocimientos, a seguir quemando herejes y a más terror y estupidez.

En el siglo XV, aunque la persecución de herejes individuales no había acabado, ni mucho menos, la sociedad europea estaba agotada y asqueada de tanta violencia absurda, tanta censura y tanto fanatismo. Además, para entonces, cuando la total destrucción de la amenaza cátara había desaparecido hacía tiempo, era inevitable que comenzara a decaer la vigilancia de la propia Iglesia. Sin estar demasiado seguros del tipo de reacción que podían provocar en última instancia (aunque dispuestos a correr

el riesgo), algunos estudiosos más imparciales aprovecharon el período de calma para comenzar a buscar manuscritos antiguos, con la sincera esperanza de que, mediante el redescubrimiento de la sabiduría perdida del pasado, pudieran guiar mejor al mundo hacia su futuro ignoto.

Uno de aquellos estudiosos fue Cosme de Medici, que contrató al monje Leonardo da Pistoia para que buscara libros para él. En aquel momento, cuando entraba en Florencia a lomos del asno que lo había transportado desde Macedonia, Leonardo hurgaba preocupado en el lío que llevaba atado a su costado y sentía otra vez el contorno tranquilizador y el peso de los libros maravillosos, milagrosos, que llevaba para su amo.

Un filósofo con potencia de fuego

El origen de la Casa de los Medici es incierto, pero «Medici» significa literalmente «médicos», de modo que lo más probable es que procediera de un ambiente de médicos y boticarios. Más atrás, es posible que los antepasados de la familia incluyeran a algún humilde carbonero que se hubiese trasladado a Florencia desde el distrito próximo de Mugello. Sin embargo, un origen apócrifo añadía mucho color a su nombre. Cuenta la leyenda que la familia había sido fundada en el siglo V por un valiente caballero que llegó a Mugello y amablemente mató a un gigante temible que acosaba a la población. Como recompensa, le permitieron añadir a su escudo ocho bolas rojas, una por cada abolladura provocada por el ataque al gigante, aunque otros sugieren que las bolas rojas representaban o bien píldoras de boticario o bien monedas, por la famosa familia de banqueros que llegarían a ser los Medici.

Desde 1239, los Medici habían sido confalonieros oficiales de Florencia (los que llevan el confalón o estandarte de la ciudad). En 1389, el año que nació Cosme, la familia ya era importante y rica, por las actividades en la banca de su padre, Giovanni, que aparentemente había obtenido grandes beneficios de su amistad con el papa Juan XXIII (Baldassare Cossa), que posteriormente, en 1414, fue acusado de herejía, simonía, tiranía y el asesinato de su predecesor, el papa Alejandro V, ¡y de seducir a nada menos que doscientas jóvenes y damas de Bolonia![13]

Debe su nombre a san Cosme, porque nació el día de su santo, el 27 de septiembre, y fue educado en el monasterio camaldulense de Santa Maria degli Angeli, donde aprendió francés, alemán, latín y un poqui-

to de hebreo, griego y árabe. Durante su adolescencia asistió a las conferencias y las clases de uno de los estudiosos más destacados de Florencia, Roberto de Rossi, que también pertenecía a una familia florentina antigua y rica. Por influencia de Rossi, el joven Cosme adquirió y desarrolló un respeto y una afición duraderos por las obras clásicas, sobre todo de Platón, y un interés insaciable por el papel del ser humano y su finalidad en la tierra. En resumen, fue un filósofo a la antigua usanza que llegó a conseguir el tipo de potencia de fuego de la que pocos aficionados al saber disfrutan.

Mediante maquinaciones políticas y, sobre todo, por su influencia sobre el papado (se había hecho amigo de los papas y prácticamente controlaba las finanzas del Vaticano), Cosme consiguió aumentar considerablemente la ya enorme riqueza de la Casa de los Medici. Al mismo tiempo aumentó su influencia y no tardó en ser el gobernador de facto de Florencia, un puesto que conservaría el resto de su vida. En 1458, apenas dos años antes de que le entregaran los textos herméticos perdidos, el papa Pío II describió a Cosme como «amo del país»:

> En su casa se resuelven cuestiones políticas. Ocupa un cargo el hombre que él elige. [...] Él decide la paz y la guerra y controla las leyes. [...] Es rey en todo, menos en el nombre.[14]

El historiador florentino Francesco Guicciardini llegó incluso a decir que Cosme «tenía una reputación que probablemente no tuviera jamás ningún ciudadano desde la caída de Roma hasta nuestros días».[15]

Todo el saber de Constantinopla y una nueva Academia platónica

En 1438, a Cosme se le ocurrió una idea brillante que, curiosa e indirectamente, cambiaría el curso de la erudición occidental. Recordará el lector que, durante siglos, la Iglesia católica, con el papa de Roma a la cabeza, había estado en conflicto por cuestiones doctrinarias con la Iglesia ortodoxa oriental, encabezada por el Patriarca de Constantinopla. Aquel gran cisma religioso entre Occidente y Oriente alcanzó un punto crítico en la década de 1430, cuando Constantinopla comenzaba a verse seriamente amenazada por los turcos otomanos musulmanes. Desde la dramática caída de Egipto y Alejandría en poder de los musulmanes en el

642 d. de C., las fuerzas musulmanas había ido royendo lentamente el imperio romano de Oriente, que se extendía desde Turquía hasta Egipto. En 1438, lo único que quedaba en poder de los cristianos era la capital, Constantinopla, llamada «la segunda Roma». Según las famosas palabras de Mehmed II, el sultán otomano que acabaría por capturar la ciudad en 1452, después de sitiarla durante seis semanas, no era más que «una cabeza monstruosa, a la que le faltaba el cuerpo».

En 1438, Juan Paleólogo, el emperador romano de Oriente con sede en Constantinopla, pidió ayuda militar al papa, en nombre de toda la cristiandad, para evitar que el último bastión del cristianismo en Oriente cayera en manos de los musulmanes. La respuesta del papa Eugenio IV fue convocar un gran concilio que se reuniera en algún lugar de Italia. Al darse cuenta del enorme prestigio que aportaría tal concilio, sobre todo si lograba reconciliar a la Iglesia oriental con la occidental, Cosme de Medici decidió que se celebrara en su propia ciudad. Gracias a su amistad con el papa y a que se ofreció a cubrir todos los gastos, aparte de hacer un préstamo generoso al Vaticano, Cosme se salió con la suya y, en el invierno de 1439, después de una noche de tormentas y lluvias torrenciales, el emperador bizantino, el Patriarca de la Iglesia ortodoxa griega y el papa entraron triunfalmente en Florencia.

Siguieron meses de deliberaciones y debates ecuménicos, hasta que, finalmente, en julio de 1439, el Gran Concilio llegó a un acuerdo que volvió a reunir a las dos iglesias. Como era de esperar, la reunificación fue efímera; en realidad, en cuanto los delegados orientales llegaron a Constantinopla, repudiaron el débil acuerdo. Sin embargo, hubo un aspecto positivo inesperado: Florencia, toda Italia y, en su momento, el resto de Europa occidental llegarían a obtener beneficios incalculables del excitante estímulo intelectual que proporcionó el numeroso séquito de estudiosos griegos bizantinos que habían acompañado al emperador oriental al Concilio. Aquellos estudiosos fueron algunos de los principales catalizadores del notable renacimiento de la historia, el arte y la filosofía clásicos que no tardaría en producirse y aportaron nueva fuerza al interés ardiente que Cosme de Medici ya sentía por las obras de Platón. Convencieron al gran erudito bizantino Besario, que había acompañado al emperador oriental a Italia, para que se quedara allí, al igual que su colega, Gemistos Plethon, una autoridad en Platón.[16]

Después de asistir a las conferencias de Plethon, a Cosme se le ocurrió otra idea: utilizar parte de su inmensa riqueza para establecer una academia platónica en Florencia, siguiendo el modelo original de Pla-

tón. La partida de Plethon y la intervención de Cosme en otros asuntos retrasaron el proyecto varios años. Sin embargo, la idea de la academia alcanzó finalmente su madurez. Su primera sede fue la Villa Montevecchio, en Florencia, y Cosme nombró primer director a su hijo adoptivo, el brillante estudioso Marsilio Ficino, al que en realidad había preparado para aquella tarea durante años, porque, cuando Cosme se dio cuenta del ardiente entusiasmo que sentía el joven por las obras de Platón, generosamente costeó la educación de Ficino y sus estudios especiales de griego y latín.

Durante mucho tiempo, Cosme había sido un coleccionista ávido de libros insólitos e importantes y había adquirido algunas obras valiosas a los estudiosos griegos bizantinos que habían asistido al concilio de 1439. Su biblioteca, considerada la colección más amplia de obras clásicas y religiosas de Europa, constituyó el núcleo de la Academia Medici y acabaría sirviendo de modelo a la biblioteca vaticana. Sin embargo, hasta 1460, ni él ni ningún otro coleccionista europeo habían podido conseguir el botín más preciado: las legendarias obras de Hermes Trismegisto.

Cansado y sucio de tanto viajar, el monje Leonardo da Pistoia condujo con tranquilidad al pequeño asno hacia la Villa Careggi, la suntuosa residencia de Cosme de Medici en Florencia. Lo hicieron pasar enseguida y no tardó en entregar al propio Cosme el paquete que traía desde tan lejos.

Más antiguo que Moisés, más grande que Platón

Los estudiosos europeos del Renacimiento sabían muy bien que el gran filósofo griego Platón y, antes que él, Solón y Pitágoras habían ido a tierras de Egipto, donde se supone que habían adquirido la sabiduría de los sabios egipcios. Se decía que Platón sentía por los egipcios un respeto especial y que los llamaba «raza de filósofos».[17] En su *Timeo*, famoso por contener las referencias a la Atlántida más antiguas que se conservan, narra una historia que se supone que le contó Solón, el famoso estadista y poeta ateniense, después de que este estuviera en Egipto alrededor del año 600 a. de C. Allí, en Sais, en la zona del delta, parece que los sacerdotes egipcios del templo de Neith reconocieron la sabiduría de Solón y accedieron a discutir con él cuestiones relacionadas con el origen del mundo. Sin embargo, después de escucharlo exponer algunos de los mitos griegos, uno de los sacerdotes lo interrumpió y exclamó:

> Solón, Solón, vosotros los griegos sois todos como niños y no hay viejos [sabios] griegos. [...] Sois todos jóvenes mentalmente [...] no tenéis creencias arraigadas en una tradición antigua ni conocimientos vetustos. [...][18]

Aparentemente, los sacerdotes egipcios dijeron a Solón que periódicamente la tierra había sido arrasada por diluvios e incendios que habían provocado la caída y la desaparición de las civilizaciones. Sin embargo, gracias a la disposición del valle del Nilo, Egipto se había salvado milagrosamente y todos sus templos y santuarios antiguos habían sobrevivido. En ellos y sólo en ellos se conservaba una memoria completa de los grandes acontecimientos del pasado remoto y de todo lo que había conseguido la humanidad hasta entonces. Incluso tenían un registro de los orígenes del mundo y el conocimiento de aquella época dorada en la que los mortales habían confraternizado con los dioses.

Los escritores clásicos que habían visitado Egipto o habían vivido allí, como Heródoto, Diodoro Sículo y Proclo *Diadochus*, también ensalzaban la sabiduría antiquísima de los sacerdotes egipcios y, sobre todo, el conocimiento del cielo y del movimiento de los astros que tanto veneraban. Muchos consideraban a Egipto una tierra sagrada, una tierra en la que en otro tiempo los dioses habían vivido y habían enseñado a los hombres la ciencia divina y sagrada y donde se habían revelado los secretos de la inmortalidad a aquellos que realmente lo merecían.[19] Sin embargo, aquella ciencia maravillosa y prístina de los egipcios había permanecido hasta entonces fuera del alcance de los estudiosos del Renacimiento como Cosme de Medici, porque estaba escrita en el lenguaje misterioso e indescifrable de los jeroglíficos, que ya nadie podía comprender. El antiguo y sagrado Egipto había entrado en un coma profundo del cual, aparentemente, tal vez no volviera a despertar jamás.

Por consiguiente, uno puede imaginar la conmoción que habrá sacudido los círculos cultos florentinos cuando en 1460 Cosme de Medici anunció entusiasmado que tenía en su poder una colección, traducida al griego por una mano anónima, de los legendarios libros perdidos de Hermes Trismegisto. La difunta Dama del Imperio Británico Frances Yates, una autoridad mundial sobre el Renacimiento, sitúa en su contexto la magnitud del descubrimiento:

> De [...] los primeros escritores cristianos podemos aprender más sobre Hermes Trismegisto, en particular de Clemente de Alejandría, que, en su nota-

ble descripción de la procesión de sacerdotes egipcios, afirma que el cantante que encabezaba la procesión llevaba dos libros de música e himnos de Hermes; el *horoscopus* llevaba cuatro libros de Hermes sobre los astros. En aquella descripción, Clemente sostiene que hay cuarenta y dos libros de Hermes Trismegisto, de los cuales treinta y seis contenían toda la filosofía de los egipcios y los seis restantes trataban de medicina. Es muy poco probable que Clemente supiera nada de la hermética que ha llegado hasta nosotros, pero, para el lector renacentista, el *Corpus Hermeticum* y el *Asclepio* eran supervivientes preciosos de aquella gran biblioteca sagrada que menciona Clemente.[20]

Cosme y sus contemporáneos creían que los sacerdotes de Egipto habían enseñado filosofía al mismísimo «divino» Platón y el deseo de recuperar el contacto con los orígenes de aquella filosofía fue lo que más avivó la imaginación de Cosme de Medici y lo impulsó a actuar.

Basta de Platón y ponte a traducir a Hermes

Cuando los textos herméticos llegaron hasta Cosme, resultó que su hijo adoptivo, Marsilio Ficino, estaba traduciendo las obras de Platón del griego al latín, más accesible. Cosme ordenó al joven que dejara de lado a Platón de inmediato y concentrara todos sus esfuerzos y su tiempo en traducir la hermética.

Ficino, que entonces tenía veintisiete años, ya tenía fama de ser un gran erudito, teólogo y lingüista, sobre todo en griego y latín. Había nacido en 1433 y era hijo natural de un médico florentino, muy amigo de Cosme de Medici, quien lo adoptó a la muerte de su padre y lo alentó a dedicarse a su pasión: las obras de Platón.

El catolicismo desaprobaba la filosofía platónica desde antes del cierre de la Academia original, en el 529. Sin embargo, en el siglo XV Platón volvía a encontrar seguidores dentro de la Iglesia y Ficino era uno de ellos. Por consiguiente, se propuso aplicar su inteligencia para integrar la filosofía platónica dentro de las enseñanzas católicas y procuraría hacer lo mismo, como veremos, con la filosofía hallada en los libros del «sabio egipcio» Hermes Trismegisto. Sin embargo, lo increíble era que al hombre que dirigiría la Academia platónica de Cosme de Medici le ordenaran que dejara de lado a Platón y se concentrara en traducir los libros de Hermes. Frances Yates comenta lo siguiente:

> Es una situación extraordinaria. Las obras completas de Platón tienen que esperar a que Ficino traduzca rápidamente a Hermes, probablemente porque Cosme quiere leerlo antes de morir. ¡Es un gran testimonio de la misteriosa reputación de [Hermes] «el tres veces grande»! [...][21]

En menos de un año, Ficino logró acabar la traducción al latín de los catorce libros o «tratados» de la *hermética* (nombre con el que se conoce actualmente la colección que Leonardo da Pistoia había traído de Macedonia). En 1473, diez años después de finalizar su trabajo, Ficino fue ordenado sacerdote de la Iglesia católica y llegó a ocupar un alto cargo en la catedral de Florencia. La mayoría de los estudiosos coinciden en que sus traducciones de los clásicos griegos y en particular de las obras de Platón constituyeron parte del impulso del Renacimiento italiano, pero lo que no se aprecia tanto es el efecto inmenso y de hecho revolucionario que su traducción de la *hermética* tendría también sobre la cultura occidental y sobre la propia Iglesia católica.

El corpus completo

Ficino había dado a su traducción el título de *Pimander*, el nombre de la misteriosa «mente universal» que supuestamente había revelado a Hermes Trismegisto la sabiduría divina impartida en la *hermética*.

Aunque la imprenta se había inventado apenas quince años antes,[22] la publicación del *Pimander* fue un éxito inmenso. Al principio había circulado en copias hechas a mano, pero al final se imprimió en 1471 en Treviso (aparentemente sin la autorización de Ficino) con el título de *Pimander o el poder y la sabiduría de Dios*. Esto se presta en cierto modo a confusión, porque la palabra *Pimander*, que deriva del original griego *Poimandres* (que a su vez derivaba de *Peime-n-Re*, que significa «el conocimiento de Ra», la divinidad solar egipcia), sólo aparece alguna vez al principio del libro y ninguno de los demás tratados de la *hermética* menciona jamás a *Pimander*.

Sea como fuere, la edición de Treviso tuvo tanto éxito que impulsó a otro editor, en Ferrara, a publicar una edición rival en 1472, también sin la autorización de Ficino. En 1543, el mismo año que se publicó por primera vez en Nuremberg el famoso libro de Copérnico *Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes*, circulaban por Europa más de cincuenta ediciones distintas de la *hermética*.

Cuando Ficino tradujo los textos en 1463, no había incluido un tratado llamado *Lógos Téleios*, el *Discurso perfecto*, más conocido como el *Asclepio*, porque este —el lector recordará que también fue encontrado un fragmento entre los textos gnósticos de Nag Hammadi— ya había sido traducido al latín a partir del griego original en algún momento del fin de la antigüedad y circulaba entre los estudiosos europeos desde la época medieval. Volveremos al *Asclepio* más adelante, pero, en resumen por el momento, diremos que este libro intenta explicar la religión mágica de los egipcios y, sobre todo, las misteriosas habilidades talismánicas que se suponía que utilizaban para atraer los poderes de los astros hacia las estatuas y otros objetos.[23] Aquel tipo de magia impresionó profundamente a Ficino y tuvo influencia en sus numerosos seguidores.

El *Asclepio* se imprimió por primera vez en 1469, con las obras completas de *Apuleius*, apenas dos años antes de la primera edición impresa del *Pimander* de Ficino, de modo que enseguida se volvió habitual añadir el *Asclepio* a la *hermética*, con lo cual todo formaba un único gran corpus conocido en su conjunto como la hermética «filosófica» o el *Corpus Hermeticum*. También hay otro folleto conocido como las *Definiciones de Asclepio* que en ocasiones se añade a este corpus.

Según el estudioso francés Jean-Pierre Mahe, profesor de humanidades de la Sorbona de París, las *Definiciones de Asclepio* se redescubrieron en 1484, es decir, dos décadas después del redescubrimiento de la *hermética*, de una forma mucho más impresionante y aparatosa que el espectáculo ruritano de un monje entrando en Florencia montado en un asno. Aparentemente, un tal Ludovico Lazzarelli, en un tratado poco conocido titulado *La epístola de Enoc*, contaba que su señor, don Giovanni Mercurio da Correggio, lo había ayudado a encontrar aquellos escritos perdidos de Hermes Trismegisto (también llamado «Mercurio» por los italianos). El domingo de Ramos, en abril de aquel año de 1484, Giovanni Mercurio, que entonces tenía treinta y tres años, es decir, la misma edad que se supone que tenía Cristo cuando fue crucificado, entró en Roma a lomos de un semental negro, guiado por dos criados, y se dirigió al Vaticano. Vestido de negro, con un cinturón dorado y zapatos púrpura, Giovanni Mercurio llevaba en la cabeza una corona de espinas y en la frente, una placa plateada en forma de media luna, en la que estaban escritas las siguientes palabras:

> Este es mi hijo Pimander, al que elegí en persona. Desde su más tierna infancia, ha crecido hasta alturas sublimes y, con mi plena conformidad, le

> he conferido poderes para expulsar a los demonios y para instalar mi verdad y mi justicia sobre todas las naciones. Os advierto: ¡No os opongáis a él! Prestad atención a sus palabras y obedecedlo con temor y reverencia. Estas son las palabras del Señor de todos los santuarios del mundo, Jesucristo.[24]

A continuación Giovanni Mercurio extrajo de su alforja un montón de folletos y los desparramó a su alrededor. Se congregó una multitud; algunos pensaron que estaba loco; otros, que estaba haciendo alguna promesa extraña, pero la mayoría lo aclamó como profeta. En el Vaticano, la Guardia Suiza, desconcertada por tan extraña escena, se hizo a un lado y lo dejó pasar. En la catedral, Giovanni Mercurio anunció que era la reencarnación de Pimander. Pasó los días siguientes hablando a la multitud y después regresó a su ciudad natal, Bolonia, donde fue aclamado por mujeres y niños. No es extraño que poco después fuera arrestado por la Inquisición, acusado de blasfemia, y amenazado con la hoguera. Sin embargo, en 1486 lo dejaron en libertad, bajo la protección del entonces rey de Francia, Carlos VIII.

Casi todos los aspectos de aquel episodio tan extraño subrayan la increíble influencia religiosa que tenía la *hermética* en la mente colectiva del Renacimiento y, lo que resulta más curioso todavía, la manera en que Hermes/Mercurio Trismegisto se fue incorporando a la fe cristiana.

Una repercusión de la insólita pero breve carrera de Giovanni Mercurio como «profeta» de Hermes Trismegisto fue que el poeta y astrólogo Ludovico Lazzarelli, testigo presencial de la entrada de Giovanni en Roma aquel domingo de Ramos de 1484, también sucumbió al encanto hermético y adoptó el nombre místico de «Enoc» (supuestamente, otra encarnación de Hermes).[25] Lazzarelli se convirtió en el discípulo más entusiasta de Giovanni y, según él, así es cómo se encontraron las *Definiciones de Asclepio*:

> Fue por casualidad, mientras inspeccionaba una y otra vez los libros antiguos de aquellos que me habían servido de inspiración y paladeaba una copa llena del néctar más delicado que —no me cabe ninguna duda— haya fluido del inmenso *crater* [tazón] de Hermes Trismegisto, con lo cual me refiero a un librito en griego que lleva por título las *Definiciones de Asclepio*. En cuanto lo leí, su concisión y la misteriosa autenticidad de su sabiduría me encantaron y despertaron mi admiración.[26]

Lazzarelli se propuso traducir de inmediato las *Definiciones de Asclepio* al latín, aunque la traducción no se imprimió hasta después de su muerte, en 1507, junto con la obra del neoplatonista y ocultista francés Symphorien Champier, en su libro *De quadruplici vita [De la vida cuádruple]*. Entonces, finalmente todas las obras atribuidas a Hermes Trismegisto estuvieron en manos de los estudiosos occidentales y estaba a punto de ocurrir algo extraordinario.

Cubrir a Hermes con un velo en la iglesia (1)

Para Marsilio Ficino, Hermes Trismegisto era un personaje histórico que había vivido en el antiguo Egipto y realmente había escrito la *hermética*; compartían esta opinión todos los humanistas y filósofos renacentistas, entre los cuales destaca el gran hermético y cabalista cristiano Pico della Mirandola, que, al igual que Ficino, quedó totalmente seducido por la hermética. Según explica el profesor Jean-Pierre Mahe:

> Según Marsilio Ficino, [Hermes] Trismegisto [Hermes tres veces grande] merecía su nombre por haber llegado a ser al mismo tiempo el más grande de los filósofos, el más grande de los sacerdotes y el más grande de los reyes. [...] Y sus sucesores fueron Orfeo, Aglaofemo, Pitágoras y Filolao, el maestro de Platón. [...] Por consiguiente, las obras de Trismegisto fueron la verdadera fuente de la sabiduría antigua. No sólo el divino Platón, sino también el legendario Pitágoras e incluso los poetas inspirados, como Orfeo, perpetuaron la misma doctrina egipcia: todos repetían el eco, como si dijéramos, de una misma y única teología antigua: la *prisca theologia*.[27]

Sin embargo, preocupados por no debilitar la autoridad de la Biblia y despertar a la Inquisición, los primeros estudiosos herméticos aceptaron que Hermes Trismegisto venía después de Moisés. Esta idea que evitaba riesgos procedía de san Agustín, que se convirtió al catolicismo y llegó a ser uno de los grandes doctores de la Iglesia católica. San Agustín aceptaba que Hermes Trismegisto vivió mucho antes que los filósofos griegos, pero insistía en lo siguiente:

> [...] venía después de Abraham, Isaac, Jacob, José e incluso Moisés, porque Moisés nació en tiempos de Atlas, hermano de Prometeo, que era un gran

astrónomo [...] era el abuelo del anciano Mercurio [Hermes], que a su vez era el abuelo de [Hermes] Trismegisto.[28]

Sin embargo, algunos no estaban de acuerdo con esta cronología. Lazzarelli, que había traducido las *Definiciones de Asclepio* y creía firmemente en el origen más antiguo de Hermes Trismegisto, sostenía lo siguiente:

> Trismegisto no vivió en la época de Moisés, sino mucho antes, como se determina fácilmente a partir de las obras de Diodoro de Sicilia, en cuya cronología de los reyes de Egipto se afirmaba que primero gobernaron los dioses y después los seres humanos. Por consiguiente, resulta evidente que Mercurio (Hermes) Trismegisto vivió en tiempos de los dioses [...], mientras que Moisés vivió en una época en la que la Biblia y muchos otros escritos antiguos conocidos en Egipto indican claramente cuándo gobernaron los faraones.[29]

Al visitar la famosa catedral de Siena, situada entre Roma y Florencia, se ve que todo el suelo, que se remonta a 1488, está cubierto de exquisitos dibujos en mármol que representan escenas religiosas y mitológicas. En una de aquellas escenas aparece el sabio egipcio Hermes Trismegisto entregando un libro a una figura oriental que está de pie en actitud respetuosa, haciendo una leve reverencia. Sobre el libro hay escritas unas palabras en latín: «*Suscipite O Licteras Et Lege Egiptii*», que significa «Aceptad vuestras cartas y vuestras leyes, egipcios» y la figura que hace la reverencia, según Frances Yates, «tal vez pretendía representar a Moisés».[30] Lo que parece apoyar esta identificación sorprendente es la placa que hay a los pies de las figuras, en la que pone: «Hermes Mercurio contemporáneo de Moisés», que implica, según Yates:

> una súplica del legislador de los hebreos (si la figura suplicante es Moisés) al legislador de los egipcios para revivir la piedad y la moralidad egipcias. [...] La representación de Hermes Trismegisto en este edificio cristiano, en un lugar tan destacado cerca de la entrada y otorgándole una posición espiritual tan elevada, no es un fenómeno aislado, sino un símbolo de cómo lo consideraba el Renacimiento italiano y una profecía de lo que sería su carrera extraordinaria en toda Europa en el siglo XVI y hasta bien entrado el siglo XVII.[31]

Cubrir a Hermes con un velo en la iglesia (2)

El antiguo sabio egipcio Hermes Trismegisto y, por añadidura, los escritos que se le atribuyen iban a tener, sin duda, una carrera rutilante durante el Renacimiento. En 1544, por ejemplo, cuando el humanista francés Adrien Turnèbe o Tournèbe o Tournebous (más conocido simplemente como «Turnebus») publicó en París la primera edición del texto original en griego de la *hermética*, acompañado por la traducción de Ficino al latín, el teólogo Petrus Paulus Vergerius decía lo siguiente en el prólogo:

> Hermes Trismegisto era de raza egipcia. [...] Prosperó antes de la época de los faraones, como piensan muchos de los *chronographi*. Algunos, entre los cuales figura Cicerón, suponen que es la persona a la que los egipcios llaman Thot. [...] Debió de vivir, por consiguiente, antes que los faraones y, en consecuencia, también antes que Moisés. [...] Escribió en aquella época muchos libros de filosofía mística y teología. Entre aquellos escritos hay dos de una importancia especial: uno se llama *Asclepio* y el otro, *Pimander*.[32]

Después de la publicación de Turnebus, llegó la obra de François de Foix, conde de Candalle y obispo de Aire, más conocido como «Flussas», que publicó una nueva edición de la *hermética*. Flussas se mostró más entusiasta incluso que sus predecesores y dedicó la obra al emperador del Sacro Imperio Romano, Maximiliano II (que reinó de 1564 a 1576), y le informó que Hermes Trismegisto había conseguido un conocimiento de las cosas divinas que primero escribió en egipcio y a continuación en griego, superando «lo que fue revelado a los profetas hebreos e igualando lo de los apóstoles y los evangelistas»:

> ¿Qué más nos dan a conocer aquellos que fueron instruidos por nuestro Salvador mismo? Y sin embargo este hombre [Hermes] fue anterior en el tiempo no sólo a los discípulos de nuestro Señor, sino también a todos los profetas y los maestros de nuestra ley y, como dicen los antiguos, al propio Moisés.[33]

En 1591 apareció el estudioso neoplatonista italiano Francesco Patrizzi, que también publicó una edición de la *hermética* en su obra *Nova de Universis Philosophica*. Patrizzi no sólo consideraba a Hermes Trismegisto el origen de toda la sabiduría, sino que, en el prólogo de su libro, dirigido al papa Gregorio XIV, Patrizzi llegó a exhortar al papa

para que ordenara que la *hermética* se enseñara a todos, incluso a los jesuitas, porque de algún modo podía servir como instrumento de conversión para la Iglesia católica:

> Espero que usted y sus sucesores adopten esta nueva filosofía religiosa restaurada y hagan que se la estudie en todas partes. [...] Quisiera que usted, Santo Padre, y todos los papas futuros den órdenes para que algunos de los libros que he mencionado se enseñen constantemente en todas partes, como yo los he enseñado en Ferrara en los últimos catorce años. De este modo, hará que todos los hombres capaces de Italia, España y Francia sean amigos de la Iglesia y puede que hasta los protestantes alemanes sigan su ejemplo y regresen a la fe católica. Es mucho más fácil recuperarlos de esta manera que obligándolos mediante censuras eclesiásticas o por las armas seculares. Debería hacer que esta doctrina se enseñe en las escuelas de los jesuitas, que están haciendo una labor tan buena. Si lo hace así, gran gloria le aguardará entre los hombres en el futuro. Y le suplico que me acepte como colaborador en esta tarea.[34]

La doctrina a la que aludía Patrizzi es la misma que había enseñado Platón en otros tiempos y que, al menos según Patrizzi, había sido desarrollada por Hermes Trismegisto, que la transmitió a los hombres del antiguo Egipto. Patrizzi creía que fue transmitida a Platón cuando estuvo en Egipto y que el propio Platón la transmitió a su discípulo Aristóteles, el tutor de Alejandro Magno.[35] Aunque parezca increíble, Patrizzi parece estar pidiendo al papa que canonice la *hermética* y otros escritos afines que, según él, contenían una doctrina prístina, una *prisca theologia* con raíces en el antiguo Egipto. Sin embargo, visto en el contexto de su época, la solicitud aparentemente herética que Patrizzi hace al papa no es tan descabellada como parece a primera vista. En realidad, había habido al menos un papa que se había tomado muy en serio aquellas ideas...

Pico, la magia hermética y la cábala

Una de las mentes más brillantes del Renacimiento pertenecía a un joven estudioso florentino llamado Pico della Mirandola, descendiente de una familia aristocrática de Modena, sobre el cual ejercieron mucha influencia las ideas de Marsilio Ficino acerca del hermetismo y, sobre todo, la magia hermética, que Pico no sólo aceptaba por completo, sino que incluso llegaría a difundir con más fervor y entusiasmo todavía.

Si bien compartía con Ficino sin reservas la opinión de que Hermes Trismegisto era un profeta «gentil» del cristianismo, Pico siguió más allá. Lo que veía en la hermética era una forma de enseñanza mística y «magia natural», que también relacionaba con la cábala judía. El lector recordará que en el capítulo 2 dijimos que era un sistema de misticismo que tenía sus raíces en las tradiciones judaicas esotéricas, que se habían elaborado y desarrollado más entre las comunidades judías de la costa occitana durante el siglo XII. Entonces, más de trescientos años después, Pico estaba convencido de que aquellos dos tipos de magia cabalística, la judía y la egipcia, se tenían que fundir y utilizar en provecho de la Iglesia cristiana.

Según Frances Yates, «la unión del hermetismo y el cabalismo» fue un invento de Pico della Mirandola, que también «unió el tipo de magia hermética con la cabalística» para crear una trama intelectual poderosa denominada en términos generales la «cábala hermética cristiana», que tendría consecuencias de gran alcance entre los teólogos renacentistas, llegando incluso hasta el propio Vaticano.[36] Si bien la Iglesia detestaba la magia, en el sentido medieval, y prácticamente la prohibió, Pico consiguió sugerir que la Iglesia se refería al tipo de magia diabólica «moderna», que él también consideraba detestable, mientras que lo que él defendía era algo muy diferente: la hermosa, antigua e inocente *magia naturalis*, es decir, la magia natural del sabio egipcio Hermes Trismegisto, que para muchos (no sólo para Pico) era una forma de «magia simpática», capaz de establecer un vínculo benevolente entre el cielo y la tierra. En resumen, Pico se refería a la forma «egipcia» de magia talismánica que aparece en la hermética y, sobre todo, en el *Asclepio*.[37] Sin embargo, a diferencia de Ficino, Pico creía que aquella magia «egipcia» se tenía que «completar» con la «cábala práctica», es decir, la magia cabalística; precisamente en esto consiste, según Yates, la contribución intelectual a la magia renacentista que Pico desarrollaría con un éxito increíble.[38]

En realidad, «cábala» significa literalmente «tradición», concretamente, aquella tradición mística judía que se supone que Dios entregó a Moisés en la sagrada lengua hebrea y que, según los cabalistas, transmite un significado místico y mágico cifrado en las veintidós letras del alfabeto hebreo. La visión que tienen los cabalistas de las letras hebreas y las palabras que forman es muy similar a la que probablemente tenían los devotos con respecto a las estatuas y los objetos de los egipcios, es decir, como talismanes cargados de un sentido mágico y místico que se

puede liberar mediante algún tipo de magia. Por consiguiente, según Pico, el sistema mágico hermético egipcio y el cabalístico hebreo (que supuestamente habían surgido del legislador egipcio Hermes Trismegisto y del legislador judío Moisés, respectivamente) son complementarios. Seguro que el paso siguiente era fusionarlos. Y, puesto que los dos sabios antiguos habían recibido su sabiduría de Dios y, por consiguiente, eran profetas del cristianismo, según la lógica de Pico, ¡la magia hermética-cabalística fusionada pertenecía por legítimo derecho a la Iglesia cristiana!

No entra dentro del alcance de este libro revisar ni profundizar en la compleja «ciencia» de la cábala, ni tampoco podemos extendernos ni dar más detalles sobre la manera en que Pico se proponía fundir este sistema con la magia hermética del *Asclepio*, ni, de hecho, incorporarlo dentro de la religión católica. Sin embargo, en pocas palabras podemos decir que Pico en esencia veía su cábala hermética cristiana como el medio para demostrar y confirmar a la gente la «verdad» de la Trinidad, o, como diría el propio Pico, su cábala hermética cristiana era el medio de «confirmar la religión cristiana a partir de los cimientos de la sabiduría hebrea».[39]

Tampoco hacía falta mucha imaginación por parte de la Iglesia para ver que la ingeniosa variante que proponía Pico de la antigua tradición mística judía podía servir como «instrumento de conversión» para llevar a los judíos a la fe católica. Un ejemplo de que aquel instrumento era sencillo pero de una eficacia apabullante fue el convincente argumento de Pico de que, si se interpretaba según los principios y las metodologías cabalísticas, se podía demostrar que el nombre de Jesús, *Iesu* en hebreo, significaba «Dios», el «Hijo de Dios» y también el espíritu o «sabiduría de Dios», es decir, la Trinidad cristiana, formada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.[40] En resumen, Pico proponía ganarse a los judíos utilizando su propio juego místico. De hecho, mediante aquella manipulación aparentemente sencilla pero convincente de las palabras hebreas utilizando la «cábala hermética cristiana», parece que muchos judíos que vivían en Italia se convencieron de que había «verdades cristianas» encerradas en sus propias escrituras religiosas y, por consiguiente, se vieron obligados a convertirse a la fe católica.[41]

No es extraño que la afirmación atrevida pero imprudente de Pico de que «ninguna ciencia nos proporciona más seguridad sobre la divinidad de Jesucristo que la magia y la cábala» atrajera la atención lúgubre de la Inquisición papal, cuyos esbirros pasaron por alto la «buena intención» de Pico y no tardaron en acusarlo de herejía.[42] La relación

entre Pico y la Iglesia fue empeorando poco a poco y Pico tuvo que refugiarse en Francia y buscar la protección de Carlos VIII. Al final, regresó a Italia con cartas del rey de Francia y enseguida se encontró bajo la protección de Lorenzo el Magnífico, el poderoso gobernador Medici de Florencia entre 1469 y 1492. Siguiendo la tradición de su abuelo Cosme, Lorenzo brindó apoyo político al fugitivo e intercedió por él ante el papa.[43] Pico pasó sus últimos años en Florencia, donde murió en 1494, a la tierna edad de treinta y un años.

Tal vez cabría mencionar que, casualmente, Pico había nacido el mismo año que Marsilio Ficino acabó la primera traducción al latín de la hermética. Estas coincidencias propicias parecen formar parte de la vida de Pico. El año anterior a su muerte sucedió al papa Inocencio VIII, que había condenado a Pico por herejía, el infame papa Alejandro VI, que, a diferencia de su predecesor, era bastante abierto (más bien favorable) con respecto a la magia, la cábala y el hermetismo. En junio de 1493, Alejandro VI concedió la absolución a Pico della Mirandola, revocó los cargos contra él y hasta le escribió una carta en la que lo describe como «fiel hijo de la Iglesia», inspirado por una *«divina largitas»*.[44]

De pronto y por un instante se abrió una grieta en las puertas del Vaticano y por ella, silenciosamente pero con seguridad, como un ladrón en la noche, se colaron con rapidez la sabiduría y la magia del «sabio egipcio», Hermes Trismegisto.

Los Borgia, las orgías en el Vaticano, Isis y Osiris en el techo

El papa Alejandro VI se llamaba Rodrigo Borgia, había nacido en el antiguo bastión cátaro de Aragón, en el nordeste de España, y procedía de una familia inmensamente rica, poderosa y, en definitiva, notoria. Su tío, el obispo de Valencia (que después llegó al papado con el nombre de Calixto III), había supervisado su educación en Bolonia (Italia) y después lo nombró cardenal de la Iglesia católica. A partir de entonces, mediante sobornos e intrigas, logró amasar una inmensa fortuna personal. Tuvo una cantidad indeterminada de hijos ilegítimos, además de cuatro legítimos con una aristócrata romana, Vanozza Cantanei, entre los que figuraban el retorcido César Borgia y la hermosa Lucrecia Borgia, cuyos nombres llegarían a convertirse en símbolos de la intriga y el juego sucio.

A pesar de su reputación licenciosa y aunque parezca mentira, teniendo en cuenta las circunstancias, Rodrigo fue elegido papa en 1492 y adoptó el nombre de Alejandro VI. De inmediato comenzó a manipular y controlar el Vaticano mediante sobornos y nombrando a miembros de su propia familia para los puestos clave. César Borgia, su famoso y malvado hijo, fue nombrado cardenal antes de dejar la adolescencia, junto con otro joven del clan de los Borgia, Alessandro Farnese, el futuro papa Pablo III, hermano de la amante favorita del papa, Giulia la Bella (con la cual el papa tuvo por lo menos un hijo ilegítimo). En aquella época circulaban historias sobre orgías desenfrenadas en el Vaticano y los historiadores incluso han encontrado rastros de por lo menos dos asesinatos por envenenamiento directamente relacionados con el papa Alejandro VI. De hecho, su papado fue tan corrupto y maléfico que después de su muerte ni siquiera el propio Vaticano pudo evitar condenarlo como el peor de los llamados «papas malos», un eufemismo amable para describir el inmenso perjuicio que causaron los Borgia a la reputación de la Iglesia católica.

Existe otra historia, tal vez más estrafalaria, relacionada con Alejandro VI, que pensamos que podría explicar su interés e incluso su simpatía por la cábala hermética cristiana y la *magia naturalis* «egipcia» de Hermes Trismegisto que Pico había expuesto con tanto entusiasmo.

Un abad dominico llamado Giovanni Nanni (también conocido como Annio o Ennio) fue un historiador de renombre que además era el secretario personal de Alejandro VI.[45] En su obra más conocida sobre la cronología del hombre desde el Diluvio hasta la caída de Troya, Nanni adelantó la teoría extraordinaria de que la familia Borgia del papa Alejandro VI era descendiente del dios egipcio Osiris, también conocido, en la época de Nanni, como el «padre del Hércules egipcio».[46] Recurriendo a autoridades clásicas como Heródoto, Diodoro Sículo y otros (aparte de la «autoridad» de ciertos textos antiguos que había falsificado él mismo), Nanni presentó una teoría extraordinariamente convincente de que la «sabiduría de los egipcios» (es decir, la sabiduría hermética) había sido transferida directamente al pueblo italiano por Osiris, cuando vagaba por el mundo en la antigüedad, en una gran misión civilizadora.[47] Según el estudioso danés Erik Iversen, entonces Nanni «proporcionó una genealogía heroica para su patrono papal, demostrando que la familia Borgia descendía directamente del Hércules egipcio, el hijo de Osiris, y que el buey que aparece en la divisa familiar era, en realidad, el Apis de Osiris».[48]

Seguro que el papa se habrá tomado aquellas ideas muy en serio, porque no tardó en encargar al famoso pintor renacentista Pinturicchio la decoración del techo de los apartamentos Borgia del Vaticano con escenas de Hermes Trismegisto junto con la diosa egipcia Isis y el buey Apis de Osiris, es decir, Serapis, la divinidad compuesta grecoegipcia de la antigua Alejandría. Una de dichas escenas es, sin duda, una alegoría de la magia hermética «natural» o «astral» que se encuentra en el *Asclepio*, donde Hermes Trismegisto aparece de pie bajo un inmenso globo del cielo, con una estrella enorme suspendida sobre su cabeza y rodeado por varios sabios u hombres con aspecto de sabios, que probablemente representaban a los filósofos clásicos, que lo rodean con reverencia, como si recibieran sus enseñanzas.[49]

Este extraño episodio de Nanni y el papa Borgia es, sin duda, bastante ridículo y tiene muy poco o nada que ver con el enfoque erudito y docto que Ficino, Pico y otros letrados aplicaban a los escritos herméticos. Sin embargo, demuestra lo profundamente que había penetrado la influencia hermética en aquellos días del Renacimiento tanto en Italia como en el resto de Europa y, sobre todo, da fe del extraño atractivo que tenía la magia talismánica-cabalística-hermética para los que buscaban los secretos divinos a través de la sabiduría antigua redescubierta que se creía que estaba incorporada en los escritos del Hermes Trismegisto «egipcio».

El misterio del *Picatrix* y los estrelleros

Aunque se puede afirmar con absoluta certeza que Ficino desarrolló su propio estilo de magia natural y talismánica a partir de sus lecturas del *Asclepio*, algunos estudiosos, como Frances Yates por ejemplo, también piensan que ejerció gran influencia sobre él otro libro hermético sobre magia, titulado *Picatrix*,[50] un libro que no se suele relacionar con el canon del *Corpus Hermeticum*, a pesar de que sus versiones circulaban por Europa como mínimo desde el siglo XIII. Incluso se encontró un ejemplar del *Picatrix* en la biblioteca particular de Pico della Mirandola y también es casi seguro que Ficino y otros miembros de su grupo poseyeran ejemplares o por lo menos que supieran dónde encontrarlos.[51]

El *Picatrix* fue traducido por primera vez al latín a partir de una versión árabe, actualmente perdida, que se cree que fue escrita en el siglo XII en España, aunque algunos estudiosos piensan que tal vez hubiese

sido compuesto originalmente en Egipto a mediados del siglo XI. En la versión árabe, el libro llevaba el título de *Ghayat al-Hakim*, que significa «el objetivo del sabio» (a veces también se traduce como «la meta del prudente») y en realidad nadie sabe por qué los estudiosos del Renacimiento italiano lo llamaban *Picatrix*.[52]

El *Picatrix*, cuyo origen se supone que son 224 manuscritos antiguos sobre hermetismo, astrología, magia, cábala y alquimia, se considera una de las obras más completas que existen sobre la magia talismánica antigua. En la actualidad se conservan varias traducciones europeas: en Alemania, la del estudioso Helmut Ritter en 1933; en España, la de Marcelino Villegas en 1982; en latín, en 1986, la del estudioso estadounidense David Pingree de la Brown University, y, en italiano, la de Davide Arecco y Stefano Zuffi, también de 1986. En el 2002, Hashem Attallah publicó una traducción parcial al inglés y creemos que David Pingree ha estado trabajando últimamente en una traducción al inglés.[53] En 1981 Pingree publicó un extenso artículo sobre el *Picatrix* en el *Journal of the Warburg Institute*; además, aparecen varios comentarios útiles al respecto, apoyados por abundantes citas, en el libro de Frances Yates *Giordano Bruno y la tradición hermética*, publicado en 1964, que es en el que más hemos basado nuestra investigación. Después de estudiar la versión alemana y la latina del *Picatrix*, Yates llegó a la conclusión de que había que asociar aquella obra con la tradición hermética, puesto que no sólo se hacen en ella muchas referencias a Hermes Trismegisto, sino que, además, es casi seguro que deriva de las ideologías de los sabeanos (los árabes de Harran, un lugar situado al sudeste de la actual Turquía), que habían adoptado la hermética como «religión» propia en el siglo IX d. de C. y que también practicaban la magia talismánica del *Asclepio*.[54]

Los sabeanos veneraban al dios de la luna, Sin, y se sabe que les interesaban mucho las estrellas y la astrología. Selim Hassan, un egiptólogo que trabajó en las pirámides de Gizeh, en Egipto, en la década de 1930,[55] ha propuesto una teoría interesante sobre el origen de su nombre. Según Hassan, el nombre de «sabeanos», que en árabe es *«saba'ia»*, podría venir de la antigua palabra egipcia *saba'a,* que significa «estrella». Aparentemente, los sabeanos de Harran habían realizado peregrinaciones anuales a las pirámides de Gizeh desde tiempo inmemorial hasta, por lo menos, el siglo XI d. de C. Se sabe que en las pirámides llevaban a cabo observaciones astronómicas y rituales que tal vez fueran restos de la vieja religión astral del antiguo Egipto. Hassan creía que para los sabeanos las pirámides de Gizeh eran monumentos dedicados a las

estrellas, lo cual probablemente los inspiró para adoptar el nombre de *saba'ia*, es decir, «estrelleros».[56]

Sin embargo, existe otra explicación posible. Cuando la secta hermética y la gnóstica eran perseguidas en Egipto por la Iglesia católica, es posible que algunos de sus iniciados huyeran a Harran, llevando consigo copias de los escritos herméticos y los gnósticos. Harran, con su culto de adoración a la luna, habría sido el lugar evidente para los herméticos y los gnósticos que buscaban refugio y protección de las persecuciones romanas y cristianas. En todo caso, sea cual fuere el verdadero origen de los sabeanos, parece evidente que su magia astral y talismánica se transmitió a los estudiosos árabes en España y en Occitania y que buena parte de ella sobrevivió en libros como el *Picatrix*. No entra dentro del ámbito de la presente investigación revisar todo el contenido del *Picatrix*, pero baste decir que sirvió como una especie de manual práctico para la magia talismánica o, para ser más específicos, que proporcionó una explicación progresiva sobre la manera de hacer talismanes, introduciendo en ellos el poder del mundo espiritual y astral.

Puede que aquí viniera bien un ejemplo. Imaginemos dos pilas AA idénticas, como las que usamos todos los días en un equipo electrónico, como un reproductor de casetes o de CD portátil, una linterna de bolsillo, una cámara fotográfica o algo similar. Sin embargo, una de las pilas está totalmente cargada, mientras que la otra está vacía. La pila cargada tiene el potencial de liberar energía para que funcione la música, la luz o lo que sea; en cambio, la otra sólo es un objeto inerte, que no produce nada. De forma similar, cualquier objeto se puede cargar con energía intelectual, espiritual o emocional, del mismo modo que la pila se puede cargar con energía eléctrica. En síntesis, que un talismán se puede crear. Imaginemos a un joven que lleva a su amada a cenar a un restaurante a la luz de las velas y, en el momento adecuado, después de declararle su amor, saca una cajita con un anillo de diamantes y se lo ofrece como prueba de su amor. Sea cual fuere la reacción, a partir de aquel momento, el anillo no es sólo un anillo, sino que es un talismán.

En la actualidad usamos la expresión «valor sentimental», pero un antiguo egipcio o un sabeano o, si así lo prefiere el lector, un pensador hermético, usaría las palabras «valor talismánico». Todos tenemos nuestros talismanes (anillos, collares, pulseras, amuletos, cristales, lo que sea) y en general nos afectaría y nos trastornaría mucho su pérdida o robo. Hace tiempo que muchos investigadores de vanguardia han aceptado que el arte egipcio antiguo, sus estatuas, obeliscos, pirámides y hasta ciu-

dades enteras estaban hechos para servir como talismanes poderosos. También se reconoce que el efecto subliminal de tales talismanes se puede incrementar muchas veces si se añaden una variedad de estímulos sensuales que no sean sólo visuales. Por ejemplo, casi seguro que una música elegida con esmero mejora la experiencia, así como los perfumes, el incienso y la iluminación. Todos sabemos lo diferente que es visitar una catedral con un grupo bullicioso de turistas y otra vez solos, mientras un coro entona himnos, a la suave luz de las velas, con el aire lleno del humo del incienso.

También habría que destacar que tales ambientes talismánicos no tienen por qué ser artificiales necesariamente. El ambiente natural puede actuar como «templo» y a menudo así lo hace. Pensemos por ejemplo en un escocés que regresa a sus amadas Tierras Altas después de varios años de ausencia, o en un bereber que vuelve al desierto después de ir a la ciudad de parranda por un tiempo, y nos haremos una idea. Esto es, en parte, lo que Ficino y Pico llamaban «magia natural».

Sin embargo, la combinación «templo-talismán» más brillante y eficaz es la mezcla perfecta de un «templo» artificial con otro natural. Pensemos en el palacio de Versalles, en Francia; en el Taj Mahal, en India; en Angkor Wat, en Camboya; pensemos en una ciudad como París en primavera, o Roma en verano, o Washington D. C. en otoño, y comenzaremos a comprender el principio que rige en este caso.

Es posible que todo esto suene un poco a galimatías seudocientífico en una época de ideas tan empíricas, racionales y analíticas como la nuestra. Sin embargo, dejando aparte lo que pensemos acerca de la magia talismánica o la llamada «ciencia sagrada», la cuestión sigue siendo que somos criaturas complejas y que hemos evolucionado a lo largo de miles de millones de años bajo la influencia sutil de la naturaleza. Nuestros sentidos actúan como receptores sensibles que nos permiten conocer de forma intuitiva la naturaleza y el cosmos que nos rodean. Estas habilidades son, sencillamente, «magia natural» y en la antigüedad se amplificaban hábilmente realzando y captando los múltiples aspectos de la naturaleza dentro de símbolos y talismanes bien definidos. Nos atreveríamos incluso a afirmar que los sacerdotes del antiguo Egipto eran los verdaderos amos de esta magia arcana y que en realidad un templo egipcio, más que un templo, era un talismán poderoso que pretendía influir en lo que ocurría en el macrocosmos. Si entramos en un templo egipcio, entramos en un modelo del universo tal como lo percibe la mente humana en su interior. Un templo no era sólo un lugar de culto,

sino un ambiente en el cual uno tenía que integrarse: su atmósfera, la armonía de sus proporciones, sus imágenes cuidadosamente elegidas, sus símbolos, sus textos mágicos y sus estatuas talismánicas; todo estaba cargado de valores arquetípicos, principios cósmicos e ideales naturales. Sin embargo, en el *Picatrix* nos presentan algo mucho más ambicioso que un templo talismánico sagrado: nada menos que un manual esotérico para convertir grandes ciudades y tal vez incluso el mundo entero en talismanes.

El templo del mundo

En el texto hermético conocido como el *Asclepio* se hace un llamamiento a una generación futura de «hombres sabios» para la plena restauración y restitución de la verdadera religión del mundo,[57] es decir, la religión talismánica mágica que en otro tiempo se practicaba en la tierra sagrada de Egipto. Este llamamiento recuerda mucho a la misteriosa Organización que se mencionaba en los textos gnósticos de Nag Hammadi, que datan aproximadamente de la misma época y que hasta incluyen un fragmento del *Asclepio*. El lector recordará que los textos nos dejan la impresión de que aquella Organización era una especie de sociedad secreta gnóstica y que su objetivo también era la restauración de una «religión verdadera», en este caso la gnosis.

Echemos un vistazo a los pasajes pertinentes de prosa vertiginosa del *Asclepio*, en los que Hermes Trismegisto se lamenta y profetiza a su discípulo favorito, Asclepio, la inminente e inevitable destrucción de Egipto y su religión antigua y más reverenciada:

> ¿No sabes, Asclepio, que Egipto es una imagen del cielo o, para ser más precisos, que todo lo que se gobierna y se mueve en el cielo ha bajado a Egipto y ha sido transferido allí? A decir verdad, nuestra tierra es el templo del mundo entero. Sin embargo, puesto que corresponde al sabio conocer todas las cosas por anticipado, no debes ignorar lo siguiente: habrá un tiempo en el que parecerá que los egipcios han respetado la divinidad con la mente fiel y meticulosa veneración... para nada. Todo su culto sagrado se defraudará y perecerá sin ningún resultado, porque la divinidad regresará de la tierra al cielo y Egipto será abandonado. La tierra que fue la sede de la veneración quedará viuda de sus poderes y despojada de su presencia. Cuando los extranjeros ocupen la tierra y el territorio, no sólo se descuidará la veneración, sino que, peor

aún, se impondrá una prohibición (con un castigo establecido por ley, así se dirá) contra la veneración, la fidelidad y el culto divino. Entonces toda esta tierra santísima, sede de santuarios y de templos, se llenará de tumbas y cadáveres.

¡Oh, Egipto, Egipto, de tus logros venerados sólo se conservarán historias que tus hijos hallarán increíbles! Sólo las palabras labradas en piedra sobrevivirán para contar tus obras fieles y los escitas o los indios u otros vecinos bárbaros como ellos morarán en Egipto, porque la divinidad regresa al cielo y toda la gente morirá, abandonada, porque Egipto quedará viudo y abandonado por dioses y humanos. Yo te invoco, oh, río santísimo, y te anuncio tu futuro: un torrente de sangre te llenará de orilla a orilla y tú te desbordarás; la sangre no sólo contaminará tus aguas divinas, sino que también las hará salir por todas partes y la cifra de sepultados será muy superior a la de los vivos. Quien sobreviva sólo será reconocido como egipcio por su lengua, porque por sus actos parecerá extranjero.

¿Por qué lloras, Asclepio? Caerán sobre Egipto hechos mucho más perversos que estos y el país se sumirá en males mucho peores. Una tierra que en otro tiempo fue sagrada, amantísima de la divinidad, y que fue, por tal reverencia, la única tierra del planeta en la que se establecieron los dioses, la que enseñó santidad y fidelidad, será un ejemplo de total descreimiento. Hastiada, entonces la gente no encontrará en el mundo nada que la maraville, ni nada que adorar. Todo esto (algo bueno que nada ha superado, supera ni superará) peligrará. A la gente le resultará opresivo y lo despreciará. No apreciarán todo este mundo, una obra divina sin parangón, una construcción gloriosa, un regalo formado por imágenes de múltiple variedad, un mecanismo de la voluntad divina que apoya su obra desinteresadamente, una unidad de todo lo que pueden honrar, ensalzar y finalmente amar aquellos que lo contemplan, una forma múltiple tomada como una sola cosa. Preferirán la sombra a la luz y la muerte les resultará más apropiada que la vida. Nadie alzará la mirada al cielo. Se tildará de demente al religioso y de sabio al ateo; considerarán valiente al loco y honesto al sinvergüenza. El alma y las enseñanzas sobre ella (que comenzó siendo inmortal o al menos esperaba conseguir la inmortalidad) que os he revelado no sólo se tendrán por ridículas, sino hasta por ilusorias. Sin embargo, créeme, quienquiera que se dedique a reverenciar la mente se enfrentará a la pena capital. Se establecerán nuevas leyes, una nueva justicia. Nada que sea sagrado, ni religioso ni digno del cielo o de criaturas celestiales se escuchará ni se creerá con la mente. ¡Qué triste será cuando los dioses se alejen de la humanidad! Sólo los ángeles siniestros seguirán mezclándose con los seres humanos, apoderándose de los desdichados y conduciéndolos a los delitos más atroces: la guerra, el pillaje, las artimañas y todo lo que va en contra del alma...[58]

Este ejemplo magnífico de la escritura hermética primitiva parece anticipar en gran medida la difícil situación de los egipcios durante la ocupación romana y lo más curioso es que también parece predecir la caída de la religión egipcia que se fraguó después de que el cristianismo se convirtiera en la religión oficial del imperio romano. Puesto que el *Asclepio* data, como máximo, del siglo III d. de C. y (más curioso todavía) puesto que el decreto del cristianísimo emperador Teodosio que declaraba ilegal el «paganismo» no se publicó hasta el 391 d. de C., las inquietantes premoniciones del autor anónimo de este tratado ominoso resultan, como mínimo, extraordinarias. Y eso no es todo, porque a continuación el Lamento promete esperanza para el futuro con palabras que resuenan como la campana de un templo:

> Cuando ocurra todo esto, Asclepio, el señor y padre, el dios del poder fundamental y gobernador del máximo bien, considerará esta conducta [...] y en un acto voluntario (que es la benevolencia divina) se opondrá a los vicios y la perversión que hay en todas partes, corregirá los errores y arrasará con la maldad [...] y a continuación devolverá al mundo su belleza de antaño, para que vuelva a ser adorable y admirable y para que, con constantes bendiciones y proclamaciones de alabanza, los hombres de entonces honren al dios que crea y que restaura una obra tan magnífica. Y tal será la génesis del mundo: una reforma de todo lo bueno y una restitución santísima y reverentísima de la propia naturaleza [...][59]

Restauración, reforma y restitución de la belleza de antaño...

Pero ¿quién las llevará a cabo? ¿Cómo y cuándo?

A medida que continúa el texto, resulta evidente que parte del plan (si es que se trata de un plan) incluye la construcción o la reconstrucción de una ciudad talismánica mágica según ciertos principios astronómicos y simbólicos bien definidos:

> Los dioses que dominaron la tierra serán restaurados algún día y serán colocados en una ciudad en los confines de Egipto, una ciudad que se fundará hacia el sol poniente y adonde se apresurará a acudir, por tierra y por mar, toda la raza humana mortal...[60]

Según Frances Yates, este pasaje nos presenta la imagen de una utopía encantada, una especie de Camelot en su versión para el antiguo Egipto, creada mediante la manipulación de la magia astral por unos

sacerdotes hábiles, que, según la autora, eran versados en «astronomía, matemática, música, metafísica y prácticamente todo lo necesario para introducir el *spiritus* (el poder astral) en talismanes». Y todo aquello se logró, señala Yates, haciendo «imágenes de estrellas inscritas sobre los materiales adecuados, en el momento adecuado, con el estado de ánimo adecuado, etcétera».[61] En cuanto a la ciudad mágica en sí, Yates opina que «se podría ver al mismo tiempo como la sociedad egipcia ideal antes de su caída y como el modelo ideal de su restauración futura y universal».[62]

También hay otro pasaje inquietante del *Asclepio* en el que Hermes Trismegisto vuelve a dirigirse a su discípulo y nos ofrece una visión tentadora de la manera en que, para los antiguos egipcios, su tierra sagrada era un modelo o «imagen» del paisaje celestial y un mundo paralelo de los dioses:

> ¿No sabes, Asclepio, que Egipto es una imagen del cielo o, para ser más precisos, que todo lo que se regulaba y se movía en el cielo descendió a Egipto y fue transferido aquí? En honor a la verdad, nuestra tierra es el templo del mundo entero...[63]

En un tratado hermético conocido como el *Koré Kosmou*, «La virgen del mundo», es decir, Isis, la diosa egipcia, consorte de Osiris, hace la siguiente revelación a su hijo Horus:

> La tierra está en el medio del universo, tumbada de espaldas como un ser humano tendido de cara al cielo. [...] Tiene la cabeza hacia el Sur [...], el hombro derecho hacia el Este y el izquierdo hacia el Oeste; los pies quedan debajo de la Osa Mayor [al Norte] [...], pero la tierra sagrada de nuestros antepasados [es decir, Egipto] queda en el medio de la tierra, y el medio del cuerpo humano es el santuario del corazón y el corazón es la sede del alma y esa, hijo mío, es la razón por la cual los hombres de esta tierra [...] son más inteligentes [sabios]. No podría ser de otra manera, porque nacen y se crían en el corazón de la Tierra.[64]

En lo anterior tenemos un plan geográfico real que se basa en alguna forma de magia astral, en la que se dice que Egipto está en el centro del mundo, justo en el cruce de algún meridiano de origen. Interesa destacar la mención que se hace en este plan a la Osa Mayor, porque es bien sabido que los templos del antiguo Egipto se alineaban de

forma ritual hacia la constelación de la Osa Mayor, o Ursa Maior, en una ceremonia conocida como «estirar la cuerda». Ahora se puede entender mejor por qué en el *Asclepio* se dice que todo Egipto es un «templo» o, para ser más concretos, que Egipto es «el templo del mundo». ¿Sería esto lo que querían decir los antiguos cuando llamaban a Egipto «la tierra de los dioses»? ¿Sería, literalmente, una «tierra sagrada» creada a imagen del cosmos?

La ciudad de Adocentyn

Aparentemente, la cuarta parte del *Picatrix* entra en detalles sobre este tema. Allí se presenta a Hermes Trismegisto como el fundador de una ciudad solar mágica que, según nos cuentan, fue diseñada en base a ideas astrológicas y contenía estatuas talismánicas fantásticas y demás maravillas similares. El conocimiento secreto de esta ciudad mágica de Hermes, sostiene el autor anónimo del *Picatrix*, fue transmitido a lo largo de los siglos por los magos caldeos, que eran expertos en la ciencia de la magia talismánica:

> Existen entre los caldeos maestros muy perfectos en este arte; ellos afirman que Hermes fue el primero que construyó imágenes con las cuales sabía regular el Nilo en función de los movimientos de la luna. Aquel hombre erigió también un templo al Sol y sabía esconderse de todos, de modo que nadie pudiera verlo, aunque estuviera en su interior. También fue él el que construyó al este de Egipto una ciudad de veinte kilómetros de largo, dentro de la cual edificó un castillo que tenía cuatro puertas en cada una de sus cuatro partes. En la puerta oriental colocó la forma de un águila [¿Horus?]; en la occidental, la forma de un buey [¿Apis?]; en la meridional, la forma de un león [¿la Esfinge?] y en la septentrional levantó la forma de un perro [¿Anubis?]. En aquellas imágenes introdujo espíritus que hablaban con voces y nadie podía atravesar las puertas de la ciudad sin permiso. Plantó allí árboles, en medio de los cuales había un gran árbol que daba los frutos de toda la generación [¿la inmortalidad?]. En lo alto del castillo, hizo levantar una torre de catorce metros de altura, sobre la cual ordenó colocar un faro, cuyos colores cambiaban todos los días, hasta que, al séptimo día, recuperaba el color inicial y la ciudad se iluminaba con aquellos colores. Cerca de la ciudad abundaban las aguas en las que vivían peces de muchas clases. En torno al perímetro de la ciudad, situó imágenes grabadas y las dispuso de tal manera que, por su virtud, los habitantes

se volvían virtuosos y se abstenían de toda maldad y perjuicio. Aquella ciudad se llamaba Adocentyn...[65]

El comentario de Frances Yates resulta muy útil:

> Pasado por la viva imaginación de los árabes de Harran, parece que aquí tenemos algo que nos recuerda la magia religiosa hierática que se describe en el *Asclepio*. Tenemos aquí a los dioses hechos por el hombre, estatuas de los dioses egipcios con forma de animales y de aves, que Hermes Trismegisto ha animado, introduciéndoles el espíritu, para que tengan voz para hablar y proteger las puertas de esta utopía mágica. Los colores de los planetas brillan desde la torre central y estas imágenes alrededor del perímetro de la ciudad, ¿son quizás imágenes de los signos del Zodíaco y los decanos [las constelaciones] que Hermes sabe cómo distribuir para que sólo puedan entrar en la ciudad las buenas influencias celestes? El legislador de los egipcios [Hermes] dicta leyes que se deben obedecer forzosamente, porque obliga a los habitantes de la ciudad a ser virtuosos y los mantiene sanos y sabios, gracias a su poderosa manipulación de la magia astral. [...] Podríamos decir que esta ciudad nos muestra a Hermes Mercurio [Trismegisto] en su triple papel de sacerdote egipcio y demiurgo, de filósofo-mago y de rey y legislador. [...] El piadoso admirador de aquellos dos libros «divinos» del Hermes más antiguo (el *Pimander* y el *Asclepio*) se habrá sorprendido sin duda ante la descripción vívida de una ciudad en la cual, como en la *República* ideal de Platón, el filósofo sabio es el que gobierna y gobierna con mayor rigor mediante la magia sacerdotal egipcia, como se describe en el *Asclepio*.[66]

En la versión árabe original del *Picatrix*, el nombre de la ciudad hermética mágica no aparece exactamente como Adocentyn, sino como Al Ashmunain, que resulta que es un lugar de verdad en el Egipto Medio, a orillas del Nilo, donde abundan la vegetación, los peces y la fauna, y que debió de ser un sitio paradisíaco en la antigüedad. Era el centro principal del culto a Thot/Hermes en la época griega y en la romana[67] y hubo un tiempo en que se alzaba allí un templo famoso dedicado a Thot.[68] Por tal motivo, los griegos la llamaban Hermópolis, es decir, la ciudad de Hermes. Su nombre original egipcio era Jmun, que significa «ocho», aparentemente en honor a un grupo de ocho dioses, los *ogdoad*, que representaban el mundo antes de la creación.[69]

No sabemos a ciencia cierta si los autores del *Picatrix* pensaban en Jmun/Hermópolis/Al Ashmunain al evocar su visión de la ciudad mági-

ca y talismánica de Hermes Trismegisto. El problema es que Adocentyn, tal y como la describieron, no guarda ninguna semejanza con ninguna región real de Egipto, aunque no cabe duda de que en esta tierra había muchos «templos del sol», los más famosos de los cuales eran el de Heliópolis en el norte y el de Luxor-Karnak en el sur. El término «Ashmunain» del texto original del *Picatrix* también podría ser una deformación de «Ain Shams», que significa el «ojo del sol», un nombre que se sigue usando en Egipto para indicar la región de Heliópolis.

Sin embargo, lo que realmente nos interesa sobre la ciudad talismánica del *Picatrix* no es tanto su relación plausible con las ciudades sagradas reales del antiguo Egipto. En nuestra opinión es mucho más importante su papel como arquetipo o modelo para ciudades que había que construir o reconstruir en el futuro, incluidas las capitales de Gran Bretaña, Italia, Francia y Estados Unidos. En los capítulos siguientes vamos a demostrar que, en cada uno de estos casos, hay monumentos destacados, obras arquitectónicas y en ocasiones los planos de zonas enteras de sus ciudades que parecen haberse ajustado a un plan hermético secreto.

Si estamos en lo cierto, nos hemos topado con los restos de una organización, cuya existencia y propósito han pasado desapercibidos hasta ahora durante siglos, mientras llevaban a cabo inmensos proyectos urbanísticos secretos, todos los cuales quedaban «ocultos» a la vista del público. Para comprender lo que habría motivado a alguien a hacer algo tan audaz, primero debemos explorar la religión hermética que hay detrás de la ciudad cósmica de Adocentyn.

4

Los dos fénix

«Se ha levantado para mí una ciudad divina.
La conozco y sé cómo se llama [...]»[1]

El Libro de los Muertos del Antiguo Egipto, capítulo 109

«He llegado a la ciudad de dios, la región que existía
al principio de los tiempos.»[2]

El Libro de los Muertos del Antiguo Egipto, capítulo 183

«La abertura para entrar en la ciudad es de fuego [...] y el dios la ha hecho así para aquellos que se incorporen voluntariamente a su séquito. [...] Ha hecho la ciudad para poder vivir en ella cuando quiera y que nadie puede entrar, salvo el día de las grandes transformaciones.»[3]

El Libro de los Muertos del Antiguo Egipto, capítulo 149

Los expertos que estudian la literatura antigua suelen argumentar que no existe ningún vínculo genético fuerte entre los textos religiosos conocidos del antiguo Egipto (que aproximadamente abarcan el período comprendido entre el 2300 a. de C. y el año 0) y los textos herméticos compuestos en Alejandría (Egipto) aproximadamente entre el año 1 y el 300 d. de C. «Nos falta conocimiento egipcio técnico, mitológico, litúrgico y sacerdotal sobre los textos [herméticos]», explica Tobias Churton:

En realidad, no aprendemos nada sobre la religión egipcia, salvo en los términos más generales, unos términos que no ampliarían el vocabulario

adquirido por el lector medio de una guía turística actual sobre el antiguo Egipto.[4]

La disección erudita de la hermética comenzó con Isaac Casaubon (1559-1614), quien al final de su vida sostuvo, con éxito, que era imposible que ninguno de los textos hubiese sido escrito por un egipcio de la antigüedad llamado Hermes Trismegisto, como todos habían creído desde su redescubrimiento, en 1460. Gracias a un hábil análisis textual, los atribuyó correctamente al período cristiano primitivo, a los tres primeros siglos de la era cristiana, con lo cual, aparentemente, desacreditó el concepto de que eran tan antiguos como Moisés o más. Los hallazgos de Casaubon tardaron varios años en ser aceptados del todo, pero, dondequiera que lo fueron, privaron a los textos del aura de prestigio que les había otorgado su antigüedad falsa. El resultado inevitable, en el siglo y medio siguiente, fue que

> [...] los escritos herméticos dejaron de llamar la atención de los hombres y quedaron relativamente olvidados.[5]

En la década de 1960, la Dama del Imperio Británico Frances Yates (cuyas obras citamos con frecuencia en *Talismán*) provocó, prácticamente ella sola, una renovación del interés académico por la hermética. Al «convertir a Hermes en una figura fundamental en los preliminares de la revolución científica» y un catalizador esencial del Renacimiento, ha logrado que los escritos herméticos vuelvan a ser «de lectura obligatoria para muchos estudiantes de los orígenes del pensamiento y las letras modernas».[6]

Según Yates, el ejercicio de desacreditación que realizó Casaubon en el siglo XVII había tirado las frutas frescas con las pochas. Es indudable que los textos no eran originarios del antiguo Egipto —Casaubon estaba en lo cierto al respecto—, a pesar de lo cual la «ilusión egipcia», que indujo a error a los eruditos de la Academia Medici y a sus sucesores en toda Europa durante casi dos siglos, proporcionó a los textos herméticos la capacidad y la influencia (y el tiempo) necesarios para provocar cambios profundos en nuestra manera de concebir el mundo y de comprender los apuros humanos.[7]

Preservar la esencia

Este argumento a favor de un estudio pragmático de las consecuencias de los escritos herméticos, dejando de lado cualquier debate sobre su

antigüedad, ha devuelto al tema la respetabilidad académica, pero no ha contribuido en absoluto a que conozcamos mejor sus orígenes. Lo único que podemos hacer es creer que estos textos de asombrosa complejidad surgieron de la nada totalmente hechos en los tres primeros siglos de la era cristiana, sin ningún antecedente ni evolución, y se nos pide que aceptemos que

> la procedencia exacta de la hermética filosófica sigue siendo en gran medida un misterio.[8]

La única certeza —en eso coinciden todos los expertos— es que debió de haber una relación estrecha entre los filósofos y los pensadores religiosos que compusieron la hermética en Alejandría en los tres primeros siglos de la era cristiana y los filósofos y los pensadores religiosos que compusieron los textos gnósticos en Alejandría exactamente en el mismo período. No se trata simplemente de que determinados textos de la hermética (incluido el *Asclepio*) formaran parte de la biblioteca gnóstica de Nag Hammadi[9] (aunque esto revela sin duda la existencia de puntos en común en los intereses de la comunidad hermética y la gnóstica en aquel período), sino que lo más significativo eran las profundas conexiones estructurales a nivel de ideas que se pueden demostrar entre las dos colecciones de textos.

El trabajo minucioso que reveló estas conexiones y comenzó a manifestar el increíble trasfondo filosófico y religioso del final de la antigüedad ha sido realizado en su totalidad por estudiosos ortodoxos, «convencionales». A partir de Casaubon, sin embargo (y con las escasas excepciones notables que encontraremos en los capítulos siguientes), volver a investigar la cuestión, aparentemente resuelta, del posible origen de los textos herméticos en el antiguo Egipto, ha sido equivalente a un suicidio académico.

El objetivo fundamental de *Talismán* es seguir el rastro de lo que sospechamos que puede ser una conspiración, o algo semejante, basada en las ideas herméticas y gnósticas y formulada originalmente hace unos dos mil años. Contradiciendo por completo el consenso académico, nosotros proponemos que los textos herméticos guardan una relación estrecha con la religión del antiguo Egipto, que es mucho más antigua. Es posible que hayan sido diseñados deliberadamente para preservar su esencia, al tiempo que prescindían de su sustancia. Haciendo una metáfora con las enseñanzas gnósticas y herméticas sobre la reencarnación, es posi-

ble que la intención fuera transferir el «alma» del sistema egipcio, en el momento en que moría bajo el imperio romano, a un «cuerpo» totalmente nuevo y diferente, más adaptado a la época.

Construir la ciudad del dios

Durante toda la literatura hermética, se hace mucho hincapié en las ciudades.

Al final del capítulo 3, llamamos especialmente la atención a la ciudad cósmica mágica de Adocentyn, que, según el *Picatrix*, había sido construida en el pasado remoto por Hermes Trismegisto y diseñada de tal manera que se derramaran sobre sus habitantes las benéficas influencias celestiales. También señalamos que una ciudad mágica similar y construida por los dioses se describe en el *Asclepio*, probablemente el mejor conocido de todos los textos herméticos, donde curiosamente no se presenta como una ciudad del pasado, sino como una ciudad vaticinada, una ciudad del futuro:

> [...] que se fundará hacia el sol poniente y adonde se apresurará a acudir, por tierra y por mar, toda la raza humana mortal...[10]

Si no existe una relación genética entre los textos del antiguo Egipto y los herméticos, como nos dicen los eruditos, entonces se supone que es casualidad que el capítulo 183 del Libro de los Muertos del antiguo Egipto, que data de alrededor del 1200 a. de C., contenga este pasaje tan curioso:

> Procedo de la ciudad del dios, de la región primigenia; alma, *ka* y espíritu son lo que hay en esta tierra. Así es su dios, es decir, el Señor de la Verdad, poseedor de las provisiones, aquel al que acuden desde todas las regiones.[11]

Alma, *ka* y espíritu son los nombres que reciben los distintos elementos de la persona que, según los antiguos egipcios, sobrevivían a la muerte, mientras que «Señor de la Verdad» es un epíteto que se utilizaba con frecuencia para el dios de la sabiduría: Thot-Hermes.[12] De modo que aquí, en el Libro de los Muertos, tenemos una «ciudad del dios» (sin duda una ciudad del dios que se convertiría en Hermes) a la cual «acuden desde todas las regiones». ¿Acaso no es este, en esencia, el mis-

mo concepto que surge más de mil cuatrocientos años después en el *Asclepio* (alrededor del 268-273 d. de C.), con el que se supone que no guarda ninguna relación, donde «toda la raza humana mortal» se apresura a acudir a una ciudad construida por los dioses?

Si retrocedemos más en el tiempo, llegamos a los Textos de las Pirámides del antiguo Egipto, las escrituras más antiguas del mundo, que se remontan a alrededor del 2300 a. de C. Allí también encontramos referencias a la función sagrada de las ciudades, que se repiten en la hermética, una obra muy posterior y supuestamente sin ninguna conexión con ellos. Tiene particular interés la Declaración 319, que nos hace saber que el Rey, durante su reinado, tiene la obligación de «construir la ciudad del dios»:

> El Rey ha unido los cielos, el Rey tiene poder sobre las tierras del sur y las del norte y los dioses que había anteriormente, el Rey ha construido la ciudad del dios de acuerdo con su obligación natural.[13]

Cuatro mil años después, el gran filósofo hermético Tomasso Campanella retomará la idea de que es la obligación sagrada del Rey construir una ciudad que reúna armoniosamente la tierra y el cielo para beneficio de sus habitantes. Basándose exclusivamente en sus estudios de la hermética, Campanella afirmó a principios del siglo XVII que él podría «hacer una ciudad de una forma tan maravillosa que, por el mero hecho de mirarla, se aprendieran todas las ciencias».[14] A continuación, como veremos más adelante, profetizó que el rey Luis XIV de Francia sería el que realmente construyera aquella «ciudad del sol» mágica.

Recordamos las palabras de Frances Yates que mencionamos en el capítulo 3, en el sentido de que Adocentyn, la ciudad mágica del *Picatrix*, conservaba sanos y prudentes a sus habitantes mediante la «poderosa manipulación de la magia astral», que sólo permitía que llegaran hasta ella «las influencias celestiales buenas». ¿Hasta qué punto se diferencia esto de la postura de Campanella, que dice que es capaz de hacer una ciudad cuyos habitantes aprendan y se beneficien por el mero hecho de mirarla, o del pasaje de los Textos de las Pirámides del antiguo Egipto en el que el Rey dice lo siguiente?:

> Yo te he levantado, oh, ciudad mía, y tú harás por mí todas las bondades que yo desee y actuarás en mi provecho dondequiera que vaya.[15]

El cielo y el suelo

Sugerimos que, por debajo de aquel interés compartido por la «ciudad del dios» cósmica la «ciudad del sol» que aparece tanto en los textos del antiguo Egipto como en los herméticos, hay conceptos clave comunes, el más importante de los cuales es, sin duda, el tema unificador de todo el corpus de los escritos herméticos:

> Lo que está abajo corresponde con lo que está arriba y lo que está arriba corresponde con lo que está abajo, en cumplimiento del milagro de una sola cosa.[16]

El pasaje citado procede de *La Tabla de Esmeralda* de Hermes Trismegisto y no pertenece a la llamada hermética «filosófica», sino que es uno de los numerosos tratados herméticos «de alquimia» de diversos períodos que en gran medida escapan a este análisis. Sin embargo, tanto en la hermética alquímica y en la filosófica como en todos los textos mucho más viejos del antiguo Egipto, encontramos la utilización habitual de una metáfora inconfundible, en la que «cielo», «firmamento», «arriba» y otros términos similares representan el reino de lo espiritual y lo inmaterial, al que aspira el alma, como corresponde, mientras que «suelo», «tierra» y «abajo» representan el mundo de la materia tosca en la que está aprisionada el alma. Queda implícito y a menudo explícito en los textos pertinentes el concepto de que la perfección pertenece exclusivamente al mundo «de arriba», mientras que el mundo «terrenal» y «de abajo» está corrupto y es eternamente imperfecto.

Analicemos en primer lugar unos cuantos ejemplos tomados de los textos del antiguo Egipto, que, de distintas maneras, analizan, describen y preparan al iniciado para la vida después de la muerte, tal como se la concebía en la religión de los faraones:

> Tu alma se dirige al cielo, tu cadáver está bajo tierra. [...] Subirás al cielo. [...] Ascenderás hasta los que están por encima de la tierra.[17] (Libro de los Muertos del antiguo Egipto)

> Ascenderás al cielo, atravesarás el firmamento y te asociarás con las estrellas.[18] (Libro de los Muertos del antiguo Egipto)

> Este Rey es Osiris en un remolino de arena; la tierra es su abominación. El Rey está destinado al cielo.[19] (Textos de las Pirámides)

Levántate, quítate la tierra, sacúdete la arena, levántate para que puedas viajar en la compañía de los espíritus, porque tienes alas como las del halcón y brillas como una estrella.[20] (Textos de las Pirámides)

¡Qué hermoso ver, qué agradable observar —dice Isis— cuando asciendes al cielo, con tu poder sobre ti, tu terror alrededor tuyo y tu magia a tus pies. [...] Las puertas del cielo se abren para ti, las puertas del firmamento estrellado se abren de par en par para ti.[21] (Textos de las Pirámides)

Encontramos un texto particularmente claro de lo que podríamos llamar el «dualismo materia-espíritu» del antiguo Egipto en los Textos de los Sarcófagos, alrededor del 1900 a. de C.:

El Rey es puro en aquella gran meseta-tumba; el Rey se ha librado de su mal; el Rey ha desechado su maldad; el Rey ha arrojado a la tierra los males que tenía en la piel.[22]

Este pasaje contiene las equivalencias ya conocidas (materia = mal; espíritu = bien) que hemos encontrado en repetidas ocasiones entre los gnósticos de las primeras épocas cristianas y sus sucesores dualistas, los cátaros. Sin embargo, fue compuesto dos mil años antes que cualquiera de los textos gnósticos que se conservan y tres mil años antes de la aparición del fenómeno de los cátaros en Europa occidental, en el siglo XII de la era cristiana.

En nuestra opinión, no es casualidad que los textos herméticos recuerden exactamente el mismo sistema de ideas. Unos cuantos extractos son suficientes para dejarlo claro:

El mal, como ya os he dicho, debe vivir aquí, sobre la tierra, donde está en lo suyo, porque el hogar del mal es la tierra.[23] *(Hermética, Libellus IX)*

Ocurrió que los males inherentes a la materia se entremezclaban con el cuerpo humano.[24] *(Hermética, Asclepio III)*

Al alma de un niño [...] todavía le cuesta despegarse del alma del Cosmos, pero cuando el cuerpo ha aumentado de tamaño y ha introducido el alma dentro de su masa material, produce olvido, de modo que el alma se separa de lo Bello y lo Bueno y ya no participa en ellos y, mediante este olvido, el alma se vuelve mala.[25] *(Hermética, Libellus X)*

Veo que, por la misericordia de dios, ha llegado hasta mí en una forma que no está hecha de materia y yo he salido de mí mismo y he entrado en un cuerpo inmortal.[26] *(Hermética, Libellus XIII)*

Ahora que te has desprendido del tabernáculo terrenal, estás purificado.[27] *(Hermética, Libellus XIII)*

Aunque la última cita procede de la hermética, podría igual de bien resumir el estado de los «perfectos» cátaros en el momento de recibir el *consolamentum*, porque, a partir de aquel momento, cortaban todos los vínculos con el mundo material. Mientras tanto, en los Textos de las Pirámides del antiguo Egipto, la fórmula «quítate la tierra, sacúdete la arena»[28] se utilizaba exactamente de la misma forma y exactamente con la misma finalidad.

La criatura dividida

Los estudiosos no cuestionan la existencia de un fuerte vínculo genético entre las creencias gnósticas y las herméticas, sino que lo aceptaban del todo. Sin embargo, como ya hemos visto, rechazan por completo la noción de un vínculo igualmente estrecho entre la religión hermética y la del antiguo Egipto. Esto nos hace reflexionar, por consiguiente, en que los tres sistemas parecen estar totalmente de acuerdo en su análisis del dilema fundamental del ser humano como una criatura ambigua o «dual», compuesta tanto de materia como de espíritu.

La doctrina de los gnósticos y los cátaros sobre este tema se ha investigado exhaustivamente en el capítulo 2. El lector recordará la imagen vívida que pintaban sus enseñanzas y sus mitos de las almas de los ángeles caídos atrapadas en el mundo material «ajeno», dentro de los groseros cuerpos físicos de hombres y mujeres. La imagen que surge de la condición humana es, sin duda, la de una criatura hecha de barro y corrupción que, paradójicamente, está iluminada por una chispa divina e inmortal, una criatura en gran parte de la tierra, pero que también contiene un fragmento del cielo.

Este estado permanente de dualidad, ¿podría ser lo que insinuaban los autores del Libro de los Muertos del antiguo Egipto con una fórmula enigmática que aparece en el capítulo 156 y que reza: «Uno de sus brazos apunta hacia el cielo y el otro, hacia la tierra»?[29] No cabe duda

de que es lo que pensaban los sabios herméticos en el *Pimander* cuando escribieron lo siguiente:

> A diferencia de todas las demás criaturas vivas que hay sobre la tierra, el hombre tiene dos aspectos. Es mortal por su cuerpo y es inmortal porque tiene sustancia eterna. [...] Se eleva por encima de la estructura de los cielos [...] y sin embargo lo dominan el deseo carnal y el olvido.[30]

En el texto hermético que lleva su nombre, el discípulo Asclepio pregunta a Hermes lo evidente con respecto a esta disposición:

> Pero ¿qué necesidad había, Trismegisto, de poner al hombre en el mundo material? ¿Por qué no podíamos haber vivido en la región en la que está Dios y haber disfrutado allí de la felicidad perfecta?[31]

En su respuesta, Hermes explica que Dios creó primero al hombre como un «ser eterno e incorpóreo», haciendo referencia al hombre espiritual, el alma inmortal, la «chispa divina». A continuación, sin embargo:

> [...] al darse cuenta de que el hombre que había creado no podría ocuparse de las cosas terrenales a menos que le pusiera una envoltura material, Dios le proporcionó el refugio de un cuerpo para que viviera en él y ordenó que todos los hombres estuvieran hechos de la misma forma.[32]

Si bien reconocemos que el texto hermético en este punto se aparta mucho del texto gnóstico/cátaro (en el cual el alma del hombre es creada por el Dios del bien y su cuerpo, por el Dios del mal), el panorama general de unas almas incorpóreas inmersas en la materia sigue siendo casi idéntica en las dos religiones, a pesar de lo cual hemos de reconocer una diferencia profunda con respecto a su actitud frente a la materia, porque, mientras que los gnósticos y los cátaros deducían de sus creencias que había que despreciar la materia, los herméticos llegaban a una conclusión mucho más positiva sobre la creación y sobre el lugar del hombre en el orden del universo:

> Por consiguiente, él [Dios] formó al hombre de la sustancia de la mente y la sustancia del cuerpo (de lo que es eterno y lo que es mortal), armonizando y mezclando partes de las dos sustancias en la medida adecuada, a fin de que la criatura así formada pudiera satisfacer las demandas de las dos fuentes de

su ser, es decir, venerar y adorar las cosas celestiales y, al mismo tiempo, ocuparse de las terrenales y administrarlas.[33]

El conocimiento, la razón, la inteligencia...

Más adelante, en el mismo texto hermético (el *Asclepio*), el argumento vuelve a rondar de cerca las ideas gnósticas cuando nos recuerda que el destino final del alma humana es acabar su estancia en la tierra y regresar al cielo, al cual pertenece:

> Dios vio que, de todas las criaturas vivas, el hombre era la única que tenía necesidad de razón y conocimiento, con los que repeler y alejar de sí las pasiones malvadas inherentes a su cuerpo; por tal motivo le impartió el don de la razón y, al mismo tiempo, [...] le otorgó la esperanza de la inmortalidad y le concedió la facultad de luchar para conseguirla.[34]

En el caso de la religión gnóstica, el lector recordará que en el capítulo 2 dijimos que no se podía alcanzar el regreso al reino celestial sólo con la fe ciega, sino que había que esforzarse por conseguirlo mediante la gnosis: «el conocimiento revelado de la realidad de las cosas». En el caso de la religión hermética, vemos el mismo énfasis en el conocimiento, combinado ahora también con el «don de la razón». De hecho, el *Asclepio* llega incluso a afirmar que la parte divina del hombre está compuesta por «mente, intelecto, espíritu y razón» y a manifestar que, gracias a estos «elementos superiores», es «capaz de subir al cielo».[35]

Este objetivo del regreso al cielo es, según afirma el *Pimander* de forma explícita, «la consumación para aquellos que han alcanzado la gnosis».[36] Además, en uno de los *Discursos de Hermes*, incluso se ofrece una definición útil del tipo preciso de conocimiento que supone la gnosis y que, aparentemente, «no se puede enseñar hablando ni aprender oyendo»:

> El conocimiento difiere mucho de la percepción de los sentidos. [...] El conocimiento es incorpóreo; el órgano que utiliza es la propia mente y la mente es contraria al cuerpo.[37]

En la búsqueda individual de la gnosis, tanto en la forma hermética como en la puramente gnóstica, había que dejar de lado el mundo mate-

rial y sus ilusiones. El lector recordará que en el capítulo 2 mencionamos el ascetismo de los sabios gnósticos alejandrinos y de sus sucesores, los «perfectos» cátaros. Los autores de los textos herméticos lo habrían aprobado: «El hombre que comprende los designios de Dios —dice el *Asclepio*— desprecia todo lo material».[38]

Por otra parte, para todos los que persisten deliberadamente en la ignorancia, todos los vicios y los males inherentes al reino material

> [...] se vuelven más fuertes y laceran el alma con llagas incurables; contaminada y corrompida por el veneno, el alma estalla en tumores, por así decirlo, menos la de aquellos cuyas almas están curadas por el remedio soberano del conocimiento y la inteligencia.[39]

Como tantas otras cosas de la hermética, este énfasis constante en el papel del conocimiento y la inteligencia en la lucha del alma por conseguir la inmortalidad parece tener fuertes precursores en los textos funerarios del antiguo Egipto, donde encontramos a un dios barbudo llamado Sia, que acompaña a Ra en la barca solar. Lo que Sia tiene de especial es que personifica la inteligencia,[40] de modo que resulta interesante que muchas veces se haga hincapié en el papel que juega al conducir el alma del difunto sana y salva por el mundo de los muertos. Por ejemplo, en el Sortilegio 237 de los Textos de los Sarcófagos, el difunto emprende con confianza su viaje en la otra vida diciendo: «Sé lo que sabe Sia y se abre un camino para mí».[41] Antes, en el Sortilegio 38, leemos: «He visto el arca [es decir, la caja fuerte] de Sia y sé lo que contiene».[42] Otra metáfora de la importancia crucial de la inteligencia se utiliza en el Sortilegio 689, que dice: «Este Rey ha tragado a Sia, ha comido la magia del mago».[43] En el *Libro de lo que hay en la Duat* encontramos a Sia acompañando al difunto en su viaje por el mundo de los muertos y abriendo puertas de fuego que, de lo contrario, seguirían cerradas para él.[44]

Astros y ángeles que caen a la tierra

En el sistema del antiguo Egipto, el viaje en la otra vida por el mundo de los muertos, la Duat, era la oportunidad para el «espíritu perfeccionado» (es decir, el que había adquirido el conocimiento necesario durante su encarnación en la tierra) para desprenderse para siempre de las inci-

taciones de la materia, ascender a los reinos espirituales y convertirse, en sentido metafórico, en una estrella del firmamento. En el caso de los iniciados en el sistema gnóstico, tanto en su forma cristiana primitiva como en su forma cátara posterior, sabemos que la tan buscada «ascensión al cielo» se entendía, de hecho, como un nuevo ascenso de nuestra alma angelical a los reinos celestiales de los que había caído hace mucho tiempo.

El lector recordará que en el capítulo 2 presentamos unas descripciones vívidas de los ángeles cayendo «como lluvia sobre la tierra» a través de un agujero del cielo, después de que Satanás los tentara para que bajaran, para después encerrarlos en cuerpos humanos y en el ciclo de la reencarnación. Hay algunos pasajes sorprendentes pero poco reconocidos en los textos del antiguo Egipto que nos parecen expresiones de la misma idea fundamental y, una vez más, apoyan una conexión misteriosa entre la religión del antiguo Egipto y la hermética y la gnóstica. Por ejemplo, en el capítulo 99 del Libro de los Muertos, leemos lo siguiente:

> Esta tierra es funesta y las estrellas han perdido el equilibrio y han caído de cara en ella y no han hallado nada que las ayude a volver a ascender.[45]

Habitualmente, los textos del antiguo Egipto utilizan las estrellas como metáforas del alma beatificada y «perfeccionada». Por consiguiente, vemos poca diferencia de intención entre esta imagen de las estrellas caídas que no pueden regresar al cielo y la imagen gnóstica de los ángeles caídos que no pueden volver al cielo. Evidentemente, los ángeles más puros y más espirituales del sistema gnóstico/cátaro fueron los que resistieron la tentación y nunca cayeron a la tierra. Lo mismo ocurría entre los antiguos egipcios en los Textos de las Pirámides, en el 2300 a. de C.:

> El Rey es uno de aquellos [...] seres [...] que jamás caerán a la tierra desde el cielo.[46]

Reproducir la eternidad en una copia

En el centro de toda esta imaginería, ya sea del antiguo Egipto, gnóstica o hermética, está la idea de una ruptura radical entre materia y espíritu, cielo y tierra. Ya hemos visto que las tres religiones enseñaban la

necesidad de algún tipo de conocimiento especial, la gnosis, como una forma de escapar para las almas atrapadas «abajo». En el caso de los cátaros, el conocimiento salvador se adquiría mediante el ascetismo, el estudio y el ritual de iniciación conocido como *consolamentum*. En el caso de los herméticos y los antiguos egipcios había un curioso interés por las ciudades, que tenían que ser, en la medida de lo posible, «a imagen y semejanza del cielo». Al reproducir o «copiar» sobre la tierra la perfección celestial, la implicación evidente de los textos herméticos es que esas ciudades depararían a sus habitantes beneficios incalculables, que los obligarían a «ser virtuosos» y los mantendrían «sanos y sabios».[47]

En el *Pimander («Poimandres»)*, el primer libro de la colección hermética, incluso vemos que se utiliza esta idea de reproducir lo de arriba abajo para describir el proceso de la creación y nos dan a entender que existe una «forma arquetípica», sólo perceptible por la mente y no por los sentidos, «que es anterior al comienzo de las cosas y no tiene límites». El mundo material

> [...] surgió de la determinación divina, que contemplaba aquel mundo hermoso [es decir, la forma arquetípica] y lo copió.[48]

Asimismo, el *Asclepio* habla de un Cosmos arquetípico «superior», imperceptible a los sentidos, que sin embargo influye y da forma al «Cosmos sensible» inferior, en el que vivimos como seres materiales:

> Si tienes en cuenta el todo, verás que en verdad el propio Cosmos sensible, con todo lo que contiene, está tejido como una prenda de vestir por el Cosmos superior.[49]

Un poco más adelante, el mismo texto añade lo siguiente:

> Dios [...] permanece impasible y también la eternidad se mantiene inalterable y contiene en sí misma un Cosmos que no tiene comienzo, ni siquiera el Cosmos que con toda razón decimos que es «imperceptible para los sentidos». Este Cosmos sensible [es decir, el universo de materia y espacio que vemos a nuestro alrededor] ha sido hecho a imagen y semejanza de aquel otro Cosmos y reproduce la eternidad como una copia.[50]

En los *Discursos de Hermes a Tat*, nos enteramos de algo más acerca de los mecanismos del proceso de «copiado»:

> Las fuerzas no trabajan hacia arriba desde abajo, sino hacia abajo desde arriba. Lo que hay en el cielo no se beneficia de lo que hay en la tierra, pero lo que hay en la tierra recibe todos los beneficios de lo que hay en el cielo.[51]

En el hermoso y misterioso *Koré Kosmou* se vuelve a poner de relieve la cuestión de forma más detallada:

> Todo el mundo que hay abajo se ha puesto en orden y se ha llenado de contenido con las cosas que hay arriba, porque lo que hay abajo no tiene poder para poner en orden el mundo de arriba. Por consiguiente, los misterios más débiles deben ceder ante los más fuertes y el sistema de cosas que hay arriba es más poderoso que las que hay abajo.[52]

Paisajes herméticos

Ahora estamos mejor equipados para comprender el concepto hermético fundamental del antiguo Egipto como una «imagen del cielo»:

> ¿No sabes, Asclepio, que Egipto es una imagen del cielo o, para ser más precisos, que todo lo que se gobierna y se mueve en el cielo ha bajado a Egipto y ha sido transferido allí? A decir verdad, nuestra tierra es el templo del mundo entero.[53]

Si la tierra de Egipto es «una imagen del cielo» y, por tal motivo, «el templo del mundo entero», es fácil comprender que quienes lo creían hayan querido levantar templos que también fueran (aunque en menor escala) «imágenes del cielo». La misma lógica se aplicaría también a la creación y disposición de los grandes monumentos y, evidentemente, a la planificación y la construcción o la reconstrucción de las ciudades. En otras palabras, si sabemos que alguien es un iniciado entregado al sistema hermético, podemos prever que le interesarán los templos, los monumentos y las ciudades que de algún modo «imiten» o «copien» el cielo. Si resulta que el iniciado es un gran rey o alguien que ocupa algún otro puesto de gran influencia en las decisiones sobre urbanismo, cabe esperar que dicho interés se transforme en acción.

Se entiende que la «copia» terrenal es y será siempre inferior al arquetipo celestial que le sirve de modelo, porque «no hay nada bueno sobre la tierra y no hay nada malo en el cielo» y porque «nada en el

cielo está sometido, como nada en la tierra es libre».[54] Sin embargo, la lógica evidente de los textos herméticos es que es mejor copiar la perfección del cielo en la tierra (por inferiores que sean los resultados) que no hacer nada en absoluto. En los *Discursos de Hermes a Tat*, leemos lo siguiente:

> Todo lo que hay sobre la tierra [...] es irreal, aunque parte de ello (no todo, sino sólo una parte) es copia de la realidad. [...] Cuando la apariencia desciende de lo alto, se convierte en una imitación de la realidad, pero, aparte de lo que hace el poder de lo alto, sigue siendo una ilusión; del mismo modo que un retrato pintado nos presenta una apariencia del cuerpo del hombre que vemos en él, sin ser, por sí mismo, un cuerpo humano.[55]

A partir de esto, resulta perfectamente evidente que un rey hermético prefiera disponer sus monumentos, templos y ciudades de modo que «el poder de lo alto» pueda actuar en ellos. La manera de hacerlo, según sugieren los propios textos, sería crear un diseño urbanístico como una «imitación de la realidad», «una imagen del cielo», «una reproducción de la eternidad en una copia».

La belleza del arquetipo

La religión gnóstica de los cátaros que se practicó en Europa entre el siglo X y el XIV enseñaba un intenso «dualismo entre materia y espíritu». Como era de esperar en unos sistemas tan interconectados, también utilizaba las metáforas «cielo-tierra» de tipo específicamente hermético y del antiguo Egipto. En el capítulo 2 citamos varios ejemplos de tales enseñanzas cátaras, incluida la noción de que unos cuantos de sus libros sagrados habían sido «escritos en el cielo y traídos a la tierra» y la siguiente doctrina «hermética» clásica:[56]

> Porque exactamente como es en la tierra es también en el firmamento, porque en la tierra están las réplicas de lo que hay en el firmamento.[57]

Una vez más, encontramos notables precedentes en los textos funerarios del antiguo Egipto, que supuestamente no tienen nada que ver. Hay, por ejemplo, numerosas exhortaciones para que los iniciados hagan copias en la tierra de una región del cielo llamada «la Duat», incorpo-

rando la constelación de Orión (asociada con el dios Osiris) y la estrella Sirio (asociada con la diosa Isis).[58] Aquella era la región del cielo donde se suponía que estaba situado el Mundo de los Muertos del antiguo Egipto, adonde iban las almas para ser juzgadas después de la muerte. Por consiguiente, se consideraba de vital importancia saber de antemano cómo era y las pruebas que debía superar allí el alma. Por el *Libro de lo que hay en la Duat* (alrededor del 1400 a. de C.), sabemos que una manera de obtener la gnosis era construir copias en el suelo «del círculo oculto de la Duat en el cuerpo de Nut [el cielo]»:[59]

> Quienquiera que haga una copia exacta de estas formas y lo sepa será un espíritu bien equipado tanto en el cielo como en la tierra, indefectiblemente, regularmente y eternamente.[60]

> Quienquiera que haga una copia de él y lo sepa sobre la tierra actuará como un protector mágico para él, tanto en el cielo como en la tierra, indefectiblemente, regularmente y eternamente.[61]

Para ser un texto que se supone que no tiene nada que ver, es extraño que el *Libro de lo que hay en la Duat* aparentemente trace la misma distinción que la hermética entre el arquetipo celestial que sólo percibe la mente y la copia terrenal que captan los sentidos. Por consiguiente, las dos tradiciones suponen necesariamente un grupo de iniciados entrenados para «ver» (es decir, adquirir la gnosis de) algo que, de lo contrario, sólo podrían ver los dioses:

> La representación secreta de la Duat no es conocida por hombres ni mujeres.[62]

> Quienquiera que haga una copia de estas representaciones según esta copia de lo que hay en el Ament de la Duat, **que no se puede mirar ni ver,** y quienquiera que conozca estas imágenes secretas estará en la condición de un espíritu que esté equipado para viajar.[63] (Las negritas son del autor.)

Convertirse en «un espíritu equipado para viajar» era, evidentemente, el objetivo de todo el sistema religioso del antiguo Egipto, en el sentido de que trataba de equipar a sus iniciados para la inmortalidad espiritual y para librarlos de las cadenas de la materia. Sin embargo, era posible que esta búsqueda fracasase y que el alma quedara total-

mente destruida. Inevitablemente, la repetición constante de maldades resultaba fatal para el alma de su perpetrador. También se creía que la ignorancia obstinada (que los sabios herméticos siempre detestaban) resultaba sumamente peligrosa para nuestras perspectivas de eternidad. Por consiguiente:

> El que no tenga conocimiento de la totalidad o de parte de las representaciones secretas de la Duat estará condenado a la destrucción.[64]

Reiteramos que, para los antiguos egipcios, la Duat era una región del cielo astral y que aquellos que aspiraban a la inmortalidad, en lugar de la extinción, en la otra vida estaban más o menos obligados a llegar a conocerla. ¿Es casual que se pinte un escenario casi idéntico en los textos herméticos, donde, tras una extensa exposición sobre el cielo y las estrellas, nos dicen abruptamente lo siguiente?:

> El que no ha perdido la oportunidad de adquirir conocimiento de estas cosas es capaz de formarse un concepto exacto de dios. [...] Sin embargo, es imposible, hijo mío, que alguien que todavía esté en su cuerpo logre esta felicidad. El hombre debe entrenar su alma en esta vida, para que, cuando llegue al otro mundo, donde se le permite ver a Dios, no pierda el camino que conduce a Él. Sin embargo, los hombres que aman el cuerpo jamás obtendrán la visión de lo Hermoso y lo Bueno. Gloriosa es, hijo mío, la belleza de lo que no tiene ni forma ni color.[65]

En otras palabras, la belleza del arquetipo, que ni los hombres ni las mujeres no iniciados pueden «mirar ni ver», porque sólo es perceptible para la mente, pero no lo es en absoluto para los sentidos.

Transformar el mundo

Al énfasis recurrente en la inteligencia, la razón y el uso de la mente para «entrenar el alma» que caracteriza los textos herméticos se debe también su inmensa influencia sobre la ciencia y el pensamiento científico después de su redescubrimiento, a mediados del siglo XV. Al promover la búsqueda del conocimiento y la iluminación por parte del individuo, resultaría un antídoto tan poderoso para los dogmas y las creencias populares de la Iglesia durante el Renacimiento y la Ilustración como lo

habían sido las enseñanzas gnósticas de los cátaros en la Edad Media. En nuestra opinión, tampoco es casual, sino una consecuencia casi inevitable de estos sistemas de pensamiento estrechamente relacionados (dondequiera y cuando quiera que se apliquen), que el gnosticismo cátaro estimulara su propio «minirrenacimiento» en todo el sur de Europa en el siglo XII.

Hemos especulado en el capítulo 2 que esta revolución cátara en las ideas religiosas y filosóficas, la música y la poesía y el orden cultural y social podría haber transformado el mundo, si la Iglesia no la hubiese aplastado por completo en el siglo XIII. Sin embargo, a todos los efectos y propósitos, aceptamos que la hasta entonces ininterrumpida cadena de herejía gnóstica que se remontaba a los albores de la era cristiana se quebró cuando el último «perfecto» cátaro, Guillermo Bélibaste, fue quemado en la hoguera en 1321.

Por consiguiente, nos parece bastante notable que otra representación de, esencialmente, las mismas ideas se deslizara por las puertas de la cultura occidental menos de ciento veinte años después. Nos referimos, claro está, a los textos herméticos, su aparición de la nada tras un milenio de silencio y su transferencia a la Academia de los Medici en Florencia en 1460.

Ya fuera por casualidad o por algún designio oculto, llegaron exactamente al lugar y en el momento adecuados para revivir la antigua religión de «la salvación a través del conocimiento» que la Iglesia pensaba que acababa de eliminar. En aquella encarnación más tardía, sin embargo, su rostro sería mucho más abiertamente «del antiguo Egipto» y mucho menos «cristiano». Puede que precisamente por esta razón emprendiera un camino más positivo y vivificador hacia el objetivo de transformación del mundo de lo que habría podido conseguir el gnosticismo con su odio al mundo.

Los herméticos compartían el punto de vista gnóstico de que el mal es inherente a la materia y, por consiguiente, a través del cuerpo, a la humanidad. Sin embargo, no dejaban que tal reconocimiento los condujera a un estado de ánimo de nihilismo desesperado ni de suicidio de la especie que algunas veces parece que podría haber hecho descender al dualismo cátaro por un camino muy oscuro. Por el contrario, el modo hermético aceptaba la condición humana, buscaba nuestra transformación a través de la elevación del elemento espiritual que había en nuestro interior y entregaba la responsabilidad directamente al individuo y a su propia conciencia:

El hombre tiene la obligación de no conformarse con su mera condición humana, sino más bien, con la fuerza de su contemplación de lo divino, de despreciar y desdeñar la parte mortal que se le ha incorporado, porque era necesario que se ocupara de este mundo inferior.[66] *(Hermética, Asclepio)*

Además, desde la perspectiva hermética, «ocuparse del mundo inferior» no es un aprisionamiento repulsivo y humillante en la materia, sino una responsabilidad sagrada con un papel fundamental en el plan cósmico de las cosas que sólo puede cumplir el hombre. Los textos hablan con elocuencia por sí mismos:

El hombre es un ser en parte divino y en parte mortal, aunque no se le ha de restar importancia por ser mortal en parte, sino que, por el contrario, deberíamos considerarlo exaltado por su mortalidad, por ser de este modo mucho más apto y estar eficazmente constituido para cumplir un propósito predeterminado, puesto que, como no habría podido satisfacer las demandas de las dos funciones que le corresponden si no estuviera hecho de las dos sustancias, está hecho de las dos, con el objeto de ser capaz tanto de ocuparse de lo terrenal como de prestar servicio a la divinidad.[67]

El hombre es una maravilla, Asclepio, de modo que honremos y reverenciemos a un ser semejante. [...] Con la firme seguridad de lo que tiene de divino, desprecia la parte meramente humana de su propia naturaleza. [...] Alza sus ojos reverentes hacia el cielo y se ocupa de la tierra que tiene abajo. [...] A todo tiene acceso: desciende a las profundidades del mar con el ansia de su pensamiento y el cielo no es demasiado alto para él, porque lo juzga con su sagacidad, como si lo tuviera a su alcance.[68]

Se pone al hombre a cargo de la parte del universo que comprende la tierra y el agua y esta parte terrenal del universo se mantiene en orden mediante el conocimiento del hombre y la aplicación de las artes y las ciencias, porque quiso Dios que el universo no estuviera completo hasta que el hombre no hubiese hecho su parte.[69]

Si el hombre asume en su totalidad la función que se le ha asignado, la tendencia que constituye su misión especial, él se convierte en el medio para conseguir el orden adecuado del cosmos y el cosmos en el de él.[70]

Por más que los eruditos nieguen categóricamente la existencia de un vínculo evidente entre la hermética y la religión del antiguo Egipto, los faraones también creían que su función (y la función de la tierra divina) consistía en interactuar de forma correcta con el cielo y, de tal modo, servir como fuerza para mantener el orden correcto (Maat) del universo.[71] En realidad, el faraón era el rey hermético por antonomasia y hemos sugerido que una de las maneras que tenía de cumplir su responsabilidad con el «orden correcto» cósmico habría sido edificar un templo o incluso una ciudad «a imagen y semejanza del cielo». Hemos demostrado una autoridad textual concreta para semejante acción en el *Libro de lo que hay en la Duat*, del siglo XIV a. de C. Asimismo, en los sumamente enigmáticos Textos de la Construcción grabados en el templo de Edfú, en el Alto Egipto, en el siglo III a. de C., las siguientes palabras se ponían en boca del propio dios Thot-Hermes:

> Haré que la gran longitud [del templo] esté bien, que su ancho sea exacto, que todas sus medidas se ajusten a la norma, que todos sus santuarios estén en el lugar donde deben estar y que sus salas se asemejen al cielo.[72]

Dedicado a Horus, el hijo dorado de Isis y Osiris, el templo de Edfú fue construido en varias etapas entre el 246 y el 51 a. de C. por los faraones de la dinastía ptolemaica grecoegipcia en un lugar que había sido sagrado desde antes del 3000 a. de C. Aunque no cabe duda de que se tomaron con suma seriedad su conversión a la religión del antiguo Egipto, los ptolemaicos eran recién llegados, ya que sólo gobernaban en Egipto desde finales del siglo IV a. de C., después de las conquistas del rey dios Alejandro Magno.

Antes de su muerte prematura, en el 323 a. de C., Alejandro fundó una gran ciudad sobre la costa mediterránea de Egipto, que por siempre llevaría su nombre: Alejandría. Pocos siglos después, allí emergerían como un fénix de las cenizas de la religión del antiguo Egipto el gnosticismo cristiano y su gemelo hermético pagano y emprenderían en silencio el camino hacia el mundo moderno.

5

La ciudad del rey dios

«La ciudad todavía te seguirá [...]»

CONSTANDINOS CAVAFIS, poeta alejandrino (1863-1933),
La ciudad, 1930

«Alejandría, ¡capital de la memoria!»

LAWRENCE DURRELL, *El cuarteto de Alejandría, Clea*, 1960

«Cuando vivía, Alejandro había fundado una ciudad; cuando murió, dio a luz la metrópoli universal [...]»

FRANÇOIS DE POLIGNAC, *L'Hombre d'Alexandre*,
Editions Autrement, Serie núm. 19, p. 48

En el otoño del 332 a. de C., Alejandro Magno hizo su entrada triunfal en Egipto, al frente del Ejército macedonio, después de aplastar a los persas en la batalla de Isos, en Siria. Tras casi dos siglos de sometimiento a la detestada ocupación persa, los egipcios aclamaron a Alejandro como libertador; llegó al valle del Nilo por Menfis y de inmediato fue coronado faraón y sucesor legítimo de los faraones, los reyes solares divinos que habían gobernado aquella tierra antigua desde tiempo inmemorial.

El comportamiento de Alejandro en este punto nos revela mucho sobre su estado de ánimo. Lo primero que hizo como faraón fue ordenar la total restauración y restitución de los famosos templos hermanos

de Karnak y Luxor, en el Alto Egipto (unos ochocientos kilómetros al sur de Menfis), que habían sufrido daños y se habían degradado en tiempos de los persas. ¿Por qué dio Alejandro tanta prioridad a aquella cuestión? La respuesta se encuentra en las extrañas circunstancias de su nacimiento, en el año 356 a. de C.

La madre de Alejandro, Olimpia, era hija del rey de Epiro (que actualmente forma parte del noroeste de Grecia) y suma sacerdotisa del oráculo de Zeus-Amón en Dódona, al sudoeste de la ciudad moderna de Ioanina. Este oráculo era uno de los más reverenciados de la antigüedad y la historia de su fundación estaba relacionada con el templo de Amón en Karnak-Luxor, en Egipto; además se consideraba que estaba «hermanado» con el oráculo del templo del oasis de Siwa en Egipto, que también estaba dedicado a Zeus-Amón. La helenista Joan Wynne-Thomas nos presenta una breve perspectiva general de estas relaciones:

> Durante el siglo IV a. de C. se ofrecían sacrificios públicos en Atenas a Zeus-Amón, cuyo culto original se hacía en el oasis de Siwa, en Egipto. Evidentemente, se trataba de un culto grecoegipcio, ya que Amón o Amún, también Amón-Ra en egipcio, era el dios todopoderoso del panteón egipcio y los griegos lo equiparaban a su gran dios: Zeus.[1]

Cualquier intento de analizar en detalle cómo y por qué el culto solar egipcio de Amón (Zeus-Amón) llegó a la Grecia continental escapa al alcance de este libro, aunque quien nos brinda los antecedentes legendarios es el antiguo historiador griego Heródoto, que estuvo en Egipto alrededor del 450 a. de C., más o menos un siglo antes del nacimiento de Alejandro Magno. Esta es la historia, tal como él la cuenta:

> Con respecto a los oráculos (el de Dódona, en Grecia, y el de Amón, en Libia [oeste de Egipto o Siwa]), los egipcios tienen la leyenda siguiente: según los sacerdotes del Zeus tebano [los sacerdotes de Amón-Ra en Karnak-Luxor], los fenicios se llevaron a dos mujeres relacionadas con el servicio del templo [de Karnak-Luxor] y las vendieron, a una en Libia [Siwa] y a la otra en Grecia; ellas fueron las que fundaron los oráculos en estos dos países. Pregunté a los sacerdotes de Tebas cómo podían estar tan seguros y me dijeron que se había hecho una búsqueda cuidadosa de las mujeres en aquella época y que, aunque fue infructuosa, después habían sabido que los hechos eran como ellos los habían contado. En Dódona, sin embargo, las sacerdotisas que decían el oráculo

tenían una versión diferente de la historia: dos palomas negras se alejaron volando de Tebas [el distrito de Karnak-Luxor], en Egipto, y una de ellas descendió en Dódona y la otra en Libia [Siwa]. La primera se posó en un roble y, hablando con voz humana, les dijo que precisamente en aquel lugar tenía que haber un oráculo de Zeus. Los que lo oyeron lo tomaron como una orden del cielo y obedecieron de inmediato. Asimismo, la paloma que voló a Libia [Siwa] dijo a los libios que fundaran el oráculo de Amón, que también es un oráculo de Zeus. Las que me dieron esta información fueron las tres sacerdotisas de Dódona.[2]

También según Heródoto, fueron los egipcios los que iniciaron a los griegos y acabaron enseñándoles a usar «asambleas, procesiones y liturgias ceremoniales». Dijo que hasta para sus dioses los griegos seguían el modelo de los egipcios.

Dódona, Olimpia, Egipto y los persas

En la actualidad, tanto los helenistas como los egiptólogos se burlan de estas opiniones. A pesar de la conocida tendencia de los griegos a identificar a sus dioses con divinidades específicas del antiguo Egipto (por ejemplo, Zeus-Amón o Hermes-Thot), según la opinión académica los dos panteones no guardan ninguna relación estructural. Sin embargo, parece que no cabe la menor duda de que el culto de Amón-Ra se introdujo en Grecia como mínimo en el siglo v a. de C., puede que incluso mucho antes, y que tenía alguna relación con el oráculo del templo de Dódona.

Dódona está situada en la encantadora y bucólica región montañosa de Epiro, contigua al antiguo reino de Macedonia, donde nació Alejandro Magno. No se sabe a ciencia cierta exactamente cuándo ni por qué se consagró, pero la opinión general es la siguiente:

> Es probable que el santuario original del oráculo existiese antes del 2000 a. de C. y que estuviera dedicado a la «madre tierra» o a la diosa de la tierra, un culto de la Grecia meridional que, como el culto a Zeus, era de origen oriental. Los descubrimientos arqueológicos datan de principios de la Edad del Bronce, alrededor del 2500 a. de C., y se encuentran en el museo de Ioanina. Homero menciona el santuario en la *Ilíada* y esta es la primera referencia conocida.[3]

Los sacerdotes de Dódona recibían el nombre de «helli» o «selli» y eran los que interpretaban las proclamas y las profecías del oráculo, oyendo el susurro de las hojas de un bosquecillo de robles que había dentro del santuario. Según la leyenda, con la madera de aquel bosquecillo sagrado se construyó la proa de la nave de Jasón que transportaba a los argonautas (y por eso el mascarón tenía el don del habla y de la profecía).

Filipo II, el padre de Alejandro Magno, tenía particular devoción por el oráculo del templo de Dódona y lo había consultado en numerosas ocasiones, pero su vínculo con él se intensificó cuando se casó con Olimpia, que, como ya hemos dicho, había sido sacerdotisa en Dódona y se sabe que fue una devota ferviente del dios egipcio Amón.

Filipo conoció a Olimpia cuando él tenía veintiséis años y ella, dieciséis. El encuentro decisivo se produjo en la isla de Samotracia, frente a la costa tracia de Grecia. Cada uno había ido a la isla por su cuenta, para asistir a la celebración religiosa de los «cabires», una fiesta curiosa en la que se llevaban a cabo violentos rituales de la fertilidad y la sexualidad en diversos lugares míticos. Durante uno de ellos Filipo y Olimpia se enamoraron y así comenzó aquella unión intensa que cambiaría el curso de la historia mundial.

Dotada de una naturaleza profunda y mística, la joven y encantadora Olimpia estaba obsesionada con la idea de que estaba destinada a tener un hijo divino, semejante al dios Dioniso, que, en la mitología griega, era el atractivo y heroico hijo de Zeus, nacido del vientre de la mortal Sémele. Dioniso significa literalmente «hijo de Dios» y seguro que Olimpia conocía las obras del historiador griego Heródoto, que, un siglo antes, había identificado a Dioniso con el dios egipcio Osiris.[4]

Cuando Olimpia se convirtió en la reina de Filipo II, en el 357 a. de C., Egipto había sido atacado por los persas, los peores enemigos de los griegos y los macedonios. En el 525 a. de C., Cambises, el hijo del legendario Ciro I, había ocupado Egipto, ampliando así su ya vasto imperio. Su sucesor, Darío I, consolidó el mandato persa en el valle del Nilo, después de sofocar una importante revuelta egipcia. A continuación, condujo a su ejército hacia el Norte, atravesó el Mediterráneo y ocupó Tracia y Macedonia, antes de sufrir una derrota decisiva en la batalla de Maratón, en el 490 a. de C. Una década después, el rey persa Jerjes invadió Grecia y provocó una destrucción terrible en Atenas, aunque al final él también fue derrotado en el 479 a. de C.

Aunque Darío y Jerjes habían fracasado en Grecia, realmente se temía que los persas volvieran a tratar de invadirla en algún momento.

Los países vecinos también eran objetivos. En el 356, cuando nació Alejandro, Egipto se había liberado del dominio persa, pero volvió a ser atacado y finalmente fue reocupado en el 350 a. de C. Humillado y derrotado, Egipto sufrió muchísimo bajo el nuevo «rey de reyes» de Persia, Artajerjes III, un opresor brutal y despiadado, como también lo fue su sanguinario hijo Arses. Tan despreciado fue su mandato que murieron envenenados por uno de sus eunucos, llamado Bagoas, que ofreció el trono del «rey de reyes» de Persia a Darío III. Bagoas obtuvo su merecida «recompensa»: fue obligado a tragar su propio veneno.

Nectanebo, Osiris y el linaje de Alejandro

Durante un período breve, Egipto logró expulsar una vez más a los persas y el último faraón nativo que gobernó allí fue Nectanebo II, que había usurpado el trono de su hermano Teos en el 358 a. de C., dos años antes del nacimiento de Alejandro. Cuentan una anécdota sobre Nectanebo II que vale la pena repetir, aunque casi seguro que es ficticia, teniendo en cuenta las extrañas circunstancias en torno al nacimiento de Alejandro. Sin embargo, antes conviene que situemos a Nectanebo II en el entorno histórico que le corresponde.

Después de resistirse a los persas con éxito al principio, Nectanebo II fue aclamado por su pueblo como gran héroe y libertador. Era muy apreciado por sus hazañas militares y por su devoción al dios supremo Amón (cuyo hijo se consideraba) y también tenía fama de ser un mago poderoso,[5] una reputación que se tomaba muy en serio en el antiguo Egipto. Como haría Alejandro algunos años después, para celebrar su coronación Nectanebo encargó un gran programa de restauración para los numerosos santuarios de Amón que habían sido destruidos o profanados por los persas. Prestó especial atención a la restauración del complejo del templo de Karnak-Luxor. Su propio padre había encargado parte de la magnífica avenida de las esfinges (de la cual se conserva un segmento hasta el día de hoy) que unía Karnak con Luxor. Nectanebo también restauró los templos de Amón que había en el oasis de Siwa y construyó allí uno nuevo y magnífico, cuyos restos se conservan todavía en la zona de Umm Ybaydah del oasis moderno.[6]

Estuviera o no casada con Filipo, cabe imaginar que la asociación de Nectanebo con el oráculo de Amón en Siwa debió de impresionar a la joven Olimpia, que, como recordaremos, albergaba sueños de dar a luz a un hijo

de Amón. Seguro que la idea de ser inseminada por un faraón por cuyas venas corría la sangre del dios Amón y que estaba relacionado tan estrechamente con el oráculo de Amón en Siwa, así como también en Luxor, habrá sido una de las fantasías fabulosas de aquella reina tan joven y tan impresionable. A este respecto, las extrañas historias que contaban algunos de los biógrafos de Alejandro podrían contener algo de verdad. Según una de esas versiones halladas en el Pseudo-Calístenes, Nectanebo huyó de Egipto después de la invasión persa que acabó por destronarlo y se dirigió a Macedonia, en Grecia, donde fue recibido en la corte de Filipo II, ante quien se presentó como mago y astrólogo. Sin embargo, por la noche, el faraón exiliado se convirtió en una gran serpiente, el símbolo de Amón, y, con tal forma, sedujo y fecundó a Olimpia.[7]

El cronista griego Diodoro Sículo, que vivió en el siglo I a. de C., cuenta otra leyenda que relaciona el linaje real de Alejandro Magno con el dios egipcio Osiris. En el Libro I de su famosa *Biblioteca Histórica*, Diodoro narra los orígenes míticos de los pueblos helénicos y no helénicos de Grecia hasta la destrucción de Troya. Precisamente en aquel primer libro se narra la historia de Macedón, el hijo misterioso de Osiris.[8]

Según Diodoro, Osiris salió de Egipto con su hermano Apolo, en una misión universal para enseñar a los hombres a plantar las vides y a sembrar trigo y cebada:

> Dos hijos de Osiris, Anubis y Macedón [...] fueron al campo con él [...] Osiris también llevó consigo a Pan [el Min egipcio] en aquella expedición.
>
> [Después de recorrer los países de África y Asia] Osiris [...] entró en Europa por el Helesponto. En Tracia dio muerte a Licurgo, un rey bárbaro que se oponía a sus planes. [...] Dejó a su hijo Macedón como rey de Macedonia, que recibió el nombre de él.

Diodoro no menciona sus fuentes. En general se piensa que, para la parte de su *Biblioteca* que se refiere a la historia de Grecia, se basó en las obras de escritores anteriores, como Éforo de Cime y Jerónimo de Cardia. Para el material relacionado con Egipto, todo parece sugerir que se basó mucho en Hecateo de Abdera.

Hecateo (365-270 a. de C.) vivió en Alejandría, la ciudad prototípica del mundo clásico fundada en Egipto por Alejandro Magno, donde se benefició de la protección generosa de Ptolomeo I Sóter, el general del ejército de Alejandro que se estableció como faraón de Egipto en

el 305 a. de C., tras la muerte prematura de Alejandro. Como viajero extranjero que se aventuró en el sur hasta los templos de Karnak y Luxor, Hecateo fue testigo presencial de la primera etapa de la fusión entre griegos y egipcios en Egipto y elaboró una versión bastante idealizada, la *Egipciaca*, destinada a lectores griegos, que fue el texto que sirvió a Diodoro como referencia cuando escribió su propia historia de Egipto, doscientos años después.

Miremos el contexto de cuando Hecateo estaba en Egipto. En primer lugar, es bien sabido que Ptolomeo I Sóter tenía mucho interés en promover cualquier idea que integrara su recién fundada dinastía macedonia faraónica con la de los verdaderos faraones solares egipcios, cuyo linaje divino se creía que se remontaba al dios Osiris. Por consiguiente, es bastante posible que Hecateo inventara la historia del viaje de Osiris a Grecia y la fundación de Macedonia por uno de sus «hijos», Macedón, para establecer un vínculo entre el «faraón» macedonio de Alejandría y el linaje mítico de los faraones egipcios.

En la mitología egipcia, Osiris tenía un solo hijo, Horus, cuyo animal sagrado no era el lobo, como dice Diodoro, sino el halcón. Es fácil comprender que esta asociación mítica entre Osiris y el origen de la familia real macedonia, sumada a las extrañas historias que contó Calístenes acerca del embarazo de Olimpia, diera origen a la creencia de que Alejandro estaba relacionado en cierto modo por su nacimiento con los dioses de Egipto y, por extensión, legitimaría el derecho que reclamaban los macedonios a la realeza faraónica en Alejandría. Esta extraña creencia y, sobre todo, como veremos más adelante, el tema persistente de una unión sexual simbólica entre el dios Amón y Olimpia tendría repercusiones incalculables en la historia futura de Egipto y, por ósmosis cultural, del resto del mundo helenístico.

La semilla luminosa y la estrella Sirio

Cuenta la leyenda que, cuando Olimpia dio a luz a Alejandro, las dos águilas de piedra que adornaban el techo de sus aposentos fueron alcanzadas por un rayo. Otras versiones dicen que unas águilas de verdad se posaron allí y otras, que en aquel preciso instante el templo de Diana-Artemisa en Éfeso fue destruido por el fuego, mientras la propia diosa estaba en Macedonia, asistiendo al parto de Alejandro. Este vínculo que une a Diana-Artemisa, las águilas y el relámpago resulta muy interesante,

porque Diana-Artemisa era adorada en Éfeso en la forma de un *omphalos* [ombligo] sagrado, una piedra de forma cónica o piramidal que se suponía que había caído del cielo, como si la hubiese arrojado un rayo. También se decía que la fundación del oráculo de Apolo en Delfos tuvo lugar cuando dos águilas enviadas por Zeus se posaron cerca del *omphalos* que había allí. Mientras tanto, en Egipto, una «piedra del cielo» de forma piramidal, llamada *benben*, formaba el símbolo central del culto religioso en la ciudad sagrada de Heliópolis desde la prehistoria.[9] En realidad, estos *betyles* y *omphali* desempeñaron un papel importante en muchas religiones antiguas y en general se asociaban con la fertilidad y el nacimiento de las divinidades.

Según Plutarco, Olimpia decía que había quedado embarazada cuando un rayo le dio en el vientre y la fecundó con la semilla de Zeus-Amón, y que así engendró a Alejandro.[10] En otro sitio, Plutarco narra que el vientre de la diosa-vaca sagrada de Egipto (una forma de Isis) también era fecundada por un rayo del dios para crear el nuevo ternero Apis, símbolo de los faraones solares reinantes, es decir, el rey Horus. [11] En la iconografía religiosa egipcia, la diosa Isis se representaba a menudo como una vaca con una estrella de cinco puntas sobre la cabeza; esta última era Sirio, a la que los griegos llamaban Sothis. Tradicionalmente, la salida helíaca (al amanecer) de esta estrella indicaba el momento del nacimiento divino de los reyes solares de Egipto. Por consiguiente, es notable que muchos autores clásicos fijen el nacimiento de Alejandro el 20 de julio según el calendario juliano, una fecha que habría coincidido o habría estado próxima a la salida helíaca de Sirio en aquella época. En consecuencia, se deduce que esta estrella debió de desempeñar un papel importante en el mito de su nacimiento. Según señala el autor francés Jean-Michel Augebert, hasta indujo a Alejandro a dejar de lado el antiguo calendario griego para sustituirlo por uno similar al que usaban los egipcios y que se basaba en la salida helíaca de Sirio. Así lo hizo un poco antes de que sus ejércitos llegaran a Egipto.

> Las puertas de Egipto se abrieron entonces para él. Sin embargo, Alejandro encontró más resistencia en el puerto de Tiro (cuyo sitio duró seis meses, desde enero hasta julio del 332 a. de C.), que Alejandro no quería dejar atrás. Entonces se produjo un acontecimiento extraordinario: la toma de la ciudad coincidió con la fecha astronómica de la salida helíaca de Sirio, la estrella canina, con lo cual la estrella, después de haber estado ausente del cielo durante parte del año [setenta días], reapareció en el horizonte por el Este para marcar la

victoria de Alejandro y para anunciar al mundo que no tardaría en ceñirse la corona de faraón. [...] [Por consiguiente] Alejandro Magno, piadoso hijo de Amón, modificó el calendario griego de tal manera que a partir de entonces la salida de Sirio indicara el año nuevo, como se hacía en Egipto.[12]

Para reforzar aún más la sensación de una asociación indudable entre Alejandro y la estrella Sirio, Jean-Michel Augebert también llama la atención hacia el llamado «ascenso al cielo de Alejandro», que fue tema de ilustraciones que se popularizaron en la época medieval, que mostraban al Alejandro divinizado subiendo al cielo y al sol en un carro tirado por grifos, con una estrella de cinco puntas (que Augebert identificaba como Sirio) marcando el camino:

Muchas escenas, esculturas, pinturas y hasta joyas representan esta apoteosis. [...] Con respecto a la ascensión del héroe, a menudo vemos a Alejandro de pie en la carroza de Helios (el sol), tirada por grifos o leones; otro tipo de representación lo muestra cuando lo llevan en su trono; un tercer tipo muestra a Alejandro cuando unas águilas lo llevan hacia el sol. En todas estas representaciones se ve una estrella brillando sobre la cabeza de la figura, un símbolo evidente de Sirio, el cuerpo celeste que preside el destino de los reyes, según los egipcios.[13]

Esta asociación con la «estrella del nacimiento», Sirio, también aparece con los sucesores de Alejandro y en la misma ciudad de Alejandría. Según el egiptólogo francés Sydney H. Aufrère, especialista en estudios ptolemaicos,[14] las reinas ptolemaicas se representaban con el tocado de la diosa Sothis, es decir, Sirio. Aufrère demuestra también que la diosa del *Pharos*, el famoso faro de Alejandría, una de las siete maravillas del mundo antiguo, era, una vez más, nada menos que Sothis/Sirio, lo que sugiere sin duda que el punto de luz brillante que los marinos veían al aproximarse a la costa de Egipto se comparaba con el punto de luz procedente de la estrella Sirio cuando sale por el Este para guiar a los marinos en su viaje de regreso a Alejandría.

El hijo de Amón

Plutarco narraba también otra versión del mito del nacimiento de Alejandro, que parece estar relacionada con la historia de Nectanebo que

se narra en el Pseudo-Calístenes, aunque en esta ocasión sin la presencia de Nectanebo. En la versión de Plutarco, Filipo II espiaba por el ojo de la cerradura de la habitación de Olimpia, la noche de sus esponsales, y quedaba horrorizado al ver a su esposa virgen en el lecho conyugal copulando vigorosamente con una serpiente inmensa. Muy conmocionado, Filipo iba a consultar al oráculo de Apolo en Delfos, donde le decían que de allí en adelante tendría que hacer un sacrificio especial a Zeus-Amón, porque la serpiente era un símbolo bien conocido de Zeus-Amón.

Otro incidente que también parece reflejar este vínculo entre Alejandro y Zeus-Amón tiene que ver con la ciudad de Áfitos, que se rindió ante las fuerzas de Filipo II sin luchar el día que nació Alejandro. Los habitantes de Áfitos adoraban a Zeus-Amón, por lo cual, ciento cincuenta años antes, el gran general espartano Lisandro les había perdonado la vida, porque él también era devoto de Zeus-Amón y en realidad había ido en peregrinación a Siwa para consultar a su oráculo.[15]

Después de que Alejandro fuera coronado faraón de Egipto en Menfis y reconocido heredero legítimo de Nectanebo II, él también emprendió viaje con un grupo reducido de amigos hacia el oasis de Siwa. Entre sus acompañantes figuraban su amigo de la infancia, Ptolomeo (futuro «faraón» de Egipto), y Calístenes, sobrino de Aristóteles. Siguieron la ruta del desierto hacia el Oeste, desde Rhakotis (el lugar donde se levantaría la futura Alejandría) hacia Marsá Matruh, a unos 320 kilómetros de distancia. En la actualidad, para viajar de Alejandría a Marsá Matruh se tarda cuatro horas en coche, pero Alejandro y su grupo tardaron como mínimo una semana a caballo.

Desde allí, la comitiva real se dirigió hacia el Sur y hacia el interior y comenzó a avanzar con lentitud hacia Siwa, lo que les llevó ocho días más. En la actualidad, como habrá sido en tiempos de Alejandro, toda la ruta es un desierto llano y árido, apenas interrumpido de vez en cuando por un montículo o colina que rompe la monotonía del paisaje casi lunar. Sin embargo, después de horas así, el panorama cambia de repente a una especie de Gran Cañón en miniatura y a lo lejos, como un paraíso en el desierto, se extiende el oasis exuberante, flanqueado por sendos lagos, al este y al oeste.

Cuando llegó a Siwa, saludaron a Alejandro con gritos de «hijo de Amón». Con gran ceremonia, fue escoltado hasta el oráculo del templo de Zeus-Amón, donde el sumo sacerdote lo condujo al sanctasanctórum. Nadie sabe lo que le ocurrió allí, ni lo que vio, pero es probable que,

entre otras cosas, le enseñaran un *omphalos* consagrado a Amón como prueba de su propia divinidad.[16]

La paternidad intelectual de Alejandría

Al sur de Siwa, la ciudad de Tebas, nuestra moderna Luxor, con el inmenso complejo de su templo dedicado al dios supremo, Amón, era la ciudad sagrada por antonomasia del mundo antiguo, incluso en el apogeo de la civilización griega. Aunque antes había predominado Heliópolis (situada al norte de Egipto, cerca de las grandes pirámides), en aquel momento era Tebas el lugar donde se consideraba que había que legitimar y divinizar a los reyes solares de Egipto; de modo que era perfectamente natural y sin duda predecible que Alejandro Magno, en su calidad de «hijo de Amón», quisiera vincular su propia persona con Tebas.

Por eso actuó con tanta rapidez para restaurar el complejo del templo que había allí, el centro más importante del culto a Amón en Egipto. Si consideramos que incluso hizo convertir el sanctasanctórum del templo en una capilla que llevaba su propio nombre, es evidente que no tardaría en ir en peregrinación a Luxor, para ser consagrado allí, como todos los reyes solares antes que él, como «hijo de Amón». Sin embargo, se interpuso el destino y Alejandro murió en una campaña en Babilonia. Sus tropas decidieron que había que enterrarlo en Egipto, la tierra de su «padre», Zeus-Amón.[17] Ptolomeo, que entonces controlaba Egipto y no tardaría en convertirse en faraón, interceptó el cortejo funerario y se hizo cargo del cadáver de Alejandro; algunos años después, lo llevaría finalmente a Alejandría.

Alejandría había sido el sueño de Alejandro. Quería crear una ciudad nueva, dedicada a la sabiduría y el aprendizaje, una especie de puente intelectual a orillas del Mediterráneo que uniera Oriente y Occidente. Sería una ciudad que iluminaría el mundo.

Cuando Alejandro era niño, su padre, Filipo II, le eligió un tutor especial. El elegido fue Aristóteles, el filósofo más grande, más imaginativo e influyente de la época.

Aristóteles nació en el año 384 a. de C. en la ciudad de Estagira, en Macedonia. Su padre, Nicómaco, era médico de cabecera y amigo del rey de Macedonia, Amintas II, abuelo de Alejandro Magno. A los diecisiete años, Aristóteles viajó a Atenas e ingresó en la Academia de Pla-

tón, donde no tardó en convertirse en su discípulo más destacado, tanto es así que su maestro, Platón, lo llamaba «la inteligencia de la escuela». Cuando Platón murió, en el 347 a. de C., Aristóteles dejó la Academia y emprendió un viaje que lo llevó por toda Grecia y Asia Menor. Entonces, en el año 342 a. de C., Filipo II de Macedonia lo llamó a la corte, en Pella, y lo nombró tutor de su hijo de catorce años, Alejandro. Aristóteles tenía entonces cuarenta y dos y llevó consigo a su brillante sobrino, Calístenes, y también al científico Teofrasto. Se proporcionó al equipo de sabios una residencia rural en Mieza, cerca de Pella, donde, durante los tres años siguientes, Alejandro recibió clases particulares.

Cuando Alejandro subió al trono, a los veintiún años, Aristóteles se fue de Macedonia y regresó a Atenas, donde fundó su famoso Liceo. Allí creó el primer prototipo de una biblioteca universitaria, que, después de su muerte, sería cedida a la Gran Biblioteca de Alejandría, en Egipto. Aristóteles murió a los sesenta y dos años, un año después de la muerte de Alejandro en Babilonia. Sus conferencias se recopilaron en ciento cincuenta volúmenes dedicados a la filosofía, la ética, la política y, su gran amor, las ciencias naturales. Hasta la Edad Media, se consideró a Aristóteles la autoridad suprema sobre todo lo relacionado con la ciencia. Probablemente pensando en Alejandro, escribió lo siguiente:

> Si hay un hombre superior a todos los demás en bondad y capacidad política, esa persona puede ser un dios entre los hombres [...] y hay que obedecerlo con gusto, porque son reyes permanentes.[18]

Mucho se especula y se debate sobre hasta qué punto habrá influido Aristóteles en el sentido de la misión de Alejandro. Aparte de enseñarle las ciencias, el principal objetivo del filósofo fue instaurar en su discípulo el concepto de las «virtudes», la más importante de las cuales, según Aristóteles, era la razón. Pocos años antes de convertirse en su tutor, había acabado su famosa obra titulada *Política*, en la que analiza los distintos sistemas de constituciones y habla sobre la idea del «Estado ideal». Casi seguro que Aristóteles debatió su concepto del «Estado ideal» con el joven Alejandro y que imbuyó al futuro rey y héroe de las grandes virtudes y los ideales elevados que acabarían aplicándose en Alejandría, en Egipto.[19] Alejandro también recibió de Aristóteles ejemplares de las *Historias* de Heródoto y también de la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, que llegaron a ser los bienes más preciados del futuro conquistador del mundo.

En la *Odisea*, Homero habla de la isla legendaria de Faros, frente a la costa de Egipto, en relación con los argonautas, mientras Heródoto cuenta que Helena de Troya y Paris se refugiaron en Héraklion, pocos kilómetros al este de la futura Alejandría. Tan embelesado e influido estaba Alejandro por aquellas epopeyas que dicen que en una ocasión pegó una bofetada a Calístenes, el sobrino de Aristóteles, por criticar abiertamente a Homero. Debieron de ser estas influencias literarias y la influencia de su madre, Olimpia, las que impulsaron a Alejandro a tratar de unificar el mundo oriental y el occidental en un imperio inmenso, regido desde una ciudad capital de la luz, según el modelo del Estado ideal: Alejandría.

La fundación de la ciudad universal

A menudo se dice que bastan los principios militares sólidos para explicar por qué se escogió la península de Rhakotis, a orillas del Mediterráneo, como sede de Alejandría. Se supone que Alejandro vio en el puerto natural formado entre la pequeña isla de Faros y la península el lugar ideal para construir un puerto. Según la tradición, aunque Alejandro había elegido el sitio, fue el arquitecto Dinócrates de Rodas quien realmente diseñó la ciudad. Contrariamente a este punto de vista, vamos a intentar demostrar que también se ejerció una fuerte influencia egipcia en toda la empresa desde sus comienzos.

Había una especie de encantamiento y magia con respecto a este lugar que era poco probable que ni Alejandro ni sus compañeros cultos, como Ptolomeo y Calístenes, pudieran pasar por alto, sobre todo teniendo en cuenta su entusiasmo y su estado de ánimo. Todos eran lectores ávidos de las obras de Homero y no cabe duda de que eran plenamente conscientes de que en la *Odisea* Homero había escrito lo siguiente:

> Hay una isla en el mar hinchado a la que llaman Faros, frente a las costas de Egipto, que tiene un puerto con un buen fondeadero y desde allí (los argonautas) se hicieron a la mar después de sacar agua.[20]

Para Alejandro y sus fieles compañeros, la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero tenían el mismo efecto convincente que tuvo la Biblia sobre los caballeros cruzados de la época medieval. La mayoría de los grie-

gos cultos eran capaces de recitar sin problemas largos fragmentos de Homero y lo citaban a menudo —lo mismo hacemos ahora con la Biblia—, como fuente de moralidad y de ejemplos prácticos para la vida cotidiana. Los líderes como Alejandro (puede que especialmente Alejandro) usaban la *Ilíada* y la *Odisea* no sólo como orientación espiritual y moral, sino también como una práctica para su propia vida y todo parece indicar que Alejandro se veía a sí mismo como un héroe homérico de coraje y brío ilimitados.

Hay que comprender que para los griegos aquellos héroes no eran personajes mitológicos ni legendarios, sino hombres y mujeres históricos reales, que habían vivido en una época dorada, entre los dioses. Por consiguiente, cuando Alejandro y su séquito llegaron a la isla que Homero había descrito en términos tan afectuosos, podemos imaginar sin temor a equivocarnos que lo consideraron un augurio favorable de los dioses. Alejandro y sus ingenieros y sus arquitectos recordaron que Pitágoras, el «padre de la geometría y la filosofía», así como también el noble Platón después de él, habían pasado una temporada en el Bajo Egipto, como invitados o «estudiantes» de los sacerdotes heliopolitanos y que habían adquirido de ellos la sabiduría que había engrandecido la cultura griega. Sin duda, tales visiones evocadoras de Homero, Pitágoras y sobre todo Platón, el tutor del propio Aristóteles, habrán inspirado al joven conquistador, que entonces apenas tenía veinticuatro años, para levantar, cerca de aquella isla homérica mágica de Faros, una ciudad grande y maravillosa. Pensaba en una ciudad capaz de competir con Atenas y en la cual las enseñanzas de Pitágoras, Platón y Aristóteles pudieran mezclarse con la sabiduría antigua de Egipto.

Por consiguiente, usando la geometría pitagórica, el arquitecto de Alejandro, Dinócrates, comenzó a trazar los planos de la futura Alejandría, que el propio Alejandro supervisó en cada mínimo detalle. La ciudad, de forma oblonga, se desarrollaría sobre un sistema de cuadrículas. La principal arteria Este-Oeste, conocida como la Vía Canopus, llevaría el nombre del héroe homérico, Canopus o Canope, el navegante legendario que gobernó el barco que transportaba a Helena de Troya. Según la leyenda, Helena y su amante, Paris, se habían refugiado en Canopus (la actual Abukir), en el extremo oriental de la costa alejandrina, en su camino hacia Troya. Helena era fruto de la unión del dios Zeus con Leda, además de hermana de los famosos inmortales Dioscuros, es decir, los gemelos Cástor y Pólux, que se convirtieron en estrellas en la constelación zodiacal de Géminis.

Helena de Troya, la Afrodita egipcia e Isis-Faria

Cuentan una historia curiosa acerca de Helena, que tiene importancia para la conexión que Alejandro Magno sentía con Egipto y nos proporciona más antecedentes para sus reivindicaciones místicas de descender del linaje divino de los faraones. La historia aparece en un poema de Estesícoro (632-553 a. de C.), que cuenta que, después de huir del esposo de ella (el rey Menelao), Helena y Paris trataron de ir en barco hacia Troya, pero, en el camino, una tormenta arrastró su barco hasta las costas de Egipto, cerca de Canopus, donde la Helena «real» quedó retenida por el faraón Proteo, mientras que una Helena «fantasma» —la idea es muy similar al Cristo «fantasma» o «aparecido» de los evangelios gnósticos posteriores— continuó hacia Troya con Paris.

Posteriormente, en torno al 412 a. de C., Eurípides tomó la versión de Estesícoro de esta historia y la convirtió en una obra de teatro, aunque introdujo más cambios, ya que colocó a la Helena «real» bajo la custodia no del legendario Proteo, sino de su igualmente legendario hijo, Teoclimeno. También Heródoto narra una historia algo similar, que, según nos dice, le contó un sacerdote egipcio[21] y habla, asimismo, de un templo dedicado a la «Afrodita extranjera» en honor a Helena, dentro de la ciudad real de Menfis:

> Dentro del recinto hay un templo dedicado a la Afrodita extranjera. Deduzco que se erigió en honor de Helena, hija de Tíndaro, no sólo porque he oído que ella pasó algún tiempo en la corte de Proteo, sino también y sobre todo por la descripción de Afrodita como «extranjera», un nombre que nunca se ha dado a esta diosa en ningún otro de sus templos (en Egipto).[22]

Para los griegos, la «Afrodita egipcia» era la diosa a la que los antiguos egipcios llamaban Hathor,[23] aunque los griegos también asociaban a la diosa Isis, por su apariencia encantadora, con Afrodita, lo que sugiere que apreciaban la estrechísima conexión que existe de hecho entre Hathor e Isis en el panteón del antiguo Egipto y, se supone, la asociación que Hathor e Isis comparten con la estrella Sirio. En la Alejandría ptolemaica, Isis se convirtió también en la diosa protectora del puerto y de su famoso faro, que debe su nombre a la isla de Faros, en la cual se alzaba. Con tal carácter, Isis se conocía como Isis-Faria, protectora de los marinos, lo cual sugiere otra conexión con Helena de Troya, que,

se supone que como consecuencia de sus numerosas aventuras náuticas, también era llamada la «patrona de los navegantes».

Había un templo dedicado a Isis-Faria cerca de Faros. Parece que también había una estatua suya colosal justo en el exterior del faro, que probablemente se consideraba parte del edificio. En la época romana, con frecuencia se llamaba a Isis *Stella Maris*, es decir, «la estrella del mar»,[24] y durante mucho tiempo los cristianos aplicaron el mismo epíteto a la Virgen María. Sir James Fraser, el gran mitólogo británico de la década de 1920, incluso llega a sugerir un vínculo causal:

> A Isis, en su carácter posterior de patrona de los navegantes, puede que la Virgen María deba su hermoso epíteto de *Stella Maris*, «la estrella del mar», con el cual la adoran los marinos en medio de la tormenta. Es posible que fueran los marinos griegos de Alejandría los que otorgaron a Isis los atributos de una divinidad marina, bastante ajenos a su carácter original y a los hábitos de los egipcios, a los que no les gustaba el mar. Según esta hipótesis, Sirio, la estrella brillante de Isis que en las mañanas de julio sale de las olas vítreas del Mediterráneo oriental como precursora de un tiempo idílico para los marinos, era la auténtica *Stella Maris*, «la estrella del mar.[25]

Fijémonos también en que muchas de las reinas ptolemaicas de Alejandría y en especial la célebre Cleopatra se identificaban con Isis-Faria o con Isis-Sothis (Sirio) y, para hacer hincapié en su belleza y en sus artes amatorias, también con Isis-Afrodita. La seductora Cleopatra se presentó ante Marco Antonio en Tarso como la diosa Isis-Afrodita. Según la egiptóloga Julia Samson:

> La gente no tardó en relacionar a aquella pareja espectacular con los dioses: a Marco Antonio con Baco (Dioniso), al que los griegos relacionaban con Osiris, y a Cleopatra con Venus (Afrodita), siempre asociada a Isis.[26]

Es probable que la relación entre Sothis-Sirio e Isis-Faria de Faros se deba a la señal luminosa del faro que veían de lejos los marinos que se acercaban al puerto y tal vez explique por qué a veces llamaban al faro de Faros el «segundo sol»,[27] un nombre que los antiguos egipcios empleaban para la estrella Sirio.[28] En el templo de Isis situado en la isla de Faros, la estatua de la diosa llevaba una corona hecha de un disco solar o lunar, rematada por dos cuernos como de gacela.[29] Según el egiptólogo francés Sydney H. Aufrère, aquellos cuernos eran similares a los de la diosa Satis,

la gacela divina que vigila la crecida del Nilo.[30] El mismo tocado aparece en las representaciones de las reinas ptolemaicas en los templos del Alto Egipto, como Dendera, Philae, Edfú y otros. El doctor Aufrère también destaca que, en el Decreto de Canopus del 238 a. de C., Ptolomeo III declara que ha ajustado el calendario religioso y el civil (que, con el paso del tiempo, habían dejado de estar en sincronía), para que el comienzo del año nuevo volviera a coincidir con la salida helíaca de Sirio, un acontecimiento que a su vez coincidía mucho con el comienzo de la crecida del Nilo, a mediados del verano. Aufrère también ofrece su versión de por qué uno de los numerosos nombres de Sirio era «el ojo de Ra»:

> A fin de explicar el mecanismo de la crecida a nivel religioso, se presenciaba al comienzo del año nuevo una fusión o «coalición» del mito solar y el lunar, de manera tal que «el distante» se consideraba al mismo tiempo el «ojo de Ra» y el «ojo de Horus», en otras palabras, Sirio y la luna llena. Los dos, la estrella y la luna, unen los efectos mágicos de sus manifestaciones, que traen como consecuencia la crecida del Nilo. Con su salida, Sirio anunciaba el año nuevo y la crecida, mientras que la luna llena simbolizaba la plenitud de esta.[31]

Una breve excursión a París

Según el egiptólogo francés Bernard Mathieu:

> [...] a Isis la llamaban *Pelagia* («del mar») o *Euploia* («segura de navegar») y *Pharia* («de Faros») y dicen que ella inventó la vela y que tenía un templo en la isla de Faros. Era tan famosa en todo el Mediterráneo que hasta la encontramos en manuscritos del siglo XVII y cómodamente instalada en la proa de la barca, en el escudo de armas de París que Napoleón encargó en 1811.[32]

El lector recordará que en el capítulo 1 mencionamos los extraños rituales y simbolismos religiosos de la Revolución francesa que con frecuencia parecían vincular la ciudad de París explícitamente con la diosa Isis. Lo que comenta el doctor Mathieu sugiere que este vínculo podría estar basado en la verdad histórica. También es notable que, en el siglo XVII, el escritor Jean Tristan afirmara que el nombre de París en realidad derivaba de Isis-Faria o, para ser más precisos, de Faria-Isis, abreviado como «Paria-Isis» y, finalmente, como «París».

Tristan basaba su hipótesis en unas monedas antiguas que datan del

tiempo del emperador romano Juliano, que presentan a su emperatriz, Helena, como Isis-Pharia o Faria.[33] Juliano, que reinó unas décadas después de Constantino, detuvo durante un tiempo el avance del cristianismo y habitualmente se lo conoció como «Juliano el Apóstata», porque volvió a adoptar los antiguos cultos paganos y se declaró «seguidor de Helios», el dios del sol. Helios, a su vez, era una divinidad que los romanos relacionaban mucho con Alejandro Magno.

Juliano había sido gobernador de la Galia (la antigua Francia) durante cinco años y había residido en Lutecia, la antigua París, durante tres años, entre el 358 y el 360 d. de C. Juliano y su esposa, Helena, también eran devotos del dios alejandrino Serapis y de la diosa Isis-Faria y es posible que hayan impuesto o, como mínimo, favorecido su culto a los habitantes de Lutecia. En todo caso, Jean Tristan escribió lo siguiente:

> Los parisinos recibieron su nombre de «Paria Isis», por el culto de esta diosa, que se había introducido en Iliria y en la Galia, en la región contigua al río Sena y en Lutecia, llamada «Lutecia de los parisinos» o «farisinos», por tal motivo.[34]

Para apoyar más esta hipótesis, el clasicista francés Jurgis Baltrušaitis señala que, en un fragmento de un manuscrito de san Hilario sobre el sínodo de Rímini, él llama a la ciudad de París *Farisea Civitas*, es decir, la ciudad de los «farisinos» o, como sugería Jean Tristan, la ciudad de los que adoran a Isis-Faria o a Faria Isis.[35] Volveremos sobre este problema en otro capítulo.

La Vía Canopus

El escritor romano Arriano nos cuenta que, cuando Alejandro llegó al lugar de la costa en el que se levantaría su futura ciudad, Alejandría,

> [...] le acometió un fuerte deseo de llevar a la práctica su proyecto y se puso a planificar la ciudad, fijó el lugar donde iría el ágora, la cantidad de santuarios y a qué divinidades [estaban dedicados]: a los dioses griegos, pero también a Isis, diosa de Egipto.[36]

El ágora era el equivalente a un salón o una plaza municipal, en los que se celebraban reuniones públicas en las ciudades griegas. En el caso

de Alejandría, el ágora estaba situada en la intersección de dos arterias principales: la arteria Norte-Sur, conocida como Soma, y la arteria Este-Oeste, conocida como la Vía Canopus. Esta disposición formaba una cruz inmensa y en la intersección de sus dos brazos, según la mayoría de las versiones, se levantó un pequeño templo dórico que sirvió de mausoleo para el sarcófago dorado de Alejandro Magno.

En los dos extremos de la Vía Canopus había puertas. La occidental se llamaba «la puerta de la luna» *(Selene)* y la oriental, «la puerta del sol» *(Helios)*.

Siempre se ha supuesto que el trazado físico de Alejandría se diseñó de acuerdo con los principios urbanísticos de las ciudades griegas, en base a un sistema riguroso de cuadrículas, con calles paralelas que se entrecruzan en ángulo recto. En realidad, ese tipo de planificación también era conocido en Egipto mucho antes de los griegos. El egiptólogo francés André Bernand observa correctamente que la necrópolis de Gizeh en la zona de las grandes pirámides en realidad es un depósito de cadáveres, con las calles formando una cuadrícula Este-Oeste y Norte-Sur. Un plano similar se puede ver en Saqqara y, mucho más al sur, en Ajetatón (la moderna Tell el-Amarna), la ciudad del faraón Ajenatón.[37]

A pesar de todo esto, lo que a menudo no se considera una influencia directa en el diseño de Alejandría es el estado de ánimo de Alejandro Magno, que tenía veinticuatro años cuando se fundó la ciudad. Acababa de vencer al hasta entonces invencible rey de reyes solar persa, Darío III, y era el señor indiscutible del mundo conocido. Había sido aclamado como héroe y libertador por los egipcios, que lo habían reconocido como legítimo sucesor del faraón Nectanebo II. Había sido proclamado «hijo de Amón» e «hijo de Isis», además de todos los otros títulos atribuidos al faraón legítimo de Egipto, y es casi seguro que todo esto ocurrió justo antes de la fundación de la ciudad de Alejandría.

Otro factor a tener en cuenta es la profunda identificación psicológica de Alejandro con el complejo del templo de Karnak-Luxor en Tebas, como expresión de su identificación con el dios Amón. El estudioso francés François de Polignac ha señalado que Alejandro demostraba un saber y una sensibilidad poco comunes acerca de las costumbres religiosas egipcias al prestar tanta atención a la restauración de aquel templo y, sobre todo, al injertar su propio nombre en el sanctasanctórum, cerca de la «sala de los nacimientos» sagrada del templo, o *mammisi*. Por sus actos se deduce que Alejandro debió de ser asesorado por un

sumo sacerdote nativo egipcio, probablemente del mismo modo en que el sumo sacerdote Oud-ja-Hor-esne de Sais había actuado como asesor del rey persa Cambises y el sumo sacerdote Manetón de Heliópolis se convertiría en el asesor principal de Ptolomeo I Sóter, el sucesor de Alejandro Magno en Egipto.[38]

Hemos visto que Alejandro había desarrollado una conexión con la estrella Sirio, la estrella de Isis y el nacimiento divino, cuando cambió el calendario griego de Tiro. También hemos visto que la salida de esta estrella era la que «calibraba» la inundación del Nilo y mostraremos en otro capítulo de qué manera su posición en el horizonte por el Este a menudo servía para alinear el eje de los antiguos templos egipcios dedicados al nacimiento de Horus, el hijo de Isis-Hathor. Por último, también hemos observado que la salida helíaca de Sirio durante la vida de Alejandro coincidió con la fecha oficial de su nacimiento, es decir, el 20 o 21 de julio (juliano).

Sería extraño y sin duda improbable que una red tan rica de símbolos, ideologías y asociaciones míticas no hubiese influido en Alejandro cuando estaba a punto de supervisar el diseño de una ciudad en la costa mediterránea de Egipto, frente a la isla encantada de Faros.

Breve incursión en Napoleón y Sirio

Antes de invadir Egipto y ocupar El Cairo, a finales del siglo XVIII, Napoleón encargó al famoso matemático Gaspard Monge que reuniera a un grupo de los mejores especialistas —en aquella época los llamaban *lumières* o lumbreras— para acompañar la expedición. El grupo de eruditos, compuesto por un total de 167 hombres, incluía al matemático Fourier, el químico Berthollet, el naturalista Geoffroy Saint-Hilaire, el geólogo Domie, el geógrafo Jomard y el ingeniero Conte. Aquellos hombres constituirían la base del Instituto de Egipto de Napoleón, una especie de academia de la ciencia —fue la primera de su tipo que estudió los monumentos del antiguo Egipto—, fundada el 22 de agosto de 1798, muy poco después de la invasión. Vivant Denon, pintor y favorito de la futura emperatriz Josefina, fue el primer director del Instituto, mientras que Gaspard Monge, el famoso matemático, se convirtió en su primer presidente.

Tal vez el lector recuerde que en el capítulo 1 dijimos que Monge era francmasón y un miembro destacado de la Logia parisiense de las

Nueve Hermanas. Intervino en la creación del llamado «calendario republicano», que, como también vimos en el capítulo 1, casi seguro que se confeccionó siguiendo el modelo del antiguo calendario civil egipcio, «calibrado» según la salida helíaca de Sirio. El 22 de septiembre de 1798 se publicó el primer volumen de la revista del Instituto de Egipto, con el título de *Décade égyptienne*, un nombre elegido por Monge para evocar el nuevo calendario republicano.

El 5 de marzo de 1798, Napoleón salió de París en dirección a Tolón para incorporarse a la flota que había reunido para emprender el viaje por mar hacia Egipto. El 21 de julio de 1798, Napoleón se enfrentó al ejército mameluco egipcio en la batalla de las Pirámides. Ya fuera deliberadamente o por casualidad, la cuestión es que las dos fechas están relacionadas directamente con Isis, su barca y su estrella. En la antigua Roma, el 5 de marzo marcaba la conocida fiesta de *Isis Navigum* o *Isis-Pharia*, en la cual una efigie de la diosa sentada en su barca era llevada en procesión por toda la ciudad, y el 21 de julio (juliano) era la fecha de la salida helíaca de Sirio. ¿Casualidad? Tal vez. De todos modos, volveremos sobre estas cuestiones en los capítulos siguientes.

El mapa de la antigua Alejandría

Después de Napoleón, el magnífico ejemplo del Instituto de Egipto impulsó al nuevo gobernante de Egipto, Mohamed Alí Pasha, a proporcionar fondos para la educación y la formación de los estudiosos egipcios en Francia. El más destacado fue el astrónomo Mahmoud el Falaki, más conocido como Mahmoud Bey, que fundaría el primer observatorio astronómico moderno de Egipto. Mahmoud Bey también se formó como ingeniero y geógrafo, una combinación que le sería muy útil en su «Proyecto Cartográfico de Alejandría» que llegaría más adelante, con el jedive Ismael, en 1865. Tal vez convenga destacar también que, gracias a sus numerosas aportaciones a la ciencia, como el registro gráfico de los fenómenos geomagnéticos y meteorológicos en todo el mundo, Mahmoud Bey se ha ganado el respeto y las alabanzas oficiales tanto de la Academia Francesa de la Ciencia como de la Academia Belga.

Durante su «Proyecto Cartográfico de Alejandría», Mahmoud Bey llevó a cabo excavaciones y, gracias a ellas, consiguió determinar que había habido once calles principales que corrían paralelas al ancho de la ciudad antigua y siete calles principales que también corrían parale-

las entre sí, pero perpendiculares a las otras once. Se confirmó que las dos arterias principales eran la Vía Canopus, que circulaba en sentido longitudinal, y Soma, que era transversal, con lo cual, como ya hemos observado, en su intersección se formaba una inmensa cruz.

Algunos arqueólogos europeos no tardaron en criticar el plano «nuevo» de la Alejandría antigua de Mahmoud Bey; sin embargo, según el doctor Jean-Yves Empereur, actual director del Centro de Estudios Alejandrinos de Egipto:

> [...] A pesar de las críticas que se le hicieron a finales del siglo XIX, los arqueólogos actuales siguen usando este plano. [...] Mahmoud el Falaki decidió publicar el plano en Copenhague en 1872, seis años después de terminarlo. Es un trabajo extraordinario, que refleja la gran cantidad de recursos que se utilizaron para producirlo, más eficaces todavía gracias al apoyo del jedive y a la sólida formación de su autor. Casi un siglo y medio después de su publicación, sigue sirviendo de referencia para los arqueólogos que trabajan en Alejandría.[39]

La Puerta del Sol y la Puerta de la Luna

Después de excavar varios hoyos y zanjas de prueba, Mahmoud Bey consiguió determinar que la Vía Canopus medía alrededor de 2.300 metros de largo y que su eje estaba orientado hacia un punto en el horizonte situado aproximadamente 24 grados al norte del Este.[40] Dos factores indican que esta alineación no era casual, sino que estaba relacionada con las ideologías astronómicas vigentes por aquel entonces. La primera, desde luego, es el ángulo conspicuo de 24 grados al norte del Este, que de inmediato llama la atención hacia una posible alineación solar cercana al solsticio de verano. El otro factor, puede que más evidente todavía, es que la puerta del lado oriental de la Vía Canopus recibía el nombre de «Puerta de Helios», es decir, «Puerta del Sol», que una vez más sugiere mucho una alineación solar. Los puntos de salida del sol en el horizonte oriental, vistos desde Alejandría, fluctúan entre los 28 grados al sur del Este (en el solsticio de invierno) y los 28 grados al norte del Este (en el solsticio de verano), mientras que el punto intermedio, el Este verdadero, coincide con el equinoccio de primavera y el de otoño.

En su *Vida de Alejandro*, Plutarco, el conocido escritor del siglo I, nos cuenta lo siguiente:

Alejandro nació el sexto día del *Hecatombaeon*, el mes que los macedonios llaman *Lous*, el mismo día que ardió en Éfeso el templo de Diana.

El *Hecatombaeon*, el primer mes del año griego, comenzaba el día de la primera luna nueva justo después del solsticio de verano. En consecuencia, numerosos cronólogos han calculado que Alejandro debió de nacer el 20 de julio (según el calendario juliano) o en una fecha muy próxima. Como también era la época del año en la que el sol sale en el signo del Zodíaco de Leo, esto podría explicar el poderoso simbolismo leonino que los escritores de la antigüedad asociaban con el nacimiento y con el carácter de Alejandro.[41]

Las persistentes relaciones mitológicas entre Alejandro y Diana, que ya hemos analizado, también tienen interés. Diana, la Artemisa de los griegos, se identificaba a menudo con la diosa egipcia Isis, la madre de Horus, el prototipo mítico de los faraones solares de Egipto, con los que Alejandro tenía mucho interés en identificarse. Por tradición se creía que aquellos «reyes Horus» nacían bajo la protección de la estrella Sirio, cuya salida helíaca era la señal celeste que divinizaba y legitimaba el reinado de cada uno de los futuros reyes de Egipto. Es un hecho astronómico verificable y, según nuestra opinión, es muy poco probable que se trate de una coincidencia que la salida helíaca de Sirio en tiempos de Alejandro ocurría el 20 de julio, vista desde la latitud de la antigua capital de Egipto: Menfis. Según la tradición, fue el propio Alejandro el que fijó el eje central de la futura ciudad de Alejandría, más tarde conocido como la Vía Canopus. También es poco probable que fuera casual que dicho eje resultara estar alineado aproximadamente 24 grados al norte del Este, apuntando al punto de la salida del sol el día de la salida helíaca de Sirio, a través de la llamada con toda propiedad «Puerta del Sol».

Hay que reconocer que Alejandro fue bastante promiscuo en su elección de antepasados divinos, porque sabemos que afirmaba que descendía de Dioniso y de Herakles, los dos relacionados con el dios egipcio Osiris, según Heródoto, uno de los autores preferidos de Alejandro. Teniéndolo en cuenta, destaquemos que, si prolongamos el eje de la Vía Canopus más hacia el horizonte, vemos que pasa por la antigua ciudad de Héraklion (que posteriormente quedó sumergida por un terremoto y hace poco fue resituada por arqueólogos submarinos en la bahía de Abukir). Por lo menos desde la época de Heródoto se sabía que en Héraklion había un templo dedicado a Herakles-Osiris.

Es posible que la Puerta de la Luna, situada en el otro extremo (el occidental) de la Vía Canopus, también tuviera connotaciones astronómicas relacionadas con el mito de Isis y Osiris. Hemos visto que Isis, así como también las numerosas reinas ptolemaicas que la emulaban, por lo general se representaban con el disco lunar completo o con una media luna encima de la cabeza, un motivo que seguían usando las diosas-reinas de Alejandría en la época grecorromana. Se sabe que Cleopatra se identificaba con Isis y la Luna y cuando tuvo gemelos, niño y niña, hijos de Marco Antonio, los llamó Selen (Luna) y Alejandro-Helio (Sol), en clara alusión a Isis y Osiris-Dioniso, así como también a la propia ciudad de Alejandría, con sus puertas del Sol y de la Luna. Para que haya luna llena, tiene que estar casi en oposición directa al sol, lo que parece explicar por qué el extremo occidental de la Vía Canopus se llamaba «la Puerta de la Luna» (Selene), mientras que el extremo oriental se llamaba «la Puerta del Sol».

Con tantas alineaciones simbólicas posibles, parecería probable, si no cierto, que la ciudad de Alejandría estaba consagrada a Isis o, más concretamente, a la figura de Isis-Faria, que encajaba a la perfección con el mito de Alejandro-Dioniso-Helio. De hecho, tan importante era Isis para Alejandría que se convirtió en su segunda divinidad protectora, por la que sentían la misma veneración que por su propio dios supremo especialmente inventado: Serapis. El lector recordará que en el capítulo 2 dijimos que dentro del complejo del gran templo de Serapis en Alejandría, el Serapeum, gran cantidad de gnósticos y los llamados «paganos» fueron masacrados por muchedumbres cristianas a finales del siglo IV de la era cristiana.

La creación de un dios universal

Cuando Alejandro Magno murió, durante su campaña en Babilonia, en el 323 a. de C., su vasto imperio se dividió en dominios más pequeños que se repartieron sus generales. Su mejor amigo, Ptolomeo, hijo de Lagos, heredó el reino de Egipto y fue coronado faraón en el 305 a. de C., tras la muerte de Alejandro IV, el hijo que Alejandro Magno había tenido con la princesa persa Roxana. Ptolomeo adoptó el nombre de «Sóter», que significa «salvador» y por eso es más conocido para los historiadores como Ptolomeo I Sóter.

Ptolomeo, hombre sabio e ilustrado, se propuso cumplir el sueño de Alejandro de convertir su ciudad, Alejandría, en un centro universal del

saber y la enseñanza. Recurrió como asesor principal a un sumo sacerdote egipcio de Heliópolis llamado Manetón, al que consultaba sobre todo lo relacionado con la religión, la historia y el protocolo. Manetón, que procedía de la ciudad de Sebennitos, en el delta, es más conocido para los egiptólogos por haber compilado una cronología de todos los faraones dinásticos y predinásticos que, en gran medida, se sigue usando actualmente como referencia. Es casi seguro que Manetón fue quien más contribuyó a crear al «nuevo» dios Serapis para la ciudad de Alejandría.

Parece que Ptolomeo I Sóter quería encontrar una divinidad ideal para los ciudadanos cosmopolitas de la ciudad universal de Alejandría, considerada entonces como símbolo de un Egipto regenerado que él, Ptolomeo, estaba destinado a gobernar. Naturalmente, la elección recayó en el dios egipcio más venerado, Osiris, o, para ser más concretos, como ya hemos visto en el capítulo 2, en una forma especial de Osiris conocida como Osiris-Apis, el *Wsr-Hapi* de los antiguos egipcios. Esto vinculaba a Osiris con el culto del dios buey Apis, un culto muy antiguo, cuyo centro principal estaba en Menfis, en el Bajo Egipto.[42] Según Heródoto, que estuvo en Egipto cuando este culto todavía prosperaba, el buey sagrado Apis era

> la cría de una vaca que no es capaz de concebir; según los egipcios, desciende un rayo del cielo sobre la vaca, que entonces pare a Apis. Esta cría, llamada Apis, presenta las siguientes características: es negra y tiene una marca blanca cuadrada en la frente y, en el lomo, la figura de un águila.[43]

De hecho, se decía que el buey Apis salía del vientre de una vaca sagrada llamada «Isis» y, cuando el buey Apis moría, se consideraba que se había convertido en Osiris. El egiptólogo George Hart afirma lo siguiente:

> Según los conceptos que se aplican al faraón muerto en el mundo subterráneo, Apis, al morir, se convertía en el dios Osiris. Es el buey sagrado de Menfis en su forma de Osiris-Apis lo que proporciona la naturaleza egipcia del dios híbrido creado durante el gobierno de los primeros faraones ptolemaicos y conocido como Serapis.[44]

La estrecha similitud entre el culto al buey Apis y el culto a Isis y Osiris es evidente, como también es ineludible la gran identificación entre

el ternero Apis y el niño Horus que, según la mitología egipcia, nacen del vientre de Isis: 1) el buey Apis se asocia con el rey Horus o el faraón vivo; 2) la vaca sagrada «Isis» queda preñada por mediación divina, del mismo modo que había quedado embarazada la diosa Isis; 3) la vaca sagrada «Isis» tuvo una sola cría, del mismo modo que Isis tuvo un solo hijo; 4) Apis se convierte en Osiris al morir, como se creía fervientemente que el rey Horus (el faraón) se convertía en Osiris después de su muerte. Hart también explica lo siguiente:

> El faraón se identifica mucho con las imágenes del buey Apis (con la noción inherente de fuerza y fertilidad), una característica antigua en la propaganda del rey dios, como se puede ver en las paletas de pizarra grabadas y en uno de los nombres utilizados en el protocolo real: «buey victorioso». Durante la celebración de su jubileo, una ceremonia relacionada con el rejuvenecimiento del poder del monarca, el faraón camina con paso ligero junto al buey Apis, que galopa a su lado. El ritual que se desarrollaba en Menfis está muy bien representado en un relieve que hay en un bloque procedente de una capilla desmantelada del templo de Karnak en Tebas.[45]

Diodoro Sículo, que estuvo en Egipto en el siglo I a. de C., nos ofrece una versión contemporánea del culto a Apis. Diodoro describe el funeral del buey Apis con unos términos muy similares a los del faraón:

> Cuando acaba el espléndido funeral de Apis, los sacerdotes que se han encargado de él buscan otro becerro, lo más parecido posible al anterior, y, cuando lo encuentran, ponen fin al duelo y a los lamentos; los sacerdotes que se designan para tal fin conducen al joven buey por la ciudad del Nilo y lo alimentan durante cuarenta días. A continuación lo ponen en una barcaza donde hay un camarote dorado y así lo transportan como un dios hasta Menfis. [...] Para adorar al buey dan este motivo: dicen que el alma de Osiris se transmite a un buey y, por consiguiente y hasta hoy, cada vez que se consagra el buey, el espíritu de Osiris se infunde en un buey tras otro, hasta la posteridad.[46]

El aspecto más decisivo de la religión mistérica del antiguo Egipto es que el hijo de Osiris, es decir, Horus, se reencarnaba perpetuamente en la persona del faraón que, al morir, se convertía en Osiris, mientras que su hijo mayor se convertía en el nuevo Horus vivo o, por decirlo de otra manera, cada faraón sucesivo era la encarnación viva de Horus, mientras que, al mismo tiempo (como ocurría con el buey Apis), se man-

tenía que su alma se convertiría en Osiris después de su muerte. Por consiguiente, se puede ver que la idea del nombre combinado «Osiris-Apis», que se transmutó en Serapis, partió de la idea de «Osiris-Horus» y, por tanto, se entiende que es el nombre supremo que simboliza la legitimidad y la divinidad del faraón que gobierna.

Precisamente así es como Alejandro Magno quería que el mundo lo viera y lo mismo pensó Ptolomeo cuando fue coronado sucesor de Alejandro en Egipto. En el verano del 323 a. de C., cuando Alejandro yacía moribundo en Babilonia como consecuencia de la malaria (empeorada por haber bebido mucho vino, para «curarla»), sus sacerdotes improvisaron en su campamento un templo de Osiris-Apis, es decir, de Serapis, con lo cual no nos queda más remedio que llegar a la conclusión de que Alejandro había abrazado aquel dios como propio. Según el diario real oficial que llevaba el escriba Eumenes,[47] el 4 de junio Alejandro sufrió un violento ataque de fiebre que duró varios días y el día 8 empezó a resultar evidente que se estaba muriendo:

> 8 de junio: La fiebre continúa. Los macedonios, pensando que estaba muerto, llegaron gritando hasta las puertas de su palacio e insistieron en verlo. Se abrieron las puertas. Todos pasaron en procesión delante de la cama. En silencio, [Alejandro] los saludó uno por uno, haciendo una señal con la cabeza o con los ojos. En el templo de Serapis, Peithon, Attalos y Demofón [camaradas de Alejandro] se turnaban para dormir, a la espera de un oráculo del dios que les dijera si tenían que transportar a Alejandro a su santuario para que lo curara. La fiebre duró toda la noche.
>
> 9 de junio: Persiste su estado [ahora el rey está en coma]. Cleomenes, Menidas y Seleuco, que se relevaban en el templo de Serapis para dormir y consultar al dios, volvieron a consultar al dios [el «padre» de Alejandro].
>
> 10 de junio: El dios dio su respuesta, que era que no llevaran a Alejandro al templo, ya que estaba mejor en el lugar donde descansaba. Sus camaradas así lo comunicaron a los soldados. Poco después, hacia el anochecer, Alejandro murió.[48]

El texto anterior da a entender que se había levantado un templo o santuario de Serapis en algún lugar próximo al palacio de Alejandro en Babilonia y que se consultó al dios por una cuestión de gran importancia, es decir, si convenía transportar el cuerpo de Alejandro al santua-

rio principal de Serapis, es decir, Osiris-Apis, que había en Egipto. Aparentemente, existe una anomalía en el texto que hace referencia a Serapis como el «padre de Alejandro», cuando sabemos que ese papel ya lo cumplía Amón de Siwa. Es posible que, al menos para los macedonios, no sea fácil distinguir entre Serapis y Amón, ya que, según la tradición egipcia, los dos eran «padres» de los faraones. Heródoto identifica claramente a Amón de Siwa con Zeus,[49] y sabemos que los alejandrinos también identificaban a Serapis con Zeus.

El laberinto de Serapis

El santuario principal del buey Osiris-Apis (Serapis) quedaba cerca de Menfis, en el Bajo Egipto, no lejos del complejo de la Pirámide Escalonada de Djoser en Saqqara. Allí, como mínimo a partir del 1400 a. de C., fueron enterradas sucesivas generaciones de bueyes Apis en inmensos sarcófagos de piedra, en un laberinto subterráneo conocido en la actualidad como el Serapeum (el mismo nombre que se aplicaba al templo de Serapis en Alejandría). Heródoto, que escribió sus *Historias* aproximadamente un siglo antes de la llegada de Alejandro a Egipto, es el primer extranjero que menciona el «templo de Apis». Es probable que siguiera funcionando hasta bien entrado el período cristiano, pero, en la Edad Media, el Serapeum había quedado completamente enterrado en la arena y el lugar donde se encontraba cayó en el olvido, hasta que, en 1850, fue redescubierto por el arqueólogo francés Auguste Mariette. Cuenta la historia que, mientras caminaba por el desierto cerca de Saqqara, Mariette tropezó con una de las numerosas pequeñas esfinges que, según el geógrafo antiguo Estrabón, flanqueaban el camino procesional que conducía al Serapeum. Posteriormente escribió lo siguiente:

> «Uno encuentra —dijo el geógrafo Estrabón (siglo I d. de C.)— un templo de Serapis en un lugar tan lleno de arena que el viento acumula las dunas, bajo las cuales vimos las esfinges, algunas semienterradas, algunas enterradas hasta la cabeza, con lo cual cabe suponer que no se podría llegar hasta este templo sin peligro, si te pillaba de pronto una tormenta de viento.» ¿No parecía que Estrabón hubiese escrito esta frase para ayudarnos a redescubrir, después de más de dieciocho siglos, el famoso templo dedicado a Serapis? Era imposible dudarlo. Todo parece indicar que aquella esfinge sepultada, compañera de las otras quince que había encontrado en Alejandría y en El Cairo,

formaba parte junto con ellas —está demostrado— de la avenida que conducía al Serapeum de Menfis.[50]

Inspirado por su descubrimiento, Mariette organizó un equipo de trabajo y, al cabo de pocas semanas, había dejado al descubierto la entrada al Serapeum, que, incluso hoy, sigue siendo un lugar de lo más impresionante e imponente. Está situado aproximadamente a un kilómetro al noroeste de la Pirámide Escalonada de Djoser y se accede a él desde el Este, mediante una pendiente que desciende hacia las entrañas del desierto de arena y roca. Lo primero que impacta es la inmensidad de aquel laberinto subterráneo, con sus corredores oscuros y desordenados que se extienden en varias direcciones, como un laberinto infernal construido para gigantes. En la actualidad hay iluminación eléctrica de bajo voltaje, pero aun así, si te dejan vagando solo por aquel extraño Hades, te entra una curiosa desazón, una suerte de pánico lento que se mezcla con la quietud misteriosa y sepulcral. Hay allí algo casi antinatural y algo casi sobrehumano, porque lo que se ve a lo largo de los inmensos túneles y corredores son docenas y docenas de enormes nichos hundidos, del tamaño de salones grandes, en los que se insertaban inmensos sarcófagos de granito que contenían los cadáveres momificados de los bueyes Apis. El tamaño y el peso de aquellos sarcófagos —algunos superan las sesenta toneladas y están tallados en un solo bloque de granito— disparan la imaginación, porque, al menos aparentemente, cuesta ver cómo los bajarían hasta allí en primer lugar y mucho más cómo se las ingeniarían para meterlos en los nichos. Da la sensación de que allí se celebraban misterios profundos y oscuros, cuya atmósfera persiste todavía, como el residuo cargado de un lugar donde, en palabras de los griegos antiguos, los hombres se transformaban en dioses.

El regreso de Alejandro

Nectanebo II (el «padre» de Alejandro, según algunas versiones legendarias) hizo construir su tumba relativamente cerca del Serapeum de Saqqara.[51] ¿Es posible que esto tuviera que ver con los extraños acontecimientos que se produjeron después de la muerte de Alejandro y con el dilema que se plantearon sus generales y sus oficiales con respecto al lugar al que había que llevar los restos de su heroico semidiós? Cuando todavía estaba en Babilonia, el cadáver de Alejandro fue preparado a la mane-

ra de los antiguos egipcios por unos embalsamadores llevados especialmente para realizar aquella tarea. A continuación, colocaron el cuerpo en un sarcófago dorado y se construyó un catafalco inmenso —según algunos testigos presenciales, tenía el tamaño de una casa sobre ruedas— para transportar al héroe divino muerto de vuelta a Egipto.

El viaje duró casi dos años. Cuando por fin llegó a los límites de Egipto, Ptolomeo lo recibió y el sarcófago dorado fue llevado a Menfis, donde fue enterrado cerca del Serapeum en una tumba suntuosa, como corresponde al héroe divino. Tan afianzada tenemos la idea de que la «tumba perdida» de Alejandro estaba oculta en Alejandría que por lo general produce sorpresa saber que su féretro estuvo por lo menos diez años, aun tal vez más, en Menfis, antes de que finalmente lo llevaran a Alejandría. En aquella época, la ciudad de Menfis seguía siendo la capital de Egipto y el templo de Heliópolis seguía funcionando como la escuela sacerdotal para el Estado. En cuanto al propio Ptolomeo, seguía siendo sátrapa, es decir, gobernador de Egipto bajo la autoridad de Alejandro IV, el hijo de Alejandro Magno con su esposa persa, Roxana. Sin embargo, en el 310 a. de C., cuando Alejandro IV tenía trece años, fue asesinado y la sucesión no se había establecido. En tales circunstancias, cinco años después, Ptolomeo aprovechó la ocasión y se declaró faraón de Egipto en el año 305 a. de C.

Cabe suponer que Ptolomeo hizo trasladar el sarcófago dorado de Alejandro y, con él, el culto a Serapis-Osiris-Apis, a la recién construida ciudad de Alejandría con la intención de afianzar y simbolizar su propia legitimidad como verdadero sucesor de Alejandro Magno. También es probable que en aquella ocasión se llevara el germen de la futura Gran Biblioteca de Alejandría desde la gran biblioteca del templo de Heliópolis.

De aquella manera, por tanto, Alejandría se convirtió en la nueva capital de Egipto y creó la gran chispa de ilustración que iluminaría al mundo occidental durante el período del Renacimiento.

Una gnosis especial

Hace tiempo que se reconoce que los antiguos egipcios no tenían una religión, al menos no en el sentido que le damos al término en la actualidad, y, si bien los egiptólogos hablan mucho de la «religión» egipcia y nosotros también lo hacemos en este libro, la verdad es que esta pala-

bra no figura en el vocabulario de los antiguos egipcios: sencillamente, no existe. El destacado egiptólogo y filólogo Alan H. Gardiner explica lo siguiente:

> Desde el punto de vista de los egipcios, podemos decir que no había nada semejante a una «religión», sino sólo *heka*, cuyo equivalente más cercano es «poder mágico».[52]

Todo lo que sabemos acerca de los monumentos y los textos del antiguo Egipto nos induce a suponer que debían creer que *heka*, es decir, los poderes mágicos, se adquirían mediante un proceso muy intenso de aprendizaje espiritual e intelectual que incluía iniciaciones complejas y secretas. *Heka* era una especie de ciencia sagrada —nosotros preferimos llamarla «una gnosis especial»— y se suponía que era un don de Thot, el dios de la sabiduría del antiguo Egipto, el Hermes Trismegisto de los griegos. Según el egiptólogo británico Patrick Boylan, catedrático de lenguas orientales del University College de Dublín:

> Thot [...] es el dios de la sabiduría y ordenador del cosmos. Su palabra hace que las cosas existan [...] [y está] dotada de poderes mágicos. La magia siempre presupone una gnosis especial. El mago afirma que posee un conocimiento superior y más profundo de la naturaleza secreta de las cosas y la conexión oculta que mantiene las cosas unidas. Él es el sabio y sus palabras tienen poder para controlar las fuerzas misteriosas y para conjurar los peligros invisibles. Y el mago hace todo esto con el poder de su gnosis especial.[53]

Se dice que esta gnosis especial o conocimiento mágico había sido reunido por Thot y escrito en los libros sagrados que, según una leyenda hallada en el Libro de los Muertos de los egipcios, fueron llevados al templo de Heliópolis por la diosa Hathor, cuya estrella, como recordará el lector, era Sirio.[54] Encontramos una leyenda bastante parecida, que relaciona a Thot y sus libros sagrados con la ciudad de Heliópolis, en el Papiro Westcar. En este texto de tres mil quinientos años de antigüedad se narra la historia de un mago que llegó a la corte del faraón Keops [ese es su nombre en griego; en egipcio, se llamaba Jufu], el legendario constructor de la Gran Pirámide de Gizeh. Keops tiene mucho interés en hallar la cámara secreta de Thot (donde se suponía que se guardaban los libros mágicos) para diseñar su pirámide y el mago le dice que la encontrará en Heliópolis, en algo así como un almacén o biblioteca o

sala de escritos y documentos.[55] Por consiguiente, esta historia asocia la idea de la pirámide con el conocimiento mágico de Thot, un conocimiento, como veremos, que estaba conectado específicamente con los astros. El egiptólogo y escritor francés Christian Jacq afirma lo siguiente:

> Es probable que el mayor centro de magia de Egipto fuera la ciudad sagrada de Heliópolis, la ciudad del sol, donde se desarrolló la teología más antigua. Allí se preservaron numerosos papiros, «mágicos» en el sentido más amplio de la palabra, que incluían textos médicos, botánicos, zoológicos y matemáticos. La mayoría de los filósofos y eruditos griegos viajaban a Heliópolis para estudiar parte de aquellos conocimientos.[56]

A continuación, Jacq afirma que tanto en Heliópolis como en otros centros de aprendizaje similares se practicaba la «ciencia más sagrada que requiere especialistas formados durante muchos años para captar las fuerzas más secretas del universo».[57] Todo indica que el aspecto más importante de esta «ciencia sagrada» o gnosis especial se basaba en la creencia de que las influencias y los poderes de las estrellas de algún modo se podían hacer descender a la tierra. Como han señalado Christian Jacq y otros, la gran estructura de la ciencia sagrada del antiguo Egipto se basaba en la convicción ferviente de que se podía imbuir a objetos inanimados, como amuletos, estatuas, santuarios, monumentos, templos y hasta ciudades enteras, de la esencia divina de los dioses estelares que se aprovechaba aplicando *heka*, es decir, la magia.

Por lo general, en el siglo XXI la civilización occidental no cree en la magia. No ocurría lo mismo con las civilizaciones anteriores y una de las más destacadas fue la del antiguo Egipto. Sin embargo, lo que ellos entendían por *heka* no coincide necesariamente con las ideas modernas sobre la magia y, por consiguiente, hay que definirlo con toda claridad. Según la difunta Frances Yates, de la Universidad de Londres, que dedicó toda su vida al estudio de estas cuestiones:

> El tipo de magia al que nos referimos no tiene nada que ver con la astrología, que no es magia, necesariamente, sino una ciencia matemática basada en la convicción de que el destino humano está regido por los astros de forma irrevocable y que, por consiguiente, a partir del estudio del horóscopo de una persona, de la posición de los astros en el momento de su nacimiento, se puede predecir su futuro, predestinado de forma irrevocable. Esta magia es astrológica sólo en el sentido de que también se basa en los astros, sus imágenes y sus

influencias, pero es una manera de huir del determinismo astrológico, al adquirir poder sobre los astros, orientando sus influencias hacia donde el operador lo desea, o, en el sentido religioso, es una forma de salvación, de huida de la fortuna material y el destino, o de llegar a comprender lo divino. Por consiguiente, hablar de «magia astrológica» no es una descripción apropiada, de modo que, a falta de un término mejor, a partir de ahora lo llamaré «magia astral».[58]

Como veremos en el capítulo siguiente, Frances Yates no se refería aquí a la «magia astral» del antiguo Egipto, sino, más concretamente, al renacimiento de la religión mágica egipcia durante el Renacimiento italiano, aunque también se podría haber referido al propio antiguo Egipto, porque la definición que da abarca precisamente el tipo de «magia astral» que parece haber existido en Egipto desde tiempo inmemorial.

Una época de cambio

En los años que siguieron a la coronación de Ptolomeo I Sóter como sucesor de Alejandro Magno, la ciudad de Alejandría comenzó a prosperar. Primero se construyó una tumba magnífica para albergar el féretro de Alejandro y a continuación se planearon varios monumentos y proyectos religiosos, entre los que destacan el Faro (una de las maravillas del mundo antiguo), el gran complejo de templo y biblioteca de Serapis (el Serapeum alejandrino) y, desde luego, la legendaria Biblioteca de Alejandría.

Precisamente en el Serapeum alejandrino los ptolomeos regeneraron el culto a Serapis, el dios supremo universal, y se erigió una estatua inmensa de Serapis, mientras que en Faros, como ya hemos visto, se construyó un gran templo dedicado a Isis, «consorte» de Serapis, pero entonces especialmente diseñada en aquella ciudad marítima nueva como Isis-Faria.

En cuanto a la famosa Biblioteca, estaba dedicada a las siete musas o hermanas, patronas de la música y las artes. Lo más probable es que buena parte de la colección de la biblioteca original procediera de otras partes de Egipto, sobre todo de Heliópolis y Menfis, donde se había guardado desde tiempo inmemorial en las bibliotecas de los templos del antiguo Egipto. También se importaron obras de filosofía, religión, ciencia y arte de otras partes del mundo, sobre todo de Grecia. Además Ptolomeo I Sóter puso mucho interés personal en conseguir que le llevaran un ejemplar del Antiguo Testamento de los hebreos y, por pri-

mera vez, lo hizo traducir al griego, con lo cual lo puso al alcance del mundo no judío. De este modo, comenzó a girar en Alejandría un increíble torbellino intelectual y espiritual, cuyo resultado sería la creación de una filosofía religiosa mágica aún más poderosa, que se atribuiría a Hermes Trismegisto, el nombre que daba al dios egipcio de la sabiduría, Thot, la población grecoegipcia de Alejandría.

En los siglos siguientes, como veremos, la tradición mágica del antiguo Egipto se vestiría con un atuendo griego y se introduciría de forma subliminal en Europa occidental.

Metamorfosis

En el 586 a. de C., el rey babilonio Nabucodonosor II tomó Jerusalén y provocó la expulsión en masa de los judíos, muchos de los cuales se refugiaron en Egipto. La evidencia de la presencia judía en Egipto por aquella época se extiende desde la zona del delta del Nilo, en el norte, hasta el lejano sur, en Elefantina, cerca de Asuán. Además, dos siglos después, cuando Ptolomeo I Sóter asumió el control de Palestina y Jerusalén, regresó con mercenarios judíos y animó a los judíos a establecerse en la ciudad de Alejandría, recién fundada. En el siglo I a. de C., durante el reinado de la legendaria Cleopatra, la última gobernante de la dinastía ptolemaica, los judíos que habían adoptado la lengua y las costumbres griegas constituían un sector importante de la población de Alejandría y fueron, sin duda, los judíos de Egipto los que consiguieron que una religión monoteísta patriarcal que aborrecía los ídolos y las estatuas comenzara a apoderarse de la tierra antigua de los faraones.

En el año 30 a. de C., las legiones romanas de Octavio (César Augusto) llegaron a las puertas de Alejandría para desafiar a su archienemigo, Marco Antonio. En el interior de la ciudad, prácticamente indefensa, reinaban el pánico y el caos. Las fuerzas armadas, comandadas por Antonio y Cleopatra, habían sufrido una derrota decisiva en la batalla de Actium y entonces cualquier acto de resistencia a Octavio no sería más que una bravuconada absurda. De hecho, cuando Marco Antonio, en un momento de locura heroica, había intentado una carga valiente contra las legiones romanas de Octavio, se encontró con que sus propios hombres desertaban y aclamaban a Octavio como su verdadero líder. Abandonado así, pero todavía incapaz de hacer frente a la derrota, Marco Antonio se suicidó: suplicó al último de sus soldados leales

que lo matara. Cuando Cleopatra se enteró, decidió que no se dejaría capturar viva por Octavio y cometió el suicidio más famoso de la historia, al dejarse picar por un áspid mortífero.

De aquel modo llegaron abruptamente a su fin tres mil años de civilización faraónica. De inmediato, Octavio declaró que Egipto era una provincia romana y el poder de los césares cayó sobre aquella tierra antigua y sagrada como un mazo gigantesco. En pocos años, Egipto quedó reducido a un mero granero para alimentar a las legiones romanas.

Alarmados ante los cambios que se introducían a su alrededor, sin duda lo que más temían los sacerdotes egipcios era la extinción de su religión mágica. Durante los tres siglos de gobierno ptolemaico, el culto al templo de los antiguos egipcios no sólo había sobrevivido, sino que había recibido el respaldo activo del Estado y se había fortalecido en todas partes. Esto se debía a que su gran antigüedad tenía un atractivo poderoso, casi encantador para los ptolomeos, que consideraban que cuadraba a la perfección con sus propias mitologías e ideas sobre lo divino. De hecho, la religión mágica del antiguo Egipto había dado gran impulso al sueño universal de los ptolomeos y, como muchas otras cosas, calzaba como un guante a la ciudad de Alejandría. Para los romanos, en cambio, aquella conexión no era más que otra fuente de poder político para dirigir a Egipto y sus recursos con eficiencia. Es cierto, desde luego, que los emperadores romanos se nombraron a sí mismos «faraones» y que incluso adoptaron la religión de Serapis e Isis. También restauraron templos y construyeron otros nuevos en honor de las divinidades egipcias; la restauración del emperador Tiberio devolvió al famoso templo de Dendera su aspecto actual.[59] Sin embargo, nada de esto conquistó a los egipcios y mucho menos a sus sacerdotes, que sabían que, con los romanos, era inevitable que las cosas fueran muy diferentes. Los ilustrados ptolomeos se veían como sucesores de la tradición faraónica egipcia, mientras que los romanos habían llegado como conquistadores y señores. El doctor Jill Kamil, experto en copto, señala lo siguiente:

> La institución de la monarquía sacrosanta, una característica fundamental en la época faraónica que varias dinastías posteriores (como la ptolemaica, por ejemplo) habían conservado, se perdió en la época romana. Aunque los emperadores reivindicaran su naturaleza divina, fueron sus prefectos los que gobernaron Egipto, redujeron el prestigio de los sacerdotes y presionaron a la población. Trasvasaron a Roma la riqueza del país y reclutaron a egipcios para luchar por Roma en otros países. Los egipcios, que habían aceptado el régimen ptolemaico,

se resistieron a Roma. No cuesta ver la diferencia entre ellos. Con los ptolomeos, Egipto había conservado su integridad y tenía una economía estable. Con los romanos, el país perdió su identidad y se empobreció. No era más que un patrimonio privado del emperador y un paraíso para las clases altas romanas.[60]

Al principio, con los romanos hubo cierta apariencia de prosperidad y hasta una sensación de protección,[61] pero en general la situación no beneficiaba a los propios egipcios. La riqueza obtenida de la agricultura alimentaba las guarniciones romanas y llenaba las arcas del tesoro de Roma y, si los romanos construían algún templo nuevo o un proyecto hidráulico, lo hacían por motivos estratégicos y para fortalecer el control político y militar que ejercían en Egipto. Los egipcios —entonces eran un pueblo mezclado con griegos y judíos egipcios— no tardaron en sublevarse. En el 115 d. de C., los romanos aplastaron con brutalidad una revuelta inmensa, encabezada, aparentemente, por los judíos. Habría otra masacre en Alejandría durante la estancia del emperador demente Caracalla, en el 215 d. de C., cuando los impetuosos alejandrinos lo acusaron de haber asesinado a su hermano. Y hubo una revuelta más grave todavía en el 297 d. de C., que en aquella ocasión sofocó con firmeza el emperador Diocleciano, que reconquistó Alejandría tras ocho meses de asedio.

Sin embargo, no todas las visitas imperiales fueron agresivas. Hubo un tiempo en que el emperador Vespasiano estuvo en Alejandría y, como Alejandro Magno antes que él, fue proclamado «hijo de Amón» e incluso la «reencarnación» de Serapis. Vespasiano se lo tomó tan en serio que parece que recorría las calles de Alejandría obrando «milagros» y en una ocasión devolvió la vista a un ciego.[62]

También hubo una visita relativamente pacífica de Adriano a Alejandría y a Tebas, en el Alto Egipto, en el 130 d. de C. Mientras Adriano estuvo en Egipto, su compañero y amante favorito, un joven llamado Antínoo, se ahogó en el Nilo, tras lo cual Adriano enseguida ordenó que se construyera una ciudad cerca del lugar de la tragedia, que se llamaría Antinoópolis. Adriano también nos dejó una observación de gran valor con respecto al culto a Cristo y a Serapis en Alejandría, cuando escribió lo siguiente a Serviano, el gobernador de la ciudad:

> ¡Alaba a Egipto, queridísimo Serviano! Conozco el país de arriba abajo. [...] En él, los adoradores de Serapis son cristianos y los que se llaman a sí mismos obispos de Cristo hacen votos a Serapis. [...] Cada vez que el propio patriarca viene a Egipto, algunos lo hacen adorar a Serapis y otros a Cristo.[63]

En medio de un sincretismo religioso tan alarmante y expuestos a la amenaza constante del libertinaje y la crueldad caprichosos de los emperadores romanos, los sacerdotes egipcios debieron de hacer una pausa para reflexionar. Hasta entonces habían conseguido algo que no habían imaginado ni en sueños: garantizar la supervivencia de su antiquísima religión mágica adaptándose y convirtiendo a los ptolemaicos, pero entonces los romanos les parecían un peligro mucho más serio y puede que incluso insuperable. Cuando los romanos llegaron a Egipto en el año 30 d. de C., hacía tiempo que existía una ósmosis intelectual y literaria entre los griegos y los egipcios cultos, muchos de los cuales eran sacerdotes, escribas y funcionarios relacionados con el culto del templo. El doctor Kamil explica lo siguiente:

> Las lenguas de uso oficial en Egipto eran el griego y el egipcio, pero el primero era el que más se usaba. Los egipcios instruidos habían aprendido griego mucho antes de la conquista de Alejandro y además se dieron cuenta de que, si transcribían su propia lengua con el alfabeto griego, que era muy conocido entre la clase media y resultaba más fácil de leer que el demótico (la forma cursiva de la escritura jeroglífica en su etapa más avanzada), la comunicación sería más sencilla. Los escribas comenzaron a transcribir los sonidos egipcios en griego y añadieron varias letras más del alfabeto demótico para aquellos sonidos para los que no existían letras griegas. Esta nueva forma de escritura [es lo] que hoy se conoce como «copto».[64]

Se había alentado mucho el intercambio de ideas y obras escritas y los primeros ptolomeos, como Sóter y Filadelfo, llegarían incluso a decretar que las principales obras egipcias de las bibliotecas de los templos se tradujeran al griego, la lengua franca de Egipto y los países vecinos.[65] Como ya hemos destacado, cuenta la tradición que Ptolomeo I Sóter también encargó a setenta y dos eruditos judíos que tradujeran el Antiguo Testamento al griego, una versión que actualmente se conoce como el *Septuagint*, en el que se basarían las traducciones futuras al latín.

No es extraño que comenzara a surgir en Alejandría una mutación espiritual e intelectual muy poderosa, que acabó por producir una filosofía «neoegipcia» del conocimiento que sus habitantes cosmopolitas no tardaron en adoptar. Uno de sus elementos fue el gnosticismo cristiano, que hemos analizado en detalle en el capítulo 2, y que está muy bien representado en los textos de Nag Hammadi que se conservan. Otro elemento muy relacionado, pero con su propio carácter distintivo, fue la literatura her-

métida pagana que hemos examinado en capítulos anteriores. Según Jill Kamil, son precisamente aquellos textos herméticos, compilados también en Alejandría en los tres primeros siglos de la era cristiana, los que mejor resumen los anhelos intelectuales y espirituales de aquel período:

> Por consiguiente, si bien gobernaba Egipto una élite que hablaba griego y el grueso de la población era en su mayor parte analfabeta, había una comunidad bilingüe que era multinacional. En ninguna otra parte se demuestra esto con mayor claridad que en una colección de tratados sincréticos conocida como el *Corpus Hermeticum*. Se supone que el autor del corpus fue Thot, el dios de la sabiduría del antiguo Egipto, que, con su nombre griego de Hermes Trismegisto, dio nombre a la compilación. Los textos herméticos —algunos se redactaron en griego y otros se tradujeron del egipcio al griego— eran una mezcla de tratados semifilosóficos sobre la sabiduría y la literatura divinas del antiguo Egipto y las enseñanzas esotéricas, que incluían conceptos cosmológicos y misticismo. Esta literatura nos permite apreciar lo mejor posible las maneras variadas y sutiles en que se manifestaba la conciencia de lo divino en toda la amalgama cultural de Egipto.[66]

Ya hemos visto las consecuencias que trajo la irrupción de esta literatura hermética extraña y misteriosa en el panorama europeo en 1460. Vamos a situarla ahora en sus orígenes en el ambiente intelectual y cultural correspondiente junto a la fuerza emergente del cristianismo, tanto en su forma gnóstica como en la «literalista».

Los tres elementos principales

En torno al año 30 d. de C., alrededor de sesenta años después de que César Augusto invadiera Egipto, dicen que un hombre llamado Jesús, procedente de la ciudad de Nazaret, fue crucificado en Jerusalén. Aquel dato (que Cristo fuera un hombre, además de un dios) es fundamental para la Iglesia católica. Por otra parte, el lector recordará que en el capítulo 2 dijimos que los gnósticos tenían una opinión totalmente diferente, que no admitía la encarnación física de Cristo. ¿Quién va a decir, al cabo de dos mil años, cuál de las dos partes tenía razón y cuál se equivocaba, si Cristo era un hombre o una aparición o si jamás existió de ninguna manera? De lo que no cabe ninguna duda es de la existencia del cristianismo y de que ha dado forma al mundo en que vivimos. Sin embargo, el pro-

pio Cristo nos sigue resultando esquivo y no se puede decir que haya nada en la historia de su vida y de su muerte o ni siquiera de lo que pasó con sus discípulos durante los treinta primeros años después de su muerte que esté confirmado como un hecho histórico incontestable.

Según la tradición, san Marcos fue a Roma y en aquella ciudad escribió su famoso Evangelio. A continuación, durante el reinado del emperador Nerón, aproximadamente en el año 60 d. de C., salió de Roma y se dirigió a Alejandría en misión apostólica para convertir a los egipcios. En tiempos de Nerón, ya había comenzado en Roma la gran persecución de los cristianos, de modo que Egipto no sólo era un lugar más seguro, sino también —puede que sobre todo— era el momento oportuno para que su misión tuviera éxito. Y así fue, superando con creces todo lo que san Marcos hubiera podido soñar.

Según la tradición copta egipcia, la primera persona a la que san Marcos convirtió al cristianismo en Egipto fue un zapatero judío de Alejandría. No importa demasiado si esto es cierto o no, pero lo principal es que hace hincapié, sin duda, en el hecho de que la numerosa población judía de Alejandría habría sido un objetivo evidente para su conversión a un nuevo culto judeo-mesiánico. Es posible y en realidad muy probable que algunos de los primeros seguidores de Jesús (fuera quien fuese aquella figura misteriosa) se refugiaran en Egipto y constituyeran allí el primer núcleo de adeptos protocristianos. Por consiguiente, como es natural, las conversiones comenzaron dentro de la población judía y después se fueron extendiendo poco a poco a la población indígena y también a la grecorromana.

Aquel proceso, cuyo avance fue casi natural, tuvo la consecuencia inevitable de producir una variedad de facciones religiosas en Alejandría. Desde el comienzo mismo, dos elementos clave fueron los cristianos gnósticos por una parte, que solían dar una interpretación simbólica o alegórica de las Escrituras, y, por la otra, los cristianos «literalistas», que les daban una interpretación literal. Ya hemos hablado bastante de los dos en el capítulo 2.

Un tercer elemento importante resistió la oleada cristiana y se mantuvo pagano, conservando muchas de las creencias originales del antiguo Egipto, pero expresadas entonces en griego, con rituales estructurados para adeptos que hablaran griego. Eran los hermetistas, así llamados, como sabemos, porque seguían las enseñanzas de Hermes Trismegisto, el álter ego de Thot, el dios de la sabiduría del antiguo Egipto. Vilipendiados y aborrecidos por la Iglesia católica, los gnósticos

y los herméticos encontraron los unos en los otros un vínculo común, que era la búsqueda de la salvación y la iluminación espiritual a través del conocimiento divino, es decir, de la gnosis. Aunque la Iglesia etiquetaba a los gnósticos de «herejes» y a los herméticos de «paganos», a los dos los consideraba enemigos igual de peligrosos y los dos fueron perseguidos, por consiguiente, con la misma ferocidad.

Ya hemos visto en el capítulo 2 que la persecución alcanzó el momento culminante a finales del siglo IV d. de C., cuando el emperador cristiano Teodosio clausuró todos los templos «paganos» de Egipto. Tanto los gnósticos como los paganos fueron perseguidos y obligados a marcharse al desierto, sus lugares de culto fueron destruidos o «convertidos» en iglesias católicas y sus libros fueron confiscados y quemados. Sin embargo, parece que los dos grupos habían tomado precauciones para asegurar que sus textos sagrados y sus tradiciones antiguas no desaparecieran del todo.

En el capítulo 2 seguimos la historia del gnosticismo y de cómo sobrevivió como una tradición viva hasta la destrucción de los cátaros y los bogomilos en los siglos XIII y XIV d. de C. En aquel capítulo hablamos también de la historia de los textos gnósticos de Nag Hammadi, de que estuvieron perdidos para el mundo durante dieciséis siglos, de su milagrosa recuperación en 1945 y de sus repercusiones para entender el cristianismo.

Los textos herméticos, los llamados escritos de Hermes Trismegisto, vieron la luz bastante antes. Se habían sacado ejemplares de Egipto de forma clandestina, probablemente durante el siglo V o el VI, y algunos llegaron a Bizancio y Macedonia. Una colección completa pasaría de mano en mano y, aunque se volvió a copiar varias veces, de todos modos siguió siendo esencialmente igual durante mil años hasta que, como ya hemos descrito, un monje italiano avejentado se dio cuenta de su importancia y se la llevó a Cosme de Medici.

Gracias al respaldo inmediato de Cosme, el hombre más adecuado de aquella época para reaccionar ante un descubrimiento semejante, el mensaje hermético emprendió una carrera renacentista rutilante que infiltró su simbolismo hasta los mismísimos aposentos del papa antes de finales del siglo XV. Donde el gnosticismos cristiano había sido aplastado por completo en Occitania después de haber resurgido como catarismo, ¿es posible que la rama «pagana» de la gnosis alejandrina (es decir, el hermetismo) estuviera a punto de conseguir derrocar a la odiada tiranía de la Iglesia católica?

6

El profeta de Hermes

«En la última parte del siglo XVI, en una Europa devastada por las espantosas guerras y persecuciones provocadas por el conflicto entre la Reforma y la reacción católica [...], los hombres se volvieron hacia la religión hermética del mundo para que los ayudara a superar aquellos conflictos.»

FRANCES YATES, *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1991, p. 203

«Tal vez vuestro temor al dictar sentencia sobre mi persona sea mayor que el mío al conocerla.»

Respuesta de Giordano Bruno a los cardenales de la Inquisición, cuando lo condenaron a morir quemado en la hoguera, según relató un testigo presencial del juicio, Gaspar Schopp, en enero de 1600

«Algunos dicen que, con su muerte, acabó el Renacimiento.»

Acerca de Giordano Bruno, en Kenneth J. Atchity, *The Renaissance Reader*, HarperCollins, Londres, 1996, p. 253

Durante la crisis de los cátaros, en los siglos XII y XIII, la Iglesia católica se vio obligada a competir con los niveles elevados de conducta y moralidad establecidos por los «perfectos» cátaros, pero la presión desapareció una vez aplastados los herejes y en el siglo XVI la reputación del Vaticano se había vuelto a empañar mucho, no sólo por los continuos excesos y horrores de la Inquisición, que atravesaba una etapa de

renovado frenesí, sino también por los numerosos escándalos de los llamados «papas malos», entre los que destaca (como ya hemos visto) el papa Borgia Alejandro VI, por su singular comportamiento, por no hablar de las intrigas y la crueldad homicida de sus dos hijos, César y Lucrecia Borgia, ni de las fiestas desenfrenadas y las orgías que se celebraban en el Vaticano.

Como consecuencia de toda aquella disipación, muchos europeos comenzaron a dudar del papado. La duda provocó primero el desprecio, a continuación una protesta cautelosa y, por último, una revuelta descubierta de grupos «protestantes» fuera de Italia. La ofensiva principal del movimiento estuvo encabezada en Alemania por un pastor rural, Martín Lutero, en un osado intento por arrebatar al cristianismo de las garras del papado romano.

Se produjo una matanza espantosa en los lugares donde los ejércitos católicos y los protestantes combatieron durante décadas. Al comenzar la segunda mitad del siglo XVI, muchos estaban totalmente asqueados por el terrible derramamiento de sangre y la destrucción y habían comenzado a esperar la llegada de un salvador o un paladín capaz de volver a unir Europa en paz y prosperidad. En el año 1569, todas las miradas estaban puestas en los Borbones del reino de Navarra y en Francia, donde la crisis religiosa entre católicos y protestantes (conocidos como «hugonotes») estaba llegando a un momento decisivo.

Catalina de Medici sube y sube

En 1569, al frente de la «liga» militar católica estaba el rey francés, Carlos IX, aunque en realidad buena parte del poder de este monarca débil y enfermizo recaía en su madre, Catalina de Medici, una mujer ambiciosa y dominante. Nacida en 1519 en el seno de aquella familia florentina poderosa e influyente, Catalina era hija de Lorenzo de Medici, duque de Urbino, y de Madeleine de la Tour d'Auvergne, que estaba relacionada con la familia real francesa. Quedó huérfana a una edad temprana y en una ocasión fue retenida como rehén cuando una muchedumbre furiosa de florentinos que se alzó contra el papado atacó y ocupó el palacio de los Medici. Recibió una educación esmerada en los conventos de la ciudad durante el asedio de Florencia hasta que finalmente fue liberada y llevada a Roma, cuando su belicoso tío, el papa Clemente VII (Julio de Medici), sofocó la rebelión en Florencia. Entonces

el papa negoció con el rey de Francia, Francisco I, para que Catalina (que entonces apenas tenía catorce años) se casara con el segundo hijo del rey, Enrique de Orleans.

Deseosa de causar buena impresión en la corte francesa, para contrarrestar su estatura (más bien escasa) y su semblante (no demasiado agraciado), la joven Catalina de Medici consultó a un artesano florentino, que le presentó el primer ejemplo de un par de zapatos modernos de tacón alto, que provocaron un buen revuelo a su llegada. Aunque enseguida desagradó a los franceses, llegó a ser su reina cuando murió el hijo mayor de Francisco I y ocupó el trono su esposo, Enrique de Orleans, que fue coronado como Enrique II. Mientras tanto, Enrique mantenía una relación apasionada con Diana de Poitiers, una cortesana de una belleza deslumbrante, veinte años mayor que él. A pesar de todo, Catalina de Medici le dio nada menos que diez hijos; tres de ellos murieron en el parto y otros tres estaban destinados a convertirse en reyes de Francia: Francisco II, Carlos IX y Enrique III.

El odio de Enrique II por los hugonotes protestantes de Francia y la violenta represión que les impuso acabó por provocar una guerra civil total. Murió de un horrible accidente en una justa en 1559 y a partir de entonces Catalina de Medici comenzó un largo reinado de corregencia con sus hijos: primero con Francisco II, que murió un año después, en 1560; a continuación con su segundo hijo, Carlos IX, que murió en 1574, y por último con Enrique III, que murió en agosto de 1589, apenas unos meses después de la muerte de la propia Catalina, en enero del mismo año.

Al principio, Catalina había oscilado entre los hugonotes y los católicos en su afán por llevar la paz a Francia e incluso llegó a concertar una boda entre su hija Margarita y Enrique de Navarra, el gallardo príncipe Borbón protestante y futuro Enrique IV de Francia. El reino de Navarra, situado en el norte de España, estaba gobernado por una dinastía de bribones franceses, los Borbones, enemigos implacables de la liga católica. La madre de Enrique, Juana de Albret, reina de Navarra, era una devota protestante y se encargó de que su hijo siguiera sus pasos. Con la formación militar que recibió de Gaspar de Coligny, un hábil general protestante de Navarra, Enrique de Navarra resultó un estratega militar natural, que se lució en el combate mano a mano desde la tierna edad de dieciséis años, cuando encabezó en persona la primera carga de caballería de los hugonotes contra los católicos en la batalla de Arnay-le-Duc. Finalmente, en 1570, Catalina de Medici, reina de Francia, y Juana

de Albret, reina de Navarra, firmaron un precario tratado de paz y se propuso una boda entre la hija de Catalina, Margarita de Medici, y el valiente hijo de Juana, Enrique de Navarra. Tras prolongadas negociaciones entre las dos reinas rivales, se llegó a un acuerdo en 1572 y se organizó que la boda se celebrara en París. Sin embargo, poco después de su llegada a París, en junio, la reina de Navarra falleció de repente de una infección pulmonar, de modo que su hijo Enrique se convirtió en el nuevo rey de Navarra. Él y Margarita de Medici contrajeron matrimonio el 18 de agosto de 1572, pero Enrique se negó a asistir a una misa católica con la familia real francesa después de la boda. Pocos días después se produjo uno de los acontecimientos más truculentos de la historia, unos «días de infamia» que aplastaron toda la esperanza de paz entre los hugonotes protestantes y los católicos en Francia.

La matanza del día de San Bartolomé

Durante la boda real de Enrique y Margarita, miles de hugonotes, incluido el famoso primo de Enrique, el duque de Condé, habían acudido a París para los festejos. Comenzó a extenderse el rumor acerca de un complot contra Catalina de Medici, que instó a su hijo, Carlos IX, débil mental, a actuar con rapidez y severidad contra los hugonotes. Entonces hubo un intento de asesinar al duque de Condé, que desencadenó una inmensa revuelta contra Catalina; a su vez, la Guardia Real recibió la orden de atacar a los hugonotes desprevenidos. A continuación se desató una masacre terrible y las calles de París, según se dijo después, se llenaron de sangre hasta las rodillas. Aquel genocidio horripilante ha pasado a la historia como la «matanza del día de San Bartolomé», porque tuvo lugar el 24 de agosto, en la festividad de este santo.

Con unos acontecimientos tan cargados como fondo, Enrique de Navarra se encontró prisionero de la catoliquísima familia real francesa en la que había ingresado por su matrimonio. En un intento por salvar su propia vida, así como también la causa protestante, hizo ver que abandonaba el protestantismo. Después de convencer a la astuta Catalina de Medici de que se había convertido al catolicismo sinceramente, Enrique finalmente logró escapar tres días después a su reino de Navarra, donde formó un ejército contra los católicos.

Mientras tanto, Carlos IX murió y le sucedió Enrique III, el último hijo de Catalina y su favorito. Distante y aparentemente aficionado a

los hombres jóvenes, conocidos como *mignons* (una extraña palabra francesa para designar a los homosexuales), Enrique III dedicaba buena parte de su tiempo a pasatiempos cuestionables, como vestirse de mujer, participar en procesiones macabras por París llevando una capa y una capucha siniestras, como un monje, y unirse a un grupo de frailes capuchinos que representaban a «la Virgen María» y a «María Magdalena», mientras que un tercero (tal vez el propio rey) representaba a Jesús.[1] Enrique también patrocinó dos órdenes militares religiosas: los Caballeros del Espíritu Santo y los Caballeros del Fénix, que se dice que llevaban a cabo rituales insólitos en los que participaba el rey.[2]

Sin matrimonios ni herederos a la vista, parecía que Enrique III estaba destinado a ser el último rey de Francia de la poderosa dinastía Orleans-Medici. La atención recayó en su gallardo cuñado renegado, Enrique de Navarra, el siguiente en la línea sucesoria del trono de Francia, y muchos comenzaron a ver en él al rey enviado por Dios para unir una vez más a los protestantes y los católicos.

Una misa por París

En 1586, Enrique de Navarra estableció su cuartel militar en La Rochelle, tradicionalmente una ciudad fortaleza fuerte y símbolo de la resistencia protestante. Desde allí se enfrentaría a la poderosa Liga Católica, formada por la nefasta alianza de España, Francia, el Vaticano y los Habsburgo en Alemania, donde tradicionalmente estaba la sede del Sacro Imperio Romano Germánico. En otoño de 1587, Enrique de Navarra se enfrentó al ejército católico de Enrique III de Francia en Coutras, cerca de Burdeos. Al frente del ejército de Enrique III estaba uno de sus *mignons*, el duque de Joyeuse, que no podía competir con Enrique de Navarra. Los católicos fueron aplastados y el duque de Joyeuse murió en la batalla.

Como era previsible, el papa no tardó en condenar a Enrique de Navarra por hereje y lo declaró no apto para ocupar el trono de Francia. Felipe II de España, sin duda el verdadero poder que respaldaba la Liga Católica, propuso entonces a su hija Isabel como reina de Francia. Intimidado por el poderosísimo conde de Guisa, un católico empedernido, Enrique III huyó de París y la Liga Católica asumió el control.

Enrique III celebró un acuerdo secreto con Enrique de Navarra y le prometió la sucesión al trono si lo ayudaba a recuperar París. El 23

de diciembre de 1588, los *mignons* de Enrique III asesinaron al conde de Guisa. El rey y Enrique de Navarra pusieron sitio a París a principios de 1589. Sin embargo, en plena crisis, el propio Enrique III fue asesinado por un jesuita fanático, Jacques Clement. En su lecho de muerte, tosiendo sangre por las heridas que tenía en los pulmones, parece que Enrique logró reunir la fuerza suficiente para proclamar a Enrique de Navarra su legítimo sucesor.

La Liga Católica se negó a permitir la entrada de Enrique de Navarra en París y a entregarle la corona de Francia, a menos que asistiera a una misa católica. Fue entonces cuando Enrique inmortalizó la frase: «¡París bien vale una misa!» y volvió a abjurar del protestantismo por conveniencia. Enrique de Navarra fue coronado Enrique IV de Francia en la catedral de Chartres en 1594 y el 22 de marzo, en el equinoccio de primavera, entró en París montado en su famoso corcel blanco, en medio de grandes aclamaciones y júbilo.

La misión hermética de Giordano Bruno

Después del breve esbozo que acabamos de presentar, resulta evidente que la lucha religiosa que más preocupaba a la Iglesia católica en el siglo XVI era su enfrentamiento con el protestantismo. Las guerras cátaras eran cosa del pasado, la herejía dualista estaba muerta y enterrada y, aunque los protestantes eran «herejes», no lo eran tanto como lo habían sido los cátaros cuatrocientos años antes. De hecho, aparte de que los dos eran antimaterialistas, la religión cátara no tenía más en común con el protestantismo que con el catolicismo y pertenecía, como ya hemos visto, a la tradición del cristianismo gnóstico que tomó forma en Alejandría en los tres primeros siglos de la era cristiana.

Del mismo crisol alejandrino y en la misma época surgió otra tradición que también pretendía transmitir una gnosis sagrada para liberar el alma. Ya hemos visto en capítulos anteriores que el nombre de esta segunda tradición era «hermetismo», por Hermes Trismegisto, y que la Iglesia la consideraba «pagana», más que cristiana. A diferencia de la tradición gnóstica, que sugerimos que sobrevivió en una cadena de herejías casi ininterrumpida desde el comienzo de la era cristiana hasta el aplastamiento de los cátaros, resulta mucho más difícil dar fe de la supervivencia constante del hermetismo desde el siglo V hasta el XV.[3] Aparentemente, lo que hace revivir la antigua tradición, al menos en Occi-

dente, es pura y simplemente la recuperación de sus textos fundamentales, su traducción en la Academia de los Medici en la década de 1460 y el posterior movimiento internacional inspirado por los textos. Es posible, sin embargo, que, detrás del éxito fenomenal que tuvo la reactivación del hermetismo, hubiera más de lo que se ve a simple vista. Cuesta explicar incluso la velocidad con la que despegó y la manera en que consiguió llegar tan rápido al corazón del Vaticano, como ya hemos indicado. Casi parece como si, cuando los textos volvieron a salir a la superficie, ya existiera algún tipo de sistema u organización que tuviera tanto la voluntad como la capacidad de aprovechar todo su potencial para debilitar a la Iglesia establecida.

En tal caso, es probable que Giordano Bruno, tal vez el mayor mago hermético del siglo XVI, formara parte del complot, aunque es posible que fuera un pensador demasiado obstinado e independiente como para participar en una trama eficiente. Nació en 1548 en la pequeña ciudad de Nola, cerca de Nápoles, y la Inquisición lo hizo quemar a fuego lento en 1600, por haber dedicado los veintiún años anteriores a tratar de destruir la cristiandad católica.

El lector recordará que la mayoría de los inquisidores papales eran dominicos. Curiosamente, de joven, el propio Bruno había sido dominico en su monasterio de Nápoles. Como anticipo de lo que ocurriría después, incluso en aquella época, sus propios compañeros monjes lo acusaron de herejía. Su delito fue haber sido pillado leyendo las obras prohibidas de Erasmo y las de Marsilio Ficino y Pico della Mirandola en las que se hablaba de la tradición hermética.

La actitud testaruda y la fuerte voluntad de Bruno no eran bien vistas en la vida controlada del monasterio. En 1576, cuando tenía veintiocho años, finalmente repudió aquella opresiva orden religiosa y, con gran emotividad, colgó los hábitos en público. Cuando se enteró de que la Inquisición preparaba una acusación contra él (que consistía nada menos que en ciento treinta acusaciones distintas de herejía), tuvo la precaución de salir corriendo.[4]

Impulsivo, discutidor, brillante —no cabe duda de que era un genio—, Bruno era un hermético absoluto que albergaba sueños descabellados sobre la plena restauración de la religión egipcia de Hermes Trismegisto. Sin embargo, a diferencia del intento poco convincente de Pico della Mirandola de integrar el hermetismo con el cristianismo a través de la cábala, Bruno pensaba en algo mucho más radical: sustituir el cristianismo por la religión mágica hermética de Egipto.

Los viajes de Bruno

Tras huir de la Inquisición en 1576, Bruno apareció en rápida sucesión en Génova, Turín, Savona y Noli. En 1577 estuvo unas cuantas semanas en Venecia, donde publicó su primer libro, que lamentablemente se ha perdido, con el título de *Dei segni dei tempi.* A continuación hizo escala en Padua y después en Milán, donde oyó hablar por primera vez de un noble inglés, sir Philip Sidney, que llegaría a desempeñar un papel importante en su vida.[5]

En 1578, Bruno viajó a Ginebra, donde esperaba conseguir la protección del marqués de Vico, un protestante italiano rico e influyente que vivía en el exilio. Bruno dejó bien claro que no quería hacerse protestante, sino sólo vivir y trabajar tranquilamente, pero las autoridades no se lo permitieron. Cayó en un intercambio de insultos con un profesor eminente de Ginebra, fue arrestado por su temeridad y obligado a disculparse. Poco después se marchó de la ciudad, disgustado.[6]

Entre 1579 y 1581, Bruno vivió en Toulouse, capital del antiguo territorio cátaro de Occitania, entonces plenamente incorporado a Francia. Hizo el doctorado en Teología en la Universidad de Toulouse y a continuación le dieron allí una cátedra de Filosofía. Sin embargo, una vez más, su instinto inconformista y su franqueza le provocaron conflictos con otros estudiosos y con sus alumnos.[7]

En 1581, Bruno buscó refugio en París, donde dictó una serie de treinta conferencias que parece que fueron muy admiradas. Rápidamente comenzó a labrarse una reputación por su «inmensa erudición, su memoria prodigiosa y su elocuencia».[8]

Bruno en la corte francesa

En 1582, Enrique III, un rey algo trastornado que estaba entonces en el apogeo de su fatídico reinado, llamó a Bruno a la corte francesa. Parece que al principio Bruno fue muy bien recibido por el rey y en su momento le dieron un puesto en el College de France, para enseñar el arte de la memoria y mnemotecnia.[9] Bruno cuenta lo siguiente:

> Yo había adquirido tal prestigio que un día me mandó llamar el rey Enrique III y me preguntó si la memoria que tenía y que enseñaba era natural o si la había adquirido por arte de magia; le demostré que no la había obtenido

por arte de magia, sino por medios científicos. Después hice imprimir un libro sobre la memoria titulado *De umbris idearum* (*La sombra de las ideas*), que dediqué a Su Majestad, que entonces me nombró profesor a sueldo.[10]

Que el arte de la memoria no tuviera nada que ver con la magia no es cierto, en sentido estricto, y Bruno lo sabía,[11] pero hizo la declaración anterior cuando lo juzgó la Inquisición, en 1600, de modo que no podía estar menos dispuesto a reconocer el uso de la magia pagana en sus enseñanzas. Sin embargo, el cultivo de una memoria poderosa y, más concretamente, del tipo de supermemoria que Bruno había adquirido mediante el arte de la mnemotecnia formaba parte, en gran medida, del sistema de magia que se practicaba en una época en el antiguo Egipto y que se divulgó en los escritos herméticos. Frances Yates comenta lo siguiente:

> Las relaciones de Bruno con Enrique III sólo están documentadas a partir de lo que el propio Bruno dijo a los inquisidores. [...] Si Enrique leyó el *De umbris idearum* [el libro que Bruno le dedicó], habrá reconocido sus imágenes mágicas, porque [...] en un momento dado el rey envió a buscar libros de magia a España [...] uno de los cuales era el *Picatrix*. También es increíble, teniendo en cuenta la adicción de su madre a los magos y los astrólogos [después de todo, Catalina había pertenecido a la élite de los Medici en Florencia], que Enrique no supiese bastante de magia. Lo más probable es que Enrique se sintiese atraído por el rumor sobre la magia en relación con Bruno y que por eso lo hiciera llamar.[12]

Sin duda, Bruno utilizaba imágenes, en especial imágenes de los astros y otros objetos celestes, como el sol, los planetas y el Zodíaco, en síntesis, todos los símbolos de la magia astral que se encuentran en el *Asclepio* y el *Picatrix* de la hermética, como poderosos recursos para favorecer la memoria. Para hablar de forma más técnica, le servían como talismanes, mediante los cuales los recuerdos se podían grabar en la mente de forma permanente.[13] También se podía hallar incorporada al arte mágico de la memoria de Bruno la nueva y todavía muy controvertida teoría del gran astrónomo Nicolás Copérnico, con su dinámica heliocéntrica (centrada en el Sol), que tanto detestaba la Iglesia católica en aquella época. De hecho, Bruno se consideraba discípulo de Copérnico, pero, por ser quien era, quiso ir más lejos que el tímido polaco y proclamó con firmeza que el universo era infinito y estaba constituido por

una cantidad infinita de soles, es decir, las estrellas, cada una de las cuales tenía sistemas planetarios poblados con seres vivos, al igual que nuestro propio planeta. De tal modo, se puede decir que Bruno, con su notable intuición, se adelantó casi cuatro siglos a nuestras ideas modernas sobre el cosmos.[14]

Según Bruno, la teoría de Copérnico, que situaba correctamente al Sol, más que a la Tierra, como centro de nuestro propio sistema planetario, era una demostración de la armonía divina y la unidad universal, en la cual todos los planetas están gobernados por una autoridad central. Visto con la mente compleja e inclinada al simbolismo de Bruno, el sistema heliocéntrico, llevado a la tierra mediante el poder de la magia astral, servía de modelo para la sociedad ideal. Tal sociedad estaría gobernada sin duda por un gran «monarca solar», asesorado por sacerdotes filósofos, cuyo reinado marcaría el comienzo de la religión hermética mágica en torno a la cual se unirían todas las naciones del mundo. Según la manera de pensar de Bruno, de los franceses o puede que incluso de los ingleses, en la persona de la ilustre reina Isabel I, podía surgir un gobernante tan benévolo y carismático como aquel.

Así fue como, después de pasar un año en la corte francesa, Bruno viajó a Inglaterra en marzo de 1583, con la intención, según sir Henry Cobham, que entonces era el embajador inglés en París, de promover una «religión que no puedo recomendar»,[15] o, como decía Frances Yates:

> Giordano Bruno, mago hermético de lo más extremo, [estaba] a punto de pasar a Inglaterra para hablar de su «nueva filosofía».[16]

Bruno en Londres y en Oxford

Bruno pasaría dos años muy activos en Inglaterra, durante los cuales su vida se transformó «de la de un mago ambulante a la de un tipo muy especial de misionero».[17] Se instaló en Londres, en la casa del embajador de Francia, Michel de Castelnau de Mauvissiere, al que había sido presentado por el rey de Francia, Enrique III.

En cuanto se instaló en su nuevo hogar, Bruno se puso a escribir en serio. Lo primero que publicó fue un libro sobre el arte de la memoria dedicado a su anfitrión, el embajador francés. Bruno esperaba que, como había ocurrido en Francia, su conocimiento especial sobre este «arte mágico» atrajese la atención de los estudiosos, tal vez incluso el

favor de la corte, y le permitiese conseguir una beca para estudiar en Oxford.

Sin embargo, no tardaría en sufrir una desilusión. En junio de 1583, pocos meses después de su llegada a Inglaterra, Bruno se vio envuelto en un debate con un grupo de estudiosos de Oxford durante una velada organizada para entretener al príncipe Alberto Laski de Polonia. Bruno dio una conferencia sobre «la inmortalidad del alma» y sobre su visión personal de la teoría copernicana, pero lo interrumpió con comentarios molestos un anciano caballero de Oxford. «Que os digan con cuánta descortesía y mala educación se comportó aquel cerdo, comentaba después Bruno»:

> [...] y con cuánta paciencia y humanidad le respondió el nolano [Bruno], mostrando ser sin duda napolitano, nacido y educado bajo un cielo más benigno. Que sepáis que ellos [los profesores de la Universidad de Oxford] lo hicieron abandonar sus conferencias públicas sobre la inmortalidad del alma y sobre la esfera quíntuple.[18]

Bruno (a quien le gustaba que lo llamasen «el nolano», por Nola, su ciudad natal) sentía una aversión profunda por los estudiosos intolerantes como los que encontró en Oxford, a los que llamaba «gramáticos», «aristotélicos» —a diferencia de su maestro, Platón, hacía mucho que Aristóteles era uno de los filósofos preferidos de la Iglesia católica— y «pedantes». Se lamentaba de que, en lugar de buscar la verdad divina, se hacían problema y discutían sin cesar entre sí por nimiedades, o, peor aún, de que había muchos estudiosos de este tipo, que «comprendían, pero no se atrevían a decir lo que entendían (y) [...] veían, pero no creían en lo que veían».[19] Según Bruno, a todos ellos había que compadecerlos por su incapacidad para comprender mejor o para captar la importancia de la capacidad intuitiva que los antiguos habían aprovechado en una época con su «magia profunda».

En la esencia del ataque de Bruno a sus colegas estaba la impresión de que sus títulos y sus cargos sólo servían para disimular su vacío fundamental. Eran todo lo contrario de los sabios gnósticos y herméticos de la antigüedad, cuya búsqueda del conocimiento y de la verdad no dependía exclusivamente del análisis y la observación de la naturaleza. Bruno sabía que aquellas figuras remotas se habían basado además y especialmente en conocimientos más profundos, a los que sólo se podía llegar mediante la intuición, aprovechada mediante la magia natural, como hacían los grandes iniciados del antiguo Egipto.

Esto no significa que Bruno condenara la ciencia analítica ni la matemática, sino todo lo contrario, como demuestra su apoyo a Copérnico. De hecho, Bruno fue uno de los primeros que hablaron públicamente en Oxford sobre la teoría heliocéntrica de Copérnico, pero con una gran diferencia. Contrariamente a los demás estudiosos, el nolano insistía en situar la teoría dentro de «el contexto de la magia astral y el culto al Sol» que era evidente en los textos herméticos, además de ampliarla para apoyar su propia visión cosmológica de un universo infinito con innumerables mundos habitados.[20] Como los rígidos estudiantes o licenciados de Oxford del siglo XVI no estaban preparados para una manera de pensar tan de vanguardia, trataron a Bruno de forma insultante y lo obligaron a marcharse en plena conferencia sobre la inmortalidad del alma.

Sidney y Dee

Aquel día estaba presente un joven e influyente estadista inglés, sir Philip Sidney, que había ido por encargo de la reina Isabel I para acompañar al debate al noble polaco, el príncipe Alberto Laski. La reina tenía a Sidney en gran estima y no era ningún secreto que su tío, el elegante conde de Leicester, sir Robert Dudley, había sido en otra época el favorito de Isabel y, según algunos, incluso su amante secreto.

Philip Sidney era un erudito y poeta refinado, familiarizado, casi seguro, con los textos herméticos que por entonces llevaban más de un siglo circulando por Europa. Se atribuye a Sidney, gran mecenas de estudiosos y artistas, el mérito de marcar el comienzo de la era de la poesía isabelina con su famosa serie de sonetos *Astrophel y Stella*, que compuso como consecuencia de su amor apasionado por Penélope Devereux, la joven y bella esposa de lord Rich. Sidney también conocía muy bien al famoso astrólogo y «mago» de la corte, el doctor John Dee, aunque el alcance y la profundidad de su relación no están demasiado claros.

Dee era un auténtico matemático, pero también había hecho de astrólogo para María Tudor, que acabó acusándolo de hacerle un maleficio y lo hizo encerrar en Hampton Court. Dee fue liberado en 1555 y posteriormente reanudó su trabajo como astrólogo y mago oficial en la corte de Isabel I, de cuyo apoyo real, favor y protección tuvo la suerte de beneficiarse. Fue John Dee en su condición de astrólogo el que recomendó a la corte la fecha más favorable para la coronación de Isabel.

Aparentemente, Dee era alquimista, cabalista, astrónomo, astrólogo y matemático al mismo tiempo, aunque sobre todo se lo recuerda como «mago». Estaba totalmente convencido de que podía comunicarse con el mundo espiritual y con los «ángeles» por medio de cristales. Para promover su trabajo en este campo, contrató como ayudante a un tal Edward Kelly, un clarividente con un pasado bastante dudoso.

Cuando Bruno llegó a Inglaterra, Dee se estaba preparando para viajar a Polonia y a Bohemia, para hacer sesiones de espiritismo y para mostrar sus conjuros en la corte de varios príncipes. Veremos más adelante que aquella gira mágica y misteriosa de Dee fue uno de los catalizadores que provocaron la formación de un movimiento secreto conocido con el nombre de «rosacrucismo». Más o menos como Bruno, los rosacruces utilizaban la magia hermética y la cábala como instrumentos para la reforma religiosa.

La expulsión de la bestia triunfante

Aunque Bruno no conoció a Dee, sí que conoció a sir Philip Sidney, como da fe el propio Bruno en la dedicatoria de su libro más importante, *Lo spaccio della bestia trionfante* (*La expulsión de la bestia triunfante*), publicado en 1584.

El título peculiar y sorprendente de esta obra se puede entender como mínimo a dos niveles. En primer lugar, como también afirma Bruno en su dedicatoria a sir Philip Sidney, «salir de la bestia triunfante» es una metáfora que significa expulsar «los vicios que predominan y enfrentarse a la parte divina del alma».[21] Esto nos hace pensar en algo muy similar a la visión gnóstica-cátara-maniquea del alma aprisionada en el mundo material y aún más profundamente atrapada por haber sucumbido a los vicios de la carne. Sin embargo, en el segundo nivel de significado, no cabe duda de que la «bestia triunfante» es el papa y, con él, toda la estructura establecida de la cristiandad católica. A este nivel, la «expulsión» que Bruno plantea va a dejar sitio para su «egipcianismo como religión»,[22] basado en las enseñanzas de Hermes Trismegisto:

> La religión buena quedó aplastada en la oscuridad cuando los cristianos la destruyeron, la prohibieron mediante estatutos y la sustituyeron por el culto a objetos muertos, por ritos absurdos, por inmoralidades y guerras constantes.[23]

Uno de los aspectos tan peculiares y distintivos de la revolución religiosa propuesta en *Lo spaccio della bestia trionfante*, señala Frances Yates, que además es claramente atribuible a la influencia que ejercían sobre Bruno los textos herméticos,

> [...] es que comienza en los cielos; son las imágenes de las constelaciones del Zodíaco y de las constelaciones boreales y australes las que se reforman o se limpian mediante un consejo de dioses planetarios.[24]

En síntesis, *Lo spaccio della bestia trionfante* es un tratado sobre la magia astral hermética, lleno de referencias a los astros, al Zodíaco y a las constelaciones, que hace todo lo posible para explicar cómo sus poderes se pueden hacer descender y conferir a cosas terrenales mediante «el culto mágico y divino de los egipcios».[25] La intención de Bruno era bastante clara: quería demostrar que la sabiduría de los egipcios era anterior a la de los griegos y, sin duda, muy anterior a la de los cristianos y, por consiguiente, había que considerarla «la mejor religión y la mejor magia y la mejor legislación de todas».[26]

En *Lo spaccio della bestia trionfante,* Bruno reproduce un pasaje del famoso *Lamento* de Hermes, en el cual —el lector lo recordará de capítulos anteriores— Hermes Trismegisto dice a su discípulo Asclepio que la religión de Egipto caerá y se perderá a manos de los invasores bárbaros y desaparecerá del mundo, pero Hermes dice también que llegará un momento en el que será restaurada y se le concederá un lugar de honor una vez más y lo mismo dice Bruno:

> Volverá la maravillosa religión mágica de los egipcios, sus leyes morales reemplazarán el caos de la época actual, se cumplirá la profecía del *Lamento*.[27]

Para Bruno, «la señal en el cielo que proclamaría el regreso de la luz egipcia para disipar la oscuridad actual era [...] el sol copernicano».[28] Por consiguiente, para él el diagrama copernicano de las órbitas concéntricas de los planetas alrededor del sol era una especie de jeroglífico o talismán. Actuaba como un sello hermético mágico que él, Bruno, pensaba que entendía a su nivel más profundo. En consecuencia, se volvió plenamente consciente de la inmensa «revolución» que estaba a punto de desatar y de su potencial para trastornar por completo los dogmas de la Iglesia. La estrategia de Bruno, muy sencilla en realidad,

consistió en incorporar aquella verdad copernicana inevitable que estaba a punto de revolucionar la ciencia y la religión a su propia revolución hermética. Creía que Copérnico había reivindicado el sistema heliocéntrico de los antiguos egipcios y que entonces le tocaba al nolano revivir y restaurar la fe perdida para reformar el mundo.

Así en la tierra como en el cielo

Ya hemos dicho que se suponía que la gran reforma religiosa que pensaba hacer Bruno, sobre la que se explayaba en *Lo spaccio della bestia trionfante*, comenzara en los cielos, entre los astros, donde Júpiter (Zeus-Amón) convoca un gran consejo de «magos» (entre los que figuraba la diosa egipcia Isis) para reformar las imágenes de las constelaciones y así, al mismo tiempo, mediante la magia astral, reformar también el mundo terrenal que hay abajo. Señala Yates que, evidentemente, aquellas ideas están tomadas del *Koré Kosmou* (*La virgen del mundo*), un conocido tratado hermético en el cual Isis se dirige a Horus y a otro discípulo llamado Momo y les explica que lo que hay abajo, en la tierra, debe guardar afinidad con lo que está arriba, en el cielo, para evitar el caos y la destrucción.[29] Existe un pasaje extraño y elocuente en el que Hermes revela a Momo que él, Hermes, piensa inventar un «motor secreto» o mecanismo celestial, una especie de aparato de relojería, regulado por las ruedas dentadas de las órbitas planetarias, las constelaciones, el Zodíaco, la luna y el sol, a fin de controlar lo que sucede en la tierra, así como también la vida de los hombres:

> —Momus —dijo él [Hermes]—, inventaré un motor secreto conectado con el destino infalible e inevitable, al cual estarán sujetas, necesariamente, todas las cosas que hay en la vida de los hombres, desde su nacimiento hasta su destrucción definitiva; asimismo, todo lo que hay sobre la tierra estará controlado por el funcionamiento de este motor.[30]

Parece evidente que Bruno creía que la gran reforma religiosa que muchos soñaban podría ser provocada, como en el *Koré Kosmou*, por la magia astral egipcia o, como diría Yates,

> [...] [mediante] la manipulación de las imágenes celestiales de las que dependen todas las cosas de abajo para que se produzca la reforma, porque en *Lo*

spaccio della bestia trionfante Bruno hace que Júpiter proclame: «Si de este modo renovamos nuestro cielo, las constelaciones y las influencias serán nuevas, las impresiones y las fortunas serán nuevas para todo, en función de este mundo superior».[31]

Yates pregunta: «¿Y esto qué nos recuerda?».

Sin duda, a la ciudad mágica de Adocentyn del *Picatrix*, construida por Hermes Trismegisto, que, en torno al perímetro de la ciudad, «situó imágenes grabadas y las dispuso de tal manera que, por su virtud, los habitantes se volvían virtuosos y se abstenían de toda maldad y perjuicio». Esto [...] ofrece la conexión entre Hermes Trismegisto como mago y Hermes Trismegisto como legislador de los egipcios, que les proporcionaba buenas leyes morales y los mantenía dentro de ellas. Creo que, además, esta también puede ser la conexión en *Lo spaccio della bestia trionfante* entre la manipulación o la reforma de las imágenes celestiales y la reforma religiosa y moral universal.[32]

El *Picatrix* nos cuenta que Hermes construyó un templo dedicado al sol, una especie de templo solar hermético, podríamos decir. El lector recordará que aquel templo solar, así como también la ciudad mágica de Adocentyn, se parecían mucho a otra metrópoli hermética descrita en el *Asclepio*, en la cual

[...] los dioses que dominaron la tierra serán restaurados algún día y serán colocados en una ciudad en los confines de Egipto, una ciudad que se fundará hacia el sol poniente y adonde se apresurará a acudir, por tierra y por mar, toda la raza humana mortal.[33]

Tal vez valga la pena destacar a estas alturas que en una época sí que hubo dos grandes ciudades-templos solares en los dos confines de Egipto: una en el norte, que era la ciudad del sol de Heliópolis, y otra en el sur, la ciudad solar de Karnak-Luxor en Tebas, que realmente está orientada hacia el sol poniente. ¿Es posible entonces que la ciudad hermética del *Picatrix* de algún modo siguiese el modelo de la antigua Tebas? Y, sobre todo, ¿qué efectos habrán producido estas afirmaciones del *Picatrix* y el *Asclepio* en las mentes dispuestas de Bruno y de otros reformadores herméticos renacentistas? ¿No los habrán inspirado para acelerar los grandes cambios religiosos que pretendían mediante la construcción de una ciudad solar mágica en algún lugar de Europa occidental?

La inmensa posibilidad de que Bruno hubiese asociado su propia reforma hermética de Europa con la fundación de ciudades solares mágicas la confirma un tal Guillaume Cotin, con quien Bruno estuvo algún tiempo cuando regresó a Francia desde Inglaterra en 1585. Cotin, bibliotecario de la abadía de San Víctor en París, informa que Bruno había

> [...] oído decir que el duque de Florencia [un Medici] quería construir una *Civitas solis* [literalmente, una ciudad solar] en la que el sol brillara todos los días del año.[34]

La mera mención de las palabras *Civitas solis* de inmediato debería traer a la mente de cualquier estudioso de la magia renacentista y la tradición hermética la extraña misión que condujo a París a otro pensador hermético. El hombre en cuestión era contemporáneo de Bruno y, al igual que este, era un dominico que había «colgado los hábitos» y que fue perseguido por la Inquisición hasta que se marchó de Italia. También como a Bruno, lo inspiraba la visión hermética de la revolución religiosa. Sin embargo, la mayor similitud de todas es que este clon de Bruno es famoso por haber escrito un libro titulado *Civitas solis*, *La ciudad del sol*, y por buscar un monarca ilustrado de estirpe solar para establecer esta ciudad utópica en algún lugar en el corazón de Europa.

La decisión fatal de Bruno

Volveremos a hablar del autor de *Civitas solis* más adelante, en este mismo capítulo.

Mientras tanto, Bruno se marchó de Inglaterra en 1585 y regresó a Francia, donde encontró a París sumida en la confusión y como un lugar mucho menos hospitalario para él que nunca. El rey Enrique III, de cuyo favor había gozado Bruno con anterioridad, estaba totalmente preocupado por la guerra de religión que se libraba dentro de su reino y que en aquel momento iba *in crescendo*.

La situación, que ya hemos esbozado, era explosiva. Las fuerzas católicas, con la colaboración de los españoles y la dirección del conde de Guisa, estaba movilizadas a las afueras de París. El papa Sixto V había declarado herejes a los líderes protestantes Enrique de Navarra y el duque de Condé, con lo cual se suponía que Enrique quedaba inhabilitado para ocupar el trono francés, una jugada que, por sus repercusio-

nes provocativas, era prácticamente una declaración de guerra contra Navarra y los hugonotes. El clero católico de París, en especial los jesuitas, incitaba a la población con sermones incendiarios contra los «herejes» y los hugonotes, obligando al sumiso Enrique III a retirarse a sus intrincados actos de piedad y a no aparecer casi en público, salvo durante las estrafalarias y morbosas procesiones religiosas en las que participaba haciendo «penitencia». Era evidente para Bruno que ya no podía contar con el apoyo del rey.

Después de discutir en el Colegio de Cambrai con los eruditos, que quedaron indignados porque Bruno había atacado públicamente a Aristóteles, el nolano se marchó de Francia en septiembre de 1586 y se dirigió a Alemania, después a Polonia y a continuación regresó a Alemania, donde permaneció hasta el verano de 1591. Entonces se apoderó de él una profunda (y fatal para él) nostalgia por Italia y sintió la ingenua esperanza de poder convencer al papa recién elegido, Clemente VIII, para que adoptara sus planes para una reforma hermética universal.

Es posible que lo que estaba sucediendo en Francia hubiese animado a Bruno: Enrique de Navarra había sido coronado rey como Enrique IV y ya se hablaba mucho y con esperanza de que aquel príncipe que había sido un protestante acérrimo no tardaría en convertirse al catolicismo. Es probable que Bruno lo viera como una señal de la gran reforma inminente (aunque allí dentro de un marco católico) que él, Bruno, tenía que provocar por encargo divino.

Enardecido por aquellas ideas equivocadas acerca de sí mismo y de su misión, es probable que Bruno estuviera en un estado mental demasiado susceptible cuando fue invitado a convertirse en el tutor particular de un tal señor Zuane Mocenigo, un noble veneciano que decía ser gran admirador de la obra del nolano. Mocenigo se puso en contacto con Bruno a través de un librero veneciano, Giovanni Battista Ciotto, que conocía el paradero del hereje en Alemania. Sin prestar atención al grave peligro que suponía regresar a Italia, Bruno aceptó impulsivamente la oferta de Mocenigo y marchó a Venecia a finales de 1591.

Al principio, el nolano no se alojó en casa de Mocenigo, sino que se estableció en Venecia por su cuenta. También viajó a Padua, donde permaneció desde enero hasta marzo de 1592. Curiosamente, si se hubiera quedado un poco más, es probable que hubiese conocido al autor de *Civitas solis*, que no llegó a Padua hasta octubre de aquel mismo año. Si se hubiesen conocido, casi seguro que el autor de *Civitas solis* habría advertido a Bruno de los terribles riesgos que corría por quedarse en Ita-

lia y hasta podría haberlo convencido de regresar a Alemania, donde podía vivir con relativa seguridad.

Sin embargo, resultó que la historia había reservado a Bruno un destino mucho más siniestro en Roma...

El Campo de las Flores

En marzo de 1592, Bruno finalmente se instaló en la casa de Mocenigo, que, en lugar del amable estudiante que Bruno había pensado que era, resultó ser un hombre muy posesivo y vengativo. En apariencia, Mocenigo quería que Bruno le enseñara «el arte de la memoria y la invención» para poder adquirir para sí mismo la capacidad intelectual del nolano. Sin embargo, parece que Bruno estaba más preocupado por un libro que acababa de terminar y que pretendía dedicar al papa Clemente VIII para llamar su atención y con la esperanza de conseguir su apoyo y su respaldo. Cuando Bruno anunció a Mocenigo su intención y además le contó que iba a ir a Frankfurt para que le imprimieran el libro, Mocenigo se puso furioso, lo encerró en su habitación y llamó a la Inquisición veneciana.

Bruno fue arrestado y acusado de herejía por varias razones y se le ordenó renunciar a sus creencias, si no quería enfrentarse a un juicio. Aparentemente, Bruno renunció, pero los inquisidores venecianos no quedaron convencidos de su sinceridad y lo enviaron a Roma para que lo siguieran interrogando.

Así comenzó un suplicio que duró ocho años en manos de la Inquisición de Roma. Torturado y martirizado en los calabozos del Vaticano, Bruno fue acusado de herejía por varias razones, incluidas sus afirmaciones sobre un universo poblado infinito (como afirma la ciencia del siglo XXI), que la tierra era un planeta (lo es) y que los antiguos egipcios conocían el símbolo de la cruz (lo conocían, en la forma del *anj* o cruz ansata, como símbolo de la fuerza vital).

Cuando le ordenaron que se retractara de estas y sus demás «herejías», si no quería morir en la hoguera, Bruno tuvo el valor de mantenerse firme. No sólo se negó a retractarse, sino que, además, retiró las retractaciones que había hecho en Venecia. Enardecido por sus convicciones y con actitud desafiante, dijo a quienes lo acusaban que no había dicho ni escrito nada que fuera herético, sino sólo la verdad. Cuando se dictó sentencia, miró con valentía a la fila de cardenales que tenía delan-

te y les dijo con calma: «Tal vez vuestro temor al dictar sentencia sobre mi persona sea mayor que el mío al conocerla».

El 17 de febrero de 1600, por la mañana, Bruno, vestido con una camisa blanca, fue llevado al Campo dei Fiori, el Campo de las Flores, una plazoleta no muy alejada del Panteón romano, donde ataron al nolano a un poste de madera en torno al cual apilaron tablas de madera y haces de ramitas. Dicen que cuando encendían el fuego a su alrededor, declaró: «Muero como mártir de buen grado y mi alma se elevará con el humo hasta llegar al paraíso». Gaspar Schopp, un joven protestante de Wroclaw que acababa de convertirse al catolicismo y, por consiguiente, disfrutaba de los favores del papa, estuvo presente cuando lo quemaron y contó que, «cuando antes de morir le enseñaron una imagen de nuestro Redentor, [Bruno] la rechazó enfadado y apartó la mirada».[35] La verdad es que un dominico había tratado de blandir un crucifijo delante del rostro de Bruno, mientras este sufría entre las llamas y, en un acto que recordaba el coraje de los «perfectos» cátaros y su aversión hacia la cruz, el pobre Bruno, con las piernas ya carbonizadas hasta los huesos, reunió la fuerza suficiente para volver la cara, indignado.

Pocos días antes, Bruno había escrito su propio epitafio:

> He luchado [...] Es demasiado [...] La victoria queda en manos del Destino. Me ocurra lo que me ocurriere, sea quien fuere que resulte vencedor, el futuro no negará que no tuve miedo de morir, que nadie me superó en constancia y que preferí una muerte con brío a una vida cobarde.[36]

¿Otra vez la «Organización»?

Con la quema de Giordano Bruno, la Inquisición envió un mensaje claro e inconfundible de intolerancia a todos los que se atrevieran a pensar como él: se aplastarían las herejías antiguas, cuando quiera y dondequiera que aparecieren. Los sueños de Bruno de una gran reforma o renacimiento hermético universal (tanto dentro del marco cristiano como fuera de él) cayeron en picado y se hundieron bajo tierra. A partir de entonces, toda persona o grupo que pensara en un cambio religioso, del tipo que fuera, o incluso que propusiera teorías científicas consideradas contrarias a las enseñanzas y los dogmas cristianos sabía con toda claridad lo que le esperaba.

Tal vez resulte lógico que, tras la muerte de Bruno, resurgieran en Europa sociedades y fraternidades secretas, como si de las cenizas de la pira funeraria de Bruno surgiera un fénix invisible que saliera volando a alimentar la reforma universal en algún otro lugar del continente. Frances Yates hunde en su excelente libro sobre Bruno y la tradición hermética una insinuación demoledora en cuanto a la identidad de aquel «fénix» invisible, alimenticio y revolucionario:

> [...] uno de los aspectos más significativos de Giordano Bruno [es que] apareció a finales de aquel siglo XVI con sus terribles manifestaciones de intolerancia religiosa, cuando los hombres buscaban en el hermetismo religioso alguna forma de tolerancia o unión entre sectas enfrentadas. [...] Había numerosas variantes de hermetismo cristiano, católico y protestante, la mayoría de las cuales evitaba la magia. Y entonces llega Giordano Bruno, que parte de todo el hermetismo mágico, predica una especie de contrarreforma egipcia, profetiza el retorno al egipcianismo en el que los problemas religiosos desaparecerán en alguna solución nueva y predica también una reforma moral, haciendo hincapié en las buenas obras sociales y en una ética de la utilidad social. Cuando aparece en Oxford después de la Reforma, el ex dominico tiene a sus espaldas las grandes ruinas del pasado medieval y deplora la destrucción de las buenas obras de los otros, los predecesores, y el desprecio por su filosofía, su filantropía y su magia.
>
> ¿Dónde hay otra combinación como esta de tolerancia religiosa, vínculos emocionales con el pasado medieval, hincapié en las buenas obras a favor del prójimo y compromiso imaginativo con la religión y el simbolismo de los egipcios? La única respuesta que se me ocurre a esta pregunta está en la francmasonería, con su vinculación mítica con los masones medievales, su tolerancia, su filantropía y su simbolismo egipcio. La francmasonería no aparece en Inglaterra como institución reconocible hasta comienzos del siglo XVII, pero no cabe duda de que tuvo predecesores, antecedentes, tradiciones de algún tipo que se remontan a mucho antes, aunque se trata de un tema sumamente oscuro. Estamos buscando a ciegas entre misterios extraños, pero no podemos evitar preguntarnos si las melodías de la Flauta Mágica [un eufemismo para la francmasonería, que hace referencia a la ópera egipcia masónica de Mozart] no habrán sonado por primera vez entre los que estaban descontentos espiritualmente en Inglaterra, que tal vez encontraron en el mensaje egipcio de Bruno algún atisbo de alivio.[37]

Volveremos a referirnos a esta relación entre el movimiento hermético y la francmasonería en capítulos posteriores. Mientras tanto,

aquella mañana espantosa de febrero de 1600, daba toda la impresión de que las esperanzas de Bruno de una gran reforma hermética del mundo, junto con sus sueños de una ciudad solar egipcia en algún lugar de Europa, se esfumaron junto con él en el Campo dei Fiori.

¿O no fue así?

Entra Campanella

Más o menos al mismo tiempo en que se estaba apilando la leña a los pies de Bruno en Roma, la Inquisición juzgaba en Nápoles y enviaba al calabozo a otro monje rebelde con un sentido de la misión parecido. Su nombre era Tommaso Campanella, el futuro autor de *Civitas solis*.

Según Frances Yates:

> Tommaso Campanella fue el último de la línea de filósofos renacentistas italianos de la cual Giordano Bruno fue el penúltimo. Al igual que Bruno, Campanella era un filósofo mago, en la línea de los magos renacentistas que descendían de Ficino. Se sabe que Campanella practicó la magia de Ficino hasta el fin de sus días y, también como Bruno, era un mago que tenía una misión. Aquel hombre inmenso [...] estaba totalmente convencido de que estaba en contacto con el cosmos y destinado a dirigir una reforma mágico-religiosa universal, pero, a diferencia de Bruno, no fue quemado en la hoguera, aunque fue torturado varias veces y pasó más de veintisiete años de su vida en prisión. Sin embargo y también a diferencia de Bruno, Campanella estuvo a punto de conseguir llevar a cabo el proyecto de reforma mágica dentro de un marco católico o como mínimo logró que se interesasen en él una cantidad muy importante de personas.[38]

Es posible que Frances Yates se equivocase en algo muy importante. Como veremos más adelante, puede que Tommaso Campanella hiciera mucho más que «estar a punto» de conseguir «llevar a cabo» la reforma mágica.

Pensamos que tal vez llegara incluso más allá de los sueños más descabellados de Giordano Bruno...

7

La visión de la ciudad hermética

«Campanella pasó el resto de su vida tratando de hallar al representante contemporáneo del imperio romano que construyera su ciudad del sol. [...] En 1634, fue a Francia y transfirió todo su plan [...] [a] la monarquía francesa.»

FRANCES YATES, «Considérations de Bruno et de Campanella sur la monarchie française», *Actes du Congrès Leonardo de Vinci, Etudes d'Art*, 8, 9 y 10, París-Argel, 1954

«El hombre vive en un mundo doble: según la mente, no hay espacio físico ni muros que lo contengan, pero al mismo tiempo está en el cielo y en la tierra, en Italia, en Francia, en Estados Unidos, dondequiera que penetre y se expanda la fuerza de su mente mediante el conocimiento, la búsqueda y el dominio; sin embargo, en realidad, según el cuerpo no existe más que el mínimo espacio necesario, encerrado en prisión y encadenado en la medida en que no es capaz de entrar ni de ir al lugar al que llegan su intelecto y su voluntad ni de ocupar más lugar que el definido por la forma de su cuerpo; mientras que con la mente ocupa un millar de mundos.»

TOMMASO CAMPANELLA, *Metafísica*

Tanto Giordano Bruno como Tommaso Campanella nacieron en el sur de Italia, aquel en 1548 y este en 1568. Los dos ingresaron en la orden de los dominicos a una edad temprana y los dos tenían una personalidad apasionada y franca. Los dos detestaban a Aristóteles y siempre tuvieron problemas con la Iglesia católica. En definitiva, los dos se consideraron a sí mismos magos herméticos y los dos, cada uno a su manera, cambiaron el mundo.

Campanella ingresó a los dominicos en 1583, cuando tenía quince años, pero se marchó sin permiso seis años después, en 1589. Se estableció en Nápoles, donde en 1591 se publicó su primer libro, *Philosophia sensibus demonstrata* («La filosofía demostrada por medio de los sentidos»). Su contenido molestó a la Iglesia, pero, como el libro no contenía motivos suficientes para justificar un juicio por herejía, se falsificaron los cargos. Lo declararon culpable de esconder un espíritu con forma animal bajo la uña del meñique y lo denunciaron por mostrar una actitud despectiva hacia el poder de excomunión de la Iglesia, de modo que en 1592 pasó varios meses en prisión en el convento de los dominicos en Nápoles.[1]

Cuando lo soltaron hacia el final del año, Campanella se dirigió a Padua, donde, en 1593, fue acusado de sodomía (una acusación bastante frecuente cuando la Inquisición quería empañar el nombre de alguien), pero fue absuelto. Evidentemente marcado por este punto, no tardó en ser acusado de otros actos heréticos: escribir un soneto en contra de Cristo; poseer un libro de magia y no aceptar la norma ni la doctrina de la Iglesia. También se le hizo la acusación bastante grave de debatir cuestiones relacionadas con la fe cristiana con un «judaizante» que había dejado de lado el cristianismo, sin haberlo denunciado a la Inquisición.[2]

En febrero de 1594, la Inquisición sometió a Campanella a la tortura por primera vez; volvieron a torturarlo, con mayor intensidad, en julio del mismo año y pasaron su caso a Roma. El 11 de octubre de 1594 lo arrojaron al mismo calabozo que Bruno, aunque aparentemente no a la misma celda, ya que no se tiene constancia de que se encontraran allí. Lo soltaron al cabo de siete meses, en mayo de 1595, mientras se decidía su caso. Campanella estaba muy mal de salud, sufría de hernia, ciática, tisis y una parálisis parcial.[3] Volvieron a arrestarlo en diciembre de 1596 y lo metieron otra vez en prisión, lo soltaron en enero de 1597 y lo volvieron a arrestar en marzo de 1597 y lo metieron en prisión hasta diciembre de 1597; esta última vez, lo metieron en la peor prisión de la Inquisición en Roma. Lo soltaron después de que abjurase de sus herejías, aceptase la prohibición de todos sus libros y se mostrase de acuerdo en vivir el resto de su vida en su provincia natal de Calabria, al sur de Nápoles.[4]

Una nueva clase de república y una ciudad celestial

Campanella no estaba destinado a vivir el resto de sus días tranquilamente en Calabria. En cuanto llegó, en julio de 1598, se vio

envuelto en discusiones con las autoridades locales. Sus escritos comenzaron a adoptar un tinte político y también a dar a entender que tenía habilidades proféticas, dada la autorización bíblica de san Pablo en su primera epístola a los corintios (1 Corintios 14, 31): «Pues podéis profetizar todos por turno para que todos aprendan y sean exhortados».

Sin embargo, lo que parecía profetizar Campanella (una revolución en Calabria contra la autoridad del reino de Nápoles)[5] no fue del agrado de la Iglesia. A principios de 1599 escribió: «Se me ha ocurrido que la revolución no debería tardar». Para confirmarlo, consultó a «varios astrólogos» y ellos estuvieron de acuerdo en que «tendría que haber para nosotros una revolución política».[6] En todas partes y teniendo en cuenta, sin duda, más que la mera Calabria, predijo:

> Si para nosotros fuera inminente una transformación general, sin duda ocurrirá en una fecha crucial, como en el próximo período de siete años a partir del año 1600.[7]

Entre febrero y abril de 1599, Campanella se convirtió en un predicador público cada vez más estridente y utilizaba el púlpito para anunciar la inminencia de «graves agitaciones» y acontecimientos apocalípticos.[8] Comenzó a atraer seguidores de todas las clases sociales calabresas, incluso entre los poderosos nobles, y con increíble rapidez se encontró justo en el centro de lo que había profetizado: una conspiración revolucionaria. Él y los demás conspiradores hasta planearon conseguir el apoyo de la flota turca otomana para su rebelión y emprendieron negociaciones a tal efecto.[9]

Sin embargo, el alzamiento estaba condenado al fracaso desde el principio, por la mala coordinación y porque sus objetivos eran imponentes, pero confusos. A nivel político, aquellos objetivos suponían el establecimiento de algo muy adelantado a su época, que el biógrafo de Campanella, el profesor John Headley, describía como «una nueva clase de república».[10] Como se tenía que regir por principios igualitarios y estar guiada por sacerdotes científicos benévolos,[11] nos recuerda de forma irresistible a las situaciones reales que los «perfectos» cátaros habían conseguido promover en Occitania a finales del siglo XII, antes de la cruzada albigense.[12] Asimismo, Campanella proponía algo que parece un manifiesto a favor de la idea hermética de «construir la ciudad del sol» en la república propuesta:

> Y algunos Padres sostienen [...] que sólo en el cielo se hará realidad la futura comunidad reconciliada; sin embargo, [otros] con los que estoy de acuerdo admiten una interpretación literal, según la cual *se hará realidad sobre la tierra una especie de preludio a la ciudad celestial.*[13]

La idea de construir sobre la tierra una réplica imperfecta o «preludio» de la Ciudad de Dios, la Ciudad del Cielo, la ciudad del sol o cualquier otra ciudad celestial es tan antigua como los Textos de las Pirámides del antiguo Egipto (que datan de alrededor del 2300 a. de C.), como ya hemos visto en el capítulo 4, y sabemos que también fue fundamental en el orden del día de los Textos Herméticos (aproximadamente entre el 100 a. de C. y el 300 d. de C.). Llegaría a ser la principal obsesión de la vida de Campanella, que, gracias en parte a la suerte y en parte a su propia resistencia e ingenio, no acabó sobre un fuego lento cuando fracasó su «revolución» calabresa.

En un mundo de locos sólo los locos están cuerdos

En agosto de 1599, dos desertores traicionaron la conspiración. Campanella huyó, pero fue capturado y enviado a prisión el 13 de septiembre en el castillo de Squillace. A finales de octubre de 1599, lo apiñaron, junto con otros ciento cincuenta y cinco conspiradores, en cuatro galeras que zarparon hacia Nápoles. A su llegada al puerto de Nápoles, ahorcaron a dieciséis de los prisioneros (a cuatro de ellos, del penol de cada una de las galeras). A dos más los mataron ceremoniosamente descuartizándolos (es decir, cortándolos en cuatro partes) en el muelle.[14]

Por ser el cerebro que estaba detrás de la nueva república revolucionaria propuesta, con su ciudad celestial que se iba a construir sobre la tierra, y por haber llamado la atención de la Inquisición varias veces, Campanella corría entonces un peligro inminente. Por ser uno de los varios clérigos que participaron en la conspiración, lo investigó un tribunal de la Inquisición designado especialmente por el papa Clemente VIII el 11 de enero de 1600. El tribunal pidió enseguida autorización (que le fue concedida) para usar ciertos tipos de tortura, que incluían períodos semanales de encierro subterráneo y aislamiento sensorial, así como también una técnica espantosa, llamada *polledro*, «que pretendía romper las venas y los tejidos»,[15] sin llegar a derramar sangre.

Al cabo de varias semanas, lograron de Campanella una confesión

parcial en el sentido de que sí que había querido crear una clase nueva de república, pero se dio cuenta de que la mejor defensa contra las acusaciones que le hacían consistía en hacerse pasar por loco y, por consiguiente, que no era responsable de sus actos. Para convencer a la Inquisición, parece que el 2 de abril de 1600 prendió fuego a todo lo que había en su celda.[16]

A continuación se sucedieron rápidamente tres interrogatorios, todos acompañados de tortura, el 17, el 18 y el 20 de mayo de 1600, durante los cuales y en el transcurso de los doce meses siguientes de agonías recurrentes, Campanella siguió manteniendo de forma impecable su farsa de la locura, hasta que, a finales de mayo de 1601, llegó una orden de Roma que obligaba a los inquisidores a demostrar de una vez por todas si realmente estaba loco o lo estaba fingiendo y a hacerlo utilizando una tortura terrible llamada *la veglia*, «la vigilia». Campanella podría detener en cualquier momento el dolor atroz que le produciría con sólo reconocer que su locura era fingida, en cuyo caso sería quemado en la hoguera por hereje impenitente. Si, por el contrario, era capaz de soportar el dolor durante cuarenta horas, lo declararían loco judicialmente, con lo cual podía pasarle cualquier otra cosa, pero la Inquisición no podía quemarlo en la hoguera.[17]

El triunfo sobre la vigilia

El duelo a vida o muerte de Campanella con «la vigilia» tuvo lugar del 4 al 5 de junio de 1601 en el calabozo de Castel Nuovo, una de las prisiones napolitanas más grandes.[18] La astucia peculiar y horrible de aquella tortura, como la describe el profesor Headley, es la siguiente:

> Se suspende a la víctima de tal modo que sólo sus brazos y los músculos de los hombros impiden que su cuerpo descanse sobre una serie de puntas de madera; sin embargo, con el tiempo se cansa y tiene que dejar que las puntas le hagan cortes profundos en las nalgas y los muslos, hasta que logra volver a elevarse, de modo que va y viene entre estas posiciones.[19]

Parece que varias veces, durante las horas de sufrimiento sin tregua que soportó, mientras sus diligentes inquisidores tomaban notas todo el tiempo, Campanella gritó incoherencias y pronunció frases extrañas, por lo general sin significado, como si delirara: «diez caballos blancos», «me

han matado», «ungir y callar». En medio de todo aquello, indicando que era obvio que su cuerpo estaba arruinado y que era probable que muriese, los torturadores le sugirieron que pensase en la salvación de su alma. De algún modo encontró la energía y la voluntad para gritarles, con voz quebrada, cuatro palabras de sus creencias fundamentales:

> ¡El alma es inmortal![20]

Esta era una creencia que compartía con los sabios herméticos y con los gnósticos de la antigua Alejandría y también con los cátaros, la misma creencia que después adoptaría y pregonaría a los cuatro vientos la Revolución francesa, como hemos visto en el capítulo 1.

Transcurrieron diez horas, después veinte, después treinta. Al final, el profesor Headley escribe lo siguiente:

> Al cabo de cuarenta horas, al borde de la muerte, aunque espiritualmente intacto, sin que se hubiese descubierto que su locura era simulada, desataron a nuestro prisionero. Según el Derecho Canónico, su locura había quedado demostrada y, por lo tanto, no lo podían ejecutar.[21]

El carcelero de Campanella, que se había hecho amigo suyo, cuenta que, cuando alzó el cuerpo destrozado para retirarlo de «la vigilia» y llevarlo otra vez a su celda, el supuesto loco le susurró con voz ronca la siguiente pregunta al oído:

> ¿De verdad pensaron que yo sería tan bruto como para hablar?[22]

La primera celebridad europea

Aunque se había librado de Guatepeor, todavía seguía en Guatemala. Estuviera legalmente loco o no, fue condenado a cadena perpetua en el calabozo de Nápoles, sin ninguna esperanza de quedar en libertad condicional.

Después de todo lo que ya había pasado, aquella perspectiva tan desalentadora habría matado a alguien de menos valía, pero el indomable Campanella se negó a abandonar su optimismo y a desaparecer. Por el contrario, aunque estuvo encerrado muchos años en una celda húmeda, oscura y subterránea, constantemente hacía uso de su mente privilegia-

da. Componía poesía —algunas consiguió escribirlas él mismo, otras las dictaba— y escribía innumerables cartas a figuras influyentes de toda Europa con la esperanza de que alguna tuviera el poder para dejarlo en libertad, pero lo más extraordinario de todo fue que de alguna manera también consiguió producir su gran obra filosófica, *La ciudad del sol*, con su «religión natural» mágica y sus sacerdotes científicos y gobernada por uno de ellos llamado «Sol». No sólo eso, sino que también consiguió que uno de sus fieles discípulos (un tal Tobías Adami, del que volveremos a hablar más adelante) sacara el manuscrito terminado de la cárcel de forma clandestina. Aunque despertó mucho interés y los historiadores de ideas lo reconocen como fuente de inspiración para muchos de los grandes planes utópicos de los siglos XVII y XVIII, no parece que ningún estudioso se haya planteado seriamente la posibilidad de que la ciudad del sol de Campanella pudiese ser nunca nada más que una mera idea y mucho menos que alguien pudiera realmente tratar de construirla. Sin embargo, es justamente esta posibilidad lo que tenemos intención de reivindicar.

La ciudad del sol no fue, de ninguna manera, la única obra larga que escribió Campanella durante su reclusión. Si bien es la más importante, buena parte del resto de su producción también resultó un plato intelectual emocionante y provocador. Bien mirados, sus logros fueron prodigiosos y, cuando había pasado más de un cuarto de siglo y con más de sesenta años cumplidos (a pesar de su sentencia a cadena perpetua sin libertad condicional), Campanella recuperó la libertad. La última década que estuvo confinado hasta su liberación, primero en arresto domiciliario en 1627 y después por fin hasta su liberación, en 1629, la pasó cada vez más cómodo, a medida que unos amigos misteriosos y muy bien situados presionaban a su favor.[23] Incluso antes de pasar al arresto domiciliario, ya le permitían dar clases o conferencias a pequeña o gran escala y recibir la visita de personajes importantes en su celda, muchos de los cuales llegaban con ejemplares de sus libros, que él solía autografiarles con elegancia. Logró convertirse, en cierto modo, en el Nelson Mandela del Renacimiento, «una de las cosas que hay que ver si vas a Nápoles», como dice John Headley:

> Campanella no sólo había sobrevivido, sino que posiblemente se había convertido en la primera celebridad europea.[24]

Cuando recuperó la libertad en 1629, Campanella se quedó varios años en Italia, la mayor parte del tiempo en Roma, donde ingresó en el

círculo del embajador francés, François de Noailles. En 1634 llegaron informes de otro alzamiento en la zona de Nápoles, encabezado por un tal Pignatelli, que había sido discípulo de Campanella. Cuando lo apresaron, Pignatelli acusó injustamente a su antiguo maestro de estar involucrado en la conspiración, lo cual lo colocaba enseguida bajo el peligro de ser arrestado. Tenía entonces sesenta y seis años y, como es natural, fobia a regresar a la cárcel, de modo que Campanella se refugió en la embajada francesa y poco después, disfrazado y en el carruaje personal del embajador, salió clandestinamente de Italia y llegó a Francia.[25]

Una puesta al día en Francia: asesinatos y complots

La situación había cambiado en Francia desde que Giordano Bruno había gozado allí de protección. Enrique III había muerto en 1589, un año después que su madre, la dominante Catalina de Medici, y el trono había pasado a Enrique de Navarra, coronado entonces como Enrique IV de Francia. Como ya hemos visto en el capítulo 5, Enrique de Navarra, que pertenecía a la poderosa familia de los Borbones, era protestante y se había convertido al catolicismo en 1593 para neutralizar a los que se oponían a su coronación como rey de Francia. Sin embargo, no todos estaban convencidos de que fuera sincera aquella conversión que le resultaba demasiado conveniente; sin duda, Bruno no lo estaba, aunque su propia teoría, expuesta durante su juicio, era que Enrique de Navarra era, desde el principio, católico de corazón:

> Cuando alabé al rey de Navarra, no lo hice porque él fuera partidario de los herejes [protestantes], sino porque [...] él no era hereje de otra manera, sino que había vivido como hereje por el deseo de reinar.[26]

Entre los que más dudaban de la conversión de Enrique IV figuraban los jesuitas, la Compañía de Jesús, fundada alrededor de un siglo antes por Ignacio de Loyola, de los que el rey, de hecho, había desconfiado toda la vida. Dicen que había confiado a sus amigos íntimos: «Algún día me matarán; veo que están poniendo todos sus recursos para conseguir mi muerte».[27]

Efectivamente, el 14 de mayo de 1610 Enrique IV fue asesinado por un fanático religioso, François Ravaillac. Según la versión oficial de la Iglesia, incluso bajo la tortura más convincente, Ravaillac había insisti-

do en que no había tenido cómplices y había actuado exclusivamente por iniciativa propia; sin embargo, muchos, sobre todo los protestantes hugonotes, creían que la idea del asesinato se la habían dado los jesuitas.

Otros llegaron a sospechar incluso que había participado la reina católica de Enrique IV, María de Medici. Su matrimonio tenía fama de haber sido desdichado. También es bien sabido y evidentemente sospechoso que, apenas dos meses antes del asesinato, María había convencido a su esposo para que la nombrara regente de Francia en caso de que él sufriera una muerte prematura. Su coronación oficial como regente tuvo lugar el 13 de mayo y Enrique fue asesinado menos de veinticuatro horas después.[28] La coincidencia resulta inquietante, como mínimo. Sin embargo, no se pudo demostrar nada contra María y toda la culpa, ya fuera justa o injustamente, cayó sobre el desgraciado Ravaillac, que sufrió la pena máxima por regicidio: primero fue torturado con tenazas al rojo vivo; después lo sumergieron en aceite caliente y por último, todavía vivo, fue destrozado por cuatro caballos amarrados a sus brazos y sus piernas.

La poca libido de Luis XIII

El hijo mayor de Enrique IV, Luis, el futuro Luis XIII, sólo tenía nueve años cuando su padre fue asesinado, de modo que la posición de María de Medici como regente era incuestionable legalmente. Fue coronado rey en 1614, cuando alcanzó la edad mínima de trece años, pero al principio estuvo totalmente dominado por su ambiciosa madre. Poco a poco comenzó a hacer valer su autoridad y en 1631, a los treinta años, finalmente asumió el control absoluto del trono y desterró para siempre de Francia a María de Medici.

A Luis XIII lo habían casado con la infanta española Ana de Austria, hija de Felipe III de España, cuando los dos tenían apenas catorce años y el matrimonio no se consumó durante muchos años. Luis, que era curioso por naturaleza y disposición, mostraba más interés por sus aficiones de reparar cerraduras y preparar mermeladas que por tener relaciones sexuales con su esposa. Era evidente que el joven no se parecía en nada a su padre, Enrique IV, que durante su breve reinado había seducido a tantas mujeres, que se había ganado el sobrenombre de *Le vert galant*, que, en la jerga francesa del siglo XVII, equivalía a *sexy*.

La poca libido de Luis no era el único problema. También era evi-

dente que simplemente le desagradaba su esposa española, a pesar de que ella era muy afectuosa con él y puede que incluso lo quisiera. Según el historiador francés Jean Duché, la situación se había deteriorado tanto que una noche fría de enero de 1619 unos cortesanos destacados prácticamente tuvieron que sacar a Luis a rastras de su propio lecho y llevarlo por la fuerza a la cámara de la reina para que finalmente consumara el matrimonio.[29] Dos años después, la reina (casi de milagro, se podría decir, dadas las circunstancias) quedó embarazada, aunque lamentablemente sufrió un accidente en el palacio del Louvre y tuvo un aborto. La respuesta peculiar del rey ante aquel hecho no fue de compasión, sino de rabia, y parece que se mostró más renuente todavía a cumplir sus obligaciones matrimoniales después de aquella tragedia.

A medida que iban pasando los años, la desesperación de la reina, que era joven y de sangre caliente, se volvió tan marcada que buscó algo de afecto coqueteando informalmente con el apuesto duque de Buckingham, el embajador británico en París. Llegó a oídos del rey Luis XIII el rumor de que su esposa tenía relaciones con Buckingham, lo cual, en aquella época, era un acto de traición que se podía castigar con la muerte. Sin embargo, como la reina era una católica devota y rigurosa, es poco probable que hubiera corrido semejante riesgo. En todo caso y afortunadamente para ella, el rey estaba convencido de su inocencia, de modo que, cuando Tommaso Campanella llegó a París en 1634, el estado de ánimo de la pareja real era oscuro, frío y solemne y ya nadie esperaba que produjeran un heredero para la dinastía de los Borbones.

Sin embargo, entonces, como por arte de magia, ocurrió algo maravilloso y extraño...

Breve excursión a unos tesoros egipcios enterrados

Desde tiempo inmemorial, cierto *glamour* de magia y misterio siempre había rodeado a los reyes de Francia, cuyos orígenes estaban rodeados de leyendas y mitos fabulosos. En sus raíces había tres casas reales sucesivas, incluso algunos las llaman «razas», conocidas como los merovingios, los carolingios y los capetos. Todos estaban unidos por una antiquísima legislación teutónica, la llamada «ley sálica», introducida por los francos salios que habían invadido la Galia en el siglo v d. de C.

La ley sálica había sido formalizada por Clodoveo, el fundador de la dinastía merovingia, y más tarde volvió a ser promulgada por el legen-

dario Carlomagno, Carolus Magnus, el fundador de la dinastía carolingia y primer emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. La dinastía capeta se fundó en el 987 d. de C., cuando Hugo Capeto llegó a ser rey de Francia. Mediante una lógica histórica indirecta y bastante dudosa, las familias de los Valois y los Borbones también se consideraban vinculadas, si no por sangre, al menos «espiritualmente», a aquellas raíces antiguas y, más directamente, a los capetos, cuya línea de sangre acabó en 1328, con la muerte de Carlos el Hermoso. Como este último no dejó hijos o ni siquiera hermanos varones para sucederle, el trono de Francia había pasado entonces a su primo, Felipe de Valois.[30]

En 1653, un misterioso tesoro oculto se desenterró en Tournai (que en la actualidad forma parte de Bélgica), donde tenían su capital los antiguos reyes merovingios. El descubrimiento provocó bastante revuelo en aquella época, porque se creyó que los objetos, en su mayoría de oro y de bronce y de escaso tamaño, procedían de la tumba del rey Childerico (alrededor del 460 d. de C.), el padre de Clodoveo. Observamos con interés que entre los objetos recuperados había un buey Apis de oro, una estatuilla de Isis y, en otro hallazgo cercano, en Saint-Brice, docenas de abejas doradas. En los mitos del antiguo Egipto, las abejas eran las lágrimas del dios del sol, Ra, mientras que el símbolo jeroglífico de la abeja formaba parte del título real de los faraones (como en «el de la juncia y la abeja»).[31] También resulta interesante el hecho de que el carácter egipcio de aquellos objetos fuese identificado correctamente por los eruditos de aquella corte francesa del siglo XVII, que a continuación sugirieron una conexión entre la dinastía merovingia y los cultos solares de Isis-Serapis del antiguo Egipto.[32]

La predicción de un milagro capeto

Tommaso Campanella llegó a la corte francesa en 1634; habían pasado veinte años desde la boda de Luis XIII con la infanta española Ana de Austria y la pareja real seguía sin tener descendencia. Las perspectivas de una continuación de la dinastía de los Borbones no eran nada halagüeñas y la opinión general era que no se produciría un «milagro capeto», la expresión burlona que se utilizaba entonces para describir la probabilidad de un sucesor real.

El problema principal y fuente de todo tipo de rumores y chismorreos en la corte era la negativa tajante de Luis XIII a tener contacto

sexual con su esposa. Se tenían del rey opiniones diversas: algunos pensaban que era impotente; otros, que simplemente no le interesaban las mujeres o, tal vez, que era homosexual.[33] Reforzaba esta última especulación la extraña relación, rayana en el amor romántico, que Luis mantenía entonces públicamente con su ayuda de cámara, Cinq-Mars. Para complicar más las cosas, el rey no se sentía bien y tenía tuberculosis. En último lugar, pero no por eso menos importante, y a pesar del asunto con su ayuda de cámara (masculino), también estaba enamorado de una dama joven y muy piadosa, *mademoiselle* Louise de la Fayette, que había ingresado en un convento en París. Aquella relación del rey, que recordaba un poco al amor platónico puro que en otros tiempos promovían los trovadores de Occitania, no tenía ningún contenido sexual en absoluto, pero en la corte la tomaban como una distracción de los posibles encuentros sexuales que de lo contrario él habría podido tener con la reina.

Desde luego, era la propia reina la que peor lo pasaba con aquella cuestión. Al oír que el famoso profeta y mago Tommaso Campanella acababa de llegar a Francia, lo mandó llamar. Se lo había recomendado mucho el cardenal Richelieu y ella quería que le diera su opinión profética sobre la cuestión de la sucesión.

Aquello no tenía nada de insólito. La reina y Richelieu, como la mayoría de las personas inteligentes e importantes de la época, estaban muy influidas por las predicciones proféticas y astrológicas. Sabemos que muchos monarcas europeos de los siglos XVI y XVII tenían sus astrólogos personales a los que consultaban con frecuencia sobre cuestiones de Estado, de matrimonio e incluso de guerra. En realidad, a través de intermediarios, Richelieu ya había consultado a Campanella en muchas ocasiones y no cabe duda de que la cuestión enervante de la sucesión se debió de plantear y discutir a menudo.[34] Los dos hombres llegarían a convertirse en confidentes cercanos y Campanella dedicó muchas de sus nuevas obras a Richelieu y a menudo pidió al cardenal que colaborara con él para «construir la ciudad del sol», como se exponía en *Civitas solis*, que se acababa de reeditar en París.[35]

Con Richelieu como intermediario, no tardó en producirse el encuentro de Campanella con la reina y, para sorpresa de la corte, el mago tuvo la audacia de predecir que la monarquía francesa no tardaría en ser bendecida con un heredero.[36] Además, tal heredero sería un varón, que, como el mismísimo Sol, iluminaría el mundo entero y marcaría el comienzo de una época gloriosa y dorada para la humanidad:

[...] Todos reconocerán un solo Padre y un solo Dios y el amor los unirá a todos [...] reyes y naciones [...] se reunirán en una ciudad que se llamará «Helíaca», la ciudad del sol, que será construida por este héroe ilustre [el futuro rey «solar» de Francia].[37]

Como dijo Jean Meyer con delicadeza, Campanella había hecho una apuesta muy arriesgada, en la que había mucho en juego, al proclamar el nacimiento inminente de un heredero varón al trono francés. Si resultaba que tenía razón, tenía mucho que ganar; pero si no la tenía, su reputación se arruinaría.

Un regalo del cielo

Una tormenta eléctrica que cayó de repente sobre la ciudad de París en una mañana fría de invierno jugaría a favor de Campanella y su apuesta profética tuvo su compensación, porque a primeras horas de la tarde de un día de diciembre de 1637 Luis XIII se marchó de su pequeña residencia de fin de semana en Versalles para dirigirse al palacio de Saint-Maur, donde tenía intención de pasar la noche. De camino, decidió detenerse en París, en el convento de Sainte-Marie, en la calle Saint-Antoine, donde vivía Louise de la Fayette, su amor platónica y muy piadosa amiga.

Mientras sus guardaespaldas esperaban fuera y con una monja anciana haciendo de carabina, el rey y la hermana Louise de la Fayette se sentaron en un lugar apartado del convento y se pusieron a hablar en voz baja. Cuando finalmente se hizo de noche, el rey decidió que era hora de marcharse, pero el capitán de sus guardias, un hombre llamado Guitaut, profundamente devoto de la reina, le informó que fuera había una tormenta terrible y que, por consiguiente, dirigirse a Saint-Maur era una imprudencia. Guitaut recomendó enérgicamente al rey que lo más seguro para él sería pasar la noche en el palacio del Louvre, que quedaba mucho más cerca.[38]

Había un pequeño problema: la reina tenía sus aposentos privados en el Louvre y al rey no le hacía ninguna gracia la perspectiva de pasar la noche en su compañía, pero, como la tormenta arreciaba y Guitaut seguía recordando al rey que seguramente la reina estaría encantada de recibirlo en el Louvre, Luis no tuvo más remedio que aceptar. Se envió por delante a un guardia para advertir a Ana de la maravillosa

oportunidad que se le presentaba. Se preparó rápidamente una cena a la luz de las velas y se llevó otra cama a las cámaras de la reina. El leal capitán Guitaut se había asegurado de hacer llegar la noticia a todos los conventos e iglesias de París, para que todos rezaran al mismo tiempo para que se produjera el acontecimiento tan esperado...

Efectivamente, justo nueve meses después, el 5 de septiembre de 1638, Ana de Austria daba a luz a un niño que fue bautizado con el nombre de Luis: el futuro Luis XIV. Como para recordar que aquel gran milagro había sido profetizado por Tommaso Campanella, resultó que el 5 de septiembre Campanella cumplía setenta años. Entonces, en medio de grandes júbilos y oraciones de agradecimiento, la reina, extasiada y sumamente agradecida, mandó llamar al mago y le pidió que hiciera la carta astral de su hijo, al que ya llamaban el *Dieudonné*, «regalo del cielo». Sabemos que Campanella estuvo como mínimo dos veces en los aposentos privados de la reina, que estuvo presente cuando daba el pecho al bebé y que incluso tuvo el inmenso honor de tener en sus brazos al futuro rey.[39] Finalmente, después de examinar detenidamente al niño, anunció, sin demasiada alharaca, que el reinado de Luis XIV sería prolongado, feliz y glorioso.[40]

Sin embargo, dijo algo más en la égloga en latín que compuso para Luis XIV, que se publicó en enero de 1639.[41] Siguiendo el modelo de la mesiánica Cuarta Égloga de Virgilio (que había profetizado el dominio universal de César Augusto), la extensa profecía de Campanella no deja lugar a dudas acerca del futuro que veía para la monarquía francesa y el próximo reinado de Luis XIV: sencillamente, tenía la orden divina de producir la gran reforma «hermético-cristiana» universal que Bruno había soñado y de construir la ciudad del sol que el propio Campanella había promovido.[42]

Es el momento de preguntarse qué tenía Campanella realmente en la cabeza, en qué tipo de «ciudad solar» estaría pensando y si se trataba de una ciudad de verdad o de una mera visión simbólica de alguna reforma utópica cuyo comienzo marcaría la monarquía francesa.

Una impronta hermética

Hasta ahora podemos ver que Campanella había tenido éxito en su misión hermética, donde Bruno había fracasado antes que él. Es cierto que Bruno había conseguido que Enrique III de Francia lo apoyara un

poco e incluso había tenido ocasión de presentar su propia visión egipcia hermética de reforma universal a los estudiosos de París y Oxford, pero finalmente todo aquello había quedado reducido a un montón de cenizas en el Campo dei Fiori de Roma. En cambio, Campanella, gracias a su temperamento más astuto y a su mayor habilidad para manejarse con relaciones humanas complejas, contaba entonces con el apoyo de la pareja real francesa y el de su poderoso ministro, Richelieu. Aunque esto le sucedió muy tarde en la vida, le brindó la oportunidad casi increíble de sembrar la semilla de su propia visión de reforma en el seno mismo de la monarquía francesa. ¿Acaso no se había jactado en una ocasión Campanella (pregunta Frances Yates) de que él podría «hacer una ciudad de una forma tan maravillosa que, por el mero hecho de mirarla, se aprendieran todas las ciencias»?[43] Entonces por fin estaba en condiciones de cumplir su promesa.

Yates considera a Campanella, acertadamente, «un Bruno más eficaz»[44] y escribe que «da toda la impresión de que Bruno le hubiese pasado una antorcha a Campanella».[45] También señala otro aspecto del misterio, algo mucho más sutil y más impreciso, que aparentemente nadie ha visto antes que ella. En su opinión, la ciudad del sol de Campanella «en última instancia era de origen egipcio»:

> Resulta evidente ahora que, al ideal romano de un imperio universal que vuelve a una época dorada y al ideal platónico de un Estado gobernado por filósofos, Campanella añadió un tercer ideal: el del Estado egipcio que se mantiene intacto y eterno gracia a la magia sacerdotal. El soberano solar de la ciudad del sol es sacerdote y rey a la vez, supremo tanto en el ámbito espiritual como en el temporal, en resumen, es Hermes Trismegisto, sacerdote, filósofo y rey. Por consiguiente, Campanella no era en absoluto un revolucionario liberal. Su ideal consistía en una teocracia todopoderosa, como la egipcia, tan poderosa que regulara mediante la magia científica las influencias celestiales y, a través de ellas, toda la vida de la población. Su aspecto aparentemente liberal se debe a que alentaba la investigación científica y la invención [...], pero esta ciencia solar avanzada estaba en manos de los sumos sacerdotes y regulada por ellos, como en el antiguo Egipto.[46]

Desde nuestro punto de vista, no es casualidad que los aspectos revolucionarios liberales de la utopía de Campanella (basados en los principios de la verdad, la justicia y el amor fraternal y caracterizados por la libertad de expresión, la igualdad de derechos para las mujeres, una

buena atención sanitaria y la educación universal para los niños)[47] ya se hubiesen comenzado a desarrollar en Occitania cientos de años antes,[48] como tampoco es probable que sea casual, como ya hemos visto en el capítulo 1, que volvieran a aparecer, vinculados con la obra de Voltaire, Rousseau y otros notables de aquella época, en las corrientes filosóficas e intelectuales subyacentes de la Revolución francesa de 1789.

Sin embargo, el aspecto más insólito y más llamativo del plan de Campanella, sobre el cual Yates llama la atención en particular, es su egipcianismo. El mago hermético lo injertó ingeniosamente en la monarquía francesa en la persona del futuro Luis XIV, garantizando de tal modo su aceptabilidad dentro de los sistemas existentes en Europa, pero, al mismo tiempo, no cabe duda de que lo que Campanella tenía en la cabeza, en última instancia, era un renacimiento de la época dorada del antiguo Egipto, cuando un rey solar y sus sacerdotes científicos, sabios y benévolos, habían regido y gobernado la tierra.

Si tales ideas se hubiesen llevado hasta su conclusión lógica, cabría esperar que Luis XIV hubiese dejado una impronta hermética en el paisaje francés. En resumen, esperaríamos, como había profetizado Campanella en la égloga en latín, que hubiese construido o hubiese intentado construir la ciudad del sol.

Las fuentes mágicas ocultas

Desde luego, siempre cabe la posibilidad de que la ciudad del sol no fuera más que una metáfora de un tipo ideal de sociedad, más que algo que se pretendía llevar a cabo con ladrillos y argamasa. Sin embargo, en el plan de Campanella y en las enseñanzas herméticas hay muchas cosas que nos inducen a pensar lo contrario. Lo más significativo es el carácter totalmente astral de su modelo, que aprovecha constantemente los mecanismos íntimos de retroalimentación entre el cielo y la tierra, arriba y abajo, que se prevén en los textos herméticos.

El amplio plan de la ciudad del sol de Campanella, tal como él lo describe en su gran obra *Civitas solis*, parece un diagrama del sistema solar copernicano. En el centro, sobre un montículo elevado, hay un templo perfectamente circular de tamaño gigantesco (que representa al Sol), con la bóveda apoyada en pilares elevados. Alrededor del templo están las siete divisiones concéntricas de la ciudad (una para cada una de las órbitas de los planetas conocidos entonces), separadas por muros

que se atraviesan por puertas orientadas hacia los puntos cardinales: Norte, Sur, Este y Oeste. Dos carreteras axiales atraviesan toda la ciudad y la cortan, como si dijéramos, por el centro, una de Norte a Sur y la otra de Este a Oeste.[49]

Dentro del enorme «templo del Sol» que se encuentra en el centro de toda esta perfección geométrica, el texto de Campanella prevé un altar sobre el cual no hay nada más que dos globos inmensos, uno de los cuales muestra «todo el cielo» y el otro, «toda la tierra».[50] En el techo de la bóveda se representan «todas las estrellas más grandes del cielo, con sus nombres y los poderes que tienen sobre lo que hay abajo»; estas representaciones se corresponden con los globos que hay sobre el altar. En el templo también hay siete lámparas eternas que llevan los nombres de los siete planetas. Sobre el muro exterior del templo aparece una representación de «cada estrella en su orden».[51]

Hay imágenes y escritos grabados tanto en la cara externa como en la interna de cada una de las siete series de paredes concéntricas, aparentemente con la intención fundamental de enseñar y servir de inspiración a los ciudadanos. Incluyen más mapamundis, las geografías culturales de distintos pueblos, representaciones de mares y ríos, conocimientos sobre el reino animal, el vegetal y el mineral e imágenes de «inventores de ciencias y leyes», una lista ecléctica que incluye a Hermes Trismegisto (en su versión romanizada como Mercurio), Júpiter (Zeus-Amón en el panteón grecoegipcio de Alejandría), el profeta Mahoma, Jesucristo y los doce apóstoles y, en último lugar, aunque no por eso el menos importante, Osiris.[52]

En síntesis, observa Frances Yates, la ciudad que quería Campanella y que, según sus profecías, Luis XIV construiría en cierto modo iba a ser «todo un reflejo del mundo tal y como es gobernado por las leyes de la magia natural que dependen de las estrellas».[53] Tenía que estar dispuesta cuidadosamente «para estar de acuerdo con las estrellas», la fuente de «toda su felicidad, salud y virtud».[54] La tenía que dirigir un sacerdote que fuera «la cabeza de todo, tanto de lo espiritual como de lo temporal»,[55] mientras que su gobierno estaría en manos de grandes hombres, capaces de comprender y usar la magia natural: «inventores, moralistas, taumaturgos, líderes religiosos, en resumen, magos [...]».[56] Había que elegirlos en función de su habilidad, en palabras de Marsilio Ficino, para «hacer descender la vida del cielo» por el bien de la humanidad.[57]

Yates demuestra que, salvo superficialmente, quizás, no hay que buscar los orígenes intelectuales del gran plan de Campanella en obras con-

temporáneas o casi contemporáneas que él tal vez conociera, como la *Utopía* de Tomás Moro. Por el contrario, sostiene que, «para hallar la fuente última, hay que escarbar más y descubrir las fuentes mágicas ocultas de las que se alimentó el Renacimiento». Se refiere a los textos herméticos y destaca en particular el *Picatrix*, con su ciudad mágica de Adocentyn, y nos recuerda que presentaba:

> [...] un castillo con cuatro puertas, sobre las cuales había imágenes en las que Hermes Trismegisto había introducido espíritus. Comparémoslo con las cuatro puertas y caminos de la ciudad del sol. En lo alto del castillo había un faro que lanzaba sobre la ciudad los colores de los siete planetas. Comparémoslo con las siete lámparas planetarias que siempre ardían en la ciudad del sol [...] En el pasaje del *Picatrix* que describe la ciudad de Adocentyn, también se dice que Hermes Trismegisto había construido un templo al Sol.[58]

Yates llega a la conclusión de que, en otras palabras, «la capa de influencia más profunda, la fundamental, que hay detrás de la ciudad del sol es, me parece a mí, hermética y su primer modelo, al cual se han añadido posteriormente muchas influencias, es, creo yo, la ciudad mágica de Adocentyn que se describe en el *Picatrix* y la descripción que hay en el *Asclepio* de la religión de los egipcios».[59]

En el capítulo 3 hemos hablado largo y tendido del famoso «Lamento» del *Asclepio*, en el cual nos enteramos de que unas fuerzas adversas han destruido la religión mágica y natural de los egipcios y también de su aparente desaparición de la tierra durante un período prolongado. Asimismo recordará el lector que el *Asclepio* hace una profecía: que la religión perseguida se restaurará algún día en «una reforma de todo lo bueno y una restitución santísima y reverentísima de la propia naturaleza». Lo más importante de todo es que lo que desencadenará esta restauración y restitución será la fundación de una ciudad alineada con el sol.[60]

¿Es posible que Campanella influyera en Luis para que llevara sus ideas a una conclusión lógica y dejara una impronta hermética en la arquitectura de Francia? En tal caso, el viejo mago debió de encontrar de algún modo la manera de llegar hasta él desde más allá de la tumba, porque falleció en París el 21 de mayo de 1639, ocho meses y medio después del nacimiento del Rey Sol.

No obstante, en cuestiones de influencia, como veremos (y como recomiendan los propios textos herméticos), es mejor suponer que «no hay nada imposible».[61]

8

La hermandad invisible

«Richelieu no recibió a los rosacruces, pero, cuando Campanella fue a París once años después, contó con el apoyo del poderoso cardenal, lo cual demuestra que Campanella logró modificar sus ideas [...] para introducirlas en canales aceptables para los que mandan.»

FRANCES YATES, *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1991, p. 446

«¿Existen los rosacruces? ¿Es usted uno de ellos?»

FRANCES YATES, *The Rusicrucian Enlightenment*, Ark Paperbacks, Londres, 1986, p. 206

En 1623, durante el reinado de Luis XIII y once años antes de que Tommaso Campanella llegara a la corte francesa, una organización subversiva dio a conocer su presencia en París. A hurtadillas, por la noche, se colgaron unos carteles llamativos en las paredes de los edificios públicos y en todas las calles principales de la ciudad, con el siguiente anuncio:

Nosotros, los representantes del principal Colegio de los Hermanos de la Rosacruz, estamos haciendo una estancia visible e invisible en esta ciudad mediante la Gracia del Altísimo, hacia el cual se vuelven los corazones de los Justos. Mostramos y enseñamos sin libros ni marcas a hablar todas las lenguas de los países en los que queremos estar y a sacar a los hombres del error y la muerte.[1]

Otro cartel contenía una variante del mensaje con matices religiosos más específicos:

> Nosotros, los representantes del Colegio de la Rosacruz, anunciamos a todos los que quieran entrar en nuestra Sociedad y Congregación que les enseñaremos el conocimiento más perfecto del Altísimo, en cuyo nombre celebramos hoy una asamblea, y los convertiremos de visibles en invisibles y de invisibles en visibles.[2]

Como seguramente se pretendía, la campaña de los carteles provocó bastante revuelo en París. Los informes de la época hablan de un «huracán» de rumores ante la noticia de que la misteriosa fraternidad de los rosacruces (que ya se creía que estaba activa en Alemania) había llegado entonces a Francia.[3] Según los panfletos y otros rumores (aunque de naturaleza bastante concreta y específica), el núcleo de la hermandad estaba constituido por treinta y seis «invisibles» (en el sentido de que estaban velados, de incógnito, ocultos) dispersos por el mundo en grupos de seis.[4] Celebraban sus reuniones en la época del solsticio de verano, el día más largo del año, y, aunque el lenguaje de los panfletos y los carteles parecía religioso y evidentemente cristiano, decían que los adeptos de la fraternidad «habían jurado renunciar al cristianismo y a todos los derechos y sacramentos de la Iglesia».[5]

Para comprender el tipo de pánico moral, acompañado en muchos casos por la emoción de un entusiasmo ilícito, que generaban tales insinuaciones y rumores, hemos de tener presente la situación general de Europa en 1623. Durante más de un siglo, los sangrientos conflictos religiosos entre católicos y protestantes habían destrozado a los pueblos del continente, creando un clima abrumador de temor y sospecha, y justo acababa de comenzar el gran conflicto en Europa central que se convertiría en la Guerra de los Treinta Años, para inflamar aún más los profundos odios y pasiones de la época. Por consiguiente, era natural que todos, en particular la corte y el gobierno de Francia, se sintieran inquietos e incluso un poco amenazados por aquellos anuncios de que una hermandad clandestina se había instalado en París y tenía intenciones de salvar a la gente del «error y la muerte».

¿Quién estaba detrás de toda aquella propaganda provocadora? ¿Quién era el responsable? ¿Quiénes eran las personas «invisibles» que se llamaban a sí mismos «hermanos de la Rosacruz»?

Aunque ha salido a la luz un montón de material que supuestamente provenía de aquellos «rosacruces» originales, los estudiosos siguen debatiendo todavía las mismas cuestiones y no han propuesto ninguna res-

puesta definitiva. Lo único claro es que, quienesquiera que fuesen, los sedicentes hermanos «invisibles» debían de estar cortados con una tijera bastante parecida a la de Bruno y Campanella. Aunque empleaban métodos más cautos que los grandes magos herméticos, muchos de ellos también consideraban que habían sido dotados de poderes mágicos especiales o que poseían un conocimiento o una «ciencia» que se podía usar para provocar una reforma religiosa e intelectual del mundo.

Los Manifiestos Rosacruces

Si una sociedad secreta cumple sus objetivos (lo cual implica, por definición, que cueste detectarla en su propia época), cabe suponer que no es probable que los historiadores de una época posterior le puedan seguir el rastro fácilmente. Por consiguiente, si creemos que los rosacruces son una sociedad secreta, se deduce que en realidad no se puede decir a ciencia cierta durante cuánto tiempo habrán existido sin ser detectados, antes de que se manifestaran. Lo único que sabemos es que las primeras referencias directas y definidas que tenemos de ellos se hicieron en Alemania durante los veinte años previos a la campaña de carteles de París en 1623. De aquella primera actividad procede casi todo lo que sabemos o creemos saber acerca del «colegio invisible» de la Rosa Cruz.

El nombre «Rosacruz» deriva de Christian Rosenkreuz, Rosacruz o Rosa Cruz, el héroe de dos libritos profundos y con un contenido de lo más insólito, publicados por primera vez en Kassel (Alemania) en 1614 y 1615. El título completo del primero es *Fama Fraternitas* o *Descubrimiento de la fraternidad de la nobilísima orden de la Rosacruz*, o simplemente «el *Fama*», para los estudiosos. El título completo del segundo, publicado en 1615 y conocido como «el *Confessio*», es *Confessio Fraternitatis* o *Confesión de la meritoria fraternidad de la honorabilísima orden de la Rosa Cruz, dirigida a todos los doctos de Europa*. Estos dos textos, cuya traducción al inglés abarca menos de veinticinco páginas, se conocen en su conjunto como «los Manifiestos Rosacruces».[6]

El *Fama*

Se supone que el *Fama* es obra de un grupo de adeptos rosacruces y narra la historia del «Padre más divino y más preclaro, nuestro her-

mano, C. R. [Christian Rosacruz], alemán, el jefe y creador de nuestra Fraternidad», cuyo objetivo era producir una «reforma general». Parece que, de joven, este C. R. había emprendido una peregrinación a Tierra Santa, pero que había hecho un alto en el camino para ver a los «sabios de Damasco», que lo recibieron «no como a un extraño, sino como a alguien a quien esperaban desde hacía tiempo» y le enseñaron cosas secretas «ante las cuales no pudo hacer otra cosa que maravillarse mucho» y le transmitieron conocimientos de física y matemática. C. R. estaba tan magnetizado por sus estudios que se le fueron las ganas de llegar a Jerusalén (su objetivo original) y pasó tres años con los sabios damascenos, en algo que se parece mucho a una iniciación hermética.[7]

Finalmente y con su bendición, volvió a dirigirse hacia el Oeste. Primero entró en Egipto y después «cruzó en barco todo el Mediterráneo para llegar a Fez» [en Marruecos], donde los «habitantes elementales», miembros de una sociedad oculta de «magos, cabalistas, médicos y filósofos [...] le revelaron muchos de sus secretos», aunque parece que el conocimiento que había adquirido en Damasco era superior al suyo, porque consideró que «la magia de ellos no era del todo pura [...] su cábala estaba contaminada por su religión».[8]

Después de pasar dos años en Fez, el hermano C. R. continuó su viaje; primero fue a España y desde allí al resto de Europa. Quería compartir la gran sabiduría que había adquirido en Oriente y enseñar a los sabios occidentales «los errores de nuestras artes [es decir, las occidentales] y la manera de corregirlos [...] y también cómo enmendar los defectos de la Iglesia y toda la *Philosophia Moralis*». Sin embargo, los estudiosos ante los cuales expuso sus ideas lo pusieron en ridículo y lo atacaron, porque «temían que su prestigio disminuyera».[9] Esto nos recuerda inevitablemente la misión de Giordano Bruno de provocar la reforma hermética del mundo.

Al final, Christian Rosacruz regresó a Alemania, se construyó una casa, meditó largamente sobre su viaje y su filosofía «y lo redujo todo junto a una sola conmemoración». También intensificó sus estudios de matemáticas y fabricó «muchos instrumentos de precisión». Al cabo de cinco años, «se le volvió a pasar por la cabeza el deseo de reforma [...] y decidió intentarlo, infatigable, con algunos que se unieron a él». En aquel momento oímos hablar de tres hermanos más: el «hermano G. V.», el «hermano J. A.» y el «hermano J. O.», a los que C. R. une «a él para que sean fieles, diligentes y discretos»:

> De esta manera comenzó la Fraternidad de la Rosa Cruz, primero con sólo cuatro personas, que entre ellas crearon el lenguaje y la escritura mágicos, con un gran diccionario, que todavía usamos a diario para alabar y glorificar a Dios y en los cuales encontramos gran sabiduría.[10]

Poco después, a aquellos cuatro fundadores se sumaron cuatro más: el hermano B., el hermano G., el hermano P. D. y el hermano J. A., «de modo que en total fueron ocho; todos eran solteros y juraban ser vírgenes».[11] Entonces el grupo «compiló un libro o un volumen de todo lo que el hombre puede desear, querer o aspirar», un sistema de orientación que «permanecerá inamovible hasta el fin del mundo», con el poder de abrir los ojos de las masas de todas las tierras y volverlas menos pasivas ante «el papa, Mahoma, los escribas, los artistas y los sofistas».[12]

Así preparados «y perfectamente capaces de disertar sobre la filosofía secreta y la manifiesta», los ocho «se separaron y fueron a distintos países», para apartar allí a aquellos de entre los cultos que fuesen dignos de recibir sus doctrinas. Como los «perfectos» cátaros, célebres por sus habilidades médicas, aquellos hermanos rosacruces trabajarían como médicos, curando a los enfermos, sin cobrar nada. Para disimular mejor y pasar más desapercibidos, no estaban obligados a llevar ningún hábito en particular, sino que «seguían la costumbre del país». Al igual que los «perfectos» cátaros, eran célibes y, también como ellos, cada uno tenía que buscar un aprendiz que trabajara con él, «una persona digna que, después de su muerte, pudiera sucederle».[13]

Así fueron pasando las generaciones, hasta que «ninguno de nosotros hubiese sabido de ninguna manera nada sobre el hermano R. C. y sus primeros hermanos» que se pudiese deducir de los libros de la orden. Se comenzó a dudar si las verdaderas enseñanzas de los ocho hermanos originales se habrían transmitido de forma adecuada. En aquel momento, sin embargo, y por casualidad, uno de los hermanos tropezó con la tumba perdida del mismísimo Christian Rosacruz, que resultó ser una especie de «Sala de los Recuerdos» hermética que contenía todos los conocimientos necesarios para restaurar la orden:

> Al abrir la puerta, apareció ante nuestros ojos una cripta de siete lados y esquinas; cada lado tenía un metro y medio de ancho y una altura de casi dos metros y medio.[14]

Una luz permanente, como «otro sol», brillaba «en la parte superior en el centro del techo». En lugar de una lápida, la cripta contenía un altar redondo cubierto por una placa de bronce en la cual estaba grabado el siguiente epitafio misterioso:

> Hice en mi vida este compendio del universo para que fuera mi tumba.[15]

Debajo de la placa de bronce estaba el cadáver de Christian Rosacruz, «un cuerpo bello y sabio, entero e intacto». Sostenía en la mano un libro de pergamino, en cuya última página figuraba el siguiente panegírico:

> Un grano enterrado en el pecho de Jesús, C. Ros. C. surgió de la noble y afamada familia alemana de R. C.; un hombre que conocía los misterios y los secretos del cielo y la tierra mediante las revelaciones divinas, la meditación sutil y el trabajo incansable de su vida. En sus viajes por Arabia y África, reunió un tesoro [de conocimiento, no de oro ni riquezas terrenales] superior al de reyes y emperadores, pero se dio cuenta de que no era adecuado para su tiempo y lo guardó para que la posteridad lo descubriese [...] Construyó un microcosmos correspondiente en todos sus movimientos al macrocosmos y por último elaboró un compendio de cosas pasadas, presentes y por venir. Entonces, habiendo superado el centenar de años, aunque no sufría ninguna enfermedad [...] pero llamado por el Espíritu de Dios [...] entregó su alma iluminada.[16]

Los autores del *Fama* dicen que «tienen el conocimiento de Jesucristo» y que su filosofía «no es un invento nuevo»:

> También nuestro edificio (aunque cien mil personas lo han visto y contemplado de cerca) se mantendrá siempre intacto, indestructible y oculto al mundo malvado.[17]

Por último y en un tono resonante, figura esta declaración y profecía de unos cambios tremendos y el nacimiento de un orden nuevo, que los rosacruces, con los tesoros del conocimiento a su disposición, están listos para introducir:

> Europa está embarazada y parirá un niño fuerte que va a necesitar un regalo importante de su padrino.[18]

El *Confessio*

El *Confessio*, publicado en 1615, se presenta como una secuela del *Fama* y comienza con una condena a los blasfemos «de Oriente y Occidente [se refiere al papa y a Mahoma] contra Nuestro Señor Jesucristo». A continuación promete que «todos los eruditos que se presenten ante nosotros y entren en nuestra hermandad encontrarán en ella más secretos maravillosos de los que hayan adquirido y conocido hasta entonces o que sean capaces de creer o promulgar».[19]

Con un extraño lenguaje metafórico, el *Confessio* propone a continuación lo que parece una revolución total en Europa, hacer borrón y cuenta nueva, porque «esa es la única manera de que la posteridad pueda poner nuevos cimientos y vuelva a sacar a la luz la verdad». Sostienen que aquello es preferible a las renovaciones y reparaciones interminables de «el viejo edificio en ruinas».[20] El resultado final que esperaban conseguir era el siguiente:

> [...] que el mundo despierte de su sueño pesado y, con el corazón abierto, la cabeza descubierta y los pies descalzos, se reúna alegremente y con regocijo con el nuevo sol naciente.[21]

El texto continúa con un ataque a la Iglesia:

> Del mismo modo que el matemático y el astrónomo ven y conocen con mucha antelación los eclipses que se van a producir, también nosotros en verdad podemos prever y conocer con anticipación la oscuridad de la Iglesia.[22]

Nos dicen que «los seductores romanos han vomitado sus blasfemias contra Cristo y que no han dejado de decir mentiras bajo esta luz resplandeciente».[23] También se hacen varios llamamientos a un conocimiento adecuado de las Escrituras.[24] Por último:

> Reconocemos que verdadera y sinceramente profesamos a Cristo, condenamos al papa y nos adherimos a la filosofía verdadera, llevamos una vida cristiana y todos los días llamamos, suplicamos e invitamos a muchos más a nuestra fraternidad, sobre la cual apareció también la mismísima luz divina.[25]

El *Confessio* proporciona por primera vez al lector la cronología dentro de la cual se desarrolla toda la historia: Christian Rosacruz nace en

1378 y vive ciento seis años, ya que muere en 1484. Su tumba se vuelve a descubrir ciento veinte años después, es decir, en 1604, justo diez años antes de la publicación del *Fama*.[26]

El misterio de las bodas alquímicas

En 1616 apareció una tercera publicación que contribuyó al misterio de los Manifiestos Rosacruces. Su título es *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz* y, al igual que los Manifiestos, describe una orden secreta que utiliza como símbolos una cruz roja y rosas rojas.[27] Sin embargo, entonces el centro había cambiado a lo que se podría llamar «transformación interna», en lugar de la transformación social y religiosa que anunciaban los Manifiestos.[28]

Nunca se ha identificado de forma fehaciente a los autores del *Fama* ni del *Confessio*. Sin embargo, durante algún tiempo, la opinión general de los estudiosos —Frances Yates estaba totalmente convencida— era que *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz* era obra de Johann Valentin Andreae, un joven pastor luterano de Tubinga (Alemania).[29] Las últimas investigaciones han arrojado algunas dudas sobre esta identificación, sobre todo porque *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*, tal como apareció en 1616, es muy diferente de todos los demás escritos que se conservan de Andreae. El erudito hermético Adam McLean opina lo siguiente:

> Por lo que sabemos de Andreae como pastor y académico luterano ortodoxo y eminente, parece poco probable que haya podido crear un documento esotérico tan profundo, que en realidad se basa en muchas ideas heréticas, incluso en términos protestantes.[30]

Surge la confusión porque Andreae menciona una obra titulada *La boda alquímica* entre unas cuantas piezas teatrales cortas («los primeros esfuerzos juveniles de un escritor»)[31] que escribió mientras estudiaba en la Universidad de Württenberg en 1602 y 1603. Aquella obra temprana no se conserva, pero Andreae se movía en círculos esotéricos y herméticos, como veremos, y tuvo mucho que ver con el incipiente movimiento rosacruz en Alemania,[32] de modo que era natural que los estudiosos identificaran su *Boda alquímica* de 1602-1603 con *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*, una obra anónima que se publicó en

1616. Esta última contiene referencias a los Manifiestos Rosacruces (1614-1615) y a otras cuestiones de la época, de modo que no se puede identificar con el texto perdido de 1602-1603, aunque en general se cree que Andreae debió de haberlo actualizado antes de su publicación.[33]

Andreae nació en 1586, de modo que en 1603 debía de tener diecisiete años y era demasiado joven y con poca experiencia del mundo, en nuestra opinión, para haber escrito una obra tan profunda, oscura y llena de símbolos complejos como *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*. Cuando se publicó, en 1616, habría tenido treinta años y eso es muy diferente. De todos modos, si era el autor, no sólo debió de actualizar, sino reescribir por completo la versión juvenil de la pieza teatral antes de llevarla a la imprenta, porque en la obra acabada no hay nada en absoluto de un joven de diecisiete años. Incluso si aceptamos que la reescribió por completo en su madurez, todavía tenemos que hacer frente al problema de su trasfondo hereje y su supuesta incompatibilidad con el resto de los escritos de Andreae. Es probable que la cuestión no se resuelva nunca a gusto de todos, a menos que aparezca el manuscrito de 1602-1603. Mientras tanto, Adam McLean resulta convincente cuando especula lo siguiente:

> Andreae realmente escribió una versión de la *Boda alquímica*, puede que una pieza teatral o un espectáculo sencillo. [...] Unos años después [...] es posible que algún miembro de la fraternidad rosacruz [...] con el cual Andreae tuviera alguna conexión, decidiera adaptar la obra temprana e inédita de Andreae para convertirla en la compleja alegoría esotérica que hoy conocemos.[34]

Una historia extraña

En cuanto al contenido de *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*, aquí sencillamente no tenemos espacio para hacerle justicia. En su traducción al inglés, el texto impreso abarca unas noventa páginas divididas en siete capítulos, cada uno de los cuales representa el viaje de un día en una especie de peregrinación. El narrador es el propio Christian Rosacruz, que, como recordará el lector, según los Manifiestos vivió hasta los ciento seis años. En *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz* debía de tener ochenta y un años, porque sabemos que nació en 1378 y la acción de la historia transcurre en 1459.[35]

El primer día vemos a C. R. sentado a su mesa, meditando tranquilamente «sobre los numerosos grandes misterios que el Padre de la Luz, en su majestad, me ha permitido vislumbrar».[36] Observamos, de paso, que la expresión «Padre de la Luz» no aparece jamás en la Biblia cristiana, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, aunque en los primeros siglos de la era cristiana lo usaban mucho los maniqueos y los gnósticos para hacer referencia al Dios del bien y había una secta de cristianos gnósticos cuyos miembros se llamaban a sí mismos «hijos de la luz».[37]

Cuando estaba sumido en su meditación, C. R. recibe la visita de la figura angélica, resplandeciente y alada de una «mujer de una belleza extraordinaria [...] toda vestida de azul, tachonada como el cielo de estrellas doradas», que extrae una notita, la coloca sobre la mesa con una reverencia y de inmediato sale volando hacia lo alto de la atmósfera mientras sopla estruendosamente una trompeta.[38] Cuando C. R. abre la nota, ve que contiene una invitación a «la boda del rey» y una advertencia críptica que debe estudiar con detenimiento antes de decidirse a aceptar:

> Si no estás bien limpio,
> la boda puede salir mal.
> Aquí el perjurio corre por tu cuenta y riesgo.[39]

Uno se siente inclinado a preguntarse qué tipo de boda puede ser peligrosa para los invitados que sean impuros o que no digan la verdad. Esto nos da enseguida la pauta (una de las muchas que hay en la narrativa) de que no se trata de un relato de un acontecimiento real o ni siquiera de pura ficción, sino pura y exclusivamente de lo que Adam McLean llama una «alegoría esotérica». Podemos decir sin temor a equivocarnos que con la alegoría de la boda se pretende sugerir algo más parecido a una búsqueda o un desafío personal que a un matrimonio. Dentro de la misma tradición que la búsqueda del Santo Grial, las duras pruebas y los dilemas morales a los que tienen que hacer frente los invitados en los días venideros y en los cuales deben colaborar para completar una operación alquímica compleja parecen formar parte de un proceso sutil de purificación y transformación.

Como la búsqueda del Grial, a menudo se considera *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz* un documento del cristianismo esotérico. Sin embargo, como pregunta y observa Adam McLean:

¿Dónde está el mensaje cristiano? Lo que se describe parece más una antigua iniciación mistérica que una experiencia religiosa cristiana.[40]

Todavía en el primer día de su búsqueda, el octogenario Christian Rosacruz hace lo que la invitación a la boda le advierte que debe hacer. Se observa a sí mismo, tanto por dentro como por fuera, con total sinceridad y descubre que le falta lo siguiente:

A medida que cavilaba, me daba cuenta de que no tenía en la cabeza más que una gran falta de sentido y ceguera en cuestiones esotéricas. [...] También descubrí que mi vida física, mi conducta exterior y mi amor fraternal hacia mi prójimo no tenían nada de limpios ni de puros. Era consciente de deseos carnales, que apuntan sólo a la reputación y la manifestación terrenal y no al bienestar de los demás; siempre estaba pensando en la manera de usar mis habilidades para mi propio beneficio inmediato, para construir muchas cosas espléndidas, para hacerme un nombre duradero en el mundo y para otros pensamientos materialistas semejantes.[41]

Es interesante que las dos cuestiones por las que C. R. se reprocha a sí mismo sean: 1) su ceguera esotérica y la falta de gnosis interior y 2) su comportamiento mundano y materialista. De todos modos, decide asistir a la boda. Vestido con una chaqueta de lino blanco, con un cinturón rojo sangre cruzado en diagonal sobre los hombros y con cuatro rosas rojas en el sombrero, emprende su viaje y así acaba el primer día.

El segundo día, Rosacruz entra en un bosque inmenso hasta que al final llega a un claro, donde le ofrecen «elegir entre cuatro caminos; por todos ellos puede llegar hasta el castillo real, si sigue hasta el final». Uno es corto pero peligroso; otro es largo y sinuoso y así sucesivamente. Al final, C. R. logra llegar hasta el castillo, donde ya hay otros invitados. Una hermosa Virgen aparece y hace un anuncio portentoso, recordando a los invitados que no deberían estar allí, a menos que estén bien preparados:

Mañana cada uno de vosotros
será pesado en la balanza [...]
A aquel que se haya atrevido más allá de sus posibilidades
más le convendría no haber venido.
Mucha suerte para todos.[42]

No vamos a llevar al lector paso por paso por los cinco días restantes de *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*, que realmente presentan (el tercer día) el pesado simbólico de los invitados, en el cual a algunos les va bien y a otros no. Distintos grados de castigo aguardan a aquellos que resultan «demasiado ligeros en la balanza» y a los peores infractores («que ni siquiera pesan más que un solo peso») los matan.[43] Muchos elementos de la curiosa escena recuerdan mucho aquella etapa en el viaje en la otra vida conocida como «pesar el alma» que se describe en el Libro de los Muertos del antiguo Egipto, un texto del segundo milenio a. de C. que se supone que nadie había podido leer en el siglo XVII d. de C. Otros elementos del paisaje de *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz* también tienen resonancias del antiguo Egipto, por mencionar al azar: un fénix, el dios Hermes, una escalera real con 365 escalones en espiral, la «Casa del Sol», escenas de la muerte, un ritual de renacimiento (por ejemplo, «tuvimos que trabajar como esclavos en esta isla hasta que hicimos todo lo necesario para revivir los cuerpos decapitados»),[44] una pirámide, un pentágono, varios elementos del equipo necesarios para la búsqueda, incluidos una escalera, una cuerda y alas, un huevo producido mediante procesos alquímicos, un ave que crece a una velocidad milagrosa, la resurrección del rey y la reina y la elevación de algunos de los invitados a la condición de «caballeros de la piedra dorada».

Hacia el final del séptimo día, Christian Rosacruz escribe su nombre en un gran libro, encima del siguiente lema enigmático:

> La altura del conocimiento es no saber nada.[45]

Bruno, Campanella y los rosacruces

Nos parece que no cabe ninguna duda de que en el centro de *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz* hay una gran alegoría de la muerte, el renacimiento y la transformación espiritual y de que Adam McLean no se equivoca al comparar todo el proceso con una antigua iniciación mistérica. Cuando acaba con éxito el séptimo día, tal vez debemos entender que el iniciado, que ya es un adepto (literalmente un «perfecto»), ha alcanzado la gnosis mediante la cual «el alma se libera de la esclavitud de la existencia material».[46] En tal caso, por diferente que sea el modo de expresarlo, se puede ver que las preocupaciones fundamenta-

les de *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz* en esencia son las mismas que las de los hermetistas alejandrinos, los gnósticos, los cátaros y todos los que se encuentran en la gran cadena de herejías que hemos detallado en los capítulos anteriores. Puesto que *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz* se puede considerar, en cierto modo, la «declaración de fe» de la esquiva orden Rosacruz, la consecuencia evidente es que su reforma general del mundo tendría un carácter claramente hermético.[47]

Para reforzarlo está el hecho de que, tras un examen incluso somero del *Fama*, el *Confessio* y *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*, enseguida resulta evidente que (fuera cual fuese su identidad) nuestros enigmáticos rosacruces utilizaban una fuerte mezcla de magia hermética, gnosis, cábala y alquimia en un marco cristiano. En resumen, aquellos panfletos que provocaron tanto revuelo entonces pretendían no sólo producir una reforma rosacruz del mundo, sino también hacerlo con todas las armas intelectuales de los magos herméticos, como Pico della Mirandola, Giordano Bruno y Tommaso Campanella. Lo más curioso es que, a través de su conexión con Johannes Valentin Andreae, los hermanos también participaron en la concepción de una sociedad-ciudad utópica que llamaban Cristianópolis, una especie de microcosmos del mundo gobernado por sacerdotes-estadistas herméticos,[48] muy similar a la *Civitas solis* de Campanella. Con tanta similitud de terminología, imágenes y objetivos, se justifica preguntar si aquel movimiento rosacruz no habría tenido sus raíces en las largas estancias de Bruno en Alemania entre 1586 y 1591 (véase el capítulo 6), así como también en la entrada clandestina de los ejemplares anticipados del *Civitas solis* de Campanella en aquel país, unos acontecimientos que tuvieron lugar pocos años antes de la primera publicación de los Manifiestos Rosacruces.

Durante la Inquisición de Bruno en Venecia en 1592 (antes de que su caso fuera transferido a Roma, véase el capítulo 6), su discípulo veneciano, el que lo traicionó, el desleal Mocenigo, contó que el nolano tenía planes de fundar una nueva secta filosófica en Alemania. Otros testigos dijeron que la secta existía, que Bruno la había bautizado «los Giordanistas» y que atrajo mucho a los herejes luteranos de Alemania. Como consecuencia de aquellos testimonios, Frances Yates se preguntaba si habría habido alguna conexión entre aquellos Giordanistas y el misterio no resuelto de los orígenes de los rosacruces, de los cuales, como nos recuerda Yates, «se oyó hablar por primera vez en Alemania a principios del siglo XVII, en círculos luteranos».[49] Sin embargo, si tal cone-

xión existe, como descubrió Yates, todavía es demasiado opaca y débil como para que podamos estar seguros de ella. No obstante, para ella existen suficientes indicios y pistas como para permitirle sugerir que «es posible que las aspiraciones de los rosacruces de una reforma universal en un contexto hermético le deban algo a Bruno, además de a Campanella».[50] Y aunque todavía no se haya confirmado ninguna relación directa entre Bruno y el movimiento rosacruz en Alemania, por lo menos hay firmes pruebas circunstanciales de una relación entre Campanella y los rosacruces.

El descubrimiento gradual de la ciudad del sol

Campanella escribió su gran obra, *Civitas solis*, *La ciudad del sol*, durante sus largos años de prisión, entre 1599 y 1627. La primera edición impresa, en latín, se publicó en Frankfurt (Alemania) en 1623.[51] Sin embargo, el primer borrador del manuscrito, que Campanella escribió en italiano (no en latín), ya estaba acabado en 1602 y ha sobrevivido, aunque no se publicó hasta 1904.[52] En 1613 o antes (posiblemente en 1611),[53] la copia manuscrita de otro borrador había sido sacada de forma clandestina de la prisión de Campanella por uno de sus discípulos, que era un visitante asiduo, el luterano Tobías Adami, como hemos visto en el capítulo 7. Sabemos que Adami llevó el manuscrito a la ciudad de Tubinga, en el sur de Alemania,[54] donde vivía por entonces Johann Valentin Andreae, un erudito con innegables conexiones herméticas y rosacruces y posible autor o coautor de *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*.

¿Es posible que Adami pasara el manuscrito de Campanella a Andreae y otros miembros del círculo protorrosacruz de Tubinga? Parece muy probable. En tal caso y puesto que el *Fama* y el *Confessio* no se publicaron hasta 1614-1615, mientras que *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz* se publicó en 1616, hubo tiempo más que suficiente para que hubiera, como sugiere Yates, una influencia de Campanella en «las aspiraciones rosacruces de una reforma universal». Como revela Yates, refuerza el vínculo la presencia, entre los amigos íntimos de Andreae, de otro de los discípulos luteranos alemanes de Campanella: un hombre llamado Wilhelm Wense.[55]

Frances Yates no ha sido la única que destacó las consecuencias para nuestro conocimiento del fenómeno rosacruz de aquellas conexiones

entre bastidores entre Campanella, Tobías Adami, Wilhelm Wense y el enigmático Johann Valentin Andreae. Christopher McIntosh también sostiene que la «obra utópica de Campanella, *La ciudad del sol*, que describe una sociedad ideal gobernada por sacerdotes herméticos [...] contribuyó a crear la atmósfera en la que se produjeron los Manifiestos Rosacruces».[56] Parecería que Wense incluso había sugerido a Andreae que la sociedad que este quería fundar en Alemania, la Unión Cristiana, debería llamarse *Civitas solis*.[57]

En 1619, cuatro años antes de la primera publicación (en 1623) de *Civitas solis*, pero por lo menos seis años después de que el manuscrito llegase a los círculos luteranos de Tubinga, Andreae publicaría un libro propio, en el que exponía las virtudes de Cristianópolis, un tipo especial de ciudad utópica. No cabe duda de que se inspiró en la visión cristiana hermética de Campanella sobre un Estado ideal.

La unión del Támesis y el Rin

La imagen central de *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz* es la boda mágica y maravillosa de un rey y una reina míticos. En febrero de 1613, tres años antes de la publicación del libro, realmente tuvo lugar una boda fabulosa y casi mítica.

La historia comienza el 24 de marzo de 1603, cuando murió en Richmond Court la reina Isabel I de Inglaterra. Como no había tenido descendencia, el reino pasó a su primo más próximo, el rey Jacobo Estuardo VI de Escocia, que fue coronado como Jacobo I de Inglaterra a los treinta y siete años. Naturalmente, lo siguieron a Inglaterra numerosos nobles leales de su corte escocesa y, además de ellos, no sólo llevó su sensación tradicional de vinculación exclusivista en fraternidades masculinas elitistas, sino también la semilla en ciernes de lo que con el tiempo llegaría a convertirse en la sociedad secreta más poderosa e influyente de la época moderna.

Jacobo I era un protestante acérrimo, que, a la muerte de su ilustre prima, pasó de ser el rey de un país pequeño y relativamente pobre (Escocia) a convertirse en el jefe supremo de uno de los estados más poderosos del mundo. Parece que su carácter era grosero y maleducado y que dejaba mucho que desear. A pesar de que estaba casado, aparentemente sentía un desprecio profundo por las mujeres y prefería pasar el tiempo en compañía de los hombres, con los cuales —era inevitable

que circularan rumores— no era reacio a mantener relaciones sexuales de vez en cuando.[58]

Jacobo I, un fanático de la Biblia de la peor calaña, estaba animado por la creencia firme en su derecho divino a gobernar, aunque en la práctica demostró ser bastante mediocre como rey y como estadista y algunos dirían que incluso fue un fracaso. Los ingleses desconfiaban de la paz que había conseguido con su tradicional enemigo mortal, España, y estaban perplejos de que empezara a mantener una relación cada vez más íntima con el embajador español.

Sin embargo, todo se le perdonó a finales de 1612, cuando Jacobo anunció el matrimonio de su hija, que llevaba el nombre evocador de Isabel, con el joven y muy apreciado príncipe protestante alemán, Federico V, el elector del Palatinado del Rin. Aparte del aspecto romántico, el *glamour*, el entusiasmo y la expectativa del acontecimiento inminente (entonces, como ahora, las bodas reales encantaban a las masas), la jugada pareció confirmar el compromiso de Jacobo I con la causa protestante. Tanto en Inglaterra como en el resto del mundo, muchos comenzaron a esperar que tal vez, después de todo, defendiese el protestantismo en Europa, como lo había hecho Isabel I antes que él, y aquellas esperanzas, naturalmente, se centraban en particular en lo que podía ocurrir en Alemania, el centro de la Reforma protestante.

El elector del Palatinado del Rin era un joven sensible, bien parecido y muy amable. Había recibido una educación francesa refinada en la famosa Universidad de Heidelberg, una ciudad universitaria encantadora que era la sede del Palatinado Inferior, y en 1610 había sucedido a su padre, Federico IV, calvinista acérrimo y uno de los fundadores de la Unión Protestante de Alemania, una coalición de principados protestantes alemanes cuyo objetivo era oponerse a la Liga Católica y al poder de los Habsburgo, estableciendo alianzas entre ellos, en Alemania, y también con simpatizantes extranjeros, como los hugonotes franceses, al mando de Enrique de Navarra, y los protestantes ingleses.

En realidad, había dos Palatinados: el Superior, en el norte de Baviera, y el Inferior, o Palatinado del Rin, situado en ambas orillas del Rin medio. Desde la época medieval, los gobernantes palatinos habían sido administradores del territorio real en ausencia de los emperadores Habsburgo y al final se les otorgó el derecho a ser unos de los electores de los nuevos emperadores, de donde deriva su título de «elector». Cuando el Palatinado adoptó el calvinismo, en la década de 1560, de pronto aquellos principados se convirtieron en el baluarte de la causa protestante en

Alemania. Como elector del Palatinado del Rin, Federico V simbolizaba la resistencia protestante contra la Contrarreforma alentada por la Liga Católica al mando de los Habsburgo y, naturalmente, su matrimonio con la hija de Jacobo I se veía como un fortalecimiento de dicha resistencia.

Cuando Federico llegó a Inglaterra, en el otoño de 1612, causó una impresión muy positiva en la corte inglesa. La joven princesa Isabel se enamoró profundamente de él a primera vista y él de ella. Prometía ser el cuento de hadas del siglo. Federico fue nombrado caballero de la orden de la Jarretera y todos los habitantes del reino se alegraron ante la perspectiva de una boda fabulosa y de las grandes cosas que surgirían de tal unión.

La boda se celebró el 14 de febrero, el día de San Valentín, de 1613 con espléndidos festejos a orillas del Támesis, cerca de Londres, y dos meses después, el 25 de abril, la brillante pareja real se marchó a Alemania y estableció su corte en el magnífico palacio de Heidelberg, en el Palatinado Inferior.

Dee y Christian Rosacruz

Recordaremos del capítulo 6 que en 1583, el año en que Giordano Bruno llegó a Inglaterra, el famoso astrólogo, mago y matemático isabelino John Dee se preparaba para marcharse. El príncipe polaco Alberto Laski, que había asistido a una de las conferencias de Bruno en Oxford, había invitado a Dee y a su familia a visitarlo en su casa de Trebona (Polonia) y Dee había aceptado. Dee llevó también consigo a su joven asistente clarividente, Edward Kelly.

Después de salir de Inglaterra en octubre de 1583, Dee y su grupito se quedaron primero en Trebona durante un año y después viajaron mucho por toda Polonia y Bohemia, de una ciudad a otra, realizando sesiones místicas de espiritismo y conjuros para la nobleza hasta 1587. Entonces, Dee y su familia regresaron a Inglaterra, pasando por Alemania y Holanda, pero Kelly decidió quedarse en Polonia. Al final, murió en 1593 en un accidente, cuando intentaba huir de una cárcel alemana, donde lo habían encerrado por herejía.

A su regreso a Inglaterra, Dee quedó sumido en la extrema pobreza y estaba casi en la indigencia, cuando Isabel I se apiadó de él y lo nombró canciller de la catedral de San Pablo. Pocos años después, Dee fue nombrado rector del Manchester College, donde permaneció hasta la muerte de Isabel I, en 1603. Sin embargo, durante el reinado de Jacobo I, Dee

perdió toda su influencia en la corona y también todo su apoyo. Murió en 1608, en un estado de pobreza espantosa, a la edad de ochenta y un años.

Curiosamente, el personaje de Christian Rosacruz en *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*, publicada ocho años después, también tiene ochenta y un años. Recordando que los Manifiestos Rosacruces presumen de que los hermanos se comunican entre sí mediante un lenguaje cifrado, sugerimos que tal vez aquello no sea una coincidencia. Es posible que el autor, quienquiera que fuese, estuviera tratando de expresar un vínculo intencionado, aunque críptico, entre Dee y Christian Rosacruz, el legendario fundador del movimiento rosacruz.

Son sólo conjeturas, desde luego, pero lo que le proporciona cierta credibilidad es que muchos estudiosos creen que las raíces del movimiento rosacruz se remontan a mucho antes de la publicación del *Fama* y el *Confessio*, en 1614-1615, puede que incluso hasta Alemania y Bohemia en la década de 1580, justo después de la visita de John Dee a estos países. La difunta Dama del Imperio Británico Frances Yates, la principal erudita en este campo, creía sin duda que se detectaba la influencia de Dee. Esto se podía deber directamente a los viajes del propio Dee por Alemania y Bohemia o podía haber llegado posterior e indirectamente, a través del séquito de estudiosos y artistas ingleses —es posible que muchos de ellos estuviesen influidos por Dee— que siguieron a Isabel Estuardo a su nuevo hogar, en Heidelberg, en el Palatinado, y después a Praga, en Bohemia.[59]

Aquellas influencias estaban demasiado ocultas para que un estudioso pueda esperar descubrirlas del todo en la actualidad. Lo único que podemos afirmar a ciencia cierta es que el fenómeno de los rosacruces de 1614-1616 estuvo muy relacionado con el «matrimonio alquímico» en 1613 de Federico V con Isabel Estuardo. Si lo analizamos conjuntamente con otros signos de los tiempos, aquellos acontecimientos contribuyeron a dar esperanzas de un final del antiguo sistema de intolerancia religiosa y política que había dominado Europa durante tanto tiempo y parecieron ofrecer la promesa de un nuevo amanecer.

La inversión rosacruz en Federico V

«Construir la ciudad del sol», según el lenguaje hermético, requiere el auspicio y la participación de poderosos líderes seculares, sin cuyo apoyo los grandes cambios sociales, políticos y religiosos que exige el pro-

yecto (por no hablar de su arquitectura) no son más que sueños imposibles. Teniendo en cuenta todo esto, en nuestra opinión, es muy posible que Federico del Palatinado, el jefe de la Unión Protestante de Alemania, hubiese sido preparado a propósito por pensadores rosacruces y herméticos para desempeñar el principal papel secular en su gran plan para Europa, el mismo papel que posiblemente también se había previsto para Enrique IV de Francia antes de que fuera asesinado en 1610. En el caso de Federico, para mayor emoción, estaba su boda con la hija del rey de Inglaterra, que muchos consideraron una señal de la futura intervención militar inglesa contra los Habsburgo y la Liga Católica.

El principal asesor de Federico en Heidelberg y aquel en el que más confiaba era el príncipe Cristian de Anhalt, alumno aplicado de temas esotéricos y místicos, sobre todo la alquimia, la cábala y lo oculto, mecenas del alquimista alemán Oswald Croll, que era su médico, y gran amigo de Peter Rosenberg, un rico terrateniente que tenía propiedades en los alrededores de Trebona, cuyo hermano Willem Rosenberg, había sido anfitrión de John Dee cuando estuvo allí, hacía algunos años.[60] Lo más notable es que se atribuye a uno de los familiares más cercanos de Anhalt, el príncipe Augusto de Anhalt, la publicación, en 1605, nueve años antes que el *Fama*, de la primera referencia conocida a la hermandad de los rosacruces.[61]

Debido a la influencia de Anhalt, la corte de Heidelberg, así como también posteriormente la de Federico e Isabel en Praga fueron frecuentadas por muchos simpatizantes rosacruces muy conocidos, entre los cuales cabe mencionar al famoso filósofo hermético inglés Robert Fludd, discípulo de John Dee, y al alquimista alemán Michael Maier. Curiosamente, también se sabe que Anhalt estuvo en estrecho contacto con el gran reformador italiano Paolo Sarpi, un teólogo y estadista veneciano que, aparte de ser profundamente anticatólico, también quería convertir Venecia en una república protestante independiente.[62] A su vez Sarpi era muy amigo de Galileo y a menudo se le atribuye haber sido el primero en presentar a este gran astrónomo los primeros instrumentos ópticos para ver a grandes distancias (telescopios) que se estaban desarrollando entonces en Holanda.

Anhalt tenía cuarenta y cinco años cuando el joven Federico (entonces con apenas catorce) fue nombrado elector del Palatinado. Federico e Isabel sólo tenían diecisiete años cuando se casaron y establecieron la corte en Heidelberg en 1613. Después de haber prestado servicio a las órdenes de Federico IV y con gran experiencia diplomática, a Anhalt

no le costó convertirse en figura paterna para la impresionable pareja real y aparentemente casi no cabe duda de que fue él quien promovió a Federico V como figura decorativa de una reforma universal grande e inminente. Sabemos que Anhalt incluso albergaba la esperanza de que su protegido llegara a ser el primer emperador protestante del Sacro Imperio Romano Germánico, cuando se produjera el esperado derrocamiento de los Habsburgo católicos.

En agosto de 1619 ofrecieron a Federico el trono de Bohemia, que, según la nobleza rebelde de Praga, era un cargo electivo y no hereditario. Desoyendo los sabios consejos de la Unión de Príncipes Protestantes y las súplicas de su propia madre, cometió la imprudencia de aceptar el ofrecimiento y, a finales de septiembre de 1619, él y su esposa inglesa dejaron el palacio de Heidelberg y se dirigieron a Praga. Cuando la noticia llegó a Inglaterra, fue recibida por el público con enorme entusiasmo, casi como si una reina Isabel nueva o reencarnada se hubiese aparecido en Europa central en defensa del protestantismo. Además, en aquella ocasión había a su lado un espléndido príncipe joven, con el título de jefe de la Unión Protestante y la protección de su poderoso suegro, Jacobo I.

Todo fue un grave error, porque Jacobo I no tenía la menor intención de poner en peligro la paz precaria que Inglaterra mantenía entonces con España y también, indirectamente, con la Liga Católica y con los Habsburgo.

En aquellas circunstancias políticas y militares adversas (de las que, sin duda, debió de ser consciente), los historiadores siempre se han preguntado por qué Federico V aceptó la corona de Bohemia. ¿Qué fue lo que lo impulsó a correr un riesgo tan grande? Explicando precisamente esta cuestión a uno de sus tíos, el propio Federico manifestó en una carta que creía que era su «vocación divina que no debo desobedecer [...] mi único fin es servir a Dios y a su Iglesia».[63]

Se supone que, al hablar de la Iglesia de Dios, Federico se refería a la Iglesia Reformada bohemia o calvinista, aunque no resulta totalmente imposible que su idea de una vocación divina abarcase una misión mucho más grande, que se extendiese más allá de Bohemia, más allá de Alemania e incluso más allá del calvinismo. A través de Anhalt, todas las influencias rosacruces y herméticas que probablemente llegaron al joven elector preveían una reforma religiosa y cultural del mundo grande e inminente, nada menos que un nuevo amanecer dorado hermético para la humanidad que estaba a punto de despuntar. Los que promulgaban semejantes ideas creían que el instrumento para producir aque-

lla reforma era un conocimiento antiguo y secreto que se acababa de redescubrir, un conocimiento que ellos habían comprendido y que se encontraba en los escritos herméticos, en los textos hebraicos cabalísticos y en las antiguas ciencias de la alquimia y la magia natural.

Todos los que promovían aquellas ideas (poniendo en grave peligro su libertad y su vida) buscaban también un monarca o un príncipe ilustrado que llevara a cabo aquella gran reforma universal y avance del saber. Se esperaba que lo hiciera desde el corazón de una república o ciudad utópica llamada, ostensiblemente, *Civitas solis* (Campanella), Cristianópolis (Andreae) o, como veremos enseguida, Nueva Atlántica o incluso Nueva Jerusalén, que se concebía como un Estado hermético cristiano maravilloso y mágico, regido por un rey solar y gobernado por sus sabios y cultos sacerdotes científicos, sacerdotes filósofos o magos y situado justo en el epicentro del mundo conocido.

¿Podía haber un sitio mejor, entonces, que el Estado del Palatinado, situado en el centro de Europa y regido por un príncipe ilustrado, un cortés caballero de la orden de la Jarretera, recién casado con una princesa maravillosa y sensible de la sangre real de Inglaterra, que, además, se había formado en el entorno baconiano y shakespeariano sofisticado y progresista del Renacimiento jacobino? Para mejor, ella aportaba la influencia de su poderoso padre, Jacobo I, para respaldar la gran aventura y empresa que los aguardaba.

Después de la muerte inesperada de Enrique IV de Francia, se apoderó de los librepensadores de Europa central una tremenda sensación de pérdida y frustración, hasta que, a nuestro parecer, una ingeniosa campaña de propaganda mediante la cábala hermética cristiana cambió el sentido del movimiento. Ya no era Francia, sino Alemania, la que ofrecía el mejor vector para la gran reforma. El destacado estudioso hermético Joscelyn Godwin expone lo siguiente:

> Las esperanzas de todos aquellos cuyo punto de vista se podía describir como «rosacruz» estaban puestas en Federico: las esperanzas de que pudiera iniciar la reforma de la que se hablaba en el *Fama* y en el *Confessio*.[64]

La batalla de la montaña blanca

Días después de la coronación de Federico V como rey de Bohemia, la Liga Católica nombró emperador del Sacro Imperio Romano Ger-

mánico a su rival, el depuesto Fernando de Habsburgo, con el nombre de Fernando II. La Liga organizó entonces una violenta cruzada contra el usurpador Federico y contra la causa protestante en general. Aquel fue el comienzo de la terrible Guerra de los Treinta Años, que azotaría Europa central y acabaría con la mitad de la población de Alemania.

Mediante rápidas negociaciones con sus aliados católicos y hasta con los infieles turcos, Fernando II logró formar una coalición poderosa contra Federico y sus supuestos aliados protestantes. Mal organizados y debilitados por enemigos personales, los príncipes protestantes y las demás potencias extranjeras protestantes comenzaron a abandonar al elector uno por uno. El golpe definitivo se produjo cuando poco a poco todos se dieron cuenta de que Jacobo I, su poderoso suegro, no iba a enviarle ningún apoyo militar. El triste final del efímero reinado de Federico era inminente.

El 8 de noviembre de 1620, una fuerza compuesta por veintiséis mil soldados católicos pertenecientes a Fernando II y bajo las órdenes del brillante general Tilly marchó contra la fuerza protestante de Federico, compuesta por veintiún mil hombres a las órdenes de Cristian de Anhalt. Los dos ejércitos se enfrentaron a las afueras de Praga, en un campo con una ligera pendiente, conocido como «Bilá Hora», la «Montaña Blanca». Al cabo de pocas horas, el ejército de Federico quedó destrozado, Anhalt cayó prisionero de los católicos y Federico e Isabel apenas lograron salvar la ida, dejando atrás todas sus pertenencias.

Como era de prever, Fernando II y la Liga Católica infligieron una venganza terrible a los estados bohemios rebeldes que habían apoyado a Federico, el protestantismo y puede que mucho más. Se confiscaron tierras y bienes, veintisiete líderes de la revuelta fueron decapitados públicamente y, para horror de los protestantes, se impuso el catolicismo como única fe autorizada en Bohemia. Los que se negaban a convertirse recibían órdenes de abandonar el país y se les confiscaban todos los bienes.

Se calcula que más de un cuarto de millón de bohemios prefirieron el exilio.[65] Muchos fueron a Holanda, otros a Inglaterra y algunos incluso se marcharon al Nuevo Mundo. El hermoso sueño de que el gobierno de Federico fuese el vector de una reforma rosacruz en toda Europa había demostrado ser precisamente eso: un sueño hermoso.

Sin embargo, aquello no supuso el final del sueño, sino simplemente un cambio de lugar: fue a parar a Inglaterra, que, según sostienen

muchos, era su hogar natural (suponiendo que John Dee fuera realmente el padre del rosacrucismo):

> La oportunidad de la reforma general y el avance del saber que habían proclamado los Manifiestos Rosacruces [...] se había perdido en Alemania con la caída del movimiento de Federico. Los que habían sufrido aquella amarga desilusión [vinieron] a Inglaterra y los que estaban en Inglaterra y lamentaban amargamente que el movimiento no hubiese sido apoyado les dieron la bienvenida.[66]

El hasta entonces «colegio invisible» de la hermandad rosacruz estaba a punto de volverse bien visible.

9

Los invisibles salen a la luz

«Y tras la muerte del rey David, Salomón, hijo de David, acabó el templo que había comenzado su padre y envió a buscar mamposteros en distintas tierras y los reunió hasta conseguir ochenta mil albañiles, a los que llamó "masones".»*

Antiguos Cargos de la Francmasonería, alrededor de 1583

«La historia legendaria de la [franc]masonería, el arte de construir, se narra en algunos poemas medievales [los Antiguos Cargos] [...] en estos escritos [...] la arquitectura se identifica con la geometría. Según una versión, la geometría se descubrió antes del Diluvio; según otra, Abraham enseñaba geometría a los egipcios.»

FRANCES YATES, *The Rosicrucian Enlightenment*, Ark Paperbacks, Londres, 1986, p. 212

Si dando un salto en el tiempo se encontraran un gnóstico cristiano del siglo V y un cátaro del siglo XIII, verían que tienen mucho en común. Los dos verían a la Iglesia Católica Apostólica Romana como un organismo diabólico. Sus creencias fundamentales y su teología serían las mismas. Su forma de vida ascética sería igual.

Si nuestra pareja de viajeros en el tiempo se encontrara entonces con un protestante europeo del siglo XVI o el XVII, descubriría muchas menos

* En francés, «albañil» se dice *maçon* y de allí deriva la palabra «masón». El mampostero es el albañil que construye con bloques de piedra. *(N. de la T.)*

cosas en común. Aunque compartirían con él el compromiso con una forma de religión sencilla y poco ostentosa, sus creencias fundamentales y su teología serían tan diferentes de la suya como de las de un católico.

Según un viejo dicho: «Los enemigos de mis enemigos son amigos míos».

La historia demuestra que, durante su guerra a muerte con la Iglesia Católica Apostólica Romana en el siglo XIII, los cátaros colaboraron estrechamente con otra secta herética, los valdenses (o *vaudois*), fundada por un tal Pedro Valdo en Lyon a finales del siglo XII.[1] Por su sencillez y su austeridad, su desconfianza de los sacramentos administrados por ministros indignos, su oposición a la veneración a los santos y las reliquias y muchos otros aspectos de su religión, estos valdenses fueron los verdaderos precursores de dos movimientos posteriores, el calvinista y el luterano, que definieron el protestantismo europeo. Fundamentalmente estaban en desacuerdo con el comportamiento de la Iglesia Católica Apostólica Romana, pero aceptaban la mayor parte de los principios de la doctrina católica que los cátaros rechazaban con vehemencia.[2] A pesar de todo, los valdenses fueron perseguidos con violencia por las autoridades católicas y, por aquella experiencia compartida de la persecución, además de la aversión, también compartida, por la vanidad y la ostentación romanas, los cátaros y los valdenses hicieron causa común.

En este libro estamos analizando paso a paso la historia de dos religiones clandestinas relacionadas entre sí: el gnosticismo y el hermetismo.

Después de sobrevivir a siglos de persecución tras el triunfo del cristianismo literalista en el imperio romano, el gnosticismo experimentó un renacimiento en la Europa del siglo XII, cuando encontró apoyo entre los nobles dirigentes del estado semiindependiente de Occitania. Aquel renacimiento, como hemos visto, tuvo un final sangriento con la cruzada albigense, en el siglo XIII, aunque no cabe duda de que la religión gnóstica duró más en los Balcanes, hasta que finalmente fue sofocada por el islamismo en el siglo XV.

Mientras tanto, el hermetismo (que se podría describir como el hermano gemelo pagano del gnosticismo) durmió en Occidente durante mil años, hasta que volvió a despertar de repente y de forma espectacular cuando los textos herméticos fueron redescubiertos y llevados a Florencia en el siglo XV. Entonces disfrutó de un período increíble y muy enigmático de favor papal durante el siglo XVI, documentado en el capítulo 3, hasta que finalmente el Vaticano lo reconoció como lo que era: una herejía mortífera que habría llevado al catolicismo al borde del

desastre, si hubiese podido. El renovado interés de la Inquisición por esta cuestión, que envió una señal clara de sus intenciones a todos los que pretendían emprender una reforma general del mundo, estuvo marcada por actos tales como la tortura y el encarcelamiento durante veintisiete años del mago hermético Tommaso Campanella y el encarcelamiento, la tortura y la salvaje quema, en febrero de 1600, de Giordano Bruno, el mago más grande de todos.[3]

Del mismo modo que, en el siglo XIII, los cátaros habían hecho causa común con los valdenses, también era natural que los visionarios herméticos y los rosacruces que deambulaban por Europa en los siglos XV, XVI y XVII hicieran causa común con los protestantes de aquella época. Se seguía aplicando el principio de que los enemigos de mis enemigos son amigos míos y, así como los cátaros habían necesitado apoyo político secular para convertirse en una fuerza que había que tener en cuenta (realmente capaz de cambiar el mundo), los herméticos y los rosacruces de los siglos XV, XVI y XVII también necesitaban apoyo político secular y por el mismo motivo. Sólo en casos muy excepcionales (por ejemplo, el anciano Campanella en la corte de Luis XIII) tenían probabilidades de recibir el apoyo de los dirigentes católicos. Por consiguiente, vemos forzosamente que las mismas figuras clave herméticas y rosacruces aparecen repetidas veces en zonas de influencia protestante (por ejemplo, los viajes de Bruno por Alemania entre 1586 y 1591) y se congregan en grandes cantidades en torno a monarcas protestantes, como Federico V, el elector del Palatinado y el Rin.

Bruno, por lo pronto, era tan sincero con sus patrocinadores protestantes ricos e influyentes como con cualquier otra persona: no era protestante, ni pensaba convertirse; sólo quería su protección y simplemente deseaba continuar sus estudios en paz.[4] Sin embargo, seguro que otros librepensadores herméticos habrán preferido pasar más desapercibidos y mimetizarse lo mejor posible con sus anfitriones protestantes. Estos eran inestables, violentos, muy volubles a veces y, desde la terrible destrucción de los cátaros, el sentido común había enseñado a la mayoría de los herejes la sabiduría de la invisibilidad, tanto si se encontraban rodeados de protestantes como de católicos.

De hecho, ¿acaso no era precisamente en aquella cualidad de la invisibilidad en lo que hacían más hincapié los Manifiestos Rosacruces? El lector recordará del capítulo 7 que el *Fama* habla de «un lenguaje y una escritura mágicos» que habían desarrollado los primeros hermanos rosacruces, se supone que para comunicarse en secreto entre ellos. Ade-

más, el *Fama* informa que los hermanos están dispersos por todo el mundo y, a propósito, no llevan una indumentaria que los distinga, sino que se visten según la costumbre del país en el que se encuentran.[5] En otras palabras, se mimetizan, tal vez como Johann Valentin Andreae se comportaba como un pastor luterano convencional mientras luchaba por sus intereses rosacruces y herméticos. Tal vez sea una prueba de su éxito como invisible rosacruz el hecho de que ni siquiera hoy podamos estar seguros al cien por cien de si era sólo un pastor y académico luterano con algunos intereses no convencionales o, como creen la mayoría de los eruditos, el autor de *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*, la profesión de fe de los rosacruces.

En definitiva, los Manifiestos Rosacruces hablan de la existencia de un «colegio invisible», que actuaba entre bastidores, a través de las instituciones que había en aquel momento, mimetizándose hasta que llega el momento en que se puede revelar al mundo. Lo que pretende es una gran transformación general de la religión y la sociedad. Si bien puede que la palabra «reforma» en este contexto se eligiese por su corrección política y su aceptabilidad en círculos protestantes, estamos seguros de que no tenía nada que ver con el sentido que le daban los protestantes. A partir del ejemplo de los rosacruces, resulta muy evidente que, ocultas tras el velo de los organismos religiosos, las organizaciones y las estructuras de poder protestantes de principios del siglo XVII, había personas cuyas prioridades estaban mucho más cerca de la idea egipcia profundamente herética de Giordano Bruno sobre la reforma hermética de Europa y que todavía podían hacer caso del llamamiento de Tommaso Campanella para construir la ciudad del sol.

La mirada se vuelve hacia Inglaterra y el Nuevo Mundo

Ya hemos visto en el capítulo anterior que el 8 de noviembre de 1620 las fuerzas católicas del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Fernando II, infligieron una derrota aplastante a las fuerzas protestantes de Federico V, el elector del Palatinado. Se presionó a Bohemia para someterla al catolicismo y un cuarto de millón de refugiados protestantes huyeron, dejando atrás todos sus bienes materiales.

En medio de las masacres y el aluvión de refugiados que generó aquel terrible conflicto entre católicos y protestantes en Europa central, las mentes oportunistas de algunos pensadores herméticos se ha-

brían vuelto naturalmente hacia Inglaterra, el gran reino protestante situado al otro lado del canal, que habrá destacado del caos general de fondo que imperaba en el continente como un lugar donde todavía podían esperar conseguir la reforma universal basada en el avance del saber.

Recordemos que los filósofos herméticos, condicionados por el dualismo cielo-tierra característico de los textos herméticos, observaban los astros con mucho interés. Por consiguiente, podemos estar seguros de que habrán prestado atención en diciembre de 1603, el año en que Jacobo I fue coronado rey de Inglaterra, cuando se produjo una conjunción impresionante de los planetas Saturno y Júpiter, que los astrólogos interpretaron como presagio de una nueva era.[6] Al año siguiente, en 1604, se supone que tuvo lugar la apertura de la tumba de Christian Rosacruz, descrita en el *Fama*, que marca el comienzo de un nuevo ciclo de actividad rosacruz.[7] Aquel mismo año se produjo también la extraña aparición de dos estrellas nuevas en las constelaciones de Serpentarius y Cygnus, lo que dio lugar a una mezcla inflamable de inmensos temores y tremendas esperanzas.[8]

No es difícil comprender cómo se habrán sentido en aquel ambiente los herméticos y los rosacruces que se refugiaban entre los protestantes luteranos y calvinistas en las atribuladas zonas de guerra de Europa central, conque no deberíamos sorprendernos de que, para algunos, el comienzo de la era de los Estuardo en Inglaterra equivaliese a la fundación de una «Nueva Jerusalén», una tierra elegida por Dios, que podía llevar al mundo a una nueva era de paz e ilustración universal. Ya hemos visto en el capítulo anterior que tales esperanzas se intensificaron con la impresión del público en general (aunque al final resultó falsa) de que, mediante el matrimonio de Federico del Palatinado e Isabel de Inglaterra, se había consolidado una alianza poderosa entre «el Rin y el Támesis», es decir, entre la Inglaterra protestante y la Alemania protestante.

También hay que tener en cuenta otro factor, que dominaba el subconsciente colectivo de los que buscaban la gran reforma universal: la reciente adquisición por parte de Inglaterra de territorios inmensos y vírgenes en el continente americano. De pronto había surgido otro continente allende el Atlántico, una especie de «nueva Atlántida» lista para ser colonizada por una raza distinta de europeos. Seguro que aquellos reformadores habrán pensado que tal vez fuera más fácil y mejor dejar de lado Europa y sus problemas religiosos y construir una sociedad totalmente diferente, hacer borrón y cuenta nueva, en aquel «nuevo mundo» inmaculado; es más: una sociedad reformada que pudiera dedicarse a la búsqueda de la felicidad, la justicia y el avance del saber.

En aquel contexto, el gran visionario inglés Francis Bacon publicó una serie de libros que impulsaron a los intelectuales europeos.

El Bacon hermético

Francis Bacon (1561-1626) era hijo del lord Guardián del Gran Sello de Isabel I. A los doce años lo enviaron al Trinity College de Cambridge. A los dieciocho, al verse prácticamente en la miseria tras la muerte de su padre, decidió dedicarse al derecho y a los veintitrés había conseguido ganar un escaño en la Cámara de los Comunes. Al principio de su carrera, no agradaba demasiado a sus pares y hasta Isabel I desconfiaba de él, pero después de la muerte de la reina, en 1603, recuperó el favor y el auspicio reales con Jacobo I. Con el apoyo del rey, no tardó en conquistar fama y fortuna, primero como *Lord Chancellor*, después como barón de Verulam en 1618 y finalmente como vizconde de San Albano en 1621. No obstante, la brillante carrera política de Bacon acabaría en vergüenza y abatimiento, cuando lo acusaron de aceptar un soborno, y pasó el resto de su vida dedicado a la escritura.

En 1605, dos años después de la muerte de Isabel I, Bacon publicó un libro que marcó una época, *El avance del saber*, una obra serena y mesurada, considerada todavía hoy una piedra angular de la educación y la ciencia, que analiza la situación del conocimiento a principios del siglo XVII y llega a la conclusión de que es deficiente. Bacon sugiere que, si se prestara más atención a la investigación y la experimentación, podríamos avanzar mucho más rápido en el conocimiento de la naturaleza y, de este modo, mejorar la condición humana. A tal fin, al dedicar el libro a su mecenas, Jacobo I, propone establecer «una fraternidad del saber y la iluminación»[9] en la que los estudiosos y los eruditos de todos los países puedan intercambiar conocimientos e ideas para el bien de la humanidad:

> Sin duda, así como la naturaleza ha creado una hermandad en las familias y las artes mecánicas forman hermandades en las comunidades y la unción divina ha inducido una hermandad en los reyes y los obispos, del mismo modo en el conocimiento no puede por menos que haber una fraternidad del saber y la iluminación, relacionada con la paternidad que se atribuye a Dios, llamado el padre de la iluminación o de las luces.[10]

No olvidemos que esto se escribió en 1605, nueve años antes de la publicación del *Fama*, a pesar de lo cual el lenguaje es claramente rosacruz. La «fraternidad del saber y la iluminación» que desea Bacon es precisamente lo que los rosacruces (aunque invisibles) dijeron ser después. También interesa destacar que Bacon se refiere a Dios como el «padre de la iluminación o de las luces». El lector recordará que en el capítulo 8 dijimos que la misma expresión característica («el Padre de la Luz») aparece en *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*, publicado en 1616. Esta expresión no aparece por ninguna parte en la Biblia cristiana, aunque era de uso habitual en los primeros siglos de la era cristiana entre los maniqueos y los gnósticos como referencia al Dios del bien.[11] Asimismo, en los textos herméticos del mismo período, encontramos referencias frecuentes al dios espiritual, inmaterial, primero y máximo como el «dios de la luz». Por ejemplo, en el *Pimander* (un título que deriva de *Peime-n-Ra* y significa el «conocimiento de Ra», el dios del sol egipcio) se lee lo siguiente:

> Aquella Luz [...] soy yo, incluso la Mente, el primer Dios, que existía antes de la sustancia acuosa que surgió de la Oscuridad.[12]

El pasaje anterior establece una asociación no sólo entre la Luz y el primer Dios, sino también entre los dos y la Mente y, al mismo tiempo, deja claro, en los términos dualistas conocidos, que los tres (Luz, Mente y Dios) son de esencia espiritual, no material, y diferentes de y anteriores a «la sustancia acuosa», es decir, la materia, que «surgió de la Oscuridad». Estas asociaciones se fortalecen en el *Asclepio*:

> La materia bruta [...] nutre el cuerpo y el espíritu nutre el alma, pero además está la mente, que es el don del cielo que sólo se concede a la humanidad [...] Con la luz de la mente se ilumina el alma humana.[13]

Justamente a esta iluminación del alma humana mediante la luz de la mente es a lo que decían los rosacruces que se dedicaban y lo que Bacon pretendía conseguir mediante la «fraternidad del saber y la iluminación» internacional que proponía. Asimismo, que eligiera aquellas palabras en particular para su dedicatoria a Jacobo I se debe entender dentro del contexto más amplio de la época. Como señala el estudioso italiano Paolo Rossi, concebir a Francis Bacon como «un observador científico moderno y un experimentalista que surge de un pasado supers-

ticioso ya no es correcto».[14] La investigación de Rossi, con el respaldo de Frances Yates, demuestra que

> Bacon ha surgido de la tradición hermética, de la Magia y la cábala del Renacimiento, que le habían llegado a través de los magos naturales. [...] La ciencia de Bacon sigue siendo, en parte, ciencia oculta.[15]

También propugnaban la misma ciencia, la filosofía natural y la magia hermética Marsilio Ficino, Pico della Mirandola, Giordano Bruno y los rosacruces y lo que todos pretendían lograr era una revolución universal en el saber, promovida por una fraternidad internacional elitista de iluminados.

No puede ser casual que una fraternidad que encajaba dentro de aquella descripción no tardara en prosperar en las islas Británicas y acabara por extenderse por todo el mundo: la fraternidad de los francmasones; tampoco nos sorprendió enterarnos a través de nuestro amigo, el historiador masónico Robert Lomas, de que tanto Francis Bacon como Jacobo I eran, con toda probabilidad, francmasones ellos mismos, asociados con la primera formación de los llamados «ritos escoceses». De hecho, parece que, además del evidente contenido hermético y rosacruz, no cabe duda de que el lenguaje utilizado por Bacon en su dedicatoria a Jacobo I es «lenguaje masónico», es decir, una especie de sistema alegórico de comunicación utilizado por los francmasones y formulado mediante símbolos y palabras secretas, que sólo los iniciados podían comprender del todo.[16] Esta idea es idéntica, desde luego, al «lenguaje y la escritura mágicos» que mencionan los Manifiestos Rosacruces.[17]

En términos generales, en nuestra opinión, no cabe duda de que en las palabras que Bacon eligió con sumo cuidado en 1605 resuenan influencias rosacruces y masónicas que sugieren, como mínimo, la presencia de un movimiento protofrancmasónico dentro del círculo elitista más allegado en la corte de los Estuardo.

Una tarjeta de Navidad rosacruz en el Registro escocés

Más o menos por la época en la que Francis Bacon daba los últimos toques a *El avance del saber*, el alquimista alemán Michael Maier (1568-1622), un pensador rosacruz de renombre, vivía en Praga y tra-

bajaba como médico personal del emperador Rodolfo II. Al morir Rodolfo en 1612 (un año antes del matrimonio de Federico del Palatinado con Isabel Estuardo), Maier fue a Inglaterra, donde conoció a sir William Paddy, el médico personal de Jacobo I. No se puede confirmar si Maier conoció al rey, aunque no cabe duda de que tuvo la confianza suficiente como para enviarle una felicitación personal de Navidad, que, a simple vista, parece relacionar a Jacobo I con el movimiento rosacruz.

La tarjeta de Navidad de Maier al rey se conserva en la actualidad en los archivos del Registro escocés en Edimburgo. Muestra una rosa grande, en torno a la cual aparecen escritas las siguientes palabras:

> Felicidades para Jacobo, rey de Gran Bretaña durante mucho tiempo. Que gracias a vuestra protección la rosa sea dichosa.[18]

Esta misteriosa tarjeta ha inducido a muchos investigadores a suponer que tal vez existiera en Inglaterra alguna forma primitiva del movimiento rosacruz y que los rosacruces alemanes, como Michael Maier, consideraran a Jacobo I su protector.[19] Es muy probable que, mientras estaba en Inglaterra, Maier conociese al filósofo hermético y cabalista Robert Fludd (1574-1637), que entonces tenía casi cuarenta años. Aunque Fludd todavía no había publicado su propio libro sobre la hermandad rosacruz, el *Compendio apologético de la fraternidad rosacruz* (1616), de todos modos era un entusiasta «rosacruz de espíritu».[20]

Es cierto que los rosacruces alemanes debieron de haber notado la defensa que hizo Fludd de su fraternidad en Inglaterra, porque, en 1618, en el momento culminante del furor rosacruz, otros dos libros de Fludd fueron publicados en Oppenheim, en el Palatinado, por la empresa de Johann Theore de Bry, que aparentemente pagó con generosidad por tal privilegio.[21] De Bry también había publicado uno de los libros de Michael Maier, *La fuga de Atalanta*, también en 1618,[22] y es probable que Maier fuera el vínculo entre Fludd y el editor del Palatinado.

Maier permaneció en Inglaterra hasta 1616 y habría sido extraordinario que no hubiese conocido a Bacon durante aquel período, puesto que los dos se movían en el mismo círculo. Lo que se sabe con certeza es que, poco después de la visita de Maier, Bacon se puso a escribir un libro utópico que lleva el sello inconfundible del pensamiento rosacruz.

La Nueva Atlántida

En 1627, un año después de la muerte de Bacon, apareció entre sus papeles personales un manuscrito en el que había estado trabajando. Se titulaba *Nueva Atlántida* y, como la historia original de Platón sobre la Atlántida (en sus diálogos *Timeo* y *Critias*), había quedado inconcluso. Tampoco tenía fecha, aunque los estudiosos suponen que Bacon debió de escribirlo poco después de la publicación en Alemania de los dos Manifiestos Rosacruces y de *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*, es decir, después de 1616, porque contiene alegorías e ideas con claras reminiscencias de aquellos documentos.

En síntesis, *Nueva Atlántida* presenta la visión utópica de Bacon de una sociedad científica y sin embargo con orientación espiritual que existe en secreto en una isla lejana llamada Bensalem, situada «en medio de la mayor extensión de agua del mundo». La sociedad está gobernada por una fraternidad elitista de sacerdotes científicos que se reúnen dentro de un gran colegio o logia llamado «la Casa de Salomón». Figuran entre sus miembros astrónomos y geómetras destacados y (lo más sorprendente en un documento del siglo XVII) los constructores de aeroplanos y submarinos («hasta cierto punto podemos volar por los aires y tenemos naves y embarcaciones para movernos debajo del agua»). También son navegantes y marinos consumados, aunque reservados y poco dispuestos a revelar su existencia: «Conocemos bien la mayor parte del mundo habitable y nosotros mismos somos desconocidos».

Nos cuenta Bacon que su objetivo es «el conocimiento de las causas y los movimientos secretos de las cosas» y que su misión consiste en «nutrir a la primera criatura de Dios, que es la Luz». Constantemente propagan esta misión en el exterior, mediante

> [...] doce que entran en países extranjeros con el nombre de otras naciones (porque el nuestro lo ocultamos) [...] Los llamamos «mercaderes de Luz».

Los viajes de los doce misioneros invisibles de Bensalem «nutren la Luz» al promover el avance del saber por todo el mundo (un método muy similar al de los rosacruces) y, como los ocho rosacruces originales y los francmasones, hacen un «juramento de confidencialidad» y se comportan con discreción en todo.[23] Viajan de incógnito, haciendo buenas obras gratis, como los rosacruces, y pasan desapercibidos y son invisibles porque llevan la indumentaria y hablan la lengua de los países que

visitan, porque, al igual que los rosacruces, se comunican sin problemas en cualquier idioma. En Bensalem se distinguen porque usan un turbante blanco que lleva grabada una cruz roja, el símbolo epónimo de los rosacruces, y su gran sello muestra una representación de «alas de querubines no desplegadas, sino colgando hacia abajo». Frances Yates ha demostrado que el mismo emblema se usaba también en los Manifiestos Rosacruces.[24]

Hacemos un breve paréntesis para señalar que la imagen de las «alas de querubines» también evoca el arca de la alianza judaica, coronada por las figuras aladas de dos querubines dorados, que, según cuenta el Antiguo Testamento, estuvo en una época en el sanctasanctórum del legendario templo de Salomón en Jerusalén. Bacon nos habla de una «Casa de Salomón» situada en un lugar llamado «Bensalem»; esencialmente es la misma idea. *Ben* en hebreo y en árabe quiere decir «hijo» o «hijo de» y puede que en este caso se refiera a una Nueva Salem o Nueva Jerusalén.

Aunque ni la expresión «Rosa Cruz» ni «rosacruz» aparecen por ninguna parte en *Nueva Atlántida*, Frances Yates creía que quedaba «suficientemente claro que [Bacon] conocía la ficción de la Rosa Cruz y la estaba adaptando a su propia parábola»:

> La Nueva Atlántida estaba gobernada por los hermanos R. C. [rosacruces], que viajaban de forma invisible como «mercaderes de luz» al mundo exterior desde su colegio o centro invisible, llamado entonces «la Casa de Salomón», y seguían las normas de la fraternidad R. C., de curar a los enfermos sin cobrar nada y no llevar ninguna vestimenta especial. Asimismo, las «alas de querubines» sellan el pergamino traído de la Nueva Atlántida, del mismo modo que sellan el *Fama*. La isla tiene algo de angélico y su dirigente llevaba una cruz roja en el turbante.[25]

Con toda razón, Yates apuntaba que a los estudiosos modernos de Bacon que no estuvieran familiarizados con la literatura rosacruz les costaría reconocer la similitud entre *Nueva Atlántida* y los Manifiestos Rosacruces, aunque esta desventaja no se aplicaría a los intelectuales del siglo XVII, que la conocían muy bien. Un ejemplo que viene al caso es una adaptación de la *Nueva Atlántida* de Bacon, titulada *Holy guide*, publicada por el escritor John Heydon en 1662. En la isla de Bensalem había una «Casa de los Forasteros», una especie de punto de cuarentena o inmigración donde alojaban temporalmente a los recién llegados.

En su adaptación, Heydon hace decir lo siguiente al funcionario de la Casa de los Forasteros de Bacon: «Por mi cargo soy gobernador de esta Casa de los Forasteros [...] y de la orden de la Rosa Cruz». Heydon también menciona que los «sabios de la Casa de Salomón» de Bacon son los «sabios de la Sociedad de los Rosacruces» y dice que dicha «Casa de Salomón» es la misma que el «templo de la Rosa Cruz».[26]

Breve excursión por la francmasonería

Parece irrefutable que existe un vínculo entre los rosacruces y la fraternidad de sacerdotes científicos de Bacon, aunque hemos visto que lo que Bacon nos dice con frecuencia confirma un vínculo también con la francmasonería. ¿No será posible entonces que la hermandad elitista que se planteaba no fuese la hermandad rosacruz per se, sino más bien la prometedora hermandad masónica especulativa que justo entonces comenzaba a insinuarse en Inglaterra?

Sin lugar a dudas, la expresión «Casa de Salomón» en relación con una hermandad sabia y elitista sugiere mucho esto, tanto si era esa la intención de Bacon como si no lo era. En realidad, Salomón era el rey bíblico famoso por su sabiduría, cuyo célebre templo (o, mejor dicho, su reconstrucción) es el epicentro de la iniciación y los rituales francmasónicos. De hecho, como muy bien saben los historiadores masónicos, no hay nada más importante ni más simbólico del ideal de la francmasonería que el templo de Salomón y su reconstrucción de una manera supuestamente espiritual. El templo de Salomón está tan vinculado con la francmasonería que la entrada de muchas logias masónicas está flanqueada por dos pilares o columnas que representan los legendarios pilares originales del templo de Salomón, llamados Boaz y Jachin, que significan «sabiduría» y «poder».[27] Del mismo modo, el diseño arquitectónico de la Gran Logia Unida de Londres, el cuartel general de la francmasonería inglesa, se tiene que considerar, casi seguro, una alegoría del templo de Salomón en Jerusalén. Por ejemplo, el techo del llamado Gran Templo está decorado con escenas y símbolos del templo de Salomón y los relieves que hay sobre la puerta principal de entrada del Gran Templo en Freemasons' Hall:

> [...] tienen imágenes convencionales que ilustran acontecimientos históricos. Los tres paneles inferiores de cada puerta muestran escenas relacionadas con la

construcción del templo del rey Salomón en Jerusalén y los paneles superiores, el derecho y el izquierdo, en su conjunto, muestran la procesión para la dedicación del templo. La inscripción que hay al pie es la promesa de Dios al rey Salomón que se registra en 1 Reyes 6, 12.[28]

Esto es lo que pone en el Libro Primero de los Reyes, en el capítulo 6, versículo 12:

> Fue dirigida a Salomón la palabra de Yahvé diciendo: «Por esta Casa que estás edificando, si caminas según mis preceptos, obras según mis sentencias y guardas todos mis mandamientos para andar conforme a ellos, yo cumpliré mi palabra contigo, la que dije a David tu padre, habitaré en medio de los hijos de Israel y no abandonaré a mi pueblo Israel». Edificó Salomón la Casa y la terminó.

En último lugar, pero no el menos importante, ni mucho menos, cabe mencionar el hecho conocido de que la francmasonería del Rito Escocés se considera un restablecimiento, de algún modo, de la conocida orden de cruzados medievales de los Caballeros Templarios (así llamada porque estableció su cuartel general en el siglo XII en la sede del templo de Salomón en Jerusalén). Los Templarios fueron contemporáneos de los cátaros y, al igual que estos, al final fueron perseguidos por herejes, encarcelados, torturados y quemados en la hoguera. Volveremos a hablar de su misterio en el próximo capítulo.

Isis en Virginia

Cuando Francis Bacon situó su isla invisible de Bensalem «en medio de la mayor extensión de agua del mundo», era evidente que estaba señalando un lugar muy alejado de su Inglaterra natal y de Europa. ¿Es posible que le hubiese servido de inspiración la idea del continente americano, inexplorado todavía en su mayor parte a principios del siglo XVII? Después de todo, aquello era realmente un «nuevo mundo», libre todavía de las arraigadas tradiciones religiosas y sociales del viejo mundo, donde un gran experimento inspirado en los ideales masónicos o rosacruces podría tener mejores esperanzas de llevarse a cabo con éxito.

Observamos con interés que Bacon era un partidario apasionado de que Gran Bretaña colonizase y desarrollase el territorio de Virginia,

que acababa de adquirir en América del Norte. En 1606, Jacobo I había concedido a la llamada Compañía de Virginia una cédula real que le proporcionaba un poder de gobierno casi ilimitado en la colonia y Bacon había contribuido a la concesión de esta cédula. Si lo tenemos en cuenta, no nos sorprende que, en *Nueva Atlántida*, Bacon se refiera a Bensalem como «la virgen del mundo»,[29] en clara alegoría a Isabel I, «la reina virgen» y, por extensión, a su nuevo territorio de Virginia. Sin embargo, hemos visto en capítulos anteriores que también existe un importante texto hermético llamado el *Koré Kosmou*, que literalmente quiere decir «la virgen del mundo» y que hace referencia a la diosa Isis del antiguo Egipto. En el capítulo 3 citamos un pasaje del *Koré Kosmou* en el que Isis hace la siguiente declaración astrogeográfica:

> La tierra está en el medio del universo, tumbada de espaldas como un ser humano tendido de cara al cielo. [...] Tiene la cabeza hacia el Sur [...], el hombro derecho hacia el Este y el izquierdo hacia el Oeste; los pies quedan debajo de la Osa Mayor [al Norte] [...], pero la tierra sagrada de nuestros antepasados [es decir, Egipto] queda en el medio de la tierra y el medio del cuerpo humano es el santuario del corazón y el corazón es la sede del alma y esa, hijo mío, es la razón por la cual los hombres de esta tierra [...] son más sabios [prudentes]. No podría ser de otra manera, porque nacen y se crían en el corazón de la Tierra.[30]

Frances Yates señala que sus contemporáneos asociaban a la reina Isabel I, la «reina virgen», con la constelación de Virgo, a la que los griegos identificaban como *Astraía* [en latín *Astraea*], una palabra que significa «estrella». Parece que el nombre de Astrea estaba relacionado con varias diosas astrales de Oriente Medio, como Astarté y Ashtoreth, probablemente todas derivadas directa o indirectamente de «Ast» (el nombre que se daba a Isis en el antiguo Egipto), cuya estrella era Sirio, la estrella canina.[31] ¿Podría ser este un indicio de que, para algunos, la imagen de Isabel como «reina virgen» contenía una referencia cifrada a la diosa virgen Isis?

Cabe la posibilidad de que esto no sea tan rocambolesco como parece. Curiosamente, tanto el «templo de Salomón» como el «templo de Isis» aparecen en la obra de sir Edmund Spenser, contemporáneo de Francis Bacon. Muy relacionado con el enigmático doctor John Dee,[32] Spenser fue el autor de *La reina de las hadas*, escrito entre 1580 y 1590, un panegírico de la reina Isabel I y su reforma imperial del mundo, en

el cual el célebre poeta hace referencia a la «Casa de Alma», imaginada como una alegoría arquitectónica, en el microcosmos, del mundo macrocósmico. La idea recuerda mucho una declaración realizada una generación después en el *Fama* (publicado en 1614), donde se lee que, en los últimos años de su vida, Christian Rosacruz «construyó un microcosmos que coincidía en todos sus movimientos con el macrocosmos».[33]

Toda esta noción de correspondencia entre el macrocosmos y el microcosmos, el cielo y la tierra, arriba y abajo, tiene mucho de hermética. No es extraño, por consiguiente, que Alastair Fowler, reconocido experto en Spenser, descubriera que *La reina de las hadas* contiene un sistema complejo de numerología así como también un patrón astral o planetario dentro de su tema central.[34] Frances Yates va más allá y deduce que la misteriosa «Casa de Alma» codifica, mediante la alegoría y la numerología, las proporciones del templo de Salomón.[35] Otro erudito isabelino, el profesor Angus Fletcher, encuentra un indicio de magia hermética egipcia en la leyenda de Spenser de la hermosa, noble y casta «caballera» Britomart (una alusión a Isabel I), donde el mago Merlín interpreta la «visión de Britomart» como el «templo de Isis».[36] Tal vez podríamos mencionar también al pasar que, en el Libro de los Reyes, se dice que el rey Salomón hizo construir una casa para su esposa, una princesa egipcia, a la cual, como hija del faraón, los egipcios habrían identificado automáticamente con la diosa Isis del antiguo Egipto:

> La hija del faraón subió de la ciudad de David [Jerusalén] a la casa que [Salomón] había hecho para ella.[37]

Intrigas antilianas

La posibilidad de que los recién colonizados territorios de Virginia formaran parte, de algún modo, del sueño rosacruz y hermético de la reforma universal en un ambiente utópico tal vez fuese detectada por el historiador e investigador Ron Heisler.[38] En una investigación exhaustiva sobre la estancia de Michael Maier en Inglaterra entre 1612 y 1616, Heisler descubrió que «en las asociaciones de Maier existe un patrón de una dimensión inesperada», un patrón que surge de una serie de contactos cercanos que Maier estableció en Inglaterra con personas que estaban relacionadas, de un modo u otro, con la Compañía de Virginia,

una sociedad de hombres ricos cuya cédula real, como ya hemos visto, había sido redactada por Francis Bacon.

La investigación de Heisler revela que, cuando Maier publicó su primera obra en Inglaterra, *Arcana arcanissima*, él en persona envió ejemplares a varias personas importantes, como sir Thomas Smith y un tal doctor Francis Anthony, que llegarían a estar muy implicados en la dirección de la Compañía de Virginia. De hecho, Thomas Smith era su tesorero y el doctor Anthony llegó a ser miembro del comité en 1619. Parece que otras personas relacionadas con la Compañía, como su asesor jurídico, John Selden, y el escritor George Sandys, también manifestaron un interés especial por Maier y sus ideas.[39] Todo esto indujo a Heisler a sospechar que *La fuga de Atalanta* del reformador rosacruz, publicada en 1617, «podía estar profundamente inspirada por la visión utópica de América».[40]

Existe otra relación entre el movimiento rosacruz y la colonia americana de Virginia que podría arrojar algo más de luz sobre este problema tan interesante. En su notable estudio *The Tessera of Antilia,* el estudioso estadounidense Donald R. Dickson presenta pruebas de la existencia de una «hermandad utópica» conocida como Antilia (un nombre que a veces se utilizaba en la época medieval para hacer referencia a la Atlántida). Parece que la hermandad se inspiraba en los Manifiestos Rosacruces y en las «creencias baconianas en la ciencia experimental como clave de la prosperidad».[41] A tal efecto, los hermanos deseaban adquirir una islita en el golfo de Riga, en el mar Báltico, en la que pudieran fundar su sociedad utópica. Aparte, también se planteaban la posibilidad de emigrar en masa a Virginia y de establecerse allí.[42] Evidentemente, no es irrelevante que nuestro viejo amigo Johann Valentin Andreae, el supuesto autor de *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*, fuese uno de los principales participantes de la hermandad de Antilia.[43]

Todo esto sugiere en gran medida, por no decir que realmente confirma, que la visión utópica del Nuevo Mundo y puede que más concretamente la de Virginia, en América del Norte, seguía el modelo de o estaba inspirado en el programa rosacruz expuesto en los Manifiestos, así como también en la *Nueva Atlántida* de Francis Bacon. Y envuelta también en la misma mezcla estaba la francmasonería, aquella hermandad tan real, visible e influyente que nos acompaña todavía y que emprendió su curso actual en suelo inglés a principios del siglo XVII, justo después de la «alarma rosacruz».

Los orígenes de la francmasonería moderna quedan ocultos por tal cantidad de leyendas y documentos seudohistóricos que el tema se ha convertido en una verdadera pesadilla incluso para los investigadores más entregados a su trabajo. El problema es que en la actualidad los francmasones se definen a sí mismos como una «sociedad con secretos», mientras que en otra época —nadie sabe en realidad durante cuánto tiempo— fueron una sociedad secreta que hacía todo lo posible por ser invisible. Ya hemos mencionado que, por definición, resulta muy difícil seguir el rastro de una sociedad secreta eficaz en el registro histórico.

La francmasonería como institución reconocida tuvo su origen en Gran Bretaña en 1717, con la creación de la Gran Logia de Inglaterra, un acontecimiento documentado en la segunda edición de la *Constitución de los francmasones*, publicada por James Anderson en 1738,[44] aunque esto lo único que nos dice es el momento en que la antigua sociedad secreta dio a conocer públicamente su existencia y a partir de entonces se hizo visible, aunque siguió siendo una sociedad con secretos.

En 1722, dieciséis años antes de que Anderson publicara su *Constitución*, un hermano llamado J. Roberts tuvo la amabilidad de publicar una compilación de *Antiguos Cargos* o *Antiguos Deberes («Old Charges»)* de la francmasonería, también conocida como los «Manuscritos góticos», que, como su nombre indica, son una colección de manuscritos antiguos —algunos datan de fines del siglo XIV— en los que se ofrece una «historia» del trabajo de la francmasonería.[45] Según estos manuscritos, los orígenes de la francmasonería se remontan al patriarca antediluviano Lamech, que vivió antes del Diluvio de Noé. A los tres hijos de Lamech, Jabal, Jubal y Tubal, y a su hija, llamada Naamah, se atribuye la invención de todos los «oficios» fundamentales que constituyen la base de la civilización. Nos dicen que Jabal fue el inventor de la geometría, que Jubal inventó la música, que Tubal inventó las artes de la fundición y que Naamah fue la inventora del tejido.[46] Sabiendo que algún día Dios castigaría a la humanidad por sus pecados con un cataclismo de diluvio y fuego, tomaron precauciones para escribir todo lo que sabían en dos inmensos pilares de piedra, para que sus descubrimientos no se perdieran para siempre, sino que los supervivientes pudieran recuperarlos. Los *Antiguos Cargos* nos informan de lo siguiente:

> Una de las piedras se llamaba «mármol» y el fuego no la quema. La otra se llamaba *«lateras»* y no se hunde en el agua. Nuestra intención es contarles realmente cómo y de qué manera se hallaron estas piedras sobre las cuales se describían estos oficios. El griego Hermenes, que era hijo de Cush, y Cush era hijo de Shem, que era hijo de Noé; ese mismo Hermenes después fue llamado Hermes el Padre de los Sabios y fue él quien encontró los dos pilares de piedra en los que se describían las ciencias y con los que se enseñan desde entonces.[47]

Se entiende, evidentemente, que «el griego Hermenes» era Hermes (el Thot de los egipcios y el Mercurio de los romanos). En cuanto a «Hermes el Padre de los Sabios», no cabe duda de que es una referencia a Hermes Trismegisto.

El resto de la historia de los *Antiguos Cargos* consiste en una narración muy enrevesada y tortuosa que pasa por Babilonia, la llegada de Abraham a Egipto (donde «enseñó a los egipcios las siete ciencias») y finalmente nos lleva al momento más importante de la historia masónica: la construcción del templo de Salomón en Jerusalén. Nos dicen que durante la construcción de aquel edificio magnífico «se confirmó en el país de Jerusalén el digno oficio de los albañiles *[masons]*».[48]

A partir de entonces, los *Antiguos Cargos* dan un triple salto en el espacio y el tiempo para tratar de mostrar cómo llegó a Europa, vía Francia, y finalmente a Inglaterra, en la «época de san Albano», aquel «digno oficio de los albañiles *[masons]*».[49] Puede que esto guarde alguna relación con el hecho curioso de que Jacobo I concediera a Francis Bacon, en el momento culminante de su carrera, el título de vizconde de San Albano, relacionándolo así, al menos de nombre, con esta extraña genealogía de la francmasonería en Gran Bretaña.

También observamos con interés que los *Antiguos Cargos* asignan a Hermes, «el Padre de los Sabios», el papel de descubridor y repromulgador del conocimiento perdido. Aunque puede que el efecto no sea intencionado, esta perspectiva recuerda mucho el redescubrimiento de los escritos herméticos en 1460 y su posterior repromulgación. Hemos visto en el capítulo 3 que Marsilio Ficino y sus sucesores intelectuales, que incluían a hombres como Giordano Bruno y Tommaso Campanella más de un siglo después, realmente creían en el redescubrimiento de la «religión mágica» o la «ciencia» perdidas de los egipcios y estaban convencidos de que debían «seguir enseñándose».

Un colegio invisible en una época peligrosa

Durante dos décadas, la política exterior sumamente impopular y confusa de Jacobo I, así como también su actitud autoritaria y su desprecio por el Parlamento, habían producido en Inglaterra una oscura y profunda sensación de descontento. Cuando murió, en 1625, le sucedió su hijo, Carlos I, cultivado pero débil y algo inestable, que estaba destinado a llevar a la monarquía a un choque frontal con el Parlamento y con el pueblo. Se avecinaba un desastre.

El nuevo monarca siguió la misma política exterior impopular de su padre y resultó todavía más tiránico y dictatorial. Su temprana boda con la princesa católica francesa Enriqueta María, hermana del rey Luis XIII, no sentó bien a los puritanos que dominaban la Cámara de los Comunes. Sin embargo, y sobre todo, lo mal que Carlos I manejó la nueva guerra con España y Francia y su abusiva recaudación de fondos, mediante impuestos ilegales, para financiar una guerra también contra Escocia, fueron lo que finalmente llevó a los parlamentarios a una revuelta casi manifiesta en 1640.

Circulaban por todas partes rumores impensables de una guerra civil en Inglaterra. Era un momento sumamente peligroso para todos. Se prolongaba todavía en Europa central la Guerra de los Treinta Años, España y Francia estaban en guerra con Inglaterra y en la propia Inglaterra la monarquía y el Parlamento estaban en grave desacuerdo. La desconfianza y la traición se habían vuelto habituales y había que ser sumamente prudente hasta para sobrevivir, y más aún para prosperar, en un ambiente tan peligroso e imprevisible como aquel. El estado de desconfianza y caos generalizado creó también la necesidad en ciertos grupos de la sociedad (los intelectuales, la élite de la pequeña nobleza y los militares, por ejemplo) de un foro neutral en el que pudiesen intercambiar sin peligro sus puntos de vista sobre política, religión y ciencia. Parecería que la red y el sistema de las logias masónicas, ocultos tras el velo de sus diversos rituales y de un sistema de reclutamiento mediante la investigación de antecedentes y, sobre todo, de su confidencialidad, debió de proporcionar la estructura justa para satisfacer aquella necesidad.

La francmasonería operativa y posiblemente incluso una forma de la «especulativa» (es decir, la esotérica, frente a la estrictamente práctica) existían hacía tiempo en Escocia, probablemente desde finales del siglo XV.[50] A medida que fue pasando el tiempo, se introdujo un siste-

ma de «admisión» que permitía el reclutamiento de hombres destacados en la sociedad, aunque no se ocuparan necesariamente de ningún oficio relacionado con la construcción, la albañilería ni la arquitectura.[51] Dicho sistema de «admisión» fue casi seguro el precursor del sistema actual de afiliación, «especulativo», es decir, no operativo, que utiliza la sociedad moderna de los francmasones. Parecería también que la llegada de la «admisión» a Inglaterra coincidió con el comienzo de la dinastía de los Estuardo. Entonces, cuando se avecinaba una guerra civil inglesa, resultó muy conveniente porque, a través de las logias, proporcionó una red ya preparada para que la élite inglesa «aceptada» se reuniera en secreto, en amistosa hermandad y en un ambiente liberal, todo disimulado con rituales y simbolismos destinados a establecer vínculos entre hombres de distintos orígenes, pero con objetivos sociales y aspiraciones espirituales similares.

La rebelión abierta del Parlamento se produjo finalmente en 1642. Después de un intento fallido de arrestar a cinco parlamentarios, Carlos I y sus partidarios monárquicos salieron de Londres y establecieron la corte en el exilio en Oxford, centro tradicional de intelectuales y estudiosos de élite. Allí, en los años que siguieron, comenzó a reunirse una extraña fraternidad de intelectuales, que se daban a sí mismos el nombre evocador de «Colegio Invisible». La primera referencia escrita que se conserva de aquel misterioso Colegio Invisible procede del famoso físico Robert Boyle, en una carta que escribió a su tutor en Francia en 1646. En aquella carta Boyle dice que se está dedicando con diligencia a la «filosofía natural», basada en los principios de «nuestro nuevo colegio filosófico», y le pide determinados libros que harían que su tutor fuese «muy bien recibido en nuestro Colegio Invisible».[52] Pocos meses después, en 1647, Boyle vuelve a mencionar el Colegio Invisible en una carta a un amigo, en la que dice lo siguiente:

> Las piedras angulares del Colegio Invisible o (como se llaman ellos mismos) Filosófico me honran de vez en cuando con su compañía. [...] [Son] hombres con un espíritu tan amplio e inquisitivo que la filosofía académica no es más que el ámbito más humilde de su conocimiento. [...] [Son] personas que se esfuerzan por hacer desaparecer la intolerancia mediante la práctica de una caridad tan extensiva que llega a todo lo que se pueda llamar hombre y no se conforma con nada menos que la buena voluntad universal. En realidad, están tan preocupados por la falta de buenos empleos que se ocupan de todo el cuerpo de la humanidad.[53]

La expresión «Colegio Invisible», así como también la descripción de sus actividades y preocupaciones que acabamos de ofrecer, de inmediato nos hacen pensar, por supuesto, en el Colegio Invisible de la hermandad de los rosacruces. Además, las nobles cualidades intelectuales y humanas de los hermanos del Colegio, a las que Boyle hace alusión, son, como hemos visto en el capítulo anterior, exactamente las mismas que se atribuían a los hermanos rosacruces, en particular en los carteles que aparecieron de forma impresionante por todo París en 1623.[54]

Resulta que Boyle había vivido algún tiempo en París cuando era joven, durante una gira de instrucción por Francia y Ginebra, y no es imposible que hubiese oído hablar del Colegio Invisible de los rosacruces a sus tutores o a otros conocidos suyos. Frances Yates observa que existe, aparentemente, una similitud sorprendente entre la terminología que utilizaba Boyle en las cartas a su tutor y la terminología que utilizaba Francis Bacon en su *Nueva Atlántida*. Los dos escritores hablan de una hermandad culta y de élite que es invisible y cuyo objetivo es la mejora de toda la humanidad, que los dos esperan conseguir mediante una ampliación del conocimiento y haciendo buenas obras.[55]

Muchos investigadores coinciden en que es probable que Theodore Haak y John Wilkins fueran los fundadores del Colegio Invisible de Boyle.[56] Theodore Haak era un inmigrante alemán que se había establecido en Inglaterra en la década de 1620 y John Wilkins era un párroco que llegó a ser obispo de Chester. Al principio no parece que los dos tengan nada en común, hasta que nos damos cuenta de que Haak era un refugiado del Palatinado y John Wilkins había sido capellán del príncipe Carlos Luis, el hijo mayor de Federico V del Palatinado e Isabel Estuardo. También es posible que estuviesen relacionados con el Colegio Invisible de Boyle el arquitecto Christopher Wren y el alquimista Elias Ashmole. Al principio, en 1645, el Colegio Invisible se reunía en Londres, pero después se trasladó a Oxford en 1648. Vamos a examinar más de cerca sus actividades y a sus miembros y lo que intentaba conseguir.

Se suspende la utopía durante la guerra civil

Mientras estuvo en Inglaterra, Theodore Haak actuó como diplomático extraoficial del Palatinado y, más concretamente, como representante y agente del obispo bohemio Jan Amos Komensky, más conocido como Comenio (1592-1670).[57] Comenio había sido el obispo de la Iglesia bohe-

mia de la Comunidad de Hermanos hasta su caída, en 1620, tras la batalla de la Montaña Blanca, cerca de Praga. Se exilió con sus hermanos protestantes en 1628 y se estableció en Polonia, donde fue nombrado rector del Gimnasio de Leszno. Allí desarrolló una nueva filosofía cristiana, una *pansofía* o «conocimiento universal», expresada en un lenguaje común para facilitar la comunicación y el entendimiento entre los estudiosos de todo el mundo. Las ideas de Comenio se publicaron en 1631 en una obra titulada *Janua Linguarum*, que llamó la atención del gran filántropo y pedagogo alemán Samuel Hartlib, que vivía en Inglaterra desde mediados de la década de 1620.

«En toda su vida y su obra —escribió Frances Yates—, Hartlib fue algo parecido a lo que habría sido un hermano R. C. real y visible.»[58] Apodado «la gran inteligencia de Europa», Hartlib se había erigido a sí mismo como un centro humano de intercambio de información y estableció una sociedad conocida como la «Oficina de Direcciones» a fin de promover una «mancomunidad del saber». La Oficina alentaba y facilitaba a los intelectuales de Europa que mantuvieran correspondencia entre ellos e intercambiaran ideas y se puede comparar con la «Casa de Salomón» de Francis Bacon. Los dos conceptos se centran en una hermandad de élite internacional, cuyo objetivo es reformar la sociedad y ser útil a toda la humanidad.

En 1640, dos años antes de que estallara la guerra civil en Inglaterra, el Parlamento Largo propuso reformas radicales que, si se hubiesen puesto en práctica, habrían privado a la monarquía de los Estuardo de buena parte de su poder sin derramamiento de sangre. En un ambiente de gran excitación pública y entusiasmo, algunos empezaron a creer que tal vez pudiera lograrse en Inglaterra la sociedad utópica con la que tanto habían soñado. Se pronunciaron en el Parlamento discursos entusiastas, entre ellos uno de un invitado especial, Samuel Hartlib, que presentó su propia visión de una «utopía inglesa». Esperaba que el Parlamento la aprobara y «pusiera los cimientos de la felicidad mundial».

Según Frances Yates, a Hartlib la experiencia de dirigirse a una multitud tan elevada en un lugar tan noble se le subió a la cabeza:

> En este momento emocionante, cuando parece que Inglaterra podría ser la tierra elegida [...] como escenario de la restauración de todas las cosas, cuando nacía la posibilidad de que aquí unas mancomunidades imaginarias se convirtiesen en mancomunidades reales, unos colegios invisibles en colegios reales, Hartlib escribió a Comenio y le instó a que viniera a Inglaterra para cola-

borar en la gran obra. [...] En la lejana Polonia, Comenio rebosaba de alegría. Creía que el Parlamento le había encomendado que construyera en Inglaterra la Nueva Atlántida de Bacon.[59]

Comenio llegó a Inglaterra en 1641 y fue recibido por Haak y Hartlib. Entre ellos había otro amigo de Hartlib, el ministro escocés John Drury, al que Hartlib conocía desde la década de 1620. En realidad, Drury había desempeñado un papel decisivo para llevar a Comenio a Londres. Protestante acérrimo y reformador sin pelos en la lengua, Drury acababa de publicar un libro en el que pedía con insistencia la restauración del príncipe Carlos Luis, el hijo mayor de Federico V e Isabel Estuardo, en el Palatinado en Alemania. Como se recordará, el capellán personal del príncipe Carlos Luis era John Wilkins y, conociendo estas relaciones, cabría preguntarse si Hartlib y Comenio no habrán participado en las actividades del Colegio Invisible de Haak y Wilkins. En todo caso, mientras estuvo en Inglaterra, Comenio escribió un libro titulado *Via Lucis*, «El camino de la luz»,[60] en el que exhorta a la creación de una fraternidad elitista de hombres sabios. Además, aquellos hermanos se debían guiar por alguna «orden» o «sociedad sagrada» dedicada al bienestar de la humanidad y tenían que difundir la luz mediante el uso de un lenguaje universal.

Además del tema recurrente de la luz, que parece remontarse directamente al gnosticismo maniqueo, el lector observará la similitud con la «Casa de Salomón» de Bacon, con su fraternidad erudita que viajaba por el mundo y hablaba muchas lenguas.[61] Los rosacruces también decían que hablaban con soltura muchas lenguas, aparte de poseer su propio lenguaje y escritura mágicos.

Sin embargo, todas las grandes ideas utópicas y las expectativas generadas por Hartlib, Comenio y Drury quedaron en nada. Un año después de la llegada de Comenio a Inglaterra, era muy evidente para todos que las diferencias entre Carlos I y el Parlamento eran irreconciliables y que la guerra civil era inevitable. Sobre todo para Comenio, quedó patente que la reforma que esperaba hacer en Inglaterra no se produciría. En 1642, Comenio se dispuso a marcharse de Inglaterra en dirección a Suecia y John Drury se marchó a Holanda.

Así fue como el 19 de agosto de 1642 se esfumaron los sueños de los reformadores utópicos para Gran Bretaña, cuando el ejército monárquico izó en Nottingham los estandartes del rey, marcando de tal modo el comienzo efectivo de la guerra civil en Gran Bretaña.

El gallardo *cavalier* del Palatinado

Al principio de la guerra, parecía que los monárquicos (o *cavaliers*, como los empezaban a llamar) tenían asegurado el éxito. Destacaba entre ellos un príncipe muy gallardo de veintitrés años llamado Ruperto, hijo del exiliado Federico V del Palatinado y de Isabel Estuardo, el rey y la reina depuestos de Bohemia. Ruperto se convertiría en el héroe de la guerra civil inglesa y fue muy admirado por sus valientes cargas de caballería contra las fuerzas parlamentarias, los Cabeza Redonda. El ejemplo heroico de Ruperto contribuyó mucho a levantar la moral de las fuerzas del rey, sobre todo después de que reclamara Bristol, en julio de 1643, liberara Newark y Nottingham a principios de 1644 y tomara la mayor parte de Lancashire antes del verano del mismo año.

Sin embargo, su buena suerte no tardó en desaparecer. Oliver Cromwell, un «parlamentario de Cambridge musculoso y colorado de cara», había entrenado un ejército de fanáticos procedentes de los condados del Este y, con sir Thomas Fairfax al frente de las tropas y a su lado, el 2 de julio de 1644 Cromwell asestó el primer golpe serio al ejército del príncipe Ruperto en Marston Moor (Yorkshire).[62] Fue el principio del fin para los monárquicos. De todos modos, a pesar de aquella terrible derrota, Ruperto fue nombrado comandante en jefe del ejército del rey y consiguió una victoria más cuando, en mayo de 1645, recuperó la ciudad de Leicester. Al mes siguiente volvió a sufrir una dura derrota frente a Cromwell en Naseby (Northamptonshire). Cuando Ruperto se rindió en Bristol ante los Cabeza Redonda, Carlos I, airado, le quitó el mando de las tropas. Lo que sucedió a continuación con Ruperto fue muy extraño. Tras la derrota de los monárquicos en Torrington, en 1646, el Parlamento puritano lo desterró. De algún modo consiguió que lo pusieran al frente de una pequeña flota monárquica estacionada en Holanda y se convirtió en un gallardo pirata de los siete mares, que primero atacaba las embarcaciones parlamentarias y al final siguió sus aventuras en las Azores y las Antillas.[63] Ruperto no regresó a Inglaterra hasta después de la restauración.

El final de los monárquicos se produjo en julio de 1646, cuando Cromwell y sus Cabeza Redonda rodearon y sitiaron el bastión del rey en Oxford. Uno de los que cayeron prisioneros cuando los monárquicos se rindieron fue un joven de veintinueve años llamado Elias Ashmole, que se encargaba de controlar los pertrechos del rey. Astrólogo, alquimista y anticuario extraordinario, Elias Ashmole estaba destinado a ocupar un puesto de honor en la historia oficial de la francmasonería.

«Me convertí en francmasón»

Alrededor de cuatro meses después de ser capturado por los Cabeza Redonda, Elias Ashmole escribió en su diario:

> 1646, 16 de octubre, 16.30. Me convertí en francmasón en Warrington (Lancashire).[64]

Para la mayoría de los historiadores, aquella fue la primera iniciación masónica registrada en suelo inglés, aunque otros sostienen con razón que aquel honor correspondería a sir Robert Moray, que fue iniciado en la francmasonería en 1641 en Newcastle-on-Tyne por los miembros de la Logia Edimburgo Número 1, pertenecientes a un regimiento escocés que había entrado en Inglaterra. De tal modo, los nombres de Moray y Ashmole han quedado unidos para siempre en la historia masónica. Y no sólo en la francmasonería. Como vamos a ver, lo que también une aquellos dos nombres es el papel fundamental que desempeñaron los dos hombres pocas décadas después, cuando el «Colegio Invisible» de Oxford se transformó en la muy visible Real Academia de Ciencias de Londres.

El 30 de enero de 1649, en medio de un silencio sobrecogedor seguido por un redoble de tambores, Carlos I fue decapitado en Londres, en el exterior del palacio de Whitehall. Inglaterra cambió de nombre y pasó a ser una Mancomunidad de Estados Independientes y, algunos años después, Oliver Cromwell se convirtió en Lord Protector de aquel territorio puritano nuevo y taciturno. Fue lo más cerca que jamás estuvo Gran Bretaña de lograr una revolución a gran escala. Sin embargo, aquella república inglesa extraña y desconcertada no fue recibida con el júbilo desenfrenado que se vería mucho más tarde en Francia, en 1789.

En aquellos años turbulentos y despóticos del gobierno de Cromwell, el Colegio Invisible organizado por Wilkins se trasladó a Cambridge y permaneció en un discreto semisecreto, ajeno al futuro glorioso que le aguardaba. En cuanto al propio Wilkins, había sido nombrado rector del Wadham College de Oxford, más adelante llegaría a ser rector del Trinity College de Cambridge y fue el primero y el único estudioso que dirigió aquellas dos instituciones tan ilustres. En 1656, por una de esas extrañas vueltas que da la vida, Wilkins se enamoró de una viuda (con la que finalmente contrajo matrimonio): la señora Robina French, nada menos que la hermana de Oliver Cromwell.

Aunque muchos se habían opuesto con energía al mandato tiránico de Carlos I, en el fondo la gran mayoría de la población británica seguía siendo monárquica y todo el país anhelaba la vuelta a la monarquía. En el otoño de 1658, menos de diez años después del espantoso regicidio de Whitehall, cuando Oliver Cromwell murió en su lecho, era mucho más aborrecido y despreciado y otra vez se alentaron esperanzas de una plena restauración de la monarquía. Todas las miradas se volvieron hacia el canal de la Mancha, al otro lado del cual deambulaba por alguna parte el heredero legítimo del trono británico.

La restauración y la vuelta a la tierra prometida

Cuando Oxford cayó en 1646, Carlos I había ordenado a su hijo mayor, Carlos, príncipe de Gales, que se marchara del país y se refugiara en Francia. Tras pasar un período breve en las islas Scilly, el príncipe Carlos se dirigió a París, donde se reunió con su madre, la reina Enriqueta María, hermana del rey Luis XIII de Francia, que había muerto tres años antes, dejando el trono a su hijo, Luis, el futuro Rey Sol, cuyo glorioso reinado, como recordará el lector, había sido predicho por el mago y astrólogo hermético Tommaso Campanella. El futuro Rey Sol apenas tenía ocho años cuando Carlos llegó a París y parece que su primo mayor inglés nunca le gustó demasiado. La madre de Luis, la reina Ana, y su leal primer ministro, el impresionante cardenal italiano Mazarino, prácticamente dirigían Francia; casi todos pensaban que mantenían un idilio ilícito y algunos llegaron al extremo de sospechar un matrimonio secreto.[65]

El exilio en París supuso una gran desilusión y fue motivo de profunda frustración para Carlos, no sólo porque estaba totalmente dominado por su madre francesa, sino también porque la nobleza francesa lo desdeñaba y no le hacía caso. Durante varios años se mantuvo a la espera, hasta que la ejecución pública de su padre en Londres, en 1649, lo obligó a actuar otra vez. De pronto, en la corte francesa, fue proclamado rey con el nombre de Carlos II, como monarca en el exilio. Poco a poco lo fueron convenciendo para que se uniera y dirigiera las fuerzas presbiterianas escocesas de Perth, contrarias al régimen de Cromwell. Sin embargo, la jugada resultó desastrosa, porque los escoceses, mal organizados, no estaban a la altura de los Cabeza Redonda y los «Ironside» de Cromwell. Cuando los dos ejércitos se enfrentaron en Dunbar, el 3

de septiembre de 1650, las fuerzas escocesas a las órdenes de Carlos II quedaron destrozadas con contundencia. La derrota definitiva en Worcester en 1651 fue demasiado para Carlos II, que volvió a huir a Francia. Su vida degeneró en una sucesión de amoríos tempestuosos[66] y la reducida y empobrecida corte inglesa en el exilio se convirtió en el hazmerreír de París.

Para peor, Mazarino llegó a un acuerdo con Cromwell y a Carlos II lo echaron a patadas de Francia; se puso a deambular por Europa y al final por el sur de Alemania, donde cayó todavía más en una vida disipada y ociosa y de paso engendró tres hijos ilegítimos.[67] Pasaba la mayor parte del tiempo tramando planes descabellados contra Cromwell; en una ocasión incluso se le ocurrió que podía contraer matrimonio con la hija del Lord Protector y compartir el reino con él.[68] Finalmente, en el otoño de 1658, llegó a Carlos la noticia de la muerte de Cromwell y de pronto se abrió ante él una nueva oportunidad. Se dirigió a toda prisa al puerto de Calais, en la costa francesa, donde aguardó el momento oportuno.

Al principio parecía que el protectorado y la república puritana que Cromwell había dejado estaban demasiado arraigados como para que los desorganizados monárquicos recuperaran su posición, pero la situación de los puritanos no tardó en irse a pique, porque el hijo y sucesor de Cromwell, Richard, que no tenía la experiencia ni el carácter de su padre, fue incapaz de contener la creciente división entre el ejército de los Cabeza Redonda y el Parlamento y este conflicto no tardó en crear una sensación de incertidumbre y descontento por todo el reino. En las tabernas de Londres se propagaba el rumor de una posible restauración de la monarquía de los Estuardo y, a principios de 1660, los monárquicos que había entre la gente común lograron entusiasmar a todo el país.

Un ex militar monárquico llamado George Monk, que controlaba Escocia para los puritanos, estaba ansioso por evitar más anarquía y derramamiento de sangre y decidió apoyar la idea de una restauración. Monk dispuso que un emisario, sir John Grenville, cruzara el canal de la Mancha en secreto y se reuniera con Carlos II y su pequeña corte. Se llegó a un acuerdo por el cual Carlos II recibiría todo el apoyo de Monk y sus poderosas fuerzas armadas si él, Carlos, aceptaba determinadas condiciones, que consistían, fundamentalmente, en mantener la Iglesia anglicana, pero, al mismo tiempo, conceder libertad de conciencia a los que practicaban otras religiones y dejar las cuestiones de Estado importantes en manos del Parlamento. Carlos II estuvo de acuerdo

y Monk trasladó su inmenso ejército hacia Londres. En abril de 1660, Carlos hizo pública desde Holanda su famosa Declaración de Breda, en la que prometía amnistía general para sus enemigos, libertad de conciencia, una resolución equitativa de los conflictos sobre tierras, el pago de todas las deudas al Ejército y, sobre todo, un Parlamento libre que dirigiera los asuntos de Estado. Una mañana de finales de mayo de 1660, con una brisa agradable, Carlos II embarcó en el buque insignia *Naseby*, rebautizado entonces con otro nombre más adecuado: *Royal Charles*, y zarpó rumbo a Inglaterra.

El *Royal Charles* atracó en Dover el 25 de mayo. Monk acudió al muelle a recibir a Carlos II con gran pompa y en medio de gran júbilo y escenas emotivas. El rey fue recibido con grandes festejos espontáneos a lo largo de todo su camino hacia Londres y la procesión real hizo una entrada triunfal en la ciudad el 29 de mayo, el día que Carlos II cumplía treinta años. John Evelyn, el famoso cronista y horticultor que fue testigo presencial del acontecimiento, describe la escena gráficamente:

> Veinte mil soldados de caballería e infantería, blandiendo las espadas y gritando con un júbilo indescriptible; el camino cubierto de flores; repican las campanas; tapices colgados en las calles; de las fuentes mana vino [...] millares de personas han acudido hasta de lugares tan distantes como Rochester [...] era obra de Dios, porque dicha restauración no se mencionó jamás en ninguna historia, ni antigua ni moderna, desde que los judíos regresaron de su cautiverio en Babilonia.[69]

El poeta Andrew Marvell también se inspiró en la Biblia y describió a Carlos II como «de elevada estatura y tono azabache, muy parecido al hijo de Kish, aquel judío alto».[70]

Aquellas analogías tan bien elegidas que presentan a Carlos II como el «hijo de Kish, aquel judío alto» y su restauración como una especie de «regreso de los judíos de su cautiverio en Babilonia» son muy reveladoras, porque indican el clima increíble que había rodeado el regreso de aquel hijo pródigo real a su tierra prometida: Inglaterra. Las analogías también tienen un tono claramente masónico, porque, como ya hemos visto, el nombre «hijo de Kish» o «Cush» (es decir, Nimrod) aparece en los *Antiguos Cargos*, donde se dice que no es otro que «Hermes el Padre de los Sabios», que encuentra los dos pilares sobre los cuales están escritas todas las ciencias. Nimrod, que era de tez oscura,[71]

igual que Carlos II,[72] evoca enseguida la Torre de Babel, que es otro símbolo masónico importante,[73] muy significativo para Comenio, Hartlib y Bacon, en su búsqueda de un lenguaje universal. En cuanto al «regreso de los judíos de su cautiverio en Babilonia», este es uno de los temas principales de la francmasonería, porque marcó los acontecimientos que llevaron a la reconstrucción del templo de Salomón en Jerusalén.[74]

De modo que aquí tenemos, formulada en lenguaje simbólico, la esperanza de que Londres no tardaría en convertirse en el epicentro de una «restauración» mucho mayor, que tenía que ver con las «ciencias» y la «sabiduría antigua» en una maravillosa «Nueva Jerusalén» que surgiría como un fénix de las cenizas humeantes de la guerra civil. Nadie sospechaba que muy pronto aquella visión eufórica se haría realidad, literalmente, pero no como habían pretendido, sino como una visión satánica de pesadilla desde las mismas puertas del infierno...

De Colegio Invisible a Real Academia

Dice mucho del carácter de Carlos II que pasara la noche de su entrada triunfal en Londres entrando triunfalmente en Barbara Palmer, la bella y joven esposa del monárquico Roger Palmer, a quien acababa de conocer en La Haya (Holanda).[75] Era la última conquista del rey, a la que seguirían muchas más. Supuso el comienzo de una era de decadencia en la corte, que no tardaría en desilusionar a los que habían esperado grandes cosas de la restauración. Al cabo de cuatro años, Inglaterra volvió a estar inmersa en una guerra costosa y desastrosa, en aquella ocasión contra Holanda, y, como si no bastara con aquella calamidad provocada por el hombre, la propia Londres recibiría dos golpes terribles y sucesivos, que caerían sobre la ciudad con tanta fuerza que muchos llegaron a creer que estaban presenciando el castigo divino por la vida disipada de Carlos II. Mientras tanto, en los primeros tiempos de la restauración, cuando todavía se esperaban del nuevo rey grandes cambios y reformas, el Colegio Invisible decidió dar un paso.

A finales de noviembre de 1660, doce miembros de aquel autollamado Colegio Invisible se reunieron en una sala del Gresham College de Londres, justo después de asistir a una conferencia de Christopher Wren, el profesor de Astronomía de Gresham, que era uno de ellos. Allí y entonces se decidió crear un «Colegio para la promoción del saber experimental

físico-matemático», que no tardó en convertirse en la Real Academia de Ciencias británica [The Royal Society]. Entre los doce hombres que se reunieron en el Gresham College figuran Robert Boyle, John Wilkins y sir Robert Moray. Christopher Wren tenía veintiocho años en aquella época. John Wilkins, que había estado presente en los orígenes del Colegio Invisible con Theodore Haak, fue nombrado presidente de aquella reunión. Sir Robert Moray, el primer francmasón que se inició en suelo inglés, en 1641, recomendó al grupo que obtuviera una cédula real y a principios de diciembre Carlos II dio su aprobación para la creación de la Real Academia de Ciencias. La Real Academia instaló su sede en el Gresham College y de inmediato se decidió elaborar una lista de personas que convenía que fueran miembros.

Se preparó una lista de cuarenta personas, que incluía a Elias Ashmole, el francmasón por antonomasia y entusiasta rosacruz. También figuraba en la lista el cronista y horticultor John Evelyn (1620-1706), que, como recordaremos, había comparado el regreso de Carlos II y su corte con el «regreso de los judíos» a la tierra prometida. Según Robert Lomas, historiador y escritor masónico, casi seguro que John Evelyn era francmasón.[76]

Las cosas estaban a punto de suceder con mucha rapidez para aquellos primeros miembros. Elias Ashmole fue nombrado por Carlos II heraldo de Windsor, además de controlador y auditor de Aduanas; Christopher Wren fue nombrado profesor en la Cátedra Savilian de Astronomía en Oxford, aunque le esperaba un honor mucho mayor, cuando después orientó su carrera hacia el campo de la arquitectura. El cronista John Evelyn fue nombrado miembro de varias comisiones reales. Sir Robert Moray, posiblemente el más influyente de los participantes en la creación de la Real Academia de Ciencias, se desempeñó como su primer presidente ad hoc hasta que Carlos II otorgó la cédula real en 1662, tras lo cual Moray fijó su residencia permanente en la corte real de Whitehall.

Una evolución similar en Francia

Aunque se hacen muchos elogios y se conceden muchos honores a la Real Academia de Ciencias británica por ser el primer organismo académico científico de su tipo, a menudo se olvida que otra academia real con un auspicio real todavía más ilustre ya funcionaba en la ciudad de

París. De hecho, desde principios de la década de 1640, un grupo de científicos que incluía a los grandes matemáticos Blaise Pascal, Pierre Gassendi, René Descartes y Gilles Roberval venía celebrando reuniones informales en París, primero en la residencia del famoso teólogo y matemático Marin Mersenne y, a partir de 1648, en la casa de su patrocinador, Habert de Montmor.[77] Aquel grupo de élite, reducido pero muy poderoso, acabó siendo el núcleo de la Académie des Sciences, fundada en 1666 con el auspicio de Luis XIV.

En realidad, incluso antes de la creación de aquel órgano científico, el poderoso cardenal Richelieu, primer ministro de Francia, había fundado la Académie Française en 1638, con su propio auspicio y el respaldo de letras patentes de Luis XIII. A la muerte de Richelieu, en 1642, los auspicios pasaron al canciller, Pierre Seguier, el conde de Gien y, después de él, a Luis XIV, que llegó a ser patrocinador real. Exactamente igual que el Colegio Invisible, la Académie Française comenzó como un grupo de hombres cultos que se reunían de manera informal. Al principio eran doce miembros y después, cuando se concedió a la sociedad una cédula real, el número se incrementó a cuarenta. El lector recordará que la Real Academia de Ciencias de Londres se desarrolló de la misma forma, con doce miembros fundadores informales que se elevaron a cuarenta miembros oficiales después de diciembre de 1660.

El objetivo original de la Académie Française era desarrollar la lengua francesa en un formato que le permitiera ser comprendida por todos, es decir, para universalizarla como lengua franca, lo cual, evidentemente, nos hace recordar las ambiciones originales del Colegio Invisible, con los planes de una lengua universal preparados por Hartlib, Comenio y Wilkins. También recuerda lo que reclamaba la hermandad de los rosacruces: que sus miembros se pudieran comunicar con todos los pueblos del mundo mediante una especie de «lenguaje natural», que los investigadores rosacruces modernos llamaban acertadamente «el lenguaje silencioso».[78]

¿Acaso aquel lenguaje natural y mágico tenía algo que ver con el lenguaje secreto de gestos masónico que también emplea símbolos antiguos, en particular los que utilizaban los cabalistas herméticos del Renacimiento y también los adeptos rosacruces? Sea cual fuere la respuesta a esta pregunta tan provocadora, se justifica en cierto modo que nos preguntemos si la aparición de un grupo filosófico-científico en París en la década de 1630 no habrá tenido algo que ver con el movimiento rosacruz y, sobre todo, con la «alarma de los carteles» de 1623, cuando, según

decían, habían llegado o estaban a punto de llegar a Francia los emisarios del Colegio Invisible de los rosacruces, capaces de comunicarse con un lenguaje universal o natural como un instrumento para reformar y mejorar las condiciones del mundo.[79]

La conexión escocesa

Con respecto a la creación de la Real Academia de Ciencias en Inglaterra en 1660, todos los historiadores coinciden en que el impulsor de esta institución fue sir Robert Moray. Ya hemos visto que en 1641 Moray fue el primer francmasón que se inició en suelo británico. Esto ocurrió dos años después de que Richelieu fundara la Académie Française, en 1638. En aquel mismo año funesto de 1638, nació el futuro «Rey Sol», Luis XIV, y el filósofo hermético Tommaso Campanella, que había profetizado aquel nacimiento inesperado, dedicó a Richelieu su famosa obra *La ciudad del sol*.[80] La conexión es que sir Robert Moray había vivido muchos años en París, donde en 1633 se había incorporado a la Guardia Escocesa de Luis XIII. En 1638, el cardenal Richelieu, que admiraba mucho a aquel joven escocés vigoroso y refinado, lo puso al mando de la Guardia.[81]

Doce años después, en 1652, Moray contrajo matrimonio con lady Sofía Lindsay,[82] hija de sir David Lindsay, primer conde de Balcarres. Sir David Lindsay era un hombre culto que disfrutaba de su vida privada. Le interesaba mucho la alquimia y en su biblioteca se encontraron muchas obras sobre el tema que el propio Lindsay había traducido y copiado en escocés coloquial de su puño y letra, incluido algo de «literatura rosacruz».[83] También en 1652 sir Robert Moray auspició la primera edición en inglés de los Manifiestos Rosacruces, publicados por el famoso alquimista galés Thomas Vaughan (hermano del poeta Henry Vaughan), que escribía con el seudónimo de Eugenius Philaletes.[84] Un contemporáneo suyo, Anthony Wood, describiría a Thomas Vaughan como «un hermano ferviente de la fraternidad rosacruz» y también Robert Moray, su patrocinador, como un «químico de mucho renombre [y] gran patrocinador de los rosacruces».[85] Con un interés tan entusiasta y prolongado en todo lo que fuera rosacruz, cabe preguntarse si no habrá habido algún contacto entre Moray y Campanella, ya que los dos estuvieron en la corte francesa en 1638, los dos contaban con el auspicio del cardenal Richelieu y, lo más importante, los dos habían actuado como patrocinadores del movimiento rosacruz.

También hay que tener en cuenta a otro de los fundadores de la Real Academia de Ciencias, el cronista John Evelyn, que tampoco era desconocido en París en aquellos tiempos difíciles. En 1643, después de que estallara la guerra civil en Inglaterra, Evelyn se marchó a París y después viajó a Roma, Venecia y Padua. En 1646 regresó a París, donde un año después contrajo matrimonio con Mary Browne, la hija del embajador británico. Evelyn se quedó en París hasta 1652. ¿Estuvo expuesto él también a las ideas rosacruces y herméticas que rondaban la corte francesa? Lo extraño sería que no hubiese sido así.

Según el historiador masónico Robert Lomas, la corte jacobina exiliada en París estaba plagada de francmasones. Por ejemplo, muchos miembros de la Guardia Escocesa eran masones de las logias escocesas, incluido, desde luego, su líder, sir Robert Moray. William Preston, el historiador masónico y maestro de la famosa Logia de la Antigüedad, conocido entre los francmasones por haber publicado en 1772 un libro que tuvo mucho éxito, *Ilustraciones de la francmasonería*, incluso creía que el propio Carlos II tal vez hubiese pertenecido a la hermandad.[86] Los primeros francmasones con una gran ansia de iluminación y conocimientos arcanos habrían sido particularmente receptivos a aquellas ideas rosacruces y a la visión utópica hermética cristiana que predicaba Campanella. Cabe la posibilidad de que aquellas influencias parisienses hubiesen impulsado a Robert Moray a propiciar el Colegio Invisible cuando regresó a Inglaterra.

A continuación vamos a analizar la conexión de otro de los fundadores de la Real Academia de Ciencias que merece un examen más riguroso todavía, porque aquel caballero inglés en particular desempeñaría un papel fundamental en los acontecimientos que no tardarían en dar nueva forma, literalmente, a la vieja ciudad de Londres.

La estrella resplandeciente de la muerte

Hacia finales de 1664, se rumoreaba que se había visto una «estrella resplandeciente» en la parte sudeste del cielo en Londres. Era un cometa. En aquella época, tales visitantes cósmicos excepcionales e impresionantes se consideraban presagios de «hambrunas y pestes» y otras calamidades semejantes.[87] Martín Lutero, el líder protestante alemán, incluso creía que los cometas eran signos de la ira divina o símbolos de la segunda venida.[88] El 15 de diciembre de 1664, Robert Hooke, un

miembro importante de la Real Academia de Ciencias británica, informó a sus colegas sobre la «estrella resplandeciente». El 17 de diciembre sir Robert Moray la divisó desde su observatorio en Whitehall y poco después otros la vieron desde otros lugares.

Desapareció de la vista aproximadamente a finales de enero de 1665, pero, justo dos meses después, en marzo de 1665, apareció otro cometa.[89] Tanto el público en general como el erudito lo interpretaron como el máximo anuncio de una catástrofe y no quedaron defraudados. En mayo de 1665 cayó la peste bubónica sobre la ciudad de Londres. Aquella enfermedad de pesadilla se observó primero en la parroquia de Saint Giles in the Fields. Con sus callejones estrechos y mugrientos, su alcantarillado casi inexistente y su falta total de higiene pública, a mediados de la década de 1660 Londres era el lugar perfecto para que la peste atacara y campara a sus anchas. Para peor, durante el mes de junio de aquel año, las temperaturas fueron más elevadas de lo habitual y aquello dio más impulso a la epidemia mortal. Al cabo de pocos meses, la población comenzó a morir a montones.

Como era de esperar, muchos atribuyeron la peste a la ira divina. Henry Oldenburg, secretario de la Real Academia de Ciencias, llegó incluso a decir que «cuando hayamos expiado nuestros espantosos pecados, este mal horrible desaparecerá».[90] Alarmado por la creciente cantidad de muertos, Carlos II trasladó la corte a Oxford en julio, abandonando a los londinenses a su sombrío destino.[91] Los que podían permitírselo hicieron lo mismo y se desplazaron al campo o, mejor aún, al otro lado del canal de la Mancha, a la seguridad del continente europeo. Fue entonces cuando Christopher Wren aprovechó la oportunidad para viajar a Francia.

La genealogía esotérica de Christopher Wren

Christopher Wren estudió en Westminster School y finalizó los estudios en el Wadham College de Oxford, donde en 1653 obtuvo el prestigioso *Fellowship of All Souls.** Pocos años después fue nombrado profesor de Astronomía en el Gresham College de Londres y, después de la restauración de Carlos II en 1660, le concedieron la prestigiosa Cátedra

* Una de las principales distinciones académicas del Reino Unido. *(N. de la T.)*

Savilian de Astronomía de la Universidad de Oxford. Tenía sólo veintinueve años cuando ocupó este cargo, pero incluso entonces sus pares ya lo consideraban uno de los hombres más sabios de Inglaterra.

Wren se hizo muy amigo del príncipe Ruperto del Palatinado, que también tenía el título de duque de Cumberland. El príncipe Ruperto, al igual que John Evelyn y Robert Moray, pasó algún tiempo en París con Carlos II durante su exilio y, al igual que Moray, había sido muy bien recibido por Richelieu. Cuando regresó a Inglaterra después de la restauración, Ruperto desarrolló un profundo interés por la «ciencia natural», se convirtió en miembro activo de la Real Academia de Ciencias y a menudo viajaba a Oxford para visitar a Wren y verlo trabajar en su laboratorio.

Recordaremos que John Wilkins, uno de los fundadores originales del Colegio Invisible, era capellán del hermano mayor de Ruperto, el príncipe Carlos Luis, el elector del Palatinado en el exilio. De hecho, es probable que Wren hubiese conocido al príncipe Carlos Luis durante su infancia, cuando los dos estuvieron en el deanato de Windsor, donde el padre de Wren estaba destinado y se encargaba del Registro de la orden de la Jarretera. En aquella época, el propio Wren había sido el protegido de Wilkins.[92] Si recordamos lo mucho que Federico V del Palatinado, el desventurado padre de Ruperto y Carlos Luis, se había visto involucrado indirectamente en el movimiento rosacruz de Alemania y también las numerosas conexiones rosacruces que se pueden remontar hasta los miembros fundadores del Colegio Invisible, resulta tentador plantearse la posibilidad de que también Wren hubiese estado influido por las mismas ideologías rosacruces.

En 1663, Wren comenzó a desarrollar un vivo interés por la arquitectura y empezó a resultarle evidente que, más que la matemática o la astronomía, aquella carrera era su vocación verdadera y natural. Aunque Wren era un geómetra brillante y tenía talento para hacer maquetas y diseñar, es inevitable preguntarse si no habrá sido su contacto con el Colegio Invisible en 1660 y, más concretamente, los compromisos masónicos de distintos miembros del Colegio Invisible, lo que lo inspiró para hacer un cambio semejante, cuando su carrera académica ya estaba bastante avanzada. Ya hemos visto que los francmasones tienen en la más alta estima la arquitectura y la geometría. Después de todo, se supone que el héroe legendario de la francmasonería, Hiram Abiff, fue el arquitecto del templo de Salomón. Además, los francmasones también se refieren a Dios, a quien prefieren llamar el Ser supremo, como el «Gran Arquitecto del Universo».

Puesto que muchos, si no todos, los protagonistas de la creación de la Real Academia de Ciencias británica eran francmasones, no debería sorprendernos que Wren también fuese miembro de la hermandad. Según el *Libro de las Constituciones* masónicas de Anderson (segunda edición), publicado en 1738, Christopher Wren ya era maestro francmasón en 1673 y después, en 1685, llegó a ser el Gran Maestro de todos los francmasones ingleses en la Gran Logia.[93] Según otros documentos, es posible que Wren se incorporase a la francmasonería en 1663 o puede que incluso antes.[94] También se piensa que Wren era miembro regular de una de las cuatro logias masónicas originales que se fusionaron en 1717 para formar la Gran Logia Unida de Inglaterra.[95] Esta logia estaba situada al principio en San Pablo, en Londres, y es casi seguro que en una época Wren fue su maestro.[96]

Hacemos una pausa para depositar a Wren en París y nos vamos de excursión a Roma para estudiar un obelisco misterioso

Cuando Christopher Wren llegó a París a finales de julio de 1665, lo esperaba algo muy especial.

Luis XIV estaba emprendiendo una gran renovación de la arquitectura clásica y barroca en París y Versalles y había invitado al gran arquitecto barroco italiano Gian Lorenzo Bernini como asesor y testigo de aquellos acontecimientos y, concretamente, para que diseñara la nueva fachada del palacio del Louvre. En aquella época, Bernini, cuya reputación en arquitectura había alcanzado niveles casi heroicos, acababa de comenzar el diseño de la gran plaza situada delante de la basílica de San Pedro en el Vaticano, en Roma, en cuyo centro todavía se alza intacto hoy día un obelisco del antiguo Egipto, rematado por una cruz dorada.[97]

Vamos a hacer un breve inciso para narrar parte de la historia de este obelisco vaticano y del papel de Bernini en su decoración definitiva, puesto que tales cuestiones tienen relación con nuestro tema fundamental, es decir, la supervivencia de las tradiciones secretas que han trasladado los conceptos religiosos y el simbolismo del antiguo Egipto a través del tiempo y los han depositado en el centro occidental del poder cristiano ortodoxo.

El obelisco vaticano, que mide más de veinticinco metros de altura y pesa trescientas veinte toneladas, está tallado en un solo bloque de

granito macizo. Es uno de los trece obeliscos egipcios originales que todavía se encuentran en Roma en la actualidad[98] y resulta bastante insólito que no lleve ninguna inscripción en ninguna de sus caras que revele algo de sus orígenes. No obstante, se sabe a ciencia cierta que fue trasladado a Roma desde Egipto por órdenes del emperador Calígula (12-41 d. de C.). Atravesó el Mediterráneo en una nave especial y ocupó su lugar en el año 37 d. de C. en el Circo Vaticano, que Calígula había hecho construir para las carreras de cuadrigas.

En cuanto a la procedencia egipcia del obelisco, el historiador romano Plinio, contemporáneo de Calígula, nos informa de que originalmente había sido construido para un tal «Nuncoreus, el hijo de Sesostris».[99] Esta referencia nos remite al faraón Sesostris I (1971-1926 a. de C.) de la XII dinastía, que llevó a cabo una amplia restauración de la ciudad más sagrada del antiguo Egipto: Anu, que los griegos posteriormente llamarían Heliópolis (literalmente, «la ciudad del sol»). Heliópolis era como una «ciudad del Vaticano», en el sentido de que tenía la misma trascendencia simbólica para los antiguos egipcios que tiene el Vaticano para los católicos devotos actuales. Sin embargo, en la sede actual de la antigua Heliópolis, en los suburbios de la moderna ciudad de El Cairo, no queda nada que recuerde su antiguo esplendor. El magnífico templo del Sol que en otro tiempo constituía el núcleo sagrado de la espiritualidad del antiguo Egipto no se ve por ninguna parte y el único resto de cierto tamaño es un obelisco solitario erigido por Sesostris I.[100] A partir de esta y otras pruebas, los estudiosos han llegado a la conclusión de que el obelisco vaticano también estuvo al principio en Heliópolis y que incluso es posible que fuera la pareja del obelisco que queda allí.

El historiador Christopher Hibbert, en su libro *Rome: The biography of a city*, se limita a afirmar que «el obelisco de la plaza de San Pedro fue transportado por Calígula desde Heliópolis en el 37 d. de C.».[101] Asimismo, en su libro *Roma Egizia* («La Roma egipcia»), los estudiosos italianos Anna Maria Partini y Boris de Rachewiltz aceptan la afirmación de Plinio de que el obelisco vaticano procedía originalmente de Heliópolis y pertenecía a un hijo de Sesostris; sin embargo, también indican que no fue directamente de Heliópolis a Roma, sino que primero el emperador César Augusto lo llevó a Alejandría y lo colocó allí en el Foro Juliano, donde permaneció hasta que Calígula lo envió a Roma, en el 37 d. de C.[102]

Como ya hemos visto, Calígula hizo erigir el obelisco en el Circo Vaticano, como centro de su pista particular para correr carreras de cuadri-

gas. Allí permaneció durante los mil seiscientos años siguientes, mientras el Circo Vaticano (donde se supone que fue martirizado san Pedro en el 64 d. de C.) se reurbanizaba para convertirse en el corazón y el centro del mundo católico. La construcción de la basílica de San Pedro fue comenzada en el 334 d. de C. por Constantino el Grande, aunque no la completaron hasta el siglo XVI los arquitectos y escultores Bramante, Rafael y, por último, el propio Miguel Ángel.[103] La mitad de la basílica se erigió encima del Circo Vaticano y coincide en parte con él.

En consecuencia, el obelisco de Calígula acabó cerca de la pared meridional de la basílica. En aquel lugar lo observó en el siglo XIV un tal maestro Gregorio, un prelado inglés que había hecho un viaje a Roma y nos ha dejado un informe. Dice que el obelisco se yergue en un callejón oscuro, con la base y el pedestal totalmente cubiertos de basura y flanqueado por casas viejas que se estaban viniendo abajo contra la pared de la basílica.

En el siglo XV se concibió por primera vez el plan de trasladar aquella reliquia del antiguo Egipto al lugar de honor que ocupa en la actualidad en el centro de la plaza de San Pedro. La idea se le ocurrió a Nicolás V, papa entre 1447 y 1455, que quería que la base del obelisco estuviese apoyada en cuatro estatuas de bronce de tamaño natural de los evangelistas y que la punta estuviese rematada por un inmenso Jesús de bronce con una cruz dorada en la mano. Nicolás murió antes de que pudiera encargar la obra y el proyecto decayó.

Completó el plan Sixto V (papa entre 1585 y 1590), apodado «el último papa renacentista», que estaba

> [...] decidido a hacer de Roma la mejor ciudad de Europa y a convertir la de San Pedro en la más imponente de sus basílicas. Se encargó de rediseñar todo el trazado de la ciudad, fundamentalmente mediante la construcción de avenidas inmensas que abrían una serie de perspectivas vinculadas con obeliscos que irradiaban del núcleo de la zona urbanizada situada justo al otro lado del Tíber con respecto al Vaticano, hacia las colinas del Este.[104]

Sixto prescindió de las cuatro figuras de los evangelistas propuestas por Nicolás V para la base del obelisco vaticano y las sustituyó por cuatro leones en torno a un pedestal de piedra. También prescindió de la idea de una estatua de Jesús haciendo equilibrio en la punta del obelisco. Calígula había hecho colocar allí una esfera de bronce que todo el mundo creía que contenía las cenizas de Julio César (el primer empe-

rador «divino» de Roma, que también fue «faraón» de Egipto), aunque, al examinarla, resultó que estaba vacía. Sixto decidió conservar la esfera y en su interior colocó fragmentos de la supuesta auténtica cruz de Cristo, que estaban en poder del Vaticano. A continuación ordenó que se pusiera sobre la esfera de bronce el símbolo heráldico de su propia familia: una estrella sobre tres montañas pequeñas, y, encima de la estrella, una cruz dorada. Por consiguiente, con esta forma y coronado por una cruz, el antiguo obelisco de Heliópolis se erigió finalmente en el corazón del Vaticano el 27 de septiembre de 1588.[105]

Lo primero que hizo Sixto después de que el obelisco quedara bien colocado de pie fue hacerlo exorcizar. Con todas las campanillas y el incienso habituales, se colocó frente a él un obispo, que exclamó solemnemente:

> Yo te exorcizo, criatura de piedra, en nombre de Dios Todopoderoso, para que te conviertas en una piedra exorcizada y digna de sostener la Santa Cruz y te liberes de cualquier vestigio de impureza o pizca de paganismo y de cualquier ataque de impureza espiritual.

Para asegurarse de que la cuestión quedara bien clara, Sixto hizo tallar de forma permanente la misma fórmula en la cara occidental y la oriental de la base del obelisco.

Sin embargo, curiosamente, en cuanto se le puso la cruz en la cúspide, el propio obelisco comenzó a emitir un mensaje secreto o invisible que contradecía el mensaje antipagano. El mensaje era secreto porque estaba escrito en tres dimensiones en los jeroglíficos del antiguo Egipto y se supone que en el siglo XVI no había nadie que fuera capaz de leerlos. De todos modos, ya fuera por pura casualidad o a propósito, es un hecho que un obelisco coronado por una cruz es un símbolo que habría tenido un significado para los sacerdotes del antiguo Egipto. El significado es el nombre de la ciudad pagana más sagrada de la antigüedad: Anu-Heliópolis, la ciudad del sol del antiguo Egipto. En otras palabras, no sólo la presentación que hizo Sixto del obelisco tiene un sentido en el lenguaje del antiguo Egipto, sino que, además y lo que es mucho más impresionante, el sentido es correcto, puesto que Anu-Heliópolis era precisamente el lugar del que procedía aquel obelisco.

Un pequeño detalle podría estropear este panorama, por lo demás fascinante. Aunque es cierto que un jeroglífico en el que apareciera un obelisco coronado por una cruz habría sido interpretado como Anu

(Heliópolis) por un sacerdote del antiguo Egipto, de todos modos el símbolo está incompleto, ya que normalmente debería ir acompañado por un círculo o una elipse dividido en ocho partes, que es el indicador jeroglífico estándar de una ciudad. Que Sixto y sus arquitectos no incluyeran un círculo así en el plano de la plaza de San Pedro parece descartar cualquier concepto de que allí hubiera algún juego hermético secreto.

Al menos así habría sido si las cosas hubiesen quedado como estaban cuando murió Sixto en 1590.

Pero no fue así, sino que, más de setenta años después, Alejandro VII (papa entre 1655 y 1667) encargó al arquitecto Bernini que rediseñara la plaza de San Pedro. Decidió rodearla con una elegante columnata exenta para crear un inmenso espacio elíptico cuyo centro fuera el obelisco. Como ya hemos dicho, Bernini interrumpió su trabajo en el proyecto en 1665 cuando aceptó la invitación personal de Luis XIV para visitar París, pero lo acabó cuando regresó a Roma, marcando sobre la plaza, en torno a la base del obelisco, el hermoso diseño geométrico de una suave elipse dividida en ocho partes que se puede ver hasta el día de hoy.

¿Pura casualidad? ¿O es posible que algún grupo secreto, capaz de mantener durante muchas décadas su influencia sobre el papado, hubiese comprendido los jeroglíficos del antiguo Egipto mucho antes de que los estudiosos los descifraran en el siglo XIX?

Anu-Heliópolis era la ciudad del sol arquetípica que Giordano Bruno y Tommaso Campanella habían estado decididos a restaurar y hemos demostrado que Bruno y Campanella no estaban solos, sino que formaban parte de una red mayor de pensadores herméticos y rosacruces que se extendía por toda Europa y que se había vuelto muy influyente (aunque todavía no incombustible) a mediados de la década de 1660. El desafío de escribir el nombre de Heliópolis en un lenguaje invisible en medio del baluarte más soberbio del Vaticano es precisamente el tipo de guerra de guerrilla simbólica y talismánica que cabría esperar de los miembros de aquella red.

Sin embargo, no hay pruebas. El lector debe decidir.

Un arquitecto inglés conoce a su héroe en la corte del Rey Sol

Regresemos ahora a París en julio de 1665. Christopher Wren acababa de llegar, huyendo de la peste de Londres, y Bernini también residía

allí, invitado por Luis XIV para diseñar la nueva fachada del palacio del Louvre.

En la corte de Luis XIV, Bernini se relacionó con los arquitectos más destacados de Francia, como Pierre Le Vaux y Claude Perrault, así como también con el gran arquitecto paisajista André Le Nôtre. Nacido en 1613, Le Nôtre procedía de una familia ilustre de jardineros reales: su abuelo había estado a cargo de los jardines de las Tullerías del palacio del Louvre y su padre había sido el jardinero en jefe de Luis XIII. Cuando nació el Rey Sol, Luis XIV, pusieron a Le Nôtre a cargo de las Tullerías y de los jardines del palacio de Luxemburgo. Posteriormente, en el momento culminante del reinado de Luis XIV, Le Nôtre diseñaría y crearía los famosos jardines de Versalles.

Cuando Wren visitó París, Le Nôtre era un hombre maduro de cincuenta y dos años, con una reputación inmensa en la corte. Desde 1656 ejercía el control absoluto de todos los edificios del rey y estaba a punto de comenzar uno de sus proyectos más ambiciosos (y menos publicitado): la llamada «Grand Cours» o «Perspectiva». La idea principal era hacer una avenida procesional ancha que, partiendo de las Tullerías, abriera el panorama desde el Louvre hacia el Oeste. En un principio, la idea se había propuesto durante el reinado de Enrique IV, el abuelo del Rey Sol, pero no se hizo nada hasta 1661, cuando Colbert, el todopoderoso ministro de finanzas de Luis XIV, nombró a Le Nôtre para llevarla a cabo.

El plan de Le Nôtre logra de algún modo ser grandioso y, al mismo tiempo, de una sencillez exquisita. Un plano de la época que actualmente se conserva en los Archives des Hauts-de-Seine muestra una inmensa avenida recta (los célebres Campos Elíseos),[106] flanqueada a ambos lados por hileras de árboles, que se extendía hacia el Oeste desde las Tullerías hasta el Pont de Neuilly. Más o menos en el centro de la avenida había una colina de cima plana, conocida entonces como «la colline de Chaillot», sobre la cual Le Nôtre proponía situar una plaza inmensa en forma de estrella,[107] que con el tiempo se llamaría «la Place de l'Etoile» y donde, en 1815, Napoleón hizo construir el Arco de Triunfo, tal vez el monumento más conocido de París en la actualidad.[108]

Por consiguiente, Christopher Wren pasó seis meses de su vida en la etapa formativa de su nueva carrera arquitectónica en medio de hombres ilustres y en un París rebosante de nuevos conceptos arquitectónicos y planes urbanísticos idealistas. Aparte del atractivo evidente del renacimiento arquitectónico que estaba en marcha, también atrajeron

al inglés un aluvión de actividades científicas. Se reunió con el topógrafo Melchisedech Thevenot, con el astrónomo Pierre Petit (colaborador de Pascal) y también con el filósofo hugonote Henri Justel. Tanto Petit como Justel llegarían a ser miembros de la Real Academia de Ciencias.[109] Wren también se hizo amigo del físico Adrien Auzout, que, igual que él, había cultivado un interés profundo por la arquitectura. Thevenot, Petit y Auzout pertenecían al grupo de científicos que ya hemos dicho que se reunían, como una especie de versión parisiense del Colegio Invisible, con el auspicio de Habert de Montmor. Se hablaba mucho de dar carácter oficial a aquel grupo mediante una cédula de Luis XIV (como se había hecho también con la Real Academia de Ciencias) y, naturalmente, sus miembros tenían interés por conocer a Christopher Wren y por saber lo que opinaba al respecto.

Wren conoció también a Bernini, que había llegado a París apenas un mes antes que él. Sin embargo, es importante recordar que, cuando se conocieron, Wren era para Bernini como un estudiante universitario para el decano de la Facultad de Arquitectura. En síntesis, en aquel momento Wren no era nadie, mientras que Bernini era un gigante que contaba con el respeto, los fondos y hasta con la paciencia del papa y de muchos reyes y príncipes europeos. Por consiguiente, el gran Bernini estuvo constantemente rodeado por sus admiradores mientras estuvo en París, de modo que no podemos suponer que hiciera demasiado caso del insignificante Wren.

En cambio, para el propio Wren, fue un encuentro que le cambió la vida. Un encuentro cara a cara, por breve que fuera, con su superhéroe de la arquitectura fue una experiencia que lo afectó profundamente. Es probable que a partir de entonces lo impulsara la ambición que lo convertiría en uno de los principales arquitectos ingleses. Adrian Tinniswood, el último biógrafo de Wren, resume la reunión con las siguientes palabras:

> En retrospectiva, aquel encuentro es uno de los más memorables de la historia de la arquitectura del siglo XVII: el hombre que estaba destinado a ser el máximo exponente del barroco inglés en un encuentro cara a cara con el arquitecto barroco más famoso de Europa.[110] [...] Los beneficios que obtuvo Wren de su visita a Francia fueron considerables y abarcan desde la experiencia de un entorno arquitectónico más sofisticado que el que conocía en Inglaterra y la oportunidad de intercambiar ideas en un entorno científico menos sofisticado pero también satisfactorio hasta la cantidad de libros que se llevó consigo cuando se marchó, «casi toda Francia en papel».[111]

Sin embargo, es posible que Christopher Wren se llevara algo más, algo tal vez menos tangible que los dibujos y los papeles, pero mucho más poderoso: una visión del nuevo papel que tenía que desempeñar en la monarquía restaurada de los Estuardo. Ya regresaremos a la ciudad de París y a su emocionante renacimiento científico y su increíble renacimiento arquitectónico en capítulos posteriores. Mientras tanto, la situación allí se volvió incómoda para Wren cuando Luis XIV declaró la guerra a Gran Bretaña en enero de 1666, en apoyo de la alianza francesa con los holandeses. Había llegado para Wren el momento de regresar a su país. Volvió a Londres en marzo de 1666 y pocos meses después le cayó del cielo una oportunidad increíble, algo que nadie podría haber imaginado ni en sueños... o en pesadillas, según como se mire.

Renacer de las cenizas

El gran incendio de Londres comenzó el 2 de septiembre de 1666; parece que fue provocado en una panadería de Pudding Lane, cerca del puente de Londres, cuando Thomas Farrinor, el panadero real, se olvidó de apagar el fuego de su horno antes de irse a dormir. Algunas ascuas cayeron cerca y se encendieron y su destartalada casa de madera no tardó en ser pasto de las llamas. En aquella época, la mayoría de las viviendas de la ciudad de Londres estaban hechas con un armazón de madera y techos de brea, con lo cual ardieron como grandes cajas de cerillas. En pocas horas, varias calles quedaron totalmente envueltas en un remolino de llamas, avivadas por el fuerte viento del este. Cuando se pudo apagar el fuego, cinco días después, unas 175 hectáreas, es decir, casi cuatro quintas partes de la ciudad, habían quedado reducidas a cenizas. Se habían destruido unas trece mil viviendas, noventa iglesias y cincuenta caballerizas y hasta la gran catedral de San Pablo había quedado en ruinas.

Parece que hasta el propio Carlos II colaboró heroicamente con los que combatían el fuego, con lo cual recuperó en parte el respeto de la población. De todos modos, los enemigos del rey enseguida atribuyeron el incendio a la cólera divina por el libertinaje de la corte y la política exterior impía del Parlamento. En un panfleto que hicieron los holandeses, que estaban en guerra con Inglaterra, lo llamaron un acto de venganza del «Dios Todopoderoso y justo» y los católicos británicos no tardaron en mostrarse de acuerdo con ellos. Hasta la *London Ga-*

zette denunció que «tenemos encima la mano dura de Dios por nuestros pecados, que nos muestra su castigo al provocar el incendio».[112] Uno se pregunta también qué habrán pensado los judíos de Londres, cuando sólo faltaban diez días para *Rosh Hashaná* (el año nuevo judío) y otros diez más para el *Yom Kipur* (el día del perdón).[113]

Circularon todo tipo de rumores: cundían las historias de un «complot papal», de una «conspiración extranjera» o de la «ira divina». Carlos II hizo lo posible para convencer a los airados habitantes de Londres, reunidos entonces en Moorfields, de que su desgracia colectiva se debía exclusivamente a un accidente. Prometió cortésmente ocuparse de todos los londinenses que habían quedado sin hogar y reconstruir sus casas y su ciudad de inmediato, aunque es probable que el rey no estuviera del todo descontento ante aquella oportunidad, ya que era aficionado al urbanismo y el diseño y, desde la restauración, se había sentido muy frustrado por la falta de fondos para transformar Londres en una metrópoli espléndida que eclipsara la «Ciudad de la Luz» en la que su primo, Luis XIV, estaba convirtiendo París. Entonces, cuando menos se lo esperaba, le llegaba aquella oportunidad increíble que podía permitirle hacer precisamente eso.[114]

Después de escuchar el discurso emotivo del rey en Moorfields, todos esperaban que una nueva Londres estuviera a punto de renacer como un gran fénix de las cenizas humeantes.

O, mejor todavía, como una «Nueva Jerusalén», como veremos en el capítulo siguiente.

10

La cábala

«Lo más importante de la leyenda de los Caballeros Templarios es su supervivencia en forma de sociedades secretas. [...] Los propios Templarios eran una sociedad secreta. [...] Ha sobrevivido en la francmasonería. [...] Entonces, la francmasonería es heredera de los Templarios (y) pretende ser la receptora de la sabiduría antigua de los constructores del templo de Salomón que llega hasta ellos desde las Cruzadas.»

A. DEMURGER, *Vie et mort de l'Ordre du Temple*, Editions du Seuil, París, 1985, p. 9

«Hasta un estudio somero demuestra que [Carlos II] se dedicaba a hacer experimentos alquímicos por su cuenta. [...] De un rey así cabía esperar que proporcionara la tan esperada "Casa de Salomón".»

DONALD R. DICKSON, *The Tessera of Antilia*, Brill, Leiden, 1998, p. 239

«No dejaré de luchar mentalmente ni se me dormirá la espada en la mano hasta que hayamos levantado Jerusalén en la tierra verde y agradable de Inglaterra.»

WILLIAM BLAKE, Prólogo a *Milton*, 1804

Pocos días después de la extinción definitiva del gran incendio, Christopher Wren y John Evelyn, aparentemente cada uno por su lado, corrieron a presentar a Carlos II sus planos para la total reconstrucción de Londres.[1] Para ser exactos, Wren presentó su plano el 11 de septiembre de 1666 y Evelyn presentó el suyo el 13 de septiembre de 1666.[2] Dicen

que al rey le gustaron muchísimo ambos, pero al final no se pudo llevar a cabo ninguno de los dos, porque la necesidad apremiante del momento no era hacer magníficos programas arquitectónicos, sino realojar a las decenas de miles de personas a las que el incendio había dejado en la calle.

Los planos de Wren y Evelyn que se descartaron, por consiguiente, no habrían sido más que una nota a pie de página en la historia de la arquitectura, de no ser por dos hechos muy curiosos:

- Los dos incluían símbolos esotéricos «invisibles» en el trazado propuesto para las calles y las plazas de Londres y esto sólo es posible si tenían las mismas intenciones.

- Exactamente los mismos símbolos, usados de nuevo aparentemente con las mismas intenciones, vuelven a aparecer más de un siglo después al otro lado del Atlántico, en el trazado adoptado para las calles y las plazas de la ciudad de Washington D. C., la capital recién construida de los Estados Unidos de América.

El primero de estos símbolos es el sencillo octógono; el segundo es más complejo, con múltiples ramificaciones y terminales, y se conoce como el «árbol sefirótico» o el «árbol de la vida». Deriva de la cábala hebrea, un sistema místico judío que se elaboró en Occitania durante el gran período de libertad intelectual y religiosa que marcó el comienzo del auge del catarismo, en el siglo XII.

El octógono y el árbol sefirótico permanecen ocultos a la vista en Washington hasta el día de hoy, como demostraremos en el capítulo 14, y, si uno está alerta, los encuentra fácilmente en los planos que Wren y Evelyn prepararon para Londres y que se dejaron de lado, que vamos a analizar más adelante en este capítulo. En los dos casos, no se trata de demostrar el uso de los símbolos, sino de averiguar por qué se usaron. ¿Qué pretendían con aquellos símbolos Wren y Evelyn, así como también sus sucesores de la Guerra de la Independencia americana? ¿Qué sentido habrán tenido para ellos el octógono y el árbol sefirótico?

La primera clave que nos ayudará a responder estas preguntas no se encuentra en Londres en el siglo XVII ni en Washington en el siglo XVIII, sino en Occitania en el siglo XIII, en una anomalía de la historia de la cruzada albigense.

El misterio de los Caballeros Templarios

Hemos visto en el capítulo 2 que la cruzada albigense que destrozó a los cátaros en el siglo XIII se organizó a instancias de varios papas sucesivos y que lucharon en ella ejércitos reclutados en todas partes de Europa, aunque sobre todo en el norte de Francia. No obstante, durante todo el período de guerra continua en Occitania, desde la caída de Béziers en 1209 hasta la caída de Montségur en 1244, siempre había a mano grandes cantidades de «cruzados» aparentemente obvios en Provenza y en Languedoc que casi no participaron en los combates en absoluto, lo cual resulta extraño; pero más extraño todavía es que todos aquellos cruzados poco dispuestos a luchar contra la herejía cátara perteneciesen a una orden de élite de monjes guerreros muy bien preparados, comprometidos bajo juramento al servicio papal, que ya habían demostrado su valía en Tierra Santa como valientes cruzados contra las fuerzas del islamismo. Su título completo era «Pobres Caballeros de Cristo y el templo de Salomón», aunque son mucho más conocidos como los «Caballeros Templarios».

No pretendemos analizar aquí por extenso la conocida historia de los Templarios, que ya se ha contado tantas veces, aunque es inevitable presentar algunos antecedentes, si queremos averiguar por qué permanecieron al margen de las guerras cátaras, cuando lo lógico habría sido que participaran en ellas con entusiasmo en defensa de la Iglesia.

Fundaron la orden nueve nobles franceses que viajaron a Tierra Santa en 1119 d. de C., veinte años después de que Jerusalén fuese capturada y ocupada por las potencias europeas en la primera Cruzada del 1099. Un historiador del siglo XII, el arzobispo Guillermo de Tiro, nos cuenta que «los primeros y más distinguidos» de aquellos nueve hombres «fueron el venerable Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer».[3]

Cuando los nueve caballeros llegaron a Jerusalén, el rey de los cruzados, Balduino I, los recibió como a personas muy importantes. Solicitaron el derecho (que les fue concedido) a utilizar como cuartel general la mezquita de Al-Aqsa, situada al sur del antiguo monte del Templo, que existe todavía. En el monte del Templo, donde tradicionalmente se creía que había estado el templo de Salomón bíblico, había asimismo otro espléndido santuario islámico, del cual también se apoderaron entonces los Templarios: la Cúpula de la Roca, que igualmente ha sobrevivido al paso de los siglos y se puede visitar en la actualidad. Su planta tiene una forma octogonal perfecta, con los ocho lados iguales, y las

paredes majestuosas se alzan para aguantar una hermosa cúpula dorada que descuella directamente sobre la roca epónima, que es la inmensa placa del lecho de roca que, según la tradición judaica, la cristiana y la islámica, constituía el suelo original del sanctasanctórum del templo de Salomón. Sobre él, según dice el Antiguo Testamento, estuvo en una época el Arca de la Alianza que contenía las tablas de los Diez Mandamientos que Dios entregó a Moisés; el Dios en cuestión era Jehová, que, para los gnósticos y sus sucesores, los cátaros, era una divinidad malvada y de segunda categoría que había creado el mundo material como una trampa para las almas. Según una tradición judía, sobre aquella misma roca Abraham se disponía a sacrificar a su hijo, Isaac, siguiendo las órdenes de Jehová. Para los musulmanes, es el lugar desde el cual el profeta Mahoma emprendió su viaje nocturno hacia los cielos.[4]

El templo de Salomón fue el primer templo de los judíos y en la actualidad los arqueólogos bíblicos están de acuerdo con la tradición de que estaba situado en el monte del Templo y, lo más probable, en el lugar donde hoy se alza la Cúpula de la Roca. Fue destruido por los babilonios cuando saquearon Jerusalén en el 587 a. de C., aunque el segundo templo se levantó en el mismo lugar entre el 537 y el 517 a. de C., cuando los judíos regresaron de su exilio en Babilonia.[5] A su vez, el segundo templo fue destruido por los romanos en el 70 d. de C. y desde entonces no ha vuelto a haber un lugar de culto judío en el monte del Templo.

Por eso, el famoso Muro de las Lamentaciones ha tenido tanta importancia para los judíos a lo largo de los siglos y en la actualidad es el lugar más sagrado para ellos. Se remonta a la época del segundo templo y forma parte de un muro de contención construido por Herodes el Grande a finales del siglo I a. de C. Se salvó de ser demolido por los romanos en el año 70 d. de C. (porque, según el *Midrash*, el espíritu divino revoloteaba encima de él) y posteriormente llegó a ser un símbolo poderoso de las aspiraciones nacionalistas del pueblo judío, disperso en la diáspora.[6]

Desde el año 70 y hasta que Jerusalén fue capturada en el 638 d. de C., en las primeras *yihads* islámicas, es poco lo que sabemos sobre la historia del monte del Templo, en parte debido a la confusión del período en el que se produjeron la caída del imperio romano y la rápida expansión del islamismo y en parte debido a que las autoridades islámicas que controlan el lugar no permiten investigaciones arqueológicas (aunque se han hecho algunas excavaciones ilegales).[7] Su renuencia es

perfectamente comprensible, puesto que la Cúpula de la Roca y la mezquita de Al-Aqsa representan, respectivamente (después de La Meca y Medina), el tercero y el cuarto lugar más sagrado del mundo islámico.[8]

Opinan los arqueólogos que, después del año 70 d. de C., sobre las ruinas del segundo templo se construyó un templo romano. Seis siglos después, en el 670 d. de C., el califa Omar, sucesor del profeta Mahoma y, en aquel momento, el gobernante absoluto de Jerusalén, ordenó despejar el monte del Templo:

> [...] y levantar un lugar de culto musulmán donde en otro tiempo estaba el templo de Israel.[9]

Aquel mismo año se construyó un santuario provisional de madera. En el 691 d. de C., durante el reinado del califa Abd al-Malik, se levantó la estructura permanente de la Cúpula de la Roca que todavía vemos en la actualidad. Bajo su inmensa cúpula dorada, representaba un concepto único de la arquitectura islámica de la época, con su sorprendente planta octogonal en torno a una nave central circular que contiene la roca sagrada del templo de Salomón. Algunas décadas después, el hijo del califa Abd al-Malik, el califa Al-Walid, construyó la mezquita de Al-Aqsa.[10] A continuación se sucedieron tres siglos de paz relativa bajo el gobierno islámico, interrumpidos bruscamente por la primera Cruzada y la captura de Jerusalén en el 1099. Entonces, las dos estructuras y la totalidad del monte del Templo quedaron sometidos al control cristiano y a continuación, desde 1119, al control exclusivo de los Caballeros Templarios, que deben a esto su nombre.

La Rosa Cruz y el octógono

En señal de su filiación a Cristo, los Templarios llevaban una cruz de color rojo sangre de una forma característica, llamada «cruz paté» o «cruz patada», bordada sobre el fondo blanco de sus túnicas, casi quinientos años antes de que los Manifiestos Rosacruces destacaran una «Rosa Cruz» muy similar. Sin embargo, su identificación con el templo de Salomón era igual de intensa, como demostraron desde el principio, al elegir el monte del Templo para situar su cuartel general. Como la Cúpula de la Roca tiene una estructura octogonal, adoptaron el octógono como símbolo de esta afiliación y diseñaron ingeniosamente su cruz pata-

da a fin de obtener un octógono con los ocho lados del mismo largo, como la planta de la Cúpula de la Roca, uniendo todos los puntos exteriores de la cruz.

Uno de los numerosos enigmas que rodean la historia de los orígenes de los Templarios es la rapidez con la que el rey Balduino I de Jerusalén entregó las llaves de la mezquita de Al-Aqsa a los nueve caballeros fundadores cuando se presentaron ante su puerta en 1119. Habría sido un misterio en cualquier circunstancia, pero puede que lo fuera aún más en este caso, porque, poco antes de que tomaran posesión los Templarios, Balduino había estado renovando la mezquita con mucho cuidado para usarla como su propio palacio.[11] Por muy armados y marcados por las guerras que estuviesen aquellos hombres misteriosos e impresionantes, no estaban en condiciones de amenazar al gobernante de Jerusalén, que controlaba fuerzas muy superiores, de modo que sólo cabe suponer que les entregó el recinto sagrado de forma voluntaria, en cuyo caso ellos debieron de proporcionarle motivos de lo más convincentes para que así lo hiciera.

Cuando tuvieron en su poder el monte del Templo, los caballeros se pusieron a vivir, comer, dormir y trabajar en aquel lugar sagrado para tres religiones y casi no se movieron de allí durante los siete años siguientes. Habían declarado públicamente que su misión a Tierra Santa consistía en «mantener el camino desde la costa hasta Jerusalén libre de bandidos», pero aparentemente no fue eso lo que hicieron. De hecho, según un experto, «parece que la nueva orden hizo muy poco» en aquel período,[12] aparte de que, por una cuestión lógica, es poco probable que nueve hombres pudieran proteger a nadie en una carretera de casi ochenta kilómetros de largo, ya que siguieron siendo nueve hasta que en 1125 se les sumó el conde de Champagne. Además, los miembros de otra orden más antigua y de carácter mucho más militar, los Caballeros Hospitalarios, ya cumplían la misión de proteger a los peregrinos cuando llegaron los Templarios.[13]

A finales de 1126, Hugo de Payens se marchó de pronto de Jerusalén y regresó a Europa, acompañado por André de Montbard, otro de los fundadores. El sobrino de De Montbard era el famoso clérigo Bernardo (posteriormente san Bernardo) de Claraval, que estaba a punto de convertirse en el patrocinador de los Templarios. Enemigo acérrimo de los primeros cátaros, Bernardo encabezaría una campaña pacífica de prédica contra ellos que lo condujo al interior de Occitania en 1145 y lo sometió a una serie de humillaciones; por ejemplo, aunque se lo cono-

cía como el predicador más importante de la época y estaba acostumbrado a que lo acosaran miles de admiradores, sólo consiguió atraer a un público de treinta personas cuando predicó en la ciudad cátara de Albi.[14] En Verfeil (al nordeste de Toulouse), dicen que unos caballeros cátaros montados (se supone que eran «creyentes», porque los «perfectos» hacían votos de no violencia) aporrearon las puertas de una iglesia en la que Bernardo trataba de predicar y que entrechocaban sus espadas con tanto ruido que nadie de la pequeña congregación pudo oír una palabra de lo que decía.[15]

De modo que, si alguien tenía motivos para odiar a los cátaros y querer castigarlos, serían, sin duda, los Templarios, que tanto debían a san Bernardo. Por consiguiente, más cuesta comprender por qué la gran cantidad de Templarios que se sabe que ocupaban fortalezas y preceptorías a lo largo y a lo ancho de Occitania en los siglos XII y XIII[16] decidieron mantenerse al margen de la cruzada albigense que comenzó en 1209. El lector recordará del capítulo 2 que en varias ocasiones entre las campañas el paladín católico, Simón de Montford, sólo pudo conservar unas fuerzas muy reducidas (a veces, apenas unas cuantas docenas de caballeros) con las que conservar las ganancias de los cruzados en Occitania, a pesar de lo cual, por lo que hemos podido averiguar, ni una sola vez intervinieron los Templarios a su favor de ninguna manera en aquellas épocas de tanta necesidad.

¿Por qué no?

Si eran exactamente lo que parecían ser y lo que decían que eran en 1209, es decir, caballeros católicos dedicados al servicio del papa y a la destrucción de sus enemigos, los Templarios habrían tenido que ser los primeros (y no los últimos) en empuñar la espada de la ira contra los herejes de Occitania.

Hibris

Hugo de Payens y André de Montbard llegaron a Francia en 1127 y en enero de 1128 participaron en lo que sería el acontecimiento más significativo de los primeros tiempos de los Templarios: el sínodo de Troyes, reunido con la finalidad explícita de conseguir el respaldo oficial de la Iglesia para la orden de los Templarios. Bernardo de Claraval presidió el sínodo y redactó en persona la regla formal de los Caballeros Templarios, por la cual se regiría y desarrollaría la orden desde entonces. A partir de aquel

momento, en una serie de sermones y panegíricos elogiosos, como *De laude novae militiae*, promocionó con entusiasmo la joven orden, utilizando así su propio prestigio y su influencia para garantizar su éxito.

Los resultados fueron espectaculares. Acudieron en masa nuevos reclutas desde toda Francia y posteriormente también desde muchas otras partes de Europa. Se recibieron donaciones de tierras y dinero de patrocinadores ricos y no tardó en seguir el poder político. En el último cuarto del siglo XII, la orden se había vuelto inmensamente rica, dirigía un sistema bancario internacional sofisticado (que utilizó las primeras cartas de crédito de la historia) y poseía fortalezas y una amplia variedad de bienes en muchos países distintos.

Más o menos por aquel entonces, en el apogeo de su ascenso meteórico, todo comenzó a salir espantosamente mal.

El 4 de julio de 1187, en la gran batalla de los Cuernos de Hattin, un ejército musulmán a las órdenes del legendario Salah ad-Din (más conocido como Saladino) infligió una derrota tremenda a los Templarios,[17] que perdieron su reputación de invencibilidad en la batalla, sobre todo cuando, pocas semanas después, el reino cristiano de Jerusalén cayó definitivamente en poder de los árabes.[18]

Los Templarios permanecieron en algunas partes de Tierra Santa otro siglo más, pero su caída definitiva se produjo en la primavera de 1290, cuando un ejército egipcio a las órdenes del califa Qalaún y su hijo, Al-Ashraf Khalil, se desplazó para poner sitio a la ciudad de San Juan de Acre, la moderna Akko siria, que estaba en manos de los caballeros cruzados y se consideraba el último bastión cristiano.

Con su muralla fortificada y su espalda al mar, la reputación de Acre como baluarte de los cruzados era legendaria, pero entonces, después de casi tres siglos de guerra entre cristianos y musulmanes, la mole de los Estados Cristianos se había debilitado mucho. Todo el peso de las fuerzas musulmanas estaba a punto de caer sobre Acre, que contaba con menos hombres de los suficientes y con muy pocas provisiones. Hubo un momento de esperanza, cuando se anunció la repentina muerte del califa Qalaún, como si lo hubiese derribado la mano de Dios, justo antes de llegar a las murallas de Acre, pero su hijo y sucesor, Al-Ashraf Khalil, mantuvo la cabeza fría y de inmediato asumió el mando del ejército árabe. El 6 de abril de 1290, Acre estaba perfectamente sitiada y la única salida era por el mar.

Dentro de las altas murallas, los caballeros se prepararon para lo peor, ya que era evidente para todos que los árabes eran muchísimos

más. Se produjeron tremendas escenas de pánico cuando la población se peleaba por obtener un sitio en las escasas naves disponibles y muchos ancianos y niños murieron ahogados en la desenfrenada refriega por evacuar la ciudad condenada. El 15 de mayo, los árabes abrieron una brecha en las murallas y tomaron por asalto la ciudad. A continuación tuvo lugar una carnicería que fue espantosa, incluso para los criterios medievales. Los Caballeros Templarios lucharon hasta el final, como fieras, sabiendo muy bien el destino truculento que les aguardaba si los capturaban vivos. Aunque parezca mentira, resistieron en un reducto doce días más y cuando finalmente acabó la lucha la ciudad parecía el suelo de una carnicería inmensa.

Enfurecido por la insensata resistencia de los Templarios, Al-Ashraf Khalil ordenó que Acre fuera arrasada y mandó matar a todos los prisioneros, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, civiles o militares, «con la espada del profeta». La famosa iglesia de San Andrés en Acre, célebre en toda la cristiandad, fue demolida y su gruesa puerta gótica, que pesaba varias toneladas, fue llevada como botín a El Cairo para adornar el mausoleo del hermano de Al-Ashraf Khalil. Cuando los árabes se marcharon a caballo de aquel hedor atroz y aquella terrible carnicería, un estado de ánimo oscuro y sombrío se apoderó de toda la cristiandad. La aventura de las Cruzadas, con sus historias heroicas y de gallardía para proteger la Tierra Santa de los infieles, había acabado por fin.

Némesis

La caída de Acre marcó el comienzo del fin de los Templarios. Menos de una década después del desastre, la mayoría de los caballeros habían regresado a Europa. Algunos fueron a Inglaterra, donde se incorporaron a las numerosas preceptorías que los Templarios tenían allí desde hacía mucho tiempo. El cuartel general de la orden en Inglaterra estaba en Londres, justo al norte del Támesis, al este de Holborn, en el distrito que todavía hoy se llama «Temple». A su regreso, algunos Templarios fueron a Alemania y a España. Muchos fueron a Francia, sobre todo a París y al Port de la Rochelle, donde también había gran cantidad de instituciones templarias para recibirlos. Miles de ellos decidieron instalarse en Occitania, que, en el 1300, cada vez estaba quedando más absorbida por Francia y donde la presencia de los Templarios había sido intensa y constante durante más de ciento cincuenta años.

A comienzos del siglo XIV, la prolongada y corrupta dependencia del papado de la corona francesa para proporcionar una solución definitiva al problema de la herejía cátara no sólo había traído como consecuencia la anexión de Occitania a Francia, sino también una disminución regular de los poderes del papa, tanto es así que, desde 1309 hasta 1377 (un período al que los historiadores católicos llaman «el cautiverio de Babilonia»), el papado no tuvo su sede en Roma, sino en Aviñón, donde estaba casi totalmente sometido al control de la monarquía francesa.

El papa que se trasladó a Aviñón en 1309 fue Clemente V. Se llamaba Bertrand de Got y era arzobispo de Burdeos cuando fue elegido papa en 1305 y coronado en Lyon en presencia del rey Felipe IV de Francia, conocido como Felipe el Hermoso. Dos años después, Clemente formuló graves cargos de herejía contra los Templarios y autorizó a Felipe a llevar a los Caballeros a juicio. En muchos casos, los cargos eran idénticos a los que la Inquisición había lanzado repetidas veces contra los cátaros durante el siglo XIII e incluían acusaciones de ceremonias secretas en las cuales los iniciados tenían que escupir sobre una cruz o romperla; aquellas acusaciones despertaron sentimientos de horror justificado entre los católicos ortodoxos.

De modo que el viernes 13 de octubre de 1307 todos los miembros de la orden que estaban al alcance de las fuerzas de Felipe —esto incluía a todos los Templarios de Occitania— fueron arrestados. Puesto que de aquella manera se reunieron más de quince mil personas, resulta evidente que la operación debió de estar sumamente bien planificada y bien coordinada y fue puesta en práctica por grandes cantidades de hombres leales al rey. Sabemos que se llevaron a cabo redadas simultáneas de madrugada en centenares de propiedades de los Templarios y que, en la mayoría de los casos, los arrestos se consiguieron sin luchar.[19]

En los meses siguientes, la Inquisición sometió a los Templarios a salvajes tormentos; como ocurrió con los cátaros antes que ellos y con Bruno después, aquella tortura (de excepcional brutalidad, incluso para los niveles de la Inquisición) contaba con la autorización especial del papa. Inmediatamente después de los arrestos en Francia, Clemente V promulgó también una bula, *Pastoralis praeminentiae*, fechada el 22 de noviembre de 1307, que ordenaba el arresto de todos los demás Templarios que hubiera en todo el mundo cristiano. Las medidas se aplicaron en lugares tan distantes como Inglaterra, España, Alemania, Italia y Chipre y, en 1312, otra bula del papa títere derogó oficialmente la orden. Mientras tanto, miles de Templarios fueron sometidos a las tor-

turas más truculentas y posteriormente muchos de ellos fueron quemados en la hoguera.

La terrible muerte del último Gran Maestro de los Templarios, Jacques de Molay, ocurrió el 18 de marzo de 1314 y quedó registrada para la posteridad por un monje que fue testigo presencial del acontecimiento:

> A la hora de las vísperas [hacia el anochecer], en una pequeña isla del Sena situada entre los jardines del rey y la iglesia de San Agustín [el Gran Maestro Jacques de Molay y el preceptor templario de Normandía, Geoffroi de Charnay], fueron condenados a ser quemados. [...] Se los vio tan resueltos a soportar la ordalía del fuego, con tanta buena voluntad que se ganaron la admiración y la sorpresa de todos los presentes.[20]

Esta descripción nos recuerda, inevitablemente, la serena entereza de los «perfectos» cátaros cuando se enfrentaban a una muerte similar en la hoguera y, posteriormente, la de Giordano Bruno, el mago hermético que fue quemado por sus creencias en Roma en febrero de 1600. Sin embargo, Jacques de Molay era un luchador y siguió luchando hasta último momento. Retorciéndose con un dolor espantoso mientras se asaba a fuego lento, el último Gran Maestro templario halló la fuerza necesaria para lanzar una maldición contra la monarquía francesa por trece generaciones y a profetizar que tanto Clemente V como Felipe el Hermoso se reunirían con él para ser juzgados delante del trono de Dios en menos de un año. Por extraño que parezca, Clemente V murió justo un mes después, en abril de 1314, y Felipe el Hermoso murió de forma inexplicable en noviembre del mismo año.[21] El momento culminante de la historia llega muchas generaciones después, con el estallido de la Revolución francesa en 1789 y la decapitación pública en la guillotina del desventurado Luis XVI en 1793. Dicen que, cuando la cabeza del rey rodó dentro de la cesta, un francmasón francés se adelantó rápidamente, hundió los dedos en la sangre y roció con ella a la multitud, gritando: «¡Jacques de Molay, quedas vengado!».[22]

La supervivencia de los Templarios y la prolongada búsqueda de la utopía

Cuando quemaron a Jacques de Molay en 1314, muchos dicen que los Templarios dejaron de existir, lo cual es cierto desde el punto de vista

jurídico, porque la orden fue eliminada; sin embargo, desde un punto de vista práctico, siguió sobreviviendo en muchos lugares. Uno fue la Escocia de Robert Bruce, que se liberó de la ocupación inglesa en la batalla de Banockburn, en 1314. Otro fue Portugal, donde los Templarios fueron juzgados, pero, como los encontraron libres de culpa, ni los torturaron ni los encerraron en prisión y, aunque la orden fue disuelta allí oficialmente en 1312, como en todas partes, fue capaz de reorganizarse con un nombre distinto: la Milicia de Jesucristo (también conocida como los Caballeros de Cristo o la orden de Cristo).[23]

Un rumor persistente a lo largo de los siglos da una vaga idea de un gran misterio en relación con la flota de los Templarios, numerosa y bien equipada, que estaba fondeada en el puerto atlántico francés de La Rochelle la noche del 13 de octubre de 1307, cuando la masa de los Templarios fueron rodeados. Los historiadores reconocen que la flota estaba allí el día anterior, pero que se había marchado a la mañana siguiente, eludiendo así a las fuerzas reales que fueron a tomar posesión de ella, con lo cual resulta evidente que una buena cantidad de Templarios (en todo caso, los suficientes para tripular y gobernar una flota) se salvaron del arresto en Francia.

Pero ¿adónde fueron? Sobre esto no hay consenso. Según una teoría, los Templarios se dirigieron al norte de África, donde se unieron a sus viejos enemigos, los musulmanes. Según otra teoría, descubrieron el continente americano dos siglos antes que Colón. Según una tercera teoría, no necesariamente incompatible con la anterior, como veremos, se dirigieron a Escocia y se refugiaron entre la gran cantidad de Templarios que ya se habían establecido en aquel país,[24] y allí, según fuentes masónicas del siglo XVIII, como el caballero Ramsay y el barón Karl von Hund, formaron el núcleo del movimiento clandestino que con el tiempo volvería a florecer como la francmasonería.[25]

Existe una asociación particularmente fuerte que relaciona a los Templarios de Escocia, la francmasonería escocesa y la antigua familia Sinclair de Rosslyn, cerca de Edimburgo. Un estudio meticuloso del tema, publicado por Andrew Sinclair en 1991 con el título de *La espada y el Grial*,[26] presenta pruebas convincentes de que sir William Sinclair, que comenzó la construcción de la espectacular capilla gótica de Rosslyn alrededor de 1446, fue iniciado en secreto como caballero templario más de ciento treinta años después de la abolición de la orden y en aquella época era el Gran Maestro hereditario de la francmasonería en Escocia.[27]

Igual de enigmáticas, desde nuestro punto de vista, son las pruebas que también se presentan en *La espada y el Grial* de un viaje a la costa nordeste del continente americano que emprendió alrededor de 1398 o 1399 el abuelo de William, el príncipe Henry Sinclair, primer conde de las Órcadas y también caballero templario iniciado. Parece que aquel viaje precoz se conmemora en parte en los relieves de la capilla de Rosslyn, que datan de antes de 1450 (es decir, más de cuarenta años antes de Colón) y en los que aparece el maíz americano.[28] A partir de 1991 se han encontrado tantas pruebas históricas y arqueológicas nuevas en apoyo de la tesis general que, por lo que sabemos, los estudiosos ya no la cuestionan.[29]

Lo más notable es la prueba que Andrew Sinclair logró sacar a la luz con respecto al motivo que tenía el príncipe Henry para emprender su expedición transatlántica:

> No cabe duda de que los Caballeros Templarios querían crear otro Paraíso y templo de Salomón en el Nuevo Mundo, fuera del alcance de la autoridad papal.[30]

De la investigación de Sinclair se deduce que, para los restos clandestinos de la orden de los Templarios que quedaban en Escocia a finales del siglo XIV, el viaje pionero del príncipe Henry fue el primer paso en la implementación de un plan a largo plazo para establecer una utopía o, en otras palabras, un intento atrevido y muy temprano de poner en marcha lo que nuevamente volverían a imaginar, más de doscientos años después, hombres como Campanella, Andreae y Bacon como la solución ideal a la corrupción y los enredos asquerosos del Viejo Mundo.

Desde luego, cabe la posibilidad de que la aventura concreta de un viaje transatlántico a finales del siglo XIV y las aventuras filosóficas del siglo XVII fuesen totalmente independientes la una de la otra, pero la intervención del poderoso simbolismo templario en los dos períodos nos hace pensar lo contrario. No se trata sólo de la reaparición de la Rosa Cruz (que además aparece en la lápida de sir William Sinclair en Rosslyn).[31] También indica un vínculo la manera en que primero los exploradores y después los filósofos tendían a expresar su misión hablando exactamente de la misma intención (ya fuera simbólica o no): la reconstrucción del «templo de Salomón en el Nuevo Mundo».

Por diversos motivos con los que no vamos a entretenernos aquí, no hubo más viajes después del primero del príncipe Henry Sinclair,

mientras que a los viajes posteriores de Colón enseguida les siguieron otros.[32] Se perdió la oportunidad. Sin embargo, la gran cuestión es la siguiente: a finales del siglo XVIII, cuando se presentó por segunda vez la oportunidad de crear una sociedad verdaderamente nueva y revolucionaria, construida sobre principios nuevos, con la Guerra de la Independencia estadounidense y la visión de unos Estados Unidos libres e independientes, ¿cómo es posible que fuera casualidad que volviera a aparecer el simbolismo templario?

Volveremos a este problema en el capítulo 14. Mientras tanto, concentrémonos ahora en una cuestión más acuciante de la que no nos hemos ocupado todavía.

¿Cómo pasaron los Templarios de ser los guerreros selectos del papa en el siglo XII a convertirse en herejes que había que quemar en la hoguera a principios del siglo XIV?

La opinión general de los estudiosos, que en su mayor parte tiene mucho sentido, es que la redada de los Templarios en 1307 se debió casi exclusivamente al rey Felipe el Hermoso de Francia, que lanzó acusaciones falsas de herejía contra ellos e hizo que su papa títere los condenara para poder apoderarse de sus inmensas riquezas. Puesto que en realidad se quedó con gran parte de su riqueza y que sabemos que Clemente V hacía todo lo que Felipe le decía, en general esta teoría resulta muy plausible.

Sin embargo, estamos fundamentalmente en desacuerdo en una cuestión, que es la idea ampliamente aceptada de que las acusaciones de herejía contra los Templarios fueran falsas. Por el contrario, lo que proponemos es que probablemente fueran herejes, culpables de lo que les acusaban, y que lo que los había convertido en guerreros secretos contra la Iglesia fue su prolongada exposición a la cultura cátara en Occitania y el regreso allí desde Tierra Santa de muchos de los caballeros a finales del siglo XIII.

Los Templarios y los cátaros

Teniendo en cuenta las doctrinas dualistas de los cátaros y lo que se conoce sobre las iniciaciones y las creencias de la orden del Temple, sir Steven Runciman destaca lo siguiente:

> Es posible que las prácticas secretas de los Templarios [...] se basaran en parte en ideas y usos dualistas.[33]

Por lo general, se acepta que en Tierra Santa los Templarios estuvieron expuestos a ideas de este tipo, por ejemplo a través de sus contactos con miembros de una secta antigua conocida como los drusos. Técnicamente, los drusos, que todavía existen en la actualidad en Líbano, Siria e Israel, son musulmanes chiitas, aunque sus creencias han sido definidas como «una mezcla de judaísmo, cristianismo e islamismo [que incluyen] elementos de gnosticismo».[34] Otros grupos chiitas escindidos de la región, como los nusairis, también tenían creencias teñidas de gnosticismo.[35] Los Templarios se habrían sentido a gusto durante su larga estancia en Tierra Santa si se hubiesen encontrado con los descendientes de los sabeanos de Harran, los compiladores del gran texto hermético conocido como el *Picatrix*, que contiene, como hemos visto en el capítulo 3, un plano precoz para una ciudad hermética utópica.

Después de absorber influencias orientales esotéricas con mucho más entusiasmo que cualquier otro grupo de cruzados, cuesta imaginar que la gran cantidad de Templarios residentes en Occitania desde el siglo XII hasta el XIV no fueran conscientes del sabor claramente gnóstico y dualista de la religión cátara local. También tiene sentido, si su propia manera de pensar ya estaba teñida de dualismo, como conjetura Runciman, que hubiesen estado predispuestos a favor de la causa cátara, sobre todo si las familias nobles de Occitania que estaban unidas en su apoyo a los cátaros también apoyaban a los Templarios. Esto es sumamente probable. De hecho, como señala Martin Barber, la gran expansión que disfrutaron los Templarios en Occitania no se habría conseguido sin el fuerte apoyo de los nobles:

> El establecimiento de nuevas comunidades y la apertura de un territorio hasta entonces sin cultivar, algo común en el siglo XII, debía mucho a una alianza entre la tierra de los nobles y el capital de la orden.[36]

Por una simple cuestión lógica, se deduce que, si los cátaros contaban con el auspicio de las familias nobles de Occitania —sabemos que así era— y si los Templarios contaban con el auspicio de las mismas familias nobles de Occitania —sabemos que así era—, entonces es probable que los cátaros y los Templarios mantuvieran relaciones amistosas, lo cual explicaría por qué, incluso al principio de la cruzada albigense, en 1209, emprendida por iniciativa de un papa (Inocencio III) que se sabía que estaba a favor de los Templarios y que les había concedido privilegios especiales,[37] vemos a los Templarios particularmente renuentes a con-

tribuir a la causa de Inocencio.[38] No hay nada que sugiera que los Caballeros se hubiesen vuelto herejes a aquellas alturas, aunque evidentemente resulta desconcertante que una de las pocas obligaciones que cumplieron aquellos pesos pesados durante la cruzada albigense dista mucho de ser «de primera línea». En 1212, para afrontar los gastos de la cruzada, el papa puso un impuesto de tres céntimos por casa a lo largo y lo ancho de Languedoc. Los Templarios lo recaudaron, pero, fuera de eso, destaca el historiador Aubrey Burl, se mantuvieron neutrales.[39]

Semejante neutralidad entre los propios guerreros selectos del papa en una guerra santa tan decisiva resulta sumamente anómala y, en nuestra opinión, significativa. Varios investigadores que han seguido esta línea de análisis han sostenido que, a medida que la cruzada albigense se fue haciendo sentir y sobre todo después de la caída de la última fortaleza cátara importante, la de Montségur, en 1244, los Caballeros Templarios se fueron volviendo cada vez menos neutrales y cada vez estuvieron más influidos por las doctrinas cátaras. Afirma Andrew Sinclair que aquello ocurrió porque

> [...] la mayoría de los caballeros cátaros que se habían librado de la matanza fueron recibidos dentro de la orden militar del templo de Salomón, que a su vez estaba impregnada de influencias orientales.[40]

Asimismo, Arthur Guirdham observa «indicios de alguna relación entre los cátaros y los Templarios» en el hecho de que

> [...] gran cantidad de Caballeros Templarios fueron reclutados en Languedoc. Se produjo una llegada de reclutas a mediados del siglo XIII, cuando, a efectos prácticos, las guerras albigenses habían acabado. Resulta significativo que la orden del Temple, inmensamente poderosa y ubicua, no interviniera en la cruzada contra los albigenses.[41]

Este tipo de pruebas son circunstanciales, por mucho que nos fastidie; «interesantes, basadas en presunciones, pero no concluyentes», como reconoce Guirdham.[42] Al otro lado del debate, sin embargo, Martin Barber, profesor de Historia de la Universidad de Reading, en Inglaterra, y uno de los principales expertos en los Templarios, es mucho más categórico:

> A los románticos les gusta ver conexiones entre los dos [es decir, entre los cátaros y los Templarios], pero no las hubo; tras la caída de la fortaleza cátara

de Montségur en 1244, no se transmitieron a los Templarios ni tesoros fabulosos ni creencias anticristianas comunes y llenas de cultos esotéricos. [...] Es inevitable que algunas de las acusaciones contra los Templarios derivasen de las que se hacían contra los cátaros, porque, después de todo, estaban arraigadas en aquellos que se oponían a la discrepancia.[43]

El argumento de Barber, aunque razonable, nos parece debilitado por su deseo evidente de no ser «romántico» y, por consiguiente, de no encontrar conspiraciones por ninguna parte. En el caso de organizaciones como los Templarios y los cátaros, obligadas a mantenerse en secreto y a conspirar por las circunstancias del momento, semejante política podría ser un error. Por ejemplo, si después de Montségur los caballeros cátaros hubiesen solicitado refugio a los Templarios y estos se lo hubiesen concedido, ¿realmente podríamos esperar encontrar algún registro de ello y mucho menos de la cesión de algún «tesoro»? Si aquellos fugitivos hipotéticos se hubiesen incorporado a una orden militar religiosa que ya era notoria por su secreto y su misterio en 1244, ¿habrían dejado rastros en papel para que los siguieran la Inquisición y después los historiadores? No parece demasiado probable.

Por otra parte, la hipótesis de que los Templarios cada vez estaban más influidos por las ideas dualistas de los cátaros a partir de mediados del siglo XIII tiene mucho a su favor, entre otras cosas porque tiene mucho más sentido que la explicación de Barber sobre las acusaciones de herejía que se formularon contra la orden a principios del siglo XIV. El lector recordará que uno de los cargos sensacionales era que a los iniciados templarios los hacían escupir sobre una cruz o romperla. Semejante comportamiento, aunque parezca estrambótico o diabólico, es totalmente coherente con la religión cátara, que negaba la encarnación física de Cristo, no creía en la crucifixión y consideraba la veneración de la cruz una forma de idolatría y de culto a la tortura.[44]

Es muy posible que, vista desde la perspectiva de la Inquisición (y de la corona francesa), el regreso a Languedoc en los últimos años del siglo XIII, después de la pérdida de Tierra Santa, de gran cantidad de Templarios fuertemente armados y con experiencia en el combate resultase amenazadora. Según el grado de sospecha que ya despertase la población templaria permanente de la región (tal vez alimentada por rumores de que los cátaros fugitivos se habían sumado a las filas de los Templarios), puede que los poderes seculares y religiosos considerasen sumamente peligroso aquel salto espectacular en la fuerza militar local de la

orden. Asimismo, es probable que intensificara sus sospechas lo que habrían considerado las señales más inoportunas de un renacimiento cátaro encabezado por el «perfecto» Pierre Autier, que comenzó en 1299 (véase el capítulo 2).

Teniendo en cuenta todos estos factores, proponemos que lo que se consideraba una amenaza de un catarismo renaciente, apoyado por el poderío acorazado de una orden templaria «perdida en la herejía», basta por sí solo para explicar la jugada repentina de Felipe y la Iglesia contra la orden en 1307. Que hubiera o no algún fundamento para percibir aquella amenaza es otra cuestión, pero es inconcebible que el rey y el papa hubiesen conspirado para abatir a los Templarios en el momento exacto en el que el catarismo luchaba a muerte por sobrevivir sin relacionar mentalmente las dos cuestiones.[45] Esto no quiere decir que la codicia de la riqueza de los Templarios no interviniera en sus decisiones ni en sus actos —con alguien como Felipe, la codicia siempre desempeñaba algún papel—, pero pensamos que la codicia no fue el único factor y tal vez ni siquiera fuese el más importante. Lo que ocurrió con los Templarios entre su arresto en 1307 y la quema de su último Gran Maestro en 1314 tal vez se entienda mejor como se entendió entonces, es decir, como una batalla más en la guerra contra la herejía y la revolución social que la Iglesia venía librando desde la época de Constantino el Grande.

Los elementos de la herejía templaria

Un argumento que se puede utilizar para oponerse a la existencia de cualquier tipo de asociación secreta entre los cátaros y los Templarios es que sus creencias eran fundamentalmente incompatibles. Mientras que estos se enorgullecían del simbolismo del Antiguo Testamento que estaba presente en el templo de Salomón, aquellos detestaban el Antiguo Testamento y se oponían a él, por considerarlo el libro del demiurgo malvado.

Esta objeción, aunque evidente, es irrelevante para la hipótesis que estamos planteando aquí. No estamos diciendo que los Templarios estuvieran influidos por el catarismo en los primeros años de su existencia, cuando ocuparon el monte del Templo en Jerusalén, entre 1119 y 1187 y adoptaron el plano octogonal de la Cúpula de la Roca como su símbolo fundamental. Lo que proponemos es que es posible que aquella

influencia se comenzara a sentir durante el siglo XII, a través de las numerosas preceptorías templarias de Occitania, pero que no produjo un impacto significativo hasta bien entrado el siglo XIII, cuando, como creen varios historiadores, la orden absorbió a los caballeros cátaros fugitivos. Suponemos que el proceso se aceleró después de 1290, con la afluencia de los Templarios que regresaban de Tierra Santa, pero que, antes de que pudiera alcanzar una masa crítica, se vio interrumpido por el ataque preventivo de Felipe el Hermoso y Clemente V en 1307.

Otra cosa que no decimos es que los Templarios se hubiesen vuelto cátaros. Nuestra hipótesis es que, en 1307, el dualismo cátaro era uno entre varios ingredientes de una herejía templaria probablemente multifacética que había reunido un popurrí de ideas religiosas aparentemente incompatibles. En cierto modo, los herejes a los que más nos recuerdan los Templarios no eran tanto los cátaros como la secta guerrera de gnósticos cristianos conocidos como los paulicianos, que manifestaban la misma audacia y disposición a matar. También era ampliamente reconocido que la religión templaria única e idiosincrásica estaba teñida de aspectos del islamismo esotérico y el judaísmo místico que la orden había recogido en Tierra Santa.

El elemento judaico cuadraba particularmente bien con la propia obsesión original de los Caballeros por el templo de Salomón y habría seguido estando a su disposición en Occitania a través de las comunidades judías abundantes y establecidas hacía mucho tiempo que sabemos que también residían allí en aquella época. Aquellas comunidades ocupaban un lugar de honor en la sociedad occitana en los siglos XII y XIII, hasta que la cruzada albigense acabó para siempre con el modo de vida heterodoxo y tolerante de la región. Prosperaban en Narbona, Lunel y Beaucaire escuelas reconocidas de Derecho Talmúdico y, según una crónica de 1160, los estudiantes judíos acudían desde «tierras lejanas» a estudiar en ellas.[46]

Asimismo, entre los siglos XII y XIII, surgió entre los intelectuales judíos que vivían en las ciudades costeras de Occitania la importante rama de judaísmo esotérico y especulación cósmica mística conocida como la cábala,[47] de modo que otra vez coincidían con los cátaros y los Templarios en la misma zona. Hemos citado la descripción que hace en el siglo XII Benjamín de Tudela de un judío de Lunel que se había «desembarazado de todos los asuntos terrenales, estudiaba día y noche, hacía ayunos y jamás comía carne».[48] Ya que esto sugiere que las ideas de los cátaros sobre cómo deberíamos vivir en el mundo y lo que estamos

haciendo aquí habían comenzado a influir en los judíos occitanos, ¿por qué no puede ser que la filosofía oculta de la cábala, elaborada por eruditos judíos de Occitania, también hubiese influido en los cátaros y en los Templarios?

Las emanaciones y el árbol sefirótico

El catarismo fue un renacimiento (que arraigó en Occitania en el siglo XII y en los Balcanes un poco antes) de las herejías gnósticas cristianas que habían florecido en Palestina y en Alejandría en los cuatro primeros siglos de la era cristiana. Supone una coincidencia notable que el cabalismo también fuese un renacimiento (que arraigó asimismo en Occitania en el siglo XII) de las escuelas del misticismo judío que habían florecido por última vez en Palestina y en Alejandría en los cuatro primeros siglos de la era cristiana.[49] Si bien el renacimiento del hermetismo no se produjo hasta que se recuperaron los textos herméticos en el siglo XV, aquellos textos también se originaron en los cuatro primeros siglos de la era cristiana y, además, en el mismo entorno fundamentalmente alejandrino que había nutrido el gnosticismo y las escuelas de especulación mística judía.

Un concepto fundamental que comparten todas las religiones dualistas de las que hemos hablado en el capítulo 2 es el de «emanación», que, en los términos más sencillos posibles, se concibe como un acto creativo consciente o inconsciente de la divinidad espiritual pura e irrefutable que forma manifestaciones suyas que a continuación llevan una existencia independiente. Los gnósticos de los cuatro primeros siglos de la era cristiana llamaban «eones» a aquellas emanaciones, las ordenaban en función de su grado de autoconocimiento y con frecuencia les daban un carácter abstracto, como «Silencio», «Intelecto», «Verdad», «Sabiduría», etcétera.[50]

Juntos, la divinidad y los eones formaban el Pléroma (literalmente «la plenitud»), es decir, el grupo perfecto. El proceso que culminó en la creación del mundo fue consecuencia de una caída dentro del Pléroma que por lo general se debía a la curiosidad o el deseo por parte de uno de los eones.[51] El lector recordará que en algunos sistemas gnósticos, Jehová, el Dios del Antiguo Testamento, se representaba como el eón caído; en otros era incluso menos que eso: se reducía a la categoría de emanación de una emanación, lo bastante inteligente como para

crear el mundo material, pero demasiado estúpido para recordar de dónde venía y cuál era su papel, realmente insignificante, en el orden del universo.[52] Asimismo, los cátaros no veían a Jesús como el «hijo de Dios» físico y material, como los cristianos, sino como una emanación divina.[53]

Este concepto de emanación también es fundamental para la cábala. En este caso, el texto en el que se basaba la especulación occitana del siglo XII y el XIII era el *Sepher Yetzirah* («El libro de la formación»), un tratado hebreo de cosmogonía y cosmología que se compiló por primera vez en el siglo III d. de C.[54] Esta obra narra un acto de creación llevado a cabo por la divinidad, que se manifiesta «en diez etapas distintas de emanación», que se corresponden con los números del uno al diez.[55] Estas diez emanaciones, que se combinan alquímicamente con las veintidós letras del alfabeto hebreo (la lengua de Dios), se conocen como las *Sefirot*, cuyo orden y características son las siguientes:

> 1) *Keter elión* («la corona suprema») o *Ratzón* («la voluntad»); 2) *Jojmá* («la sabiduría»); 3) *Biná* («el entendimiento»); 4) *Jesed* («el cariño») o *Guedulah* («la grandeza»); 5) *Guevurá* («el poder») o *Din* («la justicia»); 6) *Tiferet* («la belleza») o *Rajamim* («el perdón»); 7) *Netzaj* («la victoria»); 8) *Hod* («la gloria»); 9) *Iesod olam* («el fundamento del mundo») o *Tzadik* («lo justo»); 10) *Maljut* («el reinado de Dios») o *Atarah* («la diadema») o *Shejiná* («la presencia divina femenina»).[56]

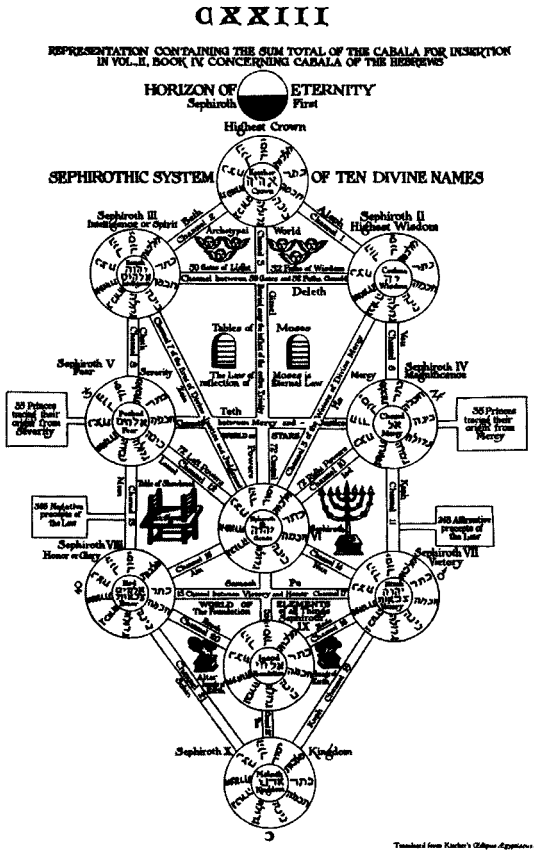
Como la cábala se desarrolló en los siglos XII y XIII, los místicos judíos de Occitania organizaron estas diez *Sefirot* en un «patrón arquetípico específico», que por lo general se dibuja entrelazado en una red compleja de «ramas» o «caminos» o «columnas» o «pilares» rectos:

> Este patrón es el modelo en el que se basa todo lo que se ha de manifestar. Se lo ha llamado «la imagen de Dios», aunque más generalmente se conoce como «el árbol de la vida».[57]

Se lo podría concebir como un esquena de la estructura del DNA de la realidad, no como un «mapa de la realidad» literal ni como una representación de «aquello de lo que está hecha la realidad», sino como un mandala[58] o talismán en el que concentrarse para meditar y mediante el cual se puede alcanzar el conocimiento de la verdadera naturaleza de las cosas.

El árbol sefirótico y el templo de Salomón

Como los demás mandalas, el «árbol de la vida» sefirótico es un diseño geométrico. Presenta tres columnas verticales o pilares principales, en las que se fijan las diez *Sefirot* que representan las emanaciones de Dios, como si fuesen los globos de cristal en un árbol de Navidad. En este punto se observan coincidencias importantes con el simbolismo de la francmasonería. Como hemos visto en el capítulo 8, los francmasones suelen representar el templo de Salomón mediante dos pilares o columnas conocidas como Boaz y Jachin («sabiduría» y «poder») y el pasillo abierto entre los dos pilares a menudo se considera un «tercer» pilar. Esta imaginería de dos o tres pilares, tan próxima a la estructura básica del árbol de la vida, se evoca con frecuencia en las ilustraciones y los certificados masónicos.



El típico «árbol de la vida» o árbol sefirótico cabalístico.

También se encuentra a menudo en el simbolismo rosacruz[59] y algunos investigadores la han detectado incluso grabada en la carátula del libro de Francis Bacon *El avance del saber*.[60] Este grabado, que aparece en la edición de 1640, muestra dos pilares y, detrás de ellos, el mar abierto con una nave que se aleja.[61] En la parte superior del pilar izquierdo aparece el símbolo del sol y en la parte superior del derecho, el de la luna, es decir, que, como los pilares del árbol de la vida, están coronados por globos. Sin embargo, este es también, sin lugar a dudas, el mismo motivo que aparece a menudo en las ilustraciones masónicas del templo de Salomón, con los pilares Jachin y Boaz. Un globo representa el mundo visible iluminado por el sol y el otro, el mundo invisible u oculto a la luz de la luna, es decir, el mundo secreto. Dos manos extendidas (una desde cada globo) se estrechan en lo que evidentemente parece un «apretón de manos masónico». No somos los únicos que nos hemos fijado en que toda esta disposición evoca al árbol sefirótico de la vida que se diversifica en ramas como «sabiduría», «poder», «inteligencia» y otras.[62]

Este mismo patrón general, con símbolos que denotan las diversas «virtudes» masónicas y los numerosos caminos para alcanzarlas, se distingue fácilmente en los llamados «cuadros de logia» que hasta el día de hoy usan los francmasones en rituales comparables a la entrada en el «Templo espiritual de Salomón». Al pie de estos cuadros de logia aparece una representación de los dos pilares, Jachin y Boaz, y más allá una especie de relicario, que probablemente simboliza el sanctasanctórum del templo de Salomón y que a menudo se representa mediante una estrella de cinco puntas o una estrella flamígera. Detrás del motivo de la estrella de cinco puntas aparecen varios símbolos masónicos y el conjunto culmina en la parte superior del cuadro de logia, donde encontramos al Ser supremo, representado bien por una corona (en el árbol de la vida cabalístico, *keter* también significa «corona») o bien por el «ojo que todo lo ve» o bien por una pirámide resplandeciente.

Este simbolismo está relacionado directamente con el árbol de la vida y así lo confirma la información preliminar que reciben los candidatos masónicos al llamado «Grado 30 del Rito Escocés», también conocido como «Grado de Caballero Kadosh», en el que se muestra al candidato un árbol sefirótico, junto con una explicación textual de su uso simbólico. Según el historiador masónico Robert Lomas:

> En el ritual de la sección preparatoria del Caballero Kadosh (el Grado 30 del Rito Escocés Antiguo y Aceptado y el primero de la serie de los caballeros), el

candidato recibe la siguiente información. Esta división de las diez *Sefirot* en tres tríadas se disponía en una forma que los cabalistas llamaban «árbol cabalístico» o «árbol de la vida» (como se puede ver en el siguiente cuadro de logia). En este diagrama, la distribución vertical de las *Sefirot* se llama «pilares», de modo que las cuatro *Sefirot* del centro se llaman «pilares intermedios»; las tres de la derecha, «el pilar de la misericordia» y las tres de la izquierda, «el pilar de la justicia».[63]

En el capítulo 1 del *Sepher Yetzirah* se manifiesta lo siguiente:

> Diez son los números de las inefables *Sefirot*; diez y no nueve; diez y no once. Adquiere esta sabiduría y entiéndela con prudencia; investiga estos números y extrae de ellos el conocimiento; fija el diseño en su pureza y pasa de él a su creador sentado en su trono.[64]

El *Sepher Yetzirah* habla también de los «treinta y dos senderos más ocultos y maravillosos de la sabiduría», en los que «el Señor de los Ejércitos ha grabado su nombre». Estos treinta y dos senderos, pilares o columnas del diseño representan las diez *Sefirot* y las veintidós letras que son «la base de todas las cosas».[65] Por consiguiente, el árbol sefirótico, con sus veintidós senderos y sus diez emanaciones, también connota místicamente el número treinta y dos. En la francmasonería escocesa, esto representa los treinta y dos grados por los que hay que pasar (es decir, los «senderos» que hay que seguir) para alcanzar la puerta de la plena iluminación masónica, el Grado 33, que es el máximo. Charles Sumner Lobingier, un escritor sobre el Grado 33 del Rito Escocés que en 1929 recibió del Gran Comandante del Rito Escocés de Washington D. C. el encargo de escribir una historia oficial de esta orden masónica, confirma la conexión que establecemos aquí:

> Una característica posterior de la cábala son los treinta y dos senderos de la sabiduría. La cifra se obtiene sumando las letras del alfabeto hebreo (veintidós) a las diez *Sefirot* y aquí tenemos, sin duda, el origen de la cantidad de grados que formula la Gran Constitución [del Rito Escocés].[66]

El paradójico Kircher

La creencia de que los principios divinos, las emanaciones o los arquetipos se puedan manifestar en un «templo» o «casa» de Dios (tanto en el senti-

do material como en el espiritual) se encuentra en la esencia misma del concepto del árbol de la vida, aunque mucho antes los antiguos egipcios también diseñaban sus templos exactamente con la misma intención. Pensemos, por ejemplo, en el gran recinto sagrado de Amón en Karnak-Luxor.

La noción de que el diseño esotérico egipcio de los templos pudiese estar relacionado de alguna manera con el árbol sefirótico ya fue desarrollada en el siglo XVII por el cabalista hermético y filósofo Athanasius Kircher en su libro *Oedipus Aegyptiacus*. En esta obra, Kircher, que también era (o al menos así lo parecía) un jesuita devoto, llega incluso a sostener que todas las religiones y todo el conocimiento de lo divino procedían originalmente de Egipto.[67] Joscelyn Godwin, profesor de Música de la Colgate University de Nueva York y una autoridad de fama mundial sobre Kircher, dice lo siguiente:

> Según Kircher, toda la sabiduría de los judíos procede de Egipto y ha sido transmitida a través del iniciado Moisés. En el árbol de las *Sefirot* tenemos el símbolo metafísico principal de los cabalistas hebreos. Muestra diez arquetipos invariables vinculados entre sí mediante veintidós senderos que corresponden a las veintidós letras del alfabeto hebreo. Como el árbol es un diagrama de la máxima universalidad, se puede usar como clave para saber cómo funciona el universo en todos los niveles. [...] A nivel cosmológico, las siete *Sefirot* inferiores son los siete planetas de los caldeos y la tríada superior, según Kircher, las esferas de las estrellas fijas.[68]

En 1621, Athanasius Kircher, que entonces era un joven novicio de la orden de los jesuitas, se vio obligado a huir de Alemania, su tierra natal, al estallar la Guerra de los Treinta Años. Con el tiempo llegó a Francia y se incorporó al Colegio de los jesuitas de Aviñón. Matemático brillante y excelente lingüista, desarrolló un interés insaciable por todo lo egipcio y en 1635 le dieron un cargo en el Colegio de los jesuitas de Roma para estudiar los jeroglíficos. En 1638 fue nombrado profesor de matemática, pero sus intereses científicos eran amplios y variados. Su fama era tal que mantenían correspondencia con él estudiosos de todo el mundo y muchos fueron a verlo a Roma, como el inventor inglés William Gascoignes y el pintor francés Nicolas Poussin, a quien enseñó perspectiva.[69] Kircher era aficionado a coleccionar antigüedades y fundó uno de los primeros museos de Europa, el Museo Kircheriano, que algunos compararon «con la fundación, por parte de Elias Ashmole, del Museo Ashmolean en Oxford».[70]

Como Giordano Bruno antes que él, Kircher era un hermético egipcio absoluto y, para él, «la idolatría y el politeísmo de los egipcios eran la fuente no sólo de la religión griega y la romana, sino también, posteriormente, de la de los hebreos».[71] También creía que Egipto era la cuna de todas las civilizaciones y, sobre todo, que todas las filosofías antiguas y especialmente la cábala hebrea «derivaban de la sabiduría egipcia» transmitida en los escritos herméticos.[72] Por tal motivo, Frances Yates llama a Kircher el «descendiente más notable de la tradición cabalística hermética». Yates comenta también que estaba «muy preocupado por Isis y Osiris como los dioses principales de Egipto».[73] En su *Oedipus Aegyptiacus*, Kircher llega a la siguiente conclusión:

> El divino Dioniso declara que todas las cosas creadas no son más que espejos que nos reflejan los rayos de la sabiduría divina. Por consiguiente, los sabios de Egipto inventaron que Osiris, después de haber puesto a Isis a cargo de todo, estaba presente de forma invisible en todo el mundo. ¿Qué otra cosa quiere decir esto, sino que el poder del Dios invisible está íntimamente presente en todo?[74]

Uno de los mejores amigos de Kircher fue el gran arquitecto barroco Gian Lorenzo Bernini, a quien Christopher Wren conoció en Francia en 1665, en la corte de Luis XIV. Bernini (al igual que Kircher) era (o al menos parecía) un jesuita apasionado y durante toda su vida asistió a misa todas las mañanas en la pequeña iglesia de Il Gesù, en Roma, donde estaba enterrado el fundador de la Compañía de Jesús, san Ignacio de Loyola. Por sus vastos conocimientos de perspectiva y del uso simbólico de la arquitectura, Kircher tenía mucho en común con Bernini y los dos colaboraron en varios proyectos arquitectónicos para el papa en Roma, entre los que destacaban un antiguo obelisco egipcio (al que no se debe confundir con el obelisco vaticano descrito en el capítulo 8) que erigieron en la Piazza della Minerva, donde en otra época hubo un templo de Isis. En 1652, es decir, trece años antes de que Bernini conociera a Christopher Wren en París, Kircher publicó su *Oedipus Aegyptiacus*, un libro que fue un *best seller* en su época y que fue muy leído en toda Europa.

La descripción que hace Kircher del árbol sefirótico es idéntica a las representaciones que aparecen en la cábala hebrea, con diez emanaciones entrelazadas con veintidós senderos. Sin embargo, a diferencia de otros, para Kircher la fuente original del conocimiento cabalístico que allí se atesoraba era egipcia. ¿Es posible que las ideas cabalísticas

herméticas «egipcianizadas» de Kircher sobre la arquitectura y las perspectivas sagradas y simbólicas hubiesen llegado de alguna manera hasta Christopher Wren y John Evelyn en Inglaterra?

John Greaves, las pirámides y el Gresham College

Al analizar esta cuestión, observamos que existe otra posible conexión egipcia (que una vez más, curiosamente, tiene que ver con Kircher) en los antecedentes de Christopher Wren.

El lector recordará que en 1661, justo después de la restauración de Carlos II, Wren fue nombrado profesor en la Cátedra Savilian de Astronomía en Oxford.[75] Antes del nombramiento de Wren, había ocupado el puesto Seth Ward, que lo mantuvo desde 1649 hasta 1660. Antes que Ward, el profesor había sido otra figura destacada: John Greaves.

Al igual que Wren, Greaves antes había dado clases de matemáticas en el Gresham College de Londres, donde estuvo desde 1630 hasta 1637, y después se tomó un período sabático para hacer un viaje bastante insólito a Egipto, con el objetivo fundamental de investigar las pirámides de Gizeh. Codificada en aquellas estructuras inmensas, esperaba encontrar una unidad universal de medida y para eso se asoció con un científico italiano, Tito Livio Burattini, cuyo patrocinador era nada menos que Athanasius Kircher.[76]

Burattini, aunque italiano de nacimiento, residía en Polonia. Era muy bueno como matemático, astrónomo y cartógrafo, pero su verdadera pasión, y también la de Kircher, era el antiguo Egipto. Finalmente Burattini viajó en 1637, con el apoyo de Kircher, poco antes de que el propio Greaves llegara a Egipto. En su libro *Pyramidographia*, publicado en 1646, Greaves menciona a Burattini como «un joven ingenioso de Venecia» y utiliza algunos de sus dibujos de las pirámides.[77]

Cuando Greaves regresó a Inglaterra en 1639, como recompensa por sus esfuerzos en Egipto le dieron el puesto de profesor en la Cátedra Savilian de Astronomía en Oxford, el mismo cargo que Christopher Wren ocuparía en 1661.

David Stevenson, profesor de Historia de Escocia en la Universidad de San Andrés, ha descubierto que sir Robert Moray, el principal fundador de la Real Academia de Ciencias y el primer hombre que fue iniciado en la francmasonería en suelo inglés, también estaba relacionado con el ubicuo Athanasius Kircher:

> En 1643, [Robert Moray] fue nombrado caballero por el rey [Carlos I] [...] Más adelante, aquel mismo año, fue capturado por las fuerzas imperiales mientras luchaba a favor de los franceses y fue encarcelado en Baviera. En 1645 se pagó un rescate por él, que había aprovechado su cautiverio para desarrollar sus intereses científicos mediante sus conversaciones y su correspondencia con estudiosos jesuitas, como el notable erudito hermético Athanasius Kircher, una destacada autoridad sobre los misterios del antiguo Egipto.[78]

Existe también otro denominador común a tener en cuenta: el propio Gresham College. Muchos de los protagonistas relacionados con el Colegio Invisible, la Real Academia de Ciencias y las primeras logias masónicas de Londres tenían alguna relación directa o indirecta con el Gresham College, como Robert Moray, John Wilkins, Christopher Wren y Robert Hooke. Los orígenes de esta universidad se remontan a sir Thomas Gresham, el famoso fundador de la bolsa de Londres, que en 1575 legó su casa de Bishopsgate para que fuera la sede central de la universidad y dejó disposiciones en su testamento para que en el futuro se subvencionara con los ingresos acumulados por la bolsa. Parece que la idea de dicha universidad tiene algo de masónica, en el sentido de que sir Thomas Gresham decretó que se nombraran siete «profesores» o eruditos para dar clases de cada una de las siete artes liberales.[79] En realidad, según Robert Lomas, Gresham College fue «el centro principal de la francmasonería en Londres durante la restauración [...] que sir Thomas Gresham fundó para apoyar sus ideales masónicos de estudio».[80]

¿Es posible que todas estas circunstancias, así como también el encuentro con Bernini en París, hubieran puesto a Christopher Wren en contacto con las ideas cabalísticas herméticas de Kircher y con su aplicación al diseño geométrico y a estructuras tales como el árbol sefirótico de la vida? De ser así, ¿habrían influido en el plan de Wren para el renacimiento de Londres después del incendio? Lo único que podemos hacer es conjeturar que se daba la oportunidad de que ocurriese algo así.

Curiosamente, se puede decir lo mismo de John Evelyn, que presentó su plan para una nueva Londres apenas un par de días después que Wren. Como recordaremos, Evelyn había viajado a Europa entre 1643 y 1652 y durante aquel período pasó un tiempo en Roma, donde se sabe que se interesó mucho por Bernini y sus obras.[81] No es en absoluto imposible que hubiese visto o aprendido algo allí, en la ciudad donde Giordano Bruno había sido quemado en la hoguera menos de medio siglo antes, que le despertara ideas cabalísticas herméticas.

La convergencia de muchas corrientes distintas

«Tras la desaparición del catarismo y los Templarios, a comienzos del siglo XIV», Arthur Guirdham se pregunta lo siguiente:

> ¿Qué salida podían encontrar los que tenían una tendencia dualista? De una cosa estamos seguros: de que para entonces los dualistas europeos ya sabían que profesar abiertamente sus opiniones era tan arriesgado que resultaba impracticable.[82]

En otras palabras, para sobrevivir de alguna manera al modo de pensar de la Edad Media, unas enseñanzas religiosas tan contrarias al dogma de la Iglesia como las de los cátaros tenían que pasar a la clandestinidad y seguir el curso de la evolución y el desarrollo natural manteniéndose fuera del alcance de la vista. Estamos convencidos de que así fue y de que las creencias dualistas se resguardaron y se alimentaron sin que se dieran cuenta ni la Inquisición ni los historiadores mucho después de que el catarismo y los Templarios hubiesen sido destruidos oficialmente. Nos parece que este proceso se catalizó muchísimo y volvió a salir a la luz por un tiempo gracias a la recuperación de los textos herméticos en 1460 y que a continuación hubo otro período de gran apertura, avance y pensamiento revolucionario. Sin embargo, los herméticos como Bruno, que impulsaron la revolución con demasiada rapidez, murieron por sus creencias, mientras que otros pensadores menos exaltados esperaron pacientemente un tiempo mejor.

En los largos años de espera, muchas ideas diferentes (como si convergieran muchas corrientes distintas) estuvieron disponibles para «los que tenían una tendencia dualista», a saber: los restos del gnosticismo cátaro, el misticismo judío y la cábala, las revelaciones herméticas recuperadas, los conceptos templarios y masónicos sobre la reconstrucción del templo de Salomón, el programa rosacruz y de la Nueva Atlántida para una ciudad utópica ideal diseñada para conseguir la armonía entre el cielo y la tierra y, en último lugar, pero sin ser menos, la ciudad del sol de Tommaso Campanella, la Adocentyn del *Picatrix*, hecha «de una forma tan maravillosa que, por el mero hecho de mirarla, se aprendieran todas las ciencias».[83]

Sugerimos que todos estos elementos e influencias existían en los planes urbanísticos misteriosamente similares que prepararon Christopher Wren y John Evelyn después del gran incendio de Londres en 1666.

El plan de Wren para reconstruir el Templo

El gran incendio arrasó la ciudad de Londres como un soplete gigantesco y despejó una zona de dos kilómetros y medio de largo por algo menos de un kilómetro de ancho. Destruyó casi todo lo que había desde Tower Hill, al Este, hasta Temple, al Oeste, donde finalmente se extinguió delante de la Temple Church, una estructura redonda inconfundible, hecha de piedra, en estilo gótico.

El barrio en el que se detuvo el fuego —en la actualidad se sigue conociendo con el nombre de «Temple» y allí viven sobre todo abogados— debe su nombre a su asociación histórica con los Caballeros Templarios. Está situado aproximadamente entre San Pablo, al Este, y Covent Garden, al Oeste, y encerrado entre Fleet Street, al Norte, y el Victoria Embankment, al Sur. Los Templarios levantaron allí su gran «preceptoría» (cuartel general) del Nuevo Templo en 1161, lo cual les proporcionaba al mismo tiempo un embarcadero en el Támesis y acceso al interior para sus barcos hasta Newgate, a través del cercano río Fleet.[84]

La Temple Church se comenzó a construir en 1180. Como muchos otros lugares de culto de los Templarios, su estructura fundamental consistía en un edificio circular con techo abovedado, que recordaba a la iglesia del Santo Sepulcro (la supuesta tumba de Jesús) en Jerusalén. Mencionemos al pasar que la iglesia del Santo Sepulcro queda el oeste del lugar donde estaba el templo de Salomón en Jerusalén y que esta alineación —lo veremos más adelante— no pasó desapercibida a los Templarios de Londres. Dedicada a la Virgen, la Temple Church fue consagrada el 10 de febrero de 1185 por Heraclio, patriarca de Jerusalén, llevado a Londres expresamente. Esto ocurrió apenas dos años antes de la impresionante caída de Jerusalén ante las fuerzas paganas de los árabes, a las órdenes de Saladino, en 1187.

El barrio del Temple y Temple Church quedaron bajo el control de la orden hasta su supresión, en 1307. En 1312, todos los bienes de los Templarios en Londres, incluida la iglesia redonda, pasaron a la orden militar rival de los Caballeros Hospitalarios. Cuando estos fueron eliminados a su vez, durante la Reforma, la iglesia y los edificios que la rodeaban pasaron a la corona. Los edificios estaban alquilados por abogados (los *Benchers* del Inner Temple y el Middle Temple), que se aseguraron su plena propiedad mediante una cédula real de Jacobo I en 1608. Estos dos «Inns of Court» han sido los propietarios de la Temple

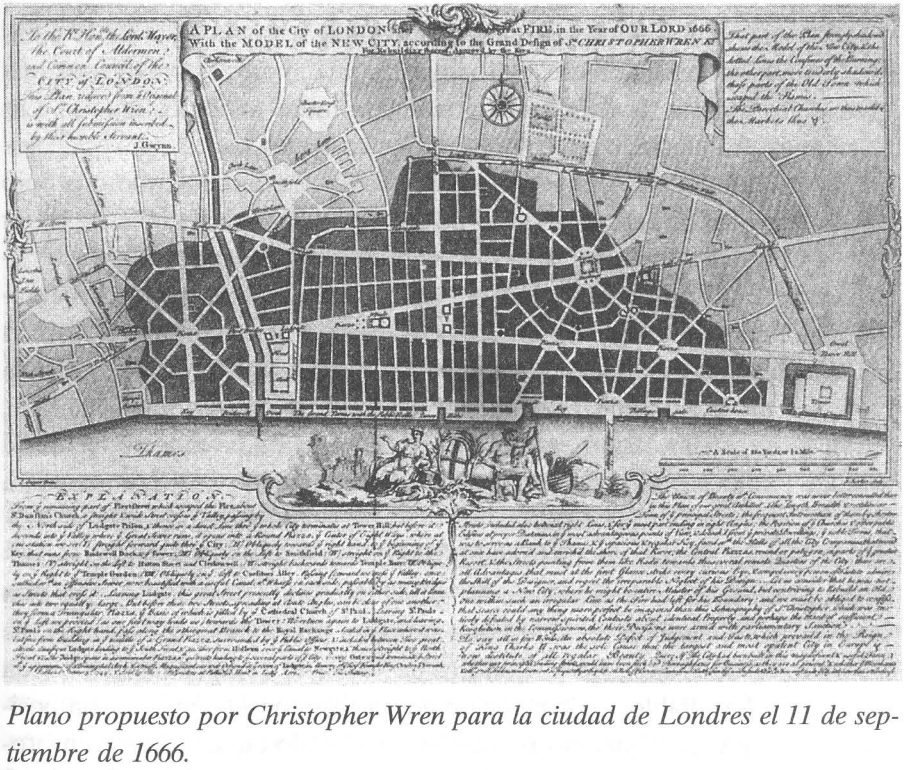
Church desde entonces y, según la cédula real, están obligadas a mantener la iglesia y sus servicios para siempre.[85]

En los planos que trazaron Wren y Evelyn para el renacimiento arquitectónico de Londres después del gran incendio, los dos prestaron una atención desmedida a la zona que rodeaba la Temple Church.

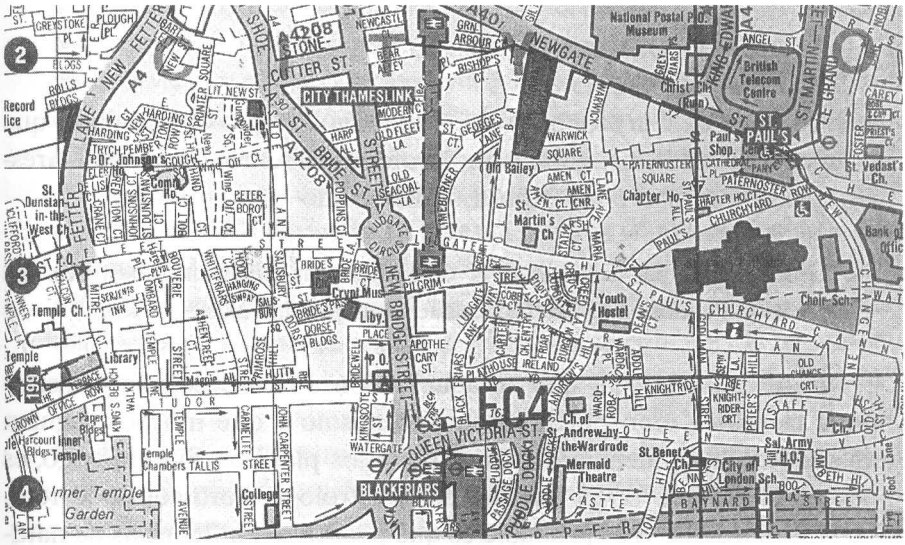
Christopher Wren fue el primero que llamó la atención del rey. El 11 de septiembre de 1666, con un proyecto bajo el brazo, se apresuró a ir a ver a Carlos II a Whitehall. El proyecto era un mapa increíblemente detallado y realizado con toda profesionalidad para una nueva Londres, el tipo de proyecto de diseño urbanístico que tardaría semanas, si no meses, en concebirse y en prepararse de forma definitiva. Sin embargo, apenas había pasado una semana desde el incendio y todavía se alzaban docenas de columnas de humo sobre el perfil de la ciudad calcinada.

Las ideas de Christopher Wren combinan una visión magnífica para una nueva capital con una apreciación de conceptos urbanísticos sofisticados. Su proyecto, que se conserva todavía, parece el producto pulido de un equipo muy hábil, aunque las pruebas indican que Wren no consultó a sus colegas de la Real Academia de Ciencias, sino que trabajó solo para hacerlo.[86] ¿Estaría tratando de proteger sus ideas para que nadie más pudiera atribuírselas o simplemente tendría una prisa tremenda, por un deseo natural de ser el primero? Podía haber tenido muchos motivos para actuar en secreto y con tanta prisa, pero lo que más nos interesan son sus motivos y sus esperanzas para la nueva Londres.

Wren acababa de regresar, después de pasar ocho meses en París, donde había estudiado la arquitectura neoclásica, así como también unos planes urbanísticos nuevos y osados, y su sueño consistía en reemplazar las calles y los patios sinuosos de la antigua ciudad medieval por nuevas avenidas monumentales, como las que había visto en Francia. Su proyecto está dominado por una avenida central principal, que corre prácticamente en línea recta desde un extremo de la ciudad (Aldgate) hasta el otro (el Strand), pasando por una serie de plazas inmensas en forma de estrella a lo largo del camino. De aquellas plazas emanan en todas direcciones numerosas calles rectas, que conectan con plazas más pequeñas *(circus)*, situadas a ambos lados del eje principal, para formar una red cerrada. El plan de Wren presenta también una segunda avenida monumental que va desde la Torre de Londres, siguiendo Cannon Street, hasta San Pablo.[87] Esta segunda avenida se fusiona con el eje principal que viene de Aldgate y a continuación todo se prolonga hacia Ludgate para convertirse en Fleet Street.



Plano propuesto por Christopher Wren para la ciudad de Londres el 11 de septiembre de 1666.



Alineación Este-Oeste entre la Temple Church (a la izquierda) y la catedral de San Pablo (a la derecha).

Justo en aquel punto, apenas pasado Ludgate y no lejos de la Temple Church, sobresale un elemento importante del proyecto de Wren: una gran plaza abierta de forma octogonal, con todos los lados iguales. Las relaciones establecidas por Wren con los masones hacen más que probable que conociera la importancia del octógono como símbolo propio de los Templarios para el templo de Salomón. También debía de saber que la ubicación que proponía para aquella plaza octogonal característica invadía físicamente el lugar del antiguo cuartel general de los Templarios en Londres. Sin embargo, por si todavía queda alguna duda con respecto a su premeditación en aquellas cuestiones, a nosotros nos lo deja claro un último detalle revelador. Ochocientos metros hacia el Este, Wren alteró deliberadamente el eje Este-Oeste de la «nueva» catedral de San Pablo en unos cuantos grados hacia el Sur para que estuviera alineada con la Temple Church.[88]

Ya hemos dicho que la Temple Church estaba concebida inicialmente como un modelo a escala de la iglesia del Santo Sepulcro y que esta estaba situada al oeste del lugar que ocupaba originalmente el templo de Salomón en Jerusalén. En la Londres de Wren, la Temple Church queda al oeste de San Pablo, de la misma manera. Por consiguiente, ¿sería posible que lo que el arquitecto pretendiera con todo aquello fuera un proyecto para construir una «Jerusalén oculta» en el corazón de Londres?

El «fantasma» del proyecto

Cuenta el hijo de Christopher Wren (también llamado Christopher) que durante su discurso inaugural como profesor de Astronomía en el Gresham College, su padre describió Londres como

> [...] una ciudad particularmente favorecida por las influencias celestiales, una especie de Pandora a la que cada planeta ha aportado algo.[89]

No debemos olvidar que en aquella época la astrología y la astronomía científica eran prácticamente lo mismo y que muchos seguían creyendo en la influencia de los astros y los planetas. Sin embargo, es poco probable que Wren pensara en la astrología horoscópica al referirse a Londres. Lo más probable es que pensara en influencias de naturaleza más espiritual y mística, como las influencias talismánicas que aparecen en la magia hermética y en la cábala cristiana renacentista. Steve

Padget, profesor de Arquitectura de la Universidad de Kansas, explica lo siguiente:

> Después de la ruptura con la autoridad papal, para los ingleses el «cosmos» ya no giraba en torno a Roma y a San Pedro, sino en torno a Londres y la catedral gótica de San Pablo, cuya aguja central cumplía el papel de *axis mundi* y simbolizaba el centro de Londres, Inglaterra y el universo. [...] Cuando la aguja se rompió (derribada por el gran incendio de 1666), supuso una catástrofe de proporción cósmica. Se había cortado la conexión simbólica entre cielo, tierra y mundo subterráneo.[90]

Carlos II y el clero anglicano tenían mucho interés en hacer desaparecer el rumor que habían hecho circular los católicos de que el gran incendio había sido obra de un Dios iracundo con la intención de reprender al pueblo inglés por haberse separado de la Iglesia de Roma y la autoridad del papa. El rey y sus asesores recurrieron al truco de transformar el incendio en símbolo de purificación y regeneración para Londres y el reino, con la intención de llevar a buen término una «sociedad cristiana perfecta». Una vez conseguido, comenta el profesor Padget, «esto implicaba que era posible alcanzar "la Nueva Jerusalén"».[91] El propio rey escribió un sermón en el cual, según el historiador V. Hart,

> [...] el obispo de Londres [...] proclamó que San Pablo era el centro de una Nueva Jerusalén monárquica, porque «aquí ha ordenado el Señor [...] el trono de David para el juicio y la cátedra de Moisés para la instrucción», añadiendo que «esta Iglesia es, sin duda, vuestro Hijo, otras no son más que sinagogas, pero esta es vuestra Jerusalén, la madre de todas las demás».
>
> Siguiendo el tema cabalístico de este sermón, la influencia de la cábala cristiana [...] se podría esperar en [...] la obra posterior de restauración de la sede de David y Moisés [...] Los cabalistas cristianos esperaban que, mediante aquella magia intelectual de inspiración divina, ya fuera precristiana o no, se dieran las condiciones en la tierra para nada menos que la segunda venida, un preludio necesario del Apocalipsis y el establecimiento definitivo de la Jerusalén celestial.[92]

En su momento volveremos al diseño de Wren de la nueva San Pablo y todas sus implicaciones. Mientras tanto, cuanto más mirábamos este plano de Londres, más nos daba la impresión de que contenía algo más, algo que lo rondaba como si fuera un fantasma, más allá del trazado de las avenidas y las plazas. Tomamos distancia y examinamos el diseño en

su totalidad y entonces nos dimos cuenta de que la visión general nos recordaba (aunque sólo fuera vagamente) al árbol sefirótico de la vida.[93]

Naturalmente, lo primero que pensamos fue que nuestros ojos se estaban dejando engañar por una ilusión óptica muy común. Y bien podría haber sido una ilusión óptica común, de no ser porque, dos días después de que Wren presentara su plan a Carlos II, John Evelyn propuso al rey otro proyecto sefirótico para rediseñar Londres.

El proyecto de Evelyn

El 13 de septiembre de 1666 Evelyn consiguió una audiencia con Carlos II, ni más ni menos que en la cámara de la reina, en Whitehall.[94]

Lo que llama la atención de inmediato en el proyecto de Evelyn —sin duda debió de llamar también la atención del rey— es lo extrañamente similar que es al de Wren, a pesar de que, aparentemente, Wren debió de hacer todo lo posible por mantener en secreto su trabajo.[95] Por ejemplo, sabemos que no consultó a sus colegas de la Real Academia de Ciencias, para desilusión de su secretario, Henry Oldenburg.[96] Cuando este le reprochó que no lo hubiese hecho, la respuesta tajante de Wren fue que había querido ser el primero en presentar su diseño, antes que nadie más tuviera ocasión de distraer la atención del rey y, por consiguiente, «no podía consultar a la Academia al respecto».[97]

Por su parte, Evelyn simplemente escribió en su diario: «El doctor Wren se ha metido conmigo».[98] Sin embargo, el historiador Adrian Tinniswood observa con satisfacción que entre los hombres había una connivencia mucho más estrecha de lo que parece indicar este comentario:

> Las notables similitudes entre los dos proyectos demuestran que [Wren y Evelyn] debieron de haber hablado de su sueño de una Londres ideal ya fuera antes de que el incendio acercara aquellos sueños un paso dramático más hacia su realización o cuando los dos estaban trabajando en ellos, en la segunda semana de septiembre. Los dos proponían que la zona entre Temple Bar y el Fleet se destinara a una plaza que formaría la intersección de ocho calles que irradiarían hacia los puntos cardinales. Los dos encerraban los edificios que daban a aquella plaza con un octógono de calles que se comunicaban. Los dos convirtieron la entrada al extremo septentrional del puente de Londres en un foco de su proyecto y crearon una plaza semicircular como una presentación majestuosa. Los dos trazaron calles principales desde el Este que conver-

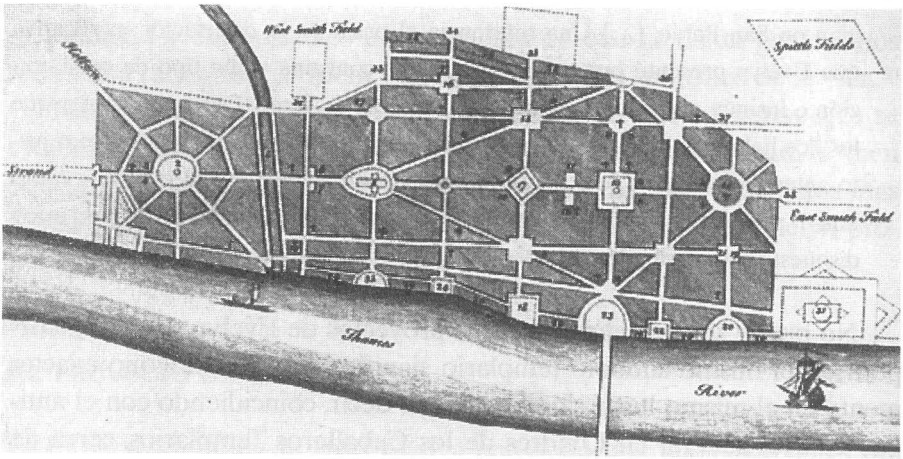
gían en San Pablo. [...] Una referencia al pasar en la disertación explicativa que Evelyn presentó junto con su proyecto confirma algún tipo de colaboración e insinúa que adoptó algunas de las ideas de Wren. Daba a entender que los dos habían hablado de sus proyectos respectivos el 11 de septiembre o justo antes y dice que la «calle que va desde San Pablo se puede ramificar como una Ψ pitagórica, como la ha diseñado el ingeniosísimo doctor Wren y yo estoy dispuesto a imitarlo, después de pensármelo bien.[...][99]

No puede ser casualidad que los proyectos de Evelyn y Wren incorporasen el mismo símbolo templario significativo del octógono exactamente en el mismo lugar significativo, es decir, coincidiendo con el antiguo cuartel general en Londres de los Caballeros Templarios, cerca de Temple Church. Observamos también que en el proyecto de Evelyn la plaza octogonal está situada justo al oeste de la catedral de San Pablo, de tal manera que su centro está alineado con el eje de la catedral y los dos puntos están unidos por la amplia avenida de Fleet Street.

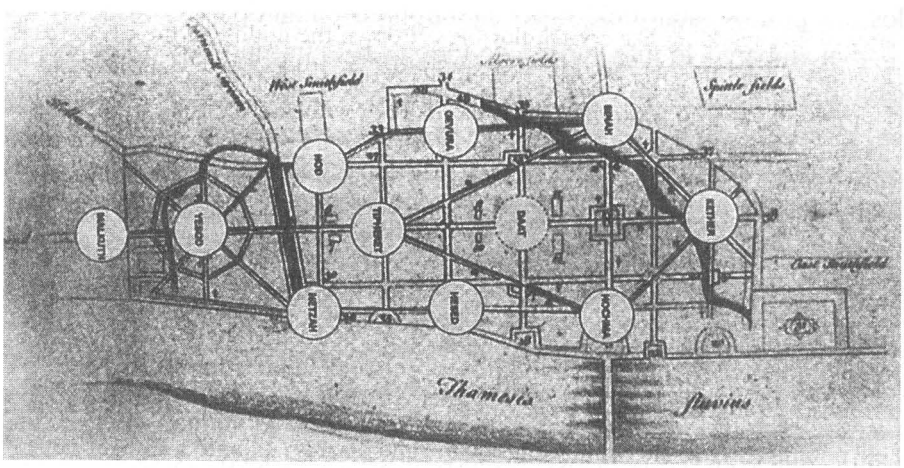
Sin embargo, lo más curioso de todo es la definición evidente e intencionada con la que el proyecto de Evelyn está estructurado de manera tan obvia en torno al árbol sefirótico de la vida. Aunque existe cierta ambigüedad en el caso de Wren, el proyecto de Evelyn ciertamente no deja ninguna duda acerca de su motivo, porque, a pesar de algunas variaciones mínimas necesarias por una cuestión práctica, la similitud entre el diseño geométrico de Evelyn y el del árbol sefirótico de la vida es inequívoca.

Se supone que, al disparar su doble salva, el 11 y el 13 de septiembre, Wren y Evelyn debían de esperar que el árbol sefirótico de la vida, así como los demás elementos compartidos que estaban ocultos en ambos proyectos de, fueran aprobados enseguida por el rey. Sospechamos también que los dos habrán tenido en la cabeza los conocidos versículos finales del Apocalipsis, que evocan la creación de la «Nueva Jerusalén» y el «árbol de la vida»:

Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido. [...] Vi la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. [...] Tenía una muralla grande y alta con doce puertas y, sobre las puertas, doce ángeles y nombres grabados, que son los de las doce tribus de Israel. [...] la ciudad se asienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce apóstoles [...] Luego me mostró el río de agua de Vida, brillante como el cristal, que brotaba [...] en medio de la plaza, a una y otra margen del río, hay árboles de Vida, que dan fruto doce veces [...] ¡Dichosos



Plano propuesto por Christopher Wren para la ciudad de Londres el 11 de septiembre de 1666.



El árbol sefirótico superpuesto sobre el trazado de Evelyn.

> los que laven sus vestiduras, así podrán disponer del árbol de la Vida y entrarán por las puertas de la Ciudad![100]

Resulta totalmente evidente en este orden del universo del Apocalipsis que el diseño de la Nueva Jerusalén incorporaría el número doce y, sobre todo, que la ciudad santa se asentaría sobre una matriz de doce «piedras» o focos. Curioso resulta, pues, como señalan los historiadores F. Barker y R. Hyde, que

> Evelyn quisiera doce plazas interconectadas [...] [y] una vía recta Este-Oeste [que] se abriera paso a lo largo de dos kilómetros y medio desde «la puerta del rey Carlos» [en la muralla de Londres, al sur de Aldgate] hasta Temple Bar, donde había una plaza de la que salían ocho calles, como las de Wren.[101]

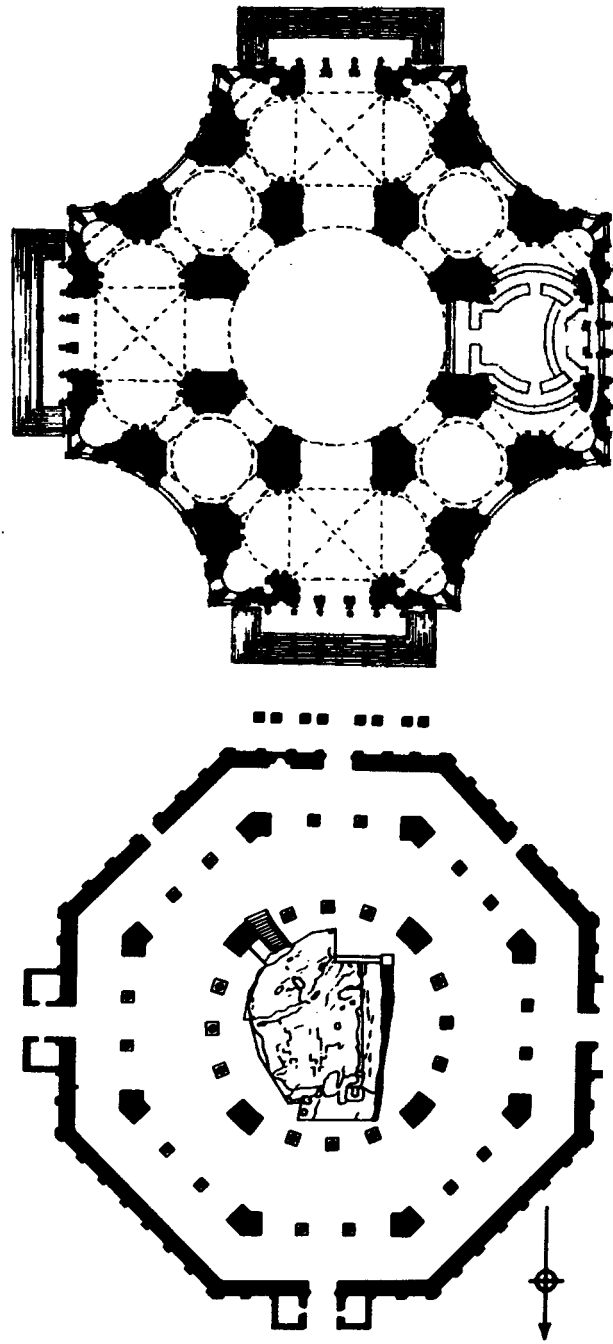
Curiosamente, también, si comparamos el proyecto evidentemente sefirótico de Evelyn con la geometría real de un árbol sefirótico de la vida, se puede ver que la catedral de San Pablo corresponde a la *sefirá* (emanación divina) conocida como *Tiferet*, que significa «belleza». Astrológicamente, esta *sefirá* representa al Sol, el centro del universo, del cual emanan toda la vida y la luz. La analogía es evidente: San Pablo sería el centro espiritual de la ciudad regenerada que renace de sus cenizas como un fénix solar para guiar a la monarquía restaurada de los Estuardo por el camino verdadero de la cristiandad reformada.

En correspondencia con el gran octógono templario del proyecto de Evelyn está la *sefirá* conocida como *Iesod*, que quiere decir «el fundamento». ¿Significaría esto que el nuevo orden mundial que surgiría de la Nueva Jerusalén tendría sus fundamentos en la orden del Temple o, más exactamente, en la nueva orden masónica que había surgido de las ideologías templarias y a la cual el monarca Estuardo había brindado su protección real?

Otra característica curiosa del proyecto de Evelyn es que alejaba la bolsa del centro de la ciudad, mientras que Wren la había mantenido allí, en el lugar original del edificio de Thomas Gresham.[102] Evelyn la situó más cerca del río, río arriba con respecto al puente de Londres; lo más probable es que lo hiciera así porque quería colocar en el corazón de la Nueva Jerusalén de su proyecto otro símbolo más relevante, que correspondería a la *sefirá* adecuada del árbol de la vida: la fuente que concibió para el mercado de Gracechurch Street, que puede representar la llamada «undécima *sefirá* oculta», conocida como *Daat*, de la cual emana la fuente del conocimiento que irriga la totalidad.[103]

¿El templo de Salomón oculto en la catedral de San Pablo?

Además de servir como centro espiritual y símbolo solar de la Londres regenerada, la lógica sugiere que la catedral de San Pablo también simbolizaba el templo de Salomón en la Nueva Jerusalén que Wren y Evelyn



El plano de Wren para la catedral de San Pablo (arriba) comparado con el plano de la Cúpula de la Roca (abajo).

imaginaban. Posteriormente, Christopher Wren fue nombrado inspector de la catedral de San Pablo en 1668 y, un año después, inspector general de las Obras del Rey. En tal carácter elaboró un diseño para la reconstrucción de San Pablo que finalmente presentó a Carlos II en 1671. Tinniswood hace la siguiente valoración del diseño:

> El edificio no se parecía a nada que se hubiese visto en Gran Bretaña hasta entonces: un espacio central redondo de más de treinta y cinco metros de diámetro con cuatro brazos cortos y gruesos de la misma longitud que se proyectaban hacia el Norte, el Sur, el Este y el Oeste. Los lados inclinados del octógono que se formaba de esta manera eran cóncavos, de modo que, en el plano, la catedral parecía una cruz griega. Como no podía ser de otra manera, el espacio central estaba coronado por una bóveda monumental, sostenida por un anillo de ocho pilares [...][104]

Es cierto que la planta octogonal de Wren para San Pablo «no se parecía a nada que se hubiese visto en Gran Bretaña hasta entonces», pero no en otros sitios[105] y sin duda la habían visto los que habían visitado Tierra Santa y Jerusalén y habían estudiado la Cúpula de la Roca que los Caballeros Templarios habían adoptado mucho antes como símbolo del templo de Salomón. Visto de perfil, el diseño de Wren para la nueva San Pablo en realidad guarda una similitud asombrosa con la Cúpula de la Roca: las dos tienen la misma planta octogonal; las dos tienen la misma rotonda o espacio central circular; las dos tienen la misma cúpula inmensa, sostenida por ocho pilares; las dos están alineadas deliberadamente hacia los cuatro puntos cardinales: Norte, Sur, Este y Oeste. Finalmente, aunque no sea por eso menos importante, se puede ver fácilmente que las dos derivan de la cruz templaria de ocho lados.

¿A qué juego masónico jugaba Wren en sus planos para Londres y para la catedral de San Pablo y por qué incluyó los símbolos de una herejía antigua?

11

De sociedad secreta a sociedad con secretos

En febrero de 1685, Carlos II murió en paz en Whitehall, después de convertirse al catolicismo en su lecho de muerte, con lo cual la nación quedó bastante confundida. Como no tenía hijos varones legítimos, la sucesión pasó a su autocrático hermano, Jacobo, duque de York, piadoso católico. En 1673, Jacobo se había casado con María de Módena, también católica devota, de modo que no llama la atención que, en cuanto se aseguró la corona, situara a católicos en puestos de gobierno importantes, lo cual despertó temores, incluso entre sus seguidores anglicanos, de que estuviera a punto de volver a imponer el catolicismo como religión oficial de Gran Bretaña. La situación hizo crisis en 1689, cuando, el 22 de febrero, Jacobo II fue obligado a abdicar en favor de Guillermo de Orange y su esposa María, la presunta heredera, los dos fervientes protestantes.

Aquello marcó el final de los Estuardo como dinastía gobernante, aunque todavía no el de Jacobo II y sus partidarios, los «jacobitas». Como Carlos II antes que él, Jacobo se exilió en Francia, en la corte de Luis XIV. Llevó consigo a toda su familia y a un grupo numeroso de jacobitas y todos se instalaron en el palacio de Saint-Germain-en-Laye, cerca de París. Algunos investigadores masónicos opinan que allí fue donde comenzaron a surgir en suelo francés las primeras logias masónicas oficiales.

Cuando murió Jacobo II en 1701, Luis XIV de inmediato reconoció a su hijo de trece años, el príncipe Jacobo Francisco Eduardo, como Jacobo III, rey de Gran Bretaña en el exilio. Sin embargo, en 1713, Luis firmó la paz con Gran Bretaña y el «Viejo Pretendiente», como llama-

ban entonces a Jacobo III, se marchó a Roma con su familia y su corte jacobita. En 1714 falleció su media hermana, la reina Ana, sin dejar hijos supervivientes. Sin embargo, por una ley del Parlamento que excluía a Jacobo de la sucesión por su fe católica, el trono británico pasó al elector protestante de Hannover, que se convirtió en el rey Jorge I.

Dentro del grupo reducido de jacobitas de Roma que constituía la cada vez más decrépita corte de los Estuardo en el exilio había un escocés instruido llamado Andrew Michael Ramsay, que fue tutor particular de los hijos del Viejo Pretendiente. Ramsay, más conocido por los francmasones como «el caballero Ramsay», no tardaría en desempeñar un papel fundamental en la evolución de la francmasonería.

Mientras tanto, en Gran Bretaña, la presentación oficial de la hermandad tuvo lugar cuando se creó la llamada Gran Logia en Londres, el 24 de junio de 1717, el día de San Juan Bautista, la fiesta del Año Nuevo para los francmasones.[1] En el Nuevo Testamento, san Juan Bautista aparece como el precursor de Cristo, el Mesías, y en la tradición cristiana oriental se considera el santo más importante después de la Virgen María. De hecho, en el Evangelio según San Mateo, el propio Jesús alaba a san Juan con las siguientes palabras:

> En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista.[2]

Profeta por derecho propio, se supone que Juan el Bautista se adelantó para preparar el camino de Cristo, el Mesías, diciendo: «Es preciso que Él crezca y que yo disminuya».[3] En este comentario aparentemente críptico, hay un simbolismo solar evidente que los francmasones expertos entienden sin duda, porque el 24 de junio la altura del sol en el cielo disminuye, después de pasar por el apogeo del solsticio de verano.

La celebración del día de San Juan comenzaba tradicionalmente la noche de la víspera, es decir, el 23 de junio, y en una época se llamaba «la noche de las hogueras» en partes de Europa e Irlanda. Sin embargo, había un error inherente en el calendario juliano con respecto al verdadero año solar (y, por consiguiente, también con respecto al nuevo y más preciso calendario gregoriano). Como consecuencia de este error, que se fue acumulando año tras año, el 23 de junio juliano se fue alejando cada vez más del solsticio de verano, tanto es así que en 1717 cayó alrededor de trece días después del solsticio. En aquella época, Gran Bretaña y sus colonias americanas todavía no habían adoptado el nue-

vo calendario gregoriano —lo consideraban una innovación católica y, por consiguiente, contaminada—, de modo que el calendario oficial seguía siendo el juliano, que llevaba once días de adelanto con respecto al nuevo calendario gregoriano.

La víspera de San Juan, el 23 de junio de 1717 según el calendario juliano, corresponde al 4 de julio en el calendario gregoriano. Conservemos en la memoria esta conversión curiosa, puesto que el 4 de julio es, sin duda, una fecha que no tardaría en tener gran resonancia simbólica en las colonias americanas y en Francia.[4]

El reclutamiento de las clases dirigentes

El 24 de junio de 1717 se formó en Londres una Gran Logia mediante la fusión de cuatro logias más antiguas. A partir de aquella fecha, la francmasonería dejó de ser una sociedad secreta y comenzó a actuar de una forma mucho más pública, que sin duda la habría hecho merecedora de acusaciones de herejía en siglos anteriores y menos progresistas.

Un tal Anthony Sayer fue nombrado primer Gran Maestro del nuevo órgano fusionado.[5] Es poco lo que se sabe de él. Sólo ocupó el cargo durante un año; en 1718 lo sucedió George Payne y a continuación el célebre doctor Jean Théophile Désaguliers en 1719.[6] Aunque había nacido en Francia, sus padres hugonotes lo llevaron a Inglaterra de pequeño, huyendo de La Rochelle durante la persecución de los protestantes que llevó a cabo Luis XIV. Al crecer se convirtió en un erudito brillante y estudió derecho en Oxford. En 1714 fue elegido miembro de la Real Academia de Ciencias y con el tiempo llegó a ser su conservador. Allí se hizo amigo de varios científicos famosos, como el gran Isaac Newton. Désaguliers fue el que consiguió atraer a la francmasonería a muchos nobles, como Francisco I, duque de Lorena y futuro emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, y Federico, príncipe de Gales e hijo de Jorge II, del cual Désaguliers fue nombrado tutor.[7] Por consiguiente, a partir de 1721 y gracias en gran medida a Désaguliers, la Gran Logia de Inglaterra siempre ha estado presidida por un miembro de la familia real.[8]

Un respaldo tan ilustre y la aprobación real, así como su política de tolerancia religiosa y libertad de pensamiento y, paradójicamente, su riguroso juramento de confidencialidad, convirtieron a la francmasonería en una hermandad sumamente popular entre la aristocracia y las clases

medias cultas. Comenzaron a aparecer logias masónicas en todas partes de Europa y la primera logia parisiense de origen inglés, que llevaba el nombre de Santo Tomás, fue inaugurada en 1726 por Charles Radclyffe, que pertenecía a una vieja familia escocesa leal a los Estuardo. Parece que el propio Charles Radclyffe era el hijo de una hija natural pero ilegítima de Carlos II.[9] En 1746, Radclyffe cometió la imprudencia de regresar a Inglaterra, donde fue arrestado por espía jacobita y ejecutado.

Otro descendiente ilegítimo de Carlos II, que presidió una logia francesa, la Logia de Aubigny, fue el duque de Richmond, nieto de la duquesa de Portsmouth, Louise de Kérouaille, una de las amantes favoritas de Carlos II.[10] El duque de Richmond también fue Gran Maestro de la Gran Logia de Londres durante una temporada, en 1724. En aquella época, la comunidad jacobita de París incluía asimismo al duque de Wharton, que también había sido Gran Maestro de la Gran Logia de Londres, en su caso en 1722. Wharton, que había sido expulsado de la Gran Logia en 1723, después de un grave escándalo, huyó a Europa, donde finalmente se instaló en París y llegó a ser el primer Gran Maestro de la francmasonería francesa en 1728, más tarde llamada la «Grande Loge de France».[11] Más o menos por aquella época, el escocés Ramsay, que también estaba entonces en París, comenzó a cultivar ideas radicales acerca de cómo se podría desarrollar la francmasonería en Francia y en otras tierras.

El caballero Ramsay

A menudo se dice que el famoso Rito Escocés de la francmasonería se originó en Francia en 1725, es decir, ocho años después de la creación de la Gran Logia Unida de Inglaterra, en 1717. El conocido historiador masónico Jasper Ridley opina lo siguiente:

> Durante el siglo XVIII se desarrollaron otros ritos masónicos en varias partes del mundo, el más importante de los cuales fue el llamado «Rito Escocés», que, en realidad, no existió jamás en Escocia, sino que se había originado en Francia y fue llamado *Rite Ecossais* porque se cree que su fundador fue el caballero Ramsay, que era escocés.[12]

Otros investigadores opinan que la historia no acaba allí. Parece casi seguro que se puede atribuir a Andrew Michael Ramsay, más conocido

como «el caballero Ramsay», escocés sin duda, la formación de lo que se dio a conocer como el Rito Escocés en todo el mundo, aunque lo más probable es que el Rito fuese una amalgama de ideas más antiguas que habían circulado entre otras logias escocesas anteriores en la propia Escocia y que Ramsay se hubiese limitado a hacer una síntesis y a llevarlas a Francia.[13]

Andrew Michael Ramsay nació en 1686 en Ayr, una ciudad situada a algo más de sesenta kilómetros al sudoeste de Glasgow, en Escocia, no lejos de Kilwinning, «tradicionalmente la cuna de la francmasonería escocesa».[14] A pesar de ser hijo de un humilde panadero, Ramsay llegó a ser un hombre de letras refinado. Estudió en la Universidad de Edimburgo y obtuvo el título de abogado en Oxford. Tras servir como oficial a las órdenes del duque de Marlborough en Flandes, en 1706, decidió quedarse en los Países Bajos, donde conoció a un francés, Pierre Poiret, que era discípulo de *madame* Guyon, una mística católica francesa muy conocida, que estaba muy relacionada con el gran estudioso y escritor francés François de Salignac de la Mothe Fénelon, obispo de Cambrai. Fénelon era famoso en toda Europa y sobre todo era muy conocido por haber escrito *Las aventuras de Telémaco*, un libro muy popular en aquella época, en el que presentaba a la corte francesa una alegoría, situada en lugares históricos como el antiguo Egipto y Fenicia, del Estado utópico ideal.[15]

Durante mucho tiempo, Fénelon había tenido conexiones excelentes con la corte francesa en París cuando era tutor de su heredero aparente y nieto de Luis XIV, el duque de Borgoña. De hecho, Fénelon escribió *Las aventuras de Telémaco* mientras estaba en la corte, parece que para provecho del joven príncipe, esperando que algún día llegase a ser rey de Francia y pusiese en práctica el Estado perfecto y el gobierno ideal según el modelo de la época dorada del mundo antiguo.[16] Sin embargo, la relación poco ortodoxa de Fénelon con la mística católica *madame* Guyon acabó por hacerle perder el apoyo de Luis XIV, que lo hizo exiliar a su diócesis de Cambrai en 1709.

Ahora parece que Michael Ramsay debió de trabajar como una especie de secretario de *madame* Guyon, lo cual explicaría a su vez por qué en 1710 de pronto recibió una invitación para ir a ver a Fénelon a Cambrai.[17] Allí Ramsay y Fénelon desarrollaron una estrecha amistad que duró hasta la muerte de Fénelon, en 1715. Fue tal la influencia que Fénelon ejercía sobre él que Ramsay se convirtió al catolicismo a petición suya.

En 1716, un año después de la muerte de Fénelon, Ramsay se estableció en París, donde frecuentaba a la alta aristocracia y llegó a ser tutor del joven duque de Château-Thierry. También se hizo amigo del poderoso Felipe de Orleans, sobrino de Luis XIV y regente de Francia, que presidía la orden de San Lázaro, una antigua orden de cruzados, afín a los Caballeros Templarios, que había sido fundada en Jerusalén en el siglo XII. Felipe no tardó en nombrar a Ramsay «caballero de San Lázaro».

Sabemos que Ramsay fue iniciado en la francmasonería por el duque de Richmond en la Logia Horn de Westminster[18] durante una visita que hizo a Londres en 1730. A su regreso a París, Ramsay se incorporó a la logia masónica de Santo Tomás de Charles Radclyffe y poco después fue nombrado orador de la Gran Logia de Francia; en calidad de tal preparó un discurso histórico en 1737, que tendría repercusiones en todo el mundo en las décadas siguientes.

Una orden antigua y un peligroso tufillo republicano

Cuenta la leyenda que Ramsay pronunció su célebre Discurso el 21 de marzo de 1737 para hacerlo coincidir con el equinoccio de primavera. Es posible que la elección de la fecha tenga sus motivos, como veremos más adelante, aunque parece que en realidad el discurso no se pronunció en público, sino que Ramsay lo hizo imprimir y distribuyó los impresos entre los miembros de la logia. En 1740 se publicó en París, donde se leyó mucho y con enorme interés.[19]

Saber que Ramsay era miembro de la Real Academia de Ciencias y también francmasón ayuda a situar su Discurso dentro de un contexto, porque este documento excepcional suena a republicanismo y a un ideal de unidad global basado en un nuevo orden mundial. Destaca en particular que el Discurso se hiciese público en 1740, treinta y seis años antes de que estallara la Guerra de la Independencia de Estados Unidos en 1776 y cuarenta y nueve años antes de que estallara la Revolución francesa en 1789. Sospechamos que las palabras cuidadosamente escogidas por Ramsay debieron de haber despertado gran preocupación en la monarquía francesa y entre los monárquicos en general:

> El mundo no es más que una inmensa república, en la cual cada nación es una familia y cada persona, un hijo. En un principio, nuestra sociedad [es decir, la francmasonería] se estableció para revivir y difundir estas máximas funda-

mentales que surgen de la naturaleza humana. Queremos reunir a todos los hombres de mente preclara, buenos modales, simpáticos e ingeniosos, no sólo por amor a las bellas artes, sino sobre todo mediante el gran principio de la virtud, la ciencia y la religión, donde los intereses de la Fraternidad [la francmasonería] serán los de toda la raza humana, de los que todas las naciones podrán obtener conocimientos útiles. [...] Nuestros ancestros, los cruzados, llegados a Tierra Santa procedentes de todos los lugares de la cristiandad, quisieron de esta forma reunir en una sola Fraternidad a los súbditos de todas las naciones.[20]

Esta última oración proporciona una interpretación interesante y original de las Cruzadas, o, mejor dicho, de aquellos «cruzados» que, según nos cuentan, quisieron «reunir en una sola Fraternidad a los súbditos de todas las naciones». Puesto que se puede decir sin temor a equivocarse que «una hermandad universal de naciones» no era prioritaria para la inmensa mayoría de los cruzados (que creían que su misión consistía en conquistar la Tierra Santa para el cristianismo y robar todo el botín posible), cabe preguntarse a qué «cruzados» se estaría refiriendo Ramsay en este discurso.

Sólo se nos ocurre un grupo que podía estar motivado por una ideología semejante y ellos son, como no podía ser de otra manera, los Caballeros Templarios, que, además, son citados con frecuencia por los francmasones como sus «ancestros». Que Ramsay se refería sin duda a los Templarios (aunque no quisiera nombrarlos) también resulta evidente por varias alusiones indirectas en el Discurso:

Puesto que una filosofía triste, despiadada y misantrópica desagrada a los hombres virtuosos, nuestros ancestros, los cruzados, quisieron volverla más amable mediante la atracción de placeres inocentes, una música agradable, un gozo puro y una alegría moderada. Nuestras fiestas no son lo que el mundo profano y el vulgo ignorante imaginan. Están prohibidos en ellas todos los vicios del corazón y del espíritu, así como también la irreligión, el libertinaje, la incredulidad y el desenfreno.

Era bien sabido en toda Europa que los Templarios habían sido disueltos por un decreto papal y por la fuerza militar francesa después de ser acusados de vicio, desenfreno y herejía, de modo que es evidente que Ramsay está defendiendo a los Templarios y a sus supuestos «descendientes», los francmasones, contra aquellas acusaciones, dicien-

do que lo que parecía desenfreno y herejía para los «profanos» en realidad no era nada más que el despliegue de placeres inocentes y una juerga moderada.

Ramsay también nos cuenta que en un tiempo la orden disfrutó de protección real especial en Inglaterra:

> Después de los deplorables reveses de las Cruzadas, el deterioro de los ejércitos cristianos y el triunfo de Bendocdar, sultán de Egipto, durante la octava y última Cruzada, el gran príncipe Eduardo, hijo del rey Enrique III de Inglaterra, al ver que ya no había seguridad para sus hermanos en Tierra Santa, de donde se estaban retirando las tropas cristianas, los hizo regresar y esta colonia de hermanos se estableció en Inglaterra. Puesto que este príncipe estaba dotado de todas las cualidades heroicas y amaba las bellas artes, se declaró protector de nuestra orden, le concedió nuevos privilegios y a partir de entonces los miembros de esta fraternidad adoptaron el nombre de «francmasones», siguiendo el ejemplo de sus ancestros.

El «gran príncipe Eduardo, hijo del rey Enrique III de Inglaterra», que evoca Ramsay como «protector de nuestra orden» fue el célebre Eduardo I, al que apodaban «Piernas largas» por su elevada estatura. Rey de Inglaterra desde 1274, Eduardo I es más conocido por su guerra de opresión contra los escoceses, que primero estuvieron a las órdenes de William Wallace y después a las de Robert Bruce, de quien se sospechó durante mucho tiempo que había protegido a los Templarios en los años posteriores a su persecución. Sin embargo, lo que Ramsay insinúa claramente es que Eduardo también los apoyó, de donde se puede deducir que siguió haciéndolo hasta su muerte, el 7 de julio de 1307, tres meses antes de los arrestos masivos de los Templarios en Francia, que, como recordará el lector, tuvieron lugar el 12 de octubre de 1307.

En los años siguientes, cabe destacar que el hijo de Eduardo I, Eduardo II, siguió favoreciendo a los Caballeros Templarios a pesar de la creciente presión del papa y del rey Felipe IV de Francia. En 1312, cuando Felipe convenció al papa para que publicara su infame bula *Vox clamantis* del 22 de marzo (el equinoccio de primavera) que suprimía oficialmente a los Templarios, parece que la conformidad de Eduardo II fue bastante desganada; efectuó unos cuantos arrestos simbólicos y permitió que la mayoría de los caballeros simplemente desaparecieran en otras órdenes de caballeros, como los Caballeros Hospitalarios.

Teniéndolo en cuenta, recordemos la legendaria fecha oficial del Dis-

curso de Ramsay: el 21 de marzo de 1737, el equinoccio de primavera. Seguro que debió de ser una alusión deliberada a la bula papal que había suprimido a los Templarios en el equinoccio de primavera. El historiador masónico Alexander Piatigorsky, que ha hecho un estudio especial del Discurso, destaca que el caballero Ramsay consiguió llenarlo sutilmente con una buena cantidad de declaraciones controvertidas:

> La primera sitúa el origen de los rituales masónicos «en tiempos de las Cruzadas» y las relaciona con [...] los Caballeros Templarios y las tradiciones esotéricas de otras órdenes cristianas medievales. La segunda afirma que, tras la supresión de los Templarios, a comienzos del siglo XIV, y la decadencia de las demás órdenes, sus tradiciones esotéricas al principio se injertaron o hallaron refugio en algunas logias masónicas escocesas, como la Logia Madre de Kilwinning. La tercera sostiene que aquellas tradiciones (u órdenes) escocesas, que son cristianas por definición [...], todavía continuaban en la masonería escocesa y que él mismo [es decir, Ramsay] las representaba en Francia, así como también en Inglaterra.[21]

Curiosamente, Ramsay afirma a continuación en su Discurso que «las famosas fiestas de Ceres en Eleusis, de Isis en Egipto, de Minerva en Atenas, de Urania entre los fenicios y de Diana en Escitia estaban relacionadas con las nuestras [es decir, con los ritos y las fiestas de la francmasonería]». Hace una pausa para reconocer que algunos compañeros francmasones atribuyen gran antigüedad a la hermandad, al adscribir «nuestras instituciones a Salomón, algunas a Moisés, algunas a Abraham, algunas a Noé y algunas a Enoc, que construyó la primera ciudad, o incluso a Adán». Sin embargo, «sin pretender en absoluto negar estos orígenes», Ramsay decide pasar a «cuestiones menos antiguas»:

> He aquí, por tanto, parte de lo que he podido recoger en los anales de Gran Bretaña, en las leyes del Parlamento, que mencionan a menudo nuestros privilegios, y en la tradición viva del pueblo inglés que, desde el siglo XI, ha sido el centro de nuestra sociedad [la francmasonería].
>
> En la época de las Cruzadas a Palestina, muchos príncipes, señores y ciudadanos se asociaron para restaurar el templo de los cristianos en Tierra Santa [...] y se dedicaron a recuperar su arquitectura [...] Nuestra orden [que era una de ellas] debe [...] ser considerada [...] una orden fundada en la remota antigüedad y renovada en la Tierra Santa por nuestros ancestros para recuperar la memoria de las verdades más sublimes [...]

[Al acabar las Cruzadas] los reyes, príncipes y señores regresaron de Palestina a sus países y allí establecieron diversas logias. Al mismo tiempo, ya se habían fundado numerosas logias en Alemania, Italia, España, Francia y desde allí en Escocia, por la estrecha alianza entre franceses y escoceses. Jacobo Estuardo fue Gran Maestro de una logia establecida en Kilwinning, al oeste de Escocia [...] Este señor recibió como francmasones en su logia al conde de Gloucester y al del Ulster, inglés uno, irlandés el otro.

Poco a poco, nuestras logias y nuestros ritos fueron descuidados en casi todas partes. Por eso, entre tantos historiadores, sólo los británicos hablan de nuestra orden, que, sin embargo, conservó su esplendor entre aquellos escoceses [la Guardia Escocesa] a los que los reyes de Francia confiaron durante muchos siglos la protección de su persona real.

Fueran cuales fueren los motivos de Ramsay y dejando aparte la cuestión controvertida de la veracidad del Discurso, la mayoría de los francmasones coinciden en que poco después de su publicación comenzaron a aparecer por primera vez los llamados «grados adicionales» o «superiores» de la francmasonería. Es posible que Ramsay no participara directamente en la formulación de ninguno de aquellos grados, pero no cabe duda de que sus ideas acerca del pasado (y el futuro) de la francmasonería desempeñaron un papel importante en su existencia. Estos grados siguen siendo muy importantes en el mundo masónico actual; representan una serie de objetivos a los que aspiran la mayoría de los francmasones, que los candidatos idóneos pueden alcanzar mediante niveles cada vez más altos de iniciación. Antes de retomar la historia de la francmasonería en los años previos a la Revolución francesa, conviene hacer una breve excursión a estos reinos etéreos.

Una excursión a los grados superiores (1): los cismas

Cuando se fundó la Gran Logia de Inglaterra en 1717, no todos los francmasones quisieron aceptar su autoridad como órgano masónico centralizado.

Incluso en Gran Bretaña, surgió una fuerte facción opositora que se consideraba la «verdadera depositaria» de la francmasonería antigua. Sus adeptos se llamaban a sí mismos «los antiguos» y en tono desdeñoso calificaron de «modernos» a los que se unieron a la Gran Logia de Inglaterra. Después de casi medio siglo de enemistad entre antiguos

y modernos, finalmente las dos facciones se unieron en Gran Bretaña bajo la bandera de la Gran Logia Unida de Inglaterra, una especie de versión masónica en miniatura de los «Estados Unidos». Esto ocurrió en 1813, cuando los dos grupos firmaron los veintiún artículos de unión, el más importante de los cuales manifestaba lo siguiente:

> [...] la masonería antigua pura consta de tres grados y nada más, a saber: aprendiz, compañero y maestro, incluida la orden Suprema del Arco Real Sagrado. Sin embargo, este artículo no pretende impedir que ninguna logia ni capítulo celebre reuniones de cualquiera de los grados de las órdenes de caballería, según la constitución de tales órdenes.[22]

Lo que esto significa, en la práctica, como veremos, es que en las logias inglesas hay grados «superiores» o «adicionales» para los francmasones, a los que se puede acceder exclusivamente a través de la orden Suprema del Arco Real Sagrado. Sin embargo, en el mundo en general hay otras órdenes masónicas que también ofrecen grados «superiores» o «adicionales». Dos que son muy populares en Estados Unidos son el llamado Rito de York y el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, descendiente del Rito Escocés original de Andrew Ramsay. El Rito de York ofrece diez grados más, como por ejemplo el grado de Masón del Arco Real, el grado de Real y Selecto Maestro y el grado de Caballero Templario. El Rito Escocés Antiguo y Aceptado, el más numeroso e importante con diferencia, ofrece un total de treinta y tres grados y muchos lo consideran la más influyente y elitista de todas las órdenes masónicas.

Estos ritos ofrecen los «grados de las órdenes de caballería» que acabamos de mencionar. Un factor importante que contribuyó a su formación y a su rápida proliferación fue, una vez más, el deseo, por parte de los francmasones, de no estar sometidos a la jurisdicción de la Gran Logia Unida de Inglaterra, en este caso con frecuencia porque vivían en países que estaban en conflicto con Gran Bretaña. Como Francia siguió siendo el enemigo tradicional de Gran Bretaña hasta bien entrado el siglo XIX, los francmasones franceses estaban decididos a tener una identidad aparte. Además de desarrollar por su cuenta un tipo de francmasonería totalmente independiente, también comenzaron a establecer vínculos estrechos con los francmasones de las colonias británicas en América durante los preparativos de la Guerra de la Independencia americana.

Por eso, muchos de los «grados superiores de las órdenes de caballería» todavía hoy cuentan con el apoyo activo de Estados Unidos. Además, hasta el análisis más somero del Rito Escocés y el Rito de York deja pocas dudas de que los grados que ofrecen están llenos de asociaciones templarias.

En el Rito de York, que algunos masones de Estados Unidos llaman «el Rito Americano», el simbolismo, la iconografía y las vestiduras que se emplean son inequívocamente templarios y los símbolos y los vínculos templarios se exhiben abiertamente. Como ya hemos dicho, uno de los grados «adicionales» del Rito de York se llama «Grado de los Caballeros Templarios».

En cuanto al Rito Escocés, el elemento caballeresco de los Caballeros Templarios se aprecia claramente en los nombres que se dan a los distintos grados que se ofrecen, como «Caballeros de Oriente», «Caballeros de Jerusalén», «Caballeros de la Rosa Cruz», «Caballeros Comandantes del Templo», «Caballeros Kadosh», etcétera. En Estados Unidos, el Rito Escocés también auspicia la popularísima fraternidad paramasónica de jóvenes, generalmente hijos de francmasones, llamada «la orden Internacional DeMolay», en recuerdo de Jacques de Molay, el último de los verdaderos Grandes Maestros de los Caballeros Templarios.[23]

Una excursión a los grados superiores (2): el Arco Real Sagrado

La francmasonería regular, es decir, el tipo de francmasonería que está regulado por las Grandes Logias Unidas y sus diversas órdenes en todo el mundo, ofrece tres niveles de iniciación a los nuevos miembros. Estos niveles suelen recibir el nombre de grados «simbólicos» o «azules» y son, respectivamente, el de aprendiz, compañero y maestro masón.

La mayoría de los francmasones completan su educación masónica cuando obtienen el grado de maestro masón. Sin embargo, algunos quieren continuar su iniciación y continúan con los que se suelen llamar «grados adicionales» o «grados superiores»; se supone que estos grados proceden de la francmasonería regular y sólo pueden acceder a ellos los que han acabado el grado tercero o «azul» de maestro masón. En Gran Bretaña, el único grado adicional que está regulado por la Gran Logia Unida es el llamado Arco Real. La Gran Logia Unida presenta el Arco Real de la siguiente forma:

Bajo la Constitución inglesa, la francmasonería básica se divide en dos partes, la regular y la del Arco Real. Para los francmasones que realmente quieren investigar el tema con mayor profundidad, hay gran cantidad de ceremonias más, que, por motivos históricos, no son administradas por la Gran Logia Unida de Inglaterra. Todos los francmasones ingleses pasan por las tres ceremonias básicas, a menos que abandonen enseguida la francmasonería. Estas tres ceremonias (o grados, como los llamamos nosotros) analizan las relaciones entre las personas, la igualdad natural del hombre y su dependencia de los demás, la importancia de la educación y las recompensas del trabajo, la fidelidad a una promesa, la contemplación de la muerte inevitable y las obligaciones que tenemos para con los demás. Una cuarta ceremonia, el Arco Real, destaca la dependencia del hombre de Dios.

La Gran Logia Unida de Inglaterra tiene su sede central en el Freemasons' Hall de Londres, un inmenso edificio neoclásico situado en la intersección de Great Queen's Street y Drury Lane. Sin embargo, allí se celebran pocas ceremonias de iniciación, ya que la mayoría de los tres grados se «trabajan» en las alrededor de ocho mil logias o templos que hay distribuidos por todo el país. Como señaló un Gran Maestro reciente, hay todavía una mayor «difusión de los orígenes ingleses en todo el mundo» si tenemos en cuenta las llamadas «suscripciones» en el extranjero.

Todo maestro francmasón, es decir, un masón de tercer grado, puede continuar su carrera en la masonería accediendo a uno, a más o a todos los grados «adicionales» o «superiores». En Inglaterra, esto por lo general supone acceder a los grados complementarios reconocidos por la Gran Logia Unida, es decir, los administrados por el Arco Real Sagrado bajo la jurisdicción del Supremo Gran Capítulo del Arco Real Sagrado de Jerusalén, instituido en 1766. Los grados superiores del Arco Real no se «trabajan» en logias, sino en capítulos. Existen alrededor de tres mil capítulos sólo en Gran Bretaña, que en total se calcula que suman unos ciento cincuenta mil miembros.

Una excursión a los grados superiores (3): los masones guerreros de Zorobabel

En la francmasonería regular, los temas de los rituales giraban en torno a acontecimientos seudobíblicos relacionados con la construcción del tem-

plo de Salomón. Más concretamente, el tercer grado o grado de maestro masón tiene que ver con la muerte y la resurrección de un tal Hiram Abiff, un personaje seudobíblico que probablemente sigue el modelo del legendario arquitecto fenicio Hiram de Tiro, que se supone que diseñó o participó en la construcción del templo de Salomón alrededor del año 950 a. de C.[24] En este ritual se alcanza la apoteosis cuando el maestro masón electo «resucita» después de una muerte simbólica, supuestamente imitando la muerte y la «resurrección» de Hiram Abiff, que fue brutalmente asesinado por tres «compañeros» por negarse a transmitirles el «secreto» de la «palabra» del maestro masón. Se supone que uno de los mensajes de todo esto es que un maestro masón prefiere la muerte antes que faltar a su juramento masónico, un acto de lealtad suprema que se recompensa con su «resurrección» como nuevo maestro resucitado.

Sin embargo, en los rituales del Arco Real Sagrado, al llamado tema de Hiram se le da un enfoque diferente, relacionado con la reconstrucción del templo de Salomón por Zorobabel y sus seguidores. En la Biblia, Zorobabel era el líder de los judíos exiliados en Babilonia, que negoció su liberación de los opresores babilonios y los condujo heroicamente de vuelta a Palestina. Zorobabel llegó a ser gobernador de Jerusalén y ordenó la reconstrucción del Templo que había sido destruido por los babilonios. Curiosamente, algunos investigadores creen que la obsesión particular de los Caballeros Templarios por el templo de Salomón se podría haber centrado, en un sentido místico, en su reconstrucción, más que en ninguna otra cosa:

> Los Templarios se veían a sí mismos como los masones guerreros de Zorobabel, que convencieron al rey Darío para que permitiera la reconstrucción del templo de Jerusalén. Heredaron de los gnósticos y de san Juan la creencia de que el Templo era el centro místico del mundo y se oponían en secreto al poder y la autoridad de los papas y los reyes europeos. Los emblemas blancos y negros de su orden [...] demostraban su gnosticismo y su maniqueísmo, la creencia en la permanente lucha del mundo del demonio contra la inteligencia divina. Legaron a los masones los rombos blancos y negros y las borlas recortadas de sus logias.[25]

El supuesto simbolismo dualista o «maniqueo» de los «emblemas blancos y negros» utilizados por los Templarios (que eran numerosos e incluían su bandera a cuadros, el *beauséant*) no es una cuestión en la que tengamos que detenernos aquí. Lo que más nos interesa es esta

nueva insinuación de la continuidad de intereses, simbolismo y rituales que parece vincular a los francmasones (que siguen siendo una fuerza que hay que tener en cuenta en el mundo) con los Caballeros Templarios (que se supone que se extinguieron hace setecientos años).

Volviendo a los rituales masones del Arco Real, suele haber tres «actores» principales que asumen el papel de Zorobabel y los dos colegas en los que confía: Josué y Hageo. Estos protagonistas representan la tarea de despejar el lugar donde en un tiempo estuvo «el templo de Salomón» y, al hacerlo, descubren un plato dorado en el que están inscritos los nombres «sagrados y misteriosos» de Dios, que resultan ser el conocido nombre de Jehová, escrito correctamente como Yahvé (con las consonantes YHVH, que es todo lo que nos proporciona el Antiguo Testamento) y también otro nombre más misterioso, proclamado como Jahbulon.[26] El nombre Yahvé se divide en tres sílabas: Ya-h-veh, y se escribe dentro de un círculo pequeño. Lo mismo ocurre con Jahbulon: Jah-bul-on, aunque en este caso se escribe en los vértices de un triángulo que se dibuja dentro del círculo.

Combinados así, estos símbolos pitagóricos evidentes forman también el emblema alquímico habitual para designar la llamada «relación mística» del cuadrado, el círculo y el triángulo. El escritor e investigador masónico Martin Short hace referencia a una «charla mística» que a veces se pronuncia en los rituales del Arco Real Sagrado, en la cual se explica lo siguiente:

> [...] En la antigüedad, los nombres de Dios y los símbolos de la divinidad siempre se encerraban en figuras triangulares [...] En la época de Pitágoras, el triángulo se consideraba el emblema más sagrado [...] Los egipcios lo llamaban «el número sagrado» y tanto se apreciaba en la antigüedad que entre ellos llegó a ser objeto de culto. Le daban el nombre sagrado de Dios [...] Esta delta sagrada se suele encerrar en un cuadrado y un círculo [...] la palabra encima del triángulo es el nombre sagrado y misterioso que acabas de comprometerte solemnemente a no pronunciar jamás.[27]

Una excursión a los grados superiores (4): mucho alboroto por Jahbulon

La francmasonería regular usa epítetos para Dios, tales como «el Gran Arquitecto del Universo», «el Gran Geómetra» o «el Ser supremo», pero

en el Arco Real a los adeptos les resulta necesario dar realmente a Dios un nombre como Jahbulon. No sabemos a ciencia cierta cuánto tiempo hacía que se utilizaba este nombre cuando empezó a despertar hostilidad, a principios de la década de 1980, pero en 1985 la Iglesia anglicana y la Iglesia metodista instaron a la francmasonería a retirarlo de los rituales del Arco Real, alegando que sospechaban que sus orígenes eran paganos.[28] Muchos investigadores antimasónicos dentro de las instituciones eclesiásticas estaban convencidos de que el nombre de Jahbulon ocultaba tres divinidades antiguas: el Yahvé hebreo, el Baal o Buul fenicio y el patrono de la ciudad de On, en el antiguo Egipto (Anu o Heliópolis, la «ciudad del sol»), que para algunos era Ra y para otros, Osiris.[29]

Los eclesiásticos se quejaron de que aquel tipo de sincretismo pagano era algo «que el cristianismo no puede aceptar» y que simplemente Jahbulon, quienquiera que fuese, se tenía que dejar de usar. Los francmasones respondieron que Jahbulon no era un nombre de Dios, sino tan sólo una «descripción de Dios». Sin embargo, aquello no impresionó a los eclesiásticos, que presentaron una lucha implacable sobre esta cuestión en los medios de comunicación, lo que provocó bastante nerviosismo en los círculos masónicos, en los que suele haber personas que por lo general están acostumbradas al secreto. En julio de 1989, la Gran Logia Unida cedió ante la presión y anunció que, a partir de entonces, en lugar de «Jahbulon» se utilizaría exclusivamente «Yahvé», un nombre de Dios que los cristianos solían considerar aceptable. Aquello pareció surtir efecto y los medios de comunicación perdieron interés en la cuestión.

No hubo demasiados eclesiásticos que quedaran convencidos con esta «conversión» repentina de los masones. Después de todo, estaba confirmado que Yahvé se asociaba con la primera sílaba de Jahbulon y a algunos les pareció que todo aquel ejercicio tan estrafalario venía a ser más o menos lo mismo que sustituir un nombre por su diminutivo; como decir «Kat» en lugar de «Katherine», por ejemplo.

¿Podía ser que algo de agua llevara aquel río que sonaba a «paganismo» masónico?

Una excursión a los grados superiores (5): el antiguo Egipto y la geometría

Una acuarela realizada por el artista R. F. Sherar en 1901, que representa el interior original del Gran Capítulo del Arco Real de Escocia,

diseñado por el arquitecto Peter Henderson y situado en el número 78 de Queen Street, en Edimburgo, deja claro de inmediato que, al menos este Gran Capítulo en particular, sigue el modelo de un templo faraónico del antiguo Egipto.[30] Una observación más detallada de las distintas ilustraciones que hay en las paredes revela escenas tomadas del Libro de los Muertos del antiguo Egipto, en las que aparece el dios Osiris en su trono celestial, como un monarca de la época de Salomón, dictando sentencia con respecto a los neófitos que eran conducidos a su presencia. También hay un templo seudoegipcio muy similar en el Freemasons' Hall de Filadelfia, en Estados Unidos, en cuyo suelo se puede ver el ureo alado o cobra solar, símbolo supremo del antiguo Egipto. Muchos otros capítulos del Arco Real de todo el mundo también están diseñados, al menos en parte, como templos egipcios; uno de ellos es el Freemasons' Hall de Dublín, que, en palabras de Martin Short, se enorgullece de contar con dos esfinges y otras esculturas «que imitan al antiguo Egipto».[31] Short destaca también el templo moderno del Arco Real Sagrado de Petersham, en Nueva Gales del Sur, que tiene una sala egipcia con murales que representan escenas del Libro de los Muertos egipcio, que incluyen imágenes de Osiris.[32]

Un colega de Martin Short, el notorio escritor antimasónico Stephen Knight, había sido uno de los primeros (ya en 1981) en llamar la atención sobre el nombre masónico de Jahbulon. Con el mismo estribillo que después repetirían los eclesiásticos, sostuvo que era una alegoría de divinidades paganas, como el dios egipcio Osiris, el «Señor de On».[33] En 1987, Martin Short repitió la opinión de Stephen Knight de que la sílaba «on» de «Jahbulon» denotaba la ciudad sagrada de On en el antiguo Egipto, es decir, Heliópolis o la «ciudad del sol», donde en una época estaba el gran templo solar de Atum-Ra, el padre de Osiris. Según Martin Short:

> [...] si algo significa «Jahbulon», quiere decir «Dios, el Señor de On» o, posiblemente, «Aquel que es el Señor de On». Que ese dios sea el dios del sol, Ra, u Osiris, el dios de los muertos, depende del período que a uno más le guste de la historia de Egipto.[34]

Naturalmente, la mayoría de los francmasones modernos lo niegan con vehemencia, con el argumento de que las imágenes y las divinidades antiguas que aparecen en los rituales masónicos sólo se utilizan de manera simbólica y nada más que para destacar o representar ideas que están totalmente en armonía con el cristianismo.

Sin embargo, queda sin explicar algo que rara vez se discute acerca del nombre de Jahbulon.

En la iconografía del Arco Real masónico, a menudo aparece el triángulo pitagórico junto a símbolos masónicos, como el bloque de piedra, el cincel y el mazo. El entorno seudobíblico en el que se desarrollan actualmente los rituales del Arco Real deriva de los llamados *Antiguos Cargos* que ya mencionamos en el capítulo 8. El lector recordará que estos *Antiguos Cargos* son una compilación de manuscritos medievales que ofrecen una versión de los orígenes antiguos de la francmasonería. En uno de ellos, el Beswicke-Royds, que data del siglo XVI, aparece una descripción de las llamadas «siete artes y ciencias liberales» y la siguiente declaración:

> Todas las ciencias del mundo se encuentran en la Geometría.

En toda la gama de los escritos masónicos, la disciplina de la Geometría sigue ocupando hasta el día de hoy un lugar de honor junto a sus «padres» antiguos, como Euclides y especialmente Pitágoras. De hecho, el famoso teorema de Pitágoras aparece en muchas ilustraciones masónicas e incluso se puede ver en el frontispicio de la Constitución masónica de 1723. Tanto santifican y reverencian los francmasones a la Geometría que la letra «G» (que suele aparecer dentro del símbolo del triángulo masónico o en la estrella flamígera, donde denota al Gran Arquitecto del Universo) aparentemente también significa «Geometría». Según la misma lógica, el propio Ser supremo de los masones a menudo es llamado «el Gran Geómetra».

Las vinculaciones de Pitágoras y también de Euclides con el antiguo Egipto eran bien conocidas para los historiadores de los siglos XVIII y XIX, que leían a los clásicos. Muchos cronistas clásicos, como Cicerón, Diógenes, Isócrates, Porfirio, Valerio, Estrabón, Justiniano y Clemente de Alejandría, nos cuentan que Pitágoras había pasado largas temporadas en Egipto y Jámblico incluso informa que pasó allí veintidós años. Todos coinciden en que fue en Egipto donde Pitágoras aprendió la ciencia de la geometría de los antiguos sabios de Heliópolis. El cronista griego Isócrates incluso sostiene que Pitágoras llegó a ser discípulo de los sabios heliopolitanos y el historiador Plutarco se atrevió a afirmar que Pitágoras fue iniciado por el sacerdote egipcio Enufis de Heliópolis.[35] Este vínculo casi místico entre Pitágoras y el antiguo Egipto fascinó a los estudiosos del Renacimiento y la Ilustración e indujo a muchos de

ellos a creer que buena parte de la «ciencia» o el «saber» sagrado y prístino de los antiguos egipcios se había introducido en la tradición occidental, codificado en la geometría pitagórica.

En los *Antiguos Cargos* se hace referencia a un patriarca misterioso llamado Jabal, «hijo de Lamech»,[36] conocido como el «fundador de la Geometría» y a menudo llamado «Jabal de la Geometría».[37] El lector recordará que en el capítulo 8 dijimos que la Geometría de Jabal y las demás ciencias antediluvianas estaban inscritas en dos pilares de piedra «erigidos por los habitantes del mundo antiguo para que el saber de la humanidad no se perdiera después de una catástrofe inminente, que resultó el diluvio de Noé».[38]

Después del diluvio, los *Antiguos Cargos* continúan diciendo que «Hermes, el padre de los sabios» redescubrió los dos pilares «en los cuales estaban escritas las ciencias y las enseñó». Nos dicen que los textos que registraban aquellas «ciencias» fueron sacados después de Egipto por Moisés durante el éxodo y que de tal manera «el digno oficio de los albañiles *[masons]* quedó confirmado en el país de Jerusalén».[39] Lo interesante de todo esto es que los *Antiguos Cargos* son categóricos en cuanto a que los dos pilares de piedra que contenían aquel conocimiento arcano no eran las columnas del templo de Salomón, es decir, Jachin y Boaz, sino otras mucho más antiguas, relacionadas de alguna manera con el sabio egipcio por antonomasia: «Hermes, el padre de los sabios», es decir, Thot o Hermes Trismegisto. Una conclusión razonable sería que se pensaba que aquellos pilares eran «obeliscos con inscripciones» del gran templo solar de Heliópolis, donde todos los grandes sabios de la antigüedad aprendieron las «siete artes y ciencias liberales». Como ya hemos visto, en la Biblia llaman «On» a la ciudad de Heliópolis, de modo que, si el patriarca Jabal de los *Antiguos Cargos* era el fundador de la Geometría, es muy posible que la palabra «Jahbulon» sea una clave para denotar la «geometría sagrada» o la «ciencia sagrada» de On, es decir, de Heliópolis.

De Gran Logia a Gran Oriente

Después de mencionar el tema de los grados superiores y de la especulación esotérica que inevitablemente parece surgir de ellos, volvamos ahora a la historia más general de la francmasonería en Francia en los años previos a la Revolución francesa.

La mayoría de los historiadores creen que la francmasonería echó raíces en Francia procedente de las logias escocesas que sabemos que fueron establecidas en el siglo XVII por los jacobitas en el exilio y, por consiguiente, bastante antes de la creación de la Gran Logia Unida de Londres, en 1717.[40] A aquella francmasonería jacobita en el continente se opusieron con vehemencia las logias masónicas que se establecieron posteriormente en Francia con la autorización y bajo la jurisdicción de la Gran Logia de Inglaterra. Sin embargo, en 1738, una asamblea general de todas las logias, tanto las jacobitas como las inglesas, votaron para elegir Gran Maestro de toda la francmasonería en Francia al poderoso duque de Antin, primo del rey Luis XV.[41]

A la muerte de Antin, en 1743, los francmasones franceses eligieron Gran Maestro a otro príncipe de sangre real, Luis de Borbón-Condé, conde de Clermont. Entre otras cosas, el conde de Clermont también era teniente general del Ejército del rey, abad de Saint-Germain-des-Prés en París y miembro destacado de la Académie Française,[42] pero lo más importante es que el conde de Clermont era el hijo del duque de Borbón y de *mademoiselle* de Nantes, hija natural de Luis XIV y de su amante favorita, la influyente *madame* de Montespan. Sin embargo, todavía se encontraría un miembro de la familia real más poderoso. El 24 de junio de 1772, más o menos un año después de la muerte del conde de Clermont, la Gran Logia de Francia eligió nuevo Gran Maestro al duque de Chartres, el futuro duque de Orleans, primo hermano del rey Luis XVI. Con su elección, se cambió el nombre de la Gran Logia de Francia, que pasó a llamarse «Gran Oriente de Francia».[43] La francmasonería francesa bajo el Gran Oriente enseguida se hizo muy popular, no sólo en la aristocracia, sino también, y puede que más, en las clases medias, entre los militares, los académicos, los hombres de letras, el clero y los burgueses en general.

En aquellos años de formación del Gran Oriente penetró en Francia otra influencia masónica importante, una influencia que llevaba el sello inconfundible de las ideologías egipcias herméticas que Giordano Bruno y Tommaso Campanella habían importado por primera vez un siglo antes.

CAGLIOSTRO Y LA FRANCMASONERÍA EGIPCIA

A finales de la década de 1770 surgió de Italia, como si renacieran Bruno o Campanella, otro reformista hermético egipcio. Demostró que era

tenaz y decidido y llegó a ser, de la manera más curiosa, uno de los catalizadores políticos de la Revolución francesa.

Giuseppe Balsamo, más conocido como «el conde de Cagliostro», nació en la ciudad italiana de Palermo en 1743.[44] Poco sabemos de él hasta la década de 1760, cuando lo encontramos en Roma, trabajando como restaurador y copiador de pinturas antiguas. Allí contrajo matrimonio con una joven de deslumbrante belleza llamada Lorenza Feliciani, hija de un artesano en cobre romano de fortuna, y adquirió algunos conocimientos de medicina y alquimia. Al mismo tiempo, Cagliostro logró hacerse una reputación propia como curandero, alquimista y generoso filántropo.

En 1776, el año en que comenzó la Guerra de la Independencia americana, Cagliostro y la bella Lorenza estaban en Inglaterra, adonde habían llegado desde Malta y España. Allí se instalaron en la calle Whitcomb y de inmediato Cagliostro comenzó a introducirse en los círculos masónicos de Londres; para ello no tuvo ninguna dificultad, porque era portador de impresionantes cartas masónicas de recomendación de un tal Luigi Aquino, caballero de Malta y hermano del príncipe Francesco Aquino, Gran Maestro de la francmasonería en Nápoles.[45]

Al cabo de un año, Cagliostro ascendió al rango de maestro masón en la logia de la Royal Tavern del Soho, en Londres.[46] Era una persona muy carismática y hablaba muy bien y la presencia constante de su bella esposa, Lorenza, le añadía un toque de *glamour*, de modo que su reputación como curandero y mago lo hizo increíblemente famoso. Parece que impresionó mucho a sus amigos ingleses cuando adivinó los números que ganarían la lotería nacional, una habilidad que, naturalmente, levantó mucho revuelo, ya que todos trataban de comprarle números ganadores. Tan persistentes fueron estas demandas que los Cagliostro tuvieron que dejar de recibir visitas en su casa, salvo un puñado de conocidos.[47]

Como consecuencia de un desafortunado incidente relacionado con un costoso collar de diamantes que ofreció a Lorenza un admirador astuto a cambio de números de la lotería, las autoridades londinenses formularon cargos de malversación de fondos contra Cagliostro.[48] Tras un juicio muy embarazoso que duró varios meses, los Cagliostro se marcharon de Inglaterra a finales de diciembre de 1777, con la esperanza de llevar una vida mejor en el continente. Estuvieron primero en Baviera, donde se alojaron en hoteles que les recomendaban sus hermanos masones, y fueron bien recibidos por la nobleza de Leipzig, donde dicen

que Cagliostro se reunió con el alquimista hermético francés Antoine-Joseph Pernety.[49]

Pernety era un monje benedictino de la abadía de Saint-Germain-des-Prés en París. Había adquirido cierta fama en 1766 por haber fundado un rito masónico conocido como el «Rito Hermético de Perfección» para los llamados «Illuminati de Aviñón», una secta masónica esotérica.[50] Perseguido por los jesuitas, Pernety se había visto obligado a huir de Aviñón y había pasado varios años en Berlín, bajo la protección del rey Federico II, entusiasta mecenas de las órdenes masónicas, que había sido iniciado en la francmasonería en 1738. Federico II nombró a Pernety conservador de la Biblioteca de Berlín y lo hizo miembro de la Academia Prusiana de las Ciencias y las Artes Liberales.[51]

En Berlín, Pernety practicaba lo que él creía sinceramente que era una magia astral y talismánica egipcia hermética. Actuaba a menudo en sesiones de espiritismo a las que asistían miembros de la aristocracia alemana, para los cuales se decía que invocaba el poder de los ángeles y los espíritus.[52] Durante estas sesiones, Pernety dirigía a sus nuevos miembros palabras que recordaban a los magos del Renacimiento:

> La ciencia en la que estoy a punto de iniciaros es la primera y la más antigua de todas; emana de la naturaleza o, mejor dicho, es la propia naturaleza perfeccionada por el arte y basada en la experiencia.[53]

Cagliostro llega a Francia a través de Alemania y Rusia

En la década de 1770, Alemania estaba plagada de sociedades secretas y órdenes masónicas exóticas. Una de ellas era la conocida con el nombre de los «Arquitectos Africanos» y había sido fundada en 1767 por Frederick von Koppen, un oficial del ejército prusiano,[54] que se piensa que estaba detrás de un extraño tratado masónico titulado *Crata Repoa*, que, según se afirma, contiene reproducciones auténticas de rituales de iniciación llevados a cabo en la Gran Pirámide por sacerdotes del antiguo Egipto.[55] Por extraño que parezca, esta peculiar sociedad masónica egipcia de los Arquitectos Africanos contaba con el respaldo de Federico II, que incluso hizo construir una biblioteca magnífica para sus miembros en la región de Silesia, en el sur de Polonia.[56]

También estaba el Rito de la Estricta Observancia, fundado en 1756 por Carl Gothelff, más conocido como el barón Von Hund, que había

sido iniciado en la francmasonería en París en 1743 en una de las órdenes templarias de moda.[57] El barón Von Hund, como antes el caballero Ramsay, reivindicaba que la francmasonería estaba vinculada con los Caballeros Templarios medievales y su Rito de la Estricta Observancia llegó a tener un éxito increíble en Alemania y en otras partes de Europa. Precisamente en una de las logias de la Estricta Observancia, Zur Wohltätigkeit, fue iniciado el compositor Wolfgang Amadeus Mozart y es evidente que, por la influencia de los ritos masónicos de Von Hund y de Von Koppen, Mozart desarrolló el tema para su famosa ópera masónica, *La flauta mágica*, ambientada en un contexto seudoegipcio muy cargado del simbolismo y las virtudes masónicos.[58]

Sin embargo, la más famosa (con diferencia) de todas estas órdenes exóticas y también relacionada en cierto modo con la Estricta Observancia de Von Hund era una organización intensamente anticlerical llamada «los Illuminati de Baviera». Había sido fundada en 1776 en Ingolstadt por el abogado Adam Weishaupt y contaba con el respaldo del influyente barón Knigge, francmasón y además miembro de la Estricta Observancia.[59] Semejante actividad masónica en Alemania a finales de la década de 1770 tendría enorme influencia en la francmasonería estadounidense de grado superior y en el Consejo Supremo del Grado 33 de Charleston y Washington D. C.[60]

En 1777, un año después del comienzo de la Guerra de la Independencia americana y doce años antes del comienzo de la Revolución francesa, Cagliostro llegó a Alemania. De inmediato se relacionó con una amplia variedad de órdenes masónicas, que tenían en común una mezcla característica de egipcianismo hermético e ideologías neotemplarias y, si bien la mayoría de los historiadores masónicos mantienen que la francmasonería de tipo egipcio fue un invento de Cagliostro, da mucho la impresión de que al menos algunas de sus ideas están copiadas de la *Crata Repoa* de Von Koppen. La base del Rito Egipcio se puede sintetizar en la célebre afirmación de Cagliostro:

> Toda la luz procede de Oriente y toda iniciación procede de Egipto.[61]

Cagliostro fue el primer francmasón que fue consciente de la existencia de una fuente inmensa y sin explotar de nuevos masones: las mujeres, y, si bien es cierto que la idea de logias para mujeres ya se le había ocurrido al Gran Oriente de Francia en 1744,[62] de todos modos fue Cagliostro, con su versión egipcia fascinante y atractiva de la francma-

sonería, el que, en la práctica, hizo que las mujeres se introdujesen en tropel en el mundo masón.[63] Todo comenzó en 1775, cuando Cagliostro creó la primera logia del Rito Egipcio para mujeres en La Haya, con la colaboración de la hermosa Lorenza, que asumiría el papel de Isis en los rituales que se celebraron. Desde el principio, lo que realmente pareció atraer a las mujeres fue la promesa de un ritual de rejuvenecimiento que Cagliostro y Lorenza representaban en un entorno seudoegipcio. Parece que el curso se completaba en cuarenta días, un período basado, sin duda, en los cuarenta días de embalsamamiento en el antiguo Egipto que mencionaban los autores clásicos, como Diodoro, que llamaba a aquel período «el remedio para inmortalizar».[64] También se dice en la Biblia lo siguiente, cuando Jacob murió en Egipto:

> José cayó sobre el rostro de su padre [Jacob], lloró sobre él y lo besó. Luego encargó José a sus servidores médicos que embalsamaran a su padre [...] y lo hicieron y emplearon en ello cuarenta días, porque este es el tiempo que se emplea con los embalsamados. Y los egipcios lo lloraron durante setenta días.[65]

En general se creía que la diosa Isis había inventado los ritos de embalsamamiento y rejuvenecimiento y, por consiguiente, no es extraño que Cagliostro sostuviera que su propio ritual también era un invento de la diosa Isis. Estas afirmaciones, así como la increíble reputación de Cagliostro como curandero, hicieron maravillas a favor de su nuevo rito masónico egipcio. Sin embargo, las cosas comenzaron a salir mal cuando sus viajes lo llevaron a Rusia, donde, en la corte de la emperatriz Catalina la Grande, en el otoño de 1780, la propia emperatriz lo acusó de impostor y charlatán.

Cagliostro huyó de Rusia y viajó a Francia, a la que entró a través de la ciudad alsaciana de Estrasburgo. Allí conoció al inmensamente rico, pero también inmensamente ingenuo príncipe de Rohan, cardenal de Estrasburgo. El cardenal Rohan quedó fascinado con Cagliostro, que hizo el «milagro» de curar a su tío, el príncipe de Soubise, de un ataque de escarlatina que estuvo a punto de resultar fatal. La historia del «milagro» se extendió por Francia como reguero de pólvora y a partir de entonces la reputación de Cagliostro como curandero y como mago comenzó a abrirle las puertas.

En el verano de 1784, hizo su entrada triunfal en la ciudad de Lyon, donde centenares de francmasones regulares dejaron voluntariamente sus logias para incorporarse a la nueva logia egipcia de Cagliostro, La Sagesse

Triomphante, que él se apresuró a fundar para recibirlos. El 24 de diciembre de 1784, bajo la mirada extasiada de sus seguidores, Cagliostro proclamó al mundo el restablecimiento de la «verdadera y antigua orden de los rituales superiores de la francmasonería egipcia». Él la dirigiría y tendría el título de Gran Copto.[66] Sus discípulos entusiastas enseguida recaudaron fondos para la construcción de un magnífico templo egipcio que, como era de esperar, tendría forma de pirámide.

Aquello fue sólo el comienzo del meteórico ascenso a la fama de Cagliostro en Francia y su igualmente meteórica caída. Su templo piramidal en Lyon fue construido y finalmente inaugurado en 1786, lamentablemente sin la presencia de Cagliostro, que entonces estaba en París, languideciendo en la Bastilla, por motivos que explicaremos en el próximo capítulo. Después, aquel templo siguió siendo un hito en el barrio de Broteaux, en Lyon, durante muchos años. En 1788, un año antes de la Revolución, se propuso que se erigiera una segunda pirámide a su lado, esta vez en honor de Joseph-Michel Montgolfier, el famoso pionero del globo aerostático, que también era francmasón. En 1793 se volvió a proponer la misma idea en el mismo lugar, sólo que entonces la pirámide sería un mausoleo para los «mártires» de la masacre de 1793, cuando el ejército de la Convención atacó Lyon. Interesa destacar que en la actualidad, no lejos de este sitio, se alza una torre muy alta, llamada «el Lápiz», que tiene la forma de un obelisco egipcio, con una inmensa pirámide de cristal en la parte superior, que pertenece al banco Crédit Lyonnais. Fue diseñada en 1977 por el arquitecto neoyorquino Araldo Cossutta. Curiosamente, Crédit Lyonnais posee otro edificio en Lille que está diseñado como una pirámide invertida.

Pero nos estamos alejando demasiado de la historia de Cagliostro. El 30 de enero de 1785, sin darse cuenta de lo que le esperaba en la Bastilla, se dirigió a París.

Sólo faltan cuatro años escasos para la Revolución francesa, que para algunos sería un cataclismo y para otros, una oportunidad sin precedentes.

12

La nueva ciudad de Isis

«¡Qué año maravilloso! Serás el año de la regeneración y con este nombre te conocerán. La historia ensalzará tus grandes obras. Has cambiado mi París, es cierto. Ahora es totalmente diferente [...] y nutro en ella mi espíritu.»

SEBASTIEN MERCIER, anatomista literario parisiense del siglo XVIII, «Adiós al año 1789», citado en Hans-Jürgen Lusebrink y Rolf Reichardt, *The Bastille: A History of a Symbol of Despotism and Freedom*, Duke University Press, Londres, 1977, p. XV

Cagliostro predice la destrucción de la Bastilla en 1786, después de exiliarse en Londres:

«Me han preguntado si regresaría a Francia en caso de que destituyeran a los que me atacaron [el rey y el gobierno]. Claro que sí, respondí, pero sólo si la Bastilla [donde Cagliostro estuvo recluido] se convirtiese en un parque público.»

Carta de Cagliostro, Londres, 20 de junio de 1786

«El hombre nace libre, pero en todas partes está encadenado.»

JEAN-JACQUES ROUSSEAU, *El contrato social*, 1762. Es la frase que más inspiró la Revolución francesa

Al principio, Cagliostro se instaló en París los primeros días de febrero de 1785 en el Hôtel de Estrasburgo, en la Rue Vieille-du-Temple, donde vivía su patrocinador, el cardenal de Rohan, pero más adelante Cagliostro y Serafina (como llamaba entonces a su esposa Lorenza) se

trasladaron a otra residencia pequeña en la Rue Saint-Claude-au-Marais.[1]

Allí fundó Cagliostro una logia masónica «egipcia», que no tardó en atraer a numerosas personas importantes, como el duque de Montmorency-Luxembourg, que en aquella época era Gran Maestro Adjunto del Gran Oriente. Entre los miembros figuraba también el famoso músico Benjamin Laborde, que había sido ayuda de cámara de Luis XV. Cagliostro nombró al duque de Montmorency-Luxembourg Gran Maestro Protector de su nueva francmasonería «egipcia».[2] En agosto de 1785, Cagliostro, con la colaboración de Serafina-Lorenza, creó su famosa logia de adopción Isis, que enseguida tuvo muchísimo éxito entre las damas de la corte. Algunas de las nuevas socias fueron la condesa de Polignac, la condesa de Brienne, la condesa de Choiseul (la esposa del ministro de Finanzas de Luis XVI) y muchas otras damas de la nobleza.[3]

El Rito Egipcio de Cagliostro no tardó en ponerse de moda en París, tanto es así que la infortunada reina María Antonieta escribió en una carta a su hermana: *«Tout le monde en est; on sait tout ce qui s'y passe»* («Todo el mundo es miembro y sabemos todo lo que ocurre»).[4] El escultor Houdon, él mismo un adepto entusiasta de la francmasonería de Cagliostro, honraría al maestro creando un busto suyo. Dicen que hasta los miembros de la famosa logia Philalèthes, que estudiaba las ciencias ocultas, quedaron fascinados por Cagliostro y se convirtieron en masa a su nuevo Rito Egipcio. Parecía que nada podría detener a aquel autoproclamado «profeta de Isis».[5]

Flash-back 1. Del siglo XV al XVII: tradiciones de París como la ciudad de Isis

En realidad, algo tenía la propia París que jugó muy a favor del Rito Egipcio de Cagliostro y que predispuso a sus ciudadanos a responder con entusiasmo a sus reivindicaciones con respecto a la diosa Isis del antiguo Egipto.

Desde la primera parte del siglo XV, se puede documentar una creencia persistente entre los historiadores parisienses de que su ciudad estaba relacionada en cierto modo con Isis. Aunque es probable que la creencia se remonte mucho más atrás, está confirmada por una colección de manuscritos que datan de alrededor de 1402 d. de C. y que se conservan en la Biblioteca Nacional de París. En aquellos documentos medie-

vales excepcionales, encontramos dibujos en miniatura en los que aparece la diosa Isis vestida como una noble francesa que llega por barco a París, donde la reciben los nobles y los eclesiásticos franceses,[6] con el título de «la muy antigua Isis, diosa y reina de los egipcios».[7] Es la «barca de Isis» lo que llama la atención en aquellas miniaturas medievales, porque guarda una similitud asombrosa con la barca que también aparecía en el escudo de armas medieval de la ciudad de París.[8] Durante el mismo período, sabemos que los parisienses creían que el nombre de su ciudad derivaba del nombre de Isis. Por ejemplo, un monje agustino del siglo XIV, llamado Jacques le Grant, escribió lo siguiente:

> En tiempos de Carlomagno [siglo VIII d. de C.] [...] hubo una ciudad de nombre Iseos, así llamada por la diosa Isis, que era venerada allí. Ahora se llama Melun. París debe su nombre a las mismas circunstancias, dicen que París es similar a Iseos (quasi par Iseos), porque está situada a orillas del río Sena, igual que Melun.[9]

En 1512, otro historiador francés, Lemaire de Belge, informaba que, en un templo situado justo en el exterior de la puerta meridional de París, donde entonces se alzaba la abadía de Saint-Germain-des-Prés, habían adorado a un ídolo de la diosa Isis.[10] Lo mismo decían muchos otros escritores contemporáneos, entre los que destacaba el historiador parisiense del siglo XVI Gilles Corrozet, considerado el primer historiador que elaboró una guía completa de la ciudad de París. En 1550, Corrozet publicó también una historia de París titulada *Les Antiquitez, Histoire et Singularitez de Paris*, en la que escribió lo siguiente:

> [...] con respecto a la imposición del nombre [de París], dicen que allí donde está Saint-Germain-des-Prés había un templo de Isis, que dicen que era la esposa del gran Osiris o Júpiter el Justo. La estatua [de Isis] ha llegado en nuestro tiempo, de lo cual nos acordamos [...] El lugar es llamado el templo de Isis y, en cuanto a la ciudad cercana, la llamaban Parisis [...] que significa «cerca del templo de Isis».[11]

Los editores franceses de comienzos del siglo XVII Pierre Bonfons y Jacques du Breul volvieron a publicar el libro de Corrozet con sus propios nombres en París en 1608 y lo titularon *Les Antiquitez et choses plus remarquables de Paris, recueillies par M. Pierre Bonfons et augmentées par Frère Jacques du Breul.* Jacques du Breul era un jesuita de

Saint-Germain-des-Prés, de modo que se supone que estaba familiarizado con los documentos que se conservaban en dicha abadía. Por consiguiente, resulta de gran interés verlo escribir lo siguiente:

> [...] en el lugar donde el rey Childeberto [siglo v d. de C.] había construido la iglesia de San Vicente, ahora llamada Saint-Germain, y a la cual donó su feudo de Issy, según el consenso había un templo de Isis, la esposa de Osiris, también conocido como Júpiter el Justo, del cual tomó su nombre la aldea de Issy, y donde todavía se pueden ver un edificio antiguo y unos murales que se supone que proceden del castillo de Childeberto.[12]

En 1612, otro historiador francés, André Favyn, informó que la catedral de Notre-Dame des Champs también tuvo en una época un ídolo de Isis similar al encontrado en la cercana abadía de Saint-Germain-des-Prés:

> Creo que esto se debía a otro ídolo, por la proximidad que hay con [Notre-Dame] y la abadía de Saint-Germain-des-Prés, donde era venerada Isis, que los romanos llamaban Ceres.[13]

Durante el reinado de Luis XIV, un descubrimiento arqueológico añadiría más fervor a esta serie de creencias bastante generalizadas que vinculaban a Isis con París. En 1653, como ya hemos mencionado en el capítulo 7, un obrero que excavaba los cimientos de una nueva vicaría en la ciudad de Tournai tropezó con una tumba antigua que contenía centenares de ornamentos dorados. Se pensó que la tumba pertenecía a Childerico, un rey franco del siglo v y antepasado legendario de los monarcas franceses.[14] Entre los adornos encontrados allí y en otro yacimiento localizado en las cercanías había una estatua de Isis, la cabeza de un buey Apis del antiguo Egipto (relacionado con el culto de Osiris y, posteriormente, con el de Serapis) y también alrededor de trescientas abejas doradas. Se sabía, incluso entonces, que el símbolo de los faraones del antiguo Egipto era la abeja, por lo que de inmediato se supuso que había una relación entre los antiguos faraones solares de Egipto y los antiguos reyes solares de Francia.

Flash-back 2. 1665: el misterio del eje desviado (1)

El 1665, los tesoros de Childerico fueron enviados a Luis XIV, que los hizo guardar en su *Cabinet des Medailles* personal. Hemos visto en el

capítulo 9 que aquel mismo año también se produjo en París la reunión de un poderoso conciliábulo de arquitectos y urbanistas, entre los cuales se incluyen la figura estelar del italiano Gian Lorenzo Bernini, el inglés Christopher Wren y el francés André Le Nôtre. Wren estaba allí para aprender y escuchar. Bernini estaba diseñando la nueva fachada del palacio del Louvre y Le Nôtre estaba planificando los jardines de las Tullerías, del lado occidental del Louvre.

El eje central del Louvre está dispuesto, aproximadamente, de Este a Oeste, más o menos paralelo al Sena, que fluye justo al sur, y a la Rue de Rivoli, que corre justo al norte. Si en la actualidad seguimos el eje hacia el Oeste (es decir, en dirección a los jardines de las Tullerías), veremos que pasa por el vértice de una inmensa pirámide de cristal instalada en la Cour Napoléon del Louvre en 1984 y después, más al oeste, por el centro del Arco del Carrusel (un arco de triunfo construido por Napoleón en 1806). En este punto ocurre algo extraño, como consecuencia del trabajo de Le Nôtre en el siglo XVII. En lugar de prolongar el «eje del Louvre» hacia el Oeste, siguiendo la alineación anterior, Le Nôtre tomó deliberadamente la decisión (mientras desarrollaba los jardines de las Tullerías) de desviarlo unos cuantos grados hacia el Norte, de tal forma que actualmente corre exactamente a 26 grados al norte del Oeste.[15] A primera vista, parecería que tal vez Le Nôtre quiso ajustar la alineación del eje para que los jardines de las Tullerías fuesen más paralelos al curso del río Sena, una decisión que, tratándose de un urbanista, podría parecer lógica y práctica. Sin embargo, ¿por qué eligió exactamente 26 grados, en lugar de un valor redondo, como 25 grados o incluso 30 grados? Podríamos suponer que fue una decisión arbitraria, de no ser por un punto muy importante.

Unos cuantos cientos de metros río abajo con respecto al Louvre está la famosa catedral de Notre-Dame, en la Île de la Cité, una isla pequeña, con una peculiar forma de barca, en mitad del Sena. Allí encontramos la alineación de 26 grados al norte del Oeste incorporada en el eje de la propia catedral.[16] Lo que queremos decir no sólo es que el eje de Notre-Dame se estableció siglos antes de Le Nôtre, sino también que no existe ningún motivo práctico evidente, en el caso de la catedral, que justifique esta alineación a los 26 grados. No es probable que sea casualidad que dos grandes monumentos, situados a escasos centenares de metros el uno del otro, tengan el eje alineado en la misma dirección. Sin embargo, si el ángulo tiene algún significado, ¿qué quiere decir?

Proponemos que la clave es el sol. No olvidemos que Le Nôtre esta-

ba planificando un programa de obras monumentales para el Rey Sol, de modo que no sería extraño que incorporase el simbolismo solar en esta programación. Más indicios de que este es probablemente el enfoque correcto proceden, una vez más, de la alineación anómala de Notre-Dame. Como ha observado el historiador parisiense Jean Phaure, el eje de esta gran catedral comienza a un ángulo de 23,5 grados al norte del Oeste, pero incorpora una desviación deliberada hacia la figura final de 26 grados al norte del Oeste.[17] ¿Por qué?

Los lectores que tengan unos conocimientos mínimos de astronomía se darán cuenta (como nosotros) de que el ángulo de 23,5 grados tiene significación solar, ya que representa exactamente la declinación positiva y la negativa del sol en el solsticio de verano y en el de invierno, respectivamente. Sin embargo, si esta es la explicación para el eje de Notre-Dame, ¿por qué la desviación a 26 grados? ¿Acaso es otra alineación solar?

Vamos a comprender primero la significación del ángulo de 23,5 grados.

La altitud del sol en el cielo, medida a mediodía, va cambiando a lo largo del año. Alcanza el punto más alto a mediados del verano (en el solsticio de verano) y el más bajo a mediados del invierno (en el solsticio de invierno). Estos cambios anuales regulares se producen porque el eje de la tierra está inclinado a un ángulo de 23,5 grados con respecto al plano solar (lo que los astrónomos llaman la Eclíptica). Como si fuera un pincho cósmico que pasara por el polo norte y el polo sur, este eje oblicuo rige permanentemente nuestra relación con el sol y constituye, evidentemente, el verdadero *axis mundi* de nuestro planeta. El lector recordará que en el capítulo 10 dijimos que la aguja de la catedral de San Pablo en Londres se tomaba como símbolo del eje del mundo y también que John Evelyn pretendía equipar a San Pablo con un simbolismo solar intenso, a través de su plan sefirótico. Proponemos que con el ángulo de 23,5 grados en el eje de Notre-Dame tal vez se pretendiera expresar una conexión solar similar.

La posición del sol cambia a lo largo de todo el año y no sólo a mediodía (el «meridiano» astronómico o línea media del cielo), sino también en todos los demás puntos a lo largo de su arco, incluidos, por supuesto, los puntos de su salida y su puesta sobre el horizonte. A la latitud de París (48° 51' Norte), un observador que mirara hacia el Oeste (la dirección general de la alineación de Notre-Dame) notará que el sol se pone aproximadamente a los 38 grados al norte del Oeste a media-

dos del verano y aproximadamente a los 38 grados al sur del Oeste a mediados del invierno. Los demás días del año, el sol se pone en puntos intermedios entre estos dos extremos, moviéndose de Norte a Sur durante seis meses y volviendo luego otra vez de Sur a Norte en los seis meses siguientes. Evidentemente, con esta oscilación pendular, el sol se pondrá en cualquier punto elegido dentro de la gama dos veces por año (una vez en su viaje de Norte a Sur y la segunda vez en su viaje de regreso de Sur a Norte).

Según el investigador y escritor Jean Phaure, el segundo ángulo incorporado en el eje de la catedral de Notre-Dame (es decir, el ángulo de 26 grados al norte del Oeste) se explica mediante esta oscilación pendular del sol sobre el horizonte. Resulta que los dos días del año en los que un observador situado en Notre-Dame vería al sol poniéndose a 26 grados al norte del Oeste son el 8 de mayo y el 6 de agosto, dos fechas que coinciden con importantes fiestas religiosas para los católicos.

La primera, el 8 de mayo, marca la fiesta de San Miguel *(Saint-Michel du Printemps)*, muy popular en la época medieval, que conmemora la milagrosa aparición, en el siglo IV y el V, del arcángel Miguel en varios montes de Europa, como el Mont Saint-Michel en la costa bretona de Francia y el monte Saint Michael en Cornualles (Gran Bretaña). El arcángel Miguel es el príncipe protector del pueblo de Dios, revelado en la Biblia como «capitán» del ejército divino (Daniel 12, 1; Josué 5, 14), un papel que numerosos monarcas europeos tenían mucho interés en proyectar sobre sí mismos.

La segunda fecha, el 6 de agosto, corresponde a la transfiguración de Cristo, que sigue siendo todavía hoy una fiesta importante para toda la cristiandad. Como se describe en el Nuevo Testamento, conmemora el momento en que Jesús, acompañado por sus discípulos Pedro, Santiago y Juan, se dirige a lo alto de una montaña, donde se les aparecen Moisés y Elías y Jesús se transfigura, de modo que su rostro y sus vestiduras se vuelven blancos y resplandecientes (Marcos 9, 2-13; Mateo 17, 1-3; Lucas 9, 28-36). Es fácil comprender, por consiguiente, por qué los católicos a menudo asocian el simbolismo solar resplandeciente con la figura de Cristo (por ejemplo, sus representaciones iconográficas como un *Sol Invictus* en la Iglesia romana primitiva).[18] Resulta evidente, también, que muchas fiestas cristianas siguen la trayectoria del ciclo solar, como la Navidad (el solsticio de invierno), la fiesta de San Juan (el solsticio de verano), la Pascua (el equinoccio de primavera), etcétera.[19]

Según profetiza la Biblia, antes de la venida del mesías judío tiene que aparecer Elías, pero Jesús sostiene que esta profecía ya se había cumplido cuando Elías se apareció como Juan el Bautista (Mateo 17, 9-13). Según otra profecía bíblica, cuando el mesías esté a punto de aparecer, «surgirá Miguel, el gran Príncipe que defiende a los hijos de tu pueblo» (Daniel 12, 1). Muchos cristianos interpretaron esta segunda profecía como un indicio de que el arcángel Miguel sería el precursor de la segunda venida de Cristo, porque, así como Dios envió a Elías en la forma de Juan el Bautista para anunciar la primera venida de Cristo a la tierra, enviará a Miguel al final para proclamar la segunda venida de Cristo. Esta aparición —las tradiciones no dejan ninguna duda— tendrá lugar sobre un monte. Los judíos tienen claro que el entorno será el monte Sión, donde se levantaba el templo de Salomón, aunque para los cristianos el lugar de la segunda venida no está decidido y de ahí las numerosas afirmaciones sobre la aparición de san Miguel en montes de toda Europa durante la época medieval.

Flash-back 2. 1665: el misterio del eje desviado (2)

Parece evidente la intervención de un simbolismo solar complejo e interconectado en la elección del ángulo de 26 grados al norte del Oeste para el eje definitivo de la catedral medieval de Notre-Dame y, por ende, en su vinculación con la fiesta de San Miguel (el 8 de mayo) y la de la transfiguración (el 6 de agosto), pero no olvidemos que la misma alineación axial de 26 grados al norte del Oeste también fue adoptada mucho más tarde por Le Nôtre para los jardines de las Tullerías y los Campos Elíseos (a lo largo de lo que llegaría a convertirse en el eje histórico de París). Por consiguiente, resulta interesante que en la época de Le Nôtre (la época del Rey Sol, Luis XIV), la fecha del 6 de agosto, que conmemora la transfiguración, coincida no con uno, sino con dos acontecimientos celestes significativos relacionados con el ángulo de 26 grados.

El primer acontecimiento, como ya sabemos, era la puesta del sol a los 26 grados al norte del Oeste, en línea con el eje de la catedral de Notre-Dame y el eje histórico de París. El segundo acontecimiento era la llamada salida cósmica de Sirio (es decir, la salida de la estrella al mismo tiempo que el sol).[20] Esto ocurría también el 6 de agosto, pero —¡qué extraordinario!— justo en la dirección opuesta, es decir, a 26

grados al sur del Este, en línea directa con la visión invertida a lo largo del eje y, desde luego, no con la puesta, sino con la salida del sol.

Hay otra cuestión que también trataba de llamar la atención. En retrospectiva, sabemos que, a lo largo del eje histórico de París, algún día se erigiría un inmenso talismán solar: un obelisco procedente del antiguo Egipto. El lector recordará que en el capítulo 1 dijimos que aquel obelisco procedía de Luxor, la «Heliópolis del Sur», que era una «ciudad del sol» por antonomasia del mundo antiguo. El obelisco de París (uno de los dos que había en el exterior del templo de Luxor; el otro sigue todavía en su lugar) pertenecía al faraón Ramsés II, el rey solar más poderoso del antiguo Egipto, cuyo nombre significa «hijo del sol»,[21] de modo que este obelisco crea un vínculo simbólico evidente a través del tiempo entre dos poderosos reyes solares: Ramsés II y Luis XIV.

Además, como ya hemos visto en el capítulo 5, Luxor formaba parte del complejo mucho más grande del templo solar de Amón-Ra en Karnak. Y aquí encontramos algo muy interesante, sin duda, porque resulta que, al igual que el eje histórico de París, el eje del templo de Karnak fue dispuesto por sus arquitectos siguiendo una alineación de 26 grados al sur del Este en una dirección y 26 grados al norte del Oeste en la otra.

Flash-back 2. 1665: el misterio del eje desviado (3)

No hay ningún adjetivo que pueda describir de forma adecuada el gran complejo del templo solar de Amón-Ra en Karnak, aunque se puede decir que es «grandioso», «impresionante» e «imponente». El eje central de este templo excepcional, conocido en la antigüedad como «el lugar más espléndido del mundo» (*ipet-sut*), mide más de medio kilómetro de largo y está orientado en dirección a las colinas de Tebas y el Valle de los Reyes al Oeste, al otro lado del Nilo, donde se enterraba a los poderosos reyes solares de Egipto. El acceso al templo también se hace por el Oeste, siguiendo una impresionante avenida monumental flanqueada de esfinges con cabeza de carnero. Después de pasar junto al llamado «primer pilono» (unos muros inmensos inclinados que sirven para enmarcar la entrada) y de entrar en un espacioso patio abierto, surge ante nosotros una estatua inmensa de Ramsés II. A continuación, entramos en la gran sala hipóstila, con sus ciento treinta y cuatro columnas redondas e inmensas y sus vigas transversales que en otra

época sostenían un techo a veinticinco metros por encima del suelo. Una serie de más pilonos finalmente nos conduce al santuario interior del dios del sol, Amón-Ra. Cuando el distinguido astrónomo británico sir Norman Lockyer visitó Karnak en 1891 para medir la alineación de su eje, quedó deslumbrado por lo que vio:

> Este templo de Amón-Ra es, sin la menor duda, la ruina más majestuosa del mundo. Hay una avenida de piedra en el centro, que deja ver hacia el noroeste, y este eje tiene como cuatrocientos cincuenta metros de largo. Todo lo que pretendía el constructor del gran templo de Karnak (uno de los templos más conmovedores que jamás haya concebido o construido el hombre) era mantener aquel eje absolutamente abierto y todas las maravillosas salas de columnas y objetos similares que se ven a uno u otro lado del eje no son más que detalles; lo fundamental es que el eje sea absolutamente abierto, recto y centrado. El eje apuntaba a las colinas occidentales situadas al oeste del Nilo, donde están las tumbas de los reyes. [...] En realidad había dos templos [dedicados al dios del sol en sus formas de Amón-Ra y Ra-Horajti] en la misma línea, adosados: el principal daba a la puesta del sol en el solsticio de verano y el otro, probablemente a la salida del sol en el solsticio de invierno. [...] Es fácil reconocer que esta disposición confirma la idea de un uso astronómico del templo.[22]

Lockyer, que describió este templo como un gigantesco «telescopio horizontal» que apuntaba permanentemente al horizonte occidental, calculó que su eje estaba alineado a alrededor de 26 grados al norte del Oeste, el lugar donde se ponía el sol en el solsticio de verano a la latitud de Luxor.[23] Sin embargo, como él señala, el eje no sólo apunta hacia la puesta del sol en el solsticio de verano en su extremo occidental, sino también hacia la salida del sol en el solsticio de invierno en el extremo oriental, porque es una peculiaridad astronómica que si un eje está alineado hacia la puesta del sol en el solsticio de verano (mirando hacia el Oeste), el mismo eje también estará alineado, necesariamente, en la dirección contraria hacia la salida del sol en el solsticio de invierno (mirando hacia el Este).

Por consiguiente, ¿habrán querido los antiguos constructores orientar el eje del templo hacia la puesta del sol en el solsticio de verano o, por el contrario, hacia la salida del sol en el solsticio de invierno? Por extraño que parezca al principio, la respuesta es, probablemente, que a las dos.

Los textos del antiguo Egipto nos hablan de una fiesta muy importante llamada *Mesora*, que literalmente significa «el nacimiento de Ra (el sol)». Esta fiesta se celebraba el día de año nuevo del calendario civil (solar), el primer día del mes conocido como *thoth*. Cuando se introdujo el calendario civil en el 2800 a. de C., la fiesta del nacimiento de Ra no quedaba lejos del solsticio de verano, pero, cuando se comenzó el complejo del templo de Luxor-Karnak, alrededor del 2000 a. de C., el nacimiento de Ra se había adelantado seis meses hasta el solsticio de invierno, porque el calendario civil egipcio se basaba en un año idealizado de 365 días, que no tenía en cuenta el cuarto de día adicional del año solar verdadero, con lo cual se fue alejando del punto de comienzo original en el solsticio de verano a razón de un día entero cada cuatro años. Por consiguiente, se puede ver que el complejo del gran templo solar de Karnak-Luxor, que se comenzó a construir alrededor del 2000 a. de C., no sólo estaba dedicado a Ra (el sol) en general, sino, más concretamente, al nacimiento de Ra, que caía el 1 de *thoth*. Por más provocadora y controvertida que sea la pregunta, debemos formularla, de todos modos: ¿es posible que André Le Nôtre, tal vez con la colaboración de los astrónomos de la Académie des Sciences (cuya sede estaba en el Louvre desde 1663), se hubiese propuesto conscientemente crear la misma alineación solar para el Rey Sol de Francia que la que habían calculado sus homólogos en el antiguo Egipto?

Flash-back 2. 1665: el misterio del eje desviado (4)

Existe otro hecho astronómico curioso más, que hay que sumar a esta colección tan fascinante de «casualidades». Hemos visto en el capítulo 5 que los egipcios utilizaban un indicador celeste fuerte: la salida helíaca de Sirio (representada por la diosa Isis en la mitología egipcia y hermética), para simbolizar y santificar el nacimiento de sus reyes-faraones solares. El astrónomo estadounidense Ronald Wells, una autoridad reconocida sobre el conocimiento astronómico del antiguo Egipto, añade lo siguiente:

> La diosa Isis, hija de Ra (el dios del sol), también se identificaba con Sirio. La relación surgió astronómicamente, no sólo porque Sirio es el astro más brillante de la noche (dejando aparte la luna), del mismo modo que el sol es el astro más brillante del día, sino sobre todo porque **el lugar de su salida helía-**

ca sobre el horizonte está muy próximo al lugar por el cual Ra sale la mañana de su nacimiento en el solsticio de invierno. Su aparición todos los años casi en el mismo punto, unida al hecho de que el río comenzaba a crecer más o menos por la misma época, convertía en sacrosanto este acontecimiento.[24] [Las negritas son del autor.]

El ángulo que traza Sirio con el Este al salir varía según el lugar del planeta desde el cual se mire. Cuanto más al norte vayamos, mayor será el ángulo. Por ejemplo, desde París, que queda muy cerca de los 49 grados de latitud Norte, en la actualidad el ángulo es de 27,5 grados, mientras que desde El Cairo (30 grados de latitud Norte) es de apenas 20 grados. Hay otro factor que también afecta al ángulo de salida en períodos muy prolongados: el fenómeno de precesión (un «tambaleo» muy lento del eje de la tierra, que tiene un ciclo de unos 26.000 años). Los cálculos que se hacen teniendo en cuenta estos dos factores demuestran que en 1637, el año en que nació Luis XIV, Sirio salió a 26 grados al sur del Este, es decir, ¡en alineación directa con el eje de Le Nôtre!

Sabemos que, desde tiempo inmemorial, la salida helíaca de Sirio, la estrella de Isis, era la señal cósmica que santificaba el nacimiento sobrenatural de los reyes solares de Egipto. Ya hemos visto que los romanos llevaron a París el culto de Isis. De hecho, es muy posible que tenga algo que ver el hecho de que la propia catedral de Notre-Dame se alce sobre un lugar sagrado muy antiguo, que, según algunos historiadores, era un santuario dedicado, en tiempos de los romanos, a Isis-Ceres.[25] También hemos visto en el capítulo 7 que se supone que Luis XIV fue concebido en los aposentos privados de Ana de Austria una noche tormentosa de diciembre de 1637 (el llamado «milagro capeto»). Si sumamos todo esto, ¿hasta qué punto puede ser casual que, si se prolonga hacia el Este dentro del Louvre, el eje de Sirio de Le Nôtre de 26 grados pase justo por los aposentos de Ana de Austria, donde, en 1637, tuvo lugar el «milagro capeto»? ¿También será casualidad que, tres siglos después, en 1989, se trajera de su antigua residencia de Versalles una estatua ecuestre esculpida por Bernini para el Rey Sol, Luis XIV, que lo representa como Alejandro Magno (el rey solar clásico por antonomasia de la antigüedad) y se colocara cuidadosamente en el patio abierto del Louvre, justo por donde pasa este eje?

El lector recordará que el nacimiento de Luis XIV, el 5 de septiembre de 1638, había sido profetizado más de un año antes por el filósofo hermético Tommaso Campanella en 1637. Campanella había predicho

también que el futuro rey transformaría París en la ciudad del sol egipcia. Curiosamente, Jean Phaure informa que, en 1665-1667, cuando André Le Nôtre prolongó hacia el Oeste el ángulo de 26 grados del eje de los jardines de las Tullerías, para formar los Campos Elíseos, parece haber anticipado en su planificación global la inclusión de algunos elementos más: «*Le Nôtre ébauche en plan une croix, prévoit une étoile et projette soit un obélisque, soit une porte solaire analogue aux portes Saint-Martin et Saint-Denis élevées sous Louis XIV*» («Le Nôtre colocó en su proyecto una cruz, prevé una estrella y proyecta un obelisco o una puerta solar, similar a la de Saint-Martin y la de Saint-Denis, construidas en tiempos de Luis XIV»).[26]

Esto resulta sumamente interesante, sobre todo porque tendría que pasar más de un siglo para que dos monumentos prominentes (uno de los cuales representa una estrella y el otro, el obelisco de Ramsés II llevado desde Luxor) se alzaran sobre el eje de los Campos Elíseos trazado por André Le Nôtre.

Cagliostro y el asunto del collar de la reina

En el capítulo 13 seguiremos con estas cuestiones, pero antes vamos a acabar la extraña historia del autodenominado conde de Cagliostro y a ver cómo su espectacular ascenso a la fama y la fortuna en París, adonde llegó en 1785, sería interrumpido bruscamente por su propio mentor, el cardenal de Rohan, que estaba a punto de cometer uno de los errores más garrafales de la historia, una pequeña locura que tendría consecuencias incalculables para Francia y para el mundo.

Todo estaba relacionado con la obsesión que el cardenal de Rohan tenía con respecto a la reina, María Antonieta; esta lo había reprendido en la corte y el cardenal estaba desesperado por reparar el daño como pudiese. En el verano de 1785, una tal condesa de la Motte, que decía ser amiga íntima y confidente de la reina, se acercó al cardenal y se ofreció a ayudarlo en aquella cuestión tan delicada.[27]

La condesa le sugirió que comprase en nombre de la reina un costoso collar de diamantes que pertenecía a los joyeros Boehmer y Bassenge. La reina quería mucho aquel collar, explicó la condesa, pero, como el país estaba al borde de la bancarrota y debido a la actitud hostil de los parisienses con respecto a la extravagancia de la reina, Luis XVI se había negado a comprárselo.

Los joyeros pedían un precio exorbitante (1.600.000 libras, suficientes para haber alimentado a los hambrientos de París durante varios meses), pero el insensato cardenal no estaba dispuesto a desistir de su propósito. Le enseñaron una carta muy convincente (aunque falsa) supuestamente escrita por la reina y la condesa incluso organizó un encuentro nocturno en los jardines de Versalles entre el cardenal y una impostora que se hizo pasar por la reina y confirmó al cardenal que ella pagaría el collar con el dinero que tenía para sus gastos personales, si el cardenal hacía el primer depósito, de modo que el cardenal, enloquecido, salió corriendo a la joyería y compró el collar a crédito en nombre de la reina e incluso se lo entregó a la condesa de la Motte, que le aseguró que se lo daría enseguida a María Antonieta.

Por supuesto, La Motte no sólo no cumplió su promesa, sino que desapareció con el collar. Cuando los joyeros presentaron a la reina la factura de la siguiente cuota por la inmensa cantidad de dinero que ellos pensaban que ella les debía, se produjo un escándalo impresionante. Enfurecida al verse implicada de forma tan asquerosa en aquel asunto turbio, la reina pidió al rey con insistencia que acusara al cardenal de ser un farsante y el rey no tuvo más remedio que acceder.

Fue un grave error, porque era evidente para todos que el ingenuo cardenal había sido víctima de una desfalcadora muy hábil. Sabiendo lo impopular que era la reina entre el pueblo, el cardenal presentó conmovedoras apelaciones ante el tribunal y consiguió provocar un gran escándalo político. La situación empeoró cuando el rey trató de presionar a los jueces para que condenaran al cardenal. En consecuencia, el cardenal se convirtió en un símbolo de la opresión, el despotismo y el despilfarro financiero de la monarquía. Según el escritor masónico Jean-André Faucher, detrás de todo aquello había una conspiración generalizada, en la que participaron muchos francmasones destacados, decididos a poner en libertad al cardenal, que también era francmasón.[28] Uno de ellos era el duque de Montmorency-Luxembourg, junto con otros personajes, como el marqués de Lafayette y Mirabeau.[29] Por consiguiente, lo máximo que consiguió el rey de un tribunal desfavorable fue una orden que suspendió al cardenal de su cargo y lo exilió a una abadía en la Auvernia.

Como no podía ser de otra manera, Cagliostro, el pintoresco protegido de De Rohan, se vio arrastrado hacia el escándalo y convertido en cabeza de turco. El rey lo hizo arrestar, fue juzgado rápidamente, condenado por estafa y encerrado en la Bastilla en agosto de 1785. Perma-

neció allí casi un año, hasta que, finalmente, a principios de junio de 1786, después de muchas presiones del público parisiense y de la manipulación entre bastidores de sus amigos masones, fue liberado. Dicen que cuando Cagliostro salió de la Bastilla había una enorme multitud de parisienses que lo aclamaron como héroe nacional.

Algunos historiadores han sugerido que el juicio del cardenal de Rohan y el encarcelamiento injusto de Cagliostro catalizaron el creciente descontento con la monarquía y fueron un desencadenante directo de la Revolución francesa. En vez de limpiar el nombre de la reina con el escándalo, los tribunales irregulares y arbitrarios establecidos para juzgar a De Rohan y a Cagliostro hicieron justo lo contrario: pusieron de relieve la impopularidad y la frivolidad de la reina, la debilidad del rey y su flagrante violación de la ley. El filósofo alemán Goethe, que era francmasón, llamó al asunto del collar «el prólogo de la Revolución francesa».[30] Todo el fiasco acabó convirtiendo al cardenal de Rohan y a Cagliostro en víctimas aparentes (lo fueron, en cierto sentido) de un Estado corrupto regido por un monarca débil y presuntuoso.

No obstante, Cagliostro tomó la prudente decisión de trasladarse a Inglaterra, donde al principio fue recibido con gran entusiasmo por las logias masónicas, aunque su Rito Egipcio no resultó popular y acabó siendo rechazado y ridiculizado.[31]

El profeta de la Revolución juega con fuego en Roma

A finales de 1786, cuando ya estaba a salvo en Londres, Cagliostro publicó su famosa *Carta al pueblo francés*, en la que lo instaba, con increíble premonición, a llevar a cabo una «revolución pacífica», a destruir la Bastilla y a sustituirla, tal vez, por un «templo de Isis».[32]

De todos modos, Cagliostro se marchó de aquel lugar seguro. En la primavera de 1789 cometió el mismo error fatal que Giordano Bruno casi dos siglos antes: decidió regresar a Italia. Llegó a Roma en mayo de 1789, dos meses antes de que la muchedumbre parisiense tomara por asalto la Bastilla. En Roma, la francmasonería había estado prohibida oficialmente desde 1738 y Cagliostro, que trató de establecer allí una logia del Rito Egipcio, estaba, literalmente, jugando con fuego.

Cuando la noticia de la caída de la Bastilla llegó a Roma, provocó el caos en el Vaticano, donde los cardenales se alarmaron por el virulento tono anticlerical de los anarquistas franceses. Se extendieron los rumo-

res de complots masónicos. Para entonces, el Vaticano ya disponía de un informe completo sobre las actividades de Cagliostro, que no tardó en ser acusado de subversión y herejía. El 27 de diciembre de 1789, el papa Clemente XII firmó la orden de arresto. Al principio fue sentenciado a sufrir el mismo destino espantoso que Bruno y los «perfectos» cátaros de épocas anteriores, pero se pensó que sería imprudente quemarlo en público en una época de tanta agitación, de modo que el papa mostró «clemencia» y cambió la sentencia de muerte por una condena a cadena perpetua. Condujeron a Cagliostro a una cárcel en San Leo, cerca de Nápoles, lo arrojaron a un calabozo y no se volvió a saber más de él. Con el tiempo se descubrió que había muerto en 1795, a los cincuenta y dos años, en unas circunstancias que sólo se pueden describir como muy sospechosas.[33]

Los historiadores restan importancia al papel de Cagliostro como catalizador de la Revolución francesa y se lo suele presentar —hemos de decir que resulta comprensible— como una especie de desfalcador, charlatán o timador. Por la actitud de muchos francmasones, parece que sus actividades fueron una vergüenza efímera, que más valía olvidar. Sin embargo, la sensación que provocó su juicio en París y el hecho de que se calcula que unos ocho mil ciudadanos, muchos de ellos francmasones, acudieran a ovacionarlo cuando salió de la Bastilla parecen contar otra historia.[34] Hay al menos un historiador masónico, Manly P. Hall, que también parece tener una imagen positiva de la carrera de Cagliostro:

> [Cagliostro] fundó el Rito Egipcio de la francmasonería, que acogió entre sus misterios a muchos miembros de la nobleza francesa y tuvo una consideración favorable por parte de las mentes más cultas de Europa. Después de crear el Rito Egipcio, Cagliostro declaró que era un representante de la orden de los Caballeros Templarios y que había sido iniciado por ellos en la isla de Malta. [...] El Consejo Supremo de Francia lo mandó llamar y le exigió que demostrara con qué autoridad había fundado una logia masónica en París, independiente del Gran Oriente. Sin embargo, Cagliostro tenía una mentalidad tan excepcional que al Consejo Supremo le costó conseguir un defensor capaz de discutir con él la masonería filosófica y los antiguos misterios que decía representar. Aquel estudioso excepcional fue Court de Gebelin, el mejor egiptólogo de su tiempo y una autoridad sobre filosofías antiguas. Se fijó la hora y los hermanos se reunieron. Vestido con una chaqueta oriental y unos pantalones bombachos de color violeta, llevaron a Cagliostro ante aquel consejo de sus pares.

Court de Gebelin formuló tres preguntas y a continuación tomó asiento, reconociendo que no estaba capacitado para interrogar a un hombre que tanto lo superaba en todas las ramas del saber. Entonces Cagliostro tomó la palabra y no sólo reveló a los masones reunidos sus cualificaciones personales, sino que además profetizó el futuro de Francia. Predijo la caída del trono francés, el reinado del terror y la caída de la Bastilla. Posteriormente reveló la fecha de la muerte de María Antonieta y del rey y también la llegada de Napoleón. Al acabar su discurso, Cagliostro hizo una salida espectacular, dejando a la logia masónica francesa consternada e incapaz de hacer frente a la profundidad de su razonamiento. Aunque ya no se considera un ritual en la francmasonería, el Rito Egipcio existe y todos los que lo lean reconocerán que su autor no era más charlatán de lo que lo fue Platón.[35]

El noble viajero

Court de Gebelin, el hombre que confirmó el conocimiento de Cagliostro sobre esoterismo egipcio, era, a su vez, un miembro destacado de la influyente Logia de las Nueve Hermanas, así como también uno de los defensores de la opinión de que las cartas del Tarot eran de origen egipcio. Curiosamente, Gebelin creía que la «Estrella» de la baraja del Tarot, que lleva el número XVII, era, en realidad, Sirio, la «estrella de Isis».[36] Ya veremos más adelante cómo el Tarot de Gebelin se entretejió con los «grados superiores» de la francmasonería del Rito Escocés. Mientras tanto, es razonable llegar a la conclusión de que, fuera cual fuese nuestra opinión sobre Cagliostro como hombre, es evidente que Cagliostro, el Gran Copto y fundador del Rito Egipcio, tuvo un enorme impacto psicológico en los acontecimientos que se fueron desarrollando poco a poco en París. Según el historiador y profesor Iain McCalman, que ha publicado recientemente una biografía de Cagliostro (*The Seven Ordeals of Count Cagliostro*, Arrow Books, 2004), el culto a Cagliostro se impuso en la ciudad de París y «fue como si la ciudad, embriagada por la novedad, hubiese estado esperando su llegada».

Cuentan, por ejemplo, que mientras estuvo en la ciudad y en el apogeo de su fama, Cagliostro esperaba que su Rito Egipcio recibiera el reconocimiento oficial del duque de Orleans, el primo del rey, que en aquel momento era el Gran Maestro de la francmasonería del Gran Oriente.[37] A través de la intervención del duque de Montmorency-Luxembourg, el protector oficial del Rito Egipcio de Cagliostro y admi-

nistrador principal del Gran Oriente de Francia, se dispuso que Felipe de Orleans fuera a la logia Isis de Cagliostro, en la Rue Saint-Claude. Parece que Felipe de Orleans quedó muy impresionado y depositó en Cagliostro su confianza.[38] Según Iain McCalman, «Cagliostro había iniciado al duque de Orleans y a su amante en los Ritos Egipcios». Casi seguro que esta conexión, como veremos, tuvo algunas repercusiones sobre los acontecimientos dramáticos que no tardaron en implicar al duque de Orleans en la Revolución de 1789.

Aparentemente, durante su juicio en París, en mayo de 1786, el juez había preguntado a Cagliostro sin rodeos: «¿Quién es usted?», a lo que este respondió: «Soy un noble viajero».[39] De hecho, Cagliostro había dicho a menudo que había viajado mucho por Oriente, sobre todo por Egipto y otros países islámicos. Teniéndolo en cuenta, el historiador e investigador esotérico Joscelyn Godwin pone de relieve algo que puede explicar mejor la misteriosa respuesta de Cagliostro a los jueces franceses:

> El viaje iniciático a suelo islámico ha sido un tema repetido del esoterismo europeo desde que los Templarios se establecieron en Jerusalén y el mítico Christian Rosacruz aprendió su oficio en Damasco. Lo encontramos en la vida de Paracelso y en la de Cagliostro y después, a medida que viajar se volvió más sencillo, en muchísimas más, lo que incluye a P. B. Randolph, H. P. Blavatsky, Max Theon, G. I. Gurdjieff, Aleister Crowley, René Guenon, R. A. Schwaller de Lubicz y Henry Corbin. Es muy probable que hubiera algo de esto en la campaña de Napoleón en Egipto de 1797, cuando anunció ante un público atónito que él también era musulmán.[40]

Iluminados por la razón

Sin embargo, otros investigadores se han preguntado si la respuesta de Cagliostro de que era un «noble viajero» no sería, tal vez, un mensaje cifrado en lenguaje masónico, dirigido a sus jueces, con la esperanza de que lo reconocieran como iniciado de los Illuminati de Baviera, anticlericales y antimonárquicos.[41]

Conocidos originalmente como «la orden de los Perfectibilistas», ya hemos visto en el capítulo 11 que estos Illuminati de Baviera fueron una hermandad muy efímera pero controvertida, conocida sobre todo por lo radical de su postura anticlerical. Adam Weishaupt, ex sacerdote

jesuita y profesor de Derecho en la Universidad de Ingolstadt, fundó los Illuminati en 1776 y el barón Knigge, francmasón y miembro de la orden Templaria de la Estricta Observancia fundada por el barón Von Hund, le dio estructura oficial en 1779.[42] Uno de los comentarios de Weishaupt revela los planes ambiciosos de los Illuminati para la reforma social y cultural:

> Príncipes y naciones desaparecerán sin violencia de la tierra, la raza humana se convertirá en una sola familia y el mundo, en la morada de hombres razonables. Sólo la moralidad conseguirá que este cambio se produzca de forma imperceptible.

Según el historiador masónico Albert G. Mackey, el «objetivo declarado» de los Illuminati de Baviera era:

> [...] gracias a la asistencia mutua de sus miembros, alcanzar el grado más elevado posible de moralidad y virtud y sentar las bases para la reforma del mundo mediante la asociación de hombres buenos en contra del progreso del mal moral.[43]

En síntesis, lo que pretendían los Illuminati era nada menos que un programa de reforma mundial inmensamente ambicioso, una especie de nuevo orden mundial, que requería la erradicación de las monarquías bajo un único poder universal dirigido por «hombres razonables». Por consiguiente, tiene gran interés que, en una declaración bastante curiosa hecha al otro lado del Atlántico por Thomas Jefferson, vuelva a aparecer el nombre de Weishaupt en relación con la idea de volver a los hombres «sabios y virtuosos»:

> Como Weishaupt estaba sometido a la tiranía de un déspota y de los sacerdotes, sabía que hacía falta la cautela hasta para difundir información y los principios de la moralidad pura, lo cual otorga a sus opiniones un aire de misterio. [...] Si Weishaupt hubiese escrito aquí [es decir, en Estados Unidos], donde no es necesario ningún misterio para volver a los hombres sabios y virtuosos, no habría tenido que pensar en ningún mecanismo secreto para tal fin.[44]

Aunque Jefferson no menciona específicamente la palabra «razón», es evidente que pensaba en ella cuando escribió esta declaración. El propio Jefferson prácticamente veneraba la razón y lo llamaban «el hom-

bre de la razón» por antonomasia, como demuestra sin lugar a dudas otra de sus famosas declaraciones:

> Sólo depende de nosotros mismos que disfrutemos en paz y concordia de las bendiciones del autogobierno, negado a la humanidad durante tanto tiempo; demostrar con el ejemplo la suficiencia de la razón humana para ocuparse de los asuntos humanos [...][45]

De hecho, la razón llegaría a convertirse en la principal virtud tanto de la Revolución francesa como de la estadounidense y en Francia, como recordaremos del capítulo 1, incluso se propuso un culto a la Razón para sustituir el cristianismo.

El ojo en la pirámide

Mientras tanto, los ultrarradicales Illuminati de Baviera, aquella progenie curiosa e impía de masones y jesuitas, comenzaron a enviar representantes y emisarios a toda Europa; de ahí, tal vez, la definición que hace Cagliostro de sí mismo como un «noble viajero». Como los rosacruces antes que ellos, los Illuminati bávaros eran sumamente reservados y preferían viajar de incógnito, a menudo adoptando seudónimos y nombres en clave. El propio Weishaupt tomó el nombre de «Espartaco». La ciudad de Ingolstadt, donde estaba el cuartel general de los Illuminati, llevaba el nombre en clave de «Eleusis» y a la totalidad de Baviera la llamaban «Egipto». Se los consideraba muy revolucionarios y anticlericales y la Iglesia estaba totalmente en contra de ellos, sobre todo los jesuitas, que al final convencieron al elector de Baviera, Karl Theodore, para que los declarara ilegales en Alemania en 1784.[46]

Los grupos antimasónicos sostienen a menudo que la insignia de los Illuminati era el «ojo en la pirámide» y que los documentos que lo demuestran fueron confiscados por el elector de Baviera y que en la actualidad (por motivos que no tienen por qué entretenernos ahora) se encuentran bajo llave en el Museo Británico.[47] Sin embargo, el mismo símbolo era muy conocido mucho antes de que los Illuminati lo encontraran; lo usaban mucho, por ejemplo, los herméticos y los cabalistas de los siglos XVI al XVIII.[48]

Recordemos que Weishaupt era un ex jesuita y, como tal, seguramente habrá estado familiarizado con las obras de Athanasius Kircher,

el jesuita cabalista hermético que conocimos en el capítulo 10, un mago, como recordará el lector, que había tenido mucho que ver con los obeliscos egipcios y, mediante un poder, con la exploración de las pirámides de Gizeh en 1637. Kircher utilizó con profusión el símbolo del ojo en la pirámide, que incluso aparece en la portada de su libro *Ars Magna Sciendi* (*El gran arte de saber*)[49] y también en lo alto de un obelisco egipcio coronado por la llamada «águila bicéfala de los Habsburgo» que Kircher había diseñado especialmente para el emperador alemán Fernando III.[50] Señalemos, de paso, que el mismo símbolo del águila bicéfala, así como también el símbolo del ojo en la pirámide, se utilizan habitualmente en el Consejo Supremo de los Ritos Escoceses del Grado 33 de la francmasonería.[51]

En julio de 1776, el mismo año en que Weishaupt fundó los Illuminati de Baviera (se supone que por una casualidad curiosa de la historia), el mismo símbolo del ojo en la pirámide o el ojo en el triángulo fue propuesto para el Gran Sello de los recién creados Estados Unidos de América.[52] Fue diseñado por Pierre-Eugène Simitière, un artista nacido en Suiza que había emigrado a las colonias en 1766 y se había establecido en Filadelfia. Benjamin Franklin y Thomas Jefferson, ambos firmantes de la Declaración de Independencia, eran miembros del comité que se creó para supervisar el diseño y en un dibujo del sello hecho por este último en 1776 (que se conserva en los archivos de la Biblioteca del Congreso) aparece con toda claridad el ojo en el triángulo.[53] Veremos más adelante que, en aquel julio de 1776 tan lleno de incidentes, Franklin se marchó de Estados Unidos para ir a Francia, como parte de una delegación del Congreso que se estableció en París, donde fue aclamado como héroe de la Guerra de la Independencia estadounidense en los salones elegantes y en las logias masónicas.

Los Illuminati y el duque de Orleans

Los historiadores de este período han observado la coincidencia de la casi simultánea firma de la Declaración de Independencia en Estados Unidos en julio de 1776 y la fundación de los Illuminati de Weishaupt en Alemania. No se sabe con certeza si había habido algún contacto directo entre Franklin, Jefferson y los Illuminati de Baviera a través del canal de las logias masónicas francesas y alemanas, pero sin embargo sí que es seguro que tanto Franklin como Jefferson tenían conocimiento

de la organización de Weishaupt; ya hemos citado antes los comentarios de Jefferson sobre Weishaupt. La presencia del propio Jefferson en París desde 1784 hasta septiembre de 1789 hace que sea muy posible que hubiese habido un contacto directo entre los dos, como veremos en el capítulo 14.

La opinión general es que los Illuminati de Baviera simplemente se extinguieron después de ser perseguidos en Alemania en 1784,[54] aunque no todos están convencidos. Hay quienes creen que algunos miembros de los Illuminati se infiltraron en logias masónicas y provocaron malestar político en varios países europeos, sobre todo en Francia, donde finalmente estallaría la Revolución en 1789.

Uno de los defensores más prolíficos de la teoría de los Illuminati fue la distinguida escritora e historiadora británica de la década de 1920 Nesta Webster, que sostenía que una variedad de complots secretos urdidos por los Illuminati y los francmasones franceses se combinaron con otros factores para precipitar la Revolución.[55] Para Webster y muchos más, el duque de Orleans, Gran Maestro de la orden masónica del Gran Oriente, es el principal culpable y agitador encubierto de las multitudes revolucionarias parisienses y, más concretamente, de la multitud que tomó por asalto la Bastilla el 14 de julio de 1789.

No se puede negar que el duque de Orleans desempeñó un papel fundamental en los acontecimientos de la Revolución; lo que durante mucho tiempo han debatido los historiadores es hasta qué punto y qué trascendencia ha tenido su influencia. Según documentos de la logia masónica La Parfaite Union de la ciudad de Rennes, no cabe duda de los francmasones lo consideraban el principal impulsor de los acontecimientos que desembocaron en la Revolución:

> De nuestros templos [logias] y de aquellos elevados a la filosofía santa [la francmasonería] emanaron las primeras chispas del fuego sagrado que se extendió rápidamente en Francia de Este a Oeste y de Sur a Norte y estrechó el corazón de todos los ciudadanos [...] Ninguno de nosotros, queridos hermanos, puede ignorar que fue nuestro Gran Maestro, el duque de Orleans, quien más ha participado en la afortunada revolución que acaba de comenzar.[56]

Si lo que dice esta logia masónica es verdad, no es imposible que el duque de Orleans hubiera estado en connivencia con agentes de los Illuminati bávaros. El historiador francés Jean-André Faucher demues-

tra que, en el año 1776, uno de los protegidos y colegas más cercanos del duque, Honoré Gabriel Riqueti, más conocido como el conde de Mirabeau, el más directo de todos los revolucionarios franceses, había «visitado la ciudad de Brunswick y se había reunido con los Illuminati de Baviera»[57] y, si bien algunos historiadores han manifestado dudas acerca de que Mirabeau fuese francmasón, han salido a la superficie pruebas que confirman que Mirabeau era miembro de la hermandad, como mínimo desde el año 1776.[58]

También hay declaraciones reveladoras hechas por dos masones famosos de la época, el enigmático conde de Saint-Germain y el hipnótico Franz Anton Mesmer, que ofrecen fuertes indicios de la presencia de representantes de los Illuminati en París en los años previos a la Revolución. Varios investigadores han sugerido que la expresión «noble viajero», que Cagliostro utilizó durante su juicio, podía ser una contraseña secreta entre ellos.[59] Sin duda, también es significativo que, durante su juicio en Roma, Cagliostro admitiera que había sido miembro de los Illuminati.[60]

Desaparece el duque de Orleans y aparece Felipe Igualdad

El duque de Orleans era descendiente de Federico del Palatinado e Isabel Estuardo de Inglaterra, aquella pareja real desventurada de Bohemia que parece haber catalizado sin querer el fervor rosacruz en Alemania y los acontecimientos de la Guerra de los Treinta Años. El tatarabuelo del duque, también llamado Felipe de Orleans, era el segundo hijo de Luis XIII y, por consiguiente, hermano menor del Rey Sol, Luis XIV. En 1661, Felipe se había casado con Enriqueta de Inglaterra, hija de Carlos I, y en 1671 se volvió a casar, esta vez con Isabel Carlota, princesa del Palatinado e hija de Carlos Luis, elector del Palatinado e hijo de Federico e Isabel de Bohemia.[61]

Sin duda debido a su ascendencia, en la época de la Revolución francesa el duque de Orleans era totalmente anglófilo y a su afición obsesiva a todo lo inglés se debe la aparición de una moda extraña en círculos parisienses conocida como «anglomanía». El duque era gran admirador del Parlamento británico y de la monarquía constitucional y se había opuesto abiertamente al gobierno despótico de su tío, Luis XV, que lo hizo exiliar a Inglaterra en 1771. Finalmente regresó a París, donde

no tardó en volver a oponerse al nuevo rey de Francia, Luis XVI, primo hermano suyo.

En 1786 el duque de Orleans fue elegido Gran Maestro del Gran Oriente de Francia y, por consiguiente, el líder efectivo de todos los francmasones del país. Inmensamente rico y dueño exclusivo de buena parte de las mejores propiedades de Francia, el duque se asoció con el famoso orador revolucionario Mirabeau y los extensos terrenos de su residencia privada en el Palais-Royal se convirtieron en lugar habitual de reunión de las multitudes revolucionarias. Muchos creen que utilizó su inmensa fortuna para financiar a los revolucionarios y algunos incluso piensan que fue la fuerza oculta detrás de la toma de la Bastilla, en julio de 1789. Sea cual fuere la verdad, es totalmente cierto que se opuso con vehemencia a su primo, Luis XVI, y que fue uno de los que votaron a favor de su ejecución en 1793. También es cierto que el duque albergaba la esperanza, tal vez poco realista, de llegar a ser rey y formar una monarquía constitucional como la que había en Inglaterra.

Con tanto fervor apoyó la Convención y la Comuna de París (los dos órganos revolucionarios principales que regían en Francia después de la Revolución) que en 1792 Felipe de Orleans se cambió el nombre por Felipe Igualdad. Sin embargo, lamentablemente, Felipe Igualdad desarrolló una profunda antipatía por el marqués de Lafayette, el héroe de las dos revoluciones, la francesa y la estadounidense, lo cual, sumado a otros factores, provocó al final su caída; irónicamente, en noviembre de 1793, Felipe Igualdad sufrió el mismo destino que su primo el rey: perdió su propia cabeza bajo la hoja de la guillotina. De todos modos, su gran ambición de una monarquía constitucional en Francia se hizo realidad con su hijo mayor, Luis Felipe I, el llamado «rey ciudadano», que llegó al trono de Francia en 1830, con la ayuda nada menos que del implacable enemigo de su padre de toda la vida: el marqués de Lafayette.

Veremos a continuación que el inquietante anticlericalismo que surgió después del 14 de julio de 1789 conmocionó toda la Europa cristiana y que una religión nueva, pero también muy antigua, estaba a punto de renacer del vientre de una diosa llamada Razón. Curiosamente, aquello sin duda habría fascinado al conde de Cagliostro (que, lamentablemente, se estaba pudriendo en el calabozo papal, cerca de Nápoles), porque resultó que la diosa Razón se parecía mucho a la diosa egipcia Isis, que Cagliostro tanto había exaltado en París.[62]

Entre las bambalinas de la Revolución

La mañana del 14 de julio de 1789, una multitud de unas ochocientas personas se congregó en la ciudad de París y marchó en desorden hacia la Bastilla. Provista de una variedad de armas de las que se había apoderado en el arsenal de los Inválidos, aquella turba revoltosa se lanzó contra la prisión mal defendida y, en cuestión de horas, había puesto en libertad a sus siete presos melancólicos.[63] A seis de los mercenarios suizos apostados para custodiar la Bastilla los cortaron en pedazos. Al jefe de la guardia, Bernard-René Jordan, marqués de Launay, le cortaron brutalmente la cabeza con una cuchilla de carnicero y la pasearon por París hasta últimas horas de la noche.[64]

Las imágenes estereotipadas de la Revolución francesa que la mayoría de nosotros aprendimos en la escuela presentan a los oprimidos ciudadanos de París impulsados a la revuelta por el hambre, el despotismo y la tiranía, marchando al unísono contra las tropas del rey y cantando «la Marsellesa». Evidentemente, la verdad fue mucho más complicada.

No cabe duda de que las condiciones económicas y políticas en Francia eran atroces y que, por consiguiente, se daban las circunstancias para que los revolucionarios las aprovecharan. El invierno de 1788-1789 había sido terrible y las cosechas siguientes fueron muy malas. Además, Luis XVI era un político incompetente y sus esfuerzos por resolver la bancarrota del Estado hicieron el juego a los agitadores. Todos estos factores crearon un contexto para la Revolución, aunque no debemos llegar a la conclusión precipitada de que ninguno de ellos realmente la provocó.

La historia ha demostrado que las verdaderas revoluciones no se suelen producir si no hay bastante actividad intelectual e incluso financiera entre bambalinas. En Francia hacía muchos años que estaba activo un movimiento intelectual subversivo entre las clases cultas y la aristocracia liberal. Mediante la promoción de la visión política progresista de escritores como Voltaire, Jean-Jacques Rousseau y los llamados «enciclopedistas» (muchos de los cuales eran francmasones),[65] este movimiento (al principio organizado de forma flexible) contribuyó mucho a preparar la escena para derrocar al antiguo régimen.

El duque de Orleans, que había sido rechazado bruscamente por la reina María Antonieta, a la que desagradaba profundamente, había desarrollado un odio profundo no sólo hacia ella, sino también hacia su primo, Luis XVI, y hacia toda la corte de Versalles y no tardó en emplear

su inmensa fortuna personal para subvencionar varias organizaciones, como el infame club de los jacobinos, hostiles al rey y a la reina. Incluso existen pruebas —en cierto modo, los historiadores les quitan importancia— de la existencia de una especie de misterioso «gobierno al acecho», encabezado por el duque de Orleans y otros agitadores, que llevó a cabo campañas de propaganda subversiva en muchas de las más de seiscientas logias masónicas de Francia, de las cuales sesenta y cinco estaban en París. Ya hemos visto que el duque era un admirador ferviente de la monarquía constitucional británica. Además, era el hombre más rico de Francia y estaba en la línea directa del trono. Todo esto podría dar a entender (si no demostrar) que tal vez al principio la Revolución no pretendió sustituir, sino reformar la monarquía existente según el modelo constitucional británico, con el duque de Orleans como rey, y que la idea más radical de establecer una república al estilo estadounidense surgió después.

Cuando se oyó la voz del tercer estado

A principios de 1788 se coaccionó a Luis XVI para que aceptara convocar una asamblea de los Estados Generales en mayo de 1789, lo que resultó un error fatal.

Tradicionalmente había en Francia tres estados: la nobleza era el primer estado; el clero, el segundo, y la burguesía y la nación en general constituían el tercer estado. En enero de 1789, el abate Sieyès publicó un panfleto que ponía de manifiesto de forma descarnada lo poco que se tenía en cuenta al tercer estado en cuestiones políticas, a pesar de que representaba al 98 por ciento de la población.[66] Titulado *¿Qué es el tercer estado?*, el panfleto de Sieyès proponía con descaro que de inmediato se redactara una Constitución y se formara una Asamblea Nacional, al margen de la nobleza y el clero. Miles de copias de su artículo se vendieron y se distribuyeron por toda Francia y con él comenzaron a germinar las semillas del republicanismo.

No es casual que el abate Sieyès fuera francmasón y miembro de la poderosa Logia de las Nueve Hermanas de París.[67] En el capítulo 1 ya hemos hablado de los orígenes de esta logia importante, de la que también eran miembros pensadores como Benjamin Franklin, Condorcet, Guillotin, Court de Gebelin (el inventor del Tarot moderno), el astrónomo Lalande, el matemático Romme y los líderes revolucionarios radicales Desmoulins y Danton.[68]

Al igual que Sieyès, Desmoulins había preconizado la revolución y también había publicado un panfleto titulado *La philosophie du peuple français*, al que siguió, en junio de 1789, un violento ataque contra la monarquía. Desmoulins era el jefe de los que hicieron un llamamiento a un alzamiento armado en vísperas de la Revolución, durante una concentración en la residencia del duque de Orleans, que en aquella época servía de cuartel general de los revolucionarios.

Danton fue el fundador del aterrador Club de los Cordeliers, que, al igual que el club de los jacobinos, fue una de las organizaciones más radicales e influyentes que intervinieron en la Revolución. El nombre oficial del Club de los Cordeliers era «Sociedad de Amigos de los Derechos del Hombre y del Ciudadano», pero había heredado el nombre de «Cordeliers» de un antiguo monasterio franciscano situado en la Rue des Cordeliers, donde se celebraron las primeras reuniones. Los Cordeliers aceptaban a miembros de todas las razas, clases y credos y muchos de ellos eran periodistas y escritores influyentes, como Jean-Paul Marat, Camille Desmoulins, Pierre-François Robert y Nicolas de Bonneville.

La desastrosa reunión de los Estados Generales comenzó el 5 de mayo de 1789. El tercer estado tenía 584 representantes, frente a los 290 de la nobleza y los 292 del clero. Estaban presentes Luis XVI y la reina María Antonieta. Muchos destacados francmasones y hombres de letras habían sido elegidos representantes del tercer estado y también tenían una fuerte presencia en los otros dos estados. Entre ellos figuraban el marqués de Lafayette, Mirabeau, el duque de Orleans y Robespierre.

A medida que se fueron alargando los días, el rey y sus partidarios fueron pareciendo cada vez más débiles y confusos y se hizo evidente que carecían de un plan definido para resolver la crisis económica muy real en la que se encontraba el país. Como era de esperar, las negociaciones entre el tercer estado y la nobleza acabaron en el caos. Desafiante, el tercer estado cambió su nombre por el de *Communes* (los «Comunes»), lo que suponía una monarquía constitucional por omisión, y Sieyès y Mirabeau cogieron las riendas. Mirabeau propuso llamar a los Comunes los «representantes del pueblo francés». Sieyès propuso algo mejor e hizo aceptar el nombre de «Asamblea Nacional». De inmediato, varios miembros de la nobleza, entre los que destacaban el duque de Orleans y el marqués de Lafayette, ofrecieron su apoyo a la Asamblea Nacional. Aquello era de esperar, pero una gran conmoción sacudió al clero y a la nobleza cuando Charles-Maurice de Talleyrand, repre-

sentante del segundo estado, también cambió de lado y apoyó a la Asamblea Nacional.

Nacido en la nobleza, Talleyrand ingresó en el clero a una edad temprana. En 1789, justo antes de la caída de la Bastilla, Luis XVI lo nombró obispo. En cuanto se incorporó a la Asamblea Nacional, fue uno de los primeros en proponer la confiscación de todos los bienes de la Iglesia en Francia.[69] A medida que iban transcurriendo las semanas de discusiones y se iba haciendo cada vez más alarde de opiniones tan radicales, el rey intervino y el 20 de junio ordenó a sus guardias que impidiesen la entrada a la sala de reuniones de los miembros de la Asamblea Nacional. En respuesta, la indignada Asamblea Nacional se reunió en otro salón de Versalles, uno que los miembros de la familia real usaban para jugar al tenis. Mediante lo que se inmortalizó como el «juramento del juego de pelota», los miembros se comprometieron a no moverse hasta que se formara una monarquía constitucional con sólidas bases políticas y jurídicas.

Se convocó otra reunión con el rey el 23 de junio, pero entonces Luis XVI amenazó con ejercer su derecho divino a gobernar y actuar por su cuenta «en nombre del pueblo». Entonces ordenó a los delegados de la Asamblea Nacional que se «dispersaran de inmediato» y abandonó la sala furioso y petulante. Los delegados permanecieron sentados y se negaron a cambiar de opinión. El marqués de Dreux-Brézé, monárquico acérrimo y portavoz del rey, volvió a ordenarles que se marcharan «en nombre del rey», pero lo hizo callar a gritos Mirabeau, el francmasón patrocinado por el duque de Orleans: «Señor, id a decir a quienes os envían que estamos aquí por la voluntad del pueblo y que no nos moveremos si no es por la fuerza de las bayonetas». Cuando Dreux-Brézé se lo contó al rey, dicen que este respondió: «Malditos sean, ¡dejad que se queden!».[70]

La suerte estaba echada y, a partir de entonces, los acontecimientos se precipitaron, como la marea. Luis XVI concentró sus tropas en Versalles, despidió a su primer ministro, Necker, y formó un nuevo gobierno de oposición a la Asamblea Nacional, pero era demasiado tarde. En el Palais-Royal de París, la Asamblea Nacional, con el respaldo del poder financiero del duque de Orleans y con todos los habitantes de París a sus espaldas, se preparó para una plena confrontación con las tropas del rey; entonces los agitadores llamaban abiertamente a una revuelta armada contra el antiguo régimen. No tardaron en comenzar a producirse deserciones del Ejército hacia el lado de la Asamblea Nacional. A

partir del 14 de julio de 1789, cuando salieron a la calle las turbas de ciudadanos que tomaron la Bastilla, ya no se pudo volver atrás.

Impregnar la conciencia nacional

Como es obvio, no es la finalidad de este libro ni queda, en realidad, dentro de su alcance pasar revista a toda la complejidad de los trastornos políticos y culturales que hubo detrás de la Revolución francesa. Tampoco podemos analizar todos los argumentos y las opiniones que se han manifestado a favor y en contra de la participación y la influencia de la francmasonería en la Revolución, no sólo porque los acontecimientos históricos se pierden en el caos de los tiempos, sino también porque ha habido bastantes distorsiones, parcialidades e informaciones erróneas como consecuencia de la pluma de facciones que querían restar importancia al papel de la francmasonería o, por el contrario, incrementarla. Entre estas facciones, desde luego, no es la menos importante la propia francmasonería, que, aparentemente, prefiere empañar la cuestión. En 1976, por ejemplo, Fred Zeller, Gran Maestro del Gran Oriente de Francia, presentó el siguiente texto de peculiar confusión sobre el tema:

> [...] Podemos estar seguros de que los francmasones no conspiraron contra el trono ni colaboraron en la formación de la República. A decir verdad, nadie había pensado en eso en aquel momento. Sin embargo, lenta y pacientemente, a lo largo de medio siglo de discusiones secretas (prohibidas por la legislación de aquella época), impregnaron la conciencia nacional con la esperanza y la voluntad del cambio. En 1789 había más de setenta mil francmasones en Francia. Por consiguiente, no es extraño que en las asambleas revolucionarias notemos una mayoría de parlamentarios que estaban iniciados en logias masónicas.[71]

Ni siquiera unas palabras elegidas con tanto cuidado como estas disimulan del todo la implicación evidente de que las logias masónicas desempeñaron un papel importante en los acontecimientos que desembocaron en la Revolución francesa. De forma más franca, en 1983, el Gran Maestro del Gran Oriente, Paul Gourdot, hizo una declaración similar a la de Fred Zeller, pero entonces no pudo evitar añadir que, si bien fueron los escritos y los ejemplos de los enciclopedistas, de Mon-

tesquieu, de Diderot, de Voltaire, los que proporcionaron el espíritu de la Revolución, sin embargo, fueron

> [...] hombres como Condorcet, Saint-Juste, Danton [todos francmasones] los que aplicaron los principios de la formación de la Primera República con su inmortal Declaración de los Derechos del Hombre, que se formuló en nuestras logias.[72]

Además, hay otro aspecto de la Revolución francesa, en el cual los francmasones también intervinieron directamente, que todavía requiere una explicación. Se trata del fenómeno de descristianización que presentamos en el capítulo 1 y el intento, por parte de la Asamblea Nacional, de sustituir el cristianismo por el culto a la diosa Razón y el culto al Ser supremo.

Dos centésimas de segundo

La fría mañana del 21 de enero de 1793, una gran multitud se congregó en París en la plaza de la Revolución, la actual plaza de la Concordia, para presenciar la ejecución de Luis XVI. Llevaba las manos atadas a la espalda y cuatro verdugos lo agarraron, lo tumbaron mirando hacia abajo y le colocaron la cabeza sobre la viga transversal de la temible guillotina. Para sorpresa de la turba parisiense, el rey se comportó como un valiente durante toda la terrible experiencia e incluso trató de dirigir a la nación un penoso discurso de despedida, que fue interrumpido bruscamente por el redoble atronador de los tambores que precedió su decapitación. Aparentemente, las últimas palabras audibles de Luis XVI fueron las siguientes:

> Pueblo de Francia, muero inocente y perdono a los responsables de mi muerte. Ruego a Dios que mi sangre no caiga jamás sobre Francia. Y vosotros, pueblo desafortunado [...]

La guillotina, que, partiendo de un viejo diseño, había sido mejorada hacía poco por el anatomista Joseph-Ignace Guillotin, fue sumamente eficaz. Se calcula que cada decapitación, aparentemente indolora, tardaba apenas dos centésimas de segundo. Guillotin era francmasón y miembro de la Logia de las Nueve Hermanas. También fue un miembro acti-

vo de la Asamblea Nacional. Había desarrollado su máquina de la muerte concretamente para encargarse de la gran demanda de ejecuciones prevista después de la caída de la Bastilla, pero nadie, por muy sanguinario que fuese, habría podido predecir los miles y miles de decapitaciones por guillotina que habría durante los primeros años de la República, conocidos para la historia con el nombre apropiado de «Reinado del Terror».[73]

Después de que fuera decapitado Luis XVI, María Antonieta tuvo que esperar nueve meses más para su propia cita con la guillotina. Sin embargo, unos años antes, en 1790, cuando estaba bajo arresto domiciliario en el palacio de las Tullerías, la reina había escrito estas palabras altivas a su primo, el emperador Leopoldo II de Austria:

> Ten cuidado en tu país con todas las asociaciones masónicas. Ya vemos que todos estos monstruos que hay aquí tienen la intención de hacer lo mismo en todos los demás países. Espero que Dios salve a mi patria, Austria, de estos problemas.[74]

Isis de la Bastilla

Pocas semanas antes del guillotinamiento de la reina, había ocurrido en París algo sin duda muy extraño. Como si surgiera de alguna necesidad inherente de una figura matriarcal, de pronto apareció en escena una sustituta, en la forma de una estatua de la diosa Isis del antiguo Egipto, que se erigió en la plaza de la Bastilla el 10 de agosto de 1793. Como vimos cuando presentamos este misterio en el capítulo 1, había sido diseñada a toda prisa por el artista Jacques-Louis David, amigo íntimo del líder revolucionario Robespierre y a la sazón ministro de Propaganda de la Asamblea Nacional.

En 1794 se acuñó una moneda para conmemorar la ocasión, que se describe con las siguientes palabras:

> [...] obra del famoso grabador DUPRE [...], que evoca el culto a Isis elegido para representar a la diosa de la Razón y también es la primera moneda conmemorativa que se acuñó en Francia.[75]

La moneda preserva la imagen de la llamada *Isis de la Bastilla* o *Fuente de la regeneración*, que, junto con su pedestal, alcanzaba alrede-

dor de seis metros de altura. La estatua representaba a la diosa egipcia sentada en su trono y flanqueada por dos leones y a sus pies había una gran tina con el escudo del disco solar alado del antiguo Egipto, un símbolo de los faraones que también usaban mucho los herméticos, los rosacruces y los francmasones.[76]

La *Isis de la Bastilla* estaba desnuda de la cintura hacia arriba y sus grandes pechos pretendían evocar la idea de la fertilidad y la regeneración para la nueva república francesa. De sus pezones salían chorros de agua que se recogían en una charca y la gente se acercaba a beber el «agua de la regeneración», mientras una orquesta interpretaba melodías revolucionarias populares.

Jacques-Louis David, que planeó y organizó esta curiosa fiesta, había sido un héroe popular desde el comienzo mismo de la Revolución. Las multitudes parisienses trataron como objetos de culto muchas de sus pinturas, que representaban el heroísmo y las virtudes republicanas. David, que era un revolucionario entusiasta, no sólo se hizo famoso por su arte, sino también por los elocuentes discursos filosóficos que pronunció en la Asamblea Nacional. Había sido el participante más categórico en el «juramento del juego de pelota» y uno de los que habían exigido en voz alta la sentencia de muerte para Luis XVI en diciembre de 1792. Algunas de las facciones revolucionarias más radicales, como la de los *sans-culottes*, incluso lo consideraban una especie de nuevo mesías, que hubiese llegado para regenerar el espíritu de Francia, un papel que David se tomó muy en serio.[77]

Cerrar la Iglesia

El año anterior al guillotinamiento de Luis XVI y de María Antonieta, la facción ultrarradical dentro de la Revolución había comenzado una campaña para erradicar de Francia el cristianismo, que se consideraba un aspecto indeseable del antiguo régimen y, por consiguiente, inadecuado para la nueva República y sus ideales.[78] El pleno significado de esta iniciativa se sintió en octubre de 1793, cuando se obligó a los sacerdotes y las monjas de toda Francia a «dejar los hábitos» en público, mientras el Estado se hacía cargo de todos los bienes de sus iglesias y monasterios.

El grupo ultrarradical dentro de la Convención Nacional (el nuevo nombre para los alrededor de seiscientos miembros de la Asamblea

Nacional, después de su reorganización, en septiembre de 1792) se llamaba «los hebertistas».[79] Fueron ellos los que de forma más directa y con mayor frecuencia avivaron las llamas de la descristianización. Los principales entre ellos fueron Pierre-Gaspard Chaumette, miembro destacado de la Commune de París, y el epónimo Jacques-René Hébert, un periodista conocido.

Hébert dirigía un periódico radical, llamado *Le Père Duchesne*, que tuvo amplia circulación durante la Revolución. Tanto Hébert como Chaumette eran francmasones acérrimos.[80] En agosto de 1792, Hébert se había convertido en el líder del ultrarradical Club de los Cordeliers, que antes controlaban Maximilien de Robespierre, Jean-Paul Marat y Georges Danton, el llamado triunviro.

Parece que los radicales, como Chaumette y Hébert, no sólo querían sustituir a la «cabeza» de Francia, por así decirlo, sino también el alma misma de la nación. Nos ofrece una versión interesante de estos acontecimientos una escritora del siglo XIX, la baronesa Emmuska de Orczy, que se hizo famosa por sus libros *La pimpinela escarlata* y *La pimpinela escurridiza*. Aunque Orczy era novelista, sus historias se basan en datos históricos y captan a las mil maravillas el ambiente que había en Francia durante la Revolución:

> París, 1793: [...] ¡Adelante, siempre adelante!, en aquel torrente salvaje y vertiginoso, sembrando el viento de la anarquía, del terrorismo, del deseo de sangre y odio, y cosechando un huracán de destrucción y de horror. ¡Adelante, siempre adelante! ¡Francia, con París y todos sus hijos, sigue corriendo a tientas, enloquecida; desafía a la poderosa coalición (Austria, Inglaterra, España, Prusia, todas unidas para poner freno a la carnicería), desafía al universo y desafía a Dios! París, este septiembre de 1793. [...] París, una ciudad de derramamiento de sangre, de la humanidad en su aspecto más bajo, más degradado. La propia Francia como un monstruo gigantesco que se devora a sí mismo. [...] Esta es tu recompensa, poderosa y santa Revolución, apoteosis de igualdad y fraternidad, gran rival del cristianismo decadente [...]
>
> El tigre devorador de hombres por lo que dura un suspiro se lamió las poderosas mandíbulas y reflexionó. Algo nuevo, algo maravilloso. Hemos tenido una nueva Constitución, una nueva Justicia, nuevas leyes, un almanaque nuevo. ¿Y ahora qué? ¡Si es evidente! ¿Cómo es posible que a aquella inmensa, intelectual y estética París no se le ocurriera antes algo tan maravilloso? ¡Una religión nueva!
>
> El cristianismo es viejo y obsoleto, los sacerdotes son aristócratas, ricos opre-

sores del pueblo, la Iglesia no es más que otra forma de tiranía sin sentido. Por supuesto que hemos de tener una nueva religión. Ya se ha hecho algo para destruir la vieja. Destruir, siempre destruir. Se han saqueado iglesias, se han despojado altares, se han profanado tumbas, sacerdotes y coadjutores han sido asesinados, pero no es suficiente. Tiene que haber una religión nueva y para conseguirlo tiene que haber un nuevo Dios. «El hombre es un idólatra nato.» De acuerdo, pues; que el pueblo tenga una nueva religión y un nuevo Dios. ¡Un momento! Que no sea un Dios esta vez, porque Dios significa majestad, poder, realeza, en realidad todo lo que la mano poderosa del pueblo de Francia se ha esforzado y ha luchado por destruir. Que no sea un Dios, sino una diosa. ¡Una diosa! ¡Un ídolo! ¡Un juguete! [...]

París quería una nueva religión [...] y los hombres serios, los patriotas fervientes, los locos entusiastas sesionaron en la Asamblea de la Convención y discutieron seriamente la forma de proporcionarle las dos cosas que ella pedía. Creo que Chaumette fue el primero que resolvió la dificultad [...] El fiscal Chaumette fue el primero que descubrió exactamente el tipo de religión que París quiere justo ahora. «Tengamos una diosa de la Razón —dijo [...]—, que el pueblo se alegre y baile en torno a aquella pira funeraria y, por encima de todo, que la nueva diosa descuelle sonriente y triunfal. La diosa de la Razón, la única divinidad que nuestra Francia nueva y regenerada reconocerá a lo largo de los siglos venideros.»

El discurso apasionado fue recibido con fuertes aplausos. «Una nueva diosa, ¡claro que sí! —gritaron los caballeros serios de la Asamblea Nacional—, ¡la diosa de la Razón!» [...] «La diosa ha de ser hermosa [...] no demasiado joven. [...] La Razón sólo puede ir de la mano con la edad más madura de la segunda juventud [...] debe estar engalanada con ropas clásicas, austera pero sugestiva [...] ha de llevar colorete y maquillaje [...] ¡Sí! La fiesta debe ser brillante, alegre u horrible, enloquecida o aterradora, pero a través de ella hay que hacer sentir a todos los habitantes de Francia que había una mano que los guiaba, que regía los destinos de todos, una cabeza que formulaba las nuevas leyes, que consolidaba la nueva religión y establecía a su nueva diosa: la diosa de la Razón: ¡Y Robespierre era su profeta!».

En aquellos años terribles de 1793-1794, se profanaron iglesias y catedrales por toda Francia y el papa de Roma quedó totalmente horrorizado al saber que los edificios se convertían en templos para el nuevo culto de la diosa Razón, también llamada «Libertad» o «Naturaleza». En su libro *Mujeres santas*, la escritora Kathleen Jones ofrece una versión detallada de aquellos acontecimientos:

Durante el «Terror» [...], sacerdotes y monjas corrían peligro de ser guillotinados y muchos murieron cuando se negaron a prestar un juramento de fidelidad al nuevo régimen y a abandonar su vocación. Las tropas clausuraron las iglesias, se llevaron las campanas, destrozaron altares y crucifijos y encendieron hogueras donde quemaron las vestiduras y los confesionarios. Un espectáculo popular consistía en ver a un sacerdote abjurar de su vocación y se inventó una ceremonia de «desbautismo» para los laicos. Se prohibió todo el culto, tanto público como privado.

El 10 de agosto de 1793, el artista Jacques-Louis David, gran partidario de la Revolución, organizó una ceremonia secular de aceptación de la nueva Constitución. Se erigió una estatua enorme de la diosa Naturaleza [Isis], que lanzaba chorros de agua de sus pechos en una charca, en el lugar donde estaba la Bastilla, que había sido arrasada. Había un calendario nuevo, que, en lugar de comenzar con el nacimiento de Cristo, comenzaba con la proclamación de la República. Los meses tenían nombres nuevos y la semana tenía diez días, la década.

Navidad, Pascua, Pentecostés y la fiesta de la cosecha, junto con los días de los santos, fueron abolidos; en su lugar pusieron treinta y seis fiestas nuevas, una en cada década, para celebrar la razón, el coraje, la maternidad, la templanza, el odio a los tiranos y otros ideales similares del régimen. El 10 de noviembre se celebró una gran fiesta de la Razón en la catedral de Notre-Dame en París, donde dieciséis Luises Capetos habían sido coronados reyes de Francia. Una vez secularizada, Notre-Dame recibió el nombre de «templo de la Libertad».

El resto de Francia variaba en su manifestación del nuevo sistema: los administradores locales organizaron celebraciones que iban desde ceremonias ligeramente paganas hasta la provocación activa del odio público contra todo tipo de religión. En El Havre, a una muchacha de buena conducta la nombraron diosa Razón por un día, con tributos florales y danzas; en Poitiers, más al sur, hubo ceremonias grotescas en las que personas vestidas de hechiceros, sacerdotes, papas, monjes, ángeles y monjas fueron perseguidas por la iglesia de Saint-Porchade.[81]

Cibeles-Isis

El profesor François Aulard (1849-1928), un historiador de la Revolución francesa muy respetado, resta importancia a estos acontecimientos, diciendo que el movimiento anticlerical no fue tan pronunciado ni tan

radical como muchos historiadores querrían hacernos creer.[82] Sin embargo, el propio Aulard era un anticlerical militante, lo cual tal vez haya empañado su opinión sobre las pruebas que examinaba. Hay otros historiadores franceses y especialistas en la Revolución, como Michel Vovelle, director del Instituto de Historia de la Revolución de París, que tienen una opinión totalmente diferente:

> Entre octubre de 1793 y junio de 1794 se organizó en Francia un ataque multifacético para erradicar la religión [cristiana]. Triunfó la diosa Razón: se abrieron templos para ella, representada por personas vivas [...] Por decenas de miles los sacerdotes renunciaron a su papel sacerdotal y muchos de ellos incluso se casaron.[83]

Sin embargo, en junio de 1794 todo el asunto de la descristianización se había descontrolado por completo. Hasta el líder revolucionario Robespierre estaba horrorizado por el caos y buscaba una alternativa para aquella carnicería y aquel desorden degradantes. Francia era testigo de procesiones obscenas, de tipo pagano, que se organizaban por todas partes, en las que a menudo desfilaban mujeres voluptuosas, vestidas como la «Libertad», la «Razón» o la «Naturaleza», envueltas en velos azules y blancos y con el pequeño gorro frigio (véase el capítulo 1). Detrás de las «diosas» había muchedumbres desenfrenadas que gritaban y bailaban, recordando las antiguas bacanales griegas, las hilarias romanas y las procesiones isíacas. La imagen de estas procesiones de «diosas» llevando el gorro frigio también nos recuerda las grandes procesiones paganas de la diosa madre frigia, Cibeles, que se celebraban en la antigua Francia antes de la llegada del cristianismo. Cibeles a menudo se relacionaba con Isis, como explican los escritores Anne Baring y Jules Cashford en su excelente libro *El mito de la diosa*:

> Durante el imperio [romano], el culto a Cibeles llegó a formar parte de la religión oficial de Roma. Existía al mismo tiempo que el culto a Isis [...] y los dos se extendían por todo el imperio romano. [...] Una imagen interesante para seguir a través de distintas civilizaciones es el gorro frigio, que llevaban [...] los sacerdotes de Cibeles. Este gorro característico aparece por primera vez en Creta [...] Posteriormente, en Grecia, lo lleva Hermes, el mensajero de los dioses [...] En la actualidad, llevan gorros similares los derviches sufíes [...] María fue adorada en lugares que estuvieron consagrados a Cibeles y a Isis.[84]

En su libro *Cybele and Attis*, el estudioso Maarten J. Vermaseren ofrece una descripción de Cibeles que muestra con claridad que esta diosa se consideraba la encarnación de la naturaleza y de todo el cosmos:

> La diosa no sólo rige la naturaleza, sino que su poder llega mucho más lejos. Se encuentra en el centro del universo del Tiempo, el Sol y la Luna, la Tierra, el Agua, el mar y las Estaciones. Delante de su carro está el árbol de la vida, estilizado como un obelisco y con una serpiente enroscada.[85]

El estudioso francés Jurgis Baltrušaitis, en su libro *La búsqueda de Isis*, demuestra hasta qué punto para los historiadores franceses del siglo XVII Cibeles e Isis eran lo mismo. Según Baltrušaitis, en 1675, mientras excavaba en el jardín de la iglesia de San Eustaquio, un sacerdote llamado Berrier descubrió una estatua de bronce de una divinidad femenina que llevaba una extraña torre en la cabeza. Los pormenores de este descubrimiento los publicó en 1683 Claude du Molinet, canónigo de la iglesia de Santa Genoveva en París, que describe a la divinidad con las siguientes palabras:

> La diosa que los griegos llamaban Io y los egipcios llamaban Isis es la misma que los romanos honraban con el nombre de Cibeles, identificada como la Tierra o la Naturaleza, y la misma que los egipcios habían casado con Osiris.[86]

A continuación, añade Baltrušaitis que la iconografía de las figuras de Cibeles y de Isis que se encontraron en Francia era «idéntica [...] Cibeles está coronada por una torre e Isis también tenía una torre en la cabeza».[87]

El culto al Ser supremo vuelve a ocultar a Isis

A finales de la primavera de 1794, Robespierre, entonces líder indiscutido de la Convención Nacional de París, había comenzado a oponerse a Hébert y a Chaumette. No tardó en acusarlos de «enemigos de la nación» y en disponer su encuentro con la guillotina. A continuación decidió presentar su propia idea de una «religión republicana», a la que llamó el «culto al Ser supremo». Su símbolo era el ojo en la pirámide y Robespierre publicó un decreto que establecía que «el pueblo francés reconoce la existencia del Ser supremo y la inmortalidad del alma». El

culto al Ser supremo seguía en gran medida el modelo de la filosofía natural de Jean-Jacques Rousseau, que era el ídolo de Robespierre.

Es evidente que para Robespierre la descristianización de Francia era inevitable, pero que también repudiaba el ateísmo y los excesos desordenados que habían acompañado el culto a la diosa Razón. Robespierre pretendía crear un nuevo culto deísta ideal basado en las virtudes republicanas para sustituir el vacío espiritual que habían dejado las intensas actividades de descristianización de Hébert y Chaumette.

El 4 de junio de 1794, Robespierre fue elegido presidente de la Convención Nacional y enseguida se puso a trabajar en estrecha colaboración con el artista Jacques-Louis David para preparar una gran celebración para París el 8 de junio de 1494, el día de Pentecostés. El objetivo de aquella celebración era instaurar el culto al Ser supremo como la nueva religión de Francia.

Tan curioso acontecimiento comenzó en los jardines de las Tullerías, delante del Louvre, con el propio Robespierre, cubierto de azul, de pie junto a una estatua del Ser supremo. Se construyó un inmenso anfiteatro provisional para los miembros de la Convención Nacional. Delante del anfiteatro se había preparado una hoguera sobre la cual, según el programa escrito por Jacques-Louis David, se «reunían todos los enemigos de la felicidad del pueblo». Aquellos «enemigos» se simbolizaban en una estatua llamada *Ateísmo*, apoyada por figuras llamadas *Ambición*, *Egoísmo*, *Discordia* y *Falsa ingenuidad*.

Por todo París se adornaron las casas con guirnaldas y banderas tricolores y las calles por las que tenía que pasar la procesión se cubrieron de flores. Se colocaron muchachas hermosas vestidas de blanco y con ramos de flores a lo largo de los muelles del Sena. Los miembros de la Convención Nacional, con todo el atuendo oficial, llenaron el anfiteatro, cada uno con un haz de espigas de trigo, un símbolo que el francmasón y astrónomo Joseph Jérôme de Lalande asociaba en aquella época con la diosa virgen Isis.[88] El lector recordará que en el capítulo 1 dijimos que Lalande era un miembro destacado de la Logia de las Nueve Hermanas de París y había jugado un papel decisivo en la introducción del nuevo calendario republicano basado en el año solar egipcio, que, en la antigüedad, se calculaba en función de la salida helíaca de la estrella de Isis, Sirio. Anteriormente, en 1731, Lalande había escrito lo siguiente:

> La Virgen está consagrada a Isis, del mismo modo que Leo está consagrado a su esposo Osiris. [...] La Esfinge, compuesta por un león y una virgen, se

utilizaba como símbolo para designar la corriente del Nilo [...] Ponían una espiga de trigo en la mano de la Virgen para expresar la idea de los meses, tal vez porque los orientalistas [...] llamaban *epi* o espiga de trigo al signo de la Virgen.[89]

La Logia de las Nueve Hermanas fue fundada por Lalande y L'Abbe Cordier de Saint-Fermin, el padrino de Voltaire, en 1776, el mismo año en que se firmó la Declaración de Independencia de Estados Unidos. Al año siguiente, en 1777, Benjamin Franklin, el firmante de más edad de la Declaración, fue nombrado Gran Maestro de la Logia de las Nueve Hermanas de París. Volveremos a referirnos a esta enigmática conexión en el capítulo 13. Mientras tanto, sigamos la evolución del Ser supremo en aquel día templado que fue el 8 de junio de 1794.

Robespierre, con el cabello empolvado de blanco y todo el cuerpo envuelto en un manto azul violáceo, pronunció una plegaria para las multitudes desde un altar elevado: «¡Aquí está reunido todo el Universo! ¡Oh, Naturaleza, qué sublime y delicioso es tu poder!». A continuación evocó la figura del Ser supremo y pidió a la congregación que le rindiera homenaje. Sin embargo, al final de aquel sermón tan largo, en lugar de prometer el final de las matanzas o de ofrecer nuevas esperanzas para poner freno a los excesos de la Revolución, Robespierre lanzó una advertencia escalofriante a sus adversarios políticos: «Mañana, cuando volvamos al trabajo, ¡seguiremos luchando contra el vicio y contra los tiranos!» A continuación, el gran coro de la Ópera Nacional entonó un himno compuesto por Gossec, titulado «Padre del Universo, Inteligencia Suprema». Por último, Robespierre se acercó a la efigie velada que representaba el Ateísmo y le prendió fuego. Jacques-Louis David la había diseñado de tal manera que, al arder el velo, dejara al descubierto una estatua de piedra de la Sabiduría que había debajo, hecha según el modelo de la diosa antigua Sofía, que se suponía que surgía «como un fénix de entre las llamas».

Muy usada como símbolo en la francmasonería, Sofía se asocia a menudo con Isis. Según el poeta Gérard de Nerval, la estatua que Robespierre descubrió aquel día era, con toda probabilidad, una efigie de Isis. En su libro *Les Illuminés*, publicado en 1852, Nerval habla de la ceremonia representada por Robespierre y la compara con «una remembranza de las prácticas de los "iluminados"», señalando que la naturaleza velada que se utilizó para la ceremonia del 8 de junio de 1794 era «una estatua cubierta con un velo que [Robespierre] prendió y que representaba a la Naturaleza o a Isis».[90]

Al final, cuando la efigie se reveló al pueblo y cesaron los cánticos, Robespierre encabezó un cortejo llevando las riendas de un carro inmenso que conducía a la diosa y tirado por ocho bueyes, con los cuernos pintados de dorado. El cortejo pasó por la plaza de la Revolución (la actual plaza de la Concordia), Les Invalides y finalmente se detuvo en el Campo de Marte, donde tuvieron lugar más celebraciones, discursos y cánticos.[91]

Notre-Dame, el templo de la diosa

Según los documentos de la época, los ataques a las instituciones religiosas que tuvieron lugar en 1793 y 1794 no fueron meros actos de venganza esporádica contra miembros individuales del clero, sino una campaña sistemática y bien organizada de descristianización, que trajo como consecuencia, en cuestión de meses, la abdicación voluntaria en bloque de unos veinte mil sacerdotes católicos, muchos de los cuales abrazaron con alegría el culto a la diosa revolucionaria.[92]

Según el historiador francés Michel Vovelle, el culto a la diosa Razón apareció por primera vez durante el juicio a María Antonieta y despegó con entusiasmo justo después de la ejecución pública de la reina, el 16 de octubre de 1793.[93] Se ha confirmado que las primeras señales de descristianización se produjeron en los departamentos de Alliers y Nièvre el 2 de octubre de 1793, durante la etapa final del juicio.

Poco después, el 7 de octubre, ocurrió algo que conmocionó al país. Cuentan que un representante de la Convención Nacional, un ex pastor llamado Philippe Ruhl, que obedecía órdenes de Chaumette y Hébert, había cogido la Santa Ampolla, un cáliz de cristal que contenía óleo sagrado, de la catedral de Reims y la había destrozado en la plaza pública. Se decía que la Santa Ampolla contenía el óleo sacramental que se había usado para consagrar a los reyes y reinas de Francia desde la época de Clodoveo, en el 496 d. de C. Cuentan que, después de que Ruhl destrozara la Santa Ampolla, un sacerdote, el abate Serrain de la aldea de Saint-Rémi, corrió al lugar y logró recoger con un trapo parte del óleo sagrado.[94]

Sin embargo, lo que hizo Ruhl no fue más que el preludio. El 7 de noviembre de 1793, pocas semanas después de la decapitación de María Antonieta, el obispo de París, Jean-Baptiste Gobel, se apartó del sacerdocio ante un público numeroso en la Convención Nacional. Aquella far-

sa también fue orquestada por Chaumette. El obispo, muerto de miedo, declaró enseguida que quería unirse a los hebertistas y al culto a la Razón.

Tres días después, el 10 de noviembre, ocurrió lo impensable: una gran multitud, acompañada por un coro, irrumpió en la catedral de Notre-Dame de París. Llevaban un trono improvisado en el que estaba la «diosa» representada por una hermosa actriz parisiense, *mademoiselle* Aubry, vestida con los colores republicanos: azul, blanco y rojo, y con el gorro frigio. La «diosa», que llevaba la etiqueta de «Libertad, hija de la Naturaleza», blandía una antorcha para demostrar que «la Libertad es la luz del mundo».[95] A continuación, toda la congregación, encabezada por Chaumette y el ex obispo Gobel, se dirigió a la Convención Nacional, donde se decretó que, a partir de aquel momento, la catedral de Notre-Dame pasaría a llamarse el «templo de la diosa Razón».[96]

La Ciudad de la Luz

Señalemos al pasar que Chaumette no era un francmasón cualquiera. Como a muchos francmasones de la época, le gustaban los símbolos y los rituales egipcios. Por ejemplo, era un partidario entusiasta de los astrónomos Charles Dupuis y Lalande y no nos extraña que un crítico de la época exclamara: «Los señores Dupuis y Lalande ven a Isis por todas partes».[97] Estaba de moda en los círculos masónicos justo antes de la Revolución ver el antiguo Egipto como fuente de toda la ilustración masónica[98] y recordaremos que el astrónomo Dupuis era uno de los que sostenían que Isis era la diosa tutelar original de París. En realidad, en 1794 Dupuis publicó la tesis de que la catedral de Notre-Dame en realidad era un Iseo, es decir, un templo de Isis, que se había convertido o sobre el cual los cristianos habían edificado el suyo:

> Esta famosa Isis era la diosa de los antiguos franceses o de los suevos que sumaron a su culto la barca simbólica, conocida como «la barca de Isis». Esta barca existe todavía en el escudo de armas de París, la ciudad cuya diosa tutelar era Isis. Precisamente a Isis, la madre del Dios de la Luz, hace ofrendas y enciende velas el pueblo [de París] en Año Nuevo e incluso durante el resto del año, en memoria de la fiesta de los iluminados.[99]

Una vez más observamos el epíteto de «Dios de la Luz», utilizado por los gnósticos y los maniqueos en los primeros siglos después de

Cristo y, posteriormente, por los cátaros. También aparece de diversas formas en la francmasonería y en los Manifiestos Rosacruces, como ya hemos dicho en capítulos anteriores, aunque no aparece en la Biblia cristiana.

En apoyo de la postura de Dupuis, el astrónomo Lalande escribió lo siguiente:

> En su investigación sobre la fachada [de Notre-Dame de París], M. Dupuis llegó a la conclusión de que es una copia rudimentaria de un frontispicio de un antiguo templo de Isis, la diosa cuyo culto se estableció hace mucho tiempo en la Galia y en especial en París.[100]

Con su evidente inclinación masónica por la diosa Isis, a la que llamaban «madre del Dios de la Luz» y también identificaban correctamente como «diosa del año» (como la conocían en el antiguo Egipto),[101] es fácil comprender la inspiración del nuevo calendario republicano, en cuya creación participaron de cerca Dupuis y Lalande. Como decíamos en el capítulo 1, el llamado «calendario republicano» giraba en torno al año de 365 días del antiguo Egipto, dividido en doce meses de treinta días cada uno, con «cinco días adicionales» que se sumaban para completar el año solar.

Sin embargo, además de la diosa Isis y Razón y Naturaleza, los revolucionarios parisienses de finales del siglo XVIII también utilizaron con profusión otros símbolos egipcios muy conocidos, como las pirámides y el llamado «ojo vigilante». Mientras trataba de comprender por qué se utilizaban aquellos símbolos, Robert Bauval encontró la llave que abría una ventana secreta que daba a París y que nos permite ver un paisaje encantado, casi mágico, entretejido en el trazado moderno de esta Ciudad de Luz.

13

El descubrimiento de París

> «En la francmasonería francesa, parecería que los aspectos alegóricos y metafóricos [de la arquitectura] se han revestido de mayor importancia que en la Inglaterra del siglo XVIII. La historia de la arquitectura se identificaba con la evolución de la sociedad y la arquitectura se consideraba una manera de establecer un sistema justo y ordenado.»
>
> JAMES STEVENS CURL, *The Art and Architecture of Freemasonry*, B. T. Batsford Ltd., Londres, 1991, p. 118

El 14 de julio de 1792 se celebró una ceremonia republicana en el Campo de Marte de París, donde se erigió una pirámide de honor para conmemorar a los que habían muerto en la toma de la Bastilla.[1] Se conserva un grabado de otra ceremonia republicana que tuvo lugar poco más de un mes después, el 26 de agosto de 1792, en los jardines de las Tullerías, delante del Louvre. Una vez más, se levantó una pirámide en honor de los mártires de la Revolución. Una tercera pirámide apareció en el Parc Monceau; esta fue encargada por Felipe Igualdad y diseñada por el arquitecto B. Poyet, junto a un pabellón que probablemente servía como templo masónico. Además, hubo muchos otros proyectos que, aunque jamás se construyeron, todavía sirven para demostrar la peculiar obsesión con la forma piramidal que había en las décadas en torno a la Revolución de 1789.

Sirvan de ejemplo los curiosos proyectos del arquitecto revolucionario Claude-Nicolas Ledoux,[2] que era francmasón y que, según el historiador de la arquitectura James Curl, «participaba en cultos masóni-

cos y criptomasónicos». De hecho, tanto participaba en tales intereses que, cuando otro francmasón británico, que era arquitecto, asistió a una reunión masónica en la casa de Ledoux en París, se molestó por lo que le pareció la naturaleza demasiado oculta del acontecimiento y posteriormente comentó: «Parecería que Ledoux participaba más en el tipo de masonería herética de Cagliostro».[3] Ha intrigado a muchos arquitectos uno de los diseños más ambiciosos de Ledoux, la llamada «Forge à Canon», una planta de fundición de hierro con inmensas pirámides y un trazado que recuerda «diversas versiones del complejo del templo de Jerusalén».[4]

También están, evidentemente, los diseños seudoegipcios extraordinarios del arquitecto revolucionario Étienne Boullée, el más famoso de los cuales era el llamado «Cénotaphe dans le genre égyptien», que consistía en una serie de pirámides inmensas a las que les faltaban los piramidones, un diseño que se parece mucho al aspecto que tienen, a pesar de las diferencias históricas, la Gran Pirámide de Gizeh y la pirámide truncada que aparece en el Gran Sello de Estados Unidos.[5] James Curl, considerado un experto en arquitectura masónica, comenta que «a pesar de llevar el nombre de "cenotafio", es evidente que el edificio era un cementerio o un "centro para cultos", a juzgar por la procesión que subía y bajaba por las inmensas rampas».[6]

Imaginar al Ser supremo

¿Acaso pensaban Ledoux y Boullée en el Ser supremo cuando hicieron sus diseños? Puede ser. Sin embargo, los dos, como muchos arquitectos de su generación, estaban muy influidos por el famoso arquitecto y francmasón Quatremère de Quincy, famoso por haber presentado un ensayo premiado a la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres en 1785 sobre la arquitectura del antiguo Egipto y, más concretamente, sobre las pirámides.[7] Según James Curl, «Quincy no sólo era francmasón, sino que además estaba muy influido por sus convicciones masónicas».[8]

También hay un proyecto extraordinario de Ledoux, discípulo de Quincy, que aparece en su libro *L'architecture considérée sous le rapport de l'art, des moeurs et de la législation*, publicado en París en 1804, donde podemos ver un proyecto para el teatro de la ciudad de Besançon, con la forma de un gigantesco ojo que todo lo ve, que James Curl describe como «una alusión masónica incuestionable».[9] Utilizó la mis-

ma idea el arquitecto revolucionario Poyet, que había diseñado la pirámide del Parc Monceau para Felipe Igualdad. Otro de los ambiciosos proyectos de Poyet era para un hospital público en París, en el que se puede distinguir fácilmente un gigantesco ojo que todo lo ve en el trazado general.[10]

El ojo vigilante, el ojo que todo lo ve, el ojo en la pirámide y el ojo en el triángulo eran símbolos del Ser supremo, el *Être Suprême* de Robespierre. Por ejemplo, tenemos un cartel que data de la Revolución en el que aparecen los filósofos y héroes Voltaire y Rousseau señalando un disco solar resplandeciente, dentro del cual está el ojo que todo lo ve, con una leyenda que dice: *«Être Suprême, Peuple Souverain, République Française»*.[11] El ojo que todo lo ve destaca también en un cartel de la Fête de la Fédération en el Campo de Marte que data de 1790, donde los rayos del sol caen hacia abajo formando una pirámide dorada que envuelve dos banderas tricolores y un gorro frigio rojo, colgado sobre un mástil de la libertad.[12]

La asociación entre el ojo que todo lo ve y Voltaire, en el primero de estos carteles, tiene un interés especial. Es un hecho muy conocido entre los francmasones que Voltaire fue iniciado el 7 de abril de 1778 en la Logia de las Nueve Hermanas de París por el astrónomo Lalande y por Benjamin Franklin.[13] Cuando Voltaire murió un mes después, se celebró una «tenida fúnebre», una especie de servicio funerario masón, y el 28 de noviembre de 1778 se celebró allí un oficio por su alma difunta. Siguiendo la tradición masónica, todo el interior de la logia se cubrió con velos negros. Al fondo de la sala, se erigió una pirámide escalonada, también cubierta de negro.[14] En lo alto de esta pirámide había un cenotafio y en el lugar donde suele estar el piramidón se podía ver en el aire un triángulo resplandeciente con la letra «G».

La misma pirámide con el mismo piramidón resplandeciente se puede ver en el Gran Sello de Estados Unidos, cuyo diseño coordinaron Benjamin Franklin y Thomas Jefferson en 1776.[15] Según el simbolismo masónico, el ojo que representa al Ser supremo se puede intercambiar por la letra «G» y los dos símbolos representan a Dios [*God*, en inglés], el Gran Geómetra o el Gran Arquitecto del Universo. El escritor y profesor francés Michel Vovelle también llama la atención hacia un cartel revolucionario francés en el que se puede ver el ojo que todo lo ve sobre el pecho de la diosa Razón; ella sostiene una corona de la victoria sobre una placa en la que aparece una pequeña pirámide resplandeciente con el ojo.[16] En realidad, el mismo triángulo resplandeciente con

el ojo que todo lo ve llegó hasta la parte superior de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, firmada en agosto de 1789 en la Asamblea Nacional. El texto seguía el modelo de los ensayos escritos por el marqués de Lafayette y el abate Sieyès, dos francmasones muy destacados del Rito Escocés. Tal vez deberíamos recordar las palabras reveladoras del Gran Maestro del Gran Oriente, Paul Gourdot, cuando dijo que los intelectuales como Voltaire proporcionaban el «espíritu de la Revolución» y que el resultado de aquella (la Primera República) se basaba en «la Declaración de los Derechos del Hombre, que se formuló en nuestras logias».[17]

El aullido de un tigre moribundo

Curiosamente, las ceremonias extravagantes que se celebraron durante la llamada «fiesta del Ser supremo», el 8 de junio de 1794, desembocarían en la caída de Robespierre. Su espurio despliegue de piedad y reverencia hacia la efigie de una divinidad pagana no fue del agrado de todos los asistentes al acontecimiento e incluso algunos de sus aliados más cercanos quedaron desconcertados por lo que les pareció su creciente pomposidad y vanidad. Preocupaba a muchos el hecho de que llevar las riendas de la Convención Nacional se le hubiese subido a la cabeza.

Los *montagnards* o «montañeses», que por lo general eran los partidarios más entusiastas de Robespierre, comenzaron a albergar dudas y, como en su mayor parte eran ateos, muchos se sintieron bastante incómodos ante sus extrañas manifestaciones seudorreligiosas. Aunque parezca mentira, encontraron la manera de acusar de antirrepublicanismo al antes invulnerable Robespierre y lo enviaron a la guillotina el 28 de julio de 1794. Tenía la mandíbula destrozada por el disparo de una pistola, de modo que sangraba profusamente y no podía hablar. Lo único que pudo hacer el pobre hombre fue lanzar un aullido aterrador, que, según un testigo presencial, sonó «como el de un tigre moribundo».

La Revolución casi había seguido su curso y, por un momento breve y tentador, las riendas del poder quedaron en el aire, a la espera de que alguien se hiciese cargo de ellas. Un joven oficial corso que había seguido de cerca aquellos acontecimientos espeluznantes, aguardando su oportunidad, se preparaba lentamente para entrar en acción.

Se estaba gestando un nuevo Alejandro Magno.

La diosa de Napoleón

La noche del 5 de marzo de 1798, una fecha que, curiosamente, coincidía con una fiesta conocida de la antigua Roma, la del *Navigium Isidis*, la barca de Isis, un carruaje con fuerte escolta militar salió de París en dirección al puerto de Tolón. En él viajaban el nuevo héroe de Francia, Napoleón Bonaparte, y su encantadora esposa Josefina. Iban a encontrarse con la flota francesa, que esperaba para zarpar hacia Egipto.

En apenas dos años, Napoleón había pasado de ser un oficial de artillería desconocido en medio del «Terror» de 1794 a ser comandante en jefe del Ejército a principios de 1796. Una semana después de ser nombrado comandante en jefe del Ejército francés en Italia, Napoleón se había casado con la bellísima Josefina Beauharnais,[18] viuda del vizconde de Beauharnais, un aristócrata francmasón, que, al igual que muchos otros miembros de su estado, había acabado en la guillotina en 1794. Josefina era la hija mayor de Joseph Tascher de la Pagerie, un aristócrata venido a menos que se había establecido en Martinica, donde Josefina había vivido los quince primeros años de su vida. Había llegado a París en 1779, una década antes de la Revolución, y allí se había casado con el desafortunado De Beauharnais. Fue un matrimonio convenido, que nunca fue feliz. Cuando Napoleón la conoció, en 1795, ella era viuda, tenía dos hijos y estaba a punto de romper una relación turbulenta con Paul de Barras, el comandante en jefe del Ejército del interior. Napoleón, que era un general que estaba a las órdenes de Barras, sólo tenía veintisiete años en aquella época. Josefina tenía treinta y tres y era la niña mimada de la alta sociedad parisiense, en la que la había introducido la hermosa Thérèse Tallien, la esposa de Jean-Lambert Tallien, que, junto con Barras, había conspirado para derrocar a Robespierre en 1794. De hecho, había sido Thérèse la que había presentado a Josefina a su propio amante, Barras, que a su vez la pasó a Napoleón.

Aparentemente, Josefina se sintió atraída hacia la francmasonería bastante pronto en su carrera, quizás en parte porque se consideraba que estaba de moda entre las mujeres de la aristocracia y en parte porque su primer marido, el vizconde de Beauharnais, había sido un francmasón destacado y procedía de una familia de francmasones ilustres.[19] Es probable que Josefina se iniciara en la francmasonería femenina en Estrasburgo, cuando su esposo, el vizconde, era comandante del Ejército del Rin. [20] Mucho después, su hijo, Eugène de Beauharnais, que entonces estaba a punto de ir hacia Egipto con Napoleón, llegaría a ser Gran

Maestro del Gran Oriente de Italia y también del Consejo Supremo del Grado 33 de Italia.[21]

Cuando se convirtió en emperatriz de Francia, en 1804, Josefina fue elegida Gran Maestra y patrocinadora de la francmasonería femenina en París.[22] Muchas damas de su entorno se incorporaron también a la hermandad masónica. Aparentemente, la dama de honor de Josefina, Félicité de Carbonnel de Canisy, fue iniciada en la francmasonería femenina por la esposa del alcalde de Estrasburgo, *madame* Dietrich, y para celebrar el acontecimiento se acuñó una medalla conmemorativa en la que aparecía un triángulo dorado en cuyo ápice había una estrella en una corona, que era casi una premonición del futuro papel de Josefina en Francia.[23] La prima favorita de Josefina, Émilie de Beauharnais, esposa de Antoine Chamans, conde de la Valette y director general de la Oficina de Correos Imperial, fue elegida Gran Maestra de la logia de adopción Anacreón en París.[24]

Como francmasona iniciada en los misterios antiguos y con todo lo que se hablaba de deísmo después de la Revolución, es posible que Josefina hubiese comenzado a interesarse por el islamismo e incluso es posible que hubiese animado en privado a Napoleón a introducirlo en Europa occidental, porque es bien sabido que su prima hermana y mejor amiga, la hermosa Aimée Dubucq de Rivery, había sido raptada por piratas árabes y vendida al harén del sultán de Turquía, Abdul Hamid I, donde no tardó en convertirse en su concubina favorita y en darle un hijo varón, el emir Mahmoud. Al morir el anciano sultán, Aimée se convirtió en amante del heredero forzoso, el joven y glamuroso sobrino del sultán, el emir Selim, sobre el cual Aimée llegó a ejercer una influencia enorme, convirtiéndolo incluso en un francófilo entusiasta,[25] de modo que había un vínculo dinástico entre Josefina de Francia y su prima, la «sultana» de Turquía, una conexión que tal vez situara a Oriente Medio y el islamismo dentro del ámbito de atención de Josefina. De todos modos, sea lo que fuese que estuviese pasando en secreto por la cabeza de Josefina y la de Napoleón, llegaría el día en que él le escribiese desde Egipto estas curiosas palabras:

> Me vi fundando una nueva religión, entrando en Asia montado en un elefante, con un turbante en la cabeza y en la mano un Corán que yo habría compuesto a la medida de mis necesidades.[26]

Si estas palabras se escribieron en broma o no es algo que no sabremos jamás.

Las inspiraciones para la invasión de Egipto

La idea de que Francia invadiera Egipto no fue original de Napoleón, sino creación de Talleyrand, el gran estadista y diplomático francés. Ya hemos hablado de él, cuando, en 1789, renunció a su papel de representante del segundo estado (el clero) y se puso del lado de los revolucionarios. Sin embargo, como estaba a favor de una monarquía constitucional, tuvo que huir de Francia para salvar el pellejo al evolucionar la Revolución. Fue primero a Inglaterra a finales de 1792 y después, en 1794, a Estados Unidos, donde permaneció hasta septiembre de 1796, después del ascenso de Napoleón Bonaparte. Cuando regresó a Francia, Napoleón lo nombró ministro de Asuntos Exteriores.

Aunque había llegado a la categoría de obispo de la Iglesia católica, Talleyrand era un francmasón ferviente y, durante los primeros años de la Revolución, había contado con el apoyo del duque de Orleans. Había sido miembro de la prestigiosa Logia Les Philalèthes de París y de la Logia Les Amis Réunis, a la que también pertenecían Marat, Sieyès y Condorcet.[27] Les Philalèthes de París había tenido mucho que ver con el Rito Egipcio de Cagliostro, allá por 1784-1785, cuando se decía que muchos de sus miembros se habían incorporado a su logia en París. El francmasón Henry Evans explica lo siguiente:

> La controversia entre Cagliostro y la Logia de los Philalèthes (o amantes de la verdad) pertenece a la historia de la masonería. El 15 de febrero de 1785, los miembros de la Logia de los Philalèthes, con Savalette de Langes a la cabeza, se reunieron en París para analizar cuestiones de importancia relacionadas con la francmasonería, tales como su origen, su naturaleza esencial, las relaciones con las ciencias ocultas, etcétera [...] entre ellos había príncipes franceses y austríacos, concejales, financieros, barones, embajadores, oficiales del Ejército, médicos, agricultores, un general y, en último lugar, aunque no por eso menos importante, dos profesores de magia. M. de Langes era un banquero real que había ocupado un puesto destacado en los antiguos Illuminati. Cagliostro había sido invitado a asistir a la convención y había asegurado al mensajero que participaría en las deliberaciones; sin embargo, cambió de idea y exigió que los Philalèthes adoptaran la Constitución del Rito Egipcio, quemaran sus archivos y se iniciaran en la Logia Madre de Lyon [«Sabiduría triunfal»], dando a entender que no estaban en posesión de la verdadera masonería. Se dignó, como él dijo, a extender la mano sobre ellos y consintió en «enviar un rayo de luz a la oscuridad de su templo». Se encomendó al barón Von Gleichen que fuera a

ver a Cagliostro y le pidiera información más detallada y, al mismo tiempo, que solicitara la presencia de los miembros de la Logia Madre en la convención. Se reanudó la correspondencia, pero Cagliostro mantuvo su postura. Finalmente, tres delegados de los Philalèthes, entre ellos el marqués de Marnezia de Franch le-Comte, fueron a Lyon y se iniciaron en la masonería egipcia. En su informe a la convención aparecen las siguientes palabras significativas: «Su doctrina [la de Cagliostro] debería ser considerada sublime y pura y, sin tener un conocimiento perfecto de nuestra lengua, él la utiliza como lo hacían los profetas de antaño».[28]

¿Es posible que tanto hablar de Egipto hubiese influido en Talleyrand de alguna manera, cuando después comenzó a insistir con la idea de una «expedición egipcia» ante Napoleón Bonaparte? Parece plausible, sobre todo porque existían precedentes de una invasión francesa de Egipto.

En 1249, cinco años después de que su ejército capturase el bastión cátaro de Montségur, el rey Luis IX desembarcó en el puerto de Damietta con una fuerza de caballeros franceses y trató de hacerse con el control de Egipto, pero fue derrotado y capturado por los árabes en Mansourah, una ciudad pequeña en el camino a El Cairo, aunque finalmente fue liberado, cuando se pagó por él un rescate considerable. Sin inmutarse, Luis organizó un segundo intento de apoderarse de Egipto en 1270; en aquella ocasión llegó atravesando el desierto desde el lugar donde había desembarcado, en Túnez. Sin embargo, los invasores franceses sufrieron enfermedades terribles y el propio rey murió en el cruce del desierto.

Pocos siglos después, en 1672, el famoso matemático y filósofo Gottfried Leibniz presentó a Luis XIV un plan secreto para invadir Egipto a gran escala,[29] pero entonces Luis estaba en guerra con Holanda y al final rechazó el plan, cuyo verdadero objetivo posiblemente fuese desviar su atención de las conquistas europeas y conseguir que se concentrase, en cambio, en una «misión universal» para unir Oriente y Occidente, al estilo de Alejandro Magno.

Los estudiosos sospechan que Leibniz pertenecía a la hermandad invisible de los rosacruces.[30] También se sabe que estuvo durante mucho tiempo en contacto con el jesuita y cabalista hermético Athanasius Kircher, con el que compartía el interés por los jeroglíficos y los obeliscos egipcios.[31] Parece que Kircher influyó en las investigaciones matemáticas y filosóficas de Leibniz y sobre todo en sus estudios de las lenguas

antiguas, que en su momento llegó a convertirse en una obsesión personal.[32]

Sin embargo, la idea de invadir Egipto no desapareció. Posteriormente, el duque de Choiseul, ministro de Asuntos Exteriores durante el reinado de Luis XV, propuso otros planes similares.[33] Choiseul fue uno de los primeros aristócratas de Francia que se hizo francmasón.[34] También era enemigo a muerte de los jesuitas, a los que finalmente logró expulsar de Francia en 1764. Su esposa, la duquesa de Choiseul, participaba con regularidad en la logia de adopción Isis, que Cagliostro había fundado en París en 1785, y había sido propuesta como Gran Maestra en un momento dado.[35] Como responsable de la modernización de la flota francesa, Choiseul era una autoridad para cualquier invasión naval que Francia se planteara; sin embargo, su proyecto también acabó siendo archivado.

De modo que, cuando Talleyrand propuso su plan para invadir Egipto a principios de 1798, al principio fue recibido con bastante vacilación. Por una parte, Napoleón desconfiaba de cruzar el Mediterráneo en un momento en que la flota británica, a las órdenes de Nelson, buscaba con mucho interés una presa francesa. Por otra parte, la perspectiva de una victoria gloriosa y aparentemente fácil que evocara las hazañas de Alejandro Magno y de César resultaba sumamente tentadora y a Napoleón le costaba pasarla por alto. Según los informes secretos, en el puerto de Alejandría sólo había una guarnición árabe reducida y mal entrenada que no podría competir con las modernas naves de guerra francesas ni con las tropas de élite de Napoleón.

Problemas con Josefina

Cuando Napoleón tomó la decisión de invadir Egipto, lo presionaban dolorosas consideraciones personales relacionadas con su esposa, Josefina. Sólo llevaban dos años casados y ella ya le había sido infiel con un joven oficial llamado Hippolyte Charles. En realidad, pocos meses después de su boda, en 1796, parece que Napoleón (que entonces estaba combatiendo en Italia) se dio cuenta de que algo malo sucedía con el comportamiento de Josefina y eso lo indujo a escribir la siguiente carta, bastante inmadura:

> Amada mía: Te escribo muy a menudo, pero tú apenas me escribes. Eres mala, mala y traviesa, tanto como eres caprichosa. No está bien que engañes a un pobre

esposo, a un tierno enamorado. ¿Debería él perder todo su placer por estar tan lejos, abrumado por el trabajo, el cansancio y las dificultades? Sin su Josefina, sin la seguridad de su amor, ¿qué le queda sobre la tierra? ¿Qué puede hacer él? [...] Adieu, adorable Josefina; una de estas noches se abrirá tu puerta con un fuerte estruendo, como una persona celosa, y me verás en tus brazos. Mil besos amorosos.

En noviembre de 1796, Josefina viajó a Génova con Hippolyte Charles, lo que provocó la ira y la confusión emocional de Napoleón. Aunque estaba muy convencido de que su mujer le era infiel, su inmenso orgullo y su amor obsesivo le hicieron reaccionar de forma paradójica:

¡Ya no te quiero más! Al contrario: te aborrezco. Eres una guarra asquerosa, miserable y horrorosa. No me escribes nunca. No quieres a tu esposo. [...] Pronto te estrecharé entre mis brazos y después te cubriré de millones de besos, ardientes como el Ecuador.

El 5 de marzo de 1798, entre discursos elocuentes que llamaban a la «misión universal» de Francia y la supuesta necesidad de frustrar el comercio británico con India, el Directorio votó a favor de una expedición militar a Egipto, dirigida por Napoleón. La votación se mantuvo en secreto hasta que la flota zarpó efectivamente de Tolón, el 19 de mayo de 1798.[36] Según el historiador británico Aubrey Noakes, Napoleón había querido que Josefina lo acompañara, probablemente para que no hiciera travesuras en París, pero ella se había negado con tesón.[37] Sin embargo, Vincent Cronin, en su reciente biografía de Napoleón, dice lo contrario: que era Josefina la que tenía unas ganas desesperadas de ir a Egipto, pero que Napoleón no quiso que fuera.[38] Sea como fuere, la cuestión es que Josefina se quedó con órdenes estrictas de Napoleón de no volver a ver a Hippolyte Charles nunca más. Aparentemente, tuvo lugar un diálogo bastante extraño entre Napoleón y Josefina cuando él se disponía a subir a bordo del buque insignia *L'Orient*, con destino a Egipto:

—¿Cuándo regresarás? —murmuró ella.

—Seis meses, seis años, puede que nunca —respondió Bonaparte con indiferencia.

Mientras la nave se alejaba del muelle, Josefina se adelantó con un último mensaje:

—¡Adiós! ¡Adiós! Si vas a Tebas [Luxor], no dejes de enviarme un obelisco pequeño [...][39]

En medio de aquel ambiente de tensa emoción, Napoleón partió hacia Egipto en su aventura épica de descubrimiento y gloria. A pesar de la infidelidad y la frivolidad de Josefina, seguía enamorado locamente de ella y creía con fervor en su destino histórico juntos. Puede que entonces más que nunca quisiera impresionarla con su heroísmo y su sentido único del deber.

«Nosotros, los que hemos destruido al papa...»

Cuando la flota francesa llegó a Alejandría el 1 de julio de 1798, un Napoleón entusiasmado hizo una proclama bastante curiosa al pueblo egipcio, que estaba sometido al mandato supuestamente opresivo de los mamelucos:[40]

> ¡Pueblo de Egipto! Os dirán que he venido a destruir vuestra religión. No les creáis. Responded que he venido a restaurar vuestros derechos y a castigar a los usurpadores y que venero más que los mamelucos a Alá, su profeta, y al Corán. [...] Antes existían en Egipto grandes ciudades, grandes canales, mucho comercio; ¿cómo han sido destruidos, si no es por la avaricia, la injusticia y la tiranía de los mamelucos? [...] ¡Jeques! ¡Imanes! Id a decir al pueblo que somos amigos de los auténticos musulmanes. ¿Acaso no somos nosotros los que hemos destruido al papa que predicaba que había que hacer la guerra a los musulmanes? ¿Acaso no somos los que hemos destruido a los Caballeros de Malta, unos locos que pensaban que Dios quería que hicieran la guerra a los musulmanes? ¿Acaso no somos, desde hace tiempo, amigos del sultán y enemigos de sus enemigos?[41]

Un grabado en color muy revelador del artista parisiense Basset, que data de aquella época, muestra lo que Napoleón debía de estar pensando.[42] En el registro superior aparece Napoleón en el centro de la escena, de pie junto a las pirámides de Gizeh y recibiendo la llave de Egipto de dos árabes arrodillados a sus pies. Por encima de Napoleón dos ángeles sujetan una corona; uno de los ángeles representa la gloria y el otro, la fama. En el registro inferior se muestra a Napoleón señalando un gran triángulo resplandeciente (el Ser supremo) que se mantiene en el aire cerca de él y parece invitar a los representantes de todas las religiones conocidas a venerar al Dios universal, simbolizado por el triángulo resplandeciente.

Después de que Napoleón capturara El Cairo, a finales de julio de 1798, los árabes aprovecharon su oferta de alianza entre la nueva República francesa y el islamismo, mientras en secreto lo aborrecían, a él y a sus tropas, tanto como habían aborrecido a los cruzados en otros tiempos. Sin embargo, había que negociar con el diablo hasta encontrar la manera de expulsarlo. Mientras tanto, debió de ser más o menos por aquella época cuando el general Junot, a través de una carta personal que había recibido de París, presentó a Napoleón la prueba irrefutable de que habían visto a Josefina en una posada con Hippolyte Charles, justo después de que él la hubiese dejado en Tolón. Napoleón estaba desconsolado. Para vengarse, comenzó una relación sin tapujos en El Cairo con Pauline Fouré, la bella esposa de un oficial joven.[43]

Por la *folie égyptienne*, como posteriormente llamarían los historiadores a la campaña de Napoleón en Egipto, pagaría Francia un precio muy elevado: la destrucción total de la flota de invasión francesa en Abukir, frente a los británicos a las órdenes de Horatio Nelson, y la pérdida de casi el 40 por ciento del ejército expedicionario, que al principio había contado con un total de alrededor de cincuenta y cuatro mil hombres, aunque lo peor fue la humillante rendición de los supervivientes a las fuerzas británicas al mando de Abercrombie en Alejandría.

Napoleón regresó a Francia mucho antes de la rendición y de algún modo consiguió sobrevivir a aquel desastre militar y político. Una campaña de propaganda eficaz no tardaría en convertir la realidad de la derrota en la sensación de una victoria cultural.

Los sabios y el destino de Napoleón

Napoleón había llevado consigo a Egipto a ciento sesenta y siete «sabios»: estudiosos y eruditos de muchas disciplinas diferentes, como topógrafos, matemáticos, astrónomos, ingenieros, botánicos, lingüistas, poetas, artistas y arquitectos, todos escogidos cuidadosamente del recién formado Instituto Nacional de Francia. El matemático Gaspard Monge los había seleccionado uno por uno. Monge era uno de los mejores amigos y consejeros de Napoleón y consideraba al joven general su hijo adoptivo.[44] El lector recordará que Monge era un francmasón destacado de la Logia de las Nueve Hermanas de París y había sido responsable directamente, junto con Charles-Gilbert Romme, de la introducción del calendario republicano, según el modelo del año solar egipcio. Mien-

tras estaba en Egipto, Monge fundó el Instituto de Egipto en El Cairo, un organismo científico y *encyclopédiste*, según el modelo de su equivalente francés, el Instituto Nacional. Monge actuaba como presidente del Instituto de Egipto y Napoleón fue su vicepresidente.[45] Muchos de los demás sabios y oficiales que acompañaron a Napoleón a Egipto también eran francmasones, en particular su mano derecha, el general Jean Baptiste Kléber, del cual se dice que fundó la primera logia masónica moderna que se estableció en suelo egipcio.[46]

También figuraba entre los sabios Dominique Vivant Denon, un artista con un talento increíble para los bocetos a mano alzada y para hacer grabados. Denon era un hombre muy culto y, antes de la Revolución, había sido diplomático en Rusia y en Suecia. Había estado a punto de enfrentarse a la guillotina en diciembre de 1793, por su supuesta simpatía hacia los monárquicos, pero lo salvó de la cuchilla su amigo, el pintor Jacques-Louis David, miembro destacado de la Convención Nacional y organizador de los festejos de «Isis en la Bastilla», que, en diciembre de 1793, estaba ocupado promocionando el culto del Ser supremo con Robespierre.

Denon, que era talentoso, sofisticado y muy bien parecido, era uno de los favoritos de las damas de la aristocracia. Catalina II de Rusia lo admiraba mucho y no le costó demasiado ganarse el favor de la prometedora Josefina, que lo presentó a Napoleón. Josefina insistió para que Napoleón llevara a Denon a Egipto, pero, como este no era miembro del Instituto Nacional, al principio Napoleón se había resistido. Sin embargo, con el tiempo, como solía ocurrir, hizo lo que le pedía Josefina. No se arrepintió de su decisión, porque Denon, al publicar sus dibujos espectaculares, encontró la magia para transformar su fiasco en Egipto en una victoria cultural para él en persona y para la República francesa en general.

Aunque algo empañada por la derrota en Abukir y la humillante rendición del ejército expedicionario en Alejandría, la «conquista» de Egipto colocó a Napoleón junto a los héroes militares y los constructores de imperios más ilustres de la historia: Alejandro Magno y César Augusto. Francia conseguía así, en carne y hueso, su propio Napoleón Magno, que había «regresado de Egipto» como un héroe solar mítico, listo para fundar un nuevo imperio francés, siguiendo el modelo del imperio de Carlomagno. La famosa *Description de l'Égypte*, que se publicó con la supervisión de Dominique Denon, estaba dedicada a «Napoleon le Grand», que se representa en la portada como un rey héroe Apolo-*Sol*

Invictus. Allí se lo ve todavía, conduciendo el carro solar, bajo la protección del símbolo egipcio del disco solar alado, en el cual, en este caso, se había colocado una estrella.

¿Será casualidad que, más o menos por la misma época pero al otro lado del Atlántico, se utilizase la misma representación simbólica de Apolo-*Sol Invictus* (incluido el mismo carro solar y el mismo disco solar alado con la misma estrella) en relación con George Washington? Volveremos a hablar de este misterio en el capítulo siguiente.

Pocos historiadores estarían en desacuerdo con que la fuerza que impulsaba a Napoleón en sus conquistas militares era su creencia inquebrantable en su propio destino: la creencia de que, de alguna manera, había sido elegido por la historia para unificar Europa (puede que incluso el mundo entero) bajo un solo gobierno universal. Puesto que su visión de aquel gobierno se basaba en los ideales republicanos, las virtudes y las leyes de Francia, Napoleón, según sus propios cálculos, se había convertido en la encarnación de la Revolución y su misión universal, casi sagrada.

Tras regresar de Egipto en 1799 y con apenas treinta años, Napoleón hizo que el Directorio lo proclamara primer cónsul de la República, un término tomado, evidentemente, de la Roma republicana. En 1802 lo votaron cónsul vitalicio y, con sus ejércitos numerosos y bien entrenados, no tardó en anexionar a Francia extensos territorios en Europa, que incluían Alemania, Austria e Italia. Para entonces era «emperador» de Europa en todo, menos en el título.

Entonces, en 1804, a los treinta y cinco años, Napoleón fue a por el premio máximo.

El Sacro Imperio «Francés»

El día de Navidad del año 800 d. de C., el papa León III coronó al general franco Carlomagno primer emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Carlomagno estaba en Roma con un ejército numeroso para «proteger» al papa, pero cuenta la leyenda que acababa de entrar en la basílica de San Pedro a oír misa. Cuando se acercó al altar y se arrodilló para rezar, el papa le puso una corona de oro en la cabeza e hizo que la congregación exclamara:

> ¡Vida y victoria a Carlos el Augusto, coronado por Dios, el grande y pacífico emperador de los romanos!

Dicen que el papa incluso se postró delante de Carlomagno y le rindió homenaje, como se hacía antes con los emperadores de la antigua Roma, lo que también incluía ungirlo con óleo sagrado.

Después de la «coronación» de Carlomagno, a ningún otro emperador ni rey le había vuelto a corresponder el alto honor de ser coronado físicamente por un papa, hasta que, mil años después, Napoleón Bonaparte decidió que ya era hora de cambiar todo aquello.[47] A tal fin, obligó al papa Pío VII a viajar a París a finales de 1804. La coronación, planeada meticulosamente por el propio Napoleón, tuvo lugar en la catedral de Notre-Dame, que, hasta hacía muy poco, había servido como templo de la diosa Razón. Justo antes del momento culminante de la celebración, Napoleón dio un paso al frente, cogió la corona de manos del papa y, en un gesto simbólico grandilocuente, se coronó a sí mismo emperador. Ante la mirada desconcertada del papa, a continuación Napoleón cogió una corona más pequeña y la colocó sobre la cabeza de la encantadora y promiscua Josefina, convirtiéndola en emperatriz.[48] David inmortalizaría aquel momento en una pintura apropiadamente inmensa que en la actualidad se puede ver en el Louvre. También para celebrar la ocasión, el escultor Jean-Antoine Houdon, francmasón, miembro de la Logia de las Nueve Hermanas y antiguo amigo íntimo de Cagliostro, hizo un busto en mármol de Josefina.[49]

Tal vez nos preguntemos si algunos artistas franceses, como Houdon, Denon y David, no estarían en cierto modo deslumbrados por Josefina, a la que se dedicaron a promocionar como la nueva Isis y, por consiguiente, la nueva diosa tutelar de la francmasonería europea y de la ciudad de París. El lector recordará que, en 1773, Court de Gebelin, francmasón, miembro de la Logia de las Nueve Hermanas e inventor del Tarot moderno, había escrito lo siguiente:

> Nadie ignora que al principio París estaba encerrada en la isla [la Île de la Cité]. Por consiguiente, era, desde sus orígenes, una ciudad de navegación. [...] Como estaba en un río por el que se navegaba mucho, tenía como símbolo una barca y, como diosa tutelar, a Isis, la diosa de la navegación; la barca era la de Isis, el símbolo de la diosa. [50]

F. Noël, historiador parisiense de principios del siglo XIX, explica la asociación entre la barca «parisiense» de Isis y la noción de «imperio» de la siguiente manera:

La barca de Isis, una fiesta que se celebraba en Roma con gran pompa, se conocía como *Navigium Isidis*; después de botarla, se volvía a llevar al templo de Isis y se rezaban oraciones por la prosperidad del emperador, por el imperio y por el pueblo romano.[51]

Fechas y palabras

Durante el breve período de la ocupación napoleónica de Egipto, desde 1798 hasta 1801, se produjeron algunos acontecimientos que proporcionaron un destello mítico a aquella aventura por lo demás fallida.

En primer lugar, está la cuestión de la fecha (el 5 de marzo de 1798) en la que el Directorio votó a favor de enviar a Napoleón a «liberar» a Egipto. Teniendo en cuenta el intenso interés de algunos de los protagonistas por la masonería y por Isis, sería insólito que nadie se hubiese dado cuenta de que el 5 de marzo era la fiesta de la barca de Isis, el *Navigium Isidis*, muy popular durante el imperio romano y, posteriormente, en la antigua Francia o Galia.

En segundo lugar, están las confusas circunstancias en torno a la batalla naval de Abukir, la bahía poco profunda situada al este de Alejandría, donde Nelson arrasó la flota de Napoleón el 1 de agosto de 1798. En Abukir estaba la antigua ciudad de Canopus, donde, según la leyenda, se refugió hace muchísimo tiempo la nave que transportaba a los amantes troyanos, Paris y Helena. Como recordaremos del capítulo 5, Heródoto había asociado a Helena con una divinidad egipcia a la que llamó «Afrodita extranjera». Los alejandrinos identificaban a Afrodita con Isis y tanto Helena como Isis eran bien conocidas como protectoras de los marineros y los barcos. Asimismo, la estrella de Isis (Sirio) era la *Stella Maris*, la «estrella del mar», conocida también como la «estrella de Oriente». Seguro que Napoleón y sus amigos eruditos en Egipto habrán sido conscientes de lo evocador que era de todos aquellos arquetipos míticos el hecho de fondear la nave insignia *L'Orient* en Abukir-Canopus.

Reconocemos de inmediato que se trata de una cuestión sumamente especulativa, aunque el modo de pensar de Napoleón por aquella época no excluye que se hicieran estas asociaciones. Era de origen corso, siguió siendo muy supersticioso durante toda su vida y consideraba a Josefina su amuleto, una suerte de talismán humano. Por su carácter sumamente supersticioso, siempre andaba a la caza de augurios. El his-

toriador francés Jean Duché narra que en una ocasión en que fue criticado abiertamente por un cardenal acerca de sus campañas militares, Napoleón agarró al cardenal de la manga, lo arrastró a una ventana y, a plena luz del día, le preguntó si él podía ver la estrella. Cuando el cardenal, desconcertado, contestó que no se podía ver ninguna estrella, Napoleón replicó:

> Muy bien, ¡mientras yo sea el único que la vea, seguiré mi propio destino y no permitiré que nadie me critique![52]

A cualquier francmasón francés, la palabra «Oriente» en el nombre del buque insignia de Napoleón le recordaría, inevitablemente, la logia madre de París, conocida como el Gran Oriente, es decir, el Gran Este. En la jerga masónica, hasta el día de hoy, la palabra «Oriente» o «Este» denota el nombre o el lugar del principal templo masónico en cualquier pueblo o ciudad y la expresión «Gran Oriente» o «Gran Este» denota el templo o la logia madre de un país.[53] Por ejemplo, el «Grand Orient» es el principal templo masónico de París, situado en la Rue Cadet, mientras que el «Great East» es el Freemasons' Hall de Londres.

¿El emperador masónico de los franceses?

No existen documentos de primera mano que demuestren que Napoleón fuera francmasón, aunque tampoco existe ninguno que demuestre lo contrario. Sin embargo, ha habido mucha especulación erudita en ambos sentidos y algunos especialistas han sostenido con vehemencia que había sido iniciado como masón,[54] mientras que otros sostienen que no, con la misma vehemencia.[55]

Sin duda, muchos francmasones europeos del siglo XIX se comportaban como si Napoleón perteneciera a la hermandad. Había docenas de logias masónicas en Europa que llevaban su nombre, como la Logia Saint Napoleon en París, la Logia Napoleomagne en Toulouse, la Logia Napoleone en Florencia, la Costellazione Napoleone en Nápoles, la Etoile Napoleon en Madrid y otras; las logias solían elegir nombres que evocaban los logros militares, sociales y culturales de Napoleón.[56]

Sabemos con certeza que el entorno estratégico de Napoleón estaba lleno de francmasones destacados, como Talleyrand, Monge, Kléber, Massena y otros. Sabemos también que la mayoría de los miembros de

su familia eran francmasones, como su propio padre, Charles Bonaparte, sus hermanos Jerónimo, Luis y José, su esposa Josefina y su cuñado, Joachim Murat.[57] El historiador y escritor masónico François Collaveri afirma con seguridad:

> [...] la iniciación de Napoleón no es una leyenda, sino que fue iniciado en la francmasonería probablemente en Egipto, como sostiene expresamente el Gran Oriente de Francia.[58]

Otras autoridades llegan incluso a sostener que tanto Napoleón como su general Jean Baptiste Kléber fueron iniciados en la masonería egipcia en el interior de la Gran Pirámide de Gizeh por un sabio copto.[59]

Jean Baptiste Kléber, hijo de un masón operativo, había practicado la arquitectura en París mucho antes de incorporarse al ejército de Napoleón. En 1787, dos años antes de la Revolución francesa, había diseñado un templo de estilo egipcio para el Parc d'Études de París.[60] En aquella época, pocas personas tenían algún conocimiento directo de los templos del antiguo Egipto y el diseño de Kléber apenas se parece a ninguno de los templos antiguos que había en aquel país, aunque, a juzgar por la decoración que también diseñó él, es probable que estuviera pensando en un templo de Isis.

Según el historiador Paul Naudon, Kléber fundó la primera logia masónica moderna de Egipto, a la que, como era previsible, llamó «La Loge Isis».[61] Sin embargo, en junio de 1800, dos años después de llegar a Egipto, fue asesinado por un fanático árabe. Su cadáver fue embalsamado y enviado de vuelta a Francia. Cuando el féretro llegó a París, a finales de septiembre de 1800, Denon planeó la construcción de una réplica del templo egipcio de Dendera, que se levantaría en la Place des Victoires de París, como un mausoleo para el gran general.[62]

Napoleón investiga a Isis

Después de regresar de Egipto, Napoleón desarrolló una fascinación bastante curiosa por la diosa Isis. En realidad, tan intenso fue su interés que acabó por establecer una comisión especial, dirigida por el estudioso Louis Petit-Radelin, para confirmar la antigua leyenda (a la que aluden Corrozet, Dupuis y otros) de que Isis era la verdadera y antigua divinidad tutelar de la ciudad de París. Aparentemente, Napoleón

manifestó un interés específico por la llamada «barca de Isis» y su supuesta conexión con la barca de París que aparece en el escudo de armas de la ciudad.[63] Al cabo de aproximadamente un año de investigar sobre el tema, la comisión especial estuvo en condiciones de informar a Napoleón que en realidad existían bastantes pruebas que apoyaban la afirmación de que la barca de Isis era, verdaderamente, la misma que la barca de París.[64] Muy impresionado por estos hallazgos, el 20 de enero de 1811 Napoleón dio instrucciones de que entonces se incluyera una figura de la diosa egipcia y su estrella en el escudo de armas de París:

> Con anterioridad hemos autorizado y autorizamos ahora también, mediante estos documentos firmados por mí, que nuestra buena ciudad de París tenga el escudo de armas que aparece en color en el dibujo adjunto, al frente el barco antiguo, en la proa una estatua de Isis, sentada, hecha en plata sobre un mar del mismo material, y guiada por una estrella también de plata.[65]

El dibujo que se adjuntaba a la carta de Napoleón se conserva actualmente en la Biblioteca Nacional de París.[66] En él se puede ver el escudo de armas rojo, dorado y plateado, rodeado por una corona de trigo y encima, una corona dorada sobre la cual se posa el águila imperial. Traspasa la corona el caduceo hermético, las culebras aladas enroscadas en una vara. La imagen principal es la barca plateada que flota en un mar de plata. En la proa está la diosa Isis sentada en un trono y guiada por una estrella de cinco puntas que está suspendida delante de la barca. Encima de la barca hay tres abejas doradas, que simbolizan el gobierno solar divino.

Lo interesante es que el mismo grupo de símbolos aparece también en la *Description de l'Égypte* publicada por Denon, en cuya dedicatoria se ve la letra «N» de Napoleón rodeada por la culebra hermética enroscada, rematada por una corona y situada junto a un cartucho faraónico, dentro del cual hay dibujadas una abeja y una estrella de cinco puntas.

Napoleón nombró a Dominique Denon primer director del recién inaugurado Musée Napoléon, cuya sede estaba en el Louvre. Al mismo tiempo, encargó a los arquitectos Percier y Fontaine el diseño de la Cour Carrée, situada al este del Louvre, y al artista Jean-Guillaume Moitte la decoración de la fachada oriental de la puerta interior. Moitte decidió colocar a los legisladores más famosos de la historia, Moisés y Numa Pompilio, flanqueando una estatua de la diosa Isis sentada en un trono.

A continuación de Isis se puede ver al legendario emperador solar y legislador inca, Manco Cápac.[67]

Tres décadas después, cuando el cuerpo de Napoleón fue repatriado desde su lugar de exilio en Santa Elena y colocado en el mausoleo de Les Invalides, en París, el célebre escultor y arquitecto Louis-Tullis Visconti diseñó las decoraciones definitivas de las paredes circulares que rodean el gran sarcófago del ex emperador. En una de las escenas, Visconti esculpió una representación de Napoleón como rey dios solar que se parece mucho a Manco Cápac y al *Sol Invictus*: se ve al venerado general francés sentado en un trono, con el pecho desnudo y con los rayos solares saliéndole de la cabeza y el brazo extendido para entregar la ley a las numerosas naciones de su imperio.

El lugar de la estrella

El monumento más famoso de París, encargado por el propio Napoleón en 1806, es, sin duda, el Arco de Triunfo, situado en el extremo occidental de los Campos Elíseos.[68] El nombre del lugar debió de tener una resonancia especial para Napoleón, porque, desde que se tiene memoria, se llamaba *L'Etoile*, es decir, «la estrella». Teniendo en cuenta su obsesión por su propia estrella del destino y su interés evidente por la relación entre Isis y la ciudad de París, no es imposible que Napoleón imaginara que la estrella en cuestión era Sirio. Además, existe una representación bastante insólita en el Arco de Triunfo que hace mucha referencia a Isis y su relación con Napoleón. En la cara oriental del monumento está el llamado «Triunfo de Napoleón», esculpido por el artista Jean-Pierre Cortot en 1833.[69] La escena muestra a «Victoria» (una mujer desnuda) coronando a Napoleón (con la toga de los emperadores romanos) con una corona de laurel. Arrodillada a los pies del emperador, se puede ver a una diosa romana con una torre en la cabeza, que se supone que simboliza una ciudad que se rinde ante Napoleón.

En realidad, la diosa que está de rodillas es Cibeles y es evidente que Cortot ha utilizado como modelo la figura de una diosa romana con una torre en la cabeza que se encontró en París en 1675, cuando se estaban excavando los cimientos de la iglesia de San Eustaquio.[70] Según Claude du Molinet, el obispo de Santa Genoveva que dio a conocer el hallazgo en 1683, la efigie era:

> La que los griegos llamaban Io y los egipcios llamaban Isis y es la misma que los romanos honraban con el nombre de Cibeles, identificada como la Tierra o la Naturaleza, que los egipcios habían casado con Osiris, que era el Sol, para que fuera fecunda y la madre de todo lo que produjesen sus pechos.[71]

Por consiguiente, para los historiadores franceses del siglo XVII, la diosa con el tocado en forma de torre no era otra que una representación de Isis, porque ella también «tenía una torre en la cabeza»[72] (como ocurre en los jeroglíficos del antiguo Egipto, aunque lo que parece una torre en realidad es un trono).

Además, no sería demasiado descabellado equiparar la figura arrodillada del Arco de Triunfo con la emperatriz Josefina con la corona de Isis en París, porque esta escena recuerda enseguida la famosa pintura de David de la coronación de Josefina y Napoleón en diciembre de 1804, que el papa aprobaba con su presencia.[73] En la pintura se muestra a Napoleón con la corona de laurel de los emperadores romanos, mientras que Josefina aparece arrodillada a sus pies, con la corona de emperatriz. La misma escena se representa en el Arco de Triunfo, donde Napoleón aparece otra vez con el atuendo de los emperadores romanos y coronado de laureles, mientras que Isis-Cibeles se arrodilla a sus pies, con la corona-torre de la diosa.

Hemos visto en el capítulo 11 que el eje principal de París (que pasa por la avenida monumental de los Campos Elíseos) fue alineado por Le Nôtre, ya fuera por casualidad o de forma deliberada, a 26 grados al norte del Oeste, hacia la puesta del sol en dos días del año que tienen importancia religiosa (el 8 de mayo y el 6 de agosto), y también, si miramos hacia atrás, a 26 grados al sur del Este, hacia la salida cósmica de la estrella Sirio. También vimos que esta disposición está correlacionada con el eje principal del complejo del gran templo solar de Karnak-Luxor, que también está orientado a 26 grados al norte del Oeste hacia la puesta del sol y, mirando hacia atrás, a 26 grados al sur del Este, hacia la salida helíaca de Sirio, al comienzo de la civilización egipcia. Sabemos que Sirio anunciaba el nacimiento de los reyes solares y hemos visto que Napoleón dotó a la ciudad de París de un nuevo escudo de armas en el que descaradamente aparecían la diosa Isis y su estrella, Sirio, y también que encargó que se levantara un arco inmenso en la plaza de la Estrella, justo en la línea central del eje de París. Vistos en su conjunto, todos estos temas entrelazados se vuelven aún más enigmáticos cuando les añadimos un hecho histórico más. En 1831, justo cuando se

estaba acabando el Arco de Triunfo de Napoleón, se trasladó también a París un obelisco del antiguo Egipto, el obelisco de Ramsés II, como recordará el lector, uno de los dos que estaban al principio en el exterior del templo de Luxor en el Alto Egipto, pero que entonces estaba destinado a un lugar selecto a lo largo del eje de París.

De cómo Francia tuvo una segunda revolución

1831 fue un año especial para los franceses, porque vino después de la segunda gran «revolución» popular del país, la de julio de 1830, cuando la monarquía restaurada con Carlos X, hermano de Luis XVI, fue derrocada para siempre. El artífice de esta segunda revolución fue el francmasón más famoso de Francia y de Estados Unidos, el marqués de Lafayette, que organizó en persona el golpe de Estado que llevó al poder al «rey ciudadano», Luis Felipe de Orleans, el hijo mayor de Felipe Igualdad.

Para la francmasonería francesa de ambos lados del Atlántico, debió de parecer como si la estrella flamígera o la estrella de Oriente finalmente hubiese salido sobre el horizonte de París. No es extraño, entonces, que, cuando el rey ciudadano se hizo cargo de finalizar el Arco de Triunfo, se propusiera que la parte superior de este monumento estuviera adornada con una inmensa estrella dorada de cinco puntas.[74]

Vamos a ver cómo se produjo la «revolución» de 1830.

Después de la derrota demoledora que los británicos infligieron a Napoleón en Waterloo el 18 de junio de 1815, el emperador «abdicó» y fue exiliado de por vida a la isla de Santa Elena. Francia quedó sumida en una sensación terrible de fracaso, vergüenza y absoluta confusión y, en el caos que siguió, se convenció a la población para que aceptara algo impensable: la restauración de la monarquía de los Borbones.

En 1814, el conde de Provenza, el hermano menor de Luis XVI, se convirtió en el rey de Francia recién restaurado, como Luis XVIII. Aunque parezca irónico, se volvía a empezar de cero para los republicanos y los bonapartistas, pero realmente no quedaba otro remedio. En aquella época, una nueva república era totalmente impensable y mucho menos un sucesor para Napoleón. A todos les pareció que una monarquía constitucional *à l'anglaise* era la única opción realista. Sin embargo, las fuentes de la revolución no estaban secas, ni mucho menos.

No tardaron en aparecer tensiones entre los que querían que la Revolución francesa fuera un proceso permanente y los que querían volver al antiguo régimen de una monarquía totalitaria. Un grupo de monárquicos fervientes, conocido como «los ultras», comenzó un movimiento político que se conoció como el «terror blanco», que pretendía erradicar todo rastro de la Revolución y purgar a Francia de aquellos que supuestamente habían «traicionado» a la monarquía antes y después de la caída de la Bastilla.

Aunque en secreto el rey apoyaba a los ultras, públicamente, al menos al principio, quería parecer moderado, para lo cual nombró primer ministro al famoso industrial Élie Decazes, le concedió el título de duque y confió en la gran reputación de este como hombre razonable y justo para ganarse el apoyo del pueblo. De aquella manera indirecta, Luis XVIII esperaba sobrellevar la creciente tormenta política que se avecinaba entre monárquicos y republicanos.

Decazes era un francmasón destacado. En 1818, el año anterior a su nombramiento como primer ministro, llegó a ser Gran Comandante del Consejo Supremo del Grado 33 del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Algunos historiadores masónicos creen que incluso Luis XVIII fue iniciado en la francmasonería, aparentemente en 1775, cuando todavía era conde de Provenza. Se dice también que el hermano de Luis XVIII, el conde de Artois (el futuro Carlos X), era francmasón y que los dos pertenecían a la Logia Trois Frères.[75]

Parece que Luis XVIII creía ingenuamente que la francmasonería en Francia seguía siendo aquel club pintoresco, frecuentado por los aristócratas y la alta burguesía, que él había conocido antes de la Revolución; desde luego, estaba muy equivocado. Al principio, con la influencia de Decazes en la corte, todos habían esperado que influyera poco a poco en el rey hacia una monarquía parlamentaria al estilo británico, pero cualquier posibilidad de que esto ocurriera quedó hecha añicos por completo cuando el 13 de febrero de 1821 un fanático republicano, Louvel, mató de un tiro al joven duque de Berry, el sobrino del rey.

El duque de Berry había sido la única esperanza de mantener de forma indefinida la dinastía de los Borbones, porque era bien sabido que Luis XVIII no tenía hijos y que su hermano había superado la edad de tener más.[76] El asesino y, más concretamente, los que lo respaldaban se habían imaginado que, al suprimir al duque de Berry, en realidad interrumpirían la línea de sangre de los Borbones en el trono de Francia. Sin embargo, había algo que el asesino no podía saber y que acabó

por frustrar su ingeniosa conspiración: la esposa del duque de Berry, la hermosa e inteligente María Carolina de Borbón-Dos Sicilias, estaba embarazada y pocos meses después dio a luz un hijo varón, *l'Enfant Miracle*, que recibió el nombre de Enrique.

El asesinato del duque de Berry proporcionó a los ultras la excusa que deseaban para iniciar una caza de brujas contra todos los antimonárquicos. Luis XVIII se mostró entonces tal cual era y concedió a los ultras carta blanca en el asunto. Luis despidió a Decazes, del que se sospechaba que era republicano y bonapartista, y lo sustituyó por el conde de Villère, monárquico ferviente y cabecilla ultra de la peor calaña.

La destitución de Decazes provocó gran alarma entre los republicanos, que entonces empezaron a abrigar la fuerte sospecha de que Luis XVIII estaba a punto de restaurar el antiguo régimen, y comenzaron a urdirse conspiraciones contra el rey. Como Decazes y muchos de sus seguidores eran francmasones, los ultras sospecharon que las logias estaban detrás de aquellas conspiraciones. Aunque parezca irónico, muchos francmasones, incluido Decazes, en realidad eran leales al rey, pero también es cierto que las logias masónicas se convirtieron en tapaderas para reuniones políticas secretas y, como ocurrió sin duda durante la Revolución de 1789, en un semillero ideal para los radicales contrarios a la monarquía.

En diciembre de 1821, los miembros de una sociedad secreta extremista llamada «la Carbonerie», cuya finalidad era emprender una rebelión armada contra el rey, comenzaron a infiltrarse en las logias masónicas de París. La Carbonerie (también llamada Charbonerie) tenía contactos directos con los Carbonarios italianos, un grupo ultrarradical, anticlerical y antimonárquico, que, desde principios de la década de 1820, había estado detrás de muchos alzamientos armados contra el régimen conjunto papal y de los Austria-Habsburgo en Italia.

De forma bastante similar a los francmasones, los Carbonarios elegían a sus miembros y celebraban ceremonias de iniciación, pero, en lugar de hacerlas en logias, las hacían en *ventes* [ventas], una palabra italiana que significa «veinte», porque, para no llamar la atención de la policía, cada una se limitaba a veinte miembros. Los orígenes de los Carbonarios se pueden rastrear hasta el año 1812 y es casi seguro que se trataba de un retoño militante del Gran Oriente masónico de Italia, que en aquella época estaba encabezado por Joachim Murat, rey de Nápoles y cuñado de Napoleón.[77] De hecho, la francmasonería italiana había prosperado después de la conquista napoleónica de Italia y en 1820 los Car-

bonarios y los francmasones formaban en la península una red inmensa de logias y ventas, que proporcionaba un terreno ideal de encuentro, además de un sistema eficaz de comunicación secreta para los grupos políticos radicales que conspiraban para liberar a Italia de los aborrecidos Austrias.

Los Carbonarios, que simbolizaban la fuerza impulsora que apoyaba el movimiento independentista italiano, no ocultaban desde luego el hecho de que eran bonapartistas incondicionales y, como tales, contrarios a todas las monarquías, además de enemigos de la Iglesia católica. En septiembre de 1821, después de la muerte de Napoleón, salieron a la calle, donde provocaron graves disturbios que obligaron al papa Pío VII a condenarlos, a ellos y también a los francmasones en general.[78] Aunque se habían acabado las épocas de la quema en la hoguera, en 1821 la policía de los Austrias emprendió una operación masiva en Italia para purgar todos los elementos radicales de las logias masónicas y las ventas de los Carbonarios. Se produjeron centenares de arrestos y muchos masones y carbonarios acabaron en prisión; otros fueron deportados o huyeron a Francia, donde rápidamente empezaron a infiltrarse en las logias masónicas.

El alzamiento de la Carbonerie en 1822 en Francia de inmediato hizo que se analizaran meticulosamente las logias masónicas. Para peor, los ultras también sospechaban que el notorio marqués de Lafayette era el líder de la Carbonerie. A ambos lados del Atlántico consideraban a Lafayette un gran héroe republicano y su reputación se había vuelto casi legendaria entre los francmasones. Sin embargo, si bien Lafayette era un republicano incondicional y también muy activo como francmasón, no era radical en absoluto y en el fondo de su corazón casi seguro que estaba más a favor de una monarquía constitucional que de la república caótica que había presenciado de primera mano en Francia después de la Revolución de 1789. En todo caso, que Lafayette simpatizase o no con la Carbonerie se convirtió en una cuestión académica, porque la Carbonerie estaba muy mal organizada en Francia y tenía infiltrados muchos espías monárquicos; no tardó en disolverse después de que la policía arrestara en masa a los conspiradores de la Carbonerie y también a muchos francmasones en la confusión que se produjo a continuación.

De inmediato se aprobaron una serie de condenas a muerte. Entre los ejecutados figuraban los famosos «cuatro sargentos de La Rochelle», dos de los cuales eran francmasones pertenecientes a la orden egipcia

de Menfis-Misraim. Según el escritor masónico Jean-André Faucher, la insurrección de 1821-1822 se atribuyó de hecho en gran medida a la nueva orden masónica de Menfis y también a la orden de Misraim; se cree que las dos se originaron en Italia a principios del 1800.[79] Para empeorar las cosas, Élie Decazes, el ex primer ministro, se había incorporado a la orden de Misraim, al igual que muchas otras figuras destacadas del otro lado del canal de la Mancha, en Inglaterra, que apoyaban a Decazes, como el duque de Leicester y el duque de Sussex.[80]

En el año turbulento de 1822, como mínimo había veintidós logias Misraim en París, además de alrededor de una docena más en Francia, en su mayoría en Lyon y en Metz. El carácter seudoegipcio de los ritos que se practicaban en estas logias se pone de manifiesto en sus nombres. Por ejemplo, en Metz había una llamada «El renacimiento de Heliópolis»; otra en Lyon llamada «Menfis» y otra más en Montauban, llamada «La inundación del Nilo».[81]

La segunda Revolución

En 1822 fue la orden de Misraim la principal acusada de dar refugio a los Carbonarios, de modo que fue prohibida en 1823. En medio de estos acontecimientos confusos y turbulentos, Luis XVIII murió en septiembre de 1824, sin dejar ningún vástago para ocupar su lugar. Le sucedió su hermano, el conde de Artois, coronado como Carlos X, que estaba a punto de cumplir los setenta años.

Como la mayoría de los aristócratas que habían huido de la Revolución de 1789, Carlos había vivido en el exilio hasta 1814 y, como consecuencia de aquella experiencia amarga y humillante, estaba decidido a restaurar el antiguo régimen con el derecho divino de la realeza y también la plena autoridad de la Iglesia católica. En su coronación, Carlos insistió en que debía ser ungido de acuerdo con los rituales antiguos de la realeza en la catedral de Reims, con las escasas gotas de óleo sagrado que se habían salvado cuando la Santa Ampolla fue destrozada durante el Reinado del Terror, de 1793 a 1794.

Una vez coronado, Carlos X se convirtió en el líder de los ultras y la reinstauración católica comenzó a adquirir velocidad, lo que provocó indignación entre los que habían apoyado la Revolución. Muchos anticlericales, así como también republicanos, se incorporaron entonces a las logias masónicas, en busca no tanto de una mejora espiritual, como

de un refugio político. Carlos X, que era un católico devoto, comenzó a revivir la temible Compañía de Jesús, los jesuitas, y no tardó en correr el rumor de que se había incorporado a la orden y podía entregarles poder a ellos.

El malestar político alcanzó el punto de ebullición en marzo de 1830, cuando, en un gesto ingenuo para apaciguar a sus críticos, el rey disolvió la Cámara de Diputados y convocó elecciones generales, con la esperanza de que las ganaran los ultras; pero la votación fue contraria a los ultras y Carlos X tuvo que enfrentarse entonces a dos opciones desagradables: o aceptaba una monarquía constitucional o recogía el poder que ya tenía en sus manos con un golpe de Estado y erradicaba de su gobierno a los bonapartistas y los republicanos. Cometió la imprudencia de elegir esto último y en julio de 1830 volvieron a levantarse barricadas en las calles de París.

Por segunda vez en menos de cincuenta años se desataba una revolución contra la dinastía de los Borbones.

Lafayette aprovecha la oportunidad

Como cabía esperar, surgieron enseguida dos facciones: una constituida por los republicanos puros y la otra, por los monárquicos constitucionalistas. Lafayette, el eterno negociador, al principio osciló entre las dos, aunque los republicanos lo consideraban su líder. En su opinión, sin embargo, la mejor opción en aquel momento era destituir del todo a los Borbones y sustituirlos por una monarquía nueva, que «constitucionalizara» el antiguo régimen. Pensaba en un príncipe joven, el duque de Orleans, cuyo padre, Felipe Igualdad, había patrocinado la Revolución de 1789 con su inmensa riqueza y su posición, ¡por lo cual acabó en la guillotina!

Aunque Lafayette había estado enfrentado con Felipe Igualdad durante la Revolución de 1789, en aquel momento estaba en estrecho contacto con su hijo, Luis Felipe de Orleans. El plan de Lafayette tenía una clara ventaja: que podía resultar aceptable tanto para los republicanos como para los constitucionalistas y, de ese modo, evitar el riesgo de una guerra civil. Faltaba convencer a los republicanos, los bonapartistas y, sobre todo, a la población en general de París de que Luis Felipe de Orleans era la persona indicada para ocupar aquel puesto. Lafayette lo consiguió mediante el uso bien calculado de un simbolismo pode-

roso, una técnica que había servido a menudo con la tumultuosa muchedumbre parisiense.

En agosto de 1830, Carlos X se vio obligado a abdicar. En un intento desesperado por mantener en el trono de Francia a la dinastía de los Borbones, pidió que su nieto, el hijo milagroso de la duquesa de Berry, fuera aceptado como nuevo rey, pero tanto los republicanos como los constitucionalistas rechazaron la propuesta de forma categórica. En aquel momento intervino Lafayette con su propio candidato: Luis Felipe de Orleans. Al cabo de tres días de sangrientas luchas callejeras en París, las multitudes se reunieron en el Hôtel de Ville y, en un golpe de propaganda perfectamente cronometrado, que sólo los muy iniciados saben producir, Lafayette cogió una bandera tricolor de la Revolución y envolvió en ella a Luis Felipe de Orleans, proclamándolo «rey ciudadano» de Francia.

Por increíble que parezca, aquel gesto teatral surtió efecto. La muchedumbre parisiense lo aclamó y Luis Felipe prevaleció. Los republicanos de línea dura y los bonapartistas se pusieron furiosos al ver que les arrebataban su revolución con semejante artimaña, pero no pudieron hacer gran cosa.

Casi de inmediato, Luis Felipe I emprendió una serie de proyectos con la intención de demostrar su aprecio y su apoyo a Bonaparte y a la Revolución. Ordenó que se concluyera el Arco de Triunfo, cuya construcción había comenzado en 1809, pero había quedado aparcada desde entonces. También ordenó la construcción de un pilar inmenso en la plaza de la Bastilla para conmemorar la Revolución de 1830; en lo alto del pilar, como recordará el lector que dijimos en el capítulo 1, se colocó entonces el *Genio de París*, un joven alado muy parecido al Hermes griego.[82]

También más o menos por aquella época, Luis Felipe ordenó que el obelisco llevado desde el templo de Luxor, en Egipto, y que acababa de llegar a París, se erigiera en la plaza de la Concordia.

Champollion

En 1822, un año y medio después de la muerte de Napoleón, se hizo un descubrimiento científico increíble, que no sólo dejó al mundo académico anonadado, sino que también cumplió una promesa que el emperador había hecho en Santa Elena, porque, cuando le preguntaron por qué había invadido Egipto, Napoleón había respondido con calma:

He venido para llamar la atención y recuperar el interés de Europa por el centro del mundo antiguo.[83]

Este es un aspecto de Napoleón que a menudo se ha pasado por alto, es decir, que no sólo era un genio militar, sino también muy erudito y miembro destacado del Instituto Nacional. Fue Napoleón el que tuvo la enorme previsión de llevar ciento sesenta y siete sabios a Egipto en 1798 y fue él quien fundó el primer instituto científico moderno en Egipto: el Instituto de Egipto en El Cairo. Por consiguiente, fue adecuado que su gran sueño de restaurar el interés cultural por el antiguo Egipto no lo cumpliera un político, sino un joven tranquilo y estudioso que vivía en el pueblo de Figeac, cerca de Grenoble, un muchacho que jamás había salido de Francia y mucho menos había ido a Egipto.

El 17 de septiembre de 1822, Jean-François Champollion, tosiendo y hablando con el hilo de voz que tienen los que padecen problemas pulmonares graves, anunció en la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres de París, ante un grupo de estudiosos, que tenía que hacer una declaración importante acerca de los misteriosos jeroglíficos del antiguo Egipto. Incómodo delante de aquella congregación ilustre y muy escéptica de eruditos, Champollion leyó lentamente una ponencia dirigida al presidente de la Académie Française, *monsieur* Dacier, titulada simplemente *Lettre à M. Dacier relative à l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques.*

En realidad, fue un bombazo cultural y científico a una escala pocas veces vista en el mundo, porque resultó evidente para muchos de los que escucharon a Champollion aquel día que el joven había resuelto el mayor misterio del pasado: había descifrado la clave del lenguaje jeroglífico del antiguo Egipto. De hecho, la modesta *Lettre à M. Dacier* de Champollion marcó el momento de mayor prestigio de la Académie Française y proporcionó la piedra fundamental sobre la que se desarrollaría la egiptología científica. A muchos francmasones que estuvieron presentes aquel día de septiembre de 1822 también les habrá parecido maravilloso y muy apropiado que aquel descubrimiento que cambiaría el mundo se hubiese anunciado en París, la ciudad de Isis.

En la década de 1820, la zona de Grenoble y Lyon donde vivían los Champollion no sólo era un lugar frecuentado por republicanos y bonapartistas contrarios a la monarquía, sino también el semillero de muchos movimientos masónicos innovadores, sobre todo los relacionados con el tipo de francmasonería egipcia que Cagliostro había iniciado en Lyon.[84] Se sabe que Champollion y sobre todo su hermano mayor, Jacques-

Joseph, eran bonapartistas fervientes, al igual que la mayoría de sus amigos, muchos de los cuales también eran francmasones.[85] Por consiguiente, tiene que surgir la pregunta de si el propio Champollion habrá sido o no miembro de la hermandad y, más concretamente, miembro de alguna de las logias de estilo egipcio. En la actualidad, algunos historiadores masónicos incluyen a Champollion en la lista de francmasones famosos, aunque no hay ninguna prueba documental de su participación.[86]

En una época se sospechaba que Champollion y su hermano eran agitadores políticos y en 1816 incluso los pusieron bajo arresto domiciliario en Figeac. Dicen que consiguieron el apoyo del influyente francmasón Élie Decazes, entonces ministro del Interior, que ordenó que los pusieran en libertad y permitió a los dos hermanos regresar a Grenoble en 1817.[87]

Recordemos que Decazes llegaría a ser Gran Comandante del Consejo Supremo del Grado 33 y que fue una de las primeras personas importantes que se incorporaron a la orden masónica egipcia de Misraim.[88] Posteriormente, también el destacado estadista, el duque de Blacas d'Aulps, llegó a ser mecenas y protector de Champollion.[89] Paradójicamente, Blacas era un ultra ferviente y favorito tanto de Luis XVIII como de Carlos X; había sido embajador francés en el reino de Nápoles desde 1815, que entonces era la «zona caliente» de la francmasonería egipcia de Misraim. Observemos también que había habido intercambios curiosos entre Champollion y ciertos adeptos muy conocidos de aquellos grupos masónicos neoegipcios.

Champollion era enemigo de Alexandre Lenoir, francmasón incondicional y ex director de los edificios del rey antes de la Revolución de 1789. Lenoir, que era un adepto entusiasta de los ritos masónicos escoceses[90] e «iniciado en el culto a Isis»,[91] había publicado en 1808 *La Nouvelle Explication des hiéroglyphes*. Cuando Champollion comenzó su propio trabajo sobre los jeroglíficos egipcios, llamó a Lenoir con condescendencia «gansito» *(un oison)* y manifestó que sólo respetaba al hombre mayor porque era «santo de la devoción» de la emperatriz Josefina.[92] En 1814, Lenoir había publicado un libro titulado *La Franche-Maçonnerie rendue à sa véritable origine* («La vuelta de la francmasonería a sus auténticos orígenes»), en el cual relacionaba los orígenes de la hermandad con el culto a Isis, lo cual podría explicar por qué Lenoir, como destacó con sequedad el propio Champollion, era tan bien considerado por Josefina.

También está la relación de Champollion con una belleza ítalogriega de Livorno, Angelica Palli, de quien se había enamorado desespera-

damente durante un viaje de investigación a Italia en 1826. Livorno, situado en la costa mediterránea, cerca de Pisa, había sido el puerto principal de los Medici florentinos, que, como hemos visto en el capítulo 3, desempeñaron un papel importante en el Renacimiento hermético. Angelica Palli, poetisa y escritora vinculada a la Academia de Livorno, estaba muy familiarizada con la literatura hermética y neoplatónica. Su nombre evocador (literalmente, «ángel de los templos») debió de estimular mucho la fértil imaginación de Champollion, que escribió acerca de ella a su amigo, el abate Gazerra: «Estoy agradecido al gran Amón-Ra por haberla conocido». Ella, por su parte, comentaba con placer la «filosofía» de él, que le parecía imbuida de «doctrinas egipcias, una fuente fecunda de la cual bebieron Platón y [...] Pitágoras».[93]

Muchos años después, Angelica Palli llegó a ser una activa seguidora del famoso revolucionario italiano Giuseppe Mazzini, ferviente francmasón y director del Consejo Supremo italiano del Grado 33. Mazzini era colega y muy amigo del héroe popular Giuseppe Garibaldi, que llegaría a ser el primer Gran Maestro de la orden masónica egipcia de Menfis y Misraim.[94] También había una curiosa relación entre la ciudad de Livorno, donde se habían conocido Angelica Palli y Champollion, y una sociedad masónica bastante esquiva llamada la *Société Secrète Égyptienne*. Se cree que uno de los fundadores de esta sociedad fue Mathieu de Lesseps, el padre del famoso ingeniero Ferdinand de Lesseps, que construyó el canal de Suez, en Egipto.[95] Cuenta la historia que en 1818 la policía austríaca hizo una redada en una logia masónica en Venecia y, entre los documentos confiscados, había uno que revelaba la existencia de la sociedad secreta e implicaba entre sus miembros nada menos que al primer gobernante moderno de Egipto, el jedive Mohamed Alí.[96]

Mathieu de Lesseps era bonapartista convencido y también adepto entusiasta de los ritos egipcios de la francmasonería.[97] Era muy amigo del jedive y, desde 1803 hasta 1806, había sido el agregado comercial de Francia en Egipto, tras lo cual fue cónsul francés en la ciudad de Livorno.[98] Volveremos a encontrar a la familia Lesseps en el capítulo siguiente en relación con la Estatua de la Libertad que se alza en el puerto de Nueva York. Mientras tanto, no está claro que todo esto haya tenido alguna influencia sobre Champollion o alguna relación con él mientras estuvo en Livorno, aunque podría explicar su manera de pensar cuando comenzó a planificar allí su primer y único viaje a Egipto.

Si vas a Tebas [Luxor], no dejes de enviarme un obelisco pequeño

En el capítulo 1 vimos que, tres años antes de abdicar, en 1830, Carlos X había encargado al artista François-Edouard Picot que decorara el techo de su museo personal en el Louvre con un motivo del antiguo Egipto centrado en la diosa Isis.[99] Recordará el lector que Picot había sido discípulo del revolucionario radical y bonapartista Jacques-Louis David, que, junto con Robespierre, había organizado las distintas celebraciones en París de la diosa Razón y el Ser supremo y, más concretamente, las celebraciones que tuvieron lugar en la Bastilla en agosto de 1793, cuando se presentó una estatua de Isis a las multitudes parisienses. Teniéndolo en cuenta, de inmediato se nota que la Isis que aparece en la pintura de gran formato del techo hecha por Picot sigue el modelo de la estatua de David de la *Isis de la Bastilla*. De hecho, la propia pintura confirma por su cuenta esta vinculación, porque, volando por encima de Isis se puede ver al *Genio de las Artes*, un joven desnudo con alas doradas que se parece mucho al dios griego Hermes. El *Genio* lleva una antorcha en una mano para iluminar el paisaje que hay debajo para la diosa Atenea, a cuyos pies se puede ver un búho, símbolo de la sabiduría adquirida mediante la iniciación.

Casi no cabe duda de que el paisaje que hay debajo de Isis en la pintura no hay que imaginarlo en Egipto, sino en París y, para mayor precisión, en la plaza de la Bastilla; lo que lo delata es el *Genio*, que hoy realmente se puede ver «volando» sobre la plaza de la Bastilla. ¿Dónde? Se encuentra en lo alto de un inmenso pilar que encargó para aquel lugar el rey ciudadano, Luis Felipe I, en 1830, tres años después de que Picot acabara la pintura.

Y hay otra cosa más. En la pintura de Picot, la diosa Isis mira fijamente un obelisco alto que hay a lo lejos. ¿Es posible que aquel sea el mismo obelisco traído de Luxor que erigió en la plaza de la Concordia Luis Felipe I? ¿Acaso la pintura de Picot sugiere algún tipo de relación o vínculo entre la ciudad de París y la ciudad de Luxor?

En 1828, unos cuantos meses después de que Picot acabara la pintura para Carlos X, este se ofreció a patrocinar a Champollion para que emprendiera un estudio de viabilidad para trasladar a París un obelisco que estaba en Egipto. El obelisco en cuestión había sido donado a Francia por el jedive Mohamed Alí.[100] Carlos X sentía mucho interés por el antiguo Egipto y en 1828 acababa de inaugurar el museo de antigüedades egipcias en el ala meridional del Louvre.

En julio de aquel año y al frente de un grupo reducido de científicos y artistas que incluía al arqueólogo francés Charles Lenormant y al arquitecto Bibent, Champollion embarcó en el puerto de Tolón rumbo a Egipto. Champollion y sus «argonautas» —tal era el nombre que daba a su equipo— llegaron el 18 de agosto de 1828 a Alejandría, donde, apenas tres décadas antes, Bonaparte había desembarcado con sus tropas. Recibió a Champollion el cónsul francés, Bernardino Drovetti, y entre ellos no tardó en surgir una amistad.

Drovetti procedía del sur de Italia y desde 1818 también había sido el Gran Copto de las logias masónicas egipcias de Alejandría.[101] Había sido nombrado cónsul francés en 1821 y antes había sido asistente de Mathieu de Lesseps. Al igual que Lesseps antes que él, Drovetti se había hecho muy amigo del jedive Mohamed Alí. Esta vinculación privilegiada había proporcionado a Drovetti bastante libertad para ocuparse de las reliquias del antiguo Egipto y no tardó en amasar una inmensa fortuna personal. Su homólogo británico y enemigo era Henry Salt, el cónsul británico en Alejandría, que, junto con Giovanni Belzoni,[102] el extravagante francmasón y egiptólogo italiano, también se dedicaba a la compraventa de antigüedades, que vendía a coleccionistas particulares y al Museo Británico.

Champollion quedó totalmente encantado con Egipto. Acerca de esta civilización antigua, escribiría lo siguiente:

> En Europa no somos más que liliputienses y ningún otro pueblo, ni antiguo ni moderno, ha desarrollado el arte de la arquitectura a una escala tan sublime, tan inmensa y tan grandiosa como los egipcios. [...] Lo repito una vez más [...] el antiguo Egipto enseñó las artes a Grecia y esta les dio una forma más sublime, pero, sin Egipto, es probable que Grecia no se hubiese convertido en el hogar de las artes.[103]

Tan fascinado quedó Champollion con Egipto que incluso consideró la posibilidad de que de algún modo hubiese estado relacionado físicamente con aquel país desde su nacimiento: «Me da la impresión de que nací aquí —escribió a su hermano, al que apodaba "Amón"— y los europeos que hay aquí piensan que me parezco mucho a los coptos».[104]

Durante los dieciocho meses que permaneció en Egipto, Champollion consiguió llegar a un acuerdo con Mohamed Alí: él llevaría a París uno de los dos obeliscos que estaban en el exterior del templo de Luxor. El jedive habría estado de acuerdo con que Champollion se llevase los dos, pero parecía que los ingenieros franceses no podían hacerse cargo

más que de uno. El trabajo de trasladar a Francia el antiguo monolito no resultó nada sencillo. Como se calculaba que pesaba 230 toneladas métricas y medía 23 metros de altura, al principio se contempló la posibilidad de cortarlo en varias rebanadas más fáciles de manejar, pero Champollion se negó, diciendo que sería un «sacrilegio».[105]

En el viaje de regreso a Francia, Champollion conoció a un joven ingeniero naval llamado Verninac de Saint-Maur, que posteriormente recibiría el mando del *Luxor*, el barco especial que se construyó para trasladar el obelisco Nilo abajo y al otro lado del Mediterráneo. Verninac trabajaba a las órdenes del ministro francés de la Armada, el barón d'Haussez, a quien desagradaba mucho Champollion, a raíz de una contienda que había tenido con él en Grenoble, cuando Haussez era el jefe de policía de la ciudad. Como era de esperar, Haussez hizo a un lado a Champollion y se atribuyó todo el mérito de conseguir que el jedive de Egipto le diera el obelisco. En sus memorias, Haussez escribiría lo siguiente:

> En cuanto el mundo erudito supo que yo soñaba con enriquecer a Francia con un monumento como sólo Roma poseía, me encargaron que tratara de obtener dos obeliscos mucho más preciosos [...] que los de Alejandría [que acabaron en Londres y en Nueva York] y también mucho más difíciles de transportar, por estar situados en Luxor.[106]

La operación duró seis años y Haussez no llegó hasta el final. Apenas un año después de ser nombrado ministro de la Armada, lo despidieron durante el caos que se produjo después de la Revolución de julio de 1830. La responsabilidad del proyecto recayó entonces en el distinguido barón Taylor, hijo de un inglés naturalizado. Taylor era un mecenas y él mismo un escritor de talento. Era amigo del arqueólogo Jomard, tenía mucho interés por el antiguo Egipto y con diligencia retomó donde Haussez había dejado. Con las cartas de recomendación que le proporcionó el rey y un presupuesto generoso de cien mil francos, él mismo fue a Egipto para reunirse con el jedive y hacerse cargo de la operación de transporte. Taylor encomendó enseguida las obras de ingeniería a Jean-Baptiste Apollinaire Lebas, un hombre fornido y de baja estatura, que, por esta característica, fue muy ridiculizado por los egipcios, que no podían creer que se encomendara a una persona tan baja la misión de trasladar hasta Francia un obelisco tan alto.

Lebas tardó de abril a julio de 1831 en llevar la nave especialmente construida, el *Luxor*, de Tolón al Alto Egipto. Era verano, el calor en

Luxor era insoportable (40 grados a la sombra) y toda la cuestión se vio abrumada por problemas incalculables, que incluyeron hasta una tremenda epidemia de cólera. Sin embargo, al final, Lebas demostró ser la persona indicada, porque en octubre consiguió que el obelisco se apoyara intacto sobre la arena en una sola pieza. Pasaron dos meses más mientras lo arrastraban unos pocos centenares de metros hasta la orilla del Nilo y finalmente lo subieron a bordo del *Luxor*. Entonces Lebas tuvo que esperar hasta julio del año siguiente, para que la crecida del Nilo le permitiera navegar río abajo hasta Alejandría. Tras una demora de tres meses en Alejandría, finalmente el *Luxor* atravesó el Mediterráneo y llegó al puerto francés de Tolón el 11 de mayo de 1833. Desde allí fue llevado por río hasta París, donde aguardó en los muelles tres años más.

Era Luis Felipe I el que había decidido en persona, hacía mucho tiempo, que se levantara el obelisco en el eje de París, en el centro de la plaza de la Concordia, justo al oeste de los jardines de las Tullerías, entre el Louvre y el Arco de Triunfo.[107] Entonces, finalmente se fijó una fecha para levantar el obelisco. El 25 de octubre de 1836 una multitud de doscientas mil personas se reunió en la plaza de la Concordia para presenciar el acontecimiento; eran más que los que se habían reunido en el mismo lugar, cuarenta y tres años antes, para la decapitación de Luis XVI. Lebas supervisó en persona las complejas operaciones de levantamiento que, para admiración y deleite de todos, se llevaron a cabo sin ningún enganche. En medio de ovaciones de júbilo y alegría, el horizonte de París finalmente tenía su propio talismán solar del antiguo Egipto. Francia ya podía reclamar como correspondía para su capital el nombre de *Cité Lumière* (Ciudad de la Luz). ¿O deberíamos decir «ciudad del sol»?

El hermoso obelisco que se alza en la plaza de la Concordia era y sigue siendo, en virtud de su gran antigüedad, el monumento más antiguo de París. Fue testigo de la historia de Egipto desde alrededor del 1500 a. de C. y entonces, en París, vería la desaparición de la monarquía francesa y la creación de la Segunda República en 1848; el surgimiento del Segundo Imperio con Napoleón III, el nieto de Napoleón Bonaparte, y su caída en 1871; la formación de la Tercera República con el gobierno masónico de Léon Gambetta;[108] la primera guerra mundial; la segunda guerra mundial, y, finalmente, en 1958, la actual Quinta República, fundada por el general Charles de Gaulle.

Sin embargo, hasta 1984, no se sumaría a ella en París una estructura moderna que evoca la Gran Pirámide de Gizeh.

Las «Grandes Obras» de Mitterrand

En 1981, François Mitterrand, entonces presidente de Francia, emprendió los llamados *Grands Travaux*, las «Grandes Obras», que comprendían la construcción de una serie de proyectos arquitectónicos impresionantes para la gloria y la cultura de Francia. Faltaban ocho años para el bicentenario de la Revolución de 1789 y, como estaba planeando unos festejos impresionantes, Mitterrand, con un afán que recuerda al de Luis XIV, quiso proporcionar a este acontecimiento grandes monumentos nacionales. Ya sea de forma intencionada o por casualidad, los dos monumentos en los que Mitterrand puso mucho interés personal evocaban el antiguo Egipto y el Ser supremo o el Gran Arquitecto del Universo masónico. Como consecuencia de aquellas elecciones, la prensa satírica francesa llamaba a Mitterrand *Dieu*, *Sphinx* y *Roi Soleil*.

Aunque François Mitterrand no era francmasón,[109] sentía mucha simpatía por las logias, tanto es así que en Francia muchos siguen convencidos hasta la fecha de que era un masón clandestino. Se ha dado mucha importancia en los últimos años al hecho de que Guy Penne, uno de los asesores políticos más próximos a Mitterrand, fuera miembro del Consejo del Gran Oriente de Francia.[110] También cabe mencionar el escándalo relacionado con el hijo de Mitterrand, Jean-Christophe, que, en 1982, se incorporó a la oficina de Guy Penne y en 1986 ocupó su puesto. Hace poco la prensa francesa desenmascaró a Jean-Christophe por su vinculación con el llamado Caso Falcone, relacionado con el tráfico turbio de armas en África Occidental, en el que también estaban implicados algunos importantes políticos africanos que pertenecían a logias masónicas.[111]

Los dos proyectos que más interesaban al presidente Mitterrand eran los que tenían que estar listos para las celebraciones del bicentenario, previstas para julio de 1989, que comprendían el proyecto del Gran Louvre, que, en última instancia, presentaría una enorme pirámide de cristal, y el proyecto del Gran Arco de la Fraternidad en La Défense, en el extremo occidental de los Campos Elíseos. Con la directriz personal de Mitterrand, se crearon dos instituciones, con presupuestos especiales del Ministerio de Finanzas, para administrar aquellos proyectos: una era la EPGL, Établissement Public du Grand Louvre, y la otra, la EPAD, Établissement Public d'Aménagement de la Région de La Défense. Mitterrand escogió en persona a dos arquitectos de renombre: Ieoh Ming Pei, el famoso arquitecto estadounidense de origen chino, para

el Louvre,[112] y Johan Otto von Spreckelsen, un arquitecto danés, para el Gran Arco.[113]

El presidente Mitterrand tenía tanto interés en contar con I. M. Pei para el Louvre que decidió pasar por alto los requisitos normales para una licitación internacional y simplemente le encargó el diseño a él.[114] Según Pei, estas fueron las circunstancias:

> En julio de 1981, Paul Guimard me dijo que quería verme en la embajada de Francia en Londres. [...] Me dijo que el presidente Mitterrand quería que fuera a París. [...] Los únicos que asistimos a aquella reunión, que se celebró el 11 de diciembre de 1981, fuimos el presidente, Paul Guimard y yo.[115]

Pei dijo que, en aquella primera reunión con Mitterrand, no se hizo ninguna mención en concreto a la pirámide del Louvre y que el presidente se limitó a hablar de «la importancia de la arquitectura en la vida nacional de Francia».[116] Posteriormente, en 1983, Mitterrand envió a Nueva York a su asesor, Émile Biasini, con instrucciones de contratar a Pei directamente para aquel proyecto.[117] Cuando un periodista le preguntó por qué había elegido una pirámide para el Louvre, que tenía un diseño barroco clásico, Pei respondió lo siguiente:

> La arquitectura es geometría... es geometría. El Louvre también es geometría; está un poco inclinado, pero es geometría. [...] Al principio los franceses se opusieron, pero el presidente Mitterrand nunca lo hizo. Siempre apoyó mi idea.[118]

I. M. Pei insiste en que tomó la idea de la pirámide de «un enrejado para el jardín de Le Nôtre, que diseñó los amplios jardines de Versalles para Luis XIV y también los jardines de las Tullerías».[119] Puede ser. Sin embargo, la inclinación que Pei escogió finalmente para su pirámide fue de 50,71°, con una variación de apenas un grado, aproximadamente, con respecto a la inclinación de la Gran Pirámide de Gizeh en Egipto. ¿Fue deliberada aquella similitud? Puede que nunca lo sepamos. Sin embargo, la siguiente es la respuesta que dio el principal arquitecto de Pei, Yann Weymouth, cuando se le formuló esta pregunta:

> Trabajando con maquetas y perspectivas, estudiamos la forma y el lugar. Determinamos la claraboya central, estudiándola desde el nivel del suelo en perspectivas y maquetas. Con un triángulo equilátero perfecto como lado, la pen-

diente de 54,74 grados daba una impresión agresiva, pero, a medida que la pendiente se acercaba a los 45 grados, la forma se «fundía». Los 50,71 grados que se eligieron al final se acercan a la inclinación de la Gran Pirámide de Gizeh, de modo que es posible que estuviéramos repitiendo los estudios realizados por los egipcios de la IV dinastía.[120]

De la afirmación anterior se deduce que tanto Pei como Weymouth debieron de haber estudiado con bastante atención la evolución de las pirámides egipcias de la cuarta dinastía. Según los egiptólogos, las primeras pirámides auténticas fueron las de los faraones Seneferu y su célebre hijo, Keops (Jufu), y es bien sabido que sus tres pirámides (dos en Dashur y la Gran Pirámide en Gizeh) tenían una pendiente que comenzaba cerca de los 54 grados (la pirámide meridional de Dashur), después cambiaba a 45 grados (la pirámide septentrional de Dashur) y finalmente quedaba en 51,85 grados (la Gran Pirámide de Gizeh).

Dada la importancia histórica del proyecto, su situación y el hecho de que fuera a convertirse en símbolo del bicentenario de la Revolución, Pei también debía de ser consciente, sin duda, de que en el pasado se habían propuesto varios proyectos de pirámides para París, como los de Étienne-Louis Boullée y Claude-Nicolas Ledoux que mencionamos al comienzo de este capítulo. Asimismo, habrá observado que, durante el reinado de Luis XIV, el arquitecto François Dubois había propuesto una pirámide en honor del Rey Sol para la Cour Carrée del Louvre[121] y también que el arquitecto Louis-François Leheureux había diseñado una extraña pirámide barroca con una estatua de Napoleón encima para ser colocada justo donde Pei acabó poniendo su pirámide de cristal.[122]

El proyecto del Gran Arco de la Fraternidad, a diferencia del de Pei, se sometió a una licitación internacional, aunque la decisión final la tomó de todos modos Mitterrand. El arquitecto Von Spreckelsen describió su diseño con las siguientes palabras:

> Un cubo abierto, una ventana abierta al mundo [...] con una mirada hacia el futuro. Es un Arco de Triunfo moderno, en honor al triunfo de la humanidad; es un símbolo de esperanza de que en el futuro las personas se puedan reunir libremente.[123]

En realidad, el Gran Arco es una estructura cúbica casi perfecta, de 110 metros de alto por 112 de ancho, cuya base tiene una superficie de

poco más de una hectárea. Se calcula que la catedral de Notre-Dame cabría dentro del hueco del arco. En la guía oficial se describe como un monumento que «evoca la sensación de lo sagrado [...], comparable a las pirámides egipcias».[124] En el techo, el artista Jean-Pierre Raynaud creó un zodíaco para inspirar «un verdadero diálogo con la bóveda celeste, que es la auténtica arquitectura natural»,[125] y uno podría añadir en su nombre que su diseño era una especie de concepto de «así en la tierra como en el cielo».

En el último piso del Gran Arco está el cuartel general de la Fondation l'Arche de la Fraternité, la Fundación del Arco de la Fraternidad, presidida, desde agosto de 1989, por Claude Cheysson, ex ministro de Asuntos Exteriores. La Fundación data de la década de 1970, cuando se creó como una organización de derechos humanos dirigida por Edgar Faure, ex presidente del Consejo de Francia en la década de 1950. Cuando a principios de la década de 1980 el presidente Mitterrand comenzó a dar a conocer que quería que el monumento del Gran Arco fuera un símbolo de fraternidad y libertad, Edgar Faure le propuso trasladar el cuartel general de la Fondation l'Arche de la Fraternité en París al edificio del Gran Arco de La Défense.[126]

Los misterios del eje

El proyecto del Gran Arco se finalizó a tiempo para el bicentenario de la Revolución y fue inaugurado a bombo y platillo por François Mitterrand el 14 de julio de 1989. El resultado final es sensacional. El Gran Arco se ve desde varios kilómetros de distancia y, después de la Torre Eiffel, es sin duda el monumento más imponente de París. Jean-Claude Garcias, que escribió el texto para la guía oficial del Gran Arco, lo describió como el monumento de la década de 1980 por antonomasia, que inspira en la mente colectiva el «instinto de inmortalidad».[127] Además, para Garcias el Gran Arco no fue un proyecto que salió totalmente formado «de la cabeza de su arquitecto», sino más bien «el producto final de un eje urbano largo y sinuoso que se comenzó en el siglo XVII y que —dice— se puede esquematizar de la siguiente forma»:

> Nacido en el patio abierto del Louvre, pero desviado seis grados hacia el Norte durante el trayecto por las Tullerías, el gran eje Este-Oeste de París se origina en la avenida de árboles plantada por Le Nôtre a comienzos del rei-

nado de Luis XIV, que abrió la perspectiva hacia el sol poniente. [...] Le siguió el desarrollo de la plaza de la Concordia, durante el reinado de Luis XV, y después la nivelación de la pendiente sobre la cual se alza en la actualidad el Arco de Triunfo y la avenida de los Campos Elíseos. Al final del Antiguo Régimen, el ingeniero Perronnet construyó el primer puente de piedra en Neuilly, con lo cual trasladó el eje hasta la colina de Chantecoq, nuestra actual zona de La Défense.[128]

Por consiguiente, el Gran Arco aparece sobre todo como la culminación de una cadena duradera de ideas, un plan oculto —casi podríamos aventurarnos a llamarlo así— que comenzó con el Rey Sol, Luis XIV, y finalizó con François Mitterrand, al que los franceses no tardaron en llamar en broma *Le Roi Soleil*, por la ambición de su programa de *Grands Projets*. Destaquemos, de paso, que Mitterrand también tenía reservado otro *Grand Projet* para La Défense: un rascacielos de cuatrocientos metros de altura, llamado La Tour Sans Fin. Este edificio monstruoso fue diseñado por el arquitecto Jean Nouvel[129] y, a diferencia de la mayoría de los rascacielos, presentaría niveles variables de transparencia que actuarían como «filtros del cielo», de tal manera que la parte superior sería totalmente transparente y desaparecería entre las nubes.[130] Lo que se pretendía en este caso era hacer una alusión a la Torre de Babel bíblica, un talismán universal de primera magnitud que también es un pictograma francmasónico popular, considerado a menudo el símbolo de los orígenes de la hermandad.[131] Sin embargo, al final la Tour Sans Fin se desechó por falta de fondos y porque la idea era totalmente impracticable.[132]

Sin lugar a dudas, el Gran Arco ocupa el lugar de honor en el extremo occidental del eje de París. Es el «crepúsculo» final de un gran plan, cuyo «albor», como hemos visto, fue el «nacimiento milagroso» del Rey Sol, Luis XIV, en el Louvre, pero cuyo primer albor sugerimos que tuvo lugar muy lejos y hace mucho tiempo, en el antiguo Egipto. De este modo, el Gran Arco se convierte en parte integrante de una serie monumental de talismanes desplegados a lo largo del eje de París, entre los que destacan el Arco de Triunfo en la plaza de l'Etoile y el obelisco en la plaza de la Concordia. A continuación, el eje entra en la zona de los jardines de las Tullerías para llegar hasta el Louvre. Si seguimos el eje hacia el Este en dirección al Louvre, el lector recordará que en el capítulo 12 dijimos que pasa primero por la estatua ecuestre en bronce de Luis XIV representado como Alejandro Magno, situada al sur de la

pirámide de cristal de Pei. Nuevamente hacia el Este, vemos que el eje secciona transversalmente el ala meridional del Louvre y a continuación entra en los aposentos privados de Ana de Austria, la madre de Luis XIV, y pasa exactamente por el lugar donde, en diciembre de 1637, se produjo el «milagro capeto» de la concepción de Luis XIV.

Curiosamente, todas las consecuencias del conjunto de estos monumentos masónicos y egipcios y, más concretamente, de su alineación no se revelaron el día del bicentenario, el 14 de julio de 1989, sino justo un año después, cuando se encargó al compositor francés Jean-Michel Jarre que organizara un concierto especial en la plaza del Gran Arco de La Défense para el 14 de julio de 1990. Por qué y cómo se eligió a Jean-Michel Jarre para aquel acontecimiento no queda claro, aunque resultó un gran espectáculo de sonido, luz y fuegos artificiales como no se había visto nunca antes en París, ni siquiera durante la Revolución, cuando Jacques-Louis David y Robespierre habían inaugurado la era del Ser supremo cerca del Louvre.

Comenzando al anochecer del 14 de julio de 1990, se calcula que dos millones de personas llenaron los Campos Elíseos, como si fueran a asistir a alguna misteriosa misa hermética. Aquella noche extraña, todos los monumentos importantes del eje histórico (el Gran Arco, el Arco de Triunfo, el obelisco de Luxor y, desde luego, la pirámide de cristal del Louvre) estaban iluminados como para revelar un paisaje mágico para París.

La orquesta de Jean-Michel Jarre y el coro vestido con largas túnicas blancas que les daban un aspecto surrealista estaban situados al pie del Gran Arco, dentro de una inmensa pirámide provisional con una estructura metálica, iluminada con luces láser. Los láseres proyectaban imágenes sobre las fachadas de los rascacielos adyacentes, muchas de las cuales recordaban símbolos masónicos herméticos, sobre todo un conjunto de grandes ojos proyectados sobre los lados de la pirámide.

Ocho años después, en mayo de 1998, se encargó a Jean-Michel Jarre que realizara un espectáculo similar, en aquella ocasión en relación con la mismísima Gran Pirámide de Gizeh. Mientras se presentaba el espectáculo en Gizeh, el presidente de Egipto, Hosni Mubarak, y otros funcionarios de su gobierno asistieron a una ceremonia especial en la plaza de la Concordia de París, en la cual se colocó un piramidón dorado en lo alto del obelisco de Luxor.[133] Durante aquella ceremonia, el ministro de Cultura de Egipto, el doctor Farouk Hosni, anunció que también se colocaría un piramidón dorado en lo alto de la Gran Pirámide de

Gizeh la medianoche del 31 de diciembre de 1999, como símbolo del nuevo milenio. Semanas después, se encargó oficialmente a Jean-Michel Jarre la organización de aquel acontecimiento.

Robert Bauval dice ¡Eureka! (1)

Una tarde de comienzos de la primavera de 1992, Robert Bauval compró en la librería del Museo del Louvre un ejemplar de un boletín arqueológico que contenía muchas imágenes de la ciudad de Luxor. El boletín era *Dossiers: Histoire et Archéologie*[134] y el artículo en cuestión era el trabajo de varias autoridades diferentes, entre las que figuraban el doctor Mohamad El-Saghir, director de Antigüedades de Luxor, y William J. Murnane y Lany D. Bell, del Estudio Epigráfico de la Universidad de Chicago.

Un poco antes, el mismo día, Bauval había visitado también el Gran Arco de La Défense y allí, en el último piso, había una sala de exposiciones que mostraba una fotografía aérea magnífica de la ciudad de París en la que se veía todo el eje histórico desde la Bastilla, en el Este, siguiendo hasta el barrio de La Défense, al Oeste. La fotografía tenía varios metros de largo y permitía apreciar con claridad todos los detalles: el trazado del Louvre, con su característica forma de cangrejo, los jardines de las Tullerías (se podía ver cada árbol), la plaza de la Concordia con el obelisco, el Arco de Triunfo, todos los rascacielos de La Défense y, desde luego, el Gran Arco. Había cerca un encargado de seguridad y, con su autorización, Bauval filmó en vídeo la impresionante vista aérea y a continuación hizo fotografías por secciones con una cámara fija. La exposición incluía una maqueta a escala del eje de París, en el que aparecían los principales monumentos y edificios, que Bauval también fotografió y filmó.

A continuación, Bauval se marchó de La Défense y viajó bajo tierra, en metro, directamente hasta el Louvre. Durante todo el trayecto estuvo reflexionando sobre la fotografía aérea y la maqueta a escala del eje de París, refrescando la memoria de los detalles al revisar las secuencias que había filmado con la cámara de vídeo. Ver la ciudad en su totalidad desde el aire de aquella manera y a una escala reducida en una maqueta tridimensional le dio una perspectiva muy especial: un mirador alto, desde el cual la metrópoli parecía revelarse como un rompecabezas gigantesco que se había ido montando a lo largo de los siglos.

Aunque se podría perdonar que uno no se diese cuenta al nivel del suelo, lo que destacaba en particular en la imagen aérea era la manera curiosa en que el eje de París cambiaba ligeramente de dirección al salir del Louvre y dirigirse hacia el Oeste. A bote pronto, parecía que se había hecho para que los jardines de las Tullerías fueran paralelos al curso del río Sena, pero incluso así era evidente que se podría haber enderezado el eje al salir de las Tullerías a la plaza de la Concordia, donde el Sena viraba un poco hacia el Sur, mientras que el eje giraba ligeramente en la dirección contraria: hacia el Norte.

Esta anomalía curiosa fastidiaba al ingeniero de estructuras que había en Robert Bauval; quería pensar que la desviación del eje de París se había debido a un problema práctico, pero había algo en aquella explicación que no cuadraba con un esquema tan ambicioso, cuya tónica general era la deliberación cuidadosa y coordinada. Se podía observar esta deliberación, por ejemplo, en las distancias entre los principales monumentos simbólicos situados a lo largo del eje y en el tamaño relativo de los tres arcos. A las guías les gusta destacar lo siguiente:

> Curiosamente, la distancia entre ellos se duplica cada vez: un kilómetro desde el arco triunfal del Carrusel hasta el obelisco de la Concordia; dos kilómetros desde el obelisco hasta el Arco de Triunfo, en lo alto de los Campos Elíseos, y cuatro kilómetros desde allí hasta el Gran Arco. Pero lo más curioso es que el tamaño de los arcos también se duplica en cada etapa.[135]

Por consiguiente, ya que todo lo demás parecía haber sido planificado para producir un efecto simbólico determinado, ¿no era probable que la desviación del eje también formara parte del esquema simbólico?

Robert Bauval dice ¡Eureka! (2)

Cuando Bauval salió de la estación de metro en el Louvre, sintió el impulso de dar un paseo por las partes próximas del eje de París antes de entrar en el museo. Todavía tenía muy presentes en la cabeza la vista aérea del eje y los problemas que esta planteaba.

Primero fue hasta el obelisco de la plaza de la Concordia y allí, situándose de espaldas a la cara occidental del obelisco, miró directamente a lo largo de los Campos Elíseos y del eje de París. Su mirada siguió rec-

ta como una flecha hacia el Oeste, pasó por el Arco de Triunfo y siguió hasta el Gran Arco, a seis kilómetros de distancia.

A continuación se colocó del lado oriental del obelisco y miró hacia atrás, hacia el Este, en dirección al Louvre. El eje iba recto a lo largo de la línea central de los jardines de las Tullerías hasta el Arco del Carrusel, situado en el exterior del patio abierto del Louvre, pero en aquel punto se producía la desviación problemática, porque la prolongación del eje hacia el Este no coincidía, como cabría esperar, con el eje central del Louvre, sino que lo cruzaba y continuaba a lo largo del ala meridional del Louvre.

Entonces Bauval fue hasta el Arco del Carrusel, encontró el lugar exacto donde el eje cambiaba de dirección y volvió a mirar al Este, hacia el Louvre. Como había pensado, el eje de París no atravesaba la pirámide de cristal y la línea central del Louvre, sino que pasaba a la derecha (al sur) de la pirámide, justo por la imponente estatua ecuestre de Luis XIV como Alejandro Magno. Detrás de la estatua, Bauval vio que el eje cortaba el Louvre en la segunda ventana de la fachada del Pabellón Sully. Afortunadamente, la ventana estaba abierta, de modo que Bauval decidió entrar, calculando que podría tomar una buena foto con su cámara de todo el eje de París mirando hacia el Oeste.

Para llegar hasta la ventana, Bauval tuvo que subir al primer piso del Pabellón Sully y pasar por una serie de salas en las que se exponían obras de las amplias colecciones griegas y egipcias del Louvre. En el techo de una de aquellas salas (la número 30 en el mapa guía) estaba la pintura misteriosa de Picot que hemos descrito en el capítulo 1. Desde luego, no era la primera vez que Bauval veía aquella pintura y recordaba la curiosa escena del *Genio de París* semejante a Hermes como testigo del descubrimiento de Isis, que le revelaba un obelisco y las pirámides a lo lejos. En aquel momento, frescos en su memoria el obelisco de la Concordia y la pirámide de cristal del Louvre, no pudo evitar darse cuenta de que el obelisco y las pirámides de la pintura de Picot también parecían alineados en perspectiva hacia el horizonte lejano, exactamente igual que los del eje de París.

Dándose cuenta de que no estaba lejos del lugar donde el eje de París cruzaba el Louvre, sorprendió a Bauval tan extraña coincidencia, pero no le prestó demasiada atención y se dirigió a la ventana abierta. Desde allí, como esperaba, tenía una vista espectacular del eje de París hacia el Oeste, pasando por el obelisco, pasando por el Arco de Triunfo y hasta el lejano Gran Arco. Después de haber reparado en ella, la desvia-

ción del eje también era inconfundible. Bauval sacó unas cuantas fotografías y se dirigió a la librería de la planta inferior del museo, donde, como ya hemos dicho, compró una publicación arqueológica que contenía imágenes detalladas de la ciudad de Luxor, en el Alto Egipto.

Robert Bauval dice ¡Eureka! (3)

Después de curiosear en la librería, Bauval salió del Louvre por la salida que está debajo de la pirámide de cristal. En el patio, a pleno sol, encontró un asiento y se puso a hojear las páginas del boletín que acababa de comprar: *Dossiers: Histoire et Archéologie.* En una de sus dobles páginas aparecía una magnífica fotografía a color del templo de Luxor desde el aire. La fotografía había sido tomada mirando hacia el Oeste, en dirección al Nilo, y el templo se extendía de izquierda a derecha (es decir, de Sur a Norte) y, por ende, paralelo al curso del Nilo. Era notoria la presencia de un solo obelisco delante de la entrada del templo, del lado septentrional. Junto a él, Bauval distinguió claramente el plinto vacío donde en otro tiempo estuvo el segundo obelisco, que entonces se encontraba en París y, curiosamente, al alcance de su vista desde donde él estaba sentado en aquel momento. Resultaba extraño pensar que aquellos dos puntos lejanos de la superficie de la tierra, uno delante del templo de Luxor, en Tebas, y el otro delante del palacio del Louvre, en París, se habían unido, como si dijéramos, gracias a aquel antiguo par de talismanes solares.

Bauval miró la fotografía con más detenimiento. Vista desde tanta altura, la forma de cangrejo del templo de Luxor y la manera en que estaba situada a lo largo del río Nilo se podía confundir fácilmente con la misma forma de cangrejo del Louvre y la manera en que también ella estaba situada a lo largo del río Sena. Cada vez más entusiasmado, Bauval se puso a pasar las páginas del boletín y no tardó en encontrar lo que esperaba hallar: una segunda fotografía aérea, tomada desde mucho más arriba, que mostraba todo el trazado de la ciudad de Luxor, desde el templo de Luxor en el Sur hasta el templo de Karnak en el Norte.

¡Aquello sí que era extraño!

Aunque sabía que estaba mirando una fotografía aérea de Luxor-Karnak, le sobrevino una poderosa sensación de *déjà vu.* No hacía mucho que había visto la misma imagen, con los mismos elementos, pero no en una

fotografía de Luxor. Volvió a ver la película de vídeo que acababa de filmar en el Gran Arco (el vídeo de la vista aérea de París) y, al verla y mirar otra vez la fotografía aérea de Luxor que aparecía en el boletín arqueológico, ¡era evidente que había notables similitudes entre el trazado de París desde el Louvre hasta La Défense y el trazado de la ciudad sagrada egipcia desde el templo de Luxor hasta Karnak!

La situación y la procedencia de los obeliscos eran parte del enigma, pero lo más sensacional era la manera en que el eje de París y el eje de Luxor cambiaban de dirección más o menos en el mismo lugar, al dirigirse uno hacia La Défense y el otro hacia Karnak. Sin embargo, Bauval sabía que en Egipto el Nilo corría de Sur a Norte y que el templo de Luxor miraba hacia el Norte; mientras que en París el Sena iba de Este a Oeste y el «templo» del Louvre miraba hacia el Oeste. Champollion y Lebas habrán sido muy conscientes de aquellas orientaciones. Por consiguiente, si de verdad hubiesen participado en algún juego misterioso de simbolismos, seguramente las habrían tenido en cuenta.

Por suerte, una observación del historiador Jean Vidal en una guía de París resolvió la cuestión:

> Observemos que [...] en la posición que ocupa en la plaza de la Concordia, los cuatro lados del obelisco han cambiado de orientación: el lado que daba al Norte en Luxor está ahora vuelto hacia el Oeste y mira hacia los Campos Elíseos.[136]

Al mirar una y otra vez de la vista aérea de París a la vista aérea de Luxor, parecía como si las dos imágenes tuvieran una voluntad propia y quisieran fundirse la una con la otra. Bauval alzó la mirada hacia el lejano obelisco de la plaza de la Concordia. Era como si poco a poco se fuera levantando un velo de la ciudad de París, del mismo modo en que de forma tan tentadora se levantaba un velo en la pintura de Picot.

La arquitectura cumple una profecía

¿Recuerda el lector que el filósofo hermético Tommaso Campanella había predicho en 1638 que París se convertiría en una ciudad del sol egipcia? Bauval había encontrado lo que parecía una correlación arquitectónica inconfundible entre París y una ciudad del sol en Egipto, es decir, Tebas-Luxor. Todo era muy misterioso y, al mismo tiempo, extrañamente lógico.

Se vio a sí mismo como el Genio de la pintura de Picot, revoloteando sobre la plaza de la Bastilla para presenciar el descubrimiento de un paisaje egipcio. Era un paisaje secreto que se había preparado poco a poco y se había escondido bien a la vista en las calles de París, lo cual había requerido un proyecto de construcción y urbanismo deliberado y multigeneracional, que comenzó cuando Le Nôtre desvió por primera vez el eje de los jardines de las Tullerías 26 grados al norte del Oeste en 1665 y no se completó hasta 1989, más de trescientos años después.

¿Sería una conspiración o tan sólo una teoría de la conspiración? ¿Serían las similitudes entre el eje de París y el eje de Luxor meras coincidencias o alguna otra cosa?

Lo que hacía más probable que fueran otra cosa y, de hecho, algún tipo de conspiración era toda la misteriosa conexión que había vinculado al antiguo Egipto y sobre todo a la diosa Isis con la ciudad de París durante siglos. Aunque hay que reconocer que parecía absurdo, tampoco era fácil dejar de lado la cuestión de la profecía de Campanella, realizada al nacer el Rey Sol, Luis XIV, de que París se convertiría en una ciudad del sol, según el modelo de la época dorada del antiguo Egipto.

Fue entonces cuando a Bauval se le ocurrió de pronto otra cosa. Más o menos por la misma época en que los republicanos franceses estaban planeando proyectos urbanísticos monumentales para renovar la ciudad de París, entre 1789 y 1794, otro grupo de hermanos y republicanos planeaba diseñar una ciudad desde cero al otro lado del Atlántico.

Allí también salieron a la superficie extraños trazados geométricos y alineaciones que evocaban las ideas herméticas y masónicas...

14

La piedra angular

«La extraordinaria verdad es que la existencia misma del monumento a Washington está ligada íntimamante a la estrella egipcia Sirio. ¿Cómo es posible que esta importantísima estrella del mundo antiguo se viera, podríamos decir, resucitada en la arquitectura de Estados Unidos?»

DAVID OVASON, *La arquitectura sagrada de Washington*

«Si, como sostenía Thomas Jefferson, el Capitolio representa "el primer templo dedicado a la soberanía del pueblo", los hermanos (masónicos) de la ceremonia de 1793 fueron sus primeros sumos sacerdotes.»

STEVEN C. BULLOCK, *Revolutionary Brotherhood*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1996, p. 137

«Washington D. C. realmente se puede describir como la "ciudad masónica" más importante del mundo. Su centro se planificó de acuerdo con un plan trazado por el francmasón francés Pierre L'Enfant.»

Freemasonry Today, número 16, 2000

Si un monumento o un edificio (o incluso, como podemos ver ahora, toda una ciudad) se puede convertir en un corazón vivo, un talismán cargado de ideologías y significados poderosos, el marcapasos de dicho talismán tiene que ser su piedra angular.

En la antigüedad y en muchas culturas diferentes, la ceremonia de inauguración de un nuevo templo o monumento importante a menudo

requería que el gobernante ejecutara rituales complejos; tales ceremonias tenían por objeto invocar a un dios o una diosa para que tratara la construcción con benevolencia y le brindara su protección o incluso implorar a la divinidad que descendiera del mundo celestial y residiera en el templo. Resultaba decisiva la colocación de algún elemento permanente para conmemorar la ceremonia, por lo general en forma de primera piedra o piedra angular.

En la Europa medieval, siguiendo directamente aquellas ideas antiguas, se entendía que la colocación de la piedra angular de una iglesia o catedral simbolizaba la «elevación del edificio a la luz del día, a la conciencia o hacia el cielo».[1] En tal sentido, era fundamental que se eligiera el momento más propicio, cuando los participantes tuvieran la seguridad de que las influencias de las divinidades estelares y planetarias se encontraban en su mejor momento. A tal efecto se hacía un horóscopo.

Para los francmasones modernos, la ceremonia de colocación de la piedra angular sigue siendo primordial; no sólo sirve como vínculo con sus antepasados operativos, que construyeron templos y catedrales, sino también como símbolo poderoso de renovación y renacimiento. Se expresa con particular intensidad en la aspiración masónica (tomada literal o metafóricamente) de «reconstruir el templo de Salomón» en Jerusalén y colocar su piedra angular. De hecho, tanto para los masones como para los que no lo son, pocos talismanes pueden evocar tanto fervor, ya sea benevolente o destructivo. Si pensamos en las Cruzadas, la guerra entre árabes e israelíes de 1967 o la actual *intifada* palestina, podemos empezar a sentir la energía que este talismán es capaz de desatar. Encontrar y sustituir la piedra angular de un templo de Salomón renovado desataría una explosión intelectual y espiritual que tendría ramificaciones inmensas para Oriente Medio y para el mundo.

En muchos edificios antiguos, vemos que la piedra angular se incrustaba en el muro de una cripta o un sótano que se había preparado con todo cuidado antes de la ceremonia. Según el escritor masónico David Ovason:

> En términos simbólicos, la cripta es el lugar de enterramiento. Es la tierra a la que se tiene que arrojar la semilla de trigo para que crezca y resucite y para que emerja del ataúd como una planta que germina. En la masonería, la cripta es el lugar donde se entierra al maestro masón, bajo el sanctasanctórum. [...] Esta idea de renacimiento se continúa incluso en la época moderna en el ritual formal de las ceremonias francmasónicas de colocación de la piedra angu-

lar, en las cuales los participantes en el ritual esparcen trigo por el suelo y a veces incluso relacionan esta siembra con los astros.

Sabemos que, desde los tiempos más remotos de su civilización, los antiguos egipcios realizaban un ritual estelar (una forma de magia astral) durante la ceremonia de colocación de la piedra angular de sus pirámides y sus templos. En aquel ritual se hacía referencia a las estrellas circumpolares en el cielo boreal y, en el cielo austral, a las estrellas de Orión y, más concretamente, a la estrella Sirio.[2] Ovason opinaba que «la promesa de inmutabilidad estelar fue lo primero que impulsó a los sacerdotes del antiguo Egipto y a sus discípulos, los arquitectos griegos, a orientar sus templos hacia las estrellas». Precisamente aquella promesa, dice Ovason, induce a los arquitectos masónicos a asegurarse de que sus edificios y los planos de sus ciudades también «estén trazados con una geometría que refleje la sabiduría de las estrellas».[3]

La «ascensión» de Washington

El 18 de septiembre de 1793, poco más de un mes después de que se celebrara la ceremonia de Isis en la plaza de la Bastilla de París,[4] tuvo lugar otra ceremonia muy cargada de referentes simbólicos concretos en un punto elevado conocido como la colina de Jenkins, al otro lado del Atlántico; en el momento culminante de aquella ceremonia, el primer presidente de los Estados Unidos de América, George Washington, vestido con un mandil masónico que le había regalado el marqués de Lafayette, colocó la piedra angular del Capitolio en presencia de una congregación de francmasones de alto rango.[5]

Agrimensor, agricultor y episcopaliano, George Washington nació en Popes Creek, en el estado de Virginia. Creció cerca de la población de Fredericksburg, en la plantación de su padre. De joven estudió matemática y agrimensura y finalmente se incorporó a la milicia de Virginia, en la que destacó. En 1775, cuando tenía cuarenta y tres años, el Congreso Continental lo eligió comandante en jefe del ejército revolucionario para combatir contra los británicos. Cuando acabó la Guerra de la Independencia, Washington se retiró del Ejército y en 1789 el estado de Virginia lo envió a la Convención Constituyente, donde por unanimidad fue elegido presidente de Estados Unidos. Fue reelegido sin opo-

sición en 1792, se negó a cumplir un tercer mandato y murió de laringitis en Mount Vernon en 1799, a los sesenta y siete años.

George Washington se hizo francmasón en 1752 en Fredericksburg y fue «ascendido» a maestro masón al año siguiente.[6] En 1777, cuando los francmasones de las colonias americanas quisieron formar una Gran Logia unida independiente de Inglaterra, ofrecieron a Washington el cargo de Gran Maestro, pero él lo rechazó con modestia, diciendo que no estaba capacitado para ocupar un puesto tan elevado. Sin embargo, en 1788, llegó a ser Maestro de la Logia de Alejandría, conocida en la actualidad como Logia Alejandría Número 22 de Washington, situada en la margen meridional del río Potomac, cerca de la ciudad de Washington D. C. Desde 1932, esta famosa logia ha estado envuelta por un inmenso monumento masónico construido a su alrededor, siguiendo el modelo del antiguo Faro de Alejandría, en Egipto,[7] el *Pharos*, y lleva el nombre oficial de Monumento Nacional Masónico a George Washington.[8] El señor Hemle, de la empresa neoyorquina Hemle and Corbett, que diseñó el monumento, afirma lo siguiente:

> [...] el *Pharos* se erigió para orientar a los marineros antiguos, para que llegaran a la orilla sanos y salvos. ¿Qué puede ser más apropiado que una copia de aquel faro en Alejandría (Virginia), en lo alto de la colina más alta, con vistas al río Potomac?[9]

Isis del canal de Suez

Tanto el señor Hemle como Louis A. Watres (este último representante del cliente) eran francmasones y, como tales, habrán sabido que el antiguo *Pharos* de Alejandría había estado dedicado a Isis y también a su estrella, Sirio-Sothis. No sería aquella la única vez que los francmasones evocasen a Isis y a su estrella en un monumento histórico en Estados Unidos. Según Bernard Weisberger, también tenía a Isis en la cabeza el diseñador de la Estatua de la Libertad que actualmente se alza en el puerto de Nueva York:

> El escultor que hizo la gran estatua era alsaciano y se llamaba Frédéric-Auguste Bartholdi. Su obra estaba muy influida por el escultor antiguo Fidias, que realizó estatuas gigantescas de las diosas de la antigüedad, sobre todo de Atenea, diosa de la sabiduría, y Némesis, una diosa que sostenía una copa en

la mano derecha. Antes de comenzar el proyecto de la Estatua de la Libertad, Bartholdi buscaba un encargo para construir una estatua gigantesca de la diosa Isis, la reina egipcia del cielo, con vistas al canal de Suez. La estatua de Isis tenía que ser la de «una mujer con toga sujetando en alto una antorcha».[10]

Frédéric-Auguste Bartholdi había nacido en Francia, en la ciudad de Colmar, en Alsacia; había estudiado en París, en el prestigioso Liceo Louis le Grand, y en 1855, cuando apenas tenía veintiún años, emprendió un viaje a Egipto con tres amigos, los orientalistas Léon Gerôme, Auguste Belley y Narcisse Berchère. Allí, mientras visitaba los templos antiguos de Tebas y Abu Simbel, Bartholdi quedó encantado con las obras gigantescas de los escultores del antiguo Egipto. Estuvo ocho meses analizando en detalle los colosos y regresó a Francia con numerosos bocetos y fotografías.

Durante aquel primer viaje a Egipto, Bartholdi conoció al célebre ingeniero francés Ferdinand de Lesseps y así comenzó una amistad entre los dos que duró toda una vida. Lesseps estaba negociando con las autoridades francesas y egipcias para conseguir fondos para construir un canal que uniera el mar Mediterráneo con el mar Rojo. Bartholdi estaba muy impresionado por la visión de Lesseps y comenzó a buscar una manera de complementarlo, mediante la creación de una estatua gigantesca de una diosa sujetando una antorcha; imaginaba la estatua situada a la entrada del canal, representando a «Egipto iluminando Oriente», un nombre que, como la mayoría de los francmasones franceses sabían en aquella época, recordaba extrañamente a la famosa frase del conde de Cagliostro: «Toda la luz procede de Oriente y toda iniciación procede de Egipto».[11]

El jedive Ismael de Egipto, también francmasón, estaba prendado de la hermosa emperatriz francesa Eugénie, la esposa de Napoleón III, y en realidad de todo lo francés. Eugénie era prima de Ferdinand de Lesseps y fue ella la que habló con el jedive para que favoreciera el proyecto del canal de Suez. Ya hemos visto en el capítulo 13 que Mathieu, el padre de Lesseps, junto con Mohamed Alí, el abuelo de Ismael, habían fundado la *Société Secrète Égyptienne*, que practicaba una forma de francmasonería del Rito Escocés mezclada con el Rito Egipcio de Cagliostro.[12]

Parece que Bartholdi llegó a comentar la idea de una estatua gigantesca para el canal de Suez con el jedive Ismael, pero no llegaron a ningún acuerdo, probablemente a causa de la crisis financiera que padecía

entonces Egipto, como consecuencia de todos los préstamos que habían pedido a los bancos europeos. Sin embargo, Bartholdi no se desanimó en lo más mínimo y se fue con su proyecto a otra parte.

Isis de Nueva York, ¿un talismán para la Libertad?

Cerca de París, en la casa de Edouard de Laboulaye, una autoridad sobre cultura norteamericana, Bartholdi y otros analizaron por primera vez la idea de un monumento similar para conmemorar la hermandad entre Francia y Estados Unidos en ocasión del centésimo aniversario de la Declaración de Independencia. Parece que Bartholdi se limitó a convertir su proyecto original para Egipto y lo propuso, en cambio, como una «Estatua de la Libertad iluminando el mundo» para Nueva York. En 1875 se creó la llamada Unión Francoamericana para reunir los fondos necesarios.

Como era de esperar, resulta que varios miembros de la Unión Francoamericana eran francmasones, como el propio primo de Bartholdi, que era el embajador francés en Estados Unidos. Otros francmasones que también participaron activamente en el proyecto fueron Henri Martin, el conde de Tocqueville y Oscar de Lafayette. El propio Bartholdi se había iniciado en la francmasonería en 1875 en la Logia Alsacia-Lorena de París y fue ascendido a maestro masón en 1880.

Aunque Bartholdi fue el diseñador de la Estatua de la Libertad, en realidad la tarea de construirla recayó en Alexandre Gustave Eiffel, el célebre ingeniero de estructuras francés que también diseñó y construyó la Torre Eiffel de París. Eiffel también era francmasón, de modo que destaquemos de paso que los dos primeros niveles de la famosa torre de acero, según el ingeniero francés Jean Kerisel, tienen la forma de una pirámide.[13] Seguro que Eiffel sabía que, más o menos un siglo antes, en 1792, se había levantado una pirámide exactamente en el mismo lugar del Campo de Marte, en París, para conmemorar la Revolución francesa.[14]

Con respecto a la fuente de inspiración de la Estatua de la Libertad, el *Reader's Companion to American History* opina lo siguiente:

> Como modelo para la estatua, que finalizó a principios de 1884, el escultor Frédéric-Auguste Bartholdi combinó elementos de sus admiradas pirámides egipcias con el rostro de su madre.[15]

Se ha discutido mucho sobre si el modelo para el rostro de la Estatua de la Libertad habrá sido la madre del propio Bartholdi y la cuestión, aunque nimia, no ha quedado resuelta. Lo que sí es más seguro es que la estatua estaba vinculada al culto de la Libertad o al culto de la Razón de la Revolución francesa; para los republicanos, los dos cultos estaban íntimamente relacionados con los ideales masónicos. También es seguro, como hemos visto en el capítulo 1, que las figuras que representan la Libertad y la Razón a menudo seguían el modelo de la diosa egipcia Isis o de sus equivalentes griegas y romanas.

Curiosamente, antes de que se levantara en Nueva York, según el egiptólogo francés Bernard Mathieu, Bartholdi solía referirse a la Estatua de la Libertad como el «Pharos» y hasta llegó a diseñar una base para la estatua igual a la que se suponía que se había usado para el antiguo *Pharos* de Alejandría.[16] Después de haber pasado bastante tiempo en Egipto y de haber estudiado los orígenes de aquella antigua maravilla del mundo, seguro que Bartholdi conocía la asociación del *Pharos* con la diosa Isis y, por extensión, con su estrella, Sirio, de la que ya hemos hablado en el capítulo 5. En tal sentido, parece muy probable que imaginara su gigantesca estatua de «una mujer con toga sujetando en alto una antorcha» como una especie de faro para el canal de Suez y, posteriormente, para el puerto de Nueva York, como Isis-Faria y el faro de Alejandría.

Garibaldi, «héroe de dos mundos»

Hay otro aspecto de la vida de Bartholdi que pocas veces se tiene en cuenta en este contexto, pero que creemos que tenía relación con su estado de ánimo mientras diseñaba la estatua.

Bartholdi era muy amigo del héroe revolucionario italiano Giuseppe Garibaldi, el principal militar que impulsó la unificación italiana conocida como el *Risorgimento*. Junto con los políticos Camillo Benso de Cavour y Giuseppe Mazzini, Garibaldi es considerado uno de los fundadores de la Italia moderna. Se decía que Cavour era la inteligencia del *Risorgimento* y Mazzini, su impulso espiritual. Garibaldi era la fuerza combatiente, que fue esencial para llevarlo a buen término. Su famosa frase «dame mejor una mano presta que una lengua rápida» condensa el espíritu de aquel hombre notable. No es de extrañar que, por sus hazañas en Italia y también en las revoluciones sudamericanas, Gari-

baldi, como el marqués de Lafayette antes que él, fuera llamado «héroe de dos mundos».

Garibaldi nació en Niza y estuvo en la marina mercante durante muchos años. En 1833, mientras estaba en Marsella, conoció al gran patriota italiano Giuseppe Mazzini, que lo reclutó para la llamada *Giovane Italia*, la Joven Italia, que fue la punta de lanza del movimiento nacionalista italiano. El carismático Mazzini ejercería una influencia profunda y duradera sobre Garibaldi, que, a lo largo de su vida, a menudo se refirió a él como su «maestro». La francmasonería fue particularmente activa en el movimiento de liberación[17] y Giuseppe Mazzini, a menudo llamado «el apóstol de la República Italiana», era un francmasón incondicional. El Gran Oriente de Palermo lo elevó al Grado 33 del Rito Escocés en 1864.[18]

El propio Garibaldi fue iniciado en la sociedad secreta de los Carbonarios en 1833[19] y a continuación en la francmasonería regular en 1844, En 1862 recibió el Grado 33 en Palermo y en 1864 fue elegido en Florencia Gran Maestro de toda la francmasonería italiana. En 1870, cuando los prusianos sitiaron París, Garibaldi, tan heroico como siempre, acudió corriendo al rescate con un contingente de voluntarios italianos a defender la recién declarada Tercera República de Francia, encabezada por el primer presidente francés, el francmasón Léon Gambetta.[20] Por sus triunfos militares contra los prusianos, Gambetta invitó a Garibaldi a incorporarse a la Asamblea Nacional en París. En 1880, Garibaldi se incorporó a la orden masónica egipcia de Menfis y, un año después, fue nombrado primer Gran Maestro General de la orden masónica unida de Menfis-Misraim.[21]

Un «lugar estupendo» para un talismán universal

En Francia, durante la campaña militar de 1870, presentaron a Garibaldi al escultor Bartholdi, que entonces era comandante del Ejército francés. Bartholdi actuó durante un tiempo como edecán personal de Garibaldi, pero pocos meses después marchó a América, con el propósito de «glorificar la República y la Libertad por allí». Llegó a Nueva York en julio de 1871. En cuanto llegó al puerto de Nueva York, supo enseguida dónde estaría algún día su gigantesca estatua de la Libertad:

> La imagen que se presenta a la vista cuando uno llega a Nueva York es maravillosa. [...] Cuando uno despierta, por así decirlo, en medio de aquel mar

interior lleno de embarcaciones [...] es emocionante. No cabe duda de que es el Nuevo Mundo. [...] He encontrado un lugar estupendo. Es la isla de Bedloe, en medio de la bahía [...] justo enfrente de los estrechos que son, por así decirlo, la puerta de entrada a Estados Unidos.

En Estados Unidos, Bartholdi aprovechó bien las cartas de presentación que le habían dado los francmasones franceses de alto rango. Encontró a muchas personas importantes y veteranos de la guerra de secesión, como Henry Wadsworth Longfellow, Horace Greeley, el senador Charles Sumner y el presidente Ulysses S. Grant. Con cada uno de ellos habló de su gran idea y les enseñó dibujos y una maqueta de la estatua a la que entonces llamaba *Libertad iluminando al mundo.*

Evidentemente, el proyecto fue un éxito y de allí surgió el poderoso talismán universal que ahora se alza en el puerto de Nueva York. Mientras tanto, la intensísima participación masónica en todo el asunto se manifestó con claridad el 5 de agosto de 1984, cuando se fijó una placa de bronce en el pedestal de la estatua, en la que se leía lo siguiente:

En este lugar, el 5 de agosto de 1884, William A. Brody, Gran Maestro de los masones del estado de Nueva York, colocó con ceremonia la piedra angular del pedestal de la estatua *Libertad iluminando al mundo*, en presencia de miembros de la Gran Logia, representantes de los gobiernos de Estados Unidos y de Francia, oficiales del Ejército y de la Armada, miembros de delegaciones extranjeras y ciudadanos distinguidos. La placa está dedicada por los masones de Nueva York, en conmemoración del centenario de aquel acontecimiento histórico.

5 de agosto de 1984. Calvin G. Bond, Gran Maestro de los masones; Robert G. Singer, Gran Maestro Adjunto; Arthur Markwich, presidente del aniversario masónico.

En la ceremonia original del 5 de agosto de 1884, preguntaron al Gran Maestro William Brodie por qué se había invitado a la fraternidad masónica para que colocara la piedra angular de la Estatua de la Libertad, a lo que él respondió lo siguiente:

Ninguna otra organización ha hecho más que la francmasonería para promover la libertad y para liberar a los hombres de las cadenas de la ignorancia y la tiranía.[22]

Se podría decir lo mismo en otras épocas de los gnósticos y los herméticos en su contexto alejandrino original en Egipto y, posteriormente, en sus encarnaciones cátaras y renacentistas de la Edad Media. Desde el primer momento, el objeto de estas religiones subversivas, ya fuera que las enseñara Valentino, Mani, Bruno o Campanella, ha sido sin duda liberar a la humanidad «de las cadenas de la ignorancia y la tiranía».

Otra diosa del antiguo Egipto presta su estrella de siete puntas

Al ver la conexión entre Isis y la Estatua de la Libertad de Bartholdi, era inevitable que nos fijásemos en que hay algo bastante curioso con respecto a la fecha del 5 de agosto, elegida para la importante ceremonia de colocación de la piedra angular.

Ya sabemos que Isis se identificaba con la estrella Sirio, un hecho del que se hablaba mucho en la época de Bartholdi en círculos masónicos y sobre todo en las logias de Francia y de Estados Unidos. En el capítulo 1 vimos también que Sirio ejercía una fascinación especial para los francmasones franceses y más todavía para los astrónomos masones, como Lalande (que era miembro destacado de la logia francoamericana de las Nueve Hermanas de París). El interés de Lalande había girado en torno al halo de misterio que rodeaba la salida helíaca de Sirio, que, para los francmasones, evocaba ideologías de renacimiento espiritual y la elevación del iniciado a los misterios.[23] Teniendo en cuenta que Bartholdi era francmasón, que había viajado mucho por Egipto, que había trabajado en estrecho contacto con el francmasón Eiffel, que también había estado en estrecho contacto con Garibaldi y con su tipo de francmasonería egipcia y que se había interesado mucho por los monumentos del antiguo Egipto, nos parece que sería perverso imaginar que no estuviera familiarizado con la salida helíaca de Sirio y su intenso simbolismo de renacimiento. De hecho, ¿qué mejor asociación que la salida helíaca de la estrella de Isis se podría encontrar para acoplar acontecimientos felices en el cielo con la construcción en la tierra de un «templo» dedicado a la libertad, que pretendía ser un modelo de esperanza para una nueva vida en una nueva tierra construida sobre las nobles virtudes de la francmasonería?

En los primeros días del antiguo Egipto, en el tercer milenio antes de Cristo, la salida helíaca de Sirio se producía cerca del solsticio de verano,

que (en nuestro calendario gregoriano moderno) cae el 21 de junio. En cambio, a finales de la civilización egipcia, alrededor del año 30 a. de C., el ciclo de precesión del eje de nuestro planeta había provocado que la salida helíaca de Sirio «se deslizase» con respecto al solsticio de verano, de modo que se producía casi un mes después, es decir, en torno al 20 de julio. Cuando Bartholdi estuvo en Egipto, en la década de 1860, la salida helíaca de Sirio había seguido deslizándose y se había alejado más aún del solsticio de verano y, desde la latitud de la antigua Heliópolis, cerca de El Cairo, debió de haberse observado el 5 de agosto por la mañana.[24]

Es un hecho muy arraigado en el antiguo Egipto que, desde tiempo inmemorial, celebrase la ceremonia de colocación de la piedra angular de un templo, conocida como «estirar la cuerda», una sacerdotisa que representaba a la diosa Seshat, cuyo símbolo era una estrella de siete puntas que llevaba en la cabeza. Seshat era conocida como la «Señora de los Constructores», un título que la establecía como protectora de los constructores de templos, los arquitectos y los albañiles *[masons]*. Curiosamente, además era la esposa de Thot, el dios de la sabiduría del antiguo Egipto, que sirvió de prototipo para Hermes Trismegisto, el veneradísimo patrono de las tradiciones esotéricas y ocultas, entre ellas la francmasonería. Es muy probable que, en el antiguo Egipto, la ceremonia de estirar la cuerda se celebrara al amanecer en la época de la salida helíaca de Sirio.[25] Si tenemos en cuenta esto y el tocado de Seshat con la estrella de siete puntas, hemos de maravillarnos de la decisión de Bartholdi de colocar una estrella de siete puntas sobre la cabeza de su estatua de la Libertad y también de la elección del 5 de agosto para celebrar la ceremonia de colocación de la piedra angular de la estatua.

Si analizamos con mayor profundidad el simbolismo que debieron de tener presente Bartholdi y otras personas involucradas, hay que tener en cuenta la posibilidad de que la estrella de siete puntas sobre la cabeza de la Estatua de la Libertad también esté allí porque tiene connotaciones esotéricas y vínculos sinuosos con la diosa egipcia Isis. Ya hemos visto que los francmasones del Rito Escocés, sobre todo en Francia, a veces asociaban el simbolismo de la carta XVII del Tarot, conocida como «La Estrella», con el simbolismo de la estrella de Isis, es decir, Sirio. Por consiguiente, no es extraño descubrir que a menudo aparece una estrella de siete puntas sobre la cabeza de la mujer que aparece en esta carta vertiendo agua de una jarra en un río: ¿podría ser un pictograma claramente metafórico de los lazos entre Isis, la estrella y la inundación del Nilo, que se producía en la salida helíaca de Sirio?

Un obelisco para Nueva York

Más o menos por la misma época en que se erigía la Estatua de la Libertad en la isla de Bedloe, se llevó al Central Park de Nueva York un obelisco original del antiguo Egipto. Este obelisco, que lleva inscripciones dedicadas al faraón Tutmosis III (1479-1425 a. de C.), es uno de los dos que originalmente estaban en Heliópolis, en la antigüedad; el otro se encuentra actualmente en Londres, en Victoria Embankment. El obelisco que acabó en el Central Park fue llevado de Heliópolis a Alejandría en el año 12 a. de C., durante el reinado de César Augusto, para adornar la entrada del templo Caesarium, cerca del gran puerto oriental, justo enfrente del faro *Pharos*, del lado septentrional de la bahía.[26] Desde allí, dieciocho siglos después, finalmente fue llevado a Nueva York.[27]

Como ocurrió con la Estatua de la Libertad (y también con el obelisco de Londres),[28] toda la operación compleja para trasladar el obelisco a Nueva York fue masónica de cabo a rabo. La persona que asumió la responsabilidad general del proyecto, un ingeniero naval llamado Henry Honeychurch Gorringe, era un francmasón devoto que había sido iniciado en Nueva York, en la Logia Anglosajona 137.[29] De hecho, ni siquiera la doctora Martina D'Alton, que escribió la crónica oficial del obelisco de Nueva York para el Museo Metropolitano, se abstuvo de comentar lo siguiente:

> Los francmasones estaban muy presentes en Nueva York. Casi todos los que intervinieron para trasladar [el obelisco] a Estados Unidos eran miembros: Gorringe, Schroeder, Vanderbilt y Hurlbert, además del alcalde, el inspector de Policía y otros políticos de la ciudad.[30]

Parece que la idea original de llevar un obelisco a Nueva York había sido del propio jedive Ismael de Egipto, cuando se inauguró el canal de Suez, en 1869. El jedive, que estaba junto a William Hurlbert, director del periódico *New York World*, de repente soltó que le gustaría enviar un obelisco como regalo al gobierno de Estados Unidos.[31] Hurlbert, que era francmasón, de inmediato habrá reconocido en aquel gesto una suerte de amable «apretón de manos masónico» por parte del jedive, que también era francmasón.[32]

En realidad, la influencia masónica llegó más lejos todavía. Pocos meses antes de la inauguración del canal de Suez, el tío del jedive Ismael,

el príncipe Halim Pashá, había sido elegido Gran Maestro de la orden masónica de Menfis, que practicaba rituales seudoegipcios utilizando un sistema de «92 grados superiores».[33] Halim Pashá también actuaba como Gran Maestro oficial del Gran Oriente de Egipto.[34]

Henry Gorringe llegó a Egipto en octubre de 1879 con un colega francmasón, el teniente Seaton Schroeder, para recibir el obelisco. El jedive había encomendado al francés Salvatore Zola (que había sustituido al príncipe Halim Pashá como Gran Maestro de la orden de Menfis en 1874)[35] la misión de entregar el regalo a los estadounidenses.[36] Según los informes de la época, cuando Gorringe finalmente hizo descender el obelisco sobre la playa de arena de Alejandría, hubo gran excitación. Los numerosos francmasones del grupo habían observado emblemas masónicos (una llana, una escuadra y un triángulo) tallados en la base del antiguo pedestal.[37] Parece que Gorringe quedó «muy impresionado con el simbolismo [y] decidió llevar el pedestal, los escalones y la base al Nuevo Mundo, para volver a ponerlos como estaban».[38]

Tal vez deberíamos mencionar también que, apenas unos años antes, Gorringe también había quedado impresionado por otra cosa. Estaba convencido de que había descubierto la Atlántida en las Azores, mientras trabajaba para la Oficina Hidrográfica de Estados Unidos en 1876. Por su descubrimiento recibió un mensaje personal de felicitación nada menos que del presidente de Estados Unidos, Ulysses Grant.[39]

Finalmente, el obelisco llegó a Nueva York y

> [...] el 9 de octubre de 1880, nueve mil francmasones desfilaron por la Quinta Avenida, en medio del estruendo de las bandas, hasta Graywacke Knoll, para una ceremonia de colocación de la piedra angular magnífica y solemne.[40]

La ceremonia en sí tuvo lugar al día siguiente, el 10 de octubre de 1880, cuando Jesse B. Anthony, el Gran Maestro de los masones neoyorquinos, hizo los honores para «vincular los orígenes de la francmasonería con el antiguo Egipto».[41]

Ya nos hemos referido al Monumento Masónico a George Washington en Alejandría (Virginia). En su caso, el presidente Coolidge celebró la ceremonia de colocación de la piedra angular en mayo de 1923, utilizando la misma llana que había utilizado George Washington ciento treinta años antes, cuando colocó la piedra angular del Capitolio estadounidense en Washington D. C.[42]

Por consiguiente, el Monumento Masónico a George Washington de

Alejandría (Virginia) es el tercero de tres monumentos masónicos significativos que hay en Estados Unidos (los otros dos son la Estatua de la Libertad y el obelisco de Nueva York), que muestran vínculos simbólicos intensos con la antigua ciudad de Alejandría, en Egipto, una ciudad que en la antigüedad se asociaba en todo el mundo con el faro (*Pharos*) y con la diosa Isis-Faria.

Filadelfia, la «ciudad del amor fraternal»

Aunque Washington D. C. se fundó en 1793, la ciudad no fue ocupada por el gobierno hasta el final del mandato del presidente John Adams, en 1801. Durante los dos mandatos de la presidencia de George Washington, que abarcan el período comprendido entre 1789 y 1797, la sede del gobierno y, por consiguiente, la capital de los jóvenes Estados Unidos, fue la ciudad de Filadelfia, un nombre que literalmente significa «ciudad del amor fraternal» o, lo que tal vez sería más adecuado, «ciudad del amor a la hermandad», un nombre que, como mínimo, tiene fuertes resonancias masónicas, algo que no es de extrañar si nos damos cuenta (como veremos más adelante, en este capítulo) de que en Filadelfia floreció por primera vez la francmasonería en el continente americano.

La historia de Filadelfia y el breve período durante el cual fue la primera capital de Estados Unidos es el tipo de cosas con las que sueñan los productores de Hollywood. Todo comenzó en Inglaterra en 1681, cuando el rey Carlos II tuvo que hacer frente a una vieja deuda apremiante con un tal almirante Penn, que entonces tenía que pagar a su hijo y heredero, William Penn.

William Penn era el líder visionario de los cuáqueros, cristianos protestantes que entonces estaban provocando mucha irritación a la Iglesia anglicana, de modo que Carlos II, que no estaba dispuesto a cumplir en efectivo sus obligaciones con Penn, le ofreció en cambio una región de América del Norte del tamaño de Inglaterra, con la condición de que Penn la utilizara para desarrollar una provincia en la que los cuáqueros y otros protestantes pudieran gozar de «libertad de culto y autonomía». El nombre de Pensilvania [en inglés, Pennsylvania] fue elegido por el propio rey Carlos II y significa «bosques de Penn», aparentemente en honor al almirante Penn, el padre de William.

Para William Penn aquello fue, literalmente, un regalo del cielo, una oportunidad para poner en práctica lo que él llamaba el «experimento

sagrado», de modo que, para alegría de Carlos II, aceptó con entusiasmo el ofrecimiento y el desafío, aunque ni en sus sueños bíblicos más descabellados habría imaginado cómo acabaría aquello. En cuanto a Carlos II, pensó que había endilgado al fastidioso cuáquero una propiedad inservible, sin darse cuenta, evidentemente, de que en realidad había plantado la semilla de la desaparición de Gran Bretaña de las colonias americanas.

Por los ríos de Babilonia

William Penn zarpó hacia América a principios de 1682, con la cabeza llena de sueños y visiones de la gran ciudad que fundaría en el Nuevo Mundo. Muchos documentos de la época demuestran que Penn visualizaba lo que llamaba constantemente «mi pueblo verde» según el modelo de las propiedades rurales que tenía en Inglaterra; sin embargo, según uno de sus biógrafos más distinguidos, Susan Coolidge:

> [...] dicen que tenía en la cabeza la ciudad de Babilonia como modelo de la ciudad que se proponía levantar.[43]

Es muy probable que Coolidge tenga razón. Se sabe, por ejemplo, que Penn estaba muy inspirado por la idea de situar su ciudad entre dos ríos, el Delaware y el Schuylkill, de forma bastante similar a como la antigua Babilonia estaba situada entre el Tigris y el Éufrates. Otro factor es el trazado «en parrilla» adoptado por Penn, que requería una alineación de avenidas paralelas que circulaban en dirección Este-Oeste y se entrecruzaban con otra serie de avenidas que circulaban en sentido Norte-Sur, un esquema que, según algunos historiadores, aparentemente se utilizó para la antigua Babilonia.[44] El tercer factor es, desde luego, el nombre que Penn escogió para su ciudad: Filadelfia, la «ciudad del amor fraternal», en la que se reunirían personas de diferentes razas y lenguas.

En la Biblia, Babilonia era, desde luego, donde Nimrod hizo construir la llamada «Torre de Babel», cuando todos los hombres hablaban un solo idioma, y para muchos francmasones la Torre de Babel constituye el máximo talismán o símbolo de sus orígenes. En su célebre ensayo «El origen de la francmasonería», Thomas Paine explica por qué:

Siempre se entiende que los francmasones tienen un secreto que guardan con cuidado, pero, por lo que se puede inferir de sus propias versiones de la masonería, su verdadero secreto no es otro que su origen, que apenas un puñado de ellos comprende y, los que lo hacen, lo envuelven en el misterio. [...] En 1730, Samuel Pritchard, miembro de una logia constituida en Inglaterra, publicó un tratado titulado «Masonry Dissected» y juró ante el alcalde de Londres que era una copia auténtica: «Samuel Pritchard jura que la copia que se adjunta al presente es copia fiel y genuina de todos los detalles». En su obra ha dado el catecismo o examen, con preguntas y respuestas, de los aprendices, los compañeros y los maestros masones. No había ninguna dificultad en hacerlo, ya que es mera forma. En su introducción dice que «la institución original de la masonería estaba compuesta por el fundamento de las artes liberales y las ciencias, pero, más concretamente, por la geometría, porque en la construcción de la Torre de Babel se introdujeron por primera vez el arte y el misterio de la masonería y a partir de allí los transmitió Euclides, un matemático meritorio y excelente de los egipcios, y él se lo comunicó a Hiram, el maestro Masón que se ocupó de construir el templo de Salomón en Jerusalén».[45]

A continuación, Tom Paine señala con acierto lo siguiente:

Aparte de lo absurdo que es derivar la masonería de la construcción de Babel, donde, según la historia, la confusión de las lenguas impidió que los constructores se entendieran entre sí y, en consecuencia, que se transmitieran los conocimientos que tenían, hay una contradicción flagrante en cuanto a la cronología de su relato. El templo de Salomón se construyó y se consagró mil cuatro años antes de la era cristiana, mientras que Euclides, como se puede ver en las tablas cronológicas, vivió 277 años antes de aquella era. Por consiguiente, es imposible que Euclides pudiese comunicar nada a Hiram, ya que no vivió hasta setecientos años después de la época de Hiram.[46]

Lo que Paine, como buen pragmático, no podía comprender es que la francmasonería inglesa no tiene una historia en el sentido que dan al término los estudiosos, sino más bien una historia simbólica, en la que los principios y las ideologías de la hermandad se esclarecen o simbolizan mediante acontecimientos bíblicos, míticos e incluso históricos, como la construcción del templo de Salomón y la Torre de Babel. Para los historiadores académicos, este tipo de cosas no son más que seudohistoria, un cuento sin ningún valor histórico, inventado para glorificar a determinados individuos o culturas, asociándolos con la historia bíblica.

Sin embargo, los francmasones lo tienen claro. La historia simbólica, aunque sea falsa o, en el mejor de los casos, esté muy distorsionada y exagerada, se tiene que valorar en sí misma por las consecuencias que tiene en la sociedad y en el comportamiento humano en masa.

Dentro de la visión de William Penn de una Nueva Babilonia entre los ríos del Nuevo Mundo, también estaba la visión de un Jardín del Edén al estilo mesopotámico, según la cual se desarrollaría una superficie inmensa de cuatro mil hectáreas (de las cuales casi quinientas se reservaban para Filadelfia) en el curioso concepto del «pueblo verde» de Penn, con su sistema de «parrilla» de avenidas entrecruzadas. En aquel parque temático bíblico, se adjudicaban a cada ciudadano considerables zonas verdes. Treinta y dos hectáreas del centro de Filadelfia se reservaban especialmente para fincas para los señores, con mansiones situadas como mínimo a doscientos cincuenta metros las unas de las otras, separadas por jardines y campos espléndidos. Las calles amplias de la parrilla se entrecruzaban en perfecta simetría rectangular y en cada esquina del centro de la ciudad había «plazas», las precursoras de los actuales parques urbanos. En el medio había una quinta «plaza», más grande, y de cada uno de sus lados salía una avenida ancha que formaba una gigantesca *croisée* o cruz.

Toda la ciudad quedaba circunscrita dentro de un rectángulo inmenso, cuyo lado más largo iba de Este a Oeste. Sin embargo, curiosamente, aquel gran rectángulo no estaba orientado perfectamente hacia los puntos cardinales astronómicos (es decir, hacia el Norte, el Sur, el Este y el Oeste), sino que estaba fijado a unos 10 grados al sur del Este. Es posible que así se pretendiera mantener el trazado más o menos paralelo a los ríos adyacentes, aunque no se descarta en absoluto una finalidad más esotérica en semejante ciudad de «amor fraternal». Observamos con interés, por consiguiente, que el sol se alinea en su salida con el eje de Filadelfia dos días del año: el 16 de febrero y el 13 de octubre.[47] La última fecha coincide con el aniversario de la supresión de los Caballeros Templarios, que tuvo lugar, como hemos visto en el capítulo 10, el 13 de octubre de 1307. Ya sea por casualidad o a propósito, como demostraremos más adelante, la misma fecha del 13 de octubre vuelve a surgir en relación con la ceremonia de la colocación de la piedra angular de la Casa Blanca en Washington D. C.

Penn encargó el diseño de Filadelfia a Thomas Holme, un urbanista de mucho talento, que publicó el proyecto de Penn en 1683.[48] Se conservan copias del diseño de Holme y se puede ver con toda claridad el

principio de la «parrilla», con sus cuatro esquinas y sus «plazas» en el centro. Tal vez fuera apropiado que una ciudad tan geométrica no sólo sirviera como capital de los recién constituidos Estados Unidos de América durante los doce años comprendidos entre 1789 y 1801, sino también que se convirtiera en la capital de la francmasonería estadounidense. En la actualidad se reconocen en Filadelfia unos veinticinco «lugares relacionados con la masonería», uno de los cuales es el gran templo masónico de Broad Street, con su sala egipcia y su sala salomónica. En Quinta y Arch Street está el templo cuáquero, que fue la Gran Logia Masónica de Pensilvania en los años decisivos comprendidos entre 1775 y 1777, y no olvidemos tampoco el Arco Conmemorativo [National Memorial Arch] dedicado al «hermano» George Washington, que fue reconstruido por los francmasones de Pensilvania en 1996.[49]

Sus raíces son muy profundas. Apenas cuarenta años después de la llegada de William Penn al Nuevo Mundo, la ciudad utópica que él creó se convertiría en el hogar de los primeros francmasones americanos.

El hijo del velero

En el último cuarto del siglo XVIII, Filadelfia había crecido hasta convertirse en la segunda ciudad de habla inglesa del mundo, después de Londres. Como su nombre implicaba, su cultura local era intensamente masónica. Al mismo tiempo, era un centro comercial rico, que, en contraste con el amor fraternal que proclamaba, participaba mucho en el comercio de esclavos negros. Según la tradición, en la ciudad de Filadelfia se consagró la primera logia masónica del continente americano: la Logia de San Juan.[50] También en Filadelfia recibió su iniciación el más famoso de los francmasones estadounidenses: Benjamin Franklin.[51]

Hijo de un fabricante de velas, Benjamin Franklin se marchó de su ciudad natal, Boston, en 1723, después de perder su empleo por el tono político de los artículos que había escrito para el periódico de su hermano, el *New-England Courant*. El joven Franklin se estableció en Filadelfia, donde el gobernador de Pensilvania, William Keith, lo alentó para que se dedicara a la edición. A tal fin, Keith lo patrocinó para que fuera a Inglaterra a adquirir experiencia en el negocio editorial. Franklin estuvo en Londres desde 1724 hasta 1726 y después regresó a Filadelfia, donde al final fundó *The Pennsylvania Gazette*, el periódico en el que se publicó el primer comentario sobre la francmasonería en Estados Unidos.[52]

En 1730, Franklin se hizo masón en la Logia de San Juan en Filadelfia y en 1734 lo nombraron su Gran Maestro.[53] Desde 1737 hasta 1753 estuvo a cargo del servicio postal de Filadelfia. Deísta y defensor de la tolerancia religiosa, Franklin también era científico y, en 1751, adquirió fama y notoriedad cuando inventó el pararrayos, después de hacer volar una cometa durante una tormenta eléctrica.

Franklin volvió a vivir en Inglaterra entre 1757 y 1762, en aquella ocasión como representante de la colonia de Pensilvania; regresó otra vez dos años después y se quedó hasta 1775. Durante su última estancia en Londres, entabló prolongadas negociaciones con el gobierno británico y jugó un papel decisivo en la revocación de la llamada «Ley de Timbres» impuesta por Jorge III a las colonias americanas. De tal manera, Franklin sembró las semillas políticas e intelectuales que desencadenarían la oposición abierta a los británicos en Estados Unidos y, en última instancia, la Guerra de la Independencia. En 1775, cuando se enteró de que los colonos estadounidenses se estaban preparando para un alzamiento armado contra los británicos, a Franklin le pareció que su posición en Inglaterra se estaba volviendo demasiado peligrosa, de modo que volvió a cruzar el Atlántico. Llegó a Filadelfia en mayo de 1775, justo dos semanas después de que sonaran los primeros disparos contra los británicos en Lexington. En junio, el ejército revolucionario estadounidense enfrentó a las fuerzas británicas en Bunker Hill y aquello marcó el comienzo de una guerra declarada.

Thomas Paine

También desde Filadelfia, otro periodista conocido, Thomas Paine, cuáquero y deísta convencido, comenzó un ataque violento contra los británicos en sus escritos. Paine había nacido en Norfolk, Inglaterra, y era hijo de un corsetero cuáquero. Después de varios intentos fallidos de forjarse una carrera, su suerte comenzó a cambiar cuando conoció a Benjamin Franklin en Londres, a principios de la década de 1770. Franklin le aconsejó que probase fortuna en América y le proporcionó cartas de recomendación. Thomas Paine llegó a Filadelfia en 1774 y dos años después, en enero de 1776, publicó su célebre panfleto, *El sentido común*, en el que planteaba el concepto de una «Declaración de Independencia». Vendió más de medio millón de copias y algunos incluso creen que

sirvió de base para la Declaración de Independencia formal que finalmente compiló Thomas Jefferson en julio de 1776.

Dejando aparte su enorme impacto político, a Paine se lo conoce en círculos masónicos por promover la misma idea que el arqueólogo británico (profesor y miembro del Consejo de la Real Academia de Ciencias británica) y francmasón William Stukeley, que sostenía que la francmasonería tomaba sus rituales de los antiguos druidas, que, a su vez, los habían heredado de los antiguos egipcios.[54] En un artículo sobre este tema, Paine nos informa de su opinión de que «los antiguos druidas [...] como los "magos" de Persia y los sacerdotes de Heliópolis en Egipto, eran sacerdotes del Sol». A continuación, Paine afirma lo siguiente:

> El cristianismo y la masonería tienen el mismo origen común: los dos derivan del culto al Sol. La diferencia entre sus orígenes reside en que el cristianismo es una parodia del culto al Sol. [...] En qué período de la antigüedad o en qué nación se estableció por primera vez esta religión se pierde en el laberinto de la prehistoria. Por lo general se atribuye a los antiguos egipcios. [...] La religión de los druidas, como se ha dicho antes, era la misma religión que la de los antiguos egipcios. Los sacerdotes de Egipto eran los profesores y los maestros de ciencias y eran elegantes sacerdotes de Heliópolis, es decir, la ciudad del sol.[55]

En el mismo artículo, Paine apoya sus propias afirmaciones citando al capitán George Smith, inspector de la Academia Real de Artillería de Woolwich y Gran Maestro Provincial de la Masonería en Kent, que había reivindicado lo siguiente:

> Egipto, de donde derivamos muchos de nuestros misterios, siempre ha ocupado un lugar destacado en la historia y en una época fue más célebre que todos los demás por sus antigüedades, su saber, su opulencia y su fecundidad. En su sistema, los principales dioses-héroes, Osiris e Isis, representaban teológicamente al Ser supremo y la Naturaleza universal [...] Los egipcios de las primeras épocas constituyeron gran cantidad de logias, pero con diligencia mantuvieron los secretos de la masonería ocultos a todos los que no pertenecían a ella. Aquellos secretos nos han sido transmitidos imperfectamente sólo mediante la tradición oral y no deberían darse a conocer a los peones, artesanos y aprendices, hasta que, por su buen comportamiento y su estudio prolongado, estén más familiarizados con la geometría y las artes liberales y, por consiguiente, calificados para ser maestros y guardianes.[56]

Ya veremos más adelante que Thomas Paine fue a París durante la Revolución francesa y se hizo amigo del astrónomo Charles Dupuis, que, como recordaremos, defendía el punto de vista de que la ciudad de París debía sus orígenes a la diosa egipcia Isis. Veremos también que Paine se hizo muy amigo del escritor Nicolas de Bonneville, francmasón, místico y revolucionario radical, y del marqués de Condorcet, matemático y filósofo, también revolucionario y miembro de la Logia de las Nueve Hermanas.[57] Es posible que Paine, que llegaría a París en el momento culminante del reinado de Robespierre, desempeñara un papel en el intento de inducir al pueblo de París a adoptar el culto republicano al Ser supremo y tal vez incluso el culto a la Naturaleza-Razón-Libertad, que se presentó como un culto seudoisíaco en la plaza de la Bastilla, en agosto de 1793.

Franklin en Francia

Ya hemos visto en el capítulo 1 que, a finales de 1776, trece años antes de que estallara la Revolución francesa, Benjamin Franklin fue enviado a Francia como primer embajador de la recién creada República de Estados Unidos. Por ser el firmante de mayor edad de la Declaración de Independencia y también el inventor del pararrayos, la inmensa fama de Franklin lo había precedido y, al llegar a París, fue aclamado como una especie de héroe de culto. Su misión fundamental consistía en obtener apoyo, tanto financiero como militar, para la guerra de Estados Unidos contra los británicos. Lo consiguió, en gran medida mediante complejas negociaciones entre bastidores con Charles Gravier, conde de Vergennes, el ministro de Asuntos Exteriores de Luis XVI.

Franklin era ocurrente y sensato y los franceses prerrevolucionarios lo consideraban un símbolo de la libertad del Nuevo Mundo. Era el héroe que estaba en contra de los británicos y, por extensión, de la opresión y el despotismo de los monarcas europeos en general. No tardó en convertirse en el niño mimado de los salones sociales de París y, por supuesto, de las elitistas logias masónicas. Como también hemos visto en el capítulo 1, Franklin se incorporó a la famosa Logia de las Nueve Hermanas cuando fue embajador en París y en 1779 llegó a ser su Gran Maestro.

La Logia de las Nueve Hermanas era la sucesora natural de una logia más antigua, Les Sciences, fundada en 1766 por el astrónomo Lalande

y por el filósofo ateo Claude Helvetius. En 1771, tras la muerte de Helvetius, Lalande y la viuda de aquel, *madame* Anne Catherine Helvetius, jugaron un papel decisivo en la creación de la Logia de las Nueve Hermanas. *Madame* Helvetius dirigía el famoso «salón» elitista de la Rue Sainte Anne de París, conocido en toda Europa por la excelencia intelectual de sus miembros.[58] También recibía en otro salón en Auteuil, cerca de París, que mantenía vínculos muy estrechos con la Logia de las Nueve Hermanas.[59]

Franklin asistía con asiduidad a los salones de *madame* Helvetius, al igual que el marqués de Lafayette, que entonces era un joven oficial del Ejército francés. Lafayette también pertenecía a la Logia El contrato social, vinculada con logias elitistas como *La Société Olympique*, entre cuyos miembros figuraban otros oficiales jóvenes, como el conde de Chambrun, el almirante conde de Grasse, el almirante conde d'Estaing y el famoso bucanero John Paul Jones; todos ellos desempeñarían después papeles importantes en la Guerra de la Independencia estadounidense. De hecho, es casi seguro que, a través de aquellas logias y salones masónicos, el representante político y comercial de Franklin en París, el estadounidense Silas Deane, reclutó a jóvenes oficiales franceses para ayudar a George Washington a combatir contra los británicos. Uno de los oficiales reclutados por Deane, probablemente por mediación de Beaumarchais, fue el marqués de Lafayette, que por entonces sólo tenía diecinueve años.[60]

«¿Por qué no?»

No se puede exagerar la importancia que tuvo Lafayette para la revolución estadounidense. De hecho, en la actualidad muchos estadounidenses creen que, de no ser por él, es posible que Washington no hubiese conseguido reunir suficiente apoyo militar para derrotar a los británicos. Muchos se han preguntado también qué habrá inducido a Lafayette a hacer tantos sacrificios personales por la causa americana. Parte de la respuesta se puede encontrar en el lema que escogió para su escudo de armas: «*Cur Non?*», «¿Por qué no?».[61] Puede que estas sencillas palabras revelen mejor que ninguna otra cosa el carácter de aquel hombre emprendedor y de inmensa valentía.

Lafayette, cuyo nombre completo era Marie-Joseph Paul Yves Roch Gilbert du Motier, nació el 6 de septiembre de 1757 en Chavaniac, en

el Alto Loira (Francia). Su padre, un importante general del Ejército, murió en combate cuando Lafayette sólo tenía dos años y su madre moriría once años después, dejando al adolescente Lafayette como único beneficiario de una fortuna inmensa. Digno descendiente de una familia de militares distinguidos, se matriculó para estudiar en la Academia Militar de Versalles y, a los dieciséis años, llegó a ser capitán de la Guardia de Dragones de Luis XVI. A los diecinueve le presentaron al representante estadounidense Silas Deane, que, pensando que la posición influyente de Lafayette y su fortuna podrían ser muy útiles a la causa estadounidense, de inmediato incorporó al joven oficial al ejército revolucionario de Washington en las colonias.

Lafayette procedía de la antigua nobleza de Francia y disfrutaba de más vinculaciones a través de su matrimonio. Su suegro era el duque de Ayen, perteneciente a una de las familias más ricas e influyentes del país, los Noailles. El padre del duque de Ayen, así como también su abuelo, habían alcanzado el máximo grado militar, el de mariscal de Francia, y el propio duque era el capitán de la escolta de Luis XVI. El hermano del duque, el conde de Noailles, era el embajador francés en Inglaterra. No es extraño que, en su carta de recomendación al Congreso de Estados Unidos, Silas Deane dijera que Lafayette pertenecía «a la primera familia y fortuna [que] [...] será para nosotros de infinita utilidad». Además, rogaba que se preparara «un generoso recibimiento» para aquella figura joven y gallarda a su llegada a América.

Entusiasmado por la emoción de defender la libertad en el Nuevo Mundo y ávido de gloria militar, Lafayette utilizó su propio dinero para adquirir un barco, *La Victoire*, para emprender el viaje a América con sus compañeros. Todo aquello se hizo en secreto, porque Luis XVI no le había concedido la autorización necesaria y su poderoso e influyente suegro tampoco le había dado su aprobación. Sin embargo, el cruce del Atlántico a bordo de *La Victoire* transcurrió sin demasiados inconvenientes y Lafayette y su grupo llegaron a Georgetown (Carolina) a mediados de junio de 1777. Él y seis de sus compañeros se dirigieron hacia el interior, a Filadelfia, donde el Congreso se mostró renuente a aprobar los nombramientos militares que habían recibido de Silas Deane en Francia. Sin embargo, en un discurso apasionado, Lafayette logró convencer a los miembros del Congreso de que utilizaría sus propios fondos y recursos. Impresionado por tanto fervor y dedicación a su causa, el Congreso finalmente accedió a ratificar su nombramiento y, dos semanas después, lo enviaron al cuartel general de George Washington, al nor-

te de Filadelfia. Según la leyenda, los dos hombres fueron como hermanos. Más adelante, cuando acabó la guerra y Lafayette regresó a Francia, Washington le escribiría estas famosas palabras:

> Tanto si vienes en calidad de oficial al mando de un cuerpo de nobles franceses, si así se dieran las circunstancias, o en calidad de general de división vienes a asumir el mando de una división de nuestro Ejército, o si después de la paz simplemente vienes a verme en calidad de amigo y compañero, te recibiré en todos los casos con toda la ternura de un hermano.

En septiembre de 1777, cabalgando junto a Washington, Lafayette combatió con valor contra los británicos en la batalla del río Brandywine. Herido, lo evacuaron a Filadelfia, donde fue testigo de la caída de la ciudad en poder de los británicos. Siete meses después, se distinguiría con brillantez en Barren Hill. En general, Lafayette demostró que era un oficial extraordinario en el campo y un asesor prudente para Washington. Su profunda amistad con el futuro primer presidente de Estados Unidos, veinticinco años mayor que él, se convirtió casi en adoración filial. Sin embargo, por su papel de catalizador en la relación entre Francia y Estados Unidos y por su influencia para convencer a Francia para que firmara un tratado de alianza con el Congreso contra los británicos a principios de 1778, se convirtió en un factor decisivo en la Guerra de la Independencia.

En 1781 luchó junto a Washington en la decisiva batalla de Yorktown y sus acciones brillantes contribuyeron en gran medida a derrotar de forma aplastante a las fuerzas británicas y a hacer que se rindieran ante Washington. Entonces, a los veinticuatro años, apenas cuatro años después de llegar a América, el joven y gallardo marqués de Lafayette fue aclamado como «héroe de dos mundos» (como llamarían después a Garibaldi), es decir, héroe a los dos lados del Atlántico. De la impresión inmensa y duradera que Lafayette ha producido en el pueblo estadounidense dan fe en la actualidad los alrededor de cuatrocientos lugares y vías públicos que llevan su nombre, incluido todo un condado en Pensilvania. Cuando cuarenta y dos años después, en 1824, Lafayette (entonces francmasón del Grado 33) volvió a visitar América, fue recibido como un héroe nacional.

La inmensa y duradera deuda de gratitud del pueblo americano con aquel francés notable queda inmortalizada en las palabras del coronel Stanton, en nombre del general estadounidense John Perching, franc-

masón del Grado 33, después de la liberación de París en 1917: «¡Aquí estamos, Lafayette!»

Stanton pronunció este homenaje fraternal el 4 de julio, el día de la independencia, en presencia de centenares de francmasones, frente a la tumba de Lafayette en el cementerio de Picpus, en París.[62]

La Casa del Templo

El sistema de 33 grados está regulado por el Rito Escocés Antiguo y Aceptado bajo la jurisdicción de los Consejos Supremos de Estados Unidos. Parece que esta orden masónica elitista, con sus numerosos títulos ostentosos y sus grados impresionantes, resulta muy atractiva para los militares de alta graduación y para los políticos prometedores. En la actualidad existen alrededor de cuarenta Consejos Supremos, además de cuatro Logias Nacionales en todo el mundo; todos están sometidos a la autoridad informal del Consejo Supremo de la Jurisdicción Meridional de Estados Unidos.

Este llamado Consejo Supremo Madre ahora tiene su sede central en la ciudad de Washintgon D. C., en el número 1.733 de la calle 16 Noroeste. Este imponente edificio neoclásico, conocido como la «Casa del Templo», sigue el modelo del Mausoleo de Halicarnaso y fue diseñado en 1911 por John Russell Pope, famoso arquitecto y francmasón. A la entrada hay dos impresionantes esfinges egipcias, que simbolizan la Sabiduría y el Poder.[63] La esfinge de la Sabiduría tiene en el pecho una imagen de una diosa egipcia, probablemente Isis, y la esfinge del Poder tiene el *anj* del antiguo Egipto, la llamada «llave de la vida», así como también el símbolo del ureo, para indicar el linaje solar de los faraones.

El pomo de la gran puerta de la entrada principal del Consejo Supremo en Washintgon D. C. tiene la forma de un león solar y dentro del atrio, que recuerda a un templo egipcio, hay dos estatuas egipcias de escribas sentados, colocadas a los pies de una gran escalera ceremonial. Cada una de ellas lleva inscrito un jeroglífico que se traduce como «establecido para gloria de Dios» y la dedicatoria «a la enseñanza de la sabiduría a los hombres que trabajan para hacer una nación fuerte». La escalera conduce a un busto en bronce de Albert Pike, el más famoso de todos los grandes maestros del Rito Escocés, al que está dedicada la Casa del Templo. Encima del busto de Pike hay una placa que dice: «Lo

que hayamos hecho sólo por nosotros muere con nosotros. Lo que hayamos hecho por los demás y por el mundo perdura y es inmortal.»

Otro motivo seudoegipcio imponente del Consejo Supremo de Washintgon D. C. es el triángulo alado resplandeciente que cuelga sobre el altar en la sala principal del templo, así como también en el techo. Evidentemente, este motivo sigue el modelo del disco solar alado habitual en todos los templos del antiguo Egipto, pero lo más curioso es que fue el propio Albert Pike el que confirmó que la llamada «estrella flamígera» que aparece a menudo a la entrada de las logias masónicas o vinculada con el triángulo masónico resplandeciente no es otra que la estrella de Isis: Sirio.

> Los astrónomos antiguos veían todos los grandes símbolos de la masonería en las estrellas. Sirio sigue brillando en nuestras logias como la estrella flamígera.[64]

Cuando se asocia con las afirmaciones de Albert Pike con respecto a Sirio, la estrella de Isis, la intensa naturaleza seudoegipcia de la Casa del templo de Washintgon D. C. y en especial la de las dos esfinges que custodian la entrada de inmediato nos hace pensar en las dos esfinges y la estatua de Isis que Jacques-Louis David diseñó para las celebraciones de 1793 en la plaza de la Bastilla de París, así como también en la pintura de Picot que está en el Louvre.

Sin embargo, antes de analizar un poco más esta relación tan curiosa, tenemos que saber algo más acerca de Albert Pike y por qué la Casa del templo de Washintgon D. C. estaba dedicada a él.

De la cabaña al templo

Los francmasones del Rito Escocés a menudo describen a Albert Pike como poeta, cazador, historiador, revolucionario, abogado, político, comandante del Ejército, orador, escritor y filósofo; en síntesis: el hombre del Renacimiento por antonomasia. Nació en Boston en 1809 y fue a Harvard, pero abandonó los estudios para dedicarse a la enseñanza como maestro. A continuación fue cazador en Arkansas en 1831, pero después consiguió con esfuerzo convertirse en abogado del Tribunal Supremo. Con el tiempo se trasladó a Nueva Orleans para dedicarse al Derecho; a continuación, se puso del lado del sur durante la Guerra de Sece-

sión y fue nombrado comandante confederado para las tribus indias. Fue sometido a un consejo de guerra por acusaciones dudosas de estafa, absuelto y finalmente abrió un bufete de abogados en Washintgon D. C.

Más que por su pintoresca carrera, Albert Pike es recordado por haber revivido el Rito Escocés cuando fue nombrado Gran Comandante de esta orden masónica en 1859. Ha sido apodado «el francmasón más famoso (o más infame, según se mire) de su tiempo». Murió en paz en abril de 1891, mientras trabajaba en su despacho del templo del Rito Escocés en Washintgon D. C. Curiosamente, la mayoría de los que se convierten en francmasones en la actualidad casi no saben nada de él.

Albert Pike se hizo francmasón en 1850, en la Logia de la Estrella Occidental Número 2 de Little Rock (Arkansas) y llegó a ser maestro Masón en noviembre del mismo año. En 1859, es decir, menos de una década después, ascendió al cargo de Soberano Gran Maestro del Consejo Supremo de los Ritos Escoceses de Estados Unidos y, por definición, del mundo entero. Cuando Pike se incorporó al Rito Escocés, la orden estaba hecha jirones, pero, al final de su vida, «la dejó como un templo majestuoso a la dignidad y los derechos del hombre» y la convirtió en «el órgano más influyente de la francmasonería en el mundo».[65] Su primera gran misión en esta reforma asombrosa del Rito Escocés consistió en reescribir y formalizar los rituales de los treinta y tres grados, que se habían degradado mucho con el paso de los años. A continuación, se dedicó a la tarea de proporcionar una literatura fundamental para el Rito Escocés, que supuso escribir una obra de 860 páginas titulada *Morals and Dogma of the Ancient and Accepted Scottish Rite of Freemasonry*, publicada por primera vez por la editorial del Rito Escocés en 1871.[66] Aquel libro inmenso y bastante desconcertante se basaba en una serie de conferencias que había dado Pike y estaba dividido en treinta y dos capítulos, que abarcaban todos los grados excepto el último (el grado 33), que, en realidad, más que un grado, es un título.

Resulta evidente del estudio de aquel libro que Pike debió de haber realizado una amplia investigación de religiones comparadas, cábala, hermetismo, misticismo, mitología, simbolismo y filosofía especulativa en general. Durante los primeros sesenta años o algo así después de su publicación, *Morals and Dogma* (su título abreviado) fue lectura obligada para todos los que se incorporaban al Rito Escocés. Sin embargo, y a pesar de su título, el libro no es un manifiesto masónico en absoluto, sino más bien un intento de proporcionar un marco histórico y mitológico para los francmasones del Rito Escocés. El propio Pike deja cla-

ro a sus lectores que tenían libertad para aceptar o rechazar lo que él había escrito, aunque, debido a la inmensa reputación que tenía en aquella época, por lo general nadie cuestionaba su investigación. Además, como bien señala un escritor masónico moderno acerca de afirmaciones históricas igualmente dudosas, «lo importante no es si es verdad o no, sino que se afirma que es verdad».[67]

En *Morals and Dogma* Pike estableció la asociación entre la estrella flamígera masónica de cinco puntas y la estrella egipcia de Isis, Sirio, que también se suele representar como una estrella de cinco puntas. Pike se oponía enérgicamente a la idea que sostenían algunos masones de aquella época de que la estrella flamígera representaba la estrella de Oriente, es decir, la estrella de Belén:

> Encontrar en la estrella flamígera de cinco puntas una alusión a la Divina Providencia también es extravagante y decir que conmemora la estrella que se supone que guió a los magos supone darle un significado relativamente moderno. Originalmente representa a Sirio, la estrella canina.

No era la primera vez que se identificaba a Sirio con la estrella flamígera. En la *Ilíada* de Homero (alrededor del 800 a. de C.), la cólera del héroe Aquiles se describe como:

> [...] la estrella flamígera que sale en la época de la cosecha, brillando entre todas las estrellas en la oscuridad de la noche, la estrella que los hombres llaman «el perro de Orión» [es decir, Sirio].

También leemos en *Las argonáuticas* de Apolonio de Rodas que «la estrella canina, Sirio, abrasaba las islas minoicas desde el cielo». Asimismo, hay una referencia en el mismo texto a «Sirio saliendo de Okeanos, brillante y hermosa, pero amenazadora para los rebaños».[68] Arato habla de «una estrella que, más que ninguna otra, resplandece con una llama abrasadora y que los hombres llaman Sirio».[69] Por último, Manilio se refiere a Sirio como «el perro de cara resplandeciente».

De modo que, fueran cuales fueren sus errores, parece que Albert Pike fue un estudioso muy meticuloso y casi no cabe duda de que consultó todas estas fuentes clásicas durante su investigación para *Morals and Dogma*. De hecho, se sabe que aprendió latín, griego y sánscrito para estudiar aquellos textos antiguos. También debemos llegar a la conclusión de que, si Pike pudo establecer sin dificultad la relación evidente

entre la estrella flamígera masónica y Sirio, sin duda otros masones cultos habrán podido llegar a la misma conclusión.

¿Fue así?

El Ser supremo de Thomas Paine

En 1782, después de la rendición de los británicos en Yorktown, el marqués de Lafayette regresó a Francia, donde fue recibido como un héroe. Tenía entonces el grado de mariscal de campo y durante un tiempo fue asesor diplomático de Benjamin Franklin en París. En 1784, se sumó a Franklin Thomas Jefferson, el nuevo embajador de Estados Unidos. Aquel mismo año, Lafayette emprendió una gira por Alemania y conoció a Federico el Grande. Mientras tanto, Thomas Paine seguía en Estados Unidos, sumido entonces en la pobreza, y dedicaba su tiempo a cosas extrañas, como la invención de una vela sin humo y el diseño de un puente de hierro sin pilares para el río Schuylkill, cerca de Filadelfia.[70]

Benjamin Franklin había sido ascendido al puesto de Gran Maestro de la Logia de las Nueve Hermanas de París siete años antes y había creado una amplia red de contactos en Francia y en el resto de Europa. No es tan evidente si Thomas Jefferson era francmasón o no, pero, como manifiesta acertadamente James W. Beless, masón del Grado 33 e interesado en esta cuestión: «Es posible que Jefferson no estuviera afiliado a la masonería, pero su filosofía y sus actos sin duda eran paralelos a los ideales y las prácticas masónicos».[71] Un informe del doctor Joseph Guillotin, miembro de la Logia de las Nueve Hermanas en la época en que Jefferson estuvo en París, confirma que este visitó la logia como mínimo una vez.[72] Tampoco cabe ninguna duda de que Jefferson a menudo estaba rodeado de masones destacados y muy activos. Beless afirma lo siguiente:

> Tanto su yerno, el gobernador de Virginia, Thomas M. Randolph, como su nieto preferido, Thomas Jefferson Randolph, y sus sobrinos, Peter y Samuel Carr, eran miembros de la Logia Puerta de la Virtud Número 44, de Albemarle County (Virginia). Entre las personas con las que más se relacionó en Europa figuran francmasones como Thomas Paine, Voltaire, Lafayette y Jean Houdon. En Estados Unidos admiraba a masones como George Washington, Benjamin Franklin, el doctor Benjamin Rush, John Paul Jones, James Madison, James Monroe, Meriwether Lewis y William Clark. [...] Había marchado en proce-

sión masónica con la Logia El hijo de la viuda Número 60 y con la Logia Charlottesville Número 90 el 6 de octubre de 1817, en la colocación de la piedra angular del Central College (en la actualidad, la Universidad de Virginia). [...] La Gran Logia de Carolina del Sur y la de Louisiana celebraron oraciones y procesiones fúnebres por él después de su muerte, el 4 de julio de 1826, y [...] una Logia Azul de Surrey Court House (Virginia) recibió el nombre de Logia Jefferson Número 65 en 1801.[73]

Mientras Jefferson seguía en París, Thomas Paine regresó a Europa en 1787. Primero fue a Londres, donde esperaba conseguir apoyo para su proyecto del puente de hierro, pero, tras la caída de la Bastilla, en julio de 1789, se interesó por la Revolución francesa y comenzó a mantener una correspondencia asidua con Jefferson, que estaba en París.

En la primavera de 1790, Paine viajó a París para asesorar a Lafayette sobre cuestiones constitucionales y, durante aquella primera visita, Lafayette le entregó la llave de la Bastilla, que para entonces estaba casi demolida.[74] En aquel viaje, Paine también estableció contacto con el francmasón y escritor Nicolas de Bonneville, que, junto con el abate Fauchet, acababa de fundar el llamado Cercle Social, un grupo literario radical que promovía el deísmo y las virtudes y los ideales republicanos. Posteriormente, en 1812, Nicolas de Bonneville traduciría al francés «El origen de la francmasonería» de Thomas Paine. En esta obra, Paine sostiene que el culto al sol y el de Osiris del antiguo Egipto son la raíz de los rituales masónicos.[75]

Otro de los amigos y partidarios de Paine en París fue el marqués de Condorcet, también francmasón y amigo de Voltaire, famoso matemático, además de gran defensor de los derechos humanos. Condorcet era miembro de la Logia de las Nueve Hermanas, que también contaba entre sus miembros con Benjamin Franklin, el ocultista e inventor del Tarot Court de Gebelin y el astrónomo Lalande. Recordemos, de paso, que fue Court de Gebelin el que, en 1781, en su célebre libro *Le monde primitif analysé et comparé avec le monde moderne*, había escrito lo siguiente:

> Nadie ignora que, en un principio, París estaba encerrada dentro de la isla [la Île de la Cité], de modo que, desde sus orígenes, fue una ciudad relacionada con la navegación. [...] Como se hallaba en un río por el que se navegaba mucho, adoptó como símbolo una barca y como diosa tutelar, a Isis, la diosa de la navegación; y esta barca era la verdadera barca de Isis, el símbolo de esta diosa.

El lector recordará que en el capítulo 12 dijimos que Court de Gebelin, miembro del Rito Escocés y de la francmasonería templaria, había conocido al famoso conde de Cagliostro, inventor de la francmasonería egipcia, y había reconocido que no estaba capacitado «para interrogar a un hombre que tanto lo superaba en todas las ramas del saber».[76]

Correspondió a Court de Gebelin, junto con Benjamin Franklin, el alto honor de acompañar a Voltaire durante su iniciación masónica en la Logia de las Nueve Hermanas, en 1778. ¿Por qué, entre tantos miembros ilustres, se eligió a Gebelin para oficiar en aquella iniciación histórica? Sospechamos que es muy posible que los motivos tengan que ver con la supuesta conexión entre los grados del Rito Escocés, las cartas del Tarot y los senderos cabalísticos, con el número treinta y dos como común denominador místico de los tres.

Vimos en el capítulo 10 que el escritor sobre el Grado 33 del Rito Escocés, Charles Sumner Lobingier, historiador para la Gran Comandancia del Rito Escocés en Washintgon D. C., dedujo que en los treinta y dos senderos de sabiduría de la cábala[77] «sin duda tenemos el origen del número de grados que formula la Gran Constitución» del Rito Escocés.[78] Es bien sabido que el Tarot esotérico moderno sigue en gran medida el modelo de las ideologías de la cábala y las *Sefirot* cabalísticas, aunque tal vez resulte más interesante en este contexto recordar que fue el propio Court de Gebelin el que había atribuido al Tarot un origen egipcio y también había afirmado que la llamada «Estrella» de las cartas del Tarot no era otra que la estrella de Isis, Sirio. Y si bien es imposible que Thomas Paine conociera a Court de Gebelin (que murió varios años antes de que él llegara a París), todo esto contribuye a demostrar lo poderosas que eran las ideologías cabalísticas y herméticas que bullían en el círculo de amigos de Thomas Paine en París justo cuando él se disponía a publicar su célebre *Los derechos del hombre.*

A principios de mayo de 1790, Paine regresó a Londres justo cuando Edmund Burke publicaba sus *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, un ataque frontal al alzamiento del pueblo francés contra la monarquía. La respuesta indignada de Paine fue su célebre *Los derechos del hombre*, cuya primera parte escribió y envió rápidamente a la imprenta antes de regresar a París a principios de 1791 para crear allí el primer club republicano y para escribir su *Manifiesto republicano*. En julio de 1791, el enérgico Paine volvía a estar en Londres, donde escribió la segunda parte de *Los derechos del hombre* y se la dedicó a Lafayette.[79]

Durante sus visitas a París Paine conoció a Thomas Jefferson, que llegaría a ser su amigo y confidente.[80] Mientras tanto, en Londres, frecuentaba un grupo elitista de pensadores radicales que incluía al famoso poeta inglés William Blake. Para todos aquellos intelectuales radicales, como ha demostrado recientemente el profesor David Cody, la Revolución francesa en sus primeras etapas

> [...] se representaba como un triunfo de las fuerzas de la razón sobre las de la superstición y el privilegio [...] (y) como un acto simbólico que presagiaba el regreso de la humanidad al estado de perfección del que se había apartado.[81]

No es de extrañar que el gobierno británico prohibiera de inmediato *Los derechos del hombre* de Thomas Paine y, lo que resulta bastante inquietante, en el exterior de algunas iglesias se quemaron efigies de Paine. El propio Paine fue condenado por «calumnia sediciosa», que, en aquella época peligrosa, implicaba la pena de muerte. Sin embargo, se salvó por poco de ser arrestado, gracias a la intervención oportuna de su buen amigo William Blake, que le advirtió que no regresara a su casa y lo ayudó a huir de inmediato a Francia.

A su llegada a París, Paine fue aclamado como un héroe y amigo de los revolucionarios; enseguida le concedieron la ciudadanía francesa honoraria y lo nombraron miembro de la Asamblea Nacional. Sin embargo, como era pacifista, se opuso a condenar a muerte a Luis XVI y, en su lugar, votó por exiliar al rey, pero esta postura enfureció al entusiasta Robespierre, que hizo encarcelar a Paine en el viejo Palacio de Luxemburgo. Mientras estaba encerrado allí, Paine consiguió que se publicara la primera parte de su obra más famosa: *La edad de la razón*.

En *La edad de la razón*, Paine aclara que era deísta, que creía en un Ser supremo y que estaba en contra de la Iglesia oficial. Naturalmente, tenía que ser consciente de que, justamente en aquella época, Robespierre y Jacques-Louis David seguían adelante con sus propios cultos a la Razón y al Ser supremo. También sabemos que la Razón y la Libertad (al menos para David) se representaron como la diosa egipcia Isis durante aquella extraña ceremonia que tuvo lugar en la Bastilla el 10 de agosto de 1793. Teniendo en cuenta el gran interés de Paine por los orígenes masónicos y su creencia en que la francmasonería debía sus rituales a los druidas y a los antiguos egipcios, no es imposible que la personificación de la Razón de Paine también ocultase la misma antigua diosa del Nilo.

El 18 de septiembre de 1793, apenas cinco semanas después de la ceremonia de Isis en París, estaba a punto de celebrarse otra ceremonia republicana al otro lado del Atlántico, en lo alto de una colina que dominaba el río Potomac. Sin embargo, en aquella ocasión no se trataba de festejar la demolición de un monumento nacional vilipendiado, como la Bastilla, sino de colocar la piedra angular de un gran templo de la Libertad que se construiría allí, una creación de otro francés intrépido: Pierre Charles L'Enfant.

L'Enfant

Un día primaveral cálido y luminoso de abril de 1909, el intendente del depósito de Digges Farm, cerca de Washintgon D. C., un tal D. H. Rhodes, en presencia de todos los inspectores del Distrito de Columbia, supervisó la exhumación de los restos de un hombre que había fallecido ochenta y cuatro años antes, en 1825. Se recogieron los pobres restos y se colocaron cuidadosamente dentro de un ataúd revestido de metal, que a continuación se envolvió con la bandera estadounidense y se llevó al cementerio de Mount Olive. A primeras horas de la mañana del 28 de abril, el ataúd se trasladó al Capitolio, donde permaneció en capilla ardiente hasta el mediodía. A continuación, con escolta militar, finalmente fue trasladado al Cementerio Nacional de Arlington y enterrado en una tumba permanente en un terreno inclinado, delante de la Mansión y mirando, a lo lejos, a la ciudad de Washintgon D. C. El Congreso destinó la cantidad de mil dólares para erigir un monumento sobre la tumba, que representara el plano de la capital federal. Debajo del plano, también aparecería el nombre del difunto: Pierre Charles L'Enfant, ingeniero, artista, soldado.

Pierre Charles L'Enfant nació en París en 1754, hijo de un pintor de paisajes y escenas bélicas.[82] Igual que su padre, el joven L'Enfant estudió en la Académie Royale de Peinture et de Sculpture, donde aprendió a diseñar fortificaciones militares. También estudió paisajismo a través de las obras de André Le Nôtre, que, un siglo antes, había diseñado los jardines de las Tullerías en el Louvre y el gran eje histórico de París. A continuación, L'Enfant se incorporó al Ejército francés y, en 1776, cuando comenzó la Guerra de la Independencia de Estados Unidos, había alcanzado el grado de teniente.

Como a Lafayette y muchos otros jóvenes franceses de aquella épo-

ca, los nuevos ideales republicanos de libertad e igualdad entusiasmaron a L'Enfant, que no tardó en ofrecer sus servicios al ejército revolucionario americano. Su conocimiento sobre fortificaciones resultó inapreciable y atrajo hacia él la atención de George Washington. Fue nombrado capitán de ingenieros, el embrión de lo que llegaría a ser el Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos. En marzo de 1782, Washington escribió a L'Enfant lo siguiente:

> Tan grandes son su afán y sus servicios activos que reflejan el máximo honor para usted y resultan sumamente agradables para mí y no me cabe la menor duda de que tendrán el peso que se merecen ante el Congreso en cualquier promoción futura en su Cuerpo [de Ingenieros].[83]

Una red de contactos con los Cincinnati

Despertó nuestra curiosidad descubrir que L'Enfant había estado relacionado con una organización conocida como la Sociedad de los Cincinnati.

Todavía existe esta sociedad, fundada en 1783 para los oficiales que habían prestado servicio durante la Guerra de la Independencia, a fin de ayudarlos, a ellos y a sus familias, en caso de necesidad. Debe su nombre a un militar romano del siglo v, Lucius Quintus Cincinnatus, y es una organización militar patriótica y elitista que tiene la peculiaridad de que sólo pueden ingresar en ella los primeros descendientes varones de los miembros originales. George Washington fue su primer presidente y, en 1790, la sociedad dio su nombre a la ciudad de Cincinnati.[84] Entre los miembros originales figuraban Alexander Hamilton, John Paul Jones y dos futuros presidentes de Estados Unidos: George Washington y James Monroe. El nombre de este último ha quedado inmortalizado nada menos que en África Occidental, como Monrovia, la capital de Liberia.[85]

Aunque la Sociedad de los Cincinnati no es exactamente una orden masónica, muchos de sus miembros fundadores (Lafayette, Hamilton, Jones y Washington) eran francmasones, de modo que no es extraño que «los Cincinnati compartieran con la masonería una retórica de afecto fraternal y honor, así como también una cantidad significativa de miembros».[86] En 1785, L'Enfant inauguró un estudio de arquitectura en Nueva York y, gracias a sus conexiones con los Cincinnati, consiguió

muchos proyectos de diseño lucrativos. Cuando en 1789 L'Enfant se enteró de que se planeaba establecer una nueva capital federal para los Estados Unidos en Virginia, escribió directamente a su viejo amigo George Washington. Según Jean Jules Jusserand, escritor, historiador y ex embajador francés en Estados Unidos:[87]

> L'Enfant, con su tendencia a ver las cosas a gran escala, no podía dejar de actuar en consecuencia y, en cuanto se enteró de que la capital federal no sería ni Nueva York ni Filadelfia, ni ninguna otra ciudad que ya existiera, sino una que se construiría expresamente, escribió a Washington una carta notable por su clara comprensión de la oportunidad que se ofrecía al país y por su firme determinación de trabajar no para los tres millones de habitantes de aquella época, sino para los cien de la nuestra y para todos los millones de las generaciones que vendrán después que nosotros. La carta está fechada en Nueva York, **el 11 de septiembre de 1789**. «Muy señor mío —decía—, la última decisión del Congreso de fundar una ciudad que se convierta en capital de este vasto imperio ofrece una ocasión tan magnífica para adquirir reputación a quienquiera que sea designado para dirigir la ejecución del proyecto que no se sorprenderá Su Excelencia de que mi ambición y el deseo que tengo de llegar a ser un ciudadano útil me impulsen a querer participar en la empresa. [...] Es posible que ninguna nación haya tenido antes la oportunidad de decidir deliberadamente dónde situar su capital. [...] Y aunque es posible que ahora el país no disponga de medios suficientes para dedicarse mucho al diseño, será evidente que habrá que trazar un proyecto a una escala que deje sitio para ampliarlo y embellecerlo en la medida en que así lo permita el incremento de la riqueza de la nación en cualquier época, por remota que sea. Analizando la cuestión desde este punto de vista, soy totalmente consciente de la magnitud de la empresa.»[88] (Las negritas son del autor.)

Otra vez los octógonos templarios y el árbol de la vida

A principios de 1791, George Washington pidió a Thomas Jefferson que diera instrucciones a L'Enfant de dirigirse a Georgetown para reunirse y colaborar con Andrew Ellicott, un cuáquero y francmasón de Pensilvania que, además, era el topógrafo del Distrito de Columbia. Ellicott, que entonces tenía treinta y siete años, era hijo de un relojero de Bucks County, en Pensilvania, y siempre había estado muy interesado por la astronomía. Había alcanzado el grado de comandante durante la Gue-

rra de la Independencia y había logrado hacerse muy amigo de Washington y de Benjamin Franklin; este estaba interesado sobre todo en los conocimientos de Ellicott (por entonces bastante amplios) sobre astronomía y sobre las técnicas de observación de las estrellas.[89]

En 1790, Washington nombró a Ellicott topógrafo para la nueva capital federal, un trabajo que desempeñó con diligencia durante el año siguiente, con la colaboración de su hermano menor, Joseph. Ellicott tenía motivos suficientes para creer que era la persona que Washington había elegido para aquel trabajo. Sin embargo, L'Enfant cambiaría todo aquello. El francés, que era tozudo y presuntuoso, simplemente se entremetió, provisto de las instrucciones de Washington para que «colaborase» con él, y prácticamente se hizo cargo de todo.

La tarea específica de L'Enfant era «hacer un dibujo de los terrenos que tengan más probabilidades de ser aprobados para situar la capital federal y los edificios oficiales».[90] L'Enfant trabajó en estrecho contacto con Jefferson para trazar un proyecto preliminar antes de junio de 1791 y en septiembre recibió una carta de la Comisión recién nombrada para encargarse de la administración del proyecto en la que le comunicaban lo siguiente:

> El distrito federal recibirá el nombre de «Territorio de Columbia» y la capital federal será la «Ciudad de Washington».[91]

L'Enfant —muchos de los que lo conocían decían que era irascible y altanero— no tardó en ponerse en contra de la Comisión y en negarse a obedecer sus instrucciones. La situación se fue deteriorando rápidamente y en febrero de 1792 George Washington se vio obligado a pedir a Thomas Jefferson que advirtiera con severidad a L'Enfant de que estaba obligado a reconocer la autoridad de la Comisión; pero, como L'Enfant no estaba dispuesto a ceder, renunció al proyecto.

Aquel mismo año, Washington ascendió a Ellicott a topógrafo general de Estados Unidos y le encomendó la tarea de acabar el proyecto para Washintgon D. C. basándose, en gran medida, en el diseño original de L'Enfant.[92] Al cabo de un mes, Ellicott había acabado un grabado.

Se sospecha que tanto George Washington como Thomas Jefferson participaron directamente en la evolución de aquel plan, introduciendo aquí y allá sus propias ideas concretas. Por ejemplo, en su libro *The Temple and the Lodge*, los escritores Michael Baigent y Richard Leigh señalan los curiosos patrones octogonales que parecen ocultos tras el tra-

zado de Washintgon D. C. y sostienen que eran símbolos templarios introducidos por el propio Washington. Los octógonos son inmensos y se distinguen con toda claridad en dos zonas bien diferenciadas en torno al Capitolio y a la Casa Blanca.[93]

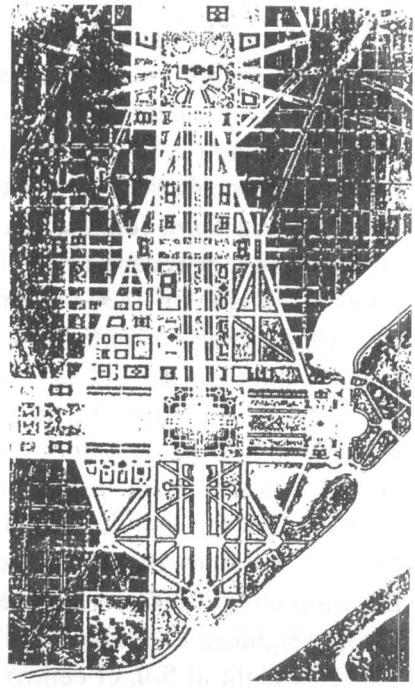
La primera edición impresa del plano de L'Enfant, que mide aproximadamente 22 por 25 centímetros, se conserva en la Biblioteca del Congreso, Departamento de Geografía y Mapas, en Washintgon D. C.[94] El grabado fue hecho por los artistas Thackara y Vallance y se cree que es el primer grabado que se conserva de Washintgon D. C. Junto con el grabado hay un artículo publicado en *The Universal Asylum and Columbian Magazine* en marzo de 1793, titulado *Description of the City of Washington, in the territory of Columbia, ceded by the States of Virginia and Maryland to the United States, by them established as the Seat of their Government* [«Descripción de la Ciudad de Washington, en el territorio de Columbia, cedido por los estados de Virginia y Maryland a Estados Unidos y establecido por ellos como sede de su gobierno»].[95]

Lo primero que se observa al ver el plano de L'Enfant es que es muy ambicioso, porque lo que imaginaba el francés era una metrópoli espléndida para ochocientos mil habitantes, con edificios y monumentos clásicos, adecuada como capital de algo que llegaría a ser un gigantesco imperio republicano de quinientos millones de ciudadanos. En aquella época la población total de los estados de la Unión no podía superar en mucho los cuatro millones. De hecho, la población de toda Europa era inferior a doscientos millones y en todo el mundo no habrá habido más de novecientos millones de personas. Incluso hoy en día hay menos de trescientos millones de ciudadanos estadounidenses, una cifra que se calcula que se duplicará dentro de cien años.[96] De ser así, sólo alcanzaría aproximadamente la asombrosa proyección de L'Enfant a principios del siglo XXII.

El proyecto en sí era tan ingenioso como enigmático. Llama la atención de inmediato la similitud (o, para ser más precisos, la suma de similitudes) con el plano de la ciudad de París, con el plano de Versalles y, lo más sorprendente, con los planes abortados de Wren y Evelyn para Londres, aunque puede que esto no sea tan extraño. Aparentemente, Jefferson, que era un arquitecto de talento y había visitado y estudiado muchos centros urbanos europeos, había proporcionado a L'Enfant los planos de varias ciudades europeas para que le sirvieran de guía.[97]

Igual que París y Londres, el proyecto de L'Enfant presenta un trazado predominantemente Este-Oeste, destacado por la alineación del

El plano de Pierre L'Enfant para la ciudad de Washington D. C. (1791).



Vista aérea del bulevar (el Mall) de Washington D. C.

bulevar (el Mall, que él llamó «Grande Avenue») que se extiende desde el Capitolio estadounidense hasta el (futuro) Monumento Nacional a Washington, lo cual, como es comprensible, induciría a un observador casual a llegar a la conclusión de que el eje principal de la ciudad estaba fijado, ya fuera a propósito o por casualidad, hacia la salida y la puesta del sol en el equinoccio.[98] Sin embargo, si se observa el mapa con más detenimiento y según las versiones contemporáneas, queda claro que, para L'Enfant, el eje principal era una avenida presidencial (la avenida Pensilvania), que unía el Capitolio con el palacio presidencial (la Casa Blanca).

No cuesta mucho ver que el proyecto de L'Enfant estaba muy inspirado por el trazado de París y puede que todavía más por los trazados de la ciudad de Londres que hicieron Wren y Evelyn después del gran incendio y que no llegaron a concretarse.[99] Lo más notable es el diseño en forma de rombo que evoca el árbol sefirótico de la vida; aunque no resulta tan evidente como en el proyecto de Evelyn para Londres, se distingue fácilmente en el plan del trazado que sale del Capitolio en el Este y culmina en el Monumento Nacional (un obelisco gigantesco) en el Oeste.

En el excelente ensayo pictórico *Above Washington* de Robert Cameron,[100] una serie de fotografías aéreas sensacionales muestran que, en general, la ciudad moderna se ha ajustado bastante al proyecto de L'Enfant. Comenzando por el Capitolio como nódulo del proyecto que mira hacia el Oeste, salen dos grandes avenidas en ángulo, una hacia el Sudoeste (Maryland) y la otra hacia el Noroeste (Pensilvania), formando la parte superior clásica del árbol sefirótico de la vida que tiene como nódulo la primera *sefirá* (emanación divina), que representa la divinidad. Y aunque puede parecer extraño identificar el Capitolio con la divinidad, observamos que en 1830 el Congreso encargó una estatua inmensa de George Washington sentado en un trono al estilo de Zeus, la divinidad por antonomasia del mundo clásico. La estatua, esculpida por Horatio Greenough, se colocó al principio delante del Capitolio, pero después se trasladó a un lugar menos ostentoso, del lado oriental del Mall, y en la actualidad se puede ver en el Museo Smithsonian.[101]

Continuando con el hipotético esquema sefirótico del Washintgon D. C. de L'Enfant, observamos que la ubicación del gigantesco obelisco del Monumento Nacional corresponde a la *sefirá* conocida como *Tiferet*, que significa «belleza». Esta *sefirá*, como hemos visto en el capítulo 10, representa al Sol, el centro de todas las cosas, del cual emanan la

vida y la luz. Por consiguiente, la analogía que busca el obelisco egipcio resulta evidente. Más de siete veces más alto que los de Roma, París, Londres y Nueva York, aquel poderoso talismán solar es en la actualidad el emblema de la capital del nuevo orden mundial.

Ecos

Si superponemos el proyecto de Wren para Londres con el de L'Enfant para Washington, vemos que la Bolsa de Londres del primero corresponde al Capitolio estadounidense en el segundo. Como sabemos que la colocación de la piedra angular del Capitolio estadounidense fue un asunto intensamente masónico en el que participó el mismísimo George Washington, la yuxtaposición del Capitolio y la Bolsa hace que nos planteemos una pregunta evidente: ¿se habrá celebrado alguna vez en Londres una ceremonia masónica similar para la Bolsa?

La Bolsa fue fundada en 1566 por sir Thomas Gresham como la «Bourse» y recibió su nombre actual («The Royal Exchange») por una proclama real en 1571. El 3 de septiembre de 1666, el gran incendio la envolvió y la destruyó por completo. Sin embargo, poco después Carlos II encargó nuevos planos al arquitecto Jarman para su reconstrucción[102] y las obras comenzaron a mediados de 1667. Del mismo modo que George Washington, francmasón y presidente de Estados Unidos, participó en la ceremonia del Capitolio en 1793, asimismo —ya lo veremos— Carlos II, rey de Inglaterra y supuesto francmasón, había participado en la ceremonia equivalente en la Royal Exchange ciento veintiséis años antes.

Sir Thomas Gresham, el fundador de la Bolsa, murió en 1579, pero su nombre siempre ha estado relacionado con la francmasonería y su legado siguió desempeñando un papel en su desarrollo mucho después de su muerte. En 1666, su residencia en Londres, Gresham House en Bishopsgate, por entonces Gresham College, se convirtió en la primera sede de la Real Academia de Ciencias británica. El lector recordará que muchos de los protagonistas originales relacionados con el Gresham College, como sir Robert Moray, John Wilkins, Christopher Wren, Elias Ashmole y John Evelyn, guardaban alguna relación con el Colegio Invisible, con la Real Academia de Ciencias o con las primeras logias masónicas de Londres. Aunque resulta más difícil de especificar, también había un intenso ambiente masónico en el Gresham College, como demues-

tra Robert Lomas en su estudio reciente sobre la Real Academia de Ciencias. Aquel ambiente se capta incluso en el decreto del propio sir Thomas Gresham que ordena que se nombren siete profesores o eruditos para dar clases de cada una de las siete artes liberales.[103] En realidad, Lomas llega incluso a afirmar que el College era «el centro principal de la francmasonería en Londres durante la restauración [...] que sir Thomas Gresham había fundado para apoyar sus ideales masónicos de estudio».[104]

También hemos visto en el capítulo 10 que, a diferencia de John Evelyn, Christopher Wren había conservado la situación original de la Bolsa en su proyecto para Londres y la había colocado en un lugar destacado en su trazado general. Con respecto a la decisión de Wren, el historiador Adrian Tinniswood opina lo siguiente:

> La plaza de la Bolsa [The Royal Exchange] realmente ocupa el lugar de honor, con sus vistas radiadas y, a su alrededor, el complejo de edificios comerciales. La ideología absolutista subyacente a la planificación de la Roma sixtina, que Luis XIV y André Le Nôtre estaban aprovechando entonces tan bien en el trazado de Versalles, se utilizó allí para rendir homenaje al mercantilismo. El comercio sería la nueva religión.[105]

La «nueva religión», según Wren, bien podría haber sido una mezcla de las nuevas ideologías científicas procedentes de la Real Academia de Ciencias, la francmasonería y el templarismo, que ensalzaban las virtudes del comercio y la industria. A pesar de su posible dualismo en una etapa posterior de su historia, no olvidemos que los templarios estuvieron en la raíz misma de los sistemas bancario y de inversiones de Europa. En cuanto a los francmasones, acabarían insinuándose en los gremios y en las instituciones bancarias, de inversión y de seguros de la *City* de Londres. De esta manera, la Bolsa se convierte en el símbolo o el talismán del mercantilismo y todo lo que este representa.

La confirmación de que los masones y sus rituales tuvieron que ver en la reconstrucción de la Bolsa de Gresham después del gran incendio se encuentra en el diario de Elias Ashmole, donde aparece una nota críptica que dice lo siguiente:

> Rey Carlos, su colocación de la primera piedra de la Bolsa, 23 de octubre de 1667, a las 7.23 de la mañana, por Ashmole y Dominum Bernard.[106]

No hace falta hacer más hincapié en el papel destacado de Ashmole en los orígenes de la francmasonería en Inglaterra. Por consiguiente, no debería sorprendernos que, según el historiador C. H. Josten, un especialista en Elias Ashmole que analizó esta anotación enigmática, tal vez resulte revelador que Carlos II colocara la «primera piedra», es decir, la piedra angular de la Bolsa, «de forma verdaderamente masónica y que, por este motivo, se pidiera a Ashmole, que era francmasón, que determinara el momento más propicio para la ceremonia».[107] Sabemos que el rey Carlos II a menudo pedía a Elias Ashmole que hiciera horóscopos para diversas funciones cortesanas y, sobre todo, después del gran incendio de 1666, que escogiera fechas favorables para colocar la piedra angular de los edificios importantes. Sabemos que eso fue precisamente lo que hizo en 1675, cuando, por ejemplo, participó en la ceremonia de colocación de la piedra angular de San Pablo (véase más adelante). De hecho, la tradición de hacer horóscopos o de escoger fechas astrológicas propicias para colocar la piedra angular de edificios y monumentos importantes era entonces y sigue siendo en la actualidad una práctica habitual en la francmasonería. De modo que bien cabe preguntarse qué habrá tenido de favorable la fecha del 23 de octubre, elegida por Ashmole.

Ya hemos mencionado que en 1667 en Inglaterra se seguía usando el calendario juliano que, en aquella época, difería del calendario gregoriano en diez u once días. Seguro que un estudioso como Ashmole habrá sabido que no tardaría en adoptarse en Gran Bretaña el calendario gregoriano, puesto que era evidente que se basaba en realidades científicas más precisas que el juliano. En caso de ocurrir esto, el 23 de octubre juliano se alinearía con el 13 de octubre gregoriano. En otras palabras, en la mayoría de la Europa continental y sobre todo en Francia la fecha de la ceremonia de colocación de la primera piedra de la Bolsa no fue el 23 de octubre, sino el 13 de octubre. Los francmasones europeos reconocen de inmediato esta fecha como la fecha templaria, porque, como sabemos, marcó la infame supresión de la orden, el 13 de octubre de 1307. Ashmole era francmasón y muy aficionado a la caballería heráldica, de modo que no se descarta la posibilidad de que tuviera la intención de esconder algún tipo de mensaje templario.

Si esta hipótesis es correcta, cabría esperar la aparición de un simbolismo templario similar en otras ceremonias de colocación de piedras angulares en las que hubiera participado Elias Ashmole, como ocurrió sobre todo en el caso de la catedral de San Pablo, que ya hemos demostrado que era un talismán intensamente templario.

La piedra angular de San Pablo

En torno a la ceremonia de colocación de la piedra angular de la nueva catedral de San Pablo hay un enigma. Según una anotación en el diario de Elias Ashmole, se supone que tuvo lugar el 21 de junio de 1675. También parece que fue Ashmole el que eligió la fecha, según un horóscopo que hizo.[108] Sin embargo, hay otra anotación en el diario de Ashmole, que afirma categóricamente lo siguiente:

> 23 de junio de 1675, 6.30 de la mañana, se han puesto los cimientos de la iglesia de San Pablo en Londres.[109]

El historiador y astrólogo Derek Appleby cree que la diferencia de fechas (el 21 de junio y el 23 de junio) para la ceremonia se debe a un cambio de planes debido al mal tiempo.[110] Es posible, aunque hay otra explicación. En aquella época todavía estaba en vigor en Inglaterra el calendario juliano, de modo que la fecha del 21 de junio (aunque evocaba el solsticio de verano en el nuevo calendario gregoriano) en realidad caía entre diez y once días después del solsticio en el calendario juliano y, por consiguiente, no tenía ninguna significación especial a tal respecto. En cambio, el 23 de junio juliano era la víspera de San Juan, heraldo del año nuevo masónico y templario, que se celebraba el 24 de junio. No cabe la menor duda de que Elias Ashmole debió de ser muy consciente del significado de aquella fecha. El lector recordará también que, cuando los francmasones británicos crearon la Gran Logia Unida, decidieron hacerlo el 24 de junio, precisamente porque era el día de San Juan; pero entonces, en 1814, hacía mucho que se había adoptado el calendario gregoriano (en realidad, desde 1752). Sin embargo, en la época de Ashmole todavía se seguía usando mucho el calendario juliano.[111]

Por consiguiente, ¿en qué tipo de fecha pensaba realmente Ashmole: en una juliana o en una gregoriana?

Si convertimos el 23 de junio juliano a su equivalente gregoriano nos sale el 4 de julio.[112] ¿Qué probabilidad hay de que sea una coincidencia, entonces, que en todos los libros de historia sobre los Caballeros Templarios la fecha del 4 de julio se destaque de forma especial? Es la fecha en que los Templarios sufrieron una derrota tremenda frente a los ejércitos musulmanes en Tierra Santa, en los Cuernos de Hattin, el 4 de julio de 1187 d. de C., tras lo cual Jerusalén dejó de estar en poder de los cristianos. Por consiguiente, pocas fechas pueden ser más

templarias o salomónicas que el 4 de julio, en el sentido de evocar la aspiración a reconstruir el templo de Salomón en Jerusalén. Evidentemente, el lector también sabrá que el 4 de julio se celebra en Estados Unidos el día de la Independencia, que conmemora la firma de la Declaración de Independencia y convierte esta fecha para siempre en un poderoso talismán que augura Independencia y Libertad para el Nuevo Mundo y en general para un nuevo orden mundial.[113]

Sería absurdo, dadas las circunstancias, no prestar más atención a las fechas de las ceremonias de colocación de la piedra angular de poderosos monumentos talismánicos, como el Capitolio y la Casa Blanca en Estados Unidos e incluso el Pentágono, para buscar un posible simbolismo astrológico, masónico y templario.

La virgen y la estrella

El escritor masónico David Ovason señala que, cuando se celebró la ceremonia de colocación de la piedra angular del Capitolio estadounidense, el 18 de septiembre de 1793 por la mañana, el sol estaba en la constelación de Virgo, que, según sostiene, tiene una importancia especial en el orden del universo.[114] Ovason opina lo siguiente:

> La imagen de Virgo como regidora de Washintgon D. C. se refleja en la cifra considerable de símbolos zodíacos y lapidarios que adornan la ciudad. La relación con Virgo también se ha destacado en una cantidad de cartas fundacionales que tienen una importancia fundamental para Washintgon D. C. La fundación de la propia ciudad y los tres vértices del triángulo que L'Enfant había marcado para su centro (el Capitolio, la Casa Blanca y el Monumento a Washington) se establecieron en la tierra en un momento en que la constelación de Virgo tenía una importancia especial en el cielo.[115]

Como no somos astrólogos ni francmasones, no podemos dar fe de la teoría de Ovason, aunque sí que podemos apoyar su intuición de que la astronomía ha jugado un papel importante en la planificación y el simbolismo de algunas ciudades, como Washintgon D. C.[116] A continuación, Ovason expone con particular énfasis que buena parte del simbolismo en torno a acontecimientos y monumentos relacionados con la Declaración de Independencia de 1776 y la fundación de Estados Unidos se puede relacionar con la antigua estrella heráldica de Sirio, cuyo

pictograma era la conocida estrella de cinco puntas.[117] Teniendo esto en cuenta, creemos que hay otra cuestión astronómica a considerar en relación con el Capitolio.

Gracias al *software* astronómico más reciente, como StarryNight Pro versión 4 o el programa profesional SkyMap Pro 8, resulta bastante fácil reconstruir los cielos antiguos de cualquier época y cualquier lugar con un alto grado de precisión y realismo. De esta forma, podemos ver literalmente acontecimientos que se estaban produciendo en el cielo de forma invisible —no se podían ver a simple vista porque los tapaba la luz del sol— cuando se colocó la piedra angular del Capitolio el 18 de septiembre de 1793 por la mañana.

En la colina de Jenkins, donde se levantaría el futuro Capitolio, se habían estado haciendo preparativos durante la noche para la llegada de George Washington y su comitiva de invitados importantes. La Casa Blanca (que había tenido su propia ceremonia masónica de colocación de la piedra angular algo menos de un año antes, en la fecha templaria ya conocida del 13 de octubre de 1792)[118] sería el punto de partida de la procesión. Desde allí, la comitiva presidencial recorrería la avenida Pensilvania en carruajes tirados por caballos hasta la colina de Jenkins.

La alineación de la avenida Pensilvania entre la Casa Blanca y la colina de Jenkins es de 22 grados al sur del Este. Si miramos a lo largo de esta alineación, no puede ser casualidad que pocas horas antes del amanecer del 18 de septiembre de 1793 (siempre que las nubes lo permitieran) los observadores hubiesen podido ver la estrella brillante de Sirio saliendo justo encima de la colina de Jenkins. Poco a poco habría ido aumentando de altura a medida que el mundo giraba, de modo que, al amanecer, habría estado situada, sola, encima del lugar donde se levantaría el Capitolio. Parece de lo más improbable que un simbolismo astral tan portentoso como aquel pasase desapercibido para el grupo de francmasones y astrónomos importantes que planearon Washington y decidieron la ubicación de sus principales estructuras. Por el contrario, si no fuera así, significaría que el eje de la avenida Pensilvania debió de ser trazado a propósito por Pierre L'Enfant o por su colega Andrew Ellicott de modo que estuviese dirigido hacia la salida de la estrella Sirio.

¿Hay algún indicio de que esto sea probable?

Ya hemos visto que, mientras estudiaba arquitectura y urbanismo en París, Pierre L'Enfant había estado muy influido por la obra del paisajista del siglo XVII André Le Nôtre. Le Nôtre había sido responsable

directo de que el famoso eje de París saliera de los jardines de las Tullerías, del lado occidental del Louvre, pasara por los Campos Elíseos y siguiera hasta la colina de Chaillot, donde en la actualidad se alza el Arco de Triunfo. El lector recordará que Le Nôtre había orientado aquel eje a 26 grados al norte del Oeste y 26 grados al sur del Este de modo que estuviese alineado, ya fuera por casualidad o deliberadamente, al lugar por donde salía Sirio, también 26 al sur del Este, como se veía desde París durante el reinado de Luis XIV. Como hay una diferencia de diez grados de latitud entre París y Washintgon D. C., el lugar por donde sale Sirio, visto desde Washington, también es diferente. Como acabamos de ver, los cálculos demuestran que la estrella salía a 22 grados al sur del Este y, por consiguiente, en línea con la avenida Pensilvania,[119] si se observa desde Washington en la época de L'Enfant.

Cabe suponer que L'Enfant debía de ser muy consciente de esto, al igual que Andrew Ellicott, el hombre que fijó físicamente el eje de la avenida Pensilvania, que, en aquella época, era el topógrafo y astrónomo más respetado de Estados Unidos. Como además era francmasón, seguro que no desconocía la alineación con la salida de Sirio, la estrella flamígera de cinco puntas de los masones del Rito Escocés, que habría resultado bastante evidente durante la mayor parte del año para quienquiera que estuviera en la Casa Blanca mirando hacia el Sudeste, al lugar donde se levantaría el futuro Capitolio.[120]

Por consiguiente, vamos a aventurarnos un poco más en esta dirección, a ver qué encontramos.

Lo que esconde el cielo

Mientras reunía la información necesaria para su libro reciente, *La arquitectura sagrada de Washington*, David Ovason observó que, cuando miraba desde el Capitolio hacia el Oeste, a lo largo de la avenida Pensilvania en dirección a la Casa Blanca, del 6 al 12 de agosto, veía el sol poniéndose en línea con esta avenida:

> Durante un período de aproximadamente una semana, parece que, visto desde el Capitolio, el sol se pone justo encima del extremo occidental de la avenida Pensilvania. Del 6 al 12 de agosto, el disco solar corta el horizonte por encima de la avenida con una precisión casi mágica. Quienquiera que observe la puesta del sol cualquiera de estos días se dará cuenta de que los diseñado-

res de esta ciudad pretendían que dicho período (o tal vez uno de los días de dicho período) fuera un elemento importante del diseño de la ciudad.[121]

A continuación, Ovason señala lo siguiente:

> En términos de la geometría esférica de la astronomía y con los programas informáticos que tenemos en la actualidad, no es difícil establecer una fecha «teórica» para aquella puesta del sol significativa. El Capitolio está a 77° 01' de longitud Oeste, 38° 53' de latitud Norte. El acimut para la avenida Pensilvania propuesto por Ellicott y L'Enfant era de 290 grados. Esto apunta a la puesta del sol en torno al 11 y el 12 de agosto.[122]

Si utilizamos un programa informático similar para recrear el cielo para la época de 1793 como se veía desde Washintgon D. C. y nos concentramos en el período del 11 al 12 de agosto, observaremos algo muy interesante, no sólo con respecto al sol, como ha comentado Ovason, sino también con respecto a la estrella Sirio, porque precisamente en aquellos días se producía la salida helíaca de Sirio, es decir, que salía poco antes que el sol. El lector recordará que la salida helíaca de Sirio en el antiguo Egipto era el acontecimiento astro-solar que marcaba el comienzo o el «nacimiento» del año nuevo y parece que se le prestaba mucha atención en la tradición esotérica masónica. Recordemos también que la salida helíaca de Sirio estaba incorporada en el mito del nacimiento «solar» de Alejandro Magno y, si nuestra teoría es correcta, en el mito del «milagro capeto» de Luis XIV y, además, en el eje mismo de la propia París.

A alguien que fuera al mismo tiempo topógrafo y francmasón, como Andrew Ellicott (o, de hecho, como el propio George Washington), le habría costado, dadas las circunstancias, no asociar el acontecimiento de la salida helíaca de Sirio, tal como se veía desde Washington en 1793, con el «nacimiento» de la ciudad federal y capital de la primera república verdadera del mundo desde Roma. Puede que también venga al caso destacar que la primera república del mundo había sido fundada por Julio César, que resulta que conmemoró la era republicana con la fundación del calendario juliano en el 48 a. de C., que había sido calibrado para él en Alejandría (Egipto) por un astrónomo egipcio que utilizaba la salida helíaca de Sirio.

¿Puede ser casualidad, por consiguiente, que el 15 de abril de 1791, a las 15.30, se reuniera en Alejandría, cerca del lugar donde pronto se

alzaría Washintgon D. C., una congregación de francmasones y que representara la ceremonia masónica de colocación de la primera piedra, presidida por el maestro de la Logia Alejandría Número 22?[123] Destaquemos también, de paso, que el sol estaba en Piscis, un símbolo crístico, cuando la constelación de Leo (un símbolo regio) estaba saliendo por el Este.

Vamos a considerar ahora la salida helíaca de Sirio como se veía en la ciudad de París ese mismo año de 1793. Allí, por el cambio de latitud, no habría ocurrido del 11 al 12 de agosto, sino el 20 del mismo mes. En términos observacionales sencillos, esto significa que un observador que mirara desde la plaza de l'Etoile en dirección al Louvre justo antes del amanecer del 20 de agosto de 1793 habría visto la estrella Sirio saliendo sobre el ala meridional del palacio del Louvre, justo encima de los aposentos en los que se había producido el «milagro capeto». También en aquel preciso instante el sol hubiese estado en conjunción con la estrella Regulus, Alfa Leonis, la estrella de los reyes solares. De hecho, este es el motivo por el cual, en la antigüedad, el cumpleaños oficial de Alejandro Magno se celebraba el 26 de julio juliano: porque en aquella época la misma conjunción del sol y Regulus acompañaba también la salida helíaca de Sirio en Alejandría.

Semejantes consideraciones ocultas y astrológicas parecen apropiadas para Alejandría en el 332 a. de C., pero nos resulta bastante estremecedor e inquietante vernos obligados a sospechar que también determinaron la situación y las alineaciones de avenidas y monumentos importantes en las grandes ciudades modernas de Occidente.

Y se nos siguen presentando nuevas claves...

Un obelisco para Washington

En 1799, cinco años después de la fundación de Washintgon D. C., murió George Washington. Los francmasones de Estados Unidos organizaron un funeral majestuoso y todas las logias tanto de Estados Unidos como de Francia se convirtieron temporalmente en «logias de dolor».

También en el año 1799, el ejército de Napoleón ocupó Egipto. Aquel debió de parecer un gran momento histórico para todos los masones republicanos, cuando el antiguo «hogar» de la francmasonería entraba finalmente en el nuevo orden mundial masónico y republicano iniciado por Estados Unidos y Francia.

Poco después de la muerte de Washington, se hicieron planes para levantar un gran Monumento Nacional en Washintgon D. C., al oeste del Capitolio estadounidense, para conmemorar al primer presidente de la república. En mayo de 1800, la Comisión del Congreso que se formó a tal efecto se manifestó a favor de construir una pirámide con una base de nueve metros cuadrados y una altura proporcional, pero, por falta de fondos y, con el tiempo, por falta de interés, el proyecto se archivó.[124] Sin embargo, en 1833 un grupo de patriotas creó la Sociedad para el Monumento Nacional a Washington, que consiguió reunir los fondos necesarios. Se consiguió la aprobación del Congreso para diseñar y construir un edificio adecuado para conmemorar al padre de la patria.

El primer diseño que se propuso fue el de Peter Force, francmasón influyente y uno de los miembros fundadores de la Sociedad. También tenía la idea de levantar una pirámide, aunque en aquella ocasión incluso más grande que la prevista en 1800.[125] En 1836, Robert Mills, francmasón y arquitecto, propuso un diseño que consistía en un templo con una columnata circular, con una estatua de Washington vestido de grecorromano y conduciendo el carro solar de Apolo y un obelisco inmenso por encima, adornado con una enorme estrella flamígera de cinco puntas en la parte superior. Sin embargo, el diseño que se impuso finalmente fue el de un solo obelisco gigantesco con un vértice piramidal en punta: el Monumento a Washington que conocemos en la actualidad. El obelisco, que mide 169 metros de altura, se tuvo que desplazar un poco con respecto a la línea central del bulevar, debido a las malas condiciones de sustentación del suelo en el lugar ideal.

La noción de una pirámide —en realidad, un obelisco no es más que una pirámide sobre un pilar— que se eleva simbólicamente sobre la nueva república tiene antecedentes. Ya se había propuesto en 1776, cuando Benjamin Franklin y Thomas Jefferson diseñaron el Gran Sello de Estados Unidos; el motivo se puede ver todavía en el reverso de los billetes estadounidenses de un dólar y fue presentado en 1934 por Franklin D. Roosevelt, francmasón del Grado 32 del Rito Escocés. Según Henry Wallace, que entonces era ministro de Agricultura: «Cuando Roosevelt vio la reproducción en color del Sello, lo primero que le llamó la atención fue la presencia del ojo que todo lo ve, una representación masónica del Gran Arquitecto del Universo. A continuación, lo impresionó la idea de que la fundación de un nuevo orden del tiempo ya hubiese surgido en 1776, pero que sólo se completara bajo la mirada del Gran

Arquitecto. Roosevelt, igual que yo, era masón del Grado 32. Él sugirió que se pusiera el Sello en el billete de un dólar». En 1789 se coloca el mismo símbolo en la parte superior de la Declaración de los Derechos del Hombre, firmada en París con la dirección de dos francmasones: Lafayette y Benjamin Franklin.

La ceremonia de colocación de la piedra angular para el Monumento a Washington tuvo lugar el día de la Independencia, el 4 de julio de 1848. Ya hemos hablado del curioso simbolismo templario de esta fecha y también de cómo se convierte en el día de San Juan de los francmasones, según el calendario juliano. Por consiguiente, resulta de lo más apropiado que el ritual de colocación de la piedra angular del Monumento a Washington lo organizasen los francmasones de Estados Unidos, que acudieron a centenares con el traje de ceremonia masónico.[126] Dirigió la ceremonia un masón destacado: Benjamin French, el Gran Maestro del Distrito de Columbia, que llevaba el mandil y la banda masónicos que había llevado George Washington en la ceremonia del Capitolio de Estados Unidos, celebrada en 1793. El escritor David Ovason escribe lo siguiente:

> El momento de la colocación ceremonial de la piedra angular se ha conservado y a partir de él se puede reconstruir la carta fundacional. [...] En muchos sentidos, es un horóscopo notable, porque refleja precisamente el mismo tipo de magia estelar que se practicaba en el antiguo Egipto hace miles de años.[127]

Por falta de fondos y por chanchullos políticos, después de la colocación de la piedra angular la construcción se retrasó varias décadas y las obras no se reanudaron hasta 1880. Por consiguiente, se organizó una segunda ceremonia de colocación de la piedra angular para el 7 de agosto de 1880 a «las once menos un minuto». Presintiendo que aquella precisión horaria tan curiosa (las 10.59) se debía a motivos astronómicos, más que astrológicos, David Ovason calculó que tal vez la intención fuera establecer un vínculo con la salida de una estrella determinada, que, en aquel caso, resultó ser Spica, la estrella más brillante de la constelación de Virgo. Es posible que la inspiración procediera del astrónomo masónico Lalande, que había sido uno de los miembros fundadores de la Logia de las Nueve Hermanas de París y había estado presente, junto con Benjamin Franklin y el astrólogo del Tarot, Court de Gebelin, en la iniciación de Voltaire, en 1778. Lalande había escrito lo siguiente:

> La Virgen está consagrada a Isis, del mismo modo que Leo está consagrado a su esposo, Osiris. [...] Ponían una espiga de trigo en la mano de la Virgen para expresar la idea de los meses, tal vez porque los orientalistas [...] llamaban *epi* o espiga de trigo al signo de la Virgen.[128]

Es probable que acariciaran tales ideas los que participaron en la ceremonia de colocación de la piedra angular del obelisco de Washington, que, después de todo, es un símbolo egipcio patente, elegido por los francmasones.

La inauguración definitiva del obelisco de Washington tuvo lugar el 21 de febrero de 1885, curiosamente justo un día después del cumpleaños de George Washington. Aquel día frío y nevado, veintiuna logias masónicas de Columbia, así como también delegaciones masónicas de Massachusetts, Delaware, Pensilvania, Maryland, Virginia, Texas, Carolina del Sur y Georgia, además de gran cantidad de «hermanos», formaron una procesión inmensa. El presidente de Estados Unidos y los miembros del Congreso se unieron a los francmasones, mientras los aclamaba una gran multitud de espectadores y la banda de los Infantes de Marina de Estados Unidos tocaba un «montón de marchas enardecedoras». Según los cálculos de Ovason, esta ceremonia, que se desarrolló por la tarde, tuvo lugar en el momento de la salida de Sirio sobre el Capitolio.[129] «La verdad, aunque parezca increíble —concluye—, es la siguiente:

> [...] que la mera existencia del Monumento a Washington está relacionada estrechamente con la estrella egipcia Sirio [...] que los antiguos representaban en sus jeroglíficos sagrados con forma de obelisco, así como también de estrella. ¿Cómo es posible que aquella estrella tan importante del mundo antiguo resucitase, como si dijéramos, en la arquitectura de Estados Unidos?[130]

En 1998, Robert Bauval visitó el Monumento a Washington, que estaba totalmente rodeado de andamios para restaurarlo y embellecerlo, en preparación para los festejos del milenio que se organizaban en Washintgon D. C. A la entrada del Monumento, justo encima del dintel de la puerta, Bauval observó una placa de bronce en la que aparecía el rostro de George Washington esculpido por el artista francés Jean-Antoine Houdon, francmasón y miembro de la Logia de las Nueve Hermanas de París, que también había retratado a Cagliostro y a la emperatriz Josefina, entre otros.[131] Por encima de la placa aparecía el motivo

inconfundible del disco solar alado del antiguo Egipto, con una estrella ocupando un lugar destacado en el centro.

Ya podemos imaginar de qué estrella se trataba.

El Pentágono y Sirio

En 1941, cincuenta y seis años después de la ceremonia definitiva de inauguración del Monumento a Washington, se colocó en Washintgon D. C. otra piedra angular, en aquella ocasión para un edificio inmenso de cinco lados con forma de estrella: el Pentágono. Los personajes que asistieron no llevaban el traje masónico, sino los uniformes, tachonados de estrellas de cinco puntas, del personal militar estadounidense de alta graduación.

Antes del ataque a Pearl Harbor en 1941, las veinticuatro mil personas que constituían el personal civil y militar del Ministerio de Guerra de Estados Unidos en Washintgon D. C. estaban distribuidas en diecisiete edificios por todo el Distrito de Columbia. A la vista de la inminente entrada de Estados Unidos en la segunda guerra mundial, se decidió a toda prisa reunir a todo aquel personal en un inmenso cuartel general centralizado.[132] Se encargó el trabajo al Departamento de Construcción del Cuerpo de Intendencia del Ejército, que presentó un proyecto para el futuro Pentágono en julio de 1941. El presidente Franklin D. Roosevelt aprobó los planos y, el 1 de diciembre de 1941, aprobó la legislación que traspasaba todo el proyecto al Cuerpo de Ingenieros de Estados Unidos. La primera parte se acabó en abril de 1942 y todo el edificio quedó acabado el 15 de enero de 1943, con un coste total de sesenta y cuatro millones de dólares.[133]

En vista de la gran importancia del proyecto, todas las decisiones principales fueron aprobadas por el propio presidente Roosevelt.[134] A menudo se afirma que la forma pentagonal característica y epónima del edificio se debía al hecho de que la primera ubicación propuesta, próxima al cementerio de Arlington, era un terreno de cinco lados. De ser así, uno se pregunta por qué se conservó el proyecto pentagonal aunque al final se escogiera otro sitio, más al sur.

Evidentemente, cabe la posibilidad de que la explicación prosaica sea la verdad, pero también es cierto que Franklin Delano Roosevelt fue ascendido a maestro francmasón en 1911 en la Logia Holanda Número 8 de Nueva York y que en 1929 llegó a ser masón del Grado 32 del

Rito Escocés en el Consistorio de Albany.[135] Seguro que era muy consciente, como todos los masones de alto rango del Rito Escocés que habían leído *Morals and Dogma of the Ancient and Accepted Scottish Rite of Freemasonry* de Albert Pike, de que este autor asociaba la forma pentagonal o pentáculo con la estrella flamígera masónica y, a su vez, de que la identificaba con la estrella de cinco puntas del antiguo Egipto: Sirio.

En el libro de Robert Cameron *Above Washington* (página 117), aparece una fotografía excepcional, tomada por la NASA con película infrarroja, que «demuestra la absoluta perfección de la fotografía aérea». La tomó un avión espía U-2 desde una altitud de casi veinte kilómetros. Aunque la lectura técnica para imágenes de este tipo es muy especializada, hasta un observador profano se da cuenta fácilmente de que la colocación del Pentágono al oeste del Potomac parece deberse al eje general, que se dirige hacia el Sudeste (más o menos paralelo a la avenida Maryland, que está al otro lado del río), directamente hacia el Capitolio estadounidense.

Dando la vuelta a esta observación, Robert Bauval calculó que el Pentágono está a unos 24 grados al sur del Oeste visto desde el Capitolio. Con StarryNight Pro reconstruyó el cielo sobre Washintgon D. C. para el año 1941, concentró su atención en los 24 grados al sur del Oeste y dio la orden de «ejecutar» el cielo. Como había esperado a medias, la estrella Sirio quedó justo encima del lugar donde la fotografía de la NASA muestra que está situado el Pentágono. Naturalmente, Bauval se preguntó si allí también se habría celebrado en 1941 una ceremonia de colocación de la piedra angular. Después de buscar unos minutos en Internet, encontró la respuesta.

¿La Nueva Jerusalén auténtica en Israel?

Todos los estadounidenses y de hecho casi todo el mundo son muy conscientes de la fecha del 11 de septiembre de 2001, aquel día infame en que unos terroristas árabes estrellaron un avión comercial contra el Pentágono estadounidense y otros dos aviones contra las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York.

Por consiguiente, resultaba muy extraño, de hecho casi surrealista, descubrir que la fecha de la ceremonia de inauguración de las obras del Pentágono también fue el 11 de septiembre, aunque de 1941. No se han

sacado demasiadas conclusiones al respecto, aunque no se puede decir que la coincidencia sea poco conocida, ya que hasta el presidente George W. Bush la mencionó en un discurso que dirigió al personal del Pentágono justo un mes después del ataque. El *Army Link News* publicó lo siguiente:

> El presidente George W. Bush, el teniente general John van Alstyne y la primera dama, Laura Bush, asistieron a un servicio multirreligioso y, junto al coro y a miles de miembros del personal del Pentágono con banderas, entonaron «*God Bless America*» [considerado el himno estadounidense] durante la ceremonia conmemorativa que se celebró en el Pentágono el 11 de octubre del 2001. [...] [El presidente] mencionó a varias de las víctimas: tres escolares que viajaban con su profesor en el avión secuestrado, un general del Ejército, un civil del Ministerio del Ejército que había trabajado treinta años en el Pentágono y un reservista de la Armada. El presidente recordó que la construcción del Pentágono, «símbolo de la libertad y la confianza de Estados Unidos» y «símbolo de nuestra fuerza en el mundo», comenzó hace sesenta años, **el 11 de septiembre de 1941**. [...] «Y aquella misma noche, el presidente Franklin Roosevelt habló a la nación», dijo Bush. (Las negritas son del autor.)

Llegados a este punto, pedimos al lector que recuerde dos cosas: 1) las características intensamente templarias y judaicas de las ceremonias del Rito Escocés para reconstruir el templo de Salomón en el contexto de las logias y 2) la raíz del resentimiento de los terroristas islámicos contra Estados Unidos, que es la opresión del pueblo palestino y el apoyo político y militar que la superpotencia brinda al Estado de Israel. ¿Es posible que en la participación de Roosevelt en el asunto del Pentágono estadounidense y en relación con la fecha del 11 de septiembre haya algo más de lo que se ve a simple vista?

Estamos enterados, desde luego, de las numerosas teorías descabelladas sobre conspiraciones que surgieron después de los ataques del 11 de septiembre del 2001 y no queremos echar más leña al fuego, aunque también resulta evidente que la política exterior de Roosevelt y la de Truman contribuyeron en gran medida a la creación del Estado de Israel en la segunda mitad de la década de 1940 y esto hizo que nos preguntásemos por la afiliación de ambos al Rito Escocés.

Además, se da la extraña coincidencia de que Roosevelt era masón del Grado 32 del Rito Escocés y también fue el trigésimo segundo presidente de Estados Unidos, mientras que Truman (que había sido vice-

presidente con Roosevelt) era masón del Grado 33 del Rito Escocés y fue el trigésimo tercer presidente de Estados Unidos. En la francmasonería del Rito Escocés, los últimos cuatro grados (del trigésimo al trigésimo tercero) constituyen la etapa de iniciación, durante la cual se supone que el candidato alcanza el objetivo sublime de la iluminación masónica (algunos dicen que la experimenta), que, alegóricamente, es la «reconstrucción del templo de Salomón en Jerusalén».

Ya hemos visto que el cuadro de logia que aparece en los rituales del Grado 30 del Rito Escocés utiliza el árbol sefirótico de la vida, que se puede considerar la representación espiritual del templo de Salomón. Como ya hemos destacado, se supone que todos estos rituales son meramente alegóricos y los masones nos aseguran que su sentido es, simplemente, que el candidato ha alcanzado un nivel de perfección espiritual en sí mismo como «templo» humano y, por consiguiente, se compara, en cierto sentido, con la perfección del «templo» de Salomón.

Sin embargo, no podemos evitar formularnos una pregunta obvia: ¿es posible que el gobierno de Roosevelt y el de Truman llevaran el experimento masónico hasta sus últimas consecuencias y realmente reconstruyeran el estado salomónico judío en Palestina? Por exagerado e increíble que parezca, hay algo más en el fondo que justifica una pregunta tan extravagante: el grado con el que se asociaban estos dos presidentes.

Del Grado 30 al Grado 33

Hace varios años, cuando Robert Bauval fue a visitar a un amigo que tiene en Egipto, le mostraron un certificado masónico del Rito Escocés, expedido por una logia de El Cairo en 1918, por el Consejo Supremo del Grado 33. El certificado había sido del abuelo materno de su amigo. En la actualidad, la francmasonería casi no se conoce en Egipto, después de que Gamal Abdel Nasser la declarara ilegal en 1964, pero durante la primera parte del siglo XX era sumamente popular y muchos altos funcionarios del gobierno e incluso miembros de la familia real egipcia eran francmasones.[136]

El certificado estaba impreso en francés y en árabe. Bauval, que se desenvuelve en los dos idiomas, observó no sólo que se indicaba que el Consejo Supremo tenía su sede en El Cairo, sino también que se mencionaba la latitud exacta: «Bajo la bóveda celeste a un cenit de 30° 2'

4". [...]», que establecería el lugar en alguna parte del centro de El Cairo, cerca del palacio Abdeen.

Este es un dato curioso. El moderno Estado de Israel se extiende desde los 30° hasta los 33° de latitud Norte. Cuando se traslada al oeste a Egipto, la primera latitud pasa casi por la Gran Pirámide de Gizeh.

Esto nos recuerda la declaración histórica que Harry Truman envió al gobierno provisional de Israel en mayo de 1948, que decía simplemente lo siguiente:

> Se ha informado a este gobierno que se ha proclamado un Estado de Israel en Palestina, cuyo gobierno (provisional) solicita nuestro reconocimiento. Estados Unidos reconoce al gobierno provisional como autoridad de facto del nuevo Estado de Israel.
>
> Presidente Harry Truman
> aprobado el 14 de mayo de 1948

Dos décadas después, en junio de 1967, las fuerzas israelíes irrumpieron en Jerusalén y recuperaron la ciudad de manos de los árabes, después de ocho siglos de ocupación musulmana. Finalmente se había vuelto a levantar la estrella de David. Se había colocado la piedra angular de la Nueva Jerusalén y, por extensión, del nuevo templo.

Como ha ocurrido varias veces durante los años que hemos estado investigando para escribir este libro, sentimos que un velo fantasmal se alzaba y nos rozaba el rostro.

Apéndice

El día que sacudió al mundo

«14 de mayo (de 1948), David Ben-Gurion está haciendo historia. Esta tarde, a las 16, cuando lea en voz alta estas palabras, cambiará para siempre la política mundial. En este texto sencillo está el sueño del pueblo judío, que ha soportado dos mil años de exilio. Es la Declaración del Estado de Israel. Sin embargo, es posible que la nación no llegue al final del día. A su alrededor hay fuerzas poderosas que trabajan para obstaculizar o destruir a su joven nación. En la vecina Jordania, el rey Abdalá encabeza una alianza de cinco naciones árabes que quieren estrangular a Israel en la cuna. [Ben-Gurion] está desafiando a las Naciones Unidas, que tienen sus propios planes para Oriente Medio. La guerra civil hace estragos en todo el país. El imperio británico, que se ha encargado de mantener la paz durante treinta años, se marcha. La única esperanza que le queda es Washington. Con el respaldo del presidente Truman, Israel podría tener una oportunidad de sobrevivir.»

BBC2, *El nacimiento de Israel, el 14 de mayo de 1948* (para el programa *The Days that Shook the World* [«Los días que sacudieron al mundo»], 14 de enero del 2004

Declaraciones

En febrero de 1998, casi exactamente cincuenta años después de que David Ben-Gurion leyera la Declaración del Estado de Israel ante el Consejo Judío en Tel Aviv, Osama bin Laden leyó otra, la Declaración del Frente Islámico Mundial por la *yihad* contra los judíos y los cruzados, que instaba a todos los musulmanes a librar una guerra santa contra los judíos y los cruzados, es decir, los estadounidenses y sus aliados,

«hasta que la mezquita de Al-Aqsa (en Jerusalén) y la mezquita de Al-Haram (en La Meca) quedaran fuera de sus garras».

Tres años después, el 11 de septiembre del 2001, la organización de Bin Laden, la aterradora Al Qaeda, planeó y organizó la destrucción de las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York y el Pentágono de Washintgon D. C., por medio de voluntarios suicidas que secuestraron tres aviones comerciales y los estrellaron contra estos edificios. Aquel acontecimiento espantoso ha pasado a la historia como el 11-S.

El 20 de noviembre del 2003, unos terroristas suicidas destruyeron con bombas el Consulado británico y el banco HSBC en Estambul (Turquía). Un hombre que dijo pertenecer a los Combatientes del Gran Oriente Turco del Frente Oriental (IBDA-C) telefoneó a la semioficial Anatolian Press e informó con frialdad que el IBDA-C y el grupo Al Qaeda de Bin Laden habían realizado aquellos ataques de forma conjunta. La voz misteriosa añadió a continuación las siguientes palabras siniestras:

> Seguiremos atacando objetivos masónicos. Los musulmanes no estamos solos.[1]

El 25 de enero del 2003, el controvertido líder espiritual musulmán del norte de Londres, el Sheikh Abu Hamza al-Marsi, manifestó a *The Independent* esta extraña opinión:

> No estoy diciendo que todas las figuras del gobierno estadounidense estuvieran al corriente [del 11 de septiembre], pero hay algunas personas [en el gobierno estadounidense] que quieren desencadenar una tercera guerra mundial y están patrocinadas por el *lobby* empresarial. La mayoría son francmasones y leales a los sionistas.

El 10 de marzo del 2004, la BBC News anunció lo siguiente:

> Como consecuencia de un ataque suicida a una logia masónica en la ciudad turca de Estambul, ha muerto una persona y ha habido cinco heridos. [...] Jonny Dymond, de la BBC en Estambul, dice que [...] para los grupos islámicos radicales, la sociedad internacional y secreta de los masones apoya las políticas de Israel y de Estados Unidos.
>
> Dicen que, antes de detonar su dispositivo, uno de los terroristas suicidas gritó: «Dios es grande» [...] (otro) terrorista, que se identificó como Abdalá Islam, gritó: «Abajo la logia israelita». (*Guardian Unlimited*, 10 de marzo del 2004.)

Estas amenazas, acusaciones y ataques contra los francmasones, junto con el lenguaje utilizado por Bin Laden al declarar la guerra santa contra «los judíos y los cruzados» y su llamamiento a la liberación de la sagrada mezquita de Al-Aqsa en Jerusalén, envían un mensaje espeluznante. Donde hoy se alza la mezquita de Al-Aqsa estuvo en otra época el templo de Salomón, al cual deben su nombre los legendarios Caballeros Templarios, que, según algunos, tal vez fueron los precursores de los francmasones. En 1740, el caballero Ramsay, escocés y jacobita, creó una orden masónica en Francia, cuyas raíces, según él, derivaban de las Cruzadas y que, según algunos, fue la precursora de la francmasonería del Rito Escocés que actualmente tiene su sede central en Washintgon D. C. Es bien sabido que uno de los símbolos más importantes de la francmasonería es el templo de Salomón y su «reconstrucción» de una manera espiritual. Muchos templos y logias masónicos suelen estar flanqueados por dos pilares que representan los del templo de Salomón, llamados Boaz y Jachin, que significan «sabiduría» y «poder», y el llamado «Plano para logias» también incorpora estos pilares, además de una estrella de cinco puntas o pentagrama que simboliza el sanctasanctórum del templo de Salomón.

Por consiguiente, urge encontrar una respuesta a las preguntas siguientes: ¿es posible que Al Qaeda considere a Estados Unidos una potencia masónica de cruzados cuyo aliado en Oriente Medio es Israel? ¿Acaso el 11-S fue una manifestación de esta creencia? ¿Existe un vínculo simbólico entre la declaración de la *yihad* (guerra santa) de Al Qaeda para liberar los santuarios musulmanes de Al-Aqsa y la Cúpula de la Roca, el 11-S y el templo de Salomón?

Una cuestión de grados

El Rito Escocés es una rama de élite de la francmasonería conocida como el Consejo Supremo del Grado 33. Fue fundado en 1801 en la ciudad de Charleston (Carolina del Sur). Aunque sus orígenes son confusos, en general se cree que comenzó en la década de 1740 en Burdeos (Francia) y que poco después fue llevado a las colonias de América. La idea original era proporcionar a la francmasonería una genealogía que la relacionase con las órdenes de caballería medievales de los cruzados y de los Caballeros Templarios, una poderosa organización política y financiera que en un principio se formó para proteger la tierra santa y en especial

Jerusalén de los musulmanes. El nombre evocador de los Caballeros Templarios deriva del monte del Templo, en Jerusalén, donde en una época se alzaba el templo de Salomón y donde aquellos caballeros cristianos habían establecido su primer campamento durante las Cruzadas. Jerusalén había sido arrancada a los musulmanes en el siglo XI y el nuevo reino cristiano de Jerusalén se colocó bajo la protección de los caballeros cristianos, en su mayoría Caballeros Templarios y Caballeros de San Juan, que habían hecho el juramento solemne de proteger la ciudad. En 1187, un ejército musulmán a las órdenes de Saladino aplastó las fuerzas de los Caballeros Templarios en la batalla de Hattin, el 4 de julio. Jerusalén se rindió a Saladino pocos meses después, en octubre de 1187. A partir de entonces, la ciudad santa estuvo siempre más o menos en poder de los musulmanes, hasta que volvió a ser ocupada por el ejército israelí a las órdenes de Moshé Dayán, en junio de 1967.

No es ningún secreto que los rituales de la francmasonería, sobre todo los del Gran Arco Real de Jerusalén, son intensamente salomónicos en el sentido en que se centran en la «reconstrucción» del templo de Salomón. Además, algunos de los grados de la francmasonería del Rito Escocés tienen una connotación templaria evidente. En la actualidad, como ya hemos dicho, la Cúpula de la Roca y la mezquita de Al-Aqsa (los lugares más sagrados del islamismo y donde se cree que el profeta Mahoma ascendió al cielo) ocupan el lugar de aquel templo judío legendario. Es bien sabido que en el «plano para la logia», así como también en numerosos cuadros de logia, aparecen los dos pilares, Jachin y Boaz, que se supone que estaban a la entrada del templo de Salomón, y la estrella de cinco puntas o pentáculo, que denota el sanctasanctórum. Por consiguiente, es posible que no sea mera casualidad que los objetivos principales elegidos por Al Qaeda el 11 de septiembre sean las dos torres que estaban a la entrada de Estados Unidos, es decir, en Nueva York, y el Pentágono, el sanctasanctórum del poder militar de Estados Unidos.

Algo así como una «conspiración sionista-masónica»

Muchos presidentes de Estados Unidos fueron francmasones, entre ellos George Washington; sin embargo, los que más nos interesan aquí son los dos presidentes que participaron en la creación del moderno Estado de Israel,[2] a saber, Franklin D. Roosevelt y, más directamente, Harry S. Truman. Roosevelt fue el trigésimo segundo presidente de Estados Unidos

y también masón del Grado 32 del Rito Escocés. Harry Truman fue el trigésimo tercer presidente del país y masón del Grado 33 del Rito Escocés. Es posible que no sea demasiado exagerado especular que los 32 grados tal vez tengan algo que ver con el templo de Salomón, porque a menudo se ha señalado la curiosa similitud con el árbol de la vida sefirótico cabalístico, formado por los veintidós senderos, más las diez «emanaciones» de Jehová. Algunos certificados del Rito Escocés muestran la ubicación de la logia que los emite indicando la latitud geográfica en grados, lo que podría implicar algún tipo de conexión mística entre los grados de latitud y los grados masónicos de iniciación. Tal vez sea más que mera coincidencia que la latitud geográfica del monte del Templo en Jerusalén quede justo al sur del paralelo 32, mientras que la Logia Madre del Rito Escocés en un principio estuviera situada en la ciudad de Charleston (Carolina del Sur), muy cerca del paralelo 33. Es difícil decir si todo esto no es más que pura casualidad, pero es fácil ver que los árabes radicales pueden percibir en todo ello una conspiración entre los francmasones estadounidenses y la organización sionista.

Dicen que cuando el presidente Roosevelt se reunió con el secretario del Tesoro, Hans Morgenthau, el 3 de diciembre de 1942, hizo estos comentarios extraordinarios con respecto a la creación del Estado judío en Palestina:

> En realidad, cercaría Palestina con alambre de espino y empezaría a retirar a los árabes de Palestina. [...] Por cada familia árabe que retirásemos, pondría una judía. [...] El 90 por ciento de ellos deberían ser judíos. [...] Sería una nación independiente, como cualquier otra: totalmente independiente. Naturalmente, si el 90 por ciento son judíos, los judíos manejarán el gobierno.[3]

La carta que dejó atónito al mundo

Según el reciente programa de la BBC2, *El nacimiento de Israel* (del que hemos extraído una cita al comienzo de este artículo), en las primeras horas del 14 de mayo de 1948, el líder sionista David Ben-Gurion todavía estaba dando los últimos toques a la Declaración de Independencia del Estado de Israel, que no tardaría en leer ante el Consejo Judío en Tel Aviv. Dicho sea de paso, la población de Palestina en aquella época era de poco más de dos millones de almas, de las cuales apenas alrededor de un 30 por ciento eran judíos, mientras que la mayoría de

los demás eran sobre todo musulmanes y había unos pocos cristianos. Ya había comenzado la guerra civil entre musulmanes y judíos y al principio daba la impresión de que los judíos serían arrasados por una alianza militar árabe formada por Jordania, Siria, Egipto, Iraq y Líbano. A las 16, Ben-Gurion leyó la Declaración de Independencia del Estado de Israel, que comenzaba con estas palabras:

> La tierra de Israel fue la cuna del pueblo judío y aquí se formó su identidad espiritual, religiosa y nacional; aquí alcanzaron su independencia y crearon una cultura de importancia nacional y universal; aquí escribieron la Biblia y la entregaron al mundo.

A continuación, la Declaración afirma lo siguiente:

> Por consiguiente, los miembros del Consejo Nacional, en representación del pueblo judío en Palestina y del movimiento sionista mundial, reunidos en solemne asamblea hoy, el día en que finaliza el mandato británico en Palestina, en virtud del derecho natural e histórico de los judíos y de la Resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas, proclamamos el establecimiento del Estado Judío en Palestina, que llevará el nombre de «Israel». [...] El Estado de Israel estará abierto a la inmigración de judíos procedentes de todos los países de su diáspora, promoverá el desarrollo del país para el bien de todos sus habitantes, se basará en los preceptos de libertad, justicia y paz enseñados por los profetas hebreos. [...] Vaya nuestro llamamiento al pueblo judío de todo el mundo para que se reúna a nuestro lado en la tarea de inmigración y desarrollo y para que nos apoye en la gran lucha por cumplir el sueño de generaciones: la redención de Israel. Confiando en Dios Todopoderoso, firmamos esta declaración, en esta sesión del Consejo de Estado Provisional, en la ciudad de Tel Aviv, la víspera del sabbat el día cinco de *Iyar* de 5708, el catorce de mayo de 1948.

En la Declaración de Ben-Gurion se anunciaba que el Estado Judío entraría en vigor oficialmente la medianoche del 15 de mayo de 1948, que marcaba el límite del llamado mandato británico en Palestina. En Washington, eso sería a las 18 (hora oficial en la costa este del país) del 14 de mayo. Más o menos a la misma hora que Ben-Gurion estaba leyendo la Declaración en Tel Aviv, Eliahu Epstein, director de la Agencia Judía para Palestina (que entonces se llamaba a sí mismo «agente del Gobierno Provisional de Israel») recibió una llamada telefónica de Mark Clifford,[4] el

asesor especial del presidente Truman, que le pidió que escribiera de inmediato una carta al presidente Truman en la que le solicitara que «diera la bienvenida a Israel en la comunidad de naciones». Posteriormente, Epstein enviaría el siguiente telegrama histórico al Gobierno Provisional de Israel:

> Pocos minutos después de la entrada en vigor de la proclamación de un Estado Judío en Palestina, a las 18.01 (hora oficial de la costa este de Estados Unidos), el señor Truman hizo la siguiente declaración: «Se ha informado a este gobierno de que se ha proclamado un Estado Judío en Palestina y que su gobierno (provisional) ha solicitado nuestro reconocimiento. Estados Unidos reconoce al gobierno provisional como autoridad de hecho del nuevo Estado (Judío) de Israel».

David Ben-Gurion fue el primer primer ministro de Israel y Chaim Weizmann, el «espíritu que guiaba la organización sionista» y que en aquella época vivía en Nueva York, se convirtió en su primer presidente. El resto, como se dice, es historia. En enero del 2001, Associated Press hizo circular el siguiente artículo periodístico:

> George W. Bush jurará sobre una Biblia masónica que tiene 234 años: Noticias de la ciudad de Nueva York.

George W. Bush usará una Biblia que utilizó George Washington para jurar su cargo como primer presidente del país. Tres funcionarios de la Logia de San Juan de Libres y Aceptados Masones, con sede en Manhattan, subirán mañana a bordo de un tren Amtrak con destino a Washintgon D. C. Llevarán el ejemplar de la Biblia del rey Jacobo, de 234 años de antigüedad y cuatro kilos de peso, en un estuche especial. Por sexta vez en la historia, la Biblia se utilizará el sábado en la jura de un presidente de Estados Unidos. George Washington fue el primero, en 1789. El último fue George H. W. Bush, que usó la Biblia en 1989. Otros presidentes que posaron la mano izquierda sobre la Biblia masónica fueron Warren Harding en 1921, Dwight Eisenhower en 1953 y Jimmy Carter en 1977. La Biblia también estuvo expuesta durante la feria mundial de Nueva York, en 1964-1965.[5]

A modo de respuesta, el 11 de septiembre del 2001, Al Qaeda asestó un gran golpe directo contra los «cruzados» estadounidenses.

Es posible que no sea el último...

Notas

Capítulo 1. Detrás de los velos

1. Jean Duché, *L'Histoire de France racontée a Juliette*, Presse Pocket, París, 1954, p. 179.

2. Palloy construyó ochenta y tres maquetas de la Bastilla con las piedras originales que había enviado a varias ciudades de Francia. Todavía se puede ver una de las maquetas en el Museo de Valence. El resto de las piedras se utilizaron para construir el Puente de la Concordia. Algunas fueron pulverizadas y el polvo se vendió en botellas.

3. Jean Kerisel, *La Pyramide à travers les âges*, Presses des Ponts et Chaussées, París, 1991, p. 161.

4. Jurgis Baltrušaitis, *La Quête d'Isis*, Flammarion, París, 1985, p. 24. Ermanno Arslan, *Iside*, Electa, Milán, 1997, pp. 642-644. *Véase también* Jean-Marcel Humbert, *L'Egyptomanie dans l'art occidental*, ACR, París, 1989, p. 36.

5. Arslan, óp. cit., p. 643.

6. Michel Vovelle, *La Révolution contre l'Eglise*, Editions Complex, París, 1988.

7. Ibídem, p. 15.

8. Luis IX fue canonizado el 11 de agosto de 1297 y su santo se celebra el 25 de agosto; en el 800 d. de C., Carlomagno fue «beatificado» de forma extraoficial por el papa León III, aunque en realidad no fue canonizado.

9. Vovelle, óp. cit., p. 103.

10. Jean Starobinski, *1789: Les Emblèmes de la Raison*, Flammarion,

París, 1979, p. 42. [Trad. esp.: *Mil Setecientos Ochenta y nueve, los emblemas de la razón*, Taurus Ediciones, Madrid, 1988.]

11. *Grand Larousse Encyclopédique*, París, edición de 1961, volumen 8, p. 1014.

12. El hijo de Luis XVI murió en la prisión del Templo, en París, en 1795, a la edad de seis años. Fue proclamado rey por la nobleza francesa en el exilio en enero de 1793, al morir su padre.

13. En 1824, Mohamed Alí lo ofreció como regalo, pero a Champollion los obeliscos de Alejandría le parecían de mala calidad, porque estaban demasiado corroídos por el aire de mar, y cambió el regalo por un obelisco procedente del templo de Luxor.

14. Humbert, óp. cit., p. 44. Curiosamente, se suponía que se colocara una estatua de una diosa con una estrella con siete puntas en la cabeza, muy parecida a la Estatua de la Libertad de Nueva York.

15. Ibídem.

16. Starobinski, óp. cit., pp. 49 y 58.

17. Jean Godechot, *La Prise de la Bastille*, París, 1965, p. 183.

18. Michael Baigent y Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, Jonathan Cape, Londres, 1989.

19. Steven C. Bullock, *Revolutionary Brotherhood*, University of North Carolina Press, 1996, p. 50.

20. Fred Pick y G. Norman Knight, *The Pocket History of Freemasonry*, Frederick Muller, Londres, 1953, p. 272.

21. Ibídem, p. 271.

22. Ibídem, p. 275.

23. Pierre Chevallier, *Histoire de la Franc-Maçonnerie française*, volumen I, Librairie Fayard, París, 1974, pp. 272-288.

24. *Les Dossiers de l'histoire mystérieuse*, D.H.M. 2112 RD, número 7, 2.ª parte, F. Carbonnel Ed., p. 81.

25. Ibídem.

26. *Les Dossiers de l'histoire mystérieuse*, D.H.M. 2112 RD, número 6, p. 64.

27. Chevallier, óp. cit., p. 275.

28. Jacques Debu-Bridel, *Lafayette: une vie au service de la liberté*, Editions Nouvelles de France, 1945, p. 27.

29. Citado por Jean-André Faucher, *Les Francs-Maçons et le pouvoir*, Librairie Académique Perrin, París, 1986, p. 46.

30. Faucher, óp. cit., p. 47. Faucher, como muchos otros, señala también que numerosos masones apoyaron al rey y en realidad lucharon

contra los revolucionarios; lo mismo se puede decir de la Revolución estadounidense.

31. John Lawrence, *Freemasonry: a Religion?*, Kingsway Publishing, Londres, 1987, p. 15.

32. Ibídem, p. 109.

33. Ibídem, p. 121.

34. Martin Short, *Inside The Brotherhood*, Grafton Books, Londres, 1989, p. 72.

35. Vovelle, óp. cit., p. 187.

36. *Les Dossiers de l'histoire mystérieuse*, óp. cit., número 6, p. 64.

37. Ibídem.

38. Ibídem.

39. Vovelle, óp. cit., p. 274.

40. Ibídem.

41. *Décret de la Convention*, 18 Floral An II, 7 de mayo de 1794.

42. Warren Roberts, *Revolutionary Artists*, State University of New York Press, Albany, 2000, p. 272.

43. *Grand Larousse Encyclopédique*, óp. cit., volumen 4, p. 784.

44. Roberts, óp. cit., p. 270. Robespierre utiliza un lenguaje intensamente «masónico». Por ejemplo, afirma que «un sistema de fiestas nacionales bien organizadas proporcionaría de inmediato los vínculos fraternales más suaves y los medios de regeneración más potentes». Esto equivale casi a hacer públicos los rituales que se celebraban en las logias.

45. El calendario republicano se introdujo el 24 de octubre de 1793, justo después del guillotinamiento de la reina María Antonieta.

46. Charles Sumner Lobingier, *Ancient and Accepted Scottish Rite*, Kessinger Publishing Co., Kila (Montana, EUA), 1931, p. 24.

47. David Ovason, *La arquitectura sagrada de Washington D. C.*, Martínez Roca, Madrid, 2008.

48. Bessel dedujo la existencia del compañero superdenso de Sirio de la observación de su movimiento ondulante, pero en realidad no vio al compañero «invisible». Este, conocido como Sirio B, fue «visto» por primera vez con un telescopio por Alvin Clark en 1862 y fue fotografiado por Lindenblad en 1970.

49. Ovason, óp. cit., p. 117.

50. Baltrušaitis, óp. cit., p. 31.

51. *Les Dossiers de l'histoire mystérieuse*, óp. cit., número 7, p. 106.

52. Nigel Aston, *Religion and Revolution in France*, MacMillan Press, Londres, 2000, p. 272.

53. Kerisel, óp. cit., p. 160.

54. Robert Bauval, *Secret Chamber*, Arrow, Londres, 2000, notas, prólogo, p. 507, nota 27. [Trad. esp.: *La cámara secreta: en busca de los orígenes del antiguo Egipto*, Anaya, Madrid, 2001.]

55. Sylvie Legaret y Philippe Coutines, *París Story*, Editions Denoël, París, 1977, p. 83, ilustración 3.

56. Ibídem.

57. Aston, óp. cit., p. 271.

58. Ibídem.

59. Ovason, óp. cit., p. 87.

60. Martin Short, *Inside The Brotherhood*, óp. cit., pp. 121-122.

61. Ibídem, p. 122.

Capítulo 2. La organización mortífera

1. Arthur Guirdham, *The Great Heresy: The History and Beliefs of the Cathars*, C. W. Daniels & Co. Ltd., Saffron Walden, 1933, p. 71. [Trad. esp.: *La gran herejía: la historia y las creencias de los cátaros*, Obelisco, Barcelona, 1998.]

2. Aubrey Burl, *God's Heretics: The Albigensian Crusade*, Sutton Publishing, Stroud, 2002, p. 9.

3. San Juan 1, 14.

4. Gervasio de Tilbury, citado por Jonathan Sumption, *The Albigensian Crusade*, Faber and Faber, Londres, 1999, p. 18.

5. Sumption, óp. cit., p. 18.

6. Guirdham, óp. cit., p. 15.

7. Por ejemplo, véase Malcolm Lambert, *The Cathars*, Blackwell, Oxford, 1998, p. 155. [Trad. esp.: *La otra historia de los cátaros*, Martínez Roca, Madrid, 2006.]

8. Por ejemplo, véase Zoé Oldenbourg, *Massacre at Montségur*, Weidenfeld and Nicholson, Londres, 1977, p. 49. Véase también Steven Runciman, *The Medieval Manichees: A Study of Christian Dualist Heresy*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, p. 160.

9. Runciman, óp. cit., p. 160.

10. Malcolm Lambert, *Medieval Heresy: Popular Movements from the Gregorian Reform to the Reformation*, Blackwell, Oxford, 1992, p 124, citando a Guiraud. [Trad. esp.: *La herejía medieval*, Taurus Ediciones, Madrid, 1986.] Véase también Sumption, óp. cit., p. 50.

11. Testimonio ante la Inquisición de una mujer de Puylaurens, citado en Sumption, óp. cit., p. 52.

12. Lambert, *Medieval Heresy*, óp. cit., p. 108.

13. Stephen O'Shea, *The Perfect Heresy: The Life and Death of the Cathars*, Profile Books, Londres, 2001, p. 8.

14. Guirdham, óp. cit., p. 95.

15. Véanse por ejemplo Oldenbourg, óp. cit., pp. 283-284, y Lambert, *The Cathars*, óp. cit., p. 125.

16. Guirdham, óp. cit., p. 95.

17. Oldenbourg, óp. cit., p. 24.

18. *Encyclopaedia Britannica*, volumen 3, pp. 686-687.

19. Guirdham, óp. cit., p. 16.

20. Oldenbourg, óp. cit., p. 69.

21. Ibídem, p. 70.

22. Lambert, *The Cathars*, óp. cit., p. 160.

23. Citado en Burl, *God's Heretics*, óp. cit., p. 66.

24. Citado en M. Barber, *The Cathars: Dualist Heretics in Languedoc in the High Middle Ages*, Longman, Londres, 2000, p. 107; Oldenbourg, óp. cit., p. 1.

25. *Chanson*, citada en Oldenbourg, óp. cit., p. 6.

26. Véase el debate en Elaine Pagels, *The Gnostic Gospels*, Penguin Books, Londres, 1990, pp. 15 y 50-51. [Trad. esp.: *Los evangelios gnósticos*, Crítica, Barcelona, 2004.]

27. F. L. Cross y E. A. Livingstone (editores), *The Oxford Dictionary of the Christian Church*, Oxford University Press, 1988, p. 884.

28. O'Shea, óp. cit., p. 80; F. L. Cross y E. A. Livingstone (editores), *The Oxford Dictionary of the Christian Church*, Oxford University Press, 1988, p. 884.

29. O'Shea, óp. cit., p. 80.

30. Oldenbourg, óp. cit., p. 111.

31. Ibídem, p. 111.

32. Ibídem, pp. 111-112.

33. *Chanson*, citada en O'Shea, óp. cit., p. 83.

34. *Chanson*, citada en Oldenbourg, óp. cit., p. 114.

35. *Chanson*, citada en Burl, óp. cit., p. 44.

36. Oldenbourg, óp. cit., p. 116; O'Shea, óp. cit., p. 84; Burl, óp. cit., p. 44.

37. Burl, óp. cit., pp. 42-46; O'Shea, óp. cit., p. 85; Oldenbourg, óp. cit., pp. 115-116.

38. O'Shea, óp. cit., p. 86.

39. Oldenbourg, óp. cit., p. 119.

40. Robert Bauval y Adrian Gilbert, *The Orion Mystery*, Heinemann Ltd., Londres, 1994 [trad. esp.: *El misterio de Orión*, Emecé, Barcelona, 1995]; Robert Bauval y Graham Hancock, *Keeper of Genesis*, Heinemann Ltd., Londres, 1996 [trad. esp.: *Guardián del Génesis*, Planeta/Seix Barral, Barcelona, 1997]; Graham Hancock y Santha Faiia, *Heaven's Mirror*, Michael Joseph, Londres, 1998.

41. E. A. Wallis Budge, *The Egyptian Heaven and Hell (The Book of What is in the Am-Duat)*, Martin Hopkinson Co., Londres, 1925, pp. 240-258.

42. Ibídem, pp. 240-258.

43. Ibídem, pp. 240-258.

44. *El misterio de Orión*, *Guardián del Génesis*, *Heaven's Mirror*, óp. cit.

45. Citado en Runciman, óp. cit., p. 75.

46. Barber, *The Cathars*, óp. cit., p. 97.

47. Ibídem, p. 97.

48. Ibídem, p. 98.

49. Lambert, *The Cathars*, óp. cit., p. 197.

50. Ibídem, p. 197.

51. Barber, *The Cathars*, óp. cit., p. 86.

52. Ibídem, p. 87.

53. Bernard Hamilton y Jane Hamilton, *Christian Dualist Heresy in the Byzantine World, ca. 650-ca. 1405*, Manchester University Press, Manchester, 1998, p. 28.

54. Runciman, óp. cit., p. 171.

55. Ibídem, p. 171.

56. Ibídem, p. 172.

57. Ibídem, p. 171.

58. Ibídem, p. 172.

59. Citado en Barber, *The Cathars*, óp. cit., p. 11.

60. Ibídem, p. 11.

61. Everwin, citado en Barber, *The Cathars*, óp. cit., p. 24.

62. Everwin, citado en Lambert, *The Cathars*, p. 22.

63. Lambert, *Medieval Heresy*, p. 119.

64. Everwin, citado en Barber, *The Cathars*, p. 24.

65. Timothy Freke y Peter Gandy, *The Jesus Mysteries*, Thorsons-Element, Londres, 2000, p. 266. [Trad. esp.: *Los misterios de Jesús*, Grijalbo, Barcelona, 2000.]

66. Por ejemplo, lo que hizo el prefecto Cinegio en Alejandría. Véase H. A. Drake, *Constantine and the Bishops: The Politics of Intolerance*, pp. 403-404 y 416.

67. Véase por ejemplo H. A. Drake, *Constantine and the Bishops: The Politics of Intolerance*, óp. cit., p. 408.

68. Drake, *Constantine and the Bishops*, óp. cit., p. 416.

69. Elaine Pagels, óp. cit., pp. 13-15.

70. Pagels, óp. cit., p. 16.

71. Ibídem.

72. Ibídem.

73. Ibídem.

74. James M. Robinson (editor), *The Nag Hammadi Library*, E. J. Brill, Leiden y Nueva York, 1988, pp. 73-89.

75. *The Nag Hammadi Library*, p. 85.

76. Ibídem, p. 119.

77. Ibídem, p. 387.

78. Ibídem, p. 159.

79. Véase el debate en Francis Legge, *Forerunners and Rivals of Christianity from 330 BC to 330 AD*, University Books, Nueva York, 1965, volumen II, p. 21.

80. Normandi Ellis, *Awakening Osiris, The Egyptian Book of the Dead*, Phanes Press, Grand Rapids, 1988, p. 84.

81. Chas S. Clifton (editor), *Encyclopaedia of Heresies and Heretics*, ABC-Clio, Santa Bárbara, 1992, p. 50.

82. *The Nag Hammadi Library*, pp. 184 y 165.

83. Ibídem, p. 185.

84. Freke y Gandy, *Los misterios de Jesús*, óp. cit.

85. Joscelyn Godwin, *Mystery Religions in the Ancient World*, Thames & Hudson, Londres, 1991, p. 84.

86. Ibídem, p. 84.

87. Drake, p. 91; *The Oxford Dictionary of the Christian Church*, óp. cit., p. 1108.

88. Freke y Gandy, p. 277.

89. Tácito, *Anales* 15, 44, pp. 2-8, citado por Ken Curtis y Carsten Peter Thiede (editores), *From Christ to Constantine: The Trial and Testimony of the Early Church*, Christian History Institute, Worcester, Pensilvania, 1991, p. 50.

90. Freke y Gandy, p. 278.

91. Drake, p. 142; véase también la p. 164.

92. Diocleciano, citado en Drake, p. 142.

93. Freke y Gandy, óp. cit., p. 278.

94. Eusebio, en *From Christ to Constantine: The Trial and Testimony of the Early Church*, p. 60.

95. *The Oxford Dictionary of the Christian Church*, p. 338.

96. Drake, óp. cit., p. 403.

97. Ibídem, p. 403. La nueva legislación que se aprobó en el 392 d. de C. prohibió por completo todo lo que no fuera cristiano, incluso el culto a los dioses domésticos. Otras leyes despojaron al clero anterior de sus legados y privilegios públicos.

98. Ibídem, p. 237.

99. Ibídem, p. 237.

100. En Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino*, citado por Drake, óp. cit., p. 389.

101. Ibídem, Libro III, pp. 151-153.

102. Renunció a ella el emperador Graciano (367-383), véase Drake, p. 403.

103. Drake, óp. cit., pp. 402-403; *The Oxford Dictionary of* the Christian Church, p. 1108.

104. Ireneo, citado en Pagels, p. 68.

105. Freke y Gandy, óp. cit., pp. 299-300.

106. Drake, óp. cit., p. 350.

107. Ibídem, pp. 402-403.

108. Freke y Gandy, óp. cit., p. 300.

109. Drake, óp. cit., p. 404.

110. Legge, óp. cit., volumen II, p. 21.

111. Eusebio de Cesarea, óp. cit., Libro 10, p. 447.

112. Drake, óp. cit., pp. 401 y 404.

113. E. M. Forster, *Alexandria, A History and Guide*, Peter Smith, Gloucester (Massachusetts), 1968, pp. 55 y 160. [Trad. esp.: *Alejandría: historia y guía*, Seix Barral, Barcelona, 1984.]

114. Ibídem.

115. Drake, óp. cit., p. 404.

116. Ibídem, p. 404.

117. Freke y Gandy, óp. cit., p. 299.

118. Robinson, *The Nag Hammadi Library*, Introducción, p. 20.

119. Ibídem.

120. Ibídem.

121. Socrates Scholasticus, *Ecclesiastical History*, http://cosmopolis.com/Alexandria/hypatia-bio-socrates.html

122. Ibídem.

123. Ibídem.

124. From John, Bishop of Nikiu, http://cosmopolis.com/Alexandria/hypatia-bio-john.html

125. Pagels, óp. cit., p. 93.

Capítulo 3. La otra religión secreta

1. Véase *The Nag Hammadi Library*, Asclepio, p. 330 y ss.

2. Véase el capítulo 2.

3. W. K. C. Guthrie, *A History of Greek Philosophy IV: Plato: The Man and his Dialogues, Earlier Period*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998, p. 22. [Trad. esp.: *Historia de la Filosofía griega, 4, Platón: el hombre y sus diálogos*, Gredos, Madrid, 1984-1993.]

4. Guthrie, *Plato: The Man and his Dialogues*, p. 23.

5. Legge, óp. cit., pp. 92-93.

6. Citado en Freke y Gandy, óp. cit., p. 141.

7. Pagels, óp. cit., p. 62.

8. Forster, *Alexandria*, óp. cit., p. 68.

9. Freke y Gandy, óp. cit., p. 155.

10. Véase el capítulo 2.

11. Margaret Starbird, *The Woman with the Alabaster Jar: Mary Magdalen and the Holy Grail*, Bear and Company, Rochester (Vermont), 1993, p. 75. [Trad. esp.: *María Magdalena y el Santo Grial: la verdad sobre el linaje de Cristo*, Planeta, Barcelona, 2005.]

12. Véase el capítulo 2. Véase también Oldenbourg, óp. cit., pp. 269-271 y el Apéndice D: *Repressive measures and decrees promulgated against the Cathars by Councils between 1179 and 1246* [«Medidas y decretos represivos promulgados contra los cátaros por los concilios entre 1179 y 1246»].

13. Christopher Hibbert, *The House of Medici: Its Rise and Fall*, Morrow Quill, Nueva York, 1980, pp. 35-36.

14. Ibídem, p. 63.

15. Ibídem.

16. Ibídem, p. 68.

17. R. A. Schwaller de Lubicz, *Sacred Science*, Inner Traditions, Nueva York, 1982, p. 274.

18. Platón, *Timeo*, 22 A.

19. Lubicz, *Sacred Science*, óp. cit., pp. 279-286.

20. Frances Yates, *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1991, p. 12. [Trad. esp.: *Giordano Bruno y la tradición hermética*, Ariel, Barcelona, 1983.]

21. Ibídem, p. 13.

22. La inventó Johannes Gutenberg alrededor de 1450, en Alemania.

23. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 3.

24. Roelof van den Broek y Cis van Heertum (editores), *From Poimandres to Jacob Böhme*, In de Pelikaan Press, Amsterdam, 2000, p. 372.

25. En el ocultismo y el misticismo occidental, así como también en el oriental, se cree que los mensajeros divinos, como el Thot egipcio, el Hermes griego, el Mercurio romano y el Enoc bíblico, el san Miguel cristiano o el Idris musulmán, eran reencarnaciones de la misma divinidad. Véase Frances Yates, óp. cit., p. 48. Véase también Freke y Gandy, óp. cit., p. 222 y la nota 46 del capítulo 9. En cuanto a la asimilación de Enoc con Idris y Hermes, véase también Jean Daresse, *The Secret Books of the Egyptian Gnostics*, Inner Tradition, Vermont, 1986, p. 315.

26. Ibídem, p. 373.

27. Ibídem, p. 374.

28. San Agustín, *La ciudad de Dios*, XVIII, p. 19.

29. *From Poimandres to Jocob Bóhme*, óp. cit., p. 377.

30. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 42.

31. Ibídem, p. 43.

32. Ibídem.

33. Ibídem.

34. Ibídem, p. 39.

35. Ibídem, p. 37, nota 5.

36. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 86.

37. Ibídem, p. 88.

38. Ibídem, p. 89.

39. Ibídem, p. 94.

40. Ibídem, p. 95.

41. Frances Yates, *The Occult Philosophy in the Elizabethan Age*, Routledge & Keagan Paul, Londres, 1979, p. 22.

42. Christopher McIntosh, *The Rosicrucians*, Samuel Weiser, York Beach, 1997, nota al pie, p. 7. [Trad. esp.: *Los rosacruces: historia, mitología y rituales de una orden oculta*, Edaf, Madrid, 1988.]

43. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 112.

44. Ibídem, p. 114.

45. Erik Iversen, *The Myth of Egypt and its Hieroglyphs in European Tradition*, GEC GAD Publishers, Copenhague, 1961, p. 62.

46. Ibídem.

47. Ibídem, p. 63.

48. Ibídem.

49. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 115.

50. Ibídem, p. 49.

51. Ibídem, pp. 49-50.

52. El lector encontrará una descripción más detallada en Robert Bauval, *Secret Chamber*, óp. cit., p. 163 y ss.

53. Traducción de Attallah, Oourboros Press, 2002; traducción de Pingree, según informa Elizabeth Witchall, The Warburg Institute, agosto del 2001.

54. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 49.

55. Bauval, *Secret Chamber*, óp. cit., pp. 168-169.

56. Selim Hassan, *Excavations at Giza vol. VI – Part I*, Government Press, El Cairo, 1946, p. 45. Del diccionario geográfico *«Moagam el Buldan»* de Yakut El Hamwi, volumen VIII (Cairo Edition), p. 457, Hassam toma la siguiente cita: «A las dos [pirámides] peregrinaron los sabeanos».

57. Frances Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., pp. 211-214.

58. Brian P. Copenhaver (traductor), *Hermetica: The Greek Corpus Hermeticum and the Latin Asclepius in a New English Translation with Notes and Introduction*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, pp. 81-82. [Trad. esp.: *Corpus Hermeticum y Asclepio*, Siruela, Madrid, 2000.]

59. Ibídem.

60. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., pp. 55-56.

61. Ibídem, p. 52.

62. Ibídem, p. 56.

63. Copenhaver, *Hermetica*, óp. cit., p. 81.

64. Sir Walter Scott (traductor), *Hermetica: The Ancient Greek and Latin Writings Which Contain Religious or Philosophic Teachings Ascribed to Hermes Trismegistus*, Shambala Press, Boston, 1993, pasaje XXIV; pp. 501-503.

65. Picatrix, libro IV, capítulo 3; véase también Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 54.

66. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 55.

67. Ibídem, p. 128.

68. Ibídem, p. 54, nota 1.

69. Jaromir Malek y John Baines, *Cultural Atlas of the World: Ancient Egypt*, Stonehenge Press, Alejandría (Virginia), 1991, p. 127.

Capítulo 4. Los dos fénix

1. E. A. Wallis Budge, *The Book of the Dead*, Arkana, Londres y Nueva York, 1985, p. 318. [Trad. esp.: *El libro de los muertos*, Sirio, Málaga, 2007.]

2. Ibídem, p. 628.

3. Ibídem, pp. 491-492.

4. Tobias Churton, *The Hermetic Philosophy: A Primer*, Sabiot Truchon Books, Londres, 1998, p. 7.

5. Sir Walter Scott: *Hermetica*, óp. cit., p. 47.

6. Brian Copenhaver, *Hermetica*, óp. cit., p. ix.

7. Véase el análisis en Copenhaver, *Hermetica*, óp. cit., pp. VIII-IX.

8. Churton, óp. cit., p. 7.

9. Véanse los capítulos 5 y 8.

10. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., pp. 55-56.

11. R. O. Faulkner (editor), *The Ancient Egyptian Book of the Dead*, British Museum Publications, Londres, 1989, p. 184.

12. Richard H. Wilkinson, *The Complete Gods and Goddesses of Ancient Egypt*, American University of Cairo Press, 2003, pp. 215-217.

13. R. O. Faulkner (editor), *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, Oxford University Press, Oxford, 1969 (reimpresión de Aris and Phillips), p. 101.

14. Citado en Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 394.

15. Faulkner, *Pyramid Texts*, pp. 240-241.

16. *The Emerald Tablet of Hermes Trismegistus*, Evanescent Press, Layton, California, 1988, p. 4.

17. Faulkner, *Book of the Dead*, p. 166.

18. Ibídem, p. 44.

19. Faulkner, *Pyramid Texts*, pp. 67-68.

20. Ibídem, p. 138.

21. Ibídem, p. 227.

22. R. O. Faulkner (editor), *The Ancient Egyptian Coffin Texts*, Aris and Phillips, Warminster, 1994, volumen 1, p. 220.

23. Sir Walter Scott, *Hermetica*, óp. cit., p. 181.
24. Ibídem, p. 337.
25. Ibídem, pp. 197-199.
26. Ibídem, p. 241.
27. Ibídem, p. 249.
28. Por ejemplo, véase Faulkner, *Pyramid Texts*, línea 748, p. 138.
29. Thomas George Allen (traductor), *The Book of the Dead or Going Forth by Day*, The Oriental Institute of the University of Chicago, Chicago, 1974, p. 155.
30. Sir Walter Scott, *Hermetica*, óp. cit., p. 123.
31. Ibídem, p. 299.
32. Ibídem, p. 301.
33. Ibídem, p. 301.
34. Ibídem, p. 337.
35. Ibídem, p. 305.
36. Ibídem, pp. 127-129.
37. Ibídem, p. 193.
38. Ibídem, p. 335.
39. Ibídem, p. 335.
40. Faulkner, *Coffin Texts*, volumen I, p. 31, nota 4; véase Allan W. Shorter, *The Egyptian Gods: A Handbook*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1981, pp. 85 y 139.
41. Faulkner, *Coffin Texts*, volumen I, p. 186.
42. Ibídem, volumen I, p. 30.
43. Ibídem, volumen II, p. 254.
44. E. A. Wallis Budge, *The Egyptian Heaven and Hell (Book of What is in the Duat)*, Martin Hopkinson Co., Londres, 1925, volumen III, p. 125.
45. Wallis Budge, *The Book of the Dead*, p. 298.
46. Faulkner, *Pyramid Texts*, p. 294.
47. La cita está tomada de Frances Yates, óp. cit., p. 55.
48. Sir Walter Scott, *Hermetica*, óp. cit., p. 117.
49. Ibídem, p. 327.
50. Ibídem, p. 351.
51. Ibídem, p. 433.
52. Ibídem, p. 457.
53. Copenhaver, *Hermetica*, óp. cit., p. 81.
54. Sir Walter Scott, *Hermetica*, óp. cit., p. 429.
55. Ibídem, p. 383.

56. El concepto del descenso a la tierra de una ciudad celestial se describe vívidamente en el Nuevo Testamento con la «Jerusalén celestial».

57. *Visión de Isaías*, citado en Malcolm Barber, *The Cathars: Dualist Heretics in Languedoc in the High Middle Ages*, Longman, Londres, 2000, p. 87.

58. El lector encontrará un análisis completo y una cantidad de referencias que lo acreditan en Robert Bauval y Graham Hancock, *Guardián del Génesis* (en EUA, *Message of the Sphinx*), Heinemann, Londres, 1996, p. 134 y ss (según la paginación de la primera edición británica en tapa dura).

59. E. A. Wallis Budge, *The Egyptian Heaven and Hell*, volumen I, p. 258.

60. Ibídem, volumen I, p. 240.

61. Ibídem, volumen I, p. 258.

62. Ibídem, volumen II, p. 21.

63. Ibídem, volumen II, p. 39.

64. Ibídem, volumen II, pp. 38-39.

65. Sir Walter Scott, *Hermetica*, óp. cit., p. 419.

66. Ibídem, p. 307.

67. Ibídem, pp. 303-305.

68. Ibídem, p. 295.

69. Ibídem, pp. 303-303.

70. Ibídem, p. 305.

71. Richard H. Wilkinson, óp. cit., p. 150.

72. Citado en E. A. E. Reymond, *The Mythological Origin of the Egyptian Temple*, Manchester University Press, Manchester, 1969, p. 309.

Capítulo 5. La ciudad del rey dios

1. Joan Wynne-Thomas, *Proud-Voiced Macedonia*, Springwood Books, Londres, 1979, p. 34.

2. Heródoto, *Historias*, volumen II, pp. 55-56.

3. Wynne-Thomas, óp. cit., p. 80.

4. Heródoto, *Historias*, volumen II, p. 42. Sabemos que Alejandro llevaba en sus campañas un ejemplar de las *Historias* de Heródoto.

5. E. A. Wallis Budge, *The Mummy: Funereal Rites and Customs in Ancient Egypt*, Senate, Londres, 1995, p. 64. [Trad. esp.: *La momia: manual de arqueología funeraria egipcia*, Humanitas, Barcelona, 1995.]

6. Ahmed Fakhry, *Siwa Oasis*, The American University Press, El Cairo, 1982, p. 167.

7. Wallis Budge, *The Mummy*, óp. cit., p. 64.

8. Diodoro, *Biblioteca Histórica*, libro I, apartados XVIII y XX.

9. Robert G. Bauval, «Investigation on the origin of the benben stone: was it an iron meteorite?», en *Discussions in Egyptology*, volumen 14, 1989, pp. 5-16.

10. Plutarco, *Vidas*, *Alejandro*.

11. Plutarco, *Isis y Osiris*.

12. Jean-Michel Augebert, *Les Mystiques du soleil*, Robert Laffont, París, 1971, p. 144.

13. Ibídem, p. 161.

14. Sydney H. Aufrère, «La Couronne d'Isis-Sothis, les Reines du Phare et la Lointaine», en *Egypte, Afrique et Orient*, 6, Aviñón, septiembre de 1997, pp. 15-18.

15. Plutarco, *Vidas*, *Lisandro*.

16. Ahmed Fakhry, óp. cit., p. 146.

17. Paul Faure, *Alexandre*, Fayard, París, 1985, p. 146. [Trad. esp.: *Alejandro: vida y leyenda del hijo de los dioses*, Edesco, Madrid, 1997.]

18. Aristóteles, *Política*, volumen III, p. 1283b.

19. Paul Faure, óp. cit., pp. 9 y 34. Véase también *Alexandrie IIIe siècle avant J.C.*, Editions Autrement, París, Série Mémoires, número 19, p. 17.

20. Homero, *La Odisea*, Libro IV.

21. Heródoto, *Historias*, volumen II, pp. 111-119

22. Ibídem.

23. Ibídem, p. 42.

24. E. O. James, *Le Culte de la Déessse-Mère*, Le Mail, 1989, p. 196 (traducido al inglés como *The Cult of the Mother-Goddess*, Thames and Hudson, Londres, 1960).

25. Sir James Fraser, *The Golden Bough*, Wandsworth Editions Ltd., Ware, 1993, pp. 383-384.

26. Julia Samson, *Nefertiti and Cleopatra*, Rubicon Press, Londres, 1985, p. 127.

27. Bernard Mathieu, «Le Phare d'Alexandrie» en *Egypte, Afrique et Orient*, número 6, Aviñón, septiembre de 1997, pp. 9-14.

28. E. M. Antoniadi, *L'Astronomie égyptienne*, Gauthier Villars, París, 1934, p. 77.

29. Aufrère, óp. cit., pp. 15-18.

30. Ibídem.

31. Ibídem.

32. Ibídem.

33. Ibídem.

34. Jurgis Baltrušaitis, óp. cit., p. 79.

35. Ibídem.

36. Faure, óp. cit., p. 479.

37. André Bernard, *Alexandrie la Grande*, Hachette, París, 1998, p. 66.

38. Alexandrie IIIe siècle avant J.C., Editions Autrement, 1992, p. 44.

39. Jean-Yves Empereur, *Alexandria Rediscovered*, British Museum Press, Londres, 1999, p. 25.

40. André Bernard, óp. cit., p. 66.

41. Según Plutarco, por ejemplo, la noche antes de que los padres de Alejandro (Filipo de Macedonia y su esposa Olimpia) consumaran el matrimonio, «[la madre de Alejandro] soñó que le caía un rayo sobre el cuerpo, que encendía un gran fuego, cuyas llamas divididas se dispersaban por doquier, hasta que se apagaban. Por su parte, poco después de casarse, Filipo soñó que cerraba el cuerpo de su mujer con un sello, cuya impresión parecía tener la figura de un león. Algunos adivinos lo interpretaron como una advertencia a Filipo de que debía vigilar de cerca a su mujer; en cambio, Aristander de Telmessos, pensando en lo extraño que resultaba sellar algo que estaba vacío, le aseguró que su sueño quería decir que la reina estaba esperando un hijo varón que algún día se manifestaría tan robusto y valiente como un león».

La astrología era sumamente popular en la antigua Grecia y sobre todo en la corte macedonia, donde nació Alejandro; por consiguiente, no es extraño que, aparentemente, la astrología horoscópica surgiese y se cultivase en Alejandría. Después de que Alejandro invadiera Egipto, se estableció en la ciudad de Alejandría una importante escuela de astrología. La astrología babilonia y la griega se fusionaron allí con la religión celestial de los egipcios y así surgió un tipo de astrología que en la actualidad se conoce como horoscópica (la influencia de los astros y los planetas sobre las cuestiones terrenales y la vida de los hombres). Aunque casi todo estaba escrito en griego, que era la lengua franca de aquella época, muchos de los autores no eran griegos, sino egipcios. Precisamente aquel tipo de astrología alejandrina constituiría la base de los

escritos astrológicos griegos que florecieron en los siglos posteriores. El lector encontrará más información al respecto en Nick Campion, *Introduction to the History of Astrology*, en el capítulo titulado «Mesopotamian Astrology»; véanse también Holden, *A History of Horoscopic Astrology*, y Hand, *Chronology of the Astrology of the Middle East and the West by Period.*

42. George Hart, *A Dictionary of Egyptian Gods and Goddesses*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1988, p. 28.

43. Heródoto, *Historias*, volumen III, p. 28.

44. George Hart, óp. cit., p. 30.

45. Ibídem, p. 29.

46. Citado en Lewis Spence, *Myths and Legends: Egypt*, Bracken Books, Londres, 1985, p. 285. [Trad. esp.: *Egipto*, M. E. Madrid, 1995.]

47. Faure, óp. cit., p. 128.

48. Ibídem, pp. 139-140.

49. Heródoto, *Historias*, volumen II, p. 42.

50. Auguste Mariette, *Le Serapeum de Memphis*, París, 1858.

51. *Alexandrie IIIe siècle avant J.C.*, óp. cit., p. 45.

52. Robert Bauval, *Secret Chamber*, óp. cit., p. 47.

53. Patrick Boylan, *Thoth, the Hermes of Egypt*, Oxford University Press, Oxford, 1922, p. 124.

54. Ibídem, p. 94.

55. Véase Robert Bauval, *Secret Chamber*, óp. cit.

56. Christian Jacq, *Magic and Mystery in Ancient Egypt*, Souvenir Press, Londres, 1998, p. 19.

57. Ibídem, p. 15.

58. Frances Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 60.

59. Jill Kamil, *Coptic Egypt*, American University Press, El Cairo, 1993, p. 15.

60. Ibídem, p. 16.

61. Véase Alan K. Bowman, *Egypt After the Pharaohs*, British Museum Press, Londres, 1986.

62. Ibídem.

63. Carta dirigida por Adriano a su cuñado, el cónsul Serviano, en el 134 d. de C. Véase también el excelente libro de Ahmed Osman sobre este tema: *Out of Egypt*, Century Books, Londres, 1999.

64. Jill Kamil, óp. cit., p. 7.

65. Ibídem, p. 8.

66. Ibídem.

Capítulo 6. El profeta de Hermes

1. Frances Yates, *Astraea: The Imperial Theme in the Sixteenth Century*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1975, p. 184.

2. Ibídem, p. 83.

3. Tobias Churton, *The Hermetic Philosophy: A primer*, Sabiot Truchon Books, Londres, 1998, p. 31.

4. Giordano Bruno, *The Expulsion of the Triumphant Beast*, traducción, introducción y notas de Arthur D. Imerti, Bison Books, University of Nebraska Press, Lincoln y Londres, 1992, p. 4. [Trad. esp.: *Expulsión de la bestia triunfante*, Planeta-De Agostini, Barcelona, 1996.]

5. Ibídem, p. 5.

6. Ibídem, pp. 5-6.

7. Ibídem, p. 6.

8. Ibídem, p. 6.

9. Frances Yates, *The Art of Memory*, Pimlico Press, Londres, 1996, p. 197. [Trad. esp.: *El arte de la memoria*, Siruela, Madrid, 2005.]

10. Ibídem, p. 198.

11. Frances Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 203.

12. Ibídem.

13. Frances Yates, *The Art of Memory*, óp. cit., pp. 212-220; véase también Frances Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., pp. 197-199.

14. Hermann Kesten, *Copernicus and His World*, Roy Publishers, Nueva York, p. 330.

15. Frances Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 204

16. Ibídem.

17. Ibídem.

18. Giordano Bruno, *La cena de le ceneri*, 1584, diálogo 4 [trad. esp.: *La cena de las cenizas*, RBA, Barcelona, 2003]; véase también Frances Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 207.

19. Giordano Bruno, *La cena de le ceneri*, óp. cit., diálogo 5.

20. Frances Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 209.

21. Citado en Frances Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 219.

22. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 215.

23. Ibídem, p. 215.

24. Ibídem, p. 215.

25. Giordano Bruno, *Expulsión de la bestia triunfante* (1584), diálogo 3; véase también Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 213.

26. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 223.

27. Ibídem, p. 215.

28. Ibídem.

29. Ibídem, p. 216.

30. *Koré Kosmou*, 48; véase también Sir Walter Scott (traductor), *Hermetica*, óp. cit., p. 485.

31. Giordano Bruno, *Expulsión de la bestia triunfante*, diálogo 1; Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., pp. 231-232.

32. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 232.

33. *The Corpus Hermeticum, Asclepius*, óp. cit., p. 27. *Véase* Sir Walter Scott, *Hermetica*, óp. cit., p. 361; véase también Copenhaver, *Hermetica*, óp. cit., p. 83.

34. *Documenti della via di Giordano Bruno*, a curia di Vincenzo Spamanato, Florencia, p. 44; *véase también* Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 233.

35. Dorothea Waley Singer, *Giordano Bruno, His Life and Thoughts*, Henry Schuman, Nueva York, 1950, capítulo 7.

36. Giordano Bruno, *De Monade Numero e Figura*, Frankfurt, 1591.

37. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., pp. 273-274.

38. Ibídem, p. 360.

Capítulo 7. La visión de la ciudad hermética

1. John M. Headley, *Tommaso Campanella and the Transformation of the World*, Princeton University Press, Princeton, 1997, p. 26.

2. Ibídem, p. 29.

3. Ibídem, p. 30.

4. Ibídem, pp. 30-32.

5. Que entonces, para complicar la situación, estaba bajo el control de España.

6. Citado en Headley, óp. cit., pp. 34-35.

7. Citado en ibídem, p. 40.

8. Ibídem, p. 36.

9. Ibídem, p. 36.

10. Ibídem, p. 38.

11. Ibídem, p. 3: «Un esfuerzo por establecer un estado ideal, una república democrática/teocrática como presagio de un nuevo siglo».

12. Véase el capítulo 2.

13. Citado en Headley, óp. cit., p. 39. La cursiva la añade el autor.

14. Ibídem, p. 37.
15. Ibídem, p. 38.
16. Ibídem, pp. 38-39.
17. Ibídem, pp. 45-47.
18. Ibídem, p. 47.
19. Ibídem, p. 3.
20. Ibídem, pp. 47-48.
21. Ibídem, p. 3.
22. Ibídem, pp. 47-48.
23. Ibídem, p. 53.
24. Ibídem, p. 53.
25. Ibídem, pp. 114-117.
26. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 342.
27. Jean Duché, óp. cit., p. 66.
28. Ibídem.
29. Ibídem, p. 76.
30. *Grand Larousse Encyclopédique*, 1960, volumen II, p. 598; véase también Jean Meyer, *La Naissance de Louis XIV*, Editions Complexe, 1989, pp. 12-13. En los últimos años, algunos historiadores han tratado de atribuir una suerte de origen mesiánico al linaje merovingio, a través de varios vínculos místicos enrevesados, algunos de los cuales tenían que ver con un rey franco legendario de nombre Faramundo (alrededor del 429 d. de C.), María Magdalena, el Santo Grial y la pequeña población de Rennes-le-Château (véase M. Baigent, H. Lincoln y R. Leigh, *The Holy Blood and the Holy Grail*, Corgi, Londres, 1983 [trad. esp.: *El enigma sagrado*, Martínez Roca, Madrid, 2006]; véase también Lawrence Gardner, *Bloodline of the Holy Grail*, Element Books, Shaftesbury, 1996.
31. Ian Shaw y Paul Nicholson, *British Museum Dictionary of Ancient Egypt*, Book Club Associates, Londres, 1995, pp. 51 y 247.
32. Jurgis Baltrušaitis, óp. cit., pp. 86-93.
33. Jean Duché, óp. cit., p. 77.
34. Jean Meyer, óp. cit., p. 108.
35. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 390.
36. Jean Meyer, óp. cit., p. 103.
37. Frances Yates, «Considérations de Bruno et de Campanella sur la monarchie française», *Actes du Congrès Leonardo de Vinci, Etudes d'Art*, 8, 9 y 10, París-Argel, 1954, p. 12
38. François Bluché, *Louis XIV*, Fayard, París, 1986, p. 29; también Duché, óp. cit., p. 90.

39. Meyer, óp. cit., p. 112.
40. Headley, óp. cit., p. 130.
41. Ibídem, p. 130.
42. Ibídem, 130-131.
43. L. Firpo, *Rivista di Philosofia*, 1947, pp. 213-229; véase también Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 394, nota 1.
44. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 390.
45. Ibídem, p. 366.
46. Ibídem, p. 387.
47. Ibídem, p. 369.
48. Véase el capítulo 2.
49. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 367.
50. Ibídem, pp. 367-368.
51. Ibídem, p. 368.
52. Ibídem, p. 368.
53. Ibídem, p. 369.
54. Ibídem, p. 370.
55. Ibídem, p. 369.
56. Ibídem, p. 369.
57. Ibídem, p. 370.
58. Ibídem, p. 370.
59. Ibídem, p. 371.
60. Véanse el capítulo 3 y Yates, *Giordano Bruno,* óp. cit., pp. 55-56, citando el *Asclepio*: «Los dioses que dominaron la tierra serán restaurados algún día y serán colocados en una ciudad en los confines de Egipto, una ciudad que se fundará hacia el sol poniente y adonde se apresurará a acudir, por tierra y por mar, toda la raza humana mortal».
61. Sir Walter Scott (traductor), *Hermetica*, óp. cit., pp. 221-222.

Capítulo 8. La hermandad invisible

1. Citado en Frances Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, Ark Paperbacks, Londres, 1986, p. 103. [Trad. esp.: *El iluminismo rosacruz*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1999.]
2. Citado en Frances Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., p. 104.
3. Frances Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., p. 103.

4. Ibídem, p. 104.
5. Ibídem, p. 104.
6. Ibídem, pp. 30, 238 y 251.
7. *Fama*, en ibídem, p. 239.
8. Ibídem, pp. 239-240.
9. Ibídem, pp. 240-241.
10. Ibídem, p. 242.
11. Ibídem, p. 242.
12. Ibídem, pp. 242-243.
13. Ibídem, p. 243.
14. Ibídem, p. 246.
15. Ibídem, p. 246.
16. Ibídem, p. 248.
17. Ibídem, p. 251.
18. Ibídem, p. 244.
19. Ibídem, p. 252.
20. Ibídem, p. 253.
21. Ibídem, p. 257.
22. Ibídem, p. 257.
23. Ibídem, p. 258.
24. Ibídem, p. 258.
25. Ibídem, p. 259.
26. Ibídem, pp. 248 y 255.
27. Ibídem, p. 30.
28. Joscelyn Godwin (traductor), *The Chemical Wedding of Christian Rosencreutz*, con Introducción y Comentario de Adam McLean, Phanes Press, Grand Rapids, Michigan, 1991, Introducción de Adam McLean, p. 7. [Trad. esp.: *Las bodas alquímicas de Christian Rosacruz*, Barcelona, Obelisco, 2004.]
29. Frances Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., p. 30.
30. Joscelyn Godwin, *The Chemical Wedding*, óp. cit., p. 10.
31. Frances Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., p. 31.
32. Ibídem, p. 50: «No cabe duda de que Andreae andaba entre bastidores en todo el movimiento [de los rosacruces] al que a menudo hace referencia en sus numerosas obras».
33. Ibídem, pp. 30-31.
34. Joscelyn Godwin, *The Chemical Wedding*, óp. cit., p. 10.
35. El título completo es *«The Chemical Wedding of Christian Rosencreutz in the year 1459»*, véase ibídem, p. 13.

36. Joscelyn Godwin, *The Chemical Wedding*, óp. cit., p. 15.

37. Búsqueda electrónica de la Biblia, Biblia Electrónica Franklin, para «Padre de la Luz», véase el capítulo 2.

38. Joscelyn Godwin, *The Chemical Wedding*, óp. cit., p. 15.

39. Ibídem, p. 16.

40. Ibídem, p. 107.

41. Ibídem, pp. 16-17.

42. Ibídem, pp. 33-34.

43. Ibídem, pp. 46-48.

44. Ibídem, p. 80.

45. Ibídem, p. 102.

46. Doctor Stephan Holler, in *Gnosis: A Journal of the Western Inner Traditions*, The Lumen Foundation, San Francisco, verano de 1996, p. 26; véase también en Joscelyn Godwin, *The Chemical Wedding*, óp. cit., p. 145, el comentario de Adam McLean sobre el simbolismo de la muerte del Rey y la Reina en la Boda Alquímica: «Ahora una muerte física en realidad es un renacimiento en el mundo espiritual, porque cuando un ser se libera de su envoltura material regresa a un estado más espiritual».

47. Frances Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., p. 57.

48. Ibídem, p. 147.

49. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., pp. 312-313.

50. Ibídem, p. 414.

51. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 373.

52. Ibídem, p. 367.

53. Ibídem, p. 413.

54. Ibídem, p. 413.

55. Ibídem, p. 413.

56. Christopher McIntosh, *The Rosicrucians*, Samuel Weiser, York Beach (Maine), 1997, p. 21. [Trad. esp.: *Los rosacruces: historia, mitología y rituales de una orden oculta*, Edaf, Madrid, 1988.]

57. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., pp. 413-414, nota 1. Sin embargo, en su artículo titulado «Campanella fra i Rosacroce» (véase *Tommaso Campanella e l'attesa del secolo aureo*, Olschki, Florencia, 1998, pp. 107-155; Fondazione Luigi Firpo, Centro di studi sul pensiero politico, Quaderni 3), Carlos Gilly sostiene que Tobias Adami no llevó a Alemania ejemplares de los manuscritos de Campanella hasta después de 1610, cuando ya se había escrito el manifiesto *Fama* de los rosacruces (otra obra de Andreae). Gilly cita la *Laurea philosophica summa* de Ole

Worm, publicada en Copenhague en 1619, cuyo autor informa que había oído hablar del Manifiesto en 1611, es decir, antes de que se llevara públicamente a la imprenta y, por consiguiente, es imposible que estuviera influido por las ideas de Campanella. En mi opinión, este argumento es endeble. *Civitas solis* fue escrito en 1602 y su contenido, si no algún ejemplar físico, seguramente era conocido por Andreae y su entorno antes de que se escribiera el Manifiesto; de lo contrario, ¿por qué se habría arriesgado Tobias Adami a sacarlo de la prisión de la Inquisición en Nápoles de forma clandestina para llevárselo a Andreae? ¿Y por qué habría sugerido Wense a Andreae que titulara su libro utópico *Civitas solis*?

58. J. P. Kenyon, *The Stuarts*, Fontana, Londres, 1966, p. 41.

59. Frances Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., pp. 39-40: «No cabe la menor duda de que deberíamos ver el movimiento que hay detrás de las publicaciones rosacruces como un movimiento que, en última instancia, surge de John Dee. Es posible que la influencia de Dee llegase a Alemania, procedente de Inglaterra, con las conexiones inglesas del elector del Palatinado y que se difundiese por Bohemia, donde Dee ya había propagado en años anteriores su misión agitadora».

60. Ibídem, pp. 36-37.

61. Christopher McIntosh, óp. cit., p. 24.

62. Frances Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., pp. 134-138.

63. Ibídem, p. 19.

64. Joscelyn Godwyn, *Robert Fludd: Hermetic Philosopher and Surveyor of two Worlds*, Phanes Press, Grand Rapids, Michigan, 1991, p. 11. [Trad. esp.: *Robert Fludd*, Swan, Navacerrada (Madrid), 1987.]

65. De allí surge la palabra «bohemio» para describir a una persona errante o sin hogar.

66. Frances Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., p. 178.

Capítulo 9. Los invisibles salen a la luz

1. Véase Zoé Oldenbourg, óp. cit., p. 311.
2. Oldenbourg. óp. cit., p. 78.
3. Véanse los capítulos 5 y 6.
4. Véase el capítulo 5.
5. *Fama*, p. 243.
6. McIntosh, *The Rosicrucians*, óp. cit., pp. 16-18.

7. Sir Walter Scott: *Hermetica*, óp. cit., p. 321.

8. McIntosh, óp. cit., p. 18.

9. Frances Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., p. 118.

10. Francis Bacon, *Advancement of Learning*, volumen II, dedicado a Jacobo I, p. 13. [Trad. esp.: *El avance del saber*, Alianza, Madrid, 1988.]

11. Véase el capítulo 7.

12. Sir Walter Scott: *Hermetica*, óp. cit., p. 117.

13. Ibídem, p. 321.

14. Frances Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., p. 119.

15. Ibídem, p. 119.

16. Robert Lomas, *The Invisible College*, Headline, Londres, 2001, pp. 71-80 y 85-86. [Trad. esp.: *El colegio invisible*, Martínez Roca, Madrid, 2006.]

17. *Fama*, p. 243.

18. McIntosh, óp. cit., p. 33.

19. Ibídem.

20. Joscelyn Godwin, *Robert Fludd*, óp. cit., p. 11.

21. Ibídem.

22. Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., p. 70.

23. Jerry Baker (editor), *New Atlantis and The Great Instauration: Bacon*, Harlan Davidson, Arlington Heights (Illinois), 1989, p. XXX.

24. Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., p. 126; véase también en la p. 55 la referencia al sello rosacruz.

25. Ibídem, p. 127.

26. John Heydon, *The Holy Guide*, Londres, 1662, B6 página de la derecha.; C7 página de la derecha.

27. Alexander Piatigorsky, *Freemasonry*, Harvill Press, Londres, 1997, p. 83.

28. R. W. Bros. Sir James Stubbs, *Freemason's Hall*, The Library Art and Publication Committee, Londres, 1983, pp. 53-55.

29. Jerry Baker (editor), *New Atlantis and The Great Instauration: Bacon*, óp. cit., p. XXV.

30. Sir Walter Scott: *Hermetica*, óp. cit., pasaje XXIV; pp. 501-503.

31. E. A. Wallis Budge, *An Egyptian Hieroglyphic Dictionary*, Dover Publications, Nueva York, 1978, volumen I, p. 9a.

32. Frances Yates, *The Occult Philosophy in the Elizabethan Age*, óp. cit., p. 96.

33. *Fama*, p. 248.

34. A. Fowler, *Spenser and the Numbers of Time*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1964.

35. Yates, *Occult Philosophy*, óp. cit., p. 95.

36. Angus Fletcher, *The Prophetic Moment: An Essay on Spenser*, Chicago University Press, Chicago y Londres, 1971, pp. 157 y 275.

37. 1 Reyes 9, 24.

38. Ron Heisler, «Michael Maier and England», *The Hermetic Journal*, 1989.

39. Ibídem.

40. Ibídem.

41. Donald R. Dickson, *The Tessera of Antilia: Utopian Brotherhoods and Secret Societies in the Early Seventeenth Century*, E. J. Brill, Boston, 1998.

42. Ibídem, capítulo IV, pp. 114-115.

43. Ibídem, p. 121.

44. Alexander Piatigorsky, óp. cit., p. 38.

45. Pick y Knight, óp. cit., p. 30.

46. Piatigorsky, óp. cit., p. 46.

47. Pick y Knight, óp. cit., p. 32.

48. Ibídem, p. 34.

49. Ibídem, p. 35.

50. Robert Lomas, *The Invisible College*, óp. cit., capítulo 5.

51. Pick y Knight, óp. cit., pp. 23 y 43.

52. Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., p. 182.

53. Ibídem, p. 183.

54. Ibídem.

55. Ibídem.

56. Ibídem, p. 182.

57. Ibídem, p. 177.

58. Ibídem, p. 176.

59. Ibídem, p. 178.

60. Publicado por primera vez en Amsterdam en 1668.

61. Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., p. 179.

62. Christopher Falkus, *Charles II*, Cardinal, Londres, 1975, p. 21.

63. Después de la restauración, Carlos II otorgó al príncipe Ruperto varios mandos navales durante la guerra contra los holandeses. En los años anteriores a su muerte, Ruperto tuvo escarceos con los experimentos científicos y dicen que inventó el arte del grabado a media tinta.

64. Pick y Knight, óp. cit., p. 45. A la ceremonia de «ascensión» de Ashmole asistió un tal lord Henry Mainwaring, que había sido coronel con los Cabeza Redonda; por una de esas extrañas vueltas del destino

que a veces ocurren en la vida de las personas, la esposa de Mainwaring, que enviudó unos años después, en 1649 se convirtió en la segunda esposa de Elias Ashmole.

65. El lector encontrará una versión amena de esta relación amorosa en Guy Breton, *Histoires d'amour de l'histoire de France*, Presse Pocket, París 1960, pp. 14-15. [Trad. esp.: *Historias de amor de la historia de Francia*, Bruguera, Barcelona, 1974.]

66. Falkus, óp. cit., p. 38.

67. Ibídem.

68. Ibídem, p. 39.

69. Ibídem, p. 46.

70. Falkus, óp. cit., p. 47.

71. Se supone que Nimrod era de origen babilonio, es decir, «que tenía la piel oscura».

72. Falkus, óp. cit., p. 47.

73. Paul Naudon, *Histoire générale de la Franc-Maçonnerie*, Office du Livre, París, 1981, p. 49.

74. John Lawrence, óp. cit., pp. 92-100.

75. Antonia Fraser, *King Charles II*, Mandarin, Londres, 1993, p. 182.

76. Robert Lomas, *The Invisible College*, óp. cit., p. 220.

77. François Bluché, óp. cit., p. 247.

78. Por ejemplo, Joseph Ritman y sus colegas de la Biblioteca Hermética/Rosacruz de Amsterdam. Véase *The Silent Language: The Symbols of Hermetic Philosophy*, In de Pelikaan Press, Amsterdam, 1994.

79. Muchos de estos movimientos utópicos o universalistas que aparecieron en Europa tuvieron origen en el cada vez mayor distanciamiento entre el papado y las facciones más puristas del cristianismo, que al final desembocó en la Reforma protestante y la Contrarreforma católica a mediados del siglo XVI y principios del XVII. Nadie era tan consciente de aquella peligrosa fisura entre las facciones cristianas como el cardenal Richelieu en París, que estaba a cargo no sólo de los asuntos religiosos, sino también de las cuestiones de Estado de Francia. Richelieu vigilaba constantemente la tensión religiosa en Francia y la terrible guerra civil que esta había provocado en el pasado no muy lejano. A pesar de lo intensamente católica que era la corte francesa, sobre todo después de la unión de Luis XIII y Ana de Austria, era bien sabido que una de las grandes ambiciones de Richelieu era acabar con la hegemonía del papa, los Habsburgo y España en Europa central. En sus primeros años en el gobierno, Richelieu sorprendió a todos con su implacable

determinación de oponerse a estas fuerzas emprendiendo acciones militares rápidas y decisivas contra las fuerzas papales en el cantón suizo de Grisons, con lo cual su mensaje resultó evidente para todos aquellos que pensaban que Richelieu era el defensor rotundo del catolicismo y de la Liga Católica. Su mayor desafío político tuvo lugar en 1630, cuando la reina madre, la devotísima católica María de Medici, instigó a su débil hijo, Luis XIII, a despedir a Richelieu. Manifestando una fuerza muy poco característica en él, Luis XIII se negó a obedecerla y, por el contrario, la hizo expulsar de la corte, en una decisión crucial que cambiaría el curso de la historia de Francia y se conoció como la «noche de los inocentes», en alusión a la manera en que la astuta visión política de Richelieu había engañado incluso a la regente de Francia. Richelieu confundió a muchos con su política exterior cambiante, porque por una parte reprimió con severidad los alzamientos hugonotes protestantes como el de La Rochelle, después de que tomaran partido por los protestantes ingleses en 1628, y, por la otra, mostró la misma severidad con la Liga Católica, por ejemplo cuando en 1635 puso a Francia del lado de los protestantes durante la Guerra de los Treinta Años. Con hechos así, se hizo acreedor del odio tanto de los extremistas católicos como de los protestantes y generó un conflicto interminable entre él y el papa de Roma. Richelieu era inmensamente rico y fue un gran mecenas de las artes; él mismo fue dramaturgo y músico de cierto talento. La Académie Française, que fundó cuando tenía cincuenta y tres años, era su orgullo y su alegría. ¿Es posible que Richelieu mostrara cierta simpatía hacia un nuevo movimiento «cristiano», como el movimiento rosacruz en Alemania, que pretendía provocar una reforma universal? ¿Acaso estimuló a individuos como Descartes para que formaran una sociedad similar en Francia, que promoviera una «filosofía natural» como antídoto a la manía religiosa europea? Se trata de cuestiones sumamente provocadoras y especulativas, que, no obstante, hay que seguir investigando.

80. Frances Yates, «Considérations de Bruno et de Campanella sur la monarchie française», en Extrait de Volume, L'Art et la pensée de Leonardo de Vinci, *Actes du Congrès Leonardo de Vinci, Etudes d'Art*, 8, 9 y 10, París-Argel, 1954, p. 12.

81. Robert Lomas, *The Invisible College*, óp. cit., pp. 114-116.

82. Ella murió un año después de que se casaran, en enero de 1653, al dar a luz a un bebé que nació muerto; Moray quedó desconsolado y no se volvió a casar nunca más.

83. Datos obtenidos de California Freemason on-line: octubre del

2001, «The First Initiation on English Soil» [«La primera iniciación en suelo inglés»].

84. Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., p. 185; en realidad, la traducción al inglés no la hizo Vaughan.

85. Dudley Wright, «The First Initiation», en *The Builder*, 1921

86. Robert Lomas, *The Invisible College*, óp. cit., p. 250. El lector encontrará más detalles sobre Preston en Pick y Knight, óp. cit., p. 97.

87. Adrian Tinniswood, *His Invention so Fertile: A life of Christopher Wren*, Jonathan Cape, Londres, 2001, p. 108.

88. Ibídem, p. 109.

89. Podría tratarse del mismo cometa después de que hubiera pasado junto al sol; véase Tinniswood, óp. cit., p. 112.

90. Ibídem, p. 115.

91. Antonia Fraser, óp. cit., p. 237.

92. Robert Lomas, *The Invisible College*, óp. cit., capítulo 2.

93. Pick y Knight, óp. cit., pp. 50-51.

94. Véase Piatigorsky, óp. cit., p. 209; Jasper Ridley, *The Freemasons*, Constable & Co., Londres, 1999, p. 23 [trad. esp.: *Los masones: la sociedad secreta más poderosa de la tierra*, RBA, Barcelona, 2005]; Williamson y M. Baigent, «Sir Christopher Wren and Freemasonry: New Evidence», en *AQC*, volumen CIX, pp. 188-190.

95. Pick y Knight, pp. 68-70.

96. Ibídem, p. 69.

97. Para conocer la historia del obelisco vaticano, véase Christopher Hibbert, *Rome: The Biography of a City*, Penguin, Londres, 1985, pp. 175-178. Véase también E. A. Wallis Budge, *Cleopatra's Needle and Other Egyptian Obelisks*, Dover Publications, Nueva York, 1990, pp. 255-257; véase también Labib Habachi, *The Obelisks of Egypt: Skyscrapers of the Past*, The American University Press, El Cairo, 1984, p. 131.

98. En la actualidad se puede hacer un recorrido por las iglesias y las plazas de Roma viendo obeliscos de tamaño decreciente: Piazza San Giovanni in Laterano (32,18 m), Piazza San Pietro (25,37 m), Piazza del Popolo (23,20 m), Monte Citorio (21,79 m), Piazza Navona (16,54 m), Piazza dell'Esquilino (14,75 m), Piazza del Quirinale (14,64 m), Piazza della Minerva, Trinità dei Monti (13,91 m), Monte Pincio (9,25 m), Piazza della Rotunda (6,34 m), Piazza della Minerva (5,74 m) y Villa Celimontana (2,68 m).

99. Plinio, *Historia natural*, XXXVI, II. Véase también E. A. Wallis Budge, *Cleopatra's Needle and other Egyptian Obelisks*, óp. cit., p. 255.

100. Jaromir Malek y John Baines, *Cultural Atlas of the World: Ancient Egypt*, Stonehenge Press, Alejandría (Virginia), 1991, pp. 173-174.

101. Christopher Hibbert, *Rome: The Biography of a city*, Penguin Books, 1995, p. 355.

102. A. M. Partini y B. de Rachewiltz, *Roma Egizia*, Edizione Mediterranee, Roma, 1999, pp. 105-106.

103. Finalmente, la basílica fue consagrada en el año 1626 d. de C., al cumplirse 1.300 años de que Constantino la consagrara por primera vez. El estudio de Miguel Ángel (que murió antes de que la obra estuviese totalmente acabada) fue llevado a cabo por Giacomo della Porta y Domenico Fontana. La nueva fachada, levantada por Carlo Maderno, se comenzó en 1607 y se finalizó en 1614. En 1650-1667, Bernini añadió la famosa plaza y la columnata, que tienen como centro el obelisco.

104. Paul Johnson, *The Papacy*, Orion Publishing Group, Londres, 1998, p. 154.

105. Entonces, Sixto V encargó a Domenico Fontana que trasladase el obelisco y lo situase delante de la entrada de la basílica de San Pedro. Se tardó casi un año en completar la operación. Fontana utilizó métodos tradicionales y la única verdadera innovación con respecto a los antiguos egipcios fue el uso de caballos, en lugar de recurrir exclusivamente a la fuerza humana. Aparentemente, lo que motivaba al papa era la mejora estética de la plaza del Vaticano, aunque una finalidad más profunda era hacer gala del creciente poder del papado, siguiendo la línea de los emperadores de la antigua Roma que habían llevado aquellos trofeos egipcios a Roma más de dieciséis siglos antes. Es cierto que trasladar el obelisco a su nueva ubicación tenía importancia visual para la basílica, pero toda la cuestión proporcionó a Sixto V una forma manifiesta de establecer un paralelo evidente entre los antiguos emperadores y el papado. Al igual que aquellos emperadores y faraones de antaño, Sixto V concedió a Fontana poderes extraordinarios para reclutar toda la mano de obra, las herramientas y los materiales que necesitase para la tarea de levantar el gran obelisco. Fontana también contaba con la plena autorización papal para demoler cualquier vivienda que le estorbase. Además, el papa dejó bien claro que quienquiera que se opusiese al proyecto o lo obstaculizase recibiría una multa importante que podía llegar incluso a la pena de muerte. De hecho, durante la etapa final del levantamiento del obelisco en su sitio, Sixto V dio órdenes estrictas de que la multitud de espectadores que habían acudido a observar debía permanecer totalmente en silencio. El papa declaró que el castigo por

no cumplir su orden era la muerte. Cuenta la historia que, en un momento dado, las cuerdas que sostenían el obelisco estuvieron a punto de romperse por la gran tensión, de modo que un marino genovés tuvo el valor de hacer caso omiso de la orden del papa y se atrevió a gritar: «Mojad las cuerdas», con lo cual es probable que evitara la destrucción del monumento. Hasta que el obelisco no se alzó sano y salvo en su sitio, la multitud no pudo gritar con entusiasmo.

106. El nombre de «Champs Elysées», es decir, «Campos Elíseos» (concepto que se originó en el antiguo Egipto como la Duat) para la avenida principal de París se remonta a la época de Luis XIV, hacia el final de su reinado (véase Marc Gaillard, *Les Belles Heures des Champs Elysées*, Editions Martelle, 1990, París, p. 11). La famosa avenida se conoce también como «el eje histórico».

107. Marc Gaillard, óp. cit., pp. 10-11.

108. Marie-France Arnold, *París: ses mythes d'hier à aujourd'hui*, Editions Dervy, París, 1997; véanse el Mapa y el Prólogo. Véase también Jean Phaure, *Introduction à la géographie sacrée de París: Barque d'Isis*, Editions Du Borrego, París, 1985, pp. 20-21.

109. Tinniswood, óp. cit., p. 122.

110. Ibídem, pp. 125-126.

111. Ibídem, p. 137.

112. *London Gazette*; 3-10 de septiembre de 1666.

113. El 20 de septiembre de 1666 juliano = jueves 30 de septiembre de 1666 gregoriano = 1 de tishri de 5427 hebreo.

114. Fraser, óp. cit., p. 248.

Capítulo 10. La cábala

1. También se prepararon otros planos, pero no tuvieron demasiada importancia; véase Tinniswood, óp. cit., p. 151; Richard Hooke, conservador y miembro de la Real Academia de Ciencias británica, así como también profesor de Geometría en el Gresham College, presentó un plano (Tinniswood, óp. cit., p. 77).

2. Tinniswood, óp. cit., p. 150.

3. Guillermo de Tiro, *A History of Deeds Done Beyond the Sea*, Octagon Books, Nueva York, 1986, volumen I, pp. 524-525.

4. Véase el Corán, capítulo XVII.

5. Véase el debate en Graham Hancock, *The Sign and Seal: A Quest*

for the Lost Ark of the Covenant, Heinemann, Londres, 1992, pp. 379-380. [Trad. esp.: *Símbolo y señal: en busca del Arca de la alianza perdida*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1995.]

6. Ibídem, p. 385.

7. Ibídem, p. 389 y ss.

8. Ibídem, p. 94.

9. Dan Bahat, *Carta's Historical Atlas of Jerusalem*, Carta, Jerusalén, 1986, p. 46.

10. Ibídem, pp. 46-47.

11. Hancock, *The Sign and Seal*, óp. cit., p. 93.

12. John J. Robinson, *Born in Blood: The Lost Secrets of Freemasonry*, Century, Londres, 1989, p. 66.

13. Hancock, *The Sign and Seal*, óp. cit., p. 93.

14. Oldenbourg, óp. cit., p. 85.

15. O'Shea, óp. cit., p. 29.

16. M. Barber, *The Cathars*, óp. cit., p. 61: «Para los Templarios y los Hospitalarios, Languedoc era una fuente importante de ingresos y nuevos miembros. [...] Durante la década de 1130, los Templarios nombraron un maestro regional, o *bailli*, que tenía jurisdicción sobre Aragón, Toulouse y Provenza, para supervisar la cifra creciente de preceptorías que se establecían en la región».

17. Alain Demurger, *Vie et mort du Temple*, Editions du Seuil, París, 1989, pp. 152-158.

18. No se recuperó hasta 1967, cuando el Ejército israelí, a las órdenes de Moshé Dayán, anexionó Jerusalén.

19. Hancock, *The Sign and Seal*, óp. cit., p. 154.

20. Demurger, óp. cit., p. 322.

21. Robinson, *Born in Blood*, óp. cit., pp. 142-143.

22. Baigent y Leigh, *The Temple and the Lodge*, Arrow, Londres, 2000, p. 91.

23. Hancock, *The Sign and Seal*, óp. cit., p. 167.

24. El lector encontrará la historia completa en Baigent y Leigh, *The Temple and the Lodge*, óp. cit.

25. Hancock, *The Sign and Seal*, óp. cit., p. 166.

26. Andrew Sinclair, *The Sword and the Grail*, Crown Publishers, Nueva York, 1992. [Trad. esp.: *La espada y el grial*, Edaf, Madrid, 1995.]

27. Sinclair, óp. cit., pp. 48-49.

28. Ibídem.

29. Ibídem, p. 108.

30. Sinclair, óp. cit., p. 108.

31. Ibídem, p. 75.

32. Véase el análisis en ibídem.

33. Runciman, óp. cit., p. 179.

34. Gaetan Delaforge, *The Templar Tradition*, Threshold Books, Putney (Vermont), 1987, p. 71.

35. Véase Albert Hourani, *A History of the Arab Peoples*, Faber and Faber, Londres, 1991, pp. 184-185 y ss. [Trad. esp.: *La historia de los árabes*, Ediciones B para Javier Vergara, Barcelona, 2003.]

36. Barber, óp. cit., p. 61. Barber demuestra que se estableció la misma alianza entre los Caballeros Hospitalarios y los nobles de Languedoc.

37. Sinclair, óp. cit., p. 76.

38. Guirdham, óp. cit., p. 90.

39. Burl, óp. cit., p. 38.

40. Sinclair, óp. cit., p. 26.

41. Guirdham, óp. cit., p. 89.

42. Ibídem, p. 90.

43. Barber, óp. cit., p. XIII.

44. Véase Guirdham, óp. cit., pp. 90-91.

45. Véase Guirdham, óp. cit., p. 89.

46. El informe de Benjamín de Tudela, citado en Sumption, óp. cit., p. 90.

47. Véase Sumption, óp. cit., p. 90; O'Shea, óp. cit., p. 20.

48. Citado en Sumption, óp. cit., p. 90.

49. Geoffrey Wigoder (editor), *The Encyclopaedia of Judaism*, The Jerusalem Publishing House, 1989, pp. 512-513.

50. Runciman, óp. cit., pp. 6-7.

51. Ibídem, pp. 6-7.

52. Ibídem, pp. 6-7.

53. Véase una vez más Runciman, óp. cit., pp. 6-7. Los primeros gnósticos cristianos eran de la misma opinión.

54. *The Encyclopaedia of Judaism*, pp. 740-741.

55. Z'ev ben Shimon Halevi, *Kabbalah: Tradition of Hidden Knowledge*, Thames and Hudson, Londres, 1988, p. 5.

56. Se puede encontrar un artículo excelente sobre las *Sefirot* (en inglés) en la siguiente página: http://www.aril.org/Drob.htm.

57. Halevi, óp. cit., pp. 5-6.

58. H. Hancock y S. Faiia, óp. cit., p. 122 y ss.

59. El lector encontrará más información en R. T. Prinke «Early Symbolism of the Rosy Cross», in *The Hermetic Journal*, número 25, 1984, pp. 11-15.

60. Véase el Francis Bacon Research Trust: www.fbrt.org.uk.

61. El impresor fue L. Lichfield de Oxford; los editores fueron R. Young y E. Forrest; el grabado es de William Marshall y la traducción del latín al inglés es obra del reverendo Gilbert Wats.

62. Véase la nota 17.

63. Fuente: *The Ancient and Accepted Scottish Rite of Freemasonry containing Instructions in all the degrees* [«El Rito Escocés Antiguo y Aceptado de la francmasonería con instrucciones en todos los grados»], aprobado por el Consejo Supremo del Grado 33 de la Jurisdicción Meridional, 1801.

64. William Wynn Westcott, *Collectanea Hermetica*, Partes 1-10, «Sepher Yetzirah», Samuel Weiser, York Beach (Maine), 1988.

65. Ibídem.

66. Charles Sumner Lobingier, óp. cit., p. 4.

67. Véase Joscelyn Godwin, *Athanasius Kircher*, Phanes Press, Grand Rapids (Michigan), 1991, p. 56. [Trad. esp.: *Athanasius Kircher: la búsqueda del saber de la antigüedad*, Swan, Madrid, 1986.]

68. Ibídem, p. 61.

69. Ibídem, p. 13.

70. Ibídem.

71. Ibídem, p. 15.

72. Ibídem, p. 18.

73. Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 418.

74. Kircher, *Oedipus Aegyptiacus*, Roma, 1652, p. 150; véase también Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 418.

75. Wren había sustituido a Seth Ward, que ocupaba aquella Cátedra Savilian desde 1649. Ward era amigo íntimo de John Wilkins y los dos escribirían conjuntamente un libro controvertido en apoyo de las universidades antiguas en 1654, mientras estaban en Oxford. En 1660, Carlos II echó de sus cargos tanto a Wilkins como a Ward y sustituyó a este por Christopher Wren. Curiosamente, en 1661, Seth Ward fue nombrado obispo de Exeter y, en 1668, Wilkins fue nombrado obispo de Chester. No cabe duda de que eran épocas extrañas.

76. Peter Tompkins, *The Secret of the Great Pyramid*, Allen Lane, Londres, 1973, p. 30.

77. John Greaves, *Pyramidographia or a Description of the Pyramids in Aegypt*, Londres, 1646.

78. David Stevenson, *The Origins of Freemasonry, Scotland Century 1590-1710*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

79. The Last Will and Testament of Sir Thomas Gresham, Londres, 1765.

80. Robert Lomas, *The Invisible College*, óp. cit., pp. 154-164.

81. Hibbert, *Rome*, óp. cit., pp. 179-186.

82. Guirdham, óp. cit., pp. 91-92.

83. Citado en Yates, *Giordano Bruno*, óp. cit., p. 394, nota 1.

84. Los Caballeros Templarios llegaron a Inglaterra en 1130, por invitación del rey Enrique I. Al principio establecieron su preceptoría en High Holborn, en el Norte, entre Chancellor's Lane y Faitour Lane. En 1161 se trasladaron un kilómetro y medio más al Sur, a un lugar mejor, cerca del Támesis. Dr. Hugh Clout (editor), *The Times History of London*, FBA, Times Books, Londres, 1991, p. 50.

85. David Lewer, *The Temple Church London*, Pitkin Pictorials, Londres, 1989, pp. 3-4.

86. Ibídem, p. 150.

87. Felix Barker and Ralph Hyde, *London as It Might have Been*, John Murray, Londres, 1982, p. 22.

88. También se destacaba este punto en el libro de Adrian Gilbert, *The New Jerusalem*, Bantam Press, Londres, 2002, p. 211: «Wren cambió el eje de San Pablo de modo que estuviera aproximadamente a 8 grados al norte del Este [...] lo que la alineaba directamente con la antigua Temple Church».

89. Christopher Wren (hijo), *Parentalia*, Farnborough, 1995.

90. Steve Padget, «Wren's St. Paul's: Axis Mundi of the New Jerusalem», informe leído en la Ball University, 2000, p. 2.

91. Padget, ibídem, p. 4.

92. V. Hart, *Art and Magic at the Court of the Stuarts*, Routledge, Londres, 1994. Véase también V. Hart, *St. Paul's Cathedral: Christopher Wren*, Phaidon, Londres, 1995. Hart añadió también que «reflejando esta cosmología "cristianizada", se representaba a Hermes en el suelo de la catedral de Siena y en los frescos pintados por Pinturichio para el papa Alejandro VI en el Appartamento Borgia del Vaticano [...] la figura de Mercurio Trismegisto llegó a representar los vínculos entre la magia cristiana y el arte del Renacimiento».

93. Las *Sefirot* invitaban al iniciado a pasar entre los dos «pilares» en el camino hacia el Altísimo. Curiosamente, según el escritor judío Z. Halevi, encontramos la misma idea del paso entre dos «pilares» en el

diseño del templo de Salomón, donde había que pasar entre dos columnas conocidas como Jachin y Boaz en el sendero que conduce a la presencia de la divinidad. Z. Halevi, óp. cit.

94. Tinniswood, óp. cit., pp. 150-152.

95. Encontramos la misma tendencia al secretismo cuando Wren diseñó la nueva catedral de San Pablo. Véase Barker y Hyde, óp. cit., p. 31.

96. Tinniswood, óp. cit., p. 150.

97. Ibídem, p. 150.

98. Barker y Hyde, óp. cit., p. 23.

99. Tinniswood, óp. cit., p. 152. Véase también Evelyn, *London Revived*, ed. De Beer, Clarendon Press, 1938, pp. 45-46.

100. Apocalipsis, capítulos 21 y 22.

101. Barker y Hyde, óp. cit., p. 25.

102. En el proyecto de Wren, según Adrian Tinniswood, «la plaza de la Bolsa realmente ocupa el lugar de honor, con sus vistas radiadas y, a su alrededor, el complejo de edificios comerciales. La ideología absolutista subyacente a la planificación de la Roma sixtina, que Luis XIV y André Le Nôtre estaban aprovechando entonces tan bien en el trazado de Versalles, se utilizó allí para rendir homenaje al mercantilismo. El comercio sería la nueva religión». Que la Bolsa de Londres fuera una creación de Thomas Gresham y que probablemente su propia casa hubiese servido como logia masónica antes de convertirse en la sede de la Real Academia de Ciencias puede tener algo que ver con el simbolismo oculto en el proyecto de Wren.

103. El primero que propuso esta idea fue Adrian Gilbert en su libro *The New Jerusalem*, óp. cit., p. 205. Gilbert observa también que tal vez no fuese casual que la *sefirá Daat* estuviese cerca del Gresham College, la sede de la Real Academia de Ciencias británica.

104. Ibídem, p. 188.

105. Ibídem.

Capítulo 11. De sociedad secreta a sociedad con secretos

1. Pick y Knight, óp. cit., p. 68.

2. Mateo 11, 11.

3. Juan 3, 30.

4. Como todos saben, el 4 de julio es el día de la Independencia en Estados Unidos.

5. Pick y Knight, óp. cit., p. 69.

6. Ibídem.

7. Ibídem.

8. Ridley, óp. cit., p. 37.

9. Naudon, óp. cit., p. 66.

10. Ibídem, pp. 69-70

11. Ibídem, p. 72

12. Jasper Ridley, óp. cit., p. 72.

13. Lynn Picknett y Clive Prince, *The Templar Revelation*, Corgi Books, Londres, 1998, p. 481. [Trad. esp.: *La revelación de los templarios*, Martínez Roca, Madrid, 2006.]

14. Lobingier, óp. cit., p. 32.

15. La versión completa del texto (en francés) en formato electrónico se puede consultar en la página: http://gallica.bnf.fr/scripts/ConsultationTout.exe?E=0&O=N101439.

16. El duque nunca llegó a ser rey, sino que murió de una enfermedad en 1712.

17. Lobingier, óp. cit., p. 35.

18. Véase Eliane Brault, *Le Mystère du Chevalier Ramsay*, Editions du Prisme, París, 1973, p. 81; véase también *Transaction of the Quatuor Coronati Lodge*, 1934, volumen 47, p. 77. El lector encontrará una versión excelente sobre la vida y la carrera masónica de Ramsay en Lobingier, óp. cit., pp. 32-49.

19. Ridley, óp. cit., p. 70.

20. El lector encontrará la versión completa del Discurso de Ramsay con comentarios en Robert Freke Gould, *History of Freemasonry (1883-1887)*. Véase también Cyril N. Batham Grado 33, «Ramsay's Oration: the Epernay and Grand Lodge Versions» en *Heredom, The Transactions of the Scottish Rite Research Society*, volumen 1, 1992.

21. Piatigorsky, óp. cit., pp. 116-117.

22. Pick y Knight, óp. cit., p. 204.

23. La orden de DeMolay declara que es «una organización fraternal de jóvenes, fundada en los principios básicos del amor a Dios, el amor a los padres y el amor a la patria. Procura inculcar estas enseñanzas a sus miembros por diversos medios, mediante el ejercicio de las siete virtudes cardinales. [...] El amor a los padres, el amor a Dios, la amabilidad, la camaradería, la fidelidad, la pureza, el patriotismo. El nombre de "DeMolay" procede de un héroe y mártir francés del siglo XIII, que fue el último Gran Maestro de una orden de caballería conocida como

los Caballeros Templarios. [...] Tener entre doce y veintiún años, creer en el Ser supremo (Dios) y tener buena conducta moral, Petición a DeMolay. Los grupos locales reciben el nombre de capítulos y están patrocinados por un grupo de masones o por logias masónicas». En 1919, un francmasón de Kansas City llamado Frank S. Land observó la necesidad de una organización de jóvenes en la zona de Kansas City y, tras reunirse con un joven de la localidad llamado Louis Lower, organizó un encuentro con varios jóvenes más en la sede del Rito Escocés de Kansas City. Con la orientación de Land y la ambición de los jóvenes, nació la orden de DeMolay, cuya popularidad creció casi de forma instantánea; surgieron capítulos en todos los estados de la unión y no tardaron en aparecer capítulos incluso en el extranjero. En la actualidad, la orden de DeMolay lleva más de setenta y cinco años enseñando a sus miembros los principios básicos de la vida, que ayudarán a cualquier joven a prepararse para ser un hombre bueno y puro y a desarrollar más amor y respeto por su Dios, sus padres y su patria. A lo largo de su historia, la orden de DeMolay se enorgullece de contar con una larga lista de miembros importantes e influyentes.

24. 1 Reyes 5-6; 2 Crónicas 2-6.

25. Sinclair, óp. cit., p. 158.

26. El lector encontrará una valoración crítica detallada de estos rituales en John Lawrence, óp. cit., pp. 92-107.

27. Martin Short, óp. cit., p. 93.

28. Lawrence, óp. cit., pp. 51-61.

29. Ibídem.

30. Humbert, óp. cit., p. 117.

31. Martin Short, óp. cit., p. 115.

32. Ibídem, p. 123.

33. Stephen Knight, *The Brotherhood*, Grafton Books, Londres, 1985, pp. 236-239.

34. Short, óp. cit., p. 104.

35. El lector encontrará más información sobre la visita de Pitágoras a Egipto en R. A. Schwaller de Lubicz, óp. cit., p. 259.

36. Véase también el Génesis 4-20.

37. Pick y Knight, óp. cit., p. 32.

38. Ibídem, pp. 32-33.

39. Ibídem.

40. Naudon, óp. cit., p. 64.

41. Ibídem, p. 72.

42. Ibídem, p. 74.

43. Ibídem, pp. 74-76.

44. François Ribadeau Dumas, *Cagliostro, homme de lumière*, Editions Philosophiques, París, 1981, p. 25.

45. Gérard Galtier, *Maçonnerie égyptienne, Rose-Croix et Neo-Chevalerie: les fils de Cagliostro*, Editions du Rocher, París, 1989, p. 29.

46. Ibídem, p. 35. Sin embargo, los historiadores masónicos todavía no se ponen de acuerdo sobre el lugar donde Cagliostro se inició en la francmasonería y sugieren dos lugares: Malta en 1767 (Gastone Ventura, *Masonic Rites of Memphis and Misraim*, 1986) o Londres en 1777 (Galtier, óp. cit., p. 30).

47. Ribadeau Dumas, óp. cit., p. 35.

48. Ibídem, p. 39.

49. A menudo se atribuye a Pernety la creación del llamado «Rito de Swedenborg» de la francmasonería. Cuando tenía cincuenta años, Pernety dejó la orden benedictina y se estableció en Aviñón, donde encaminó sus anteriores intereses alquímicos hacia la francmasonería y creó el llamado «Rito Hermético». A continuación se trasladó a Berlín y llegó a ser bibliotecario de Federico II. En Berlín, Pernety tradujo las obras de Swedenborg, el teólogo sueco y supuesto fundador de la Iglesia de la Nueva Jerusalén.

50. Ribadeau Dumas, óp. cit., p. 50; Naudon, óp. cit., p. 92.

51. En 1781, Federico II fue iniciado en la orden de la Rosa Cruz Dorada, una orden rosacruz alemana, por Johann Woller y Johann Bischoffwerder, dos rosacruces que llegarían a ser sus asesores más cercanos (McIntosh, óp. cit., pp. 95-96). El nombre esotérico que se dio a Federico II durante los rituales de iniciación fue «Ormesus Magnus». Según los orígenes que se atribuía a sí misma, la orden de la Rosa Cruz Dorada fue creada en Egipto, en Alejandría, por un sabio egipcio llamado «Ormissus u Ormus» (Galtier, óp. cit., p. 164), que es el «segundo nombre» que se daba a la infame *«Prière de Sion»* [«Plegaria de Sión»] (véase Baigent, Lincoln y Leigh, óp. cit., p. 123). Como veremos más adelante, Ormus también era el nombre que se daba al fundador de la orden masónica de Menfis. Según la escritora masónica Clara Miccinelli, el nombre «Ormus» ya aparecía en 1753 en una carta personal del príncipe Raimondo di Sangro de Severo, que era francmasón, al barón de Tchoudy en París (Miccinelli, *E Dio creò l'uomo e la massoneria*, 1985, p. 73).

52. Ribadeau Dumas, óp. cit., p. 51.

53. Ibídem. En 1758, Pernety había publicado un tratado con el ambicioso título de *The Egyptian and Greek Fables Unveiled and Linked to the same Principles, with an Explanation of the Hieroglyphs and the War of Troye* [«Fábulas egipcias y griegas desveladas y conectadas con los mismos principios, con una explicación de los jeroglíficos y la Guerra de Troya»], que nos ofrece una indicación bastante acertada de en qué consistía su «ciencia de la naturaleza».

54. Galtier, óp. cit., p. 36.

55. Ibídem. Véase también Manly P. Hall, *Freemasonry of the Ancient Egyptians: Crata Repoa*, Philosophical Research Society, Los Ángeles, 1965, pp. 81-102.

56. Galtier, óp. cit., p. 36; véase también Manly P. Hall, óp. cit., p. 73.

57. Naudon, óp. cit., p. 91.

58. Ridley, óp. cit., pp. 110-121.

59. Ibídem, p. 129.

60. Naudon, óp. cit., p. 91.

61. Galtier, óp. cit., p. 19.

62. Naudon, óp. cit., p. 229.

63. Chevallier, óp. cit., volumen I, pp. 258-259.

64. J. E. Manchip White, *Ancient Egypt in Culture and History*, George Allen & Unwin, Londres, 1970, p. 107. Según Heródoto, son setenta días (*Historias*, volumen II, p. 85), lo cual está más acorde con lo que era habitual en el antiguo Egipto.

65. Génesis 50, 3. El diluvio también duró cuarenta días (Génesis 8, 6).

66. Chevallier, óp. cit., volumen I, pp. 256-262.

Capítulo 12. La nueva ciudad de Isis

1. Ribadeau Dumas, óp. cit., p. 165.

2. Chevallier, óp. cit., vol. 1, p. 261.

3. Ibídem. Véase también Gisèle e Yves Hivert-Messeca, *Comment la Franc-Maçonnerie vint aux femmes*, Editions Devry, París, 1997, p. 148.

4. Naudon. óp. cit., pp. 228-230.

5. El lector encontrará un artículo excelente sobre Cagliostro en Henry Evans, «Masonry and Magic in the Eighteenth Century», *The Master Mason*, junio de 1927.

6. Bibliothèque Nationale, manuscrito Fr. 12420 alrededor de 1402 d. de C., folio XVI; manuscrito Fr. 598, alrededor de 1403, folio XVI.

7. Baltrušaitis, óp. cit., p. 63.

8. L. M. Tisserand, *Les Armoiries de la ville de París*, París, 1874, capítulo III, «Formation du sceau ou des armoiries de Paris», p. 61; véase también Baltru?aitis, óp. cit., p. 63.

9. Jacques le Grant, *Sophologium*, París, 1475; véase también Baltrušaitis, óp. cit., p. 61.

10. Lemaire de Belge, *Les Illustrations de Gaule et Singularitez de Troye*, París, 1512; *véase también* Baltrušaitis, óp. cit., p. 59.

11. Baltrušaitis, óp. cit., p. 58; ilustraciones 1 y 6.

12. Jacques du Breul, *Théâtre des Antiquitez de París*, París, 1612.

13. André Favyn, *Histoire de Navarre*, París, 1612.

14. Baltrušaitis, óp. cit., p. 89.

15. Jean Phaure, óp. cit., pp. 19-20 (mapa).

16. Jean Phaure, óp. cit., p. 84 (mapa).

17. Ibídem.

18. Ian Wilson, *Jesus the Evidence*, Pan Books, Londres, 1984, pp. 136-137. Véase también Timothy Freke y Peter Gandy, óp. cit., pp. 41-42.

19. De Edward Carpenter, *Pagan and Christian Creeds*, 1981, p. 50: «La historia de Jesús, como veremos a continuación, presenta mayor cantidad de correspondencias con las historias de divinidades solares anteriores y con la carrera del Sol a través del cielo; en realidad, son tantas que no se pueden atribuir a la mera casualidad o ni siquiera a las artimañas blasfemas del demonio. Vamos a enumerar algunas de ellas: 1) el nacimiento de una madre virgen; 2) el nacimiento en un establo (cueva o cámara subterránea) y 3) el 25 de diciembre (justo después del solsticio de invierno). Además están 4) la estrella de Oriente (Sirio), 5) la llegada de los magos (los tres Reyes Magos) y 6) la masacre de los inocentes y la posterior huida a un país lejano (también se dice de Krishna y de otras divinidades solares). Están las fiestas de la Iglesia 7) de la presentación de Jesús en el templo (el 2 de febrero), con procesiones de velas como símbolo de la luz creciente; 8) de la Cuaresma, o la llegada de la primavera; 9) el día de Pascua (que suele ser el 25 de marzo) para celebrar que el sol ha cruzado el Ecuador, y 10) simultáneamente el estallido de luces en el Santo Sepulcro de Jerusalén. También están 11) la crucifixión y muerte del Cordero de Dios, el Viernes Santo, tres días antes de la Pascua; 12) la crucifixión a un árbol, 13) el sepulcro vacío, 14) la alegría de la Resurrección (como en el caso de Osiris, Attis y otros); están también 15) los doce discípulos (los signos del Zodíaco) y 16) la traición de uno de los doce. Posteriormente están 17) el

día de San Juan o el solsticio de verano, el 24 de junio, dedicado al nacimiento del discípulo amado, Juan, y el correspondiente día de Navidad; están las fiestas de 18) la Asunción de la Virgen (el 15 de agosto) y 19) la Natividad de la Virgen (el 8 de septiembre), que corresponden al paso del dios por Virgo; está el conflicto de Cristo y sus discípulos con los asterismos otoñales, 20) la Serpiente y el Escorpión, y, por último, el hecho curioso de que la Iglesia 21) dedique precisamente el día del solsticio de invierno (cuando cualquiera dudaría naturalmente del renacimiento del Sol) a santo Tomás, que dudaba de la veracidad de la Resurrección».

En una catedral, la congregación se pone de cara al Este para orar. No se pone de cara a Jerusalén, sino de cara al Este, por donde sale el sol. Casi seguro que el sentido de la oración deriva de los antiguos cultos solares paganos. En el culto cristiano, el significado ha cambiado un poco. Cristo presenta muchos atributos de la antigua divinidad solar, pero también es el Mesías, que ha venido y que regresará, otra analogía de la muerte y el renacimiento de la divinidad solar en los mitos antiguos. El Este es el lugar por donde sale el Sol, del renacimiento solar, por donde llega la luz. En las religiones místicas, el Este simboliza la iluminación espiritual y la divinidad.

20. Norman Lockyer, *The Dawn of Astronomy*, Cassell & Co., Londres, 1894, p. 120.

21. Labib Habachi, óp. cit., pp. 155-156.

22. Lockyer, óp. cit., pp. 98-106.

23. Mucho después, en 1973, el astrónomo Gerald S. Hawkins se mostró en desacuerdo con Lockyer y manifestó que el templo de Karnak no había estado alineado con la puesta del sol en el solsticio de verano, sino, más bien, con la salida del sol en el solsticio de invierno, que tenía lugar a 26 grados 55 minutos al sur del Este. Gerald Hawkins es más conocido por su trabajo sobre las alineaciones astronómicas de Stonehenge. Sin embargo, Hawkins no realizó él mismo las observaciones astronómicas en Karnak, como hizo Lockyer, sino que obtuvo su ángulo de orientación a partir de los mapas geológicos del Centro de Investigación Francoegipcio de Luxor y, como Lockyer antes que él, calculó la posición de la salida y la puesta del sol en el solsticio, en lugar de observarla realmente (Hawkins estuvo en Egipto en mayo, un mes antes del solsticio de verano). Algunos años después, el astrónomo Ed Krupp confirmó los valores de Hawkins a partir de observaciones reales de la salida del sol en el solsticio de invierno desde el templo de

Karnak (Krupp, *Echoes of Ancient Skies*, Oxford University Press, Oxford, 1994, pp. 253-257). Hawkins afirmó que las conclusiones de Lockyer eran erróneas, puesto que las colinas de Tebas, situadas a lo lejos, impedían que se pudiera ver bien el sol poniente en el solsticio de verano a través de los pilonos del templo. Sin embargo, si bien es cierto que las colinas de Tebas al Oeste suponen un obstáculo para nosotros desde un punto de vista práctico, este razonamiento no se puede aplicar al punto de vista religioso de los antiguos egipcios. Para ellos, estos obstáculos físicos no suponían ningún impedimento, a saber, por ejemplo, la llamada «puerta falsa», hecha de roca compacta, que a menudo se encontraba en las tumbas y a través de las cuales se suponía que pasaba el alma del difunto. Los sacerdotes astrónomos egipcios (sobre todo los que estaban asignados al culto solar) venían observando la salida y la puesta del sol en los solsticios desde mucho antes de la construcción de Karnak y no cabe duda de que habrían sido muy conscientes de su declinación máxima y mínima. Por consiguiente, la conclusión de Hawkins de que las colinas de Tebas invalidan la alineación hacia la puesta del sol del solsticio de verano resulta insostenible cuando se sitúa en el contexto religioso de los constructores del templo antiguo. (Véase Gerald Hawkins, *Beyond Stonehenge*, Arrow Books, Londres, 1977, p. 198.) Hawkins elogia a Lockyer por la precisión del estudio que hizo en Stonehenge, aunque afirma que «su estudio del templo de Amón-Ra no fue [preciso]». Hawkins hace referencia al informe del ingeniero del Ejército P. J. P. Wakefield, que hizo mediciones con un teodolito en Karnak para Lockyer el 21 de junio de 1891, y si bien es cierto que Wakefield informó que no se veía el sol desde ninguno de los puntos del eje del templo marcados por Lockyer, añadió que colocó el teodolito a la entrada del segundo pilono y que «pudo ver una parte del sol poniente, mientras que el resto permaneció oculto detrás del muro meridional del pilono grande (el primero)». En la actualidad, el diámetro del sol es aproximadamente de 0,5 grados, lo que significa que, si se pudiese «mover» 0,5 grados más al norte a lo largo del horizonte, se vería a lo largo de la parte del eje que queda comprendida entre el primero y el segundo pilono. Alrededor del año 1500 a. de C., de hecho el sol estaba 0,5 grados más al norte, debido a la oblicuidad de la Eclíptica en aquella época, lo cual me sugiere que la orientación del templo de Karnak podría estar más cerca de los 26 grados que de los 26 grados 55 minutos que menciona Hawkins, que los tomó del mapa del Centro Francoegipcio. De hecho, Lockyer informó que, según Lepsius y otros egiptólogos, el ángu-

lo era de 26 grados o 26 grados 30 minutos al norte del Oeste. Cuando E. C. Krupp fue a verificarlo, lo hizo en el solsticio de invierno y, por consiguiente, sólo pudo verificar la alineación en el otro extremo del templo, a través del llamado templo de Ra-Horajti y la «alta sala del sol». En mi opinión, habría que hacer otra medición el 21 de junio para confirmar la afirmación del ingeniero del Ejército P. J. G. Wakefied.

24. R. Wells, «Re and the Calendar», en *Revolution in Time: Studies in Ancient Egyptian Calendrics*, editado por A. J. Spalinger, Van Siclen Books, San Antonio (Texas), 1994, p. 19. Ron Wells calculó que, alrededor del año 3500 a. de C., la estrella Sirio habría salido justo en el mismo lugar que el sol en el solsticio de invierno. Sus cálculos parten de la base de un «horizonte plano y nada de refracción». Según mis propios cálculos, si nos colocamos a la latitud de El Cairo en la actualidad, lo veríamos salir aproximadamente a 19,5 grados al sur del Este. En cambio, alrededor del año 3300 a. de C., la fecha en que se fundó el Egipto dinástico, habría salido a unos 28 grados al sur del Este (acimut 118 grados). Un cálculo sencillo permite comprobar que en aquella época Sirio tenía la misma declinación que el sol en el solsticio de invierno, es decir, aproximadamente -24 grados (es decir, 24 grados al sur del ecuador celeste), y, por consiguiente, seguía exactamente el mismo camino que el sol en el solsticio de invierno. Era, literalmente, un «segundo sol» visto de noche en el lugar del sol del solsticio de invierno. La época del 3300 a. de C. tiene muchísima importancia, por cuanto marca el comienzo histórico del Egipto dinástico, cuando todo el país se unificó en un solo reino.

25. En la época romana, la diosa Isis se identificaba mucho e incluso se fusionaba con la diosa romana Ceres y la griega Deméter. Véase Baltrušaitis, óp. cit., p. 70. Véase también Sir James Fraser, óp. cit., pp. 383 y 393. Véase también Marie-France Arnold, óp. cit., pp. 87-88: «Los romanos no la llamaba [a Isis] "madre del trigo y de la naturaleza", como hacían los antiguos egipcios, pero la veneraban y le hacían ofrendas [...] se le construyó un santuario en la Cité de París, en el lugar exacto donde los cristianos levantarían después Notre-Dame de París. En 1711, mientras se hacían excavaciones para hacer una cripta debajo de la catedral donde enterrar a los obispos, se descubrió este santuario». Anne Baring y Jules Cashford, en su libro *The Myth of the Goddess: Evolution of an Image* (Penguin Arkana, Londres, 1993 [trad. esp.: *El mito de la diosa: evolución de una imagen*, Siruela, Madrid, 2005], demostraron que el concepto de «Notre-Dame» en Francia, en especial para las lla-

madas vírgenes negras, guarda una relación esotérica con la diosa egipcia Isis (pp. 586 y 647). Véase Baltrušaitis, óp. cit., pp. 24-40.

26. Jean Phaure, óp. cit., pp. 56-57.

27. Ribadeau Dumas, óp. cit., p. 167.

28. Faucher, óp. cit., p. 32.

29. Ibídem.

30. *Grand Larousse Encyclopédique*, óp. cit., volumen 3; p. 261 A.

31. Naudon, óp. cit., p. 95.

32. Faucher, óp. cit., p. 27; véase también Galtier, óp. cit., p. 30.

33. Ribadeau Dumas, óp. cit., p. 294.

34. Ibídem, p. 200.

35. Manly P. Hall, «Rosicrucian and Masonic Origins», en *Lectures on Ancient Philosophy – An Introduction to the Study and Application of Rational Procedure*, The Hall Publishing Company, Los Ángeles, 1929, pp. 408-409.

36. Véase Court de Gebelin, *Monde primitif analysé et comparé avec le monde moderne*, Libro 8, París, 1773-1783.

37. Ribadeau Dumas, óp. cit., pp. 167-168.

38. Ibídem, p. 168.

39. Ibídem, p. 199.

40. Joscelyn Godwin, *The Theosophical Enlightenment*, State University of New York Press, Albany, 1994.

41. Ribadeau Dumas, óp. cit., p. 199.

42. Naudon, óp. cit., p. 129.

43. Albert G. Mackey, *Encyclopedia of Freemasonry*, Macoy Publishing, Richmond (Virginia), 1966, p. 474.

44. Véase la fuente de esta información en la siguiente dirección de Internet: http://freemasonry.bcy.ca/anti-masonry/stauffer.html.

45. Noble E. Cunningham, hijo, *In Pursuit of Reason: the Life of Thomas Jefferson*, Ballantine Books, Nueva York, 1988, página inicial.

46. Naudon, óp. cit., p. 129. Aparentemente, la orden salió a la luz de una forma de lo más curiosa. Cuando uno de sus líderes, Jacob Lang, regresaba a pie a su casa en medio de una gran tormenta, le cayó encima un rayo. En su cadáver se encontraron documentos subversivos; se los llevaron al elector de Baviera, que emprendió una investigación contra los Illuminati.

47. Véase, por ejemplo: http://freemasonry.bcy.ca/anti-masonry/anti-masonry02.html.

48. El ojo en un triángulo resplandeciente se utilizaba en la época

medieval para denotar a Dios y aparece en la tapa de muchos manuscritos bíblicos (véase un ejemplo en Manly P. Hall, *The Secret Teachings of All Ages*, The Philosophical Research Society, Los Ángeles, 1998, p. XCVIII). Las obras de Robert Fludd (1574-1637) están llenas del símbolo de la pirámide o el triángulo resplandeciente, aunque a menudo sustituye el ojo por otros símbolos o por las palabras para designar a Dios (véase Godwin, *Robert Fludd*, óp. cit.) Los alquimistas y cabalistas alemanes usaban mucho el símbolo del ojo en la pirámide a principios del siglo XVIII (*The Silent Language, The Symbols of Hermetic Philosophy*, ed. J. Ritman, In de Pelikaan, Amsterdam, 1994, pp. 59 y 75).

49. Godwin, *Athanasius Kircher*, óp. cit., p. 8.

50. Erik Iversen, óp. cit., p. 105, ilustración XIX.

51. Naudon, óp. cit., p. 122.

52. Pierre-Eugène Simitière hizo el primer diseño del Gran Sello en julio de 1776. En la Sección de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso se conserva un dibujo hecho a lápiz sobre papel en 1776 por Thomas Jefferson. Se puede ver claramente el ojo en el triángulo en la parte superior del Sello. El diseño elegido por el primer comité, que se reunió el 20 de agosto de 1776, consistía en un escudo con los emblemas de las seis culturas europeas que habían emigrado a Estados Unidos: tres correspondían a Gran Bretaña (la rosa inglesa, el cardo escocés y el arpa irlandesa) y tres a Europa continental (la flor de lis francesa, el águila alemana y el león belga). Sostenían el escudo la diosa de la Libertad, con una lanza en la mano y el gorro frigio en la cabeza, y la diosa de la Justicia, con su balanza. En la divisa se lee: «El ojo de la providencia en un triángulo radiante, cuya gloria se extiende sobre el escudo y más allá de las figuras». El lema es «E PLURIBUS UNUM».

53. El primer comité del Gran Sello se constituyó la tarde del 4 de julio de 1776 y estaba formado por Benjamin Franklin, Thomas Jefferson, John Adams y Pierre-Eugène Simitière. Cada miembro propuso varias ideas. La de Franklin era «Moisés de pie en la orilla, extendiendo la mano sobre el mar, con lo cual este arrasa al faraón, que está sentado en un carro descubierto, con una corona en la cabeza y una espada en la mano. Los rayos procedentes de un pilar de fuego en las nubes que llegan hasta Moisés expresan que actúa por orden de la divinidad. El lema es: La rebelión contra los tiranos es obediencia a Dios». Se formaron varios comités en el transcurso de los seis años siguientes. El tercero y último se formó el 4 de mayo de 1782. Apenas un mes antes, en París, el 12 de abril de 1782, habían comenzado una serie de conversa-

ciones de paz entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Estados Unidos estaba representado por Benjamin Franklin. Los Estados Unidos de América necesitaban con urgencia un signo oficial de soberanía y un escudo de armas para firmar el tratado de paz. El llamado Tercer Comité estaba constituido por el presidente Arthur Middleton y por John Rutledge, los dos de Carolina del Sur, Elias Boudinot, de Nueva Jersey, y Arthur Lee, de Virginia. William Barton, un artista de veintiocho años y muy versado en la ciencia de la heráldica, presentó dos diseños complejos que eran una interpretación gráfica de la descripción oficial escrita que define precisamente el diseño de la siguiente forma:

> Anverso:
>
> En el pecho del águila norteamericana de cabeza blanca y alas oscuras hay un escudo con trece barras verticales blancas y rojas debajo de un jefe azul. En la garra derecha del águila hay una rama de olivo y en la izquierda, un haz. En el pico lleva un listón con la divisa «E Pluribus Unum». Sobre la cabeza del águila, un aura dorada atraviesa una nube y rodea una constelación de trece estrellas sobre un campo azul celeste.
>
> Reverso:
>
> En el cenit de una pirámide incompleta hay un ojo en un triángulo rodeado por un aura dorada. Sobre el ojo están las palabras «Annuit Coeptis». Sobre la base de la pirámide aparece en números romanos la cifra MDCCLXXVI y, debajo, el emblema «Novo Ordo Seculorum».

54. Véase un artículo excelente sobre este tema escrito por Geoff Muirden, «Conspiracy Theory and the French Revolution» en *The Journal of Historical Review*, volumen 9, número 1, pp. 109-115.

55. Véase Nesta H. Webster, *The French Revolution*, Constable & Co., Londres, 1919. Véase también Webster, *Secret Societies and Subversive Movements* (1924), A & B Publishers Group, Nueva York, 1998, capítulo 9.

56. Faucher, óp. cit., p. 39.

57. Ibídem, p. 24

58. Ibídem, p. 25.

59. Ribadeau Dumas, óp. cit., p. 199.

60. Véase el artículo de Henry Evans «Masonry and Magic in the Eighteenth Century» en la revista *The Master Mason* de junio de 1927 (véase también la revista *Master Mason*, del volumen 1, número 1, enero de 1924, al volumen VII, números 3 y 4, marzo-abril de 1930).

61. *Grand Larousse Encyclopédique*, óp. cit., volumen 7, pp. 1009-1010.

62. Galtier, óp. cit., p. 37.

63. En julio de 1789 sólo había siete prisioneros en la Bastilla, a saber: Jean de la Corrége, Jean Béchade, el conde de Solages, Tavernier, Bernard Laroche, Jean-Antoine Pujade y DeWhitt; este último era un irlandés chiflado que fue encarcelado por espía; los revoltosos que lo sacaron de la Bastilla lo llevaron en andas, sin parar de gritar que era Julio César.

64. El capitán Deflue había sido trasladado antes a la Bastilla, el 7 de julio de 1789, junto con treinta y dos «Salis-Samade», un regimiento de guardias suizos, para protegerla. En aquel momento había también ochenta y cuatro «inválidos», designados también para defender la fortaleza, pero entre todos no bastaron para hacer frente a la muchedumbre parisiense.

65. Chevallier, óp. cit., volumen I, p. 272.

66. De los veinticinco millones de habitantes que tenía Francia en aquel momento, alrededor de 350.000 pertenecían a la nobleza y unos 150.000 al clero. El resto se consideraban «tercer estado».

67. Faucher, óp. cit., p. 32.

68. Ibídem.

69. En 1791, Talleyrand fue excomulgado por el papa, después de que consagrara a dos obispos «constitucionales». Pocos años después, Talleyrand desempeñaría un papel fundamental en el ascenso de Napoleón Bonaparte y su osada expedición militar a Egipto.

70. *«Et bien, f..., qu'ils restent!»*; véase Faucher, óp. cit., ilustración 1, p. 172.

71. Ibídem, p. 34.

72. Ibídem.

73. El primer guillotinamiento tuvo lugar el 25 de abril de 1792, cuando Nicolas Jacques Pelletier fue ejecutado en público en la Place de Grève de París. La guillotina se siguió usando en Francia hasta bien entrado el siglo XX, hasta que se prohibió oficialmente en 1981. La última ejecución por la guillotina en Francia se produjo el 10 de septiembre de 1977, en Marsella, cuando murió decapitado el asesino Hamida Djambuti.

74. Gisèle e Yves Hivert-Messeca, óp. cit., p. 124.

75. *«5 Décimes à la Fontaine d'Isis l'An 2 PARÍS. DP 4. VG 419. Très bel exemplaire, presque superbe, de cette pièce peu commune et*

recherchée... Oeuvre du célèbre graveur DUPRE, cette pièce, qui évoque le culte d'Isis choisie pour illustrer la déesse de la Raison, est aussi la première monnaie commemorative émise en France»; véase también Ermanno Arslan, óp. cit., p. 644.

76. Se puede ver, por ejemplo, encima de la imagen en bronce de George Washington en el Monumento Nacional (el obelisco) en Washington D. C., entrada oriental, sobre la puerta interior.

77. *Grand Larousse Encyclopédique*, óp. cit., volumen 3, p. 910 b.

78. Michel Vovelle, óp. cit., p. 28.

79. Esencialmente, la Convención Nacional estaba controlada por los *montagnards* o montañeses, el principal partido político al que también pertenecían los hebertistas. Sus grandes enemigos eran los girondinos, una facción moderada y conservadora, a los que se acusaba de albergar en secreto ideas monárquicas. Cuando los girondinos fueron derrotados en la Convención, en junio de 1793, los hebertistas y los montañeses perdieron a su enemigo común; entonces se produjo un vacío importante, ya que sus políticos dependían fundamentalmente de acusar al otro partido y de lanzar violentos ataques verbales contra aquellos «enemigos del pueblo»; a partir de entonces dirigieron sus acusaciones los unos contra los otros y el clima se volvió casi mortal. Robespierre aprovechó la oportunidad que le dio un escándalo inmenso de estafa y espionaje, en el que se suponía que habían participado los hebertistas, para ordenar el arresto de Hébert y de Chaumette, que fueron juzgados rápidamente y enviados al patíbulo en marzo de 1794. Como era de esperar, ya que no quedaba nadie a quien acusar de los problemas que debía enfrentar la República, surgió una enemistad terrible entre Robespierre y Danton, que resultaría fatal para los dos. Danton, que se había visto involucrado de algún modo en el escándalo de la Société des Indes, fue acusado de traición y enviado a la guillotina en abril de 1794.

80. Faucher, óp. cit., pp. 42-44.

81. Kathleen Jones, *Women Saints: Lives of Faith and Courage*, Forest of Peace Publications, capítulo 2, p. 54.

82. Véase François Victor Alphonse Aulard, *Culte de la Raison*, París, 1892, y *Christianity and the French Revolution* (edición en inglés de 1927). François Victor Alphonse Aulard publicó numerosas obras de consulta sobre la Revolución francesa. Su trabajo más conocido es su *Historia política de la Revolución francesa*, de 1901. En 1886, Aulard llegó a ser el primer profesor de Historia de la Revolución francesa de la Sorbona.

83. Michel Vovelle, óp. cit. La escritora Kathleen Jones narra lo acontecido a la hermana Madeleine Fontaine (1723-1794), una monja que sufrió los horrores de esta persecución y fue guillotinada en junio de 1794, por órdenes de Joseph Lebon, un sacerdote apóstata y colaborador de Robespierre en la Convención (Kathleen Jones, óp. cit., capítulo 2, p. 54). La hermana Madeleine Fontaine, que tenía poco más de setenta años, tenía a su cargo a un grupo reducido de monjas en Arras, donde atendían un hospital y una escuela infantil cuando estalló la Revolución. Aparentemente, cuando la arrastraban al patíbulo, la anciana monja se volvió hacia la multitud e imploró: «¡Escuchad, cristianos! Nosotros somos las últimas víctimas. La persecución va a acabar. La horca será destruida. ¡El altar de Jesucristo se volverá a alzar en toda su gloria!». La hermana Madeleine Fontaine fue beatificada por el papa Benedicto XV el 13 de junio de 1920.

84. Baring y Cashford, óp. cit., pp. 399-401. Aparentemente, el hecho de que los revolucionarios *sans-culottes*, la facción más extremista de la Revolución francesa, llevaran el gorro frigio había sido popularizado por Jacques-Louis David en *Les Amours d'Hélène et París*, que había pintado en 1787 para el duque de Artois, el futuro Carlos X.

85. Maarten J. Vermaseren, *Cybele and Attis*, traducido al inglés por A. M. H. Lemmers, Thames & Hudson, Londres, 1977, p. 10.

86. Baltrušaitis, óp. cit., p. 80.

87. Ibídem. En realidad, lo que Isis lleva en la cabeza no es una torre, sino un trono, aunque, por su forma vertical, se confunde fácilmente con una torre.

88. Ovason, óp. cit., p. 87.

89. Joseph Jérôme Lalande, *Astronomie par M. de la Lande*, 1731, volumen 4, p. 245 y ss.

90. Gérard de Nerval, *Les Illuminés*, Editions Folio, París, 1976; véase también Cagliostro, *Les Païens de la République*, p. 1200.

91. Kerisel, óp. cit., p. 160.

92. Vovelle, óp. cit., p. 105.

93. Ibídem, p. 271.

94. *Grand Larousse Encyclopédique*, óp. cit., volumen 1, p. 365 a.

95. Louis Blanc, *History*, volumen II, pp. 365-367.

96. *Grand Larousse Encyclopédique*, óp. cit., volumen 8, p. 1014c.

97. *«MM. Dupuis et Lalande voient Isis par-tout...!»*; véase Baltrušaitis, óp. cit., p. 31.

98. Baltrušaitis, óp. cit., p. 35; Faucher, óp. cit., p. 20.

99. Charles Dupuis, *Origine de tous les Cultes, ou la réligion universelle*, París, 1794, volumen III, p. 50; Baltrušaitis, óp. cit., pp. 24-30.

100. «Histoire de l'Académie Royale des Sciences, année 1785, compte rendu de J. de Lalande», en *Le Journal des Scavans*, julio de 1788, pp. 475-478.

101. En los Textos de las Pirámides, que datan del tercer milenio antes de Cristo, leemos que «Sothis [Sirio, la estrella de Isis] es vuestra amada hija [de Ra], que prepara el sustento anual para vos en su nombre de "Año"» (línea 965).

Capítulo 13. El descubrimiento de París

1. Jean Kerisel, óp. cit., p. 158.

2. Marcello Fagiolo, *Architettura e Massoneria*, Convivio/Nardini Editore, Florencia, 1988, p. 44.

3. James Stephen Curl, *The Art and Architecture of Freemasonry*, B.T. Batsford, Londres, 1991, p. 118.

4. Ibídem.

5. Kerisel, óp. cit., p. 161.

6. James Stephen Curl, óp. cit., p. 129.

7. Ibídem, p. 129. El lector encontrará un análisis detallado del diseño de la pirámide y de la Revolución francesa en J. P. Mouilleseaux, «Les Pyramides éphémères de la Révolution Française», *Revue FMR*, 21, volumen VI, agosto de 1989.

8. Ibídem, p. 129.

9. Ibídem, p. 117.

10. Fagiolo, óp. cit., p. 53.

11. Sylvie Legaret y Philippe Courtines, óp. cit., p. 83, ilustración 3.

12. Ibídem, ilustración 6.

13. Ovason, óp. cit., p. 116.

14. James Stephen Curl, óp. cit., pp. 132-133.

15. Véanse las notas 47 y 48 del capítulo 2.

16. Vovelle, óp. cit., frontispicio.

17. Faucher, óp. cit., p. 34. Tal vez interese destacar que en 1819 Madame de la Villette, la adorada hijastra de Voltaire, inauguró la llamada logia de adopción en París llamada «Belle et Bonne» para la orden de Misraim, que practicaba los grados superiores de los Ritos Egipcios (véa-

se *Les Dossiers de l'histoire mystérieuse*, número 7, p. 98; véase también Naudon, óp. cit., p. 230).

18. En realidad, se llamaba Marie-Josephe-Rose. Napoleón la bautizó «Josefina» después de que se casaran, en 1796.

19. Gisèle e Yves Hivert-Messeca, óp. cit., p. 159.

20. Hivert-Messeca, óp. cit., p. 160.

21. Ibídem, p. 159.

22. Naudon, óp. cit., p. 172.

23. François Collaveri, *Napoleon: Empereur Franc-Maçon*, pp. 26-27.

24. Ibídem, p. 168.

25. Lo mismo ocurrió mucho después, en 1867, cuando la emperatriz Eugenia, bisnieta de Josefina, deslumbró al jedive de Egipto en uno de los coqueteos más exquisitos y atrevidos de la historia, que a la larga trajo como consecuencia la construcción del canal de Suez por parte del primo de ella, el ingeniero Ferdinand de Lesseps (véase Trevor Mostyn, *Egypt, La Belle Époque*, Quartet Books, Londres, 1989, p. 17).

26. Mostyn, óp. cit., p. 17.

27. Faucher, óp. cit., pp. 9 y 32-33. Tal vez convendría también destacar que el hijo ilegítimo de Talleyrand, el famoso pintor Eugène Delacroix, pertenecía al núcleo de agitadores al que la policía francesa acusó de haber conspirado con la orden masónica egipcia de Menfis y los Carbonarios contra el rey restaurado, Luis XVIII, en el golpe de Estado fallido de 1822.

28. Henry Evans, «Masonry and Magic in the Eighteenth Century», *The Master Mason*, junio de 1927.

29. Erik Iversen, óp. cit., p. 125.

30. Frances Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, óp. cit., p. 154.

31. Erik Iversen, óp. cit., p. 100.

32. Jean Lacouture, *Champollion: une vie de lumières*, Editions Grasset, París, 1988, p. 382.

33. Ibídem, p. 34.

34. Faucher, óp. cit., p. 18.

35. Chevallier, óp. cit., volumen I, p. 261.

36. Lacouture, óp. cit., p. 35.

37. Aubrey Noakes, *Cleopatra's Needle*, H. F. & G. Witherby, Londres, 1962, p. 1.

38. Vincent Cronin, *Napoleon*, HarperCollins, 1994, p. 146. [Trad. esp.: *Napoleón: una biografía íntima*, Javier Vergara, Barcelona, 2003.]

39. Aubrey Noakes, óp. cit., p. 1.

40. Una clase político-militar, formada por los descendientes de los esclavos liberados.

41. Alan Moorehead, *The Blue Nile*, Penguin, 1983, p. 65. [Trad. esp.: *El Nilo azul*, Serbal, Barcelona, 1986.] Aparentemente, Napoleón también dijo a los imanes de Egipto: «En nombre de Alá [...] decid a vuestro pueblo que los franceses también son musulmanes [...] que han [ocupado Roma y] destruido la sede del papa, que siempre instaba a los cristianos a atacar el islamismo».

42. Lauren Foreman y Ellen Blue Phillips, *Napoleon's Lost Fleet*, Roundtable Press, Nueva York, 1999, p. 69.

43. Ibídem, p. 159.

44. Ibídem, p. 49.

45. Moorehead, óp. cit., p. 124.

46. Naudon, óp. cit., p. 224.

47. Véase Donald Bullough, *The Age of Charlemagne*, Paul Elek, Londres, 2.ª edición, 1973; véase también Russell Chamberlain, *Charlemagne*, Grafton, Londres, 1986. Parece que el papa León III coronó a Carlomagno como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico como muestra de gratitud por haberlo salvado a él y también a Roma. En las *Grandes Chroniques de France*, se dice que uno de los asesores de Carlomagno sugirió la idea al papa. Según Einhard, su biógrafo, así como también según otros autores de la época, en realidad la coronación resultó una sorpresa para Carlomagno y lo puso furioso. Según los estudiosos modernos, esto se debe a que, para Carlomagno, el papa no era más que un súbdito de su vasto imperio.

48. El papa Pío VII, que se había visto obligado a participar en aquella farsa, se vengaría cuando el imperio napoleónico comenzó a desmoronarse. En primer lugar, en 1814, el papa restauró la Compañía de Jesús, que había sido expulsada de Francia en 1764, y posteriormente, cuando los franceses habían obligado a un antecesor suyo, Clemente IX, a disolverla por completo en 1773. Es posible que también tuviera algo que ver el hecho de que, en 1821, cuando Napoleón moría en solitario en Santa Elena, Pío VII publicara su famosa bula *Ecclessiam a Jesu Christo*, en la que condenaba la francmasonería y a los Carbonarios en toda la cristiandad (véase Faucher, óp. cit., p. 71).

49. Naudon, óp. cit., p. 78.

50. Court de Gebelin, óp. cit.

51. F. Noël, *Dictionaire de la Fable*, París, 1823.

52. Jean Duché, óp. cit., p. 237.

53. Faucher, óp. cit., p. 315.

54. Véase F. Collaveri, *La Franc-Maçonnerie des Bonapartes*; véase también Galtier, óp. cit., p. 139; véase también Naudon, óp. cit., p. 97.

55. Chevallier, óp. cit., volumen II, pp. 17-30.

56. Véase F. Collaveri, *La Franc-Maçonnerie des Bonapartes*, óp. cit., anexo IV.

57. Ibídem, óp. cit., p. 67.

58. Ibídem, p. 68.

59. *The Kneph*, volumen III, número 6, junio de 1883, p. 45; véase Galtier, óp. cit., pp. 139-140.

60. Humbert, óp. cit., p. 40.

61. Naudon, óp. cit., p. 124.

62. Humbert, óp. cit., p. 48; aunque se colocaron las piedras fundamentales y también se hizo una maqueta en cartulina del edificio, al final el proyecto se descartó por falta de fondos.

63. Lacouture, óp. cit., p. 20.

64. Ibídem, pp. 55 y 63.

65. Ibídem, pp. 54-55.

66. Baltrušaitis, óp. cit., p. 55. Véase también la ilustración 9.

67. Ermanno Arslan, óp. cit., p. 645.

68. Los arquitectos fueron: Chalgrin (1806-1811), Joust (1811-1814) y Blouet (1833-1836). Los escultores fueron: Cortot, Rude, Etex, Pradier y Lemaire.

69. También llamado «*L'Apothéose de Napoléon*».

70. Baltrušaitis, óp. cit., p. 80.

71. Ibídem.

72. Ibídem, p. 8.

73. Margaret Laing, *Josephine and Napoleon*, Sidgwick & Jackson, Londres, 1973, pp. 131-132.

74. *Projet d'Achèvement de l'Arc de Triomphe de l'Etoile, Monument des Victories, Sciences et Arts, ou de la Légion d'Honneur, offert au Roi des Français, Louis-Philippe 1er, et au Deux Chambres*. Se puede ver una fotografía de este proyecto en el museo del Arco de Triunfo.

75. Naudon, óp. cit., p. 78; Faucher, óp. cit., pp. 22 y 62-63.

76. El conde de Artois tenía otro hijo, Luis Antonio, pero se creía que era impotente.

77. Naudon, óp. cit., p. 98.

78. Faucher, óp. cit., p. 71.

79. Ibídem, óp. cit., pp. 72-74.

80. Ibídem, p. 73.

81. Galtier, óp. cit., p. 121.

82. «Charles X et l'Egypte», artículo de Jean-Marcel Humbert, Conservateur du Patrimoine, Directeur du Musée National de la Légion d'Honneur de París.

83. Lacouture, óp. cit., p. 38; véase también *Mémorial de Sainte-Helene*, Seuil, París, 1968, capítulo 1, p. 67.

84. Lacouture, óp. cit., pp. 333-374.

85. Ibídem.

86. Ibídem, p. 340.

87. Ibídem, p. 324.

88. Faucher, óp. cit., p. 73.

89. Lacouture, óp. cit., p. 465.

90. Galtier, óp. cit., p. 40.

91. Lacouture, óp. cit., p. 33.

92. Ibídem, p. 190.

93. Lacouture, óp. cit., pp. 33 y 549.

94. Ibídem, p. 550; Naudon, óp. cit., p. 166.

95. Galtier, óp. cit., pp. 150-151.

96. Ibídem.

97. Ibídem.

98. Ibídem.

99. Esta pintura se puede ver en la sala 30 del ala Sully del Museo del Louvre, cuyo interior fue diseñado por el arquitecto Fontaine durante el reinado de Carlos X.

100. Lacouture, óp. cit., p. 727.

101. Galtier, óp. cit., p. 151.

102. Belzoni es un personaje muy conocido para los francmasones británicos. Se había casado con una inglesa llamada Sarah, que, a la muerte de Belzoni, siguió promocionando activamente su tesis masónica de que el dios egipcio Osiris había sido francmasón, porque llevaba el típico mandil masónico, según resultaba evidente, al menos para Belzoni y sus seguidores, a partir de las representaciones que aparecían en muchos monumentos egipcios (Short, óp. cit., p. 118). Precisamente fue Belzoni el que descubrió la magnífica tumba de Sethi I, el «Sesotris», que había sido objeto de tanta controversia masónica en Inglaterra y Francia. Con la colaboración de Henry Salt, Belzoni había fabricado una copia a escala de este templo y la había enviado a Europa en 1818, primero a París y después a Londres, en 1821, donde causó sensación, sobre todo en cír-

culos masónicos (véase *Who Was Who in Egyptology*, pp. 23-24). Interesa destacar, por consiguiente, que, en marzo de 1829, Champollion dio una fiesta en el interior del templo de Sethi I para festejar el cumpleaños de su hija Zoraide y también en honor del «difunto Belzoni» (que murió en 1825), a quien aparentemente Champollion admiraba mucho (Lacouture, óp. cit., p. 661).

103. Lacouture, óp. cit., pp. 636 y 668.

104. Ibídem, pp. 613 y 618.

105. Ibídem, p. 731.

106. Ibídem, p. 734.

107. Ibídem, p. 742.

108. Cinco de los fundadores de la Tercera República eran francmasones, incluido su líder Léon Gambetta; véase Faucher, óp. cit., pp. 9 y 85.

109. Faucher, óp. cit., p. 8; a menudo se confunde a François Mitterrand con Jacques Mitterrand, que fue Gran Maestro del Gran Oriente de Francia en la década de 1960 (véase Faucher, óp. cit., pp. 169-170).

110. Ibídem, p. 275.

111. BBC News, África, 22 de diciembre del 2000, 16:01 (hora de Greenwich).

112. *The New Louvre*, Publications Connaissance des Arts, p. 36.

113. *La Grande Arche*, Publications Beaux Arts, p. 3.

114. *The New Louvre*, p. 38.

115. Ibídem, p. 36.

116. Ibídem, p. 36.

117. Ibídem, p. 38.

118. *Sunday Express*, 3 de febrero de 1994, sección 3, p. 7.

119. Ibídem.

120. *The New Louvre,* p. 44.

121. Kerisel, óp. cit., p. 157.

122. Ibídem, p. 177.

123. *La Grande Arche*, p. 6.

124. Ibídem, p. 19.

125. Ibídem, p. 22.

126. Ibídem, p. 31.

127. Ibídem, p. 19.

128. Ibídem, p. 11.

129. Jean Nouvel nació en 1945 en Fumel, una pequeña población del sudoeste de Francia. Cuando era estudiante, trabajaba para un estudio

de arquitectura. En 1975 abrió su propio estudio y participó en varios concursos. Desde entonces, se ha esforzado por crear un lenguaje estilístico distinto del del modernismo y el posmodernismo. Nouvel rechaza la obediencia estricta a Le Corbusier que sofocaba buena parte de la arquitectura moderna e inicia cada proyecto sin ideas preconcebidas. Aunque puede partir de formas tradicionales, sus edificios no están restringidos por ellas. Atribuye una importancia enorme al diseño de edificios que estén en armonía con el lugar y con su entorno. Aunque se basa en el contexto para generar sus diseños, existe cierta continuidad entre un diseño y el siguiente. En casi todos sus proyectos, presenta de forma sistemática una combinación de transparencia, luz y sombra. En 1981 ganó el concurso para una serie de «grandes proyectos» convocado por François Mitterrand, el presidente de Francia. En 1987 le fueron concedidos el «Grand Prix d'Architecture» a todo el conjunto de su obra y la «Equerre d'Argent» por su diseño de muebles minimalistas. Algunos de sus proyectos más conocidos son el Instituto del Mundo Árabe de París, en 1987, y el Monolito de Murten, en Suiza, en el 2002. [*N. de la T.:* También ha diseñado la Torre Agbar, inaugurada en Barcelona en el 2005.]

130. Véase *The Guardian*, 21 de mayo del 2001: «Hay algunos edificios que merecen haber sido construidos, pero jamás lo han sido. Uno de ellos es la *Tour Sans Fin* de Jean Nouvel, un cilindro de cristal de la altura de la Torre Eiffel, diseñado a finales de la década de 1980, que debería haberse levantado en la banalidad grandilocuente de La Défense, la extensa zona de oficinas situada en el extremo occidental de los Campos Elíseos, simplemente para esfumarse al besar el cielo».

131. Tomado de Thomas Paine, «Origin of Freemasonry», en Moncure Daniel Conway (editor), *The Writings of Thomas Paine*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1896: «En 1730, Samuel Pritchard, miembro de una logia constituida en Inglaterra, publicó un tratado titulado "Masonry Dissected" y juró ante el alcalde de Londres que se trataba de una copia auténtica: "Samuel Pritchard jura que la copia que se adjunta al presente es copia fiel y genuina de todos los detalles". En su obra ha dado el catecismo o examen, con preguntas y respuestas, de los aprendices, los compañeros y los maestros masones. No había ninguna dificultad en hacerlo, ya que es mera forma. En su introducción, dice que "la institución original de la masonería estaba compuesta por el fundamento de las artes liberales y las ciencias, pero, más concretamente, por la geometría, porque en la construcción de la Torre de Babel se intro-

dujeron por primera vez el arte y el misterio de la masonería y a partir de allí los transmitió Euclides, un matemático meritorio y excelente de los egipcios, y él se lo comunicó a Hiram, el maestro masón que se ocupó de construir el templo de Salomón en Jerusalén"».

132. Véase el *New York Observer* del 13 de abril del 2003.

133. Robert Bauval, *Secret Chamber*, óp. cit., prólogo y epílogo.

134. *Dossiers: Histoire et Archéologie*, volumen 101, enero de 1986.

135. Gérard Bauer, *Tableaux Choisis: Paris*, p. 41.

136. Lacouture, óp. cit., Epílogo, «L'absent Obelisque» por Jean Vidal, p. 731.

Capítulo 14. La piedra angular

1. David Ovason, *The Secret Zodiacs of Washington D. C.: Was the City of Stars Planned by Masons?*, Century Books, 1999, p. 76. [Trad. esp.: óp. cit.]

2. Véase E. C. Krupp, *In Search of Ancient Astronomies*, Chatto & Windus, Londres, 1979. [Trad. esp.: *En busca de las antiguas astronomías*, Pirámide, Madrid, 1989.]

3. Ovason, óp. cit., p. 5. El lector encontrará un análisis más completo en Norman Lockyer, óp. cit.

4. Aunque la ceremonia de «Isis como fuente de regeneración», celebrada en París el 10 de agosto de 1793, estaba relacionada con una fecha política, es inevitable que despierte nuestra curiosidad el simbolismo implícito: Isis en un trono flanqueado por leones, con el agua saliéndole a borbotones de los pezones. Aquel día, la estrella Sirio tenía una salida cósmica al amanecer junto con el sol que, en aquella época, estaba en Leo. En el antiguo Egipto, el simbolismo era evidente: la diosa Isis llevaba las aguas regeneradoras de la crecida del Nilo más o menos en aquella época del año. No parece probable que los organizadores de aquella ceremonia en París desconocieran aquella vinculación. Como ya hemos destacado, el artista y propagandista Jacques-Louis David había enseñado simbolismo a Picot, que, en 1827, pintó a Isis sobre el trono del león en el Louvre.

5. Steven Bullock, óp. cit., p. 137.

6. Pick y Knight, óp. cit., p. 275.

7. William Adrian Brown, *History of the George Washington Masonic Memorial*, 1980, pp. 8-9.

8. Ibídem, p. 56.

9. Ibídem, p. 9.

10. Bernard Weisberger, *Statue of Liberty: First Hundred Years*, p. 30; véase también James Lloyd, *Beyond Babylon*, p. 103.

11. Galtier, óp. cit., p. 19.

12. Ibídem, p. 150.

13. Kerisel, óp. cit., p. 176.

14. Ibídem, p. 138.

15. *«Statue of Liberty», The Reader's Digest Companion to American History*, 1 de enero de 1991.

16. Bernard Mathieu, «Le Phare d'Alexandrie», en *Egypte, Afrique et Orient*, número 6, Aviñón, septiembre de 1997, p. 14.

17. Naudon, óp. cit., p. 170.

18. Ibídem, p. 167.

19. Naudon, óp. cit., p. 171.

20. Chevallier, óp. cit., volumen II, p. 487.

21. Garibaldi asumió el mando en sustitución de Salvatore Zola, un italiano que vivía en Egipto y era familiar del famoso novelista francés Emile Zola. Salvatore Zola había combatido con Garibaldi en la década de 1850. Posteriormente, en 1896, Zola se apartó de la francmasonería y acabó su vida en un manicomio; véase Galtier, óp. cit., p. 153; véase también *Dossiers de l'histoire*, 2117 RD 7, pp. 116-119.

22. *Freemasonry Today*, número 19, enero del 2002, p. 12.

23. Robert Bauval, *Secret Chamber*, óp. cit., epílogo. Véase también R. Lomas y C. Knight, *The Second Messiah*, Arrow Books, Londres, 1998, p. 288. [Trad. esp.: *El segundo mesías: los templarios, la Sábana Santa de Turín y el gran secreto de la masonería*, Planeta, Barcelona, 2004.] Asimismo, en su ensayo «Origins of Freemasonry», Tom Paine escribió estas palabras crípticas: «Para protegerse de la persecución de la Iglesia cristiana, los masones siempre han utilizado una manera mística de referirse a la figura del sol en sus logias o, como el astrónomo Lalande, que es masón, han guardado silencio al respecto».

24. Fuente: Skymap Pro versión 7. Es el 5 de agosto para la latitud de Heliópolis (30 grados Norte). En Nueva York, que está a una latitud de 44,5 grados, la salida helíaca en 1884 se habría producido alrededor del 12 de agosto. Es posible que Bartholdi optara por el significado egipcio, «más auténtico». Curiosamente, más adelante volveremos a encontrar la fecha del 12 de agosto, cuando analicemos el trazado de Washington D. C.

25. Véanse Martin Isler, «The Gnomon in Egyptian Antiquity», en *JARCE*, XXVIII, 1991, pp. 167-168, y también M. Isler, «An Ancient

Method of Finding and Extending Directions», en *JARCE*, XXVI, 1989, pp. 201-202. Véase también E. C. Krupp, *In Search of Ancient Astronomies*, óp. cit., pp. 197-199. Véase también Norman Lockyer, óp. cit., pp. 192-195.

26. Wallis Budge, *Cleopatra's Needle and other Egyptian Obelisks*, óp. cit., p. 166. Al principio, los dos obeliscos habían pertenecido a Tutmosis III (alrededor del 1550 a. de C.), el gran faraón guerrero, a menudo llamado el «Napoleón de la XVIII dinastía egipcia [Martina D'Alton, *The New York Obelisk*, Metropolitan Museum of Arts, Nueva York, 1993, p. 3], y habían adornado el templo del dios del Sol, Atum-Ra, en la antigua Anu (On), la ciudad del sol [Habachi, óp. cit., pp. 165-167]. También había habido otros tres pertenecientes a Tutmosis en Luxor, en el templo de Amun en Karnak [Wallis Budge, *Cleopatra's Needle and other Egyptian Obelisks*, óp. cit., p. 129]. En el obelisco de Nueva York (llamado erróneamente *La aguja de Cleopatra*), las inscripciones jeroglíficas confirman que el faraón Tutmosis III (literalmente, el «hijo de Thot») era «gobernador de Heliópolis» y que fue él quien hizo hacer aquellos dos obeliscos para su «padre», Atum-Ra, el «Señor de Heliópolis» [Wallis Budge, *Cleopatra's Needle and other Egyptian Obelisks*, óp. cit., p. 172].

27. Martina D'Alton, óp. cit., pp. 42-44; véase también Labib Habashi, óp. cit.; véase también Wallis Budge, *Cleopatra's Needle and other Egyptian Obelisks*, óp. cit.

28. Robert Bauval, *El misterio de Orión*, óp. cit., Epílogo.

29. Richard W. Noone, *5/5/2000, Ice: The Ultimate Disaster*, Three Rivers Press, Nueva York, 1982, p. 19.

30. Martina D'Alton, óp. cit., pp. 41-42.

31. Ibídem, p. 12.

32. Pick y Knight, óp. cit., p. 331; véase también Bauval, *Secret Chamber*, óp. cit., p. 185.

33. Galtier, óp. cit., pp. 429-431.

34. Ibídem, p. 153.

35. Ibídem, p. 152.

36. Noone, óp. cit., p. 19.

37. Ibídem, p. 20; véase también D'Alton, óp. cit., p. 27.

38. D'Alton, óp. cit., p. 27.

39. Ibídem, p. 10.

40. Ibídem, p. 42.

41. Ibídem, p. 44.

42. Ibídem, p. 25.

43. S. Coolidge, *A Short History of the City of Philadephia from its Foundation to the Present Time*, Arden Press, 1880, capítulo 3. También se ha sugerido que Penn se inspiró en un plano de una ciudad utópica del Renacimiento hecho por Cataneao en 1567, aunque parece poco probable.

44. David Ovanson, óp. cit., p. 41.

45. Thomas Paine, «Origins of Freemasonry», óp. cit.

46. Ibídem.

47. Utilizando Using Starry Night Pro versión 4, para la época 1683 d. de C. Las fechas corresponden al calendario gregoriano. En Gran Bretaña y las colonias se seguía usando el calendario juliano, aunque el Vaticano lo había introducido en el año 1582. Es posible que en aquella época los cuáqueros utilizasen el calendario solar / gregoriano.

48. Thomas Holme, *Portrait of the City of Philadephia*, 1683.

49. *The Pennsylvania Freemason*, volumen XLIII, número 2, mayo de 1996.

50. Naudon, óp. cit., p. 181. A menudo se cita la Logia de San Juan, de Boston, como la primera que posee una documentación formal que demuestra su origen.

51. Pick y Knight, óp. cit., p. 271.

52. Ibídem, p. 271.

53. Ridley, óp. cit., p. 92.

54. Baltrušaitis, óp. cit., pp. 201-208.

55. Thomas Paine, «Origins of Freemasonry», óp. cit.

56. Ibídem.

57. Naudon, óp. cit., p. 32.

58. Ibídem, p. 81.

59. Ibídem.

60. Jacques Debu-Bridel, óp. cit., p. 27.

61. Ibídem, p. 29.

62. Naudon, óp. cit., p. 198.

63. Véase http://www.srmason-sj.org/web/temple.htm.

64. Albert Pike, *Morals and Dogma of the Ancient and Accepted Scottish Rite of Freemasonry*, preparados para el Consejo Supremo del Grado 33 de la Jurisdicción Meridional de Estados Unidos, Charleston, 1871, p. 486.

65. Dr. Rex R. Hutchens, *Albert Pike – The Man not the Myth*, discurso pronunciado ante el Consejo Supremo del Grado 33 de la Jurisdicción Meridional, el 17 de octubre de 1989.

66. Albert Pike, óp. cit.

67. Robert Temple, *The Sirius Mystery*, Century, Londres, 1998, p. 404. [Trad. esp.: *El misterio de Sirio*, Martínez Roca, Barcelona, 1982.]

68. *Argonáutica*, 2518 y ss. y 3958 y ss.

69. *Phaenomena*, 328.

70. *Encyclopaedia Britannica*, volumen 9, p. 65.

71. *The Scottish Rite Journal*, véase http://srjarchives.tripod.com/1998-03/beless.htm

72. Ibídem.

73. Ibídem.

74. Al final, Paine envió la llave a George Washington; en la actualidad se exhibe en la casa de Washington en Mount Vernon.

75. Baltrušaitis, óp. cit., pp. 52-53.

76. Manly P. Hall, *Rosicrucian and Masonic Origins*, óp. cit., pp. 408-409.

77. Se obtienen sumando las veintidós letras del alfabeto hebreo a las diez *Sefirot.*

78. Lobingier, óp. cit., p. 4.

79. *Theosophy Magazine*, volumen 27, número 2, diciembre de 1938.

80. Thomas Edison, «The Philosophy of Paine» (7 de junio de 1925), en Dagobert D. Runes (editor), *The Diary and Sundry Observations*, 1948.

81. Véase el artículo de David Cody, profesor adjunto de Inglés, Hartwick College, en la página http://www.victorianweb.org/history/hist7.html. William Blake acababa de terminar su poema «The French Revolution» y ya alimentaba su visión poética de convertir Inglaterra y la ciudad de Londres en una Nueva Jerusalén. A pesar de no ser francmasón, Blake fue el autor del famoso grabado del Ser supremo como gran arquitecto de la creación, empuñando el compás en el acto de la creación, al que tan aficionadas son las publicaciones masónicas.

82. Estamos muy agradecidos a Mimi Murray, licenciada de la Universidad Johns Hopkins, que nos facilitó su tesis doctoral sobre Pierre Charles L'Enfant.

83. Biblioteca del Congreso, *Washington Papers.*

84. La Sociedad de los Cincinnati se formó el 13 de mayo de 1783 en Verplanck House, en Fishkill, Nueva York. Los primeros capítulos se limitaban a las trece colonias americanas y a Francia. La Sociedad fue principalmente idea del general de división Henry Knox, comandante de artillería del Ejército continental y primer ministro de Guerra de Esta-

dos Unidos. Knox fue secretario general de la Sociedad durante la presidencia de George Washington y conservó el cargo hasta su muerte, en 1799. Podían ingresar en la Sociedad los oficiales que hubiesen prestado servicio durante la guerra. De los aproximadamente seis mil oficiales que habrían podido ingresar, sólo se incorporaron 2.403, en su mayoría procedentes de la zona de Delaware. También decidieron incorporarse unos doscientos cincuenta oficiales franceses.

85. *Washington Post*, 13 de diciembre del 2001, p. CO1. Entre los presidentes que pertenecieron a los Cincinnati, cabe mencionar a Jackson, Taylor, Pierce, Buchanan, Grant, Cleveland, Benjamin Harrison, McKinley, Theodore Roosevelt, Franklin D. Roosevelt, Taft, Wilson, Harding, Hoover y Truman. La sede central de la organización ocupa las cincuenta habitaciones de la Anderson House, en el número 2.118 de la avenida Massachusetts NW, en Cincinnati. El último de sus miembros originales murió en Nueva York en 1854 y en la actualidad la Sociedad sigue funcionando, aunque sólo admite a los descendientes directos de los miembros originales.

86. Bullock, óp. cit., p. 130.

87. Además, Jean Jules Jusserand ganó el Premio Pulitzer de Historia en 1917.

88. De Jean Jules Jusserand (1855–1932), *With Americans of Past and Present Days*, 1916.

89. Véase *The Journal of Andrew Ellicott*, 1803.

90. H. Paul Caemmerer, *The Life of Pierre Charles L'Enfant*, De Capo Press, Nueva York, 1950, p. 135.

91. Ibídem, p. 167.

92. Sin embargo, Ellicott sí que cambió la alineación de la avenida Massachusetts y suprimió como cinco avenidas troncales cortas. También añadió otras dos avenidas troncales cortas al sudeste y al sudoeste del Capitolio estadounidense, además de participar en el proceso de poner nombre a las calles.

93. Michael Baigent y Richard Leigh, *The Temple and the Lodge*, óp. cit., p. 262; Ovason, óp. cit., pp. 42-43.

94. Primera edición impresa del plano de L'Enfant, G3850, 1792, L4 Vault.

95. Número de marzo de 1793, pp. 155-156, publicado en Filadelfia por William Young, librero, con domicilio en el número 52 de la Calle Segunda, esquina con la calle Chestnut. En realidad, varios meses antes, en noviembre de 1792, Thackara y Vallance habían publicado una ver-

sión más grande de este mapa. El mismo mapa apareció también frente a la carátula de *Observations on the River Potomack, the Country adjacent and the City of Washington*, de Tobias Lear, y fue impreso por Samuel Loudon e Hijo, con domicilio en el número 5 de la calle Water, Nueva York, 1793.

96. Información tomada de la *Encyclopaedia Britannica.*

97. Ovason, óp. cit., p. 42.

98. Ibídem, p. 83.

99. Aunque en general se dice que fue el diseño de Le Nôtre para Versalles, y no el de París, el que influyó en L'Enfant, la similitud del trazado axial principal de Washington D.C. con el de París es demasiado sorprendente para pasarla por alto. Véase *Washington Architecture 1791-1957*, preparado por un comité del Washington-Metropolitan Chapter American Institute of Architects, Reinhold Publishing Corporation, Nueva York, 1957, pp. 5 y 36.

100. R. Cameron, *Above Washington*, Cameron & Company, San Francisco, 1979, ilustración de la p. 81.

101. Cameron, óp. cit., ilustración de la p. 42.

102. Esta nueva Bolsa también fue destruida por un incendio en 1838. La Royal Exchange actual se construyó en 1842-1844 y aparentemente costó 150.000 libras esterlinas de aquella época.

103. Tomado de *The Last Will and Testament of Sir Thomas Gresham*, publicado en Londres en 1765.

104. Robert Lomas, *The Invisible College*, óp. cit., p. 292.

105. Tinniswood, óp. cit., p. 150.

106. Manuscrito Ashmole, 242, f. 78; véase C. H. Josten (editor), *Elias Ashmole (1617-1692) His Autobiographical and Historical Notes, His Correspondence and other Contemporary Sources relating to his Life and Works*, editado con una introducción biográfica, en 5 volúmenes, Oxford University Press, Oxford, 1966, volumen 3, pp. 1 y 112. Esta entrada de Elias Ashmole va acompañada por un horóscopo astrológico y lleva unas notas del astrólogo William Lilly [véase Annabella Kitson (editora), *History of Astrology*, Mandala-Unwin Paperbacks, Londres, 1989, p. 200.]

107. Ibídem, número 4.

108. Annabella Kitson (editora), óp. cit., pp. 199-204.

109. Manuscrito Ashmole, 1.136, f. 53; citado en C. H. Josten, óp. cit., volumen 4, p. 1432.

110. Annabella Kitson (editora), óp. cit., pp. 199-200.

111. El calendario gregoriano no se introdujo en Inglaterra hasta 1752.

112. Véase el conversor de calendario en la siguiente página de Internet: http://www.fourmilab.ch/documents/calendar/.

113. Aparentemente, la Declaración de Independencia se votó en el Congreso el 2 de julio de 1776 y fue aprobada por unanimidad el 4 de julio; a continuación, se leyó públicamente el 8 de julio; véase Ovason, óp. cit., pp. 142-143. En realidad, el 23 de junio de 1776 (según el calendario juliano) se convierte exactamente en el 4 de julio de 1776 (según el calendario gregoriano).

114. El lector encontrará una exposición detallada del motivo por el cual Virgo tenía importancia para Washington D. C. en Ovason, óp. cit., apéndice pp. 357-391.

115. Ovason, óp. cit., p. 379.

116. El escritor Michael Baigent publicó en *Freemasonry Today* (volumen 15, 1999) un análisis muy crítico de la teoría astrológica de Ovason para Washington D. C. En una conversación privada con Baigent, durante el proceso de escritura de *Talismán*, el autor informó a Bauval que Ovason parecía saber muy poco de astrología y que su libro incluía numerosos errores; además, había varios errores astronómicos. De todos modos, la investigación detallada y meticulosa de Ovason sobre la documentación y los registros de todo lo que rodeó el diseño y la construcción de Washington D. C. es excelente y nos ha resultado muy útil mientras escribíamos *Talismán*.

117. Ovason, óp. cit., p. 118.

118. El único documento escrito que se conserva de esta importantísima ceremonia masónica es una breve carta unánime que se publicó en uno de los periódicos de Charleston cuando la Logia Georgetown Número 9 de Maryland se reunió allí para la ceremonia de colocación de la piedra angular, el sábado 13 de octubre de 1792. La piedra angular se colocó en el ángulo sudoccidental de la casa del presidente, que posteriormente se llamaría la Casa Blanca al ser pintada de blanco después de que en 1814 la chamuscaran los disparos de los cañones de la artillería británica.

119. Según la observación de Ovason del sol poniente el 12 de agosto en la avenida Pensilvania, el eje debería haber estado entre los 20 y los 22 grados, según la altura del observador. Así lo reconoció Ovason en sus notas (véase Ovason, óp. cit., p. 456, nota 69).

120. Casi todos los días del año. La estrella no se ve por la noche

durante aproximadamente dos meses y medio. David Ovason manifiesta en su libro *La arquitectura sagrada de Washington* que la alineación desde la Casa Blanca hasta el Capitolio (es decir, a lo largo de la avenida Pensilvania) fue diseñada a propósito para apuntar al sol poniente (véase la p. 337). Teniendo en cuenta la importancia que tiene para Ovason el hecho de que la estrella egipcia de cinco puntas que es el símbolo de Sirio esté integrada en la estructura de la Declaración de Independencia y en la ceremonia de colocación de la piedra angular del Monumento Nacional a Washington (el obelisco), es curioso que no se diera cuenta de la significativa alineación estelar a Sirio del eje Casa Blanca-Capitolio a lo largo de la avenida Pensilvania.

121. Ovason, óp. cit., p. 337.

122. Ibídem, p. 456, nota 69. Sin embargo, como no sabía desde qué posición elevada habían hecho sus observaciones Ellicott y L'Enfant, Ovason decidió establecer su alineación solar mediante observaciones directas del 6 al 12 de agosto.

123. Ibídem, pp. 47 y 58.

124. Ibídem, p. 127.

125. Ibídem.

126. Peter Tompkins, *The Magic of Obelisks*, Londres, 1981, pp. 322-329.

127. Ovason, óp. cit., p. 129.

128. Citado en Ovason, óp. cit., p. 87, de J. J. Lalande, *Astronomie par M. de la Lande*, París, 1731, 2.ª edición en 4 volúmenes, volumen I, p. 245.

129. Según StarryNight Pro. versión 4, este acontecimiento tuvo lugar a las 16, aproximadamente.

130. Ovason, óp. cit., p. 137.

131. Naudon, óp. cit., p. 79.

132. El Pentágono se concibió a petición del general de brigada Brehon B. Sommervell, jefe del Departamento de Construcción de la Intendencia General, un fin de semana de mediados de julio de 1941, con el objeto de brindar una solución transitoria a la grave falta de espacio del Ministerio de Guerra. El edificio se inauguró el 15 de enero de 1943, casi exactamente dieciséis meses después de que se colocara la primera piedra.

133. Véase el artículo de Bernard Tate en *Headquarters US Corps of Engineers*, en la página: http://www.hq.usace.army.mil/cepa/pubs /oct01 /story4.htm.

134. Robert Cameron, óp. cit., edición de 1996, p. 32.

135. El vicepresidente de F. D. Roosevelt, Harry Truman, «recibió los grados en la Logia Belton Número 450 y organizó y fue miembro fundador de la Logia Grandview Número 618. Luchó en Francia como capitán del Ejército de Estados Unidos durante la primera guerra mundial. Durante varios años fue conferenciante del distrito y Gran Maestro delegado. En 1940 fue elegido Gran Maestro de los masones de Missouri. Siempre dijo que aquel fue el máximo honor que le había sido concedido. Recibió la primera Medalla Gourgas del Rito Escocés, NMJ, que le fue concedida mientras era senador. Colaboró con los hombres y las mujeres del Ejército a través de la Asociación de Servicio Masónica durante la segunda guerra mundial. Fue elegido vicepresidente en 1944 y llegó a ser presidente a la muerte de Franklin D. Roosevelt (que era masón) el 12 de abril de 1945. Murió el 26 de diciembre de 1972 y el día 28 fue enterrado en la sede de su biblioteca con un ritual impresionante que incluyó el único funeral masónico emitido jamás por la televisión mundial.

136. Robert Bauval, *Secret Chamber*, óp. cit., capítulo 7.

Apéndice. El día que sacudió al mundo

1. De esto se habló también en SkyNews.

2. El impulso original para la creación del Estado de Israel en 1948 había comenzado con la llamada Declaración Balfour, el 2 de noviembre de 1917. Arthur James Balfour (1848-1930) fue un político británico que mantuvo una posición fuerte dentro del Partido Conservador durante cincuenta años. Fue primer ministro desde 1902 hasta 1905 y ministro de Asuntos Exteriores desde 1916 hasta 1919. Muchos investigadores masónicos creen que lord Balfour era francmasón, aunque la Gran Logia Unida lo niega. De todos modos, a instancias de los dirigentes sionistas Chaim Weizmann y Nahum Sokolow, Balfour escribió al barón Rothschild, un destacado financiero inglés y líder del movimiento sionista en el Reino Unido. La famosa carta que envió desde el Ministerio de Asuntos Exteriores fue escrita en papel sin membrete:

> Estimado lord Rothschild:
>
> Me complace transmitirle, en nombre del gobierno de Su Majestad, la siguiente declaración de simpatía con las aspiraciones de los judíos sionistas, que ha sido presentada al Gabinete y aprobada.

«El gobierno de Su Majestad es favorable al establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y pondrá todo su empeño para facilitar la consecución de este objetivo, entendiéndose claramente que no se hará nada que perjudique los derechos civiles ni religiosos de las comunidades no judías que hay en Palestina, ni los derechos ni la situación política de la que gozan los judíos en los demás países.»

Le agradeceré que ponga esta declaración en conocimiento de la Federación Sionista.

Atentamente,

Arthur James Balfour

3. Robert Rockaway, «FDR's Plan For a Jewish State in Palestine», *Israel Insider* (revista diaria de noticias israelí), 25 de diciembre del 2002; véase también Robert H. Abzug, *America Views the Holocaust 1933-1945: A Brief Documentary History*, St. Martin's, Bedford, 1999, pp. 134-135.

4. Se dice a menudo que Mark Clifford fue quien presionó realmente a Truman en esta cuestión, aunque, en palabras del propio Clifford, «el presidente Truman ha dicho que quería que yo le preparase el caso de la creación de una patria judía como si se tratase de un caso que hubiese que presentar ante el Tribunal Supremo».

5. Al final, no se usó la Biblia masónica, aparentemente por temor a que se estropeara por las malas condiciones meteorológicas reinantes el día que George W. Bush juró como presidente.

Índice onomástico

Abd al-Malik, 282, 495
Abdera, Hecateo de, 136
Abdul Hamid I, 390
Abercrombie, general, 396
Abiff, Hiram, 268, 331
Abraham, 92, 251, 281, 326
Adami, Tobías, 199, 224, 225
Adams, John, 445
Adán, 65, 326
Adriano, emperador, 166
Afrodita, 145, 146, 400
Agustín, san, 92
Ajenatón, 149
Al-Ashraf Khalil, 285, 286
Al-Walid, califa, 282
Alejandría, Clemente de, 87, 88, 335
Alejandro IV, 154, 160
Alejandro V, 83
Alejandro VI, 98-100, 172
Alejandro VII, 273
Alejandro-Helio, 154
Alejandro Magno, 67, 130-133, 136, 139, 141, 145, 148-150, 154, 157, 160, 163, 166, 354, 388, 392, 393, 397, 424, 428, 478, 479
Alstyne, John van, 485
Amaury, Arnaud, 51, 52, 54
Amintas II de Macedonia, 141
Amón, 132, 134-137, 141, 149, 158, 302
Amón-Ra, 132, 133, 152, 415
Ana de Austria, 201, 203, 205, 206, 259, 354, 425
Ana de Gran Bretaña, 319
Anderson, James, 250, 269
Andreae, Johann Valentin, 218, 223-225, 237, 249
Anhalt, Augusto de, 229
Anhalt, Cristian de, 229, 230, 232
Anthony, Francis, 249
Anthony, Jesse B., 444
Antin, duque de, 337
Antínoo, 166
Anubis, 108, 136
Appleby, Derek, 474
Apis, 74, 108, 138, 155, 156
Apolo-*Sol Invictus*, 397, 398
Aquiles, 459
Aquino, Francesco, 338
Aquino, Luigi, 338
Arecco, Davide, 101
Aristóteles, 48, 95, 141, 142, 144, 181, 188, 193
Arriano, 148
Arses, 135
Artajerjes III, 135
Artois, conde de. Véase Carlos X
Asclepio, 104-107, 119, 124, 129, 184
Ashmole, Elias, 254, 257, 258, 263, 302, 471, 474
Astier, barón de, 35
Aston, Nigel, 39

Attallah, Hashem, 101
Attalos, 157
Aubry, *mademoiselle*, 21
Aufrère, Sydney H., 139, 146, 147
Augebert, Jean-Michel, 138, 139
Aulard, François, 377, 378
Autier, Pierre, 295
Auzout, Adrien, 275
Ayen, duque de, 454

Baal, 333
Baco, 146
Bacon, Francis, 239-247, 249, 251, 254-256, 262, 290, 300
Bagoas, 135
Baigent, Michael, 467
Balduino I de Jerusalén, 280, 283
Baltru?aitis, Jurgis, 379
Barber, Martin, 292-294
Baring, Anne, 378
Barker, Felix, 314
Barras, Paul de, 389
Bartholdi, Frédéric-Auguste, 436-442
Basilio, monje, 56
Basset, 395
Bauval, Robert, 384, 426-431, 482, 484, 486
Beauharnais, Émilie de, 390
Beauharnais, Eugène de, 389
Beauharnais, vizconde de, 389
Beless, James W., 460
Belge, Lemaire de, 345
Bélibaste, Guillermo, 128
Bell, Lany D., 426
Belley, Auguste, 436
Belzoni, Giovanni, 417
Ben-Gurion, David, 489, 493-495
Bendocdar, sultán de Egipto, 325
Berchère, Narcisse, 436
Bernand, André, 149
Bernini, Gian Lorenzo, 269, 273-275, 303, 305, 347, 354
Berrier, sacerdote, 379
Berry, duque de, 407, 408
Berthollet, Claude Louis, 150
Besario, 85
Bessel, Frederick, 37
Biasini, Émile, 421
Bibent, arquitecto, 417
Bin Laden, Osama, 489-491
Blacas d'Aulps, duque de, 414
Blake, William, 463
Blavatsky, H. P., 360
Bonaparte, Charles, 402
Bonaparte, Jerónimo, 402
Bonaparte, José, 402
Bonaparte, Josefina, 150, 389, 390, 393-397, 399, 400, 402, 405, 414, 482
Bonaparte, Luis, 402
Bonaparte, Napoleón, 22, 24, 38, 147, 150, 151, 274, 347, 359, 360, 389-406, 409, 412, 413, 419, 422, 436, 479
Bonfons, Pierre, 345
Bonneville, Nicolas de, 369, 452, 461
Borbón, duque de, 337
Borbón-Dos Sicilias, María Carolina de, 408
Borgia, César, 98, 99
Borgia, Lucrecia, 98, 172
Borgoña, duque de, 322
Boullée, Étienne-Louis, 26, 386, 422
Boylan, Patrick, 161
Boyle, Robert, 253, 254, 263
Bramante, Donato, 271
Breul, Jacques du, 345
Brienne, condesa de, 344
Brodie, William, 440
Browne, Mary, 266
Bruce, Robert, 289, 325
Bruck, Roelof van den, 60
Bruno, Giordano, 101, 176, 177-194, 200, 206, 207, 213, 214, 222-224, 227, 236, 237, 241, 251, 273, 288, 303, 305, 306, 337, 357, 358, 441
Bry, Johann Theodore de, 242
Buckingham, duque de, 202
Buonarroti, Miguel Ángel, 271
Burattini, Tito Livio, 304
Burke, Edmund, 462
Burl, Aubrey, 293
Bush, George H. W., 495
Bush, George W., 485, 495
Bush, Laura, 485

Cagliostro, conde de, 337-344, 355-360, 362, 365, 366, 386, 391-393, 399, 413, 436, 462, 482
Calígula, 270, 271

Calístenes, 137, 140, 142, 143
Calixto III, 98
Cambises, 134, 150
Cameron, Robert, 470, 484
Campanella, Tommaso, 115, 192-200, 202-211, 213, 222, 225, 231, 236, 237, 351, 359, 265, 266, 273, 290, 306, 337, 354, 430, 431, 441
Canopus, 144
Cantanei, Vanozza, 98
Caracalla, 166
Carbonnel de Canisy, Félicité de, 390
Cardia, Jerónimo de, 136
Carlomagno, 203, 398, 399
Carlos I de Gran Bretaña, 252, 253, 256, 257-259, 305, 365
Carlos II de Gran Bretaña, 259-263, 266-268, 276-278, 308, 311, 312, 317, 318, 321, 445, 446, 471, 473
Carlos IV el Hermoso, 203
Carlos VIII de Francia, 91, 98
Carlos IX de Francia, 172-174
Carlos X, 22, 23, 25, 406, 407, 410, 412, 414, 416
Carlos Luis, elector del Palatinado, 254, 256, 268, 365
Carnot, Lazare, 40
Cartelier, escultor, 18
Carter, Jimmy, 495
Casaubon, Isaac, 112, 113
Cashford, Jules, 378
Castelnau de Mauvissiere, Michel de, 180
Cástor, 144
Catalina de Medici, 172-174, 200
Catalina la Grande, 341
Cavour, Camillo Benso de, 438
Chamans, Antoine, 390
Chambrun, conde de, 31, 453
Champagne, conde de, 283
Champier, Symphorien, 92
Champollion, Jean-François, 22, 25, 412, 418, 430
Charles, Hippolyte, 393, 394, 396
Charnay, Geoffroi de, 288
Chartres, duque de, 176, 337
Château-Thierry, duque de, 323
Chaumette, Pierre-Gaspard, 375, 376, 379, 380, 382, 383
Cheysson, Claude, 423
Childeberto, 346
Childerico I, 19
Chinard, Joseph, 21
Choiseul, condesa de, 344
Choiseul, duque de, 393
Choiseul, duquesa de, 393
Churton, Tobias, 111
Cibeles, 20, 21, 378, 379, 404, 405
Cicerón, Marco Tulio, 94, 335
Cime, Éforo de, 136
Cinq-Mars, 204
Ciotto, Giovanni Battista, 188
Cirilo, 75, 76
Ciro I, 134
Claraval, Bernardo de, 283, 284
Clement, Jacques, 176
Clemente V, 287, 288, 291, 296
Clemente VII, 172
Clemente VIII, 188, 189, 196
Clemente XII, 358
Cleomenes, 157
Cleopatra, 146, 154, 164, 165
Clermont, conde de, 337
Clifford, Mark, 494
Clodoveo I, 19
Cobham, Henry, 180
Cody, David, 463
Colbert, Jean Baptiste, 274
Coligny, Gaspar de, 173
Collaveri, François, 402
Colón, Cristóbal, 289-291
Comenio, 254-256, 262, 264
Condé, duque de, 187
Condorcet, marqués de, 368, 372, 391, 452, 461
Constantino el Grande, 70, 271
Conte, ingeniero, 150
Copérnico, Nicolás, 89, 179, 180, 182, 185
Corbin, Henry, 360
Correggio, Giovanni Mercurio da, 90
Corrozet, Gilles, 345, 402
Cortot, Jean-Pierre, 404
Cossutta, Araldo, 342
Cotin, Guillaume, 187
Crispo, 70
Croll, Oswald, 229
Cromwell, Oliver, 257-260
Cromwell, Richard, 260

Cronin, Vincent, 394
Crowley, Aleister, 360
Curl, James, 385, 386

D'Alton, Martina, 443
Dacier, *monsieur*, 413
Danton, George-Jacques, 27, 32, 34, 368, 369, 372, 375
Darío I, 134
Darío III, 135, 149
David, figura bíblica, 246
David, Jacques-Louis, 18, 20, 23, 27, 38, 373, 374, 377, 380, 381, 397, 416, 425, 457, 463
Deane, Silas, 31, 453, 454
Decazes, Élie, 407, 408, 410, 414
Decio, 69
Dee, John, 182, 183, 227-229, 233, 247
Demofón, 157
Désaguliers, Jean Théophile, 320
Descartes, René, 264
Desmoulins, Camille, 368, 369
D'Estaing, conde, 31, 453
Devereux, Penélope, 182
Diana, 153
Diana-Artemisa, 137, 138
Dickson, Donald R., 249
Diderot, Denis, 372
Dietrich, *madame*, 390
Diocleciano, 69, 70, 166
Diodoro Sículo, 87, 93, 99, 136, 137, 156, 341
Diógenes, 335
Dioniso, 69, 134, 146, 153, 154, 303
Dios, 33, 34, 43, 44, 54, 56-59, 64-67, 73-75, 80, 81, 96, 97, 119-121, 123, 127, 129, 175, 205, 215, 220, 230, 238-240, 243, 246, 250, 261, 268, 272, 276, 277, 281, 285, 288, 297, 299, 301, 303, 311, 313, 330, 332-334, 350, 372, 373, 375, 376, 387, 395, 398, 490, 494
Domie, geólogo, 150
Dreux-Brézé, marqués de, 370
Drovetti, Bernardino, 417
Drury, John, 256
Dubois, François, 422
Duburcq de Rivery, Aimée, 390
Duché, Jean, 202, 401
Dupuis, Charles, 37, 38, 383, 384, 402, 452
Eduardo I, 325
Eduardo II, 325
Eiffel, Alexandre Gustave, 437, 441
Eisenhower, Dwight, 495
Elías, 349, 350
Ellicott, Andrew, 466, 467, 476-478
Empereur, Jean-Yves, 152
Enoc, 91, 326
Enrique II de Francia, 173
Enrique III de Francia, 173-176, 178-180, 187, 188, 200, 206
Enrique III de Inglaterra, 325
Enrique IV de Navarra, 173, 176, 188, 200, 201, 229, 231, 274
Enriqueta de Inglaterra, 365
Enriqueta María, 252, 259
Enufis, sacerdote, 335
Epstein, Eliahu, 494, 495
Erasmo, 177
Estesícoro, 145
Estrabón, 158, 335
Euclides, 335, 447
Eugenio IV, 85
Eumenes, 157
Eurípides, 145
Eusebio de Cesarea, obispo, 71
Euthymius Zigabenus, 56
Eva, 65
Evans, Henry, 391
Evelyn, John, 261, 263, 266, 268, 278, 279, 304-306, 308, 312-315, 348, 468-472

Fairfax, Thomas, 257
Farrinor, Thomas, 276
Faucher, Jean-André, 32, 356, 364, 410
Fauchet, abate, 461
Faure, Edgar, 423
Fausta, 70
Favyn, André, 346
Fay, Bernard, 31, 32
Fayette, Louise de la, 204, 205
Federico, príncipe de Gales, 320
Federico II, 339
Federico IV, 226, 229
Federico V, 226-228, 230, 231, 236, 237, 254, 256, 257, 268
Feliciani, Lorenza, 338, 341, 343, 344
Felipe, 63
Felipe II de España, 175

Felipe III de España, 201
Felipe IV el Hermoso, 287, 288, 291, 295, 296, 325
Felipe Igualdad. Véase Orleans, duque de
Fénelon, François de Salignac de la Mothe, 322, 323
Fernando II, 232, 237
Fernando III, 363
Ficino, Marsilio, 86, 88-90, 92, 95, 96, 98, 100, 103, 177, 192, 209, 241, 251
Filipo II, 134, 136, 140-142
Fletcher, Angus, 248
Fludd, Robert, 229, 242
Foix, François de, 94
Fontaine, Pierre François, 403
Force, Peter, 480
Fouré, Pauline, 396
Fourier, Jean-Baptiste, 150
Fowler, Alastair, 248
Francisco I de Francia, 173
Franciso II, 173
Franklin, Benjamín, 28-31, 37, 39, 363, 368, 381, 387, 449, 450, 452, 453, 460-462, 467, 480, 481, 483, 485, 492
Fraser, James, 146
Freke, Timothy, 70, 80
French, Benjamin, 481
French, Robina, 258

Galilei, Galileo, 229
Gambetta, Léon, 419, 439
Gandy, Peter, 70, 80
Garcias, Jean-Claude, 423
Gardiner, Alan H., 161
Garibaldi, Giuseppe, 415, 438, 439, 441, 455
Gascoignes, William, 302
Gassendi, Pierre, 264
Gazerra, abate, 415
Gay, Joseph-Jean-Pascal, 26
Gebelin, Court de, 31, 358, 359, 368, 399, 461, 462, 481
Gerôme, Léon, 436
Giulia la Bella, 99
Gleichen, barón Von, 391
Gobel, Jean-Baptiste, 382, 383
Godechot, Jean, 27
Geoffroy Saint-Hilaire, Etienne, 150
Godwin, Joscelyn, 67, 231, 302, 360
Goethe, Johann Wolfgang von, 357
Gorringe, Henry Honeychurch, 443, 444
Gourdot, Paul, 371, 388
Grant, Jacques le, 345
Grant, Ulysses S., 440, 444
Grasse, conde de, 31, 453
Gravier, Charles, 452
Greaves, John, 304
Greeley, Horace, 440
Greenough, Horatio, 470
Gregorio, maestro, 271
Gregorio XIV, 94
Grenville, John, 260
Gresham, Thomas, 305, 315, 471, 472
Guenon, René, 360
Guicciardini, Francesco, 84
Guillotin, Joseph-Ignace, 368, 372, 460
Guimard, Paul, 421
Guirdham, Arthur, 293, 306
Guisa, conde de, 175, 176, 187
Guitaut, capitán, 205, 206
Gurdjieff, G. I., 360
Guyon, *madame*, 322

Haak, Theodore, 254, 256, 263
Hageo, 332
Halim Pashá, 444
Hall, Manly P., 358
Hamilton, Alexander, 465
Hancock, John, 30
Harding, Warren, 495
Hart, George, 155, 156
Hart, V., 311
Hartlib, Samuel, 255, 256, 262, 264
Hassan, Selim, 101
Hathor, 145, 150, 161
Haussez, 418
Headley, John, 195, 197-199
Hébert, Jacques-René, 375, 379, 380, 382
Heisler, Ron, 248, 249
Helena, 148, 400
Helena de Troya, 143-145, 400
Helios, 139, 148, 149, 152
Helvetius, Anne Catherine, 31, 453
Helvetius, Claude, 31, 453
Henderson, Peter, 334
Heraclio, 307
Herakles, 153

Hermes, 89, 91, 93, 94, 108, 109, 112, 114, 119, 133, 184-186, 222, 251, 261, 336, 378, 412, 428
Hermes Trismegisto, 79, 86-101, 104, 107-110, 112, 114, 116, 119, 161, 164, 168-170, 176, 177, 183, 184, 186, 207, 209, 210, 251, 336, 442
Herodes el Grande, 281
Heródoto, 87, 99, 132-134, 142, 143, 145, 153, 155, 158, 400
Heydon, John, 244, 245
Hibbert, Christopher, 270
Hilario, san, 148
Hipatia, 75
Hipólito, 80
Hiram Abiff, 268, 331
Holme, Thomas, 448
Homero, 133, 142-144, 459
Hooke, Robert, 266, 305
Horus, 107, 108, 130, 137, 147, 150, 153, 156, 157, 185
Hosni, Farouk, 425
Houdon, Jean-Antoine, 27, 344, 399, 460, 482
Hugo Capeto de Francia, 203
Hund, Karl von, 289, 339, 340, 361
Hurlbert, William, 443
Hutchinson, Thomas, 29
Hyde, Ralph, 314

Inocencio III, 50, 70, 76, 292, 293
Inocencio VIII, 98
Io, 379, 405
Ireneo, 73
Isaac, 92, 281
Isabel I de Inglaterra, 180, 182, 225-227, 239, 247, 248
Isabel Estuardo, 228, 242, 254, 256, 257, 365
Isaías, profeta, 57
Isis, 18-21, 23, 24, 36-38, 40-42, 98, 100, 107, 117, 126, 130, 138, 145-151, 153-156, 163, 165, 185, 246-248, 303, 326, 341, 344-346, 353, 354, 359, 366, 377-381, 383, 384, 397, 399, 400, 402-405, 114, 416, 428, 431, 435, 438, 441, 442, 451, 452, 456, 457, 459, 461-463, 482
Isis-Ceres, 354
Isis-Faria, 145-148, 154, 163, 438, 445
Isis-Sothis, 146
Ismael, jedive, 151, 436, 443
Isócrates, 335
Iversen, Eric, 99

Jabal, 250, 336
Jacob, 92, 341
Jacobo II, 318
Jacobo III, 318, 319
Jacobo Estuardo VI de Escocia (Jacobo I), 225-227, 230-232, 238-242, 247, 251, 252, 307, 327
Jacq, Christian, 162
Jámblico, 335
Jarman, arquitecto, 471
Jarre, Jean-Michel, 425, 426
Jefferson, Thomas, 28, 29, 39, 361, 363, 364, 387, 451, 460, 461, 463, 466-468, 480
Jehová, 45, 64, 67, 281, 297, 332, 493
Jerjes, 134
Jesucristo, 43, 55, 58, 63, 91, 97, 209, 216, 217, 289
Jomard, geógrafo, 150, 418
Jones, John Paul, 31, 453, 460, 465
Jones, Kathleen, 376
Jordan, Bernard-René, 367
Jorge I, 319
Jorge II, 320
JorgeIII, 450
José, 92, 341
Josué, 332
Josten, C. H., 473
Joyeuse, duque de, 175
Juan, san, 63, 319, 331, 349
Juan XXIII, 83
Juan Bautista, san, 319, 350
Juan Paleólogo, 85
Juana de Albret, 173, 174
Jubal, 250
Judas Tomás, 62
Juliano el Apóstata, 70, 148
Julio César, 271, 478
Junot, general, 396
Júpiter, 185, 186, 209, 238, 345, 346
Jusserand, Jean Jules, 466
Justel, Henri, 275
Justiniano, 79, 335

Kamil, Jill, 165, 167, 168
Keith, William, 449
Kelly, Edward, 183, 227
Keops, 161, 422
Kerisel, Jean, 39, 437
Kérouaille, Louise de, 321
Kircher, Athanasius, 302-305, 362, 363, 392
Kléber, Jean Baptiste, 397, 401, 402
Knigge, barón, 340, 361
Knight, Stephen, 334
Koestler, Helmut, 63
Komensky, Jan Amos, 254
Koppen, Frederick von, 339, 340

Laborde, Benjamin, 344
Laboulaye, Edouard de, 437
Lacombe, *mademoiselle*, 21
Lafayette, *madame* de, 40
Lafayette, marqués de, 31, 32, 39-41, 356, 366, 369, 388, 406, 409, 411, 412, 434, 439, 453-456, 460-462, 464, 465, 481
Lafayette, Oscar de, 437
Lagos, 154
Lagrange, Joseph-Louis de, 36
Lalande, Joseph Jérôme de, 30, 31, 36-38, 40, 41, 368, 380, 381, 383, 384, 387, 441, 452, 453, 461, 481
Lambert, Martin, 59
Lamech, 250
Langes, Savalette de, 391
Laski de Polonia, Alberto, 181, 182, 227
Lazzarelli, Ludovico, 90-93
Lebas, Jean-Baptiste Apollinaire, 418, 419, 430
Leda, 144
Ledoux, Claude-Nicolas, 385, 386, 422
Leheureux, Louis-François, 422
Leibniz, Gottfried, 392
Leicester, duque de, 192, 257, 410
Leigh, Richard, 467
Lenoir, Alexandre, 414
Lenormant, Charles, 417
León III, 20, 398
León el Magno, 76
Leopoldo II de Austria, 373
Lesseps, Ferdinand de, 415, 436
Lesseps, Mathieu de, 415, 417, 436
Lewis, Meriwether, 460
Lindsay, David, 265
Lindsay, Sofía, 265
Lisandro, 140
Lobingier, Charles Sumner, 36, 301, 462
Lockyer, Norman, 352
Lomas, Robert, 241, 263, 266, 300, 305, 472
Longfellow, Henry Wadsworth, 440
Louis-Stanislas-Xavier, conde, 22
Louvel, 407
Loyola, Ignacio de, 200, 303
Luis IX de Francia, 20, 392
Luis XIII de Francia, 201-203, 205, 211, 236, 252, 259, 264, 265, 274, 365
Luis XIV, 115, 206, 208-210, 259, 264, 265, 269, 273-277, 303, 318, 320, 322, 323, 337, 346, 348, 350, 351, 353-355, 365, 392, 420-422, 424, 425, 428, 431, 472, 477, 478
Luis XV de Francia, 22, 337, 344, 365
Luis XVI de Francia, 18, 22, 30, 35, 288, 337, 344, 355, 366-370, 372-374, 406, 419, 452, 454, 463
Luis XVIII de Francia, 22, 406-408, 410, 414
Luis Felipe I de Francia, 23, 366, 412, 416, 419
Lutero, Martín, 172, 266

Macedón, 136, 137
Mackey, Albert G., 361
Mahe, Jean-Pierre, 90, 92
Mahmoud, emir, 390
Mahmoud Bey, 151, 152
Mahoma, profeta, 209, 215, 217, 281, 282, 492
Maier, Michael, 229, 241, 242, 248, 249
Maillard, *mademoiselle*, 21
Manco Cápac, 404
Mandela, Nelson, 199
Manetón de Heliópolis, sacerdote, 150, 155
Manilio, 459
Marat, Jean-Paul, 27, 32, 34, 369, 375, 391
Marcos, san, 63, 169
Marco Antonio, 146, 154, 164
María Antonieta, 18, 22, 344, 355, 356, 359, 367, 369, 373, 374, 382
María Magdalena, 52, 54, 175

María Tudor, 182
Mariette, Auguste, 158, 159
Marlborough, duque de, 322
Martin, Henri, 437
Marvell, Andrew, 261
Massena, André, 401
Materno Cinegio, 74
Mathieu, Bernard, 147, 438
Maximiliano II, 94
Mazarino, cardenal, 259, 260
Mazzini, Giuseppe, 415, 438, 439
McCalman, Iain, 359, 360
McIntosh, Christopher, 225
McLean, Adam, 218-220, 222
Medici, Cosme de, 77, 78, 83, 85-88, 170
Medici, Giovanni de, 83
Medici, Lorenzo de, 98, 172
Medici, Margarita de, 174
Medici, María de, 201
Mehmed II, 85
Menelao, 145
Menidas, 157
Mercurio, 37, 90, 93, 109, 209, 251
Merlín, 248
Meroveo, 19
Mersenne, Marin, 264
Mesmer, Franz Anton, 365
Meyer, Jean, 205
Miguel, arcángel, 349, 350
Mills, Robert, 480
Mirabeau, Honoré Gabriel Riqueti de, 32, 356, 365, 366, 369, 370
Mirandola, Pico della, 92, 95, 96, 98, 100, 177, 223, 241
Mitra, 20, 67
Mitterrand, François, 24, 420-424
Mitterrand, Jean-Christophe, 420
Mocenigo, Zuane, 188, 189, 223
Módena, María de, 318
Mohamed Alí, jedive, 416, 417, 436
Mohamed Alí Pasha, 151
Mohamad El-Saghir, 426
Moisés, 92-94, 96, 97, 112, 281, 302, 311, 326, 336, 349, 403
Moitte, Jean-Guillaume, 403
Molay, Jacques de, 288, 329
Molinet, Claude du, 379, 404
Momo, 185
Momoro, *madame*, 21
Monge, Gaspard, 36, 38, 150, 151, 396, 397, 401
Monk, George, 260, 261
Monroe, James, 460, 465
Montbard, André de, 283, 284
Montespan, *madame* de, 337
Montford, Simón de, 284
Montgolfier, Joseph-Michel, 342
Montmor, Habert de, 264, 275
Montmorency-Luxembourg, duque de, 344, 356, 359
Montpeyroux, Renaud de, 52
Moray, Robert, 258, 263, 265-268, 304, 305, 471
Moro, Tomás, 210
Motte, condesa de la, 355, 356
Mozart, Wolfgang Amadeus, 191, 340
Mubarak, Hosni, 425
Muhammad Alí, 62, 63
Murat, Joachim, 402, 408

Naamah, 250
Nabucodonosor II, 164
Nanni, Giovanni, 99, 100
Nantes, *mademoiselle* de, 337
Napoleón III, 419, 436
Nasser, Gamal Abdel, 486
Naudon, Paul, 402
Necker, Jacques, 370
Nectanebo II, 135, 136, 139, 140, 149, 159
Nelson, Horatio, 393, 396, 400
Nerón, 69, 169
Nerval, Gérard de, 381
Newton, Isaac, 26, 320
Nicolás V, 271
Nicómaco, 141
Nimrod, 261, 446
Noailles, conde de, 454
Noailles, François de, 200
Noakes, Aubrey, 394
Noé, 250, 251, 326, 336
Nôtre, André Le, 274, 347, 350, 353-355, 405, 421, 423, 431, 464, 472, 476, 477
Numa Pompilio, 403
Nut, 126

Octavio (César Augusto), 168, 270, 397
Oldenbourg, Zoé, 54
Oldenburg, Henry, 267, 312

Olimpia, 132, 134-138, 140, 143
Omar, califa, 282
Orange, Guillermo de, 318
Orczy, Emmuska de, 375
Orfeo, 92
Orleans, duque de, 27, 323, 359, 360, 363-370, 385, 387, 391, 406, 411
Orleans, Luis Felipe de, 406, 411, 412
Osiris, 36, 38, 41, 64, 74, 99, 100, 107, 116, 126, 130, 134-137, 146, 153-158, 160, 209, 303, 333, 334, 345, 346, 379, 380, 405, 451, 461, 482
Oud-ja-Hor-esne, 150
Ovason, David, 37, 40, 433, 434, 475, 477, 478, 481, 482

Pablo, san, 195
Pablo III, 99
Paddy, William, 242
Padget, Steve, 310, 311
Paine, Thomas, 28, 446, 447, 450-452, 460-463
Palatinado, Isabel Carlota del, 365
Palli, Angelica, 414, 415
Palloy, Pierre-François, 18
Palmer, Barbara, 262
Palmer, Roger, 262
Paris, 144, 145
Partini, Anna María, 270
Pascal, Blaise, 264
Patrizzi, Francesco, 94, 95
Payens, Hugo de, 280, 283, 284
Payne, George, 320
Pedro, san, 271, 349
Pei, Ieoh Ming, 25, 420-422, 425
Peithon, 157
Penn, almirante, 445
Penn, William, 445, 446, 448, 449
Penne, Guy, 420
Perching, John, 455
Percier, Charles, 403
Pernety, Antoine-Joseph, 339
Perrault, Claude, 274
Petit, Pierre, 275
Petit-Radelin, Louis, 402
Phaure, Jean, 348, 349, 355
Piatigorsky, Alexander, 326
Picot, François-Edouard, 23, 25, 26, 416, 428, 430, 431, 457
Pignatelli, Tomás, 200
Pike, Albert, 456-459, 484
Pingree, David, 101
Pinturicchio, 100
Pío II, 84
Pío VII, 399, 409
Pistoia, Leonardo da 77-79, 83, 86, 89
Pitágoras, 86, 92, 144, 335, 415
Platón, 79, 80, 84-86, 88, 89, 92, 95, 109, 142, 144, 181, 243, 359, 415
Plethon, Gemistos, 85, 86
Plinio, 270
Plutarco, 138-140, 152, 335
Poiret, Pierre, 322
Poitiers, Diana de, 173
Polignac, condesa de, 344
Polignac, François de, 149
Pólux, 144
Pope, John Russell, 456
Porfirio, 335
Poussin, Nicolas, 302
Poyet, Bernard, 385, 387
Preston, William, 266
Pritchard, Samuel, 447
Proclo *Diadochus*, 87
Proteo, faraón, 145
Ptolomeo I Sóter, 136, 137, 140, 141, 143, 150, 154, 155, 157, 160, 163, 164, 167
Ptolomeo III, 147

Qalaún, califa, 285
Quincy, Quatremère de, 386
Quispel, Gilles, 62

Ra, 89, 121, 147, 147, 203, 240, 333, 334, 353, 354
Rachewiltz, Boris de, 270
Radclyffe, Charles, 321, 323
Rafael, 271
Ramsay, Andrew Michael, 289, 319, 321-328, 340, 491
Ramsés II, 351, 355, 406
Randolph, P. B., 360
Randolph, Thomas Jefferson, 460
Randolph, Thomas M., 460
Ravaillac, François, 200, 201
Raynaud, Jean-Pierre, 423
Rhodes, D. H., 464

Richelieu, cardenal, 204, 207, 211, 264, 265, 268
Richmond, duque de, 321, 323
Ridley, Jasper, 321
Ritter, Helmut, 101
Robert, Pierre-François, 369
Roberts, J., 250
Roberval, Gilles, 264
Robespierre, Maximilien de, 20, 27, 32-36, 38, 39, 369, 373, 375, 376, 378-382, 387-389, 397, 416, 425, 452, 463
Rodas, Apolonio de, 459
Rodas, Dinócrates de, 143
Rodolfo II, 242
Rohan, cardenal de, 341, 343, 355-357
Romme, Charles-Gilbert, 36, 37, 368, 396
Roosevelt, Franklin Delano, 480, 481, 483, 485, 486, 492, 493
Rosacruz, Christian, 213-217, 219, 221, 222, 228, 238, 248, 360
Rosenberg, Peter, 229
Rosenberg, Willem, 229
Rossi, Paolo, 240, 241
Rossi, Roberto de, 84
Rousseau, Jean-Jacques, 18, 34-36, 39, 208, 367, 380, 387
Roxana, 154, 160
Ruhl, Philippe, 382
Runciman, Steven, 57, 58, 291, 292
Ruperto, príncipe del Palatinado, 257, 268

Sacconi, Rainier, 57
Saint-Fermin, L'Abbe Cordier de, 30, 381
Saint-Juste, Louis de, 372
Saint-Omer, Godofredo de, 280
Salah ad-Din (Saladino), 285, 307, 492
Salomón, 245, 246, 248, 326
Salt, Henry, 417
Samson, Julia, 146
Sandys, George, 249
Santiago, 349
Sarpi, Paolo, 229
Satanás, 56, 59, 73, 122
Satis, 146
Sayer, Anthony, 320
Schopp, Gaspar, 190
Schroeder, Seaton, 443, 444
Schwaller de Lubicz, R. A., 360
Seguier, Pierre, 264
Selden, John, 249
Selen, 154
Seleuco, 157
Selim, emir, 390
Sémele, 134
Serapis, 74, 100, 148, 154, 155, 157, 158, 160, 163, 165, 166, 203, 346
Serrain, abate, 382
Serviano, 166
Sesostris I, 270
Sheikh Abu Hamza al-Marsi, 490
Shenoute, abad, 75
Sherar, R. F., 333
Short, Martin, 41, 332, 334
Sia, 121
Sidney, Philip, 178, 182, 183
Sieyès, abate, 368, 369, 388, 391
Simitière, Pierre-Eugène, 363
Sin, 101
Sinclair, Andrew, 289, 290, 293
Sinclair, Henry, 290
Sinclair, William, 289, 290
Sirio, 37, 41, 126, 138, 139, 145-147, 150, 151, 153, 161, 247, 350, 353, 354, 359, 380, 400, 404, 405, 434, 435, 438, 441, 442, 457, 459, 460, 462, 476-479, 482, 484
SixtoV, 187, 271-273
Smith, George, 451
Smith, Thomas, 249
Soderberg, Hans, 58
Sofía, 381
Solón, 86, 87
Sothis (Sirio), 138, 139, 146, 435
Soubise, príncipe de, 341
Spenser, Edmund, 247, 248
Spreckelsen, Johan Otto von, 421, 422
Stanton, coronel, 455, 456
Starobinski, Jean, 26
Stevenson, David, 304
Stukeley, William, 451
Sussex, duque de, 410
Suzanne, escultor, 18

Tácito, Cornelio, 69
Talleyrand, Charles-Maurice, 22, 369, 370, 391-393, 401

Tallien, Jean-Lambert, 389
Tallien, Thérèse, 389
Tascher de la Pagerie, Joseph, 389
Tat, 123, 125
Taylor, barón, 418
Teoclimeno, 145
Teodosio, emperador, 70, 73-75, 106, 170
Teófilo, arzobispo, 74-76, 79
Teofrasto, 142
Teos, 135
Theodore, Karl, 362
Theon, Max, 360
Thevenot, Melchisedech, 275
Thot, 79, 94, 161, 162, 164, 168, 169, 251, 336, 442
Thot-Hermes, 109, 114, 130, 133
Tiberio, 165
Tilly, general, 232
Tinniswood, Adrian, 275, 312, 317, 472
Tiro, Guillermo de, 280
Tiro, Hiram de, 331
Tocqueville, conde de, 437
Tour d'Auvergne, Madeleine de la, 172
Tournebous, Adrien, 94
Tristan, Jean, 147, 148
Truman, Harry S., 485, 487, 489, 492, 493, 495
Tubal, 250
Tudela, Benjamín de, 296
Tutmosis III, 55, 443

Valdo, Pedro, 235
Valentino, 80, 441
Valerio, 335
Vaughan, Henry,
Vaughan, Thomas, 265
Vaughan, Henry, 265
Vaux, Pierre Le, 274
Vergennes, conde de, 30, 452
Vergerius, Petrus Paulus, 94
Vermaseren, Maarten J., 379
Vespasiano, emperador, 166
Vico, marqués de, 178
Vidal, Jean, 430
Villegas, Marcelino, 101
Villère, conde de, 408
Virgilio, 206
Visconti, Louis-Tullis, 404
Vivant Denon, Dominique, 150, 397, 399, 402, 403
Voltaire, François Marie Arouet de, 18, 30, 31, 34, 37, 39, 208, 367, 372, 381, 387, 388, 460-462, 481
Vovelle, Michel, 19, 34, 378, 382, 387

Wallace, Henry, 480
Wallace, William, 325
Ward, Seth, 304
Washington, George, 28, 29, 31, 40, 41, 398, 434, 435, 444, 449, 453-455, 460, 465-468, 471, 476, 478-482, 492, 495
Watres, Louis A., 435
Weisberger, Bernard, 435
Weishaupt, Adam, 340, 360-364
Weizmann, Chaim, 495
Wells, Ronald, 353
Wense, Wilhelm, 224, 225
Weymouth, Yann, 421, 422
Wharton, duque de, 321
Wilkins, John, 254, 256, 258, 263, 264, 268, 305, 471
Wood, Anthony, 265
Wren, Christopher, 254, 262, 263, 267-269, 273-276, 278, 279, 303-317, 347, 468, 470-472
Wren, Christopher (hijo), 310
Wynne-Thomas, Joan, 132

Yates, Frances, 87, 88, 93, 96, 100, 101, 106, 107, 109, 112, 115, 162, 163, 179, 180, 184-186, 191, 192, 207-210, 223, 224, 228, 241, 244, 247, 248, 254, 255, 303

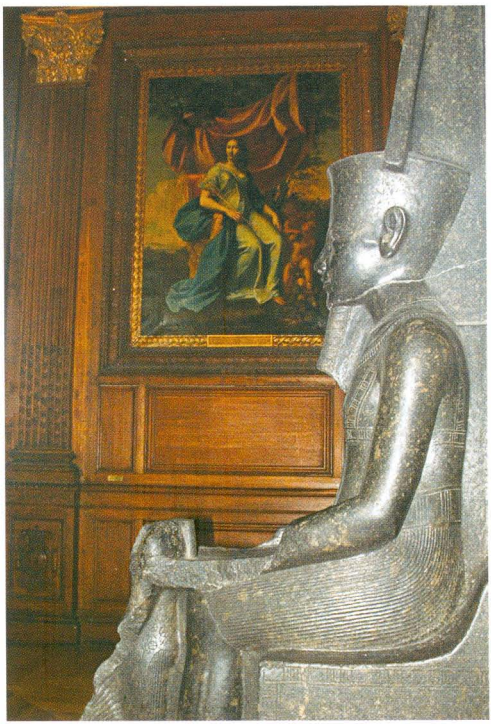
Zeller, Fred, 371
Zeus, 132-134, 138, 144, 158, 470
Zeus-Amón, 132, 133, 138, 140, 141, 185, 209
Zola, Salvatore, 444
Zuffi, Stefano, 101

1. La piedra *benben* de la pirámide de Amenemhat III que se exhibe en el Museo de Antigüedades Egipcias de El Cairo. Obsérvense los «ojos» en el centro del piramidón; se dice que originalmente éste estaba cubierto de pan de oro.

2. Pintura de François-Edouard Picot de 1827 en el techo de la sala 30 del Louvre: *L'Étude et le Génie dévoilent à Athènes l'antique Egypte*. La Isis «desvelada», en un trono flanqueado por leones, contempla un paisaje de pirámides y un obelisco.

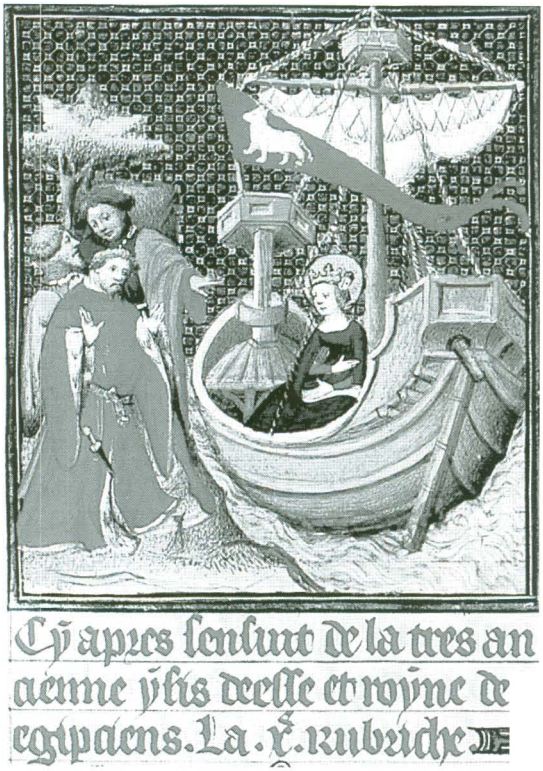
3. Estatua de Giordano Bruno en Campo dei Fiori, en Roma.

4. Vista de la elipse octogonal de la plaza de San Pedro desde el techo de la basílica.

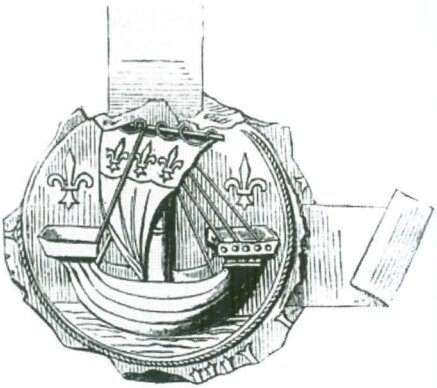


5. Sala 26 del Pabellón Sully: es la sala que más simbolizaba la unión «sagrada» de Ana de Austria y Luis XIII. Los paneles de madera de la habitación proceden de los aposentos de ella en el Château Vincennes y sobre la pared oriental hay un retrato de la reina representada como «Minerva». Delante de la reina hay un retrato de Luis XIII. Entre los dos se ha colocado recientemente una estatua del dios egipcio Amón de Tebas / Luxor. Se decía que este último era el padre de Alejandro Magno. Curiosamente, la estatua de Amón está alineada casi perfectamente con la estatua ecuestre de Luis XIV representado como Alejandro Magno (véase la ilustración 17) y, por consiguiente, en alineación con el eje histórico definido por Le Nôtre en 1663-1667 para el Rey Sol. En el templo de Luxor en Tebas, una sala especial, llamada *mammisi*, sirvió como lugar de encuentro entre la reina y «Amón» para concebir al Rey Sol.

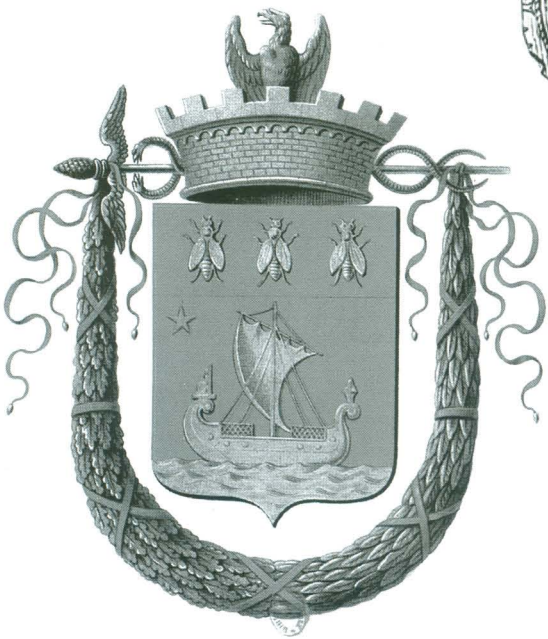
6. Caballero templario con la cruz patada que caracterizaba la orden y el marco octogonal dentro del cual se puede imponer.



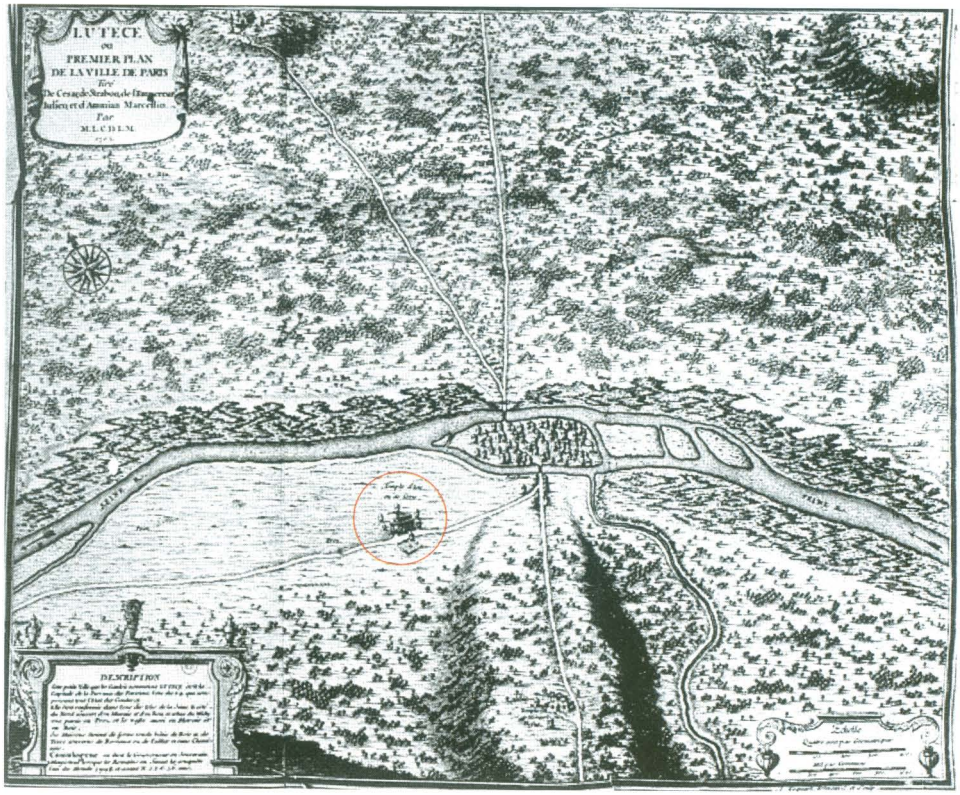
7. «He aquí la antiquísima diosa y reina de los egipcios», grabado del siglo XV. Obsérvese la barca y el «perro» en el estandarte, que representa la «estrella canina», Sirio.



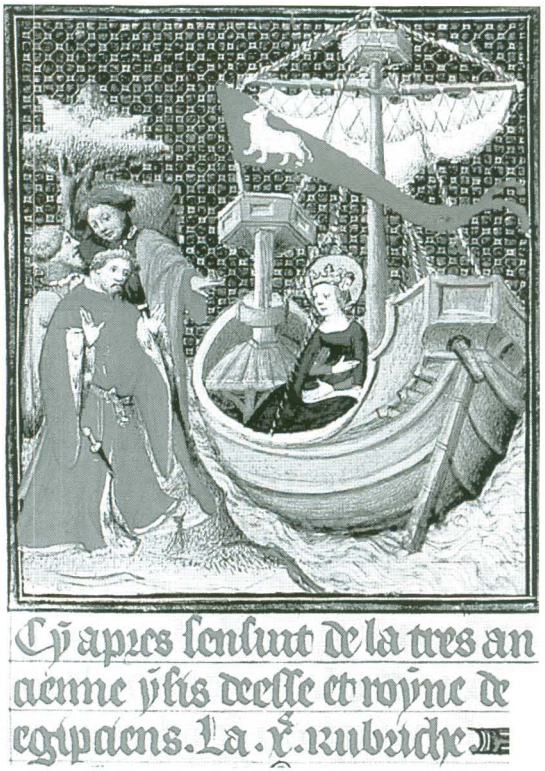
8. Escudo de armas de París, siglo XV.



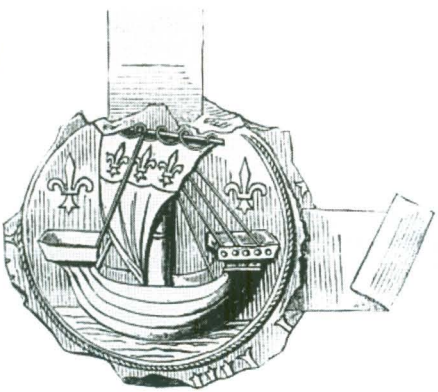
9. El escudo de armas de París encargado por Napoleón en 1811 muestra a Isis en la proa de la barca y a su estrella, Sirio, indicando el camino. Obsérvense las tres abejas de Carlomagno como símbolo de la realeza solar imperial. Obsérvese también el caduceo hermético que traspasa la corona en la que se posa el águila imperial.



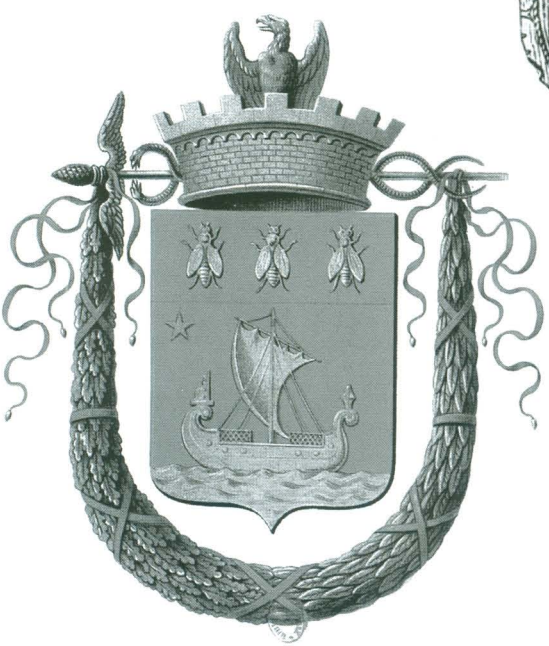
10. Mapa que reconstruye la región de París antes de la construcción de la ciudad, que muestra el lugar donde se levantaba el templo de Isis (donde actualmente se alza la abadía de Saint-Germain-des-Prés). Según algunos historiadores del siglo XVI, la región se conocía, por consiguiente, como «cerca del templo de Isis» y de allí deriva el «Isi» de «Parisi».



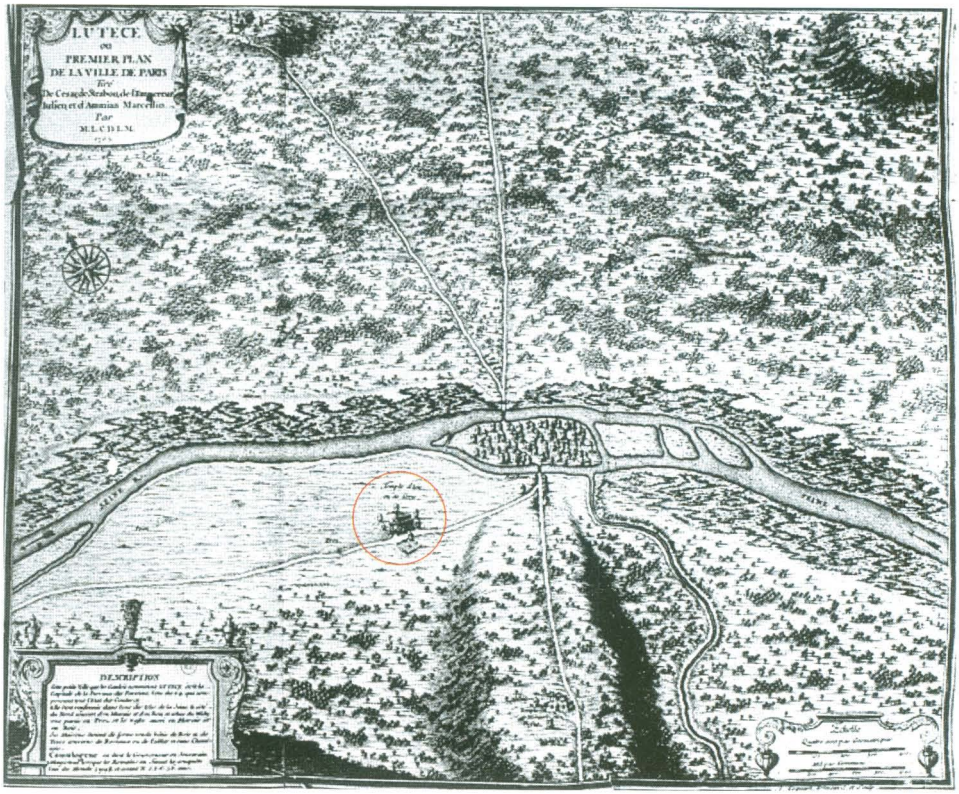
7. «He aquí la antiquísima diosa y reina de los egipcios», grabado del siglo XV. Obsérvese la barca y el «perro» en el estandarte, que representa la «estrella canina», Sirio.



8. Escudo de armas de París, siglo XV.

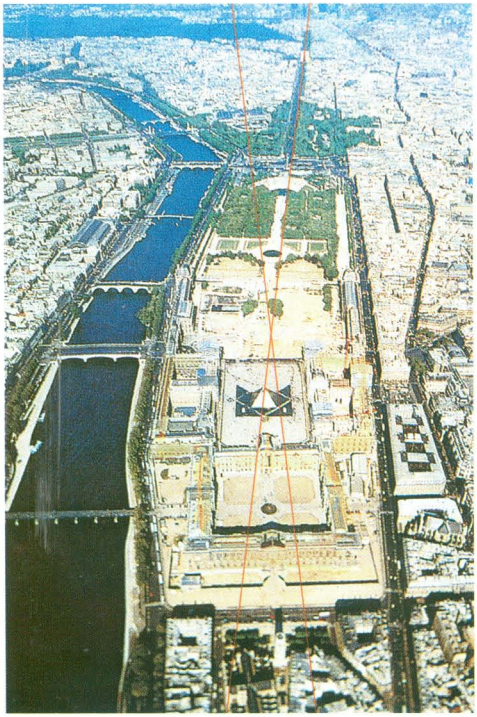


9. El escudo de armas de París encargado por Napoleón en 1811 muestra a Isis en la proa de la barca y a su estrella, Sirio, indicando el camino. Obsérvense las tres abejas de Carlomagno como símbolo de la realeza solar imperial. Obsérvese también el caduceo hermético que traspasa la corona en la que se posa el águila imperial.



10. Mapa que reconstruye la región de París antes de la construcción de la ciudad, que muestra el lugar donde se levantaba el templo de Isis (donde actualmente se alza la abadía de Saint-Germain-des-Prés). Según algunos historiadores del siglo XVI, la región se conocía, por consiguiente, como «cerca del templo de Isis» y de allí deriva el «Isi» de «Parisi».

11. Vista aérea del Louvre mirando hacia el Este. Obsérvese el eje histórico que pasa por la estatua ecuestre de Luis XIV (como Alejandro Magno), a continuación por el flanco meridional de la Cour Carrée y se extiende hacia el horizonte donde se producía la salida de Sirio. Obsérvese la forma de barca de la Île de la Cité, a la derecha. Se encontró un «templo de Isis» debajo de la catedral actual, que implica que la isla es la «barca de Isis» en el Sena (véanse las ilustraciones 7 y 9).

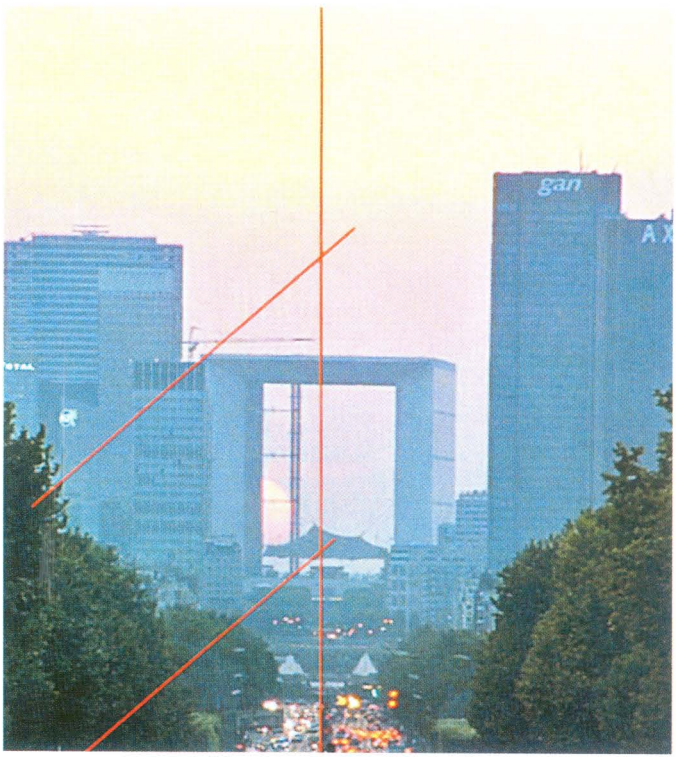


12. Vista aérea del eje histórico de París mirando al Oeste desde el Louvre en dirección a La Défense, en el horizonte lejano. Obsérvese el desvío del eje.

13. Atardecer del 6 de agosto a lo largo del eje histórico (los Campos Elíseos). Esta fecha coincide con la fiesta de la transfiguración de Cristo, que aquí evoca claramente el simbolismo solar relacionado también con Luis XIV, el Rey Sol, en cuyo reinado se definió por primera vez el eje histórico.

14. Amanecer en el solsticio de invierno en Karnak-Tebas a lo largo del eje principal. Compárese con la puesta del sol en París a lo largo de los Campos Elíseos el 6 de agosto (véase la ilustración 13). La orientación es de 26,5 grados desde la latitud en los dos lugares.

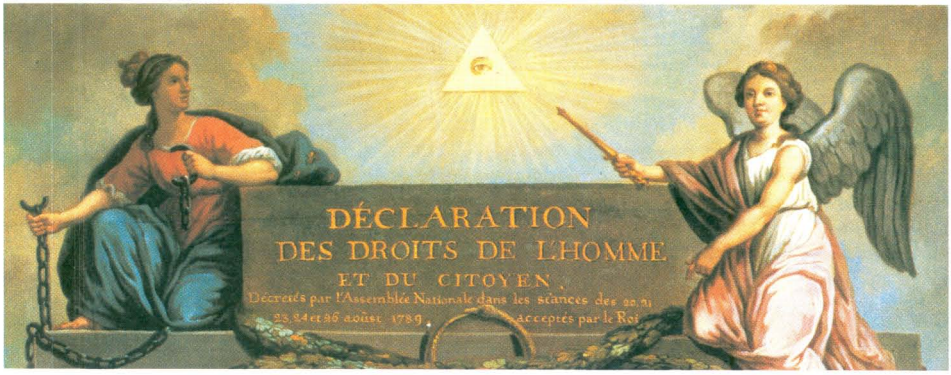
15. Puesta del sol del 6 de agosto a lo largo del eje histórico (Avenue de la Grande Armée). Sin embargo, el Gran Arco está desviado 32 grados desde el Oeste para que el sol quede en el centro del arco el 24 de junio, el día de San Juan, que los francmasones celebran como el Año Nuevo (véase a continuación).



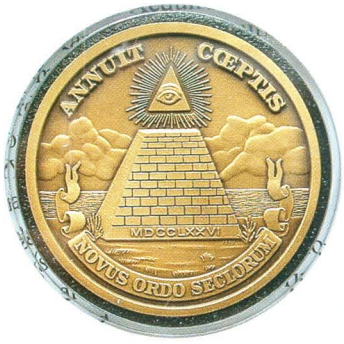
16. Vista del Gran Arco mirando hacia el Este. La desviación de 6 grados del eje del Gran Arco con respecto al eje histórico es evidente. Esto produce una orientación de 32 grados al norte del Oeste hacia el horizonte de la puesta del sol, que coincide con la puesta del sol el 24 de junio (véase la ilustración 15).

La estatua ecuestre de Luis XIV como Alejandro Magno. La leyenda de que Alejandro era hijo de
ón, la divinidad solar suprema de Egipto en Tebas (la actual Luxor) era bien conocida para los
diosos clásicos del siglo XVII y no es extraño que Luis XIV, que insistía en ser visto como el Rey
se representara a menudo en el arte como Alejandro Magno o como Apolo. El modelo original de
estatua es de Bernini, de 1668, y fue esculpida en mármol por sus discípulos y expuesta en
salles. Posteriormente se hizo también un vaciado en plomo. En 1981, cuando Ming Pei estaba
arrollando el nuevo «Gran Louvre», pidió que se llevara la estatua desde Versalles y se colocara
o a la pirámide de cristal, alineada con el eje histórico.

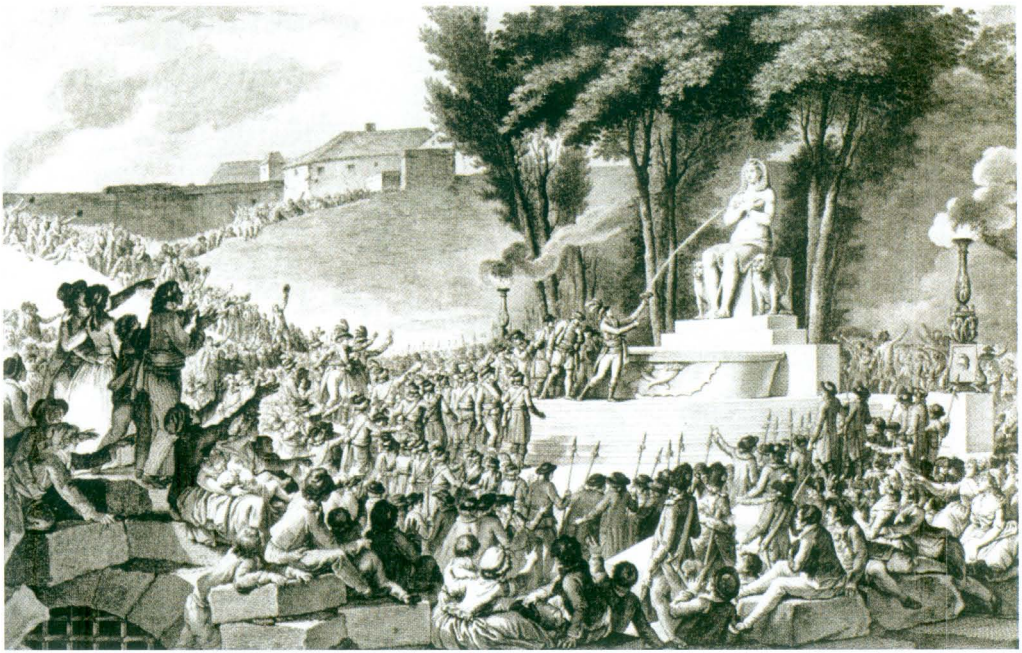
18. Grabado revolucionario que muestra a Voltaire (a la izquierda) y a Rousseau (a la derecha) presentando el Ser supremo al pueblo francés; aquí la divinidad aparece como un ojo con un sol radiante (conocido también como «gloria»), en lugar de como un triángulo o una pirámide.



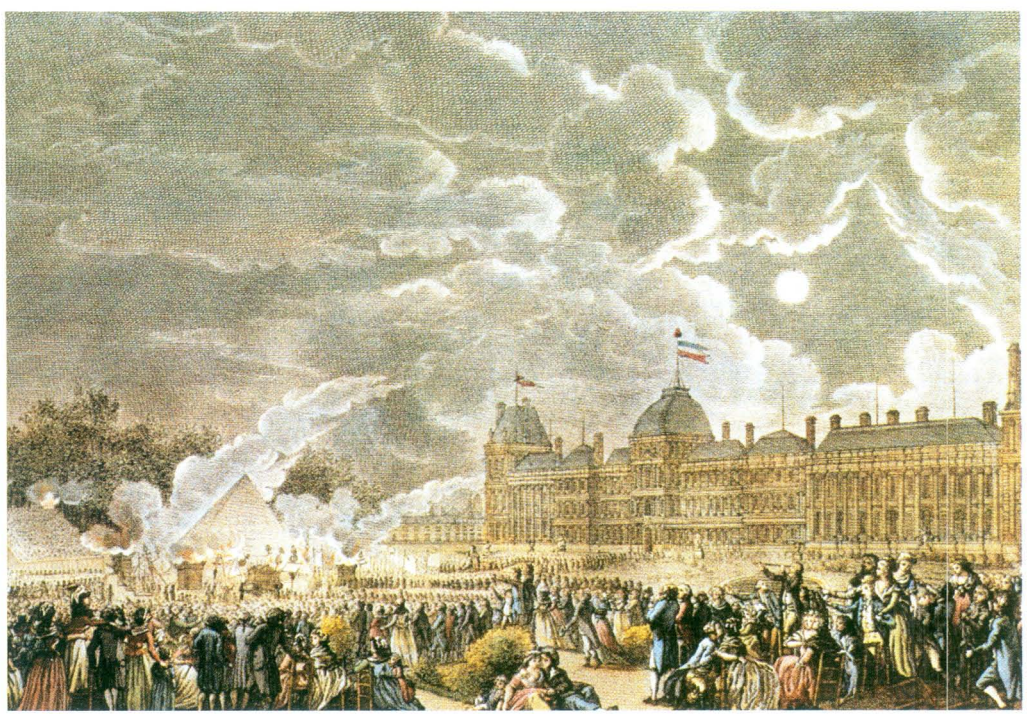
19. El ojo en la pirámide en el frontispicio de la *Declaración de los Derechos del Hombre*, redactada en agosto de 1789.



20. El motivo del reverso del Gran Sello de Estados Unidos. El mismo motivo aparece también en el billete de un dólar estadounidense.

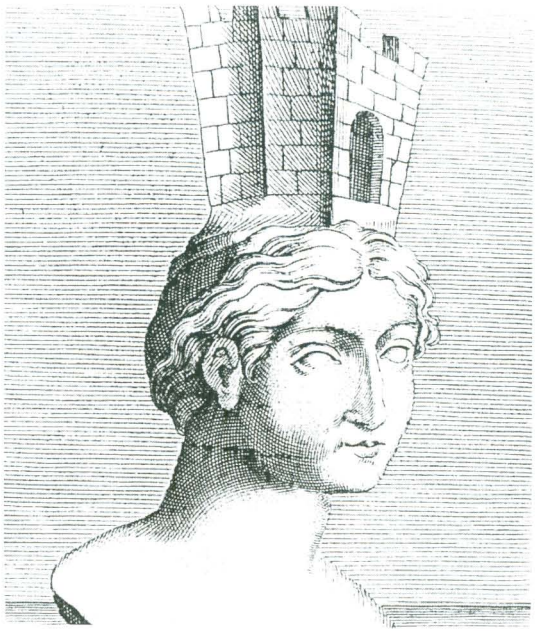


21. Agosto de 1793. La llamada *Fuente de la regeneración*, también conocida como *Isis de la Bastilla*. Era una estatua de la diosa egipcia Isis, diseñada por el artista Jacques-Louis David, cuyos pezones echaban agua. Vemos aquí al presidente de la Convención Nacional llenando su copa con el líquido regenerador que simboliza el nuevo orden social y religioso para la República Francesa, mientras las multitudes revolucionarias lo aclaman con satisfacción.



22. Agosto de 1793: una pirámide delante del Ayuntamiento de París, en honor al Ser supremo.

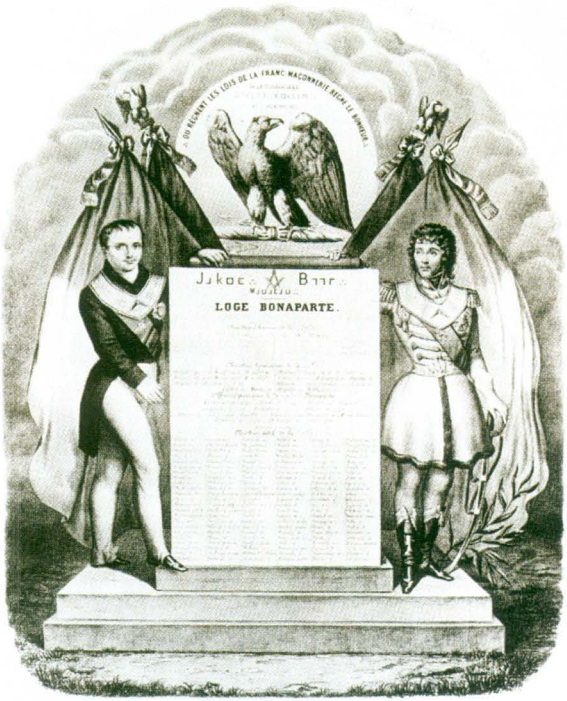
23. Grabado en el periódico *Le Franc-Maçon* que muestra a la emperatriz Josefina con su atuendo masónico en la ceremonia de «Adoption des Francs-Chevaliers» en una logia de Estrasburgo en 1803. Obsérvese la media luna o la nube con forma de tal sobre la que está de pie la emperatriz, en alusión a Isis. El poema se traduce de la siguiente manera: «Hermanos y hermanas míos —dice la encantadora compañera del gran Napoleón, este nuevo Carlomagno—, mi esposo dijo la verdad cuando afirmó que los ejemplos y las lecciones de virtud y honor proceden de los francmasones».



24. Cabeza de Cibeles/Isis hallada en París en 1675, en los jardines de San Eustaquio. Es probable que date del período antonino y que fuera traída desde Italia. Compárese la *tourelle* en la cabeza de la diosa con la del Arco de Triunfo de la Place de l'Etoile (abajo, derecha).

25. Una diosa corona a Napoleón con los laureles imperiales; a los pies del emperador, otra diosa con la *tourelle* de Cibeles/Isis.

26. La diosa Isis en la fachada del Louvre, mirando al Este, al sol naciente en la Cour Napoléon.



27. La «Loge Bonaparte» (1853), una de las numerosas logias masónicas que llevaban el nombre de Napoleón, muestra a Napoleón y a Joachim Murat con atuendo masónico. La leyenda de la parte superior dice: «Donde imperan las normas de la francmasonería, también reina la felicidad».

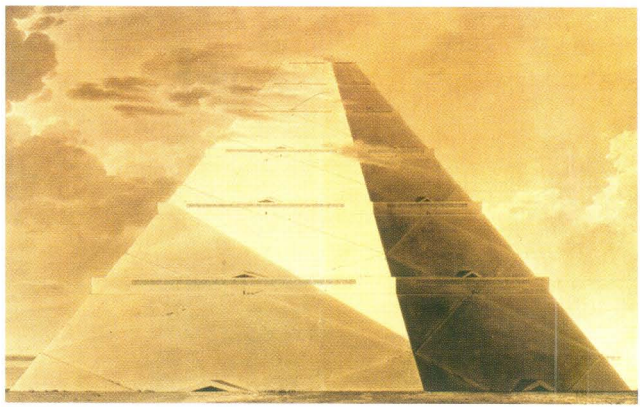
28. Grabado revolucionario que muestra a Napoleón presentando el Ser supremo a todos los grupos religiosos. Obsérvense las pirámides de Gizeh en el registro superior.

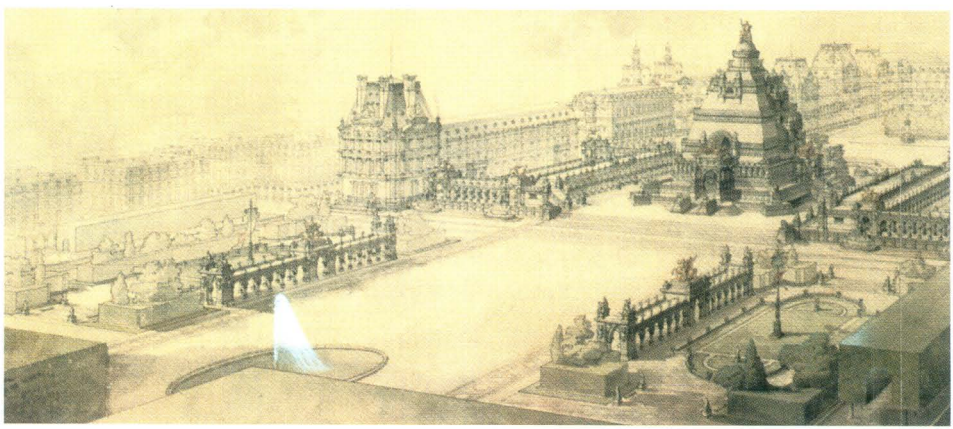
29. Falta un obelisco en el templo de Luxor.

30. El obelisco de la Concordia que antes estaba delante del templo de Luxor.

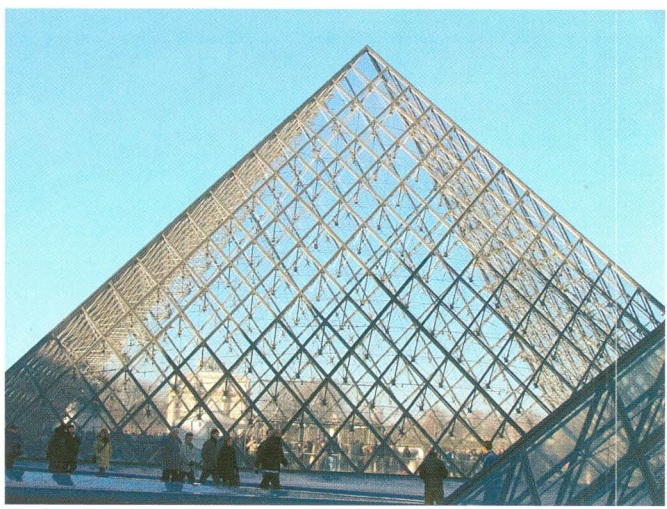
31. El *Genio de París* (o la Libertad) en lo alto del pilar de la Bastilla. Compárese con el Genio de Picot de la ilustración 2.

32. Proyecto de pirámide propuesto por el arquitecto revolucionario Étienne-Louis Boullée en 1785: *Cénotaphe dans le genre Egyptien*.



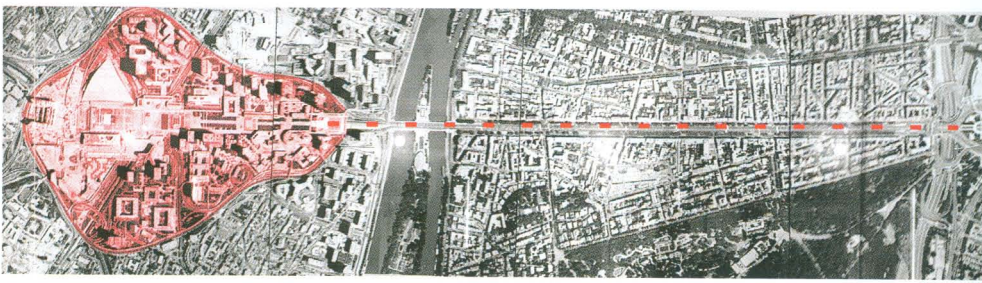


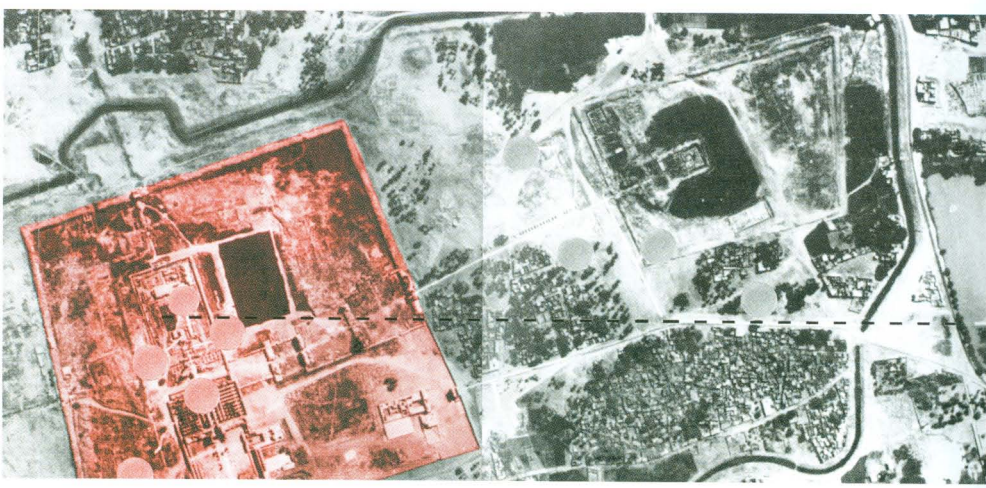
33. La pirámide barroca propuesta para el Louvre para los festejos del centenario de la Revolución francesa de 1789. Parece muy poco probable que Ming Pei no estuviera al corriente de este esquema previo cuando diseñó la pirámide de cristal para los festejos del bicentenario, en 1989. El vínculo entre la Revolución francesa y la pirámide es, sin duda, el símbolo del *Être suprême*, o «Ser supremo», que aparecía en el frontispicio de la *Declaración de los Derechos del Hombre* de 1789 como el ojo en la pirámide, un símbolo masónico evidente (véase la ilustración 19).



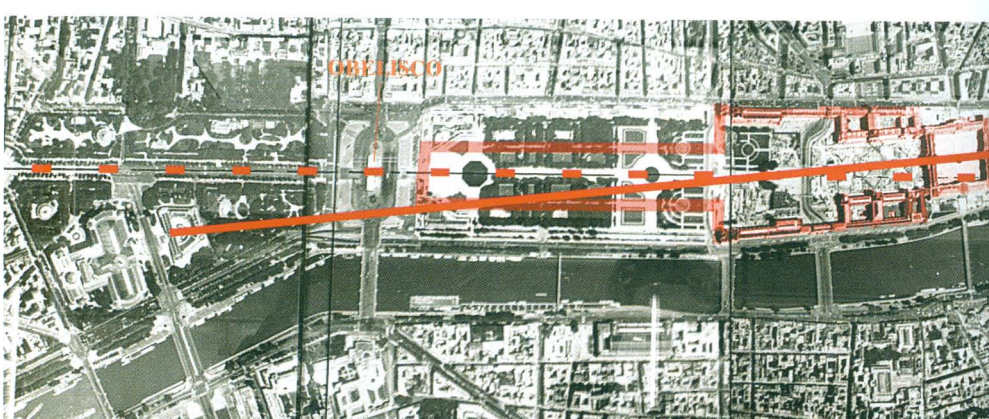
34. La pirámide de cristal del Louvre.

35. Vista aérea de París y el eje histórico desde el Louvre hasta el Gran Arco. Compárense el eje y el esquema con la vista aérea de la antigua Luxor, en Egipto (véase la ilustración 36).

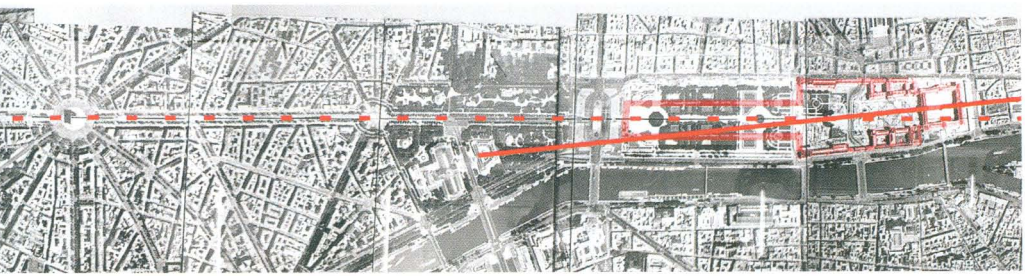


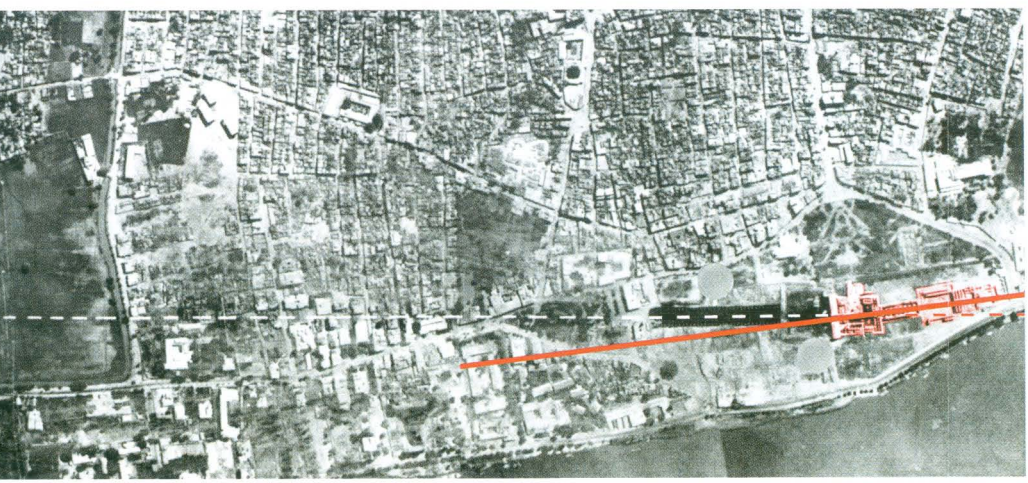


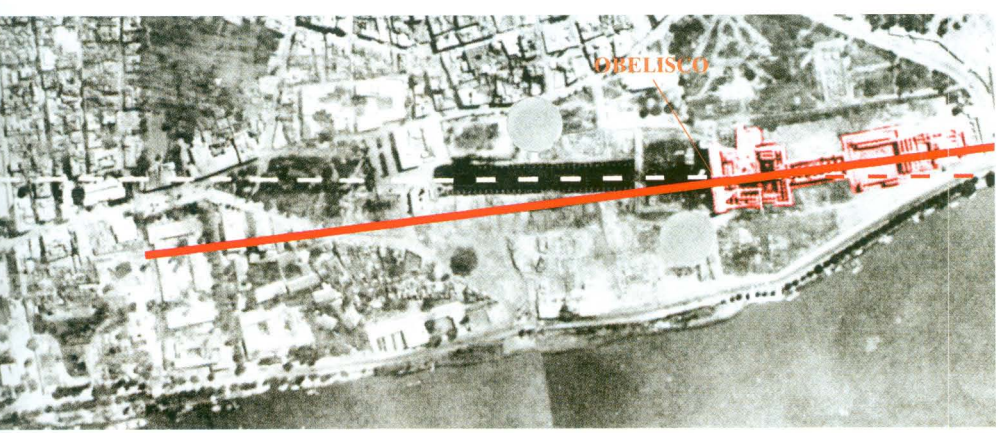
36. Vista aérea de la ciudad de Luxor, en el Alto Egipto. Compárense el eje y el esquema general con París (véase la ilustración 35).



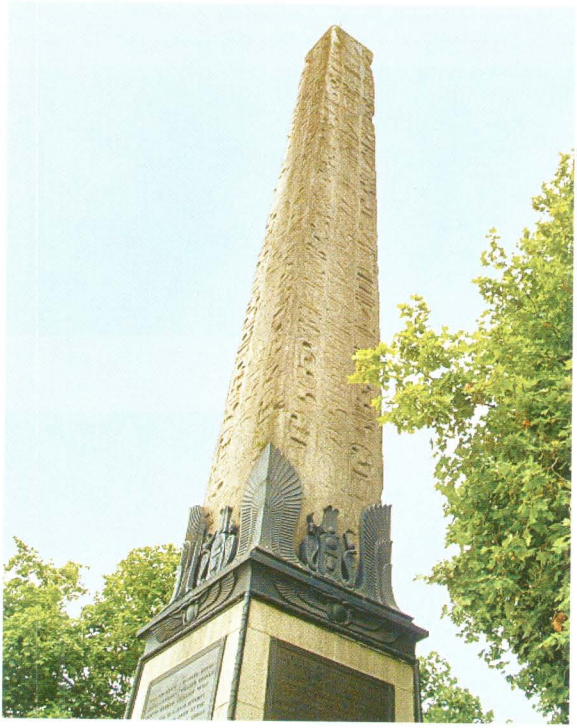
37. Vista aérea del Louvre y el Sena. Compárese con la vista aérea del templo de Luxor y el Nilo (véase la ilustración 38). Obsérvese la correspondencia en la posición de los obeliscos en París y Luxor.





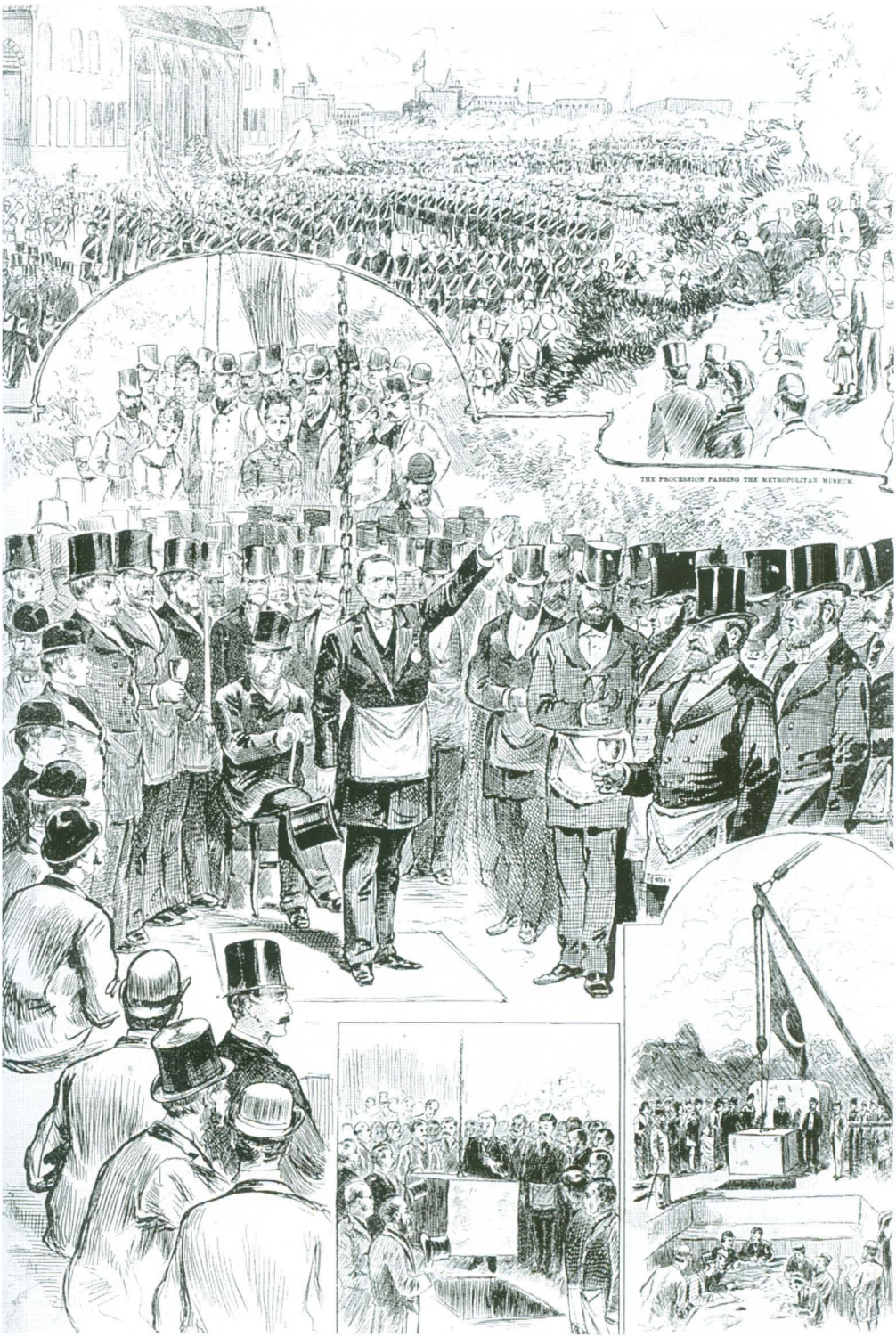


38. Vista aérea del templo de Luxor en Tebas. Compárese con la vista aérea del palacio del Louvre (véase la ilustración 37).

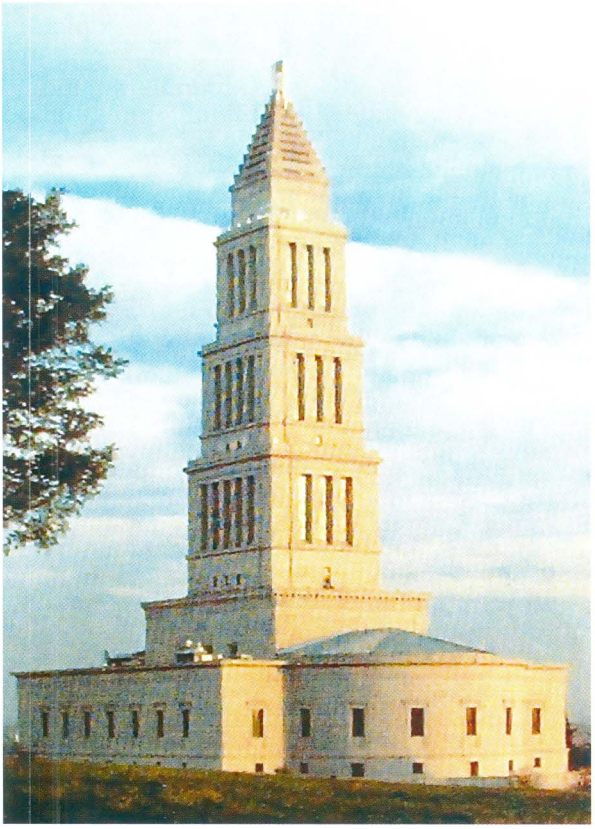


39. Obelisco de Tutmosis III en el Victoria Embankment de Londres, más conocido como «La aguja de Cleopatra».

40. Gorringe pronuncia una conferencia en una ceremonia masónica durante la inauguración del obelisco de Nueva York en 1881.



41. La ceremonia masónica de colocación de la piedra angular para el obelisco de Nueva York, en 1880, durante la cual el Gran Maestro vinculó la francmasonería con el antiguo Egipto.



42 y 43. Monumento Masónico a George Washington en Alejandría, Virginia (cerca de Washington D. C.). Compárese con (la maqueta de) el *Pharos* (Faro) de Alejandría (abajo).

44. Entrada al ascensor del Monumento a Washington, diseñada como si fuese un templo del antiguo Egipto. Obsérvese la estrella dentro del disco solar.

45. Estatua de George Washington con atuendo masónico en el Monumento Masónico a Washington.

46. Puesta de sol a lo largo del eje de la avenida Pensilvania el 12 de agosto, que también es el día de la salida helíaca de Sirio. En la dirección opuesta, mirando al Este, la estrella también se alinearía con este eje.

47. Interior de la sala egipcia del Freemasons' Hall, en Filadelfia.